

TODAS LAS
CANCIONES DE AMOR
QUE SIEMPRE SONARÁN
EN LA RADIO

CRISTINA PRADA



Lectulandia

Desde que conoció al excitante Ryan Riley, la vida de Maddie se ha vuelto explosiva. Junto a él ha disfrutado del amor más intenso que jamás hubiera imaginado, sin embargo, todo se ha complicado. Entre los padres de ambos, que no dejan de interponerse en su relación, la prensa, que está malmetiendo constantemente, y las intrigas empresariales, Maddie acaba replanteándose si debería casarse o no.

La vida de Ryan dio un vuelco inesperado el día que vio a Maddie por primera vez. La ama con todas sus fuerzas y hará lo imposible para impedir que sufra, aunque eso signifique protegerla de sí mismo y del estúpido error que cometió.

Nueva York los ha visto enamorarse, besarse, llorar, reír, y ahora los verá tomar las decisiones más difíciles de su vida y luchar por su historia de amor como nunca antes lo habían hecho.

Las calles de Manhattan serán testigos de este final de cuento de hadas moderno con un príncipe salvaje y arrogante que te enamorará.

Lectulandia

Cristina Prada

**Todas las canciones de amor que
siempre sonarán en la radio**

Todas las canciones - 3

ePub r1.1
Titivillus 16.11.17

Título original: *Todas las canciones de amor que siempre sonarán en la radio*
Cristina Prada, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y por eso cada cosa que haga,
cada palabra que escriba, mi voz, te pertenecerán siempre.

1

—Maddie, ¿estás lista? —repite Lauren.

—No lo sé —musito.

Lauren y Álex me miran con los ojos como platos. Yo me siento sobre el delicado taburete del tocador y me llevo las manos a la cara. «¡El maquillaje!», me recuerdo en un grito mental y automáticamente las separo.

Afortunadamente, Vera Hamilton ha acompañado a los estilistas a la salida y Evelyn ha subido a ver a papá. Estamos solas. Para asegurarse de que siga siendo así, Álex va como una exhalación hacia la puerta y echa el pestillo.

—Explícanos ahora mismo qué quieres decir con eso de que no lo sabes —me apremia Lauren—. Vas a casarte en menos de una hora.

—Ya lo sé —respondo alzando la voz.

Estoy nerviosísima.

—Me alegra que por lo menos sepas algo —replica del mismo modo.

Yo la miro realmente mal y me levanto de un salto. Comienzo a dar breves e inconexos paseos y finalmente me dejo caer en el inmenso sofá blanco. De inmediato, Álex se sienta a mi lado y Lauren lo hace en el brazo del tresillo. No lleva ni un segundo sentada cuando se levanta de un brinco y camina decidida hasta una pequeña y elegante cómoda.

—Lo primero es lo primero —comenta con total seguridad.

Abre el primer cajón, saca su bolso y del bolso, una petaca. Se acerca a nosotras desenroscando el pequeño tapón y me la tiende. Álex y yo la miramos como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—No me juzguéis —se queja retirando su ofrecimiento—. Soy una mujer de mundo y la petaca está llena de Martini Royale; eso es un cóctel, no es alcohol, lo que me convierte automáticamente en alguien con mucha clase.

Sin poder evitarlo, las tres rompemos a reír. Una risa catártica y liberadora que consigue que parte de la presión que siento en mis pulmones se evapore.

Lauren le da un trago a su petaca y me la pasa. Parecemos tres vaqueros de una vieja película del Oeste. Sólo nos falta una fogata y andar llevando ganado de un lugar a otro.

—Deberías distraerte —me dice Álex—. Desconectar de todo esto, aunque sólo sea un segundo. Puede que simplemente estés un poco superada.

La miro confusa. ¿Cómo se supone que voy a desconectar de mi propia boda a una hora de casarme?

—¿Cómo lo hago? —inquiero exasperada.

—No lo sé. Distráete —me apremia.

—¿Con qué? —pregunto aún más nerviosa.

Ésta es la conversación más ridícula que he mantenido en mi vida.

—Bentley y yo lo hemos dejado —suelta Lauren en un golpe de voz.

Las dos nos giramos a la vez y la miramos con los ojos más atónitos que este salón probablemente ha presenciado.

—¿Qué? —inquiero patidifusa—. ¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado?

No sé a qué quiero que me responda primero.

—Ayer. Mutuo acuerdo y estoy bien, gracias.

—De esa frase la única palabra que es verdad es *ayer* —comenta Álex robándome la petaca de las manos.

Lauren le hace un mohín y Álex se lo devuelve.

—¿Por qué no nos lo has contado? —pregunto todavía muy muy sorprendida.

—Porque no quería arruinar tu boda...

Se interrumpe a sí misma y reflexiona sobre sus propias palabras un instante.

—En fin, que estaba buscando el momento adecuado —continúa deslizándose desde el brazo del tresillo al sofá, obligándonos a Álex y a mí a movernos.

Suspiro sin poder dejar de mirarla. No puedo creer que hayan roto.

—Me dais demasiado trabajo —se queja Álex a la vez que da un trago.

—Yo no te doy trabajo —protesta Lauren recuperando su cóctel para llevar.

—Yo tampoco —comento indignadísima.

—Por favor... «odio a Ryan, Ryan me gusta, quiero a Ryan, odio a Ryan otra vez, pero siempre me tiro a Ryan» —me responde dejándose caer sobre el respaldo del sofá.

La miro aún más indignada pero inexplicablemente al borde de la risa. Lauren intenta disimular una sonrisilla, pero Álex se gira hacia ella y vuelve a quitarle la petaca.

—Y tú eres la peor. «Quiero a James, odio a James, quiero a Bentley, odio a Bentley, quiero a Bentley pero le sigo haciendo ojitos a James».

—¿Por qué no hablamos de a quién le hace ahora ojitos James? —pregunta Lauren con la clara intención de escurrir el bulto de su vida sentimental.

Yo la asesino con la mirada. No es el momento.

—¿Te refieres a la «no sé si quiero ser la señora Riley»?

Lauren asiente.

—¿Lo sabías? —inquiero absolutamente perpleja.

—Claro que lo sabía —pronuncia con rotundidad—. Todos lo sabíamos. Creo que la penúltima persona en darse cuenta fue James y la última, tú.

Las dos sonrían de lo más impertinentes y yo frunzo los labios. Se están riendo a mi costa. Hoy no me lo merezco.

—La última en enterarse fue Lauren —comento socarrona robándole la petaca.

Ahora soy yo la que se ríe con Álex y Lauren la que asesina con la mirada.

—Pues no sé de qué te ríes —continúa Lauren, índice en alto—. Tu hermano es algo así como un gigoló del amor en nuestra pequeña pandilla.

Álex cesa sus carcajadas por completo, se gira hacia Lauren y la golpea en el brazo. Ella se queja con un «ay» y le hace un mohín. Yo las miro sin poder dejar de

sonreír y al instante ambas hacen lo mismo.

Las tres nos quedamos unos segundos en silencio.

—Si James fuera un gigoló, ¿cuánto creéis que cobraría? —pregunta Lauren absolutamente en serio.

—Más de lo que te puedes permitir —sentencio dándole un trago a su petaca.

Ella me hace un mohín y Álex aprovecha para robarme la petaca, aunque inmediatamente Lauren se la quita de las manos.

Suspiro hondo de nuevo. No sé qué haría sin las chicas. Ahora mismo me siento más relajada y, a pesar de todo, he podido desconectar. Sin embargo, aunque es lo último que quiero, todas mis dudas siguen estando ahí, clavadas en el fondo de mi estómago.

—No sé qué hacer —confieso—. Creo que todo esto se nos está yendo de las manos. Nadie ve bien que nos casemos.

—Eso no es verdad —me interrumpe Álex—. Hay mucha gente que ve bien que os caséis.

—¿Tú ves bien que nos casemos? —me apresuro a interrumpirla exigente, mirándola directamente a los ojos.

Por primera vez en nuestra relación, la que parece el mentalista soy yo.

Álex abre la boca muy convencida dispuesta a decir algo pero, tras unos segundos, la cierra y resopla.

—Lauren —se queja.

Yo suspiro con fuerza.

—¿Lo veis? Mi padre ha venido prácticamente obligado, y sigue pensando que va a ser un desastre. El suyo está dispuesto literalmente a todo con tal de impedir esta ceremonia.

Quiero parar, pero las palabras atraviesan descontroladas mi garganta antes de que pueda contenerlas.

—Pero lo peor no es eso —continúo—. Ryan y yo no hemos dejado de discutir. A veces creo que no sabemos estar juntos.

Me siento como una auténtica perra desagradecida por estar diciendo esto en voz alta, pero no puedo evitar sentirme así. Estoy aterrada.

—Eso es una estupidez —me espeta Álex—. Puede que tenga mis dudas sobre esta boda —se sincera—, pero tenéis que estar juntos, sólo sois felices si estáis juntos.

—Jamás me alejaría de Ryan —sentencio, porque es la verdad—, pero no sé si puedo casarme con él.

Y eso también es la pura verdad.

En ese momento llaman con insistencia a la puerta. Las tres decidimos hacer oídos sordos. Sea quien sea, tendrá que volver más tarde. Esta crisis es nivel rojo intenso. Vuelven a golpear la puerta. Lauren se levanta, petaca en mano, dispuesta a echar a quien quiera que esté siendo tan inoportuno, pero se frena en seco

exactamente en el mismo momento en que yo dejo de respirar.

—Maddie, soy Ryan.

2

Miro la puerta y me levanto sintiendo cómo me tiemblan las rodillas. Es la última persona que esperaba y esas tres palabras me han puesto todavía más nerviosa.

—Maddie —vuelve a llamarme.

Me acerco a la puerta con el paso tímido y titubeante. Apenas a unos metros, me vuelvo hacia las chicas y les pido con la mirada que me dejen sola.

Álex asiente y, viendo que Lauren no se mueve, sino que se acomoda, la coge de la mano y la arrastra hasta el baño mientras ella se lamenta.

Ya sola, suspiro hondo y cubro la distancia que me separa de la puerta. El corazón me late tan de prisa ahora mismo que creo que va a escapárseme del pecho.

—¿Qué quieres, Ryan? —Obligo a las palabras a atravesar mi garganta.

—Maddie, abre la puerta.

Él también suena nervioso.

—No puedo. Trae mala suerte que me veas con el traje de novia antes de la boda.

Le oigo resoplar al otro lado. Está muy inquieto.

—Eso es una estupidez —se queja—. Ábreme.

—Después de todo lo que ha pasado, ¿quieres hacer esto con una maldición encima?

Sonrío suavemente. Aunque no lo veo, sé que él también lo está haciendo al otro lado y automáticamente me relajo.

Alzo la mano y toco la preciosa madera blanca. En realidad, quiero tocarlo a él.

—¿Has traído a mi padre? —murmuro con la voz admirada.

Aún no puedo creerme que hiciera algo así por mí.

—Quería compensarte por lo que ocurrió ayer —contesta sin dudar.

—Si querías hacerlo, sólo tenías que haber hablado conmigo.

—Sabes que no se me da muy bien hablar.

Sonrío pero es una sonrisa fugaz y resignada que no me llega a los ojos. A veces me siento mal pidiéndoselo, como si no fuese capaz de aceptarlo tal y como es, pero es que no puede dejarme siempre al margen de todo.

—Lo sé —susurro triste—. Todo se ha complicado demasiado.

Ryan suspira con fuerza y noto cómo deja caer el peso de su cuerpo contra la puerta. Yo también lo hago. Ha llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa y sincerarme.

—Cásate conmigo —me interrumpe Ryan como si fuera capaz de leerme la mente, incorporándose de nuevo.

El aire se evapora en mis labios. Me ha pillado completamente por sorpresa.

—Sé que todo ha sido una locura y también que no te lo pongo fácil, pero cada vez que te he dicho que no sé vivir sin tocarte ha sido verdad, nena.

Suspiro de nuevo. Me siento desbordada.

—Ryan... —No sé cómo seguir, así que me decidí por contarle cómo me

siento. Llegados a este punto, creo que es lo mejor—. Ryan, estoy muerta de miedo. A veces pienso que todos tienen razón. Follamos como locos y discutimos como locos —sentencio recordando sus palabras—, ¿cuánto va a durar eso?

—Durará lo que queramos que dure —replica sin asomo de dudas—. Maddie, yo... —Se frena y puedo notar lo inquieto, lo acelerado que está—. Joder, sería infinitamente más fácil si abrieras la maldita puerta —protesta—. ¡Stevens! —grita.

Sobresaltada, me giro hacia la puerta del baño sin comprender nada y me sorprendo aún más al encontrarlas a las dos bajo el marco. Han estado escuchando toda la conversación.

—Ese cabronazo es el hombre más romántico del mundo —comenta Lauren secándose las lágrimas con un pañuelo de papel, con mucho cuidado de no estropearse el maquillaje.

—¡Stevens! —vuelve a llamarla—. Mueve tu culo hasta aquí o te despido.

Ella pone los ojos en blanco y rápidamente pasa junto a mí y agarra el pomo de la puerta. No entiendo nada. Me hace un gesto para que me aparte y sale con el máximo cuidado, impidiendo cualquier posibilidad de que Ryan vea nada.

Les oigo murmurar y finalmente Lauren regresa a la habitación. Cierra la puerta y camina con una sonrisa de oreja a oreja hasta mí. Lleva algo a la espalda.

—¿Qué? —pregunto sin poder contener un segundo más ni mis nervios ni mi curiosidad.

—Ryan me ha pedido que te dé esto y que te diga que te espera en el altar.

Saca su mano de la espalda y me tiende la grulla azul de origami. Es la misma que me llevé de la azotea cuando me propuso matrimonio y la misma que utilicé para pedirle que me perdonara. La cojo y sonrío como una idiota. Mi mente se pasea feliz por aquella azotea entre todas esas luces y grullas de colores. Suspiro. Ahora mismo sólo puedo pensar en cuánto le quiero y en que, aunque sea complicado, pasar la vida con él es lo único que deseo.

—¿Hay o no hay boda? —pregunta Álex nerviosa.

—Sí —respondo feliz.

Las tres sonreímos exaltadísimas.

—Menos mal —comenta Lauren aliviada—. No te haces una idea de lo guapísimo que está. Si llegas a decir que no, cuando lo hubieses visto, te hubieras pegado un tiro por idiota.

Mi amiga asiente su propia teoría y las tres nos echamos a reír.

En ese momento Vera Hamilton entra en la habitación seguida de mi padre. Lo miro y no puedo evitar sonreír de nuevo. Él me devuelve el gesto. Supongo que, aunque no esté de acuerdo con nada de esto, ver a su hija pequeña de blanco y feliz le ha ablandado un poco.

—¿Maddie, estás lista? —Quiere saber la organizadora de bodas.

—Sí —contesto.

Las chicas se apresuran a coger nuestros ramos de flores. Álex me entrega el mío

y me guiña el ojo. Cojo la grulla y la escondo entre las rosas de mi ramo. Estoy más nerviosa que en toda mi vida, pero al mismo tiempo sé que va a salir bien.

Atravesamos la mansión de los Riley y nos detenemos justo en la salida al jardín. Vera se adelanta con las chicas y a los pocos segundos un cuarteto de violines comienza a tocar una preciosa versión del *Canon en Re mayor*, de Johann Pachelbel.

Vera nos hace un gesto y mi padre y yo cruzamos las elegantes puertas de madera y cristal hacia el deslumbrante exterior. En ese preciso instante la música cambia y empieza a sonar la *Marcha nupcial*. Suspiro sorprendida y por un momento soy incapaz de echar a andar. Todo está sencillamente precioso. La enorme pérgola que siempre he visto en este jardín ha sido sustituida por una aún mayor que, sin embargo, deja pasar la tenue luz de la mañana de mediados de septiembre. Todo está lleno de fantásticas flores blancas y, frente a los centenares de invitados, se levanta una pequeña tarima de madera clara elevada un par de escalones del suelo. Como cenador, un juego de sábanas blancas cae desde la pérgola con pequeñas luces escondidas entre ellas. Bajo él está Ryan, y ya no puedo mirar nada más. Lauren tenía razón. Está guapísimo. Lleva un traje negro de corte italiano de tres piezas, una elegante camisa blanca y una corbata negra. Como perfecto remate, una rosa roja a punto de florecer brilla intensa en su solapa.

Cuando nuestras miradas se encuentran, me sonrío de esa manera que creo que reserva sólo para mí y me siento llena por dentro.

Al fin comenzamos a caminar. Siento todas las miradas de los invitados sobre mí, pero la única que me importa es la de Ryan. A unos pasos de la tarima, mi padre se detiene y yo lo hago con él. Ryan sale a nuestro encuentro. Me giro despacio hacia mi padre y le sonrío, intentando trasmitirle lo feliz que me siento en este momento.

—Muchas gracias, papá —susurro.

Él asiente y me da un beso en la frente.

—Siempre voy a estar a tu lado.

Sé que con esa frase ha querido decir mucho más que un simple «no me hubiera perdido tu boda». Me está dejando claro que, ocurra lo que ocurra con mi matrimonio, siempre podré contar con él.

Ryan llega hasta nosotros. Mi padre lo observa un segundo y, a regañadientes, suelta mi mano para ofrecérsela a él. No alarga más el momento y camina hasta sentarse junto a Evelyn. Ryan me dedica su espectacular sonrisa. Tira suavemente de mi mano y me lleva al centro de la tarima.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí...

Durante la ceremonia, todo son miradas cómplices y sonrisas con las chicas, con James y, sobre todo, con Ryan. Lauren no deja de llorar, y ante la risa de todos por las entrecortadas disculpas de mi amiga, Bentley acaba acercándose a ella para darle el pañuelo que asomaba elegante y perfectamente doblado en su chaqueta. Esos dos aún están enamorados, más de lo que se creen.

—Yo, Ryan Riley, te tomo a ti, Maddison Audrey Parker, como esposa y prometo

serte fiel y respetarte en las alegrías y en las penas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad todos los días de mi vida.

Sonrío como una idiota mirándolo mientras dice cada palabra. El corazón me late tan rápido que temo desmayarme en cualquier momento. Ryan toma mi mano con cuidado y desliza sobre mi dedo una preciosa alianza de platino.

—Yo os declaro marido y mujer.

Toma mi cara entre sus manos y me besa con una sonrisa en los labios, la misma que estoy segura que reflejan los míos.

Todo esto es una locura, pero es nuestra locura.

3

Camino entre las mesas dispuestas a lo largo de todo el jardín de los Riley. Mis pasos resuenan sobre el elegante y reluciente suelo de madera. Miro a mi alrededor disfrutando de cada rincón. No me canso de repetir que todo está precioso. Es como un sueño.

Mientras lo observo todo con admiración, sin quererlo, mi mirada se cruza con la de Ryan. Está a unas mesas de distancia, charlando con Spencer y los chicos. Sujeta una copa de *champagne* rosado y, al llevársela a los labios, su mirada azul atrapa la mía por encima del carísimo cristal.

Sonríó tímida y decido apartar la vista. Ahora mismo está demasiado guapo como para decirle que no a nada.

Aún con la sonrisa en los labios, llego hasta la mesa donde mi padre y Evelyn charlan con Sam.

—Estás preciosa —dice Sam levantándose y caminando hacia mí—. Ven aquí y dale otro abrazo a este viejo pesado —añade estrechándome entre sus brazos.

Me aprieta tan fuerte que me hace reír.

—Déjame de una pieza —me quejo divertida.

Sam sonrío y me suelta a la vez que me hace un gesto para que me siente junto a él.

—¿Adónde va a llevarte tu maridito de luna de miel? —me pregunta.

—No lo sé. Es una sorpresa.

No puedo disimular lo encantada que estoy con la idea. Me parece de lo más romántico.

Evelyn suspira fascinada. Claramente, a ella también le parece de lo más romántico. Se agarra al brazo de mi padre buscando su complicidad, pero él no parece estar por la labor. Odio que no esté disfrutando de este día.

—¿Quieres bailar, papá? —inquiero a la vez que me levanto dispuesta a animarlo.

Mi padre sonrío fugaz sin que le llegue a los ojos. Va a ponérmelo complicado.

—Vamos —gimoteo—. He hablado con el grupo de música y el chico del piano se sabe todos los éxitos de Journey.

Aunque intenta disimularlo, su sonrisa se ensancha. Sé de sobra que es su grupo favorito. De pequeña debo de haber escuchado *Don't stop believing* alrededor de un millón de veces.

—Está bien —claudica.

Vamos hasta la pista de baile mientras empieza a sonar *Faithfully*. Me detengo en el centro y, con una sonrisa de oreja a oreja, extendiendo los brazos. Mi padre toma mi mano con la suya y comienza a movernos.

—¿Recuerdas cuando me subías sobre tus zapatos y bailábamos en el salón de casa?

Quiero ponerlo de buen humor y los recuerdos de mi infancia son mi mejor arma.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Te encantaba. Podíamos pasarnos horas así.

—Pero nunca me dejabas elegir la música.

—Eso era porque no quería acabar bailando alguna canción de «Barrio Sésamo»

—se queja divertido y por primera vez en todo el día tengo la sensación de que sonrío sincero.

—Gracias por venir, papá —susurro.

—Eres mi hija. Haría cualquier cosa por ti.

Otra vez esas palabras ocultan mucho más sentimientos. Me está diciendo que ha venido aquí por mí, pero también quiere que sepa que estará a mi lado cuando salga mal. Lo conozco. Está totalmente convencido.

—Ryan me hace feliz.

Mi padre suspira suavemente.

—No quiero tener la misma conversación otra vez, pequeña, y no quiero tenerla ahora.

—Pero me gustaría que lo entendieses —trato de explicarle.

Necesito que lo comprenda. No quiero que piense que todo esto no ha sido más que un simple capricho.

—Lo entiendo —me interrumpe.

Sonríe con dulzura y yo imito su gesto.

—Nunca he dudado de que os queráis. Lo que me preocupa es qué va a pasar cuando todo deje de ser emocionante y nuevo y se vuelva real.

Y ahí está lo que verdaderamente le inquieta. Sigue pensando que se cansará de mí. Lo miro pero no sé qué decir. No voy a negar que yo también he sentido ese miedo, que lo sentí en la habitación con el vestido de novia ya puesto; pero al mismo tiempo sé que Ryan hará todo lo posible porque salga bien.

La risa de Lauren a unos pocos metros me saca de mi ensoñación. Me vuelvo justo a tiempo de ver cómo Sam la hace girar sobre sí misma al ritmo de la música.

—Eres todo un consumado bailarín, Samuel Woodson —le dice con su voz más pizpireta.

El mejor amigo de mi padre le sonrío más que satisfecho.

—¿Cambio de pareja? —propone mi amiga.

Asiento y miro a mi padre. Él se separa de mí pero rehúsa con un leve gesto de mano la invitación de Lauren.

—¿Vas a decirle que no? —pregunta Sam sorprendido—. ¿Cuántas veces crees que te vas a ver en la situación de que una chica de veintipocos te pida un baile?

—Señor Parker, me siento ofendidísima —protesta Lauren divertida.

—Lo siento, preciosa —se disculpa mi padre—. Quizá después.

Los tres observamos cómo se marcha de vuelta a su mesa. Sam pone los ojos en blanco y resopla.

—No te preocupes —me dice—. Es un gruñón. Se le pasará.

—¿De veras lo crees?

Odio verlo así.

—Sólo necesita acostumbrarse a que su pequeña ya no sea suya —sentencia con una sonrisa cómplice.

Yo no puedo evitar sonreír también. A pesar de todo, me es imposible disimular lo feliz que me hace el simple hecho de pensar que Ryan y yo estamos casados. ¡Casados!

—Sam tiene razón —comenta Lauren mientras observamos cómo ahora él se aleja tras mi padre—. Acabará entendiéndolo.

Asiento y la contemplo aún con la vista perdida en el fondo de la sala. En este preciso instante recuerdo que tengo una sorpresa genial para ella; de hecho, me extraña que no se la haya cruzado. Pero entonces caigo en la cuenta de que tenemos un tema más importante que tratar. Puede que estuviera a punto de sufrir una crisis nerviosa, pero es imposible que olvide la bomba que soltó. ¡Bentley y ella han roto!

—¿Y tú que tal estás? —pregunto.

Lauren me mira y resopla.

—A punto de rogarle al camarero otro trozo de tarta de *mousse* de chocolate, grosellas y savia.

Sonrío fugaz y ella también lo hace.

—¿Quieres que hablemos de lo que ha pasado?

Niega enérgica con la cabeza.

—No. Quizá en unos días te llame borracha con la música de Bonnie Tyler a todo volumen y tengas que venir a casa a impedir que meta la cabeza en el horno —bromea—, pero de momento estoy bien.

—Siempre has sido muy sentida —respondo socarrona.

—Es mi parte latina.

La miro con el ceño fruncido mientras ella, como si no hubiera dicho nada fuera de lo común, se alisa el vestido.

—Tú no tienes sangre latina —me quejo.

—¿Qué? —responde indignadísima—. Cuando llegué a Nueva York, viví en el Harlem hispano siete meses —continúa como si eso ya le hiciera merecedora, por lo menos, de un Grammy Latino— y mi vecina siempre escucha a Pitbull.

No puedo evitarlo más y me echo a reír. A los segundos, ella me sigue.

—Tengo una sorpresa para ti —le comunico cuando nuestras carcajadas se relajan.

Lauren me mira extrañada. Yo echo un rápido vistazo a mi alrededor, la tomo de la mano y la obligo a caminar.

—¿Adónde vamos? —me pregunta.

—A buscar tu sorpresa.

Atravesamos el jardín y llegamos al otro extremo de la carpa, donde un grupo de invitados disfruta del delicioso *champagne*. Le suelto la mano y echo un nuevo vistazo, esperando encontrar a Thea. ¿Dónde se habrá metido?

—¿Sabes? Es cierto que estoy algo deprimida —comenta con la vista clavada en sus Manolos de estreno—, pero después miro estos zapatos y se me pasa.

Ante eso no tengo más remedio que sonreír, aunque sigo muy concentrada buscando la sorpresa. Cuando al fin la veo, doy unas palmaditas y me giro hacia Lauren.

—Quiero que conozcas a alguien —le digo con una sonrisa enorme.

—¿Ésa es mi sorpresa? —pregunta decepcionada—. No quiero conocer a nadie —refunfuña.

—¿Sabes que puedes quedarte los zapatos?

Lauren lanza una sonrisilla y se olvida de sus reticencias.

—Lo sé.

Yo también sonrío.

—Vamos —la animo.

Tiro de su mano y caminamos unos metros más hasta llegar a la barra.

—Es un conocido de Thea —le aclaro.

Ella asiente sin prestarme atención, colocándose bien el fajín rojo que recorre la cintura de su vestido.

Me giro emocionada y toco en el hombro del chico que habla con Spencer. Él me sonríe y yo le devuelvo el gesto.

—Gordon, te presento a Lauren Stevens.

Doy un paso atrás para que Lauren pueda verlo y se saluden, pero ella, que sigue atareada con su vestido, no le presta la más mínima atención.

—Lauren, él es Gordon Sumner, aunque quizá tú lo conozcas mejor por Sting. — Concluyo la presentación moviendo las manos como si fuera la asistente de un mago de los ochenta.

Lauren alza la mirada boquiabierta. Trata de articular palabra, pero no es capaz. Yo suelto una risilla. Sabía que se quedaría alucinada. No la culpo. Estamos delante del hombre que escribió *Roxanne*.

—Os dejaré solos —me disculpo.

—Thea me ha comentado que crees que estoy deprimido —le oigo decir divertido ante una petrificada Lauren.

Mientras me alejo, tomo la falda de mi vestido y la levanto delicadamente. No quiero que se ensucie.

—Señora Riley —me llaman cuando sólo he avanzado unos metros.

Con sinceridad, me detiene su voz, no la manera en la que me ha llamado. Aún no me he acostumbrado a ser la señora Riley.

Me giro con la sonrisa preparada y Ryan sale a mi encuentro.

—Señora Riley —repite satisfecho.

—¿Sabes? —replico dejándome envolver por sus perfectos brazos—, creo que me gustaba más ser la señorita Parker. Suena más pervertido.

Ryan me dedica su media sonrisa y se inclina sobre mí. Su cálido aliento baña

suavemente el lóbulo de mi oreja.

—Eso es porque aún no te lo he llamado cuando estemos desnudos —me susurra sensual y peligroso—. Créeme, va a hacer que te corras sin ni siquiera tocarte.

Ahogo un suspiro en una sonrisa nerviosa y, a cambio, recibo la suya absolutamente presuntuosa y espectacular.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal —comento acariciando con dulzura su corbata negra.

Ryan alza la mano y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Yo sonrío tímida y lo miro a través de mis pestañas. No sé si las dos copas de *champagne* que me he tomado a escondidas en contra de la prescripción médica, verlo tan increíblemente guapo o el hecho de que acabemos de convertirnos en marido y mujer, pero siento que mi cuerpo brilla como si estuviera hecho de luces de neón.

Sin apartar su mano de mi mejilla, se inclina de nuevo sobre mí.

—No me lo pongas más difícil —susurra salvaje, indómito, sensual—. Ya me está costando un mundo no abalanzarme sobre ti.

Me muerdo el labio inferior. Yo me siento exactamente igual.

Ryan tira de mi mano para que lo siga. Creo que nos dirigimos a la pista de baile, pero la pasamos de largo.

—¿Adónde vamos? —pregunto divertida cuando salimos de la carpa y entramos en la casa.

—A desenvolver mi regalo de Navidad.

Genial.

Llegamos a la puerta del pequeño saloncito donde me preparé con las chicas. Ryan nos hace entrar y cierra la puerta tras nosotros. Yo ando unos pasos y vuelvo a perderme en la elegancia de la habitación hasta que el sonido sordo del pestillo devuelve toda mi atención al señor Riley. Me observa *sexy*, hambriento, mientras camina con paso decidido hasta mí.

Sus ojos azules se oscurecen hasta parecer casi negros.

Sin mediar palabra, atraviesa la distancia que nos separa, me estrecha contra su cuerpo tomándome por las caderas y me besa con fuerza.

—Joder, llevo esperando este momento todo el maldito día.

Alza la mano y la sumerge en mi pelo. Sonríe lleno de sensualidad y tira con fuerza, obligándome a levantar la cabeza.

—Llevo horas viéndote con este vestido —susurra con sus labios a escasos centímetros de los míos—, imaginando cómo voy a quitártelo botón a botón.

Me besa intenso una sola vez y me gira brusco entre sus brazos. Me aparta el pelo y lo deja caer hacia delante. Me da un dulce beso en el hombro y su suave aliento calienta mi piel bajo la tela.

Suspiro bajito y su sonrisa vibra a través de mi cuerpo.

Coloca sus dedos en mi nuca y los baja acariciando mi espalda. Una corriente eléctrica me estremece a su paso.

Suspiro de nuevo y él vuelve a sonreír.

—Ryan —susurro.

Pero él no contesta. Sus hábiles dedos comienzan a desabrochar la interminable fila de diminutos botones a mi espalda. Desliza las mangas por mis hombros y el vestido cae a mis pies, dejando mi sugerente lencería de novia al descubierto.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones brusco y despacio. Me estrecha aún más contra su cuerpo y, lentamente, hunde su nariz en mi pelo.

—Joder, eres un puto sueño —murmura con la voz más sensual que he oído en mi vida.

Sus manos recorren ávidas mis costados y se agarran con fuerza otra vez a mis caderas. Sus dedos se hunden en la suave seda de la lencería de La Perla y yo gimo absolutamente extasiada.

Comienza a besarme el cuello... besos largos y húmedos que sensibilizan mi piel y me excitan todavía más. Baja su mano por mi vientre hasta esconderla en la tela de encaje. Me muerde con fuerza y desliza un dedo en mi interior.

—Ryan —vuelvo a susurrar.

—¿Qué quieres? —pregunta torturador a mi espalda.

Antes de que pueda responder, me embiste con los dedos y mis palabras se evaporan en un largo gemido.

Su otra mano sube hasta mis pechos. Se deshace de la copa y toma un pezón entre sus dedos. Suspiro con fuerza tratando de controlar mi respiración. Literalmente me estoy derritiendo entre sus brazos.

Me besa el cuello sin dejar de torturarme con sus manos.

Gimo de nuevo.

—¿Qué quieres, Maddie? —repite exigente.

—A ti —musito antes de que mi mente se esfume por completo.

Ryan me gira entre sus brazos y me besa desbocado. Yo le respondo y nuestras bocas se acoplan perfectamente, rápidas y desesperadas.

Nos lleva hasta el sofá y me obliga a tumbarme. Sin embargo, cuando creo que él va a hacerlo sobre mí y calmar mi piel en llamas, me sonríe con malicia y se queda de pie.

—Ryan —susurro con la voz quejumbrosa, rota de deseo.

—¿Qué? —responde arrogante.

Es el dios del sexo y el rey de la tortura más exquisita y sensual.

Involuntariamente, junto los muslos buscando la deseada fricción que él me está negando y mis manos acarician titubeantes y nerviosas mi estómago.

—Ven —le pido en un hilo de voz.

Ryan niega despacio con la cabeza con una peligrosa y sexy media sonrisa en los labios. Gira sobre sus pasos y camina hasta uno de los muebles. Tomándose su tiempo, como si buscara que acabe ardiendo por combustión espontánea, se quita la chaqueta y el chaleco. El gesto hace que su espalda se estire bajo la camisa a medida

y yo pueda contemplar cada perfecto músculo que armoniza sus movimientos. Sin que esa media sonrisa tan dura abandone sus labios, deshace el nudo de su corbata, se desabrocha los primeros botones de la camisa y se quita los gemelos. Se guarda las carísimas piezas de platino en el bolsillo y, poco a poco, consciente de que no puedo levantar mis ojos de él ni una milésima de segundo, se remanga las mangas dejando al descubierto sus perfectos antebrazos. Aún no está desnudo y ya siento que estoy delante de un pura sangre del sexo.

Se sirve una copa de Dom Pérignon Rosé helado. Acaricia suavemente mi velo y, con una misteriosa sonrisa, lo coge. Con paso lento y masculino, regresa hasta mí.

—Eres mi regalo —me advierte con sus impresionantes ojos azules clavados en los míos.

Yo asiento. Estoy hechizada.

—Pues quiero disfrutar de ti —concluye.

Se sienta en la pequeña mesa de centro blanca. A poco más de un metro de mí. Sin liberar mi mirada de la suya, da un nuevo sorbo a su copa y la deja sobre la madera.

Yo lo observo intentando adivinar qué es lo que está pensado, qué tiene planeado para mí.

—¿Quieres que me toque para ti? —pregunto tímida.

Él me dedica su media sonrisa a la vez que, despacio, va reliando la suave tela de tul del velo en sus dos manos.

—No —responde.

No aparta sus ojos azules de mí ni de mi cuerpo. Su mirada es tan intensa que por un momento siento que son sus manos y suspiro bajito.

Ryan le da un nuevo sorbo a su copa.

—Ven aquí —me ordena, y todo mi cuerpo se relame.

Instintivamente sé que quiere que me arrodille y así lo hago. Ryan sonrío de nuevo duro y *sexy*. Alza las manos y pasa el velo por mi cuello, empujándome suavemente hacia él. Yo suspiro otra vez. El deseo me está consumiendo.

—Eres mía —me dice con sus ojos azules dominándolo todo—. ¿Sabes lo que significa eso?

Asiento. Significa que le quiero como nunca pensé que podría querer a alguien.

—Significa que todo lo que necesito eres tú, Maddie.

Sus palabras rebosan seguridad y me llenan de una manera aún más completa. Me besa con fuerza. Saboreo el *champagne* de sus labios y todo me da vueltas.

—Levántate —me ordena.

Sin dudar, hago lo que me dice. Ryan suelta el velo de una de sus manos y la tela acaricia mi piel caliente hasta que el extremo cae al suelo.

Alza la cabeza. Su mirada me traspasa y me domina. Se inclina sobre mi estómago. Estoy excitada y nerviosa. Ryan sonrío viendo cómo mi cuerpo reacciona al suyo y, con suavidad, me besa junto al ombligo justo antes de levantarse.

Elevo la mirada y me relamo observándolo. Es un maldito dios griego.

Toma el velo y me lo pone sobre la cabeza. Me sorprende cuando sus hábiles dedos vuelven a colocármelo en un instante.

Me dedica otra vez su sonrisa más peligrosa. Su mano baja despacio acariciándome el cuello, la curva de mis pechos y mis costados hasta llegar a mis caderas.

—Eres la novia perfecta —susurra con sus ojos azules llenos de deseo.

Suspiro con fuerza. Todo esto es tan sensual que me abrumba. Ryan alza las manos, tira del velo y nos cubre con él a los dos. Sonríe travieso y se humedece los labios.

—Te deseo —sentencia.

Toma mi cara entre sus manos y me besa desmedido. Nos tumba sobre el sofá sin separar sus labios de los míos. Sus manos recorren ávidas mi cuerpo. Desliza sus dedos entre la delicada lencería y mi piel y baja mis bragas de La Perla.

Gimo.

El velo nos rodea. Me muerde con fuerza el cuello. Su boca se pierde en mi piel. Todo mi cuerpo se arquea.

Sigue bajando. Torturador, besa mi estómago dejando que su cálido aliento y su mirada me dominen por completo.

—Ryan —susurro.

Me da un beso en el centro de mi sexo. La piel me arde y la sangre me recorre entera húmeda y caliente.

—Ryan —susurro una vez más.

Es mi mantra, mi palabra sagrada, todo mi placer.

Desliza dos de sus dedos y los introduce dentro de mí mientras su lengua... joder, su lengua es lo mejor de todo.

Gimo con fuerza.

Sus dedos bombean en mi interior.

Siento calor. Mucho calor.

Sus besos son largos y húmedos. Me acarician suaves y salvajes, haciéndome sentir placer puro, sin adulterar.

Estoy en el paraíso.

Ryan rodea mi clítoris con sus labios, tira suavemente de él y todo mi cuerpo se mece bajo su boca.

No puedo más.

Una corriente eléctrica me sacude, me recorre entera y me hace explotar llena de amor, excitación y un deseo capaz de iluminar todo Nueva York.

Abro los ojos justo a tiempo de ver cómo Ryan, destilando una lujuria cautivadora, avanza por mi cuerpo. Me mira directamente a los ojos suspendido sobre mí y sólo puedo rendirme. Estoy hechizada. Levanto la mano despacio y aún más despacio le aparto el pelo castaño claro casi rubio que le cae desordenado sobre la

frente.

—Ahora voy a follármela, señora Riley —murmura amenazadoramente sensual.

Yo sonrío abrumada. Tenía razón. He estado a punto de llegar al orgasmo sólo con la manera en la que ha pronunciado mi recién estrenado apellido.

Deja que el peso de su cuerpo caiga sobre el mío y se recoloca entre mis piernas. Tímida, extendiendo mi mano y acaricio su perfecto torso. Continúo bajando, dejando que el deseo me guíe, y llego hasta el sensual músculo que nace en su cadera y se pierde bajo sus pantalones.

Sus ojos se vuelven aún más azules, más brillantes, como si la sola idea de que vaya a volver a estar dentro de mí consiguiese que toda la pasión y las emociones que siempre nos rodean se hiciesen aún más fuertes, más indomables.

Mueve su mano y la lleva a la mía, que torpe y nerviosa intenta desabrocharle los pantalones, y lo hacemos juntos.

Un gruñido suave y masculino atraviesa su garganta cuando cojo su miembro y lo aprieto con suavidad.

Mi respiración se acelera. Su mirada me abrasa.

Su mano sobre la mía guía su poderosa erección hasta mi sexo y la hace entrar entera, de un golpe, brusco, y todo mi cuerpo se arquea como respuesta.

—Ryan —gimo.

Comienza a moverse rápido. Me embiste con fuerza haciendo que nuestros cuerpos acoplados a la perfección se deslicen el uno sobre el otro una y otra vez.

Gimo más alto.

El ritmo es delicioso. Perturbador. Una locura de sudor y placer que está acabando conmigo.

Ryan se hunde cada vez más profundo. Gira sus caderas cuando sale y todo se intensifica.

Gimo.

Gruñe.

Grito.

Se aferra a mis caderas mientras me besa el cuello con veneración. Me muerde.

—¡Dios! —grito extasiada.

Ryan sonrío contra mi piel. Sin duda alguna, era la reacción que esperaba.

Sigue moviéndose.

Mi cuerpo se tensa.

Cada vez más fuerte.

Y antes de que pueda controlarme, estallo en un increíble orgasmo. Mi cuerpo se llena de luz y se retuerce entre sus manos, su boca y su increíble y fuerte polla que me transporta a un mundo de placer absolutamente deslumbrante.

Ryan se agarra aún más posesivo, acelera el ritmo y, con una estocada brillante y certera que vuelve a sublevar mi conmocionado cuerpo, se pierde en mi interior.

—Joder —gruñe dejándose caer sobre mí.

Yo sonrío en plena dicha poscoital. Nuestra primera sesión de sexo desenfrenado como señor y señora Riley ha sido sublime.

Nos quedamos unos minutos así. El velo está esparcido a nuestro alrededor. Ryan hunde la nariz en mi cuello y aspira con suavidad. Finalmente, alza la cabeza y sus impresionantes ojos azules se posan sobre los míos.

—Parece que te has divertido —comenta socarrón.

Imagino que mi cara de absoluta felicidad ha sido una importante pista.

Asiento con una sonrisa de oreja a oreja y mi gesto se contagia automáticamente a sus labios.

Sin embargo, este estado de relax absoluto no dura mucho. Ryan me da un intenso beso en los labios, pero, antes de que pueda reaccionar y atraparlo entre mis brazos, se levanta de un salto.

—Vístete —me ordena dulcemente, recuperando sus bóxers y sus pantalones del suelo.

Me quedo mirándolo boquiabierto. Nunca deja de sorprenderme su inconmensurable energía. Eso y que está gloriosamente desnudo.

—El avión nos está esperando.

Su comentario me saca de un golpe de mi ensoñación.

—¿El avión? —planteo sorprendida.

Ryan me sonrío, divirtiéndose claramente a mi costa, y yo me doy cuenta de lo tonta que soy. Hoy salimos de luna de miel. Al caer en la cuenta, me levanto de un salto con mi feliz sonrisa de vuelta. Estoy deseando saber adónde vamos, además de que la idea de pasar quince días con Ryan para mí solita, aunque fuese en mi apartamento, no puede ser más sugerente.

Recupero mi ropa interior y me la pongo rápidamente. Él ya ha vuelto a vestirse, sólo que ha prescindido de la corbata y el chaleco, y, ante su divertida mirada, corro hacia la cómoda y busco la ropa que traje puesta: mis vaqueros más gastados, una camiseta de seda color vainilla con pájaros estampados y mis Converse.

Estoy sentada en el sofá anudándome las zapatillas cuando caigo en la cuenta de algo. No tengo aquí mi equipaje. De acuerdo que no sé adónde vamos, pero, sea donde sea, necesitaré ropa y mi cepillo de dientes.

—¿Vamos directamente al aeropuerto? —inquiero algo confusa.

—Sí —responde sin más con la mirada perdida en la pantalla de su iPhone.

Se le ve tan concentrado que apuesto a que está comprobando *email* de trabajo. Espero que en nuestra luna de miel sea capaz de desconectar. Necesita descansar.

—Pero tengo que pasar por Chelsea y hacer la maleta —replico.

—Tus maletas ya están en el avión. La señora Aldrin preparó el equipaje de los dos.

¿En serio? Coloco las dos manos en el sofá y me apoyo en él tensando los brazos. No sé si me siento del todo cómoda con eso. Me hubiera gustado decidir qué ropa llevarme a mi propia luna de miel.

Ryan me observa mientras termina de colocarse bien la chaqueta con ese gesto tan masculino de darse un tirón de las solapas. Debe advertir que algo no termina de convencerme porque, al tiempo que camina hasta mí, se quita la flor de la chaqueta y la hace girar entre sus dedos.

Alzo la cabeza y sus ojos azules me atrapan. Ryan me da la rosa y sonrío.

—No lo pienses más. No tiene ninguna importancia —susurra.

Supongo que tiene razón. Además, no pienso dejar que nada me estropee el buen humor.

Toma mi mano, salimos de la habitación y me guía a través de la casa.

—Espera —le digo tirando de su mano justo antes de que crucemos la puerta principal—. No podemos marcharnos sin despedirnos de nadie.

Ryan sonrío dejándome absolutamente claro que sí, que podemos hacerlo, y nos hace seguir caminando.

—Puedes mandarles un mensaje —comenta burlón.

—¡Ryan! —me quejo divertida.

Él se gira y tira de mí tomándome por las caderas hasta que nuestros cuerpos chocan. Suspiro bajito, sorprendida por el contacto, y Ryan exhala despacio todo el aire de sus pulmones.

—No veo el momento de alejarme del mundo y llevarte conmigo —susurra con su voz más masculina mientras sus ojos increíblemente azules dominan los míos.

Sonrío nerviosa. ¿Qué puedo decir a eso? Acaba de dejarme sin argumentos.

Ryan se inclina sobre mí dispuesto a besarme. Involuntariamente mis ojos bailan de los suyos a sus labios. Pero, en el último segundo, me dedica su espectacular sonrisa y se separa de mí.

—Vamos —dice tirando de nuevo de mi mano.

Yo resoplo malhumorada como una niña pequeña que se ha quedado sin caramelo y eso sólo hace que su sonrisa se ensanche.

Caminamos por el sendero de piedra que lleva a la enorme cancela. De fondo se oyen risas y al grupo tocar grandes éxitos de los ochenta. James tiene que estar encantado.

Estamos ya a unos pasos de la grandiosa verja cuando veo a Álex y Charlie entrar de lo más acaramelados. Él se queda rezagado absolutamente a propósito, tira de ella y la estrecha entre sus brazos. Los dos tienen una sonrisa de oreja a oreja. Deben de haber echado el polvo de sus vidas.

Al vernos, Álex se separa avergonzada.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta alisándose el vestido.

—Podría preguntar lo mismo —respondo con una sonrisilla impertinente—, pero creo que no quiero hacerlo.

Me lo estoy pasando de cine haciéndole pasar un rato de lo más bochornoso.

Me giro hacia Ryan buscando una mirada cómplice, pero él está muy concentrado en su teléfono.

—¿Ya os marcháis? —inquire mi amiga.

—Sí —respondo confirmándole mi respuesta con un movimiento de cabeza.

No podría estar más nerviosa y encantada.

—Genial —continúa Álex tratando de tornar el foco de atención descaradamente.

—Tenemos que irnos —nos interrumpe Ryan con un tono de voz imperturbable, obligándome a volver a andar.

Sospecho que ahora mismo no quiere estar cerca de ningún Hannigan.

—Lámame cuando regreses —se despide Álex a mi espalda—. Celebraremos esta boda como Dios manda.

Me giro sin dejar de caminar de la mano de Ryan y sonrío.

—Cuenta con ello —casi grito para hacerme oír.

Atravesamos la cancela y en seguida vislumbro el elegante Audi A8 esperándonos apenas a unos pasos.

—Veo que lo tenías todo controlado —comento burlona.

Ryan se vuelve hacia mí con una sonrisa de lo más *sexy* preparada y me guiña un ojo insolente. Está claro que no iba a permitir que se nos hiciera de noche bailando en esa carpa.

Finn nos recibe con una discreta sonrisa y nos acomodamos en la parte de atrás del coche. El motor ruge suavemente y en unos pocos minutos nos incorporamos a la carretera principal. Suena una suave canción. Creo que es *Cool kids*, de Echsmith. Por la ventanilla observo cómo nos alejamos del carísimo barrio de Glen Cove. Me giro de nuevo y miro a Ryan. Sigue concentrado en su teléfono. Apoyo la cabeza en el respaldo del elegante sillón gris y me permito contemplarlo. Me pregunto si alguna vez dejaré de sentir todo lo que siento cuando lo miro.

—¿Hablaste con tu madre? —pregunto muy resuelta.

No tengo ninguna intención de discutir, pero necesito saber cuál es la situación. No quiero que vuelva a ser un problema entre nosotros.

Ryan exhala todo el aire con fuerza. No quiere tener que hablar.

—Sé que no te gusta tener que hablar, pero...

—No vamos a hablar de esto —me interrumpe arisco.

Suspiro con fuerza. No puedo creerme que sólo llevemos un par de horas casados y ya me esté chocando otra vez con la misma pared. Aunque, por otra parte, no sé qué esperaba, ¿que nos declararan marido y mujer y cambiara por arte de magia?

Ryan me mira, vuelve a resoplar y, tomándome por sorpresa, me agarra de las caderas y me coloca en su regazo. He perdido la cuenta de cuántas veces ha hecho eso en la parte de atrás de este coche.

Me observa un segundo pero no dice nada.

—Ryan —me quejo ante su silencio—, esto es importante.

—Maddie, no quiero hablar de ese tema y mucho menos ahora.

Está comenzado a cansarse, lo sé, así que lo miro sopesando cómo continuar. Tengo que hacer la pregunta que realmente me preocupa.

—¿Qué va a pasar con Miles Hannigan? —inquiero con la voz tímida.

No sé cómo va a reaccionar, pero necesito asegurarme de que no va a dejarlo en la estacada, aunque francamente entendería que lo hiciese.

Ryan clava sus ojos en los míos. Su mirada se ha vuelto casi metálica.

—Maddie —me llama con su voz sensual y masculina a la vez que sumerge su mano en mi pelo y me aproxima aún más a él, dejando que sus ojos azules se queden peligrosamente cerca de los míos—, no vamos a malgastar un solo segundo hablando de esto.

Me besa con fuerza y yo me dejo besar. Cuando se separa de mí, su mirada sigue atrapando la mía.

—Prométeme que no vas a dejar que lo pierda todo —le digo apartando mis ojos de los suyos y clavándolos en mis dedos, que hacen dibujos concéntricos en su chaqueta.

No quiero mirarlo. Su respuesta me da demasiado miedo.

Ryan me mete un mechón de pelo tras la oreja y deja que el reverso de sus dedos acaricie mi mejilla.

—Ya hemos llegado al aeropuerto —susurra bajándome de su regazo.

Su voz ha cambiado.

Suspiro bajito y observo cómo el coche se detiene a unos pocos metros del *jet* privado. Ryan se baja antes de que pueda decir nada más. Cuando lo hago yo, lo contemplo caminar hasta el pie de las escalerillas, donde lo espera el capitán. Después de hablar con él, lanza la vista a su alrededor y nuestras miradas se encuentran. La brisa revuelve su pelo castaño casi rubio.

—Los Hannigan son importantes para mí.

Sé que está dolido y también sé que tiene motivos, pero, aun así, no puedo permitir que hunda a Miles Hannigan. Son como mi familia.

—Créeme, lo sé —responde sin asomo de dudas.

Respiro aliviada mentalmente. De forma egoísta, espero que, aunque sólo sea por mí, ayude a Miles como había pensado y evite que caiga en la ruina.

Ryan me tiende la mano. Yo camino hasta él y, sin dudarlo, la cojo. No pienso volver a sacar este tema. Confío en él.

Marie nos saluda solícita en cuanto entramos en el avión. Ryan nos guía hasta los mullidos asientos color crema y nos acomodamos en ellos. La azafata regresa unos minutos después. Nos deja sobre la elegante mesa de centro la prensa del día, varias revistas y dos botellas de agua San Pellegrino sin gas. Le doy las gracias y ella sonrío a la vez que asiente suave y profesional.

—Que tengan un buen vuelo, señores Riley —se despide.

Sonrío como una idiota. ¡Soy la señora Riley! Aún no puedo creerlo.

Nos abrochamos los cinturones y el avión despega suavemente.

—¿Vas a decirme ya adónde vamos? —pregunto sin poder disimular la felicidad que me inunda ahora mismo.

—La curiosidad mató al gato —responde Ryan revisando la sección económica del *Times*.

Eso ha sonado a amenaza muy al estilo de Ryan Riley.

—¿Al gato? —inquiero impertinente.

—Más bien a la gatita —replica socarrón.

Lo miro boquiabierta, tan indignada como divertida. Estoy a punto de decirle lo que esta gatita piensa hacer cuando mi móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje.

Te ha salvado la campana, Riley.

Ryan sonrío. Apuesto a que sabe lo que estoy pensando ahora mismo.

Finalmente miro la pantalla. Es Lauren.

No puedo creerlo. Sting ha ido a buscarme una copa.

Sonrío y Ryan me mira curioso. No pienso decir una palabra.

—¿Un mensaje? —pregunta.

Asiento. Donde las dan, las toman. Ahora mismo sonrío con malicia mentalmente.

Él también sonrío y, ladeando la cabeza, se inclina ligeramente sobre mí.

—¿No tienes nada que decir? —susurra con esa voz tan amenazadoramente sensual.

—No, la gatita no tiene nada que decir —replico insolente.

Ryan se humedece los labios y vuelve a sonreír de esa forma tan *sexy*, peligrosa y descarada que cortaría la respiración a cualquier chica. Me coge de la mano y tira de mí, obligándome a levantarme. Sin decir una palabra, atravesamos el *jet*. Ryan abre la puerta del baño y nos encierra a los dos en él.

Da un único paso y me acorrala contra la puerta.

—Tal vez debería recordarle a la gatita quién manda aquí.

Coloca sus manos en mis caderas y elimina cualquier centímetro de aire entre nosotros. Nuestros labios están muy cerca y su cálido aliento se entremezcla con el mío. Tiene los ojos más azules del mundo.

Alzo la cabeza dispuesta a besarlo, pero en el último instante Ryan se aparta. Yo suspiro frustrada. Él me mira y sonrío arrogante. ¿Quién se cree que es? No puede tratarme siempre como si me tuviera en la palma de la mano y encima presumir de ello.

Estoy a punto de largarme cuando Ryan me toma de las muñecas, me empuja de nuevo contra la puerta y me las sujeta por encima de la cabeza. Me sonrío una vez más y me besa con fuerza. Yo quiero protestar, decir algo, pero acabo irremediabilmente rendida a él.

Sujeta mis dos muñecas con una sola de sus manos a la vez que me obliga a abrir las piernas con la suya. Baja su mano acelerada y hambrienta por mi costado. Desabrocha el botón de mis vaqueros y se desliza en mi interior.

Deja caer su frente contra la puerta y los suspiros de los dos se solapan en la

pequeña habitación.

—Me vuelve loco que siempre estés lista —gruñe.

Se separa lo suficiente para que sus ojos atrapen los míos y comienza a mover sus dedos.

—Ya es hora de que te vengas conmigo al Club de las Alturas —comenta socarrón.

Me levanta a pulso, me sienta en el lavabo y, con sus caderas entre las mías, sólo existimos los dos.

Mientras nos arreglamos la ropa, me da un poco de vergüenza pensar que Marie pueda saber exactamente lo que hemos estado haciendo. Aunque lo cierto es que parece de lo más profesional, e imagino que no soy la primera chica a la que Ryan echa un polvo entre las nubes. Sacudo la cabeza, no me ha gustado nada esa idea.

—El mensaje era de Lauren —comento para distraerme del pensamiento tan poco agradable que acabo de tener.

Ryan sonrío.

—Está emocionadísima —continúo—. Gracias por haber hecho que conozca a Sting —añado dando un paso hacia él y colocando mis dos manos sobre su pecho.

—Spencer me comentó que Thea conocía a su mujer, así que ha sido relativamente sencillo —contesta como si nada, pero de pronto parece caer en la cuenta de algo y me mira con expresión divertida—. ¿Realmente Stevens cree que está deprimido?

Asiento contagiada de su humor.

—Ese hombre sabe practicar sexo tántrico. Morirá feliz —sentencia.

Yo me echo a reír. La verdad es que esa modalidad sexual siempre me ha llamado la atención. No porque quisiera llevarla a cabo, sino como curiosidad científica.

—¿Alguna vez has probado el sexo tántrico? —pregunto.

—Sí, y, la verdad, no es algo que me vaya mucho.

Lo miro confusa. Al dios del sexo debería encantarle una práctica sexual que hace que los polvos duren horas y horas.

—Pensé que te encantaría —replico sincera.

Ryan sonrío de esa manera tan dura y *sexy*, como si conociese un secreto increíblemente divertido y no estuviese dispuesto a contármelo, y se inclina un poco sobre mí.

—Yo no necesito ninguna técnica para aguantar más —responde con su voz hecha de fantasía erótica—. Eso, a estas alturas, ya deberías saberlo.

Sin más, se separa de mí y yo siento que me falta el aire. Este hombre es la sensualidad personificada. Suspiro bajito y Ryan vuelve a sonreír. Finalmente se apiada de mí y de cuánto me tiemblan las rodillas ahora mismo y, tomándome de la mano, nos saca del baño y nos lleva de vuelta a los cómodos sillones.

Creo que no ha pasado ni una hora cuando los ojos comienzan a cerrármeme sistemáticamente. Estoy sentada de lado en el cómodo sillón, con la mirada perdida

en la ventanilla; parecemos alejarnos cada vez más del sol, viviendo nuestro propio atardecer privado. Es un espectáculo increíble, pero lo poco que dormí ayer y toda la intensidad del día de hoy me están poniendo muy difícil permanecer despierta.

Me acomodo aún más contra el elegante sillón. Alzo las piernas y, en un atrevido gesto, las coloco en el regazo de Ryan. Nunca tengo claro cómo va a reaccionar con estas cosas. Él sonríe y, sin levantar la vista de los documentos que revisa, comienza a hacer círculos concéntricos con el pulgar sobre mi tobillo. Ahora la que sonríe soy yo.

Ha dicho que terminará todo el trabajo pendiente en el vuelo. Espero que sea verdad. Necesita descansar. Con esa idea rondando por mi cabeza otra vez y las increíbles vistas, me quedo dormida.

—Maddie...

Refunfuño y me acomodo de nuevo en el sillón. Tengo muchísimo sueño.

—Maddie —repite.

Es mi marido y le quiero, pero no pienso abrir los ojos por nada del mundo. Estoy demasiado cansada.

—Nena —vuelve a llamarme, hundiendo su nariz en mi cuello y acariciándome despacio—, ya hemos llegado.

Esas cuatro palabras llaman poderosamente mi atención. A regañadientes, abro los ojos; la curiosidad me puede, y me incorporo en el asiento ante la divertida mirada de Ryan. Intento adivinar algo a través de la ventanilla, pero la oscuridad es total.

Ryan se quita la chaqueta y me ayuda a ponérmela.

—Hace frío —dice escuetamente—. No quiero que pilles una pulmonía.

Yo sonrío encantada. No sólo porque que un chico le ponga la chaqueta a una chica me parezca muy de cuento, sino porque la prenda está caliente y huele a él. ¿Qué más se puede pedir?

Bajamos del avión y un elegante Mercedes E350 nos espera a unos metros. Es azul oscuro casi negro y, al igual que todos los coches que Ryan ha compartido conmigo, tiene un aspecto reluciente. Parece recién salido de fábrica.

Miro a mi alrededor intentando obtener alguna pista, por pequeña que sea, que me diga dónde estamos, pero nada. Todo es aséptico e industrial como en cualquier aeropuerto.

Nos montamos en el vehículo. Tras un leve gesto de cabeza de Ryan, el chófer se pone en marcha. Durante unos minutos presto atención a la ventanilla. Si por lo menos pudiese ver el nombre del aeropuerto, sabría dónde estamos; pero finalmente me rindo; aunque comienza a amanecer, no se distingue más que carretera y campo.

Ryan tira de mi brazo y me deja caer contra su pecho.

—Puedes dormir un poco más —murmura contra mi pelo después de darme un suave beso en la cabeza.

No protesto. Me parece una idea fantástica. Aunque soy plenamente consciente de

que Ryan quiere que vuelva a dormirme para que no sepa dónde estamos antes de que él lo decida. El bastardo quiere mantenerme intrigada hasta el final.

Me rodea el hombro con su brazo y tengo la oportunidad de ver la hora en su sofisticado reloj. Es la una de la madrugada, hora de Nueva York. Con razón estoy tan cansada. Cuando nos montamos en el avión, apenas eran las seis. Eso significa que hemos volado siete horas. Sea donde sea que estemos, también es de noche, pero, claro, hay que sumar la diferencia horaria ¿o restarla? Con todas estas cavilaciones, y arrepintiéndome de no haber prestado más atención cuando James me explicó qué era eso de la hora del meridiano de Greenwich, vuelvo a quedarme dormida.

Me despierta el coche al detenerse. Miro a mi alrededor adormilada y también algo desorientada. Ryan tira de mí y salimos del Mercedes.

Al poner un pie fuera del elegante vehículo, suspiro boquiabierto. La calle, a pesar de no tener nada de extraordinario, es sencillamente preciosa. Los adoquines de la calzada forman un bonito dibujo concéntrico y, separando los dos carriles, una hilera de parterres con brillantes flores rojas se extiende por toda la carretera albergada por un centenar de árboles.

Sigo caminando por inercia y entonces es un imponente edificio de piedra caliza el que llama toda mi atención. Es maravilloso. Atravesamos una enorme cancela negra y descubro que se trata de un majestuoso hotel. No es muy alto. Sólo tiene siete plantas. Pero es todo elegancia.

—Señores Riley —nos saluda un hombre impecablemente trajeado que sale a recibirnos a la puerta del hotel.

Ryan asiente con la cabeza y yo sonrío a modo de saludo. El hombre se parece a Jean Dujardin, el actor de esa película muda que ganó el Óscar hace unos años. Además, su acento me resulta familiar.

Poco a poco voy atando cabos.

Sin embargo, todas mis cavilaciones se evaporan en un interminable «ooohhh» cuando subimos el puñado de escalones de la puerta principal y llegamos al *hall* del hotel.

El suelo, el techo, las lámparas, cada mueble, incluso los jarrones con flores. Todo destila sofisticación y elegancia. El hombre que se parece al protagonista de *The Artist* resulta ser el director del hotel. Durante el trayecto hasta los ascensores, imagino que a expensas de Ryan, el hombre no pronuncia ni una sola vez la ciudad en la que estamos. Lo último que nos dice, en realidad me lo dice a mí, es «disfrute de las vistas de la *suite* Shangri-La». Su sonrisa me confirma que, definitivamente, es cómplice activo de mi recién estrenado marido.

Subimos a la séptima planta y caminamos hasta una preciosa puerta lacada en blanco.

—¿Todavía no vas a decirme dónde me has traído? —protesto divertida—. Ya estamos aquí.

—Siempre ansiosa por saber —replica Ryan con una media sonrisa.

Abre la puerta pero, antes de entrar, se gira y, torturador, se coloca a mi espalda. ¡Va a darme un ataque! Nunca me había sentido tan nerviosa, emocionada y curiosa a la vez.

—Voy a taparte los ojos —me anuncia.

Una de sus suaves y grandes manos cubre mis ojos por completo. Oigo cómo la puerta se abre y comenzamos a caminar. Involuntariamente llevo mis manos sobre la suya.

—La última vez que me tapaste los ojos me pediste matrimonio en una azotea llena de velas. Tienes el listón muy alto, Riley.

Le oigo sonreír y yo también lo hago.

Tras unos segundos, nos detenemos. La brisa fresca de primera hora de la mañana llega desde algún punto.

—¿Lista? —susurra Ryan a mi espalda.

Yo asiento. Estoy tan nerviosa e impaciente que ahora mismo no soy capaz de articular palabra.

Ryan retira su mano. Abro los ojos. Y la vista me roba el aliento.

—Ryan —susurro deslumbrada—, es fantástico.

La vista más espectacular de París literalmente se extiende a mis pies. Veo preciosos edificios albergados por frondosos jardines. Todo del color perfecto en el lugar perfecto. Y en un extremo de esta maravillosa postal, la torre Eiffel se yergue dejándome sin palabras. El sol, que comienza a dibujarse en el horizonte, atraviesa cada rincón de acero del monumento y lo envuelve de una bellísima luz grisácea.

Nunca había visto nada así.

—Ryan —repito, pero no sé cómo seguir. No tengo palabras.

—Sabía que no habías estado en París —me explica—, y quería que la primera vez que lo vieses fuera conmigo.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —respondo girándome hacia él.

Ryan me dedica su espectacular sonrisa y me acaricia la mejilla con el reverso de sus dedos.

—Pues sólo acaba de empezar.

Me coge en brazos, atraviesa la enorme *suite*, cuya pared frontal, a pesar de que cruzamos tres salas diferentes, sigue siendo un inmenso ventanal desde el que se ve París, y me tumba sobre la cama. Sospecho que no va a ser para dormir.

Así nos pasamos los cinco días siguientes con sus cinco correspondientes noches. Sólo salimos de la gigantesca cama para comer y siempre lo hacemos en la maravillosa terraza. No me canso de contemplar París de día, de noche, al amanecer, al atardecer. Me gusta lo bulliciosa que es y también lo íntima que se vuelve cuando la torre Eiffel se apaga, como si discretamente toda la ciudad dijera «es la hora del amor y el sexo desenfrenado, no desperdicias la oportunidad».

Tampoco tengo quejas de la comida: *crêpes*, *macaroons*... Incluso cosas tan simples como el pan y el queso están sencillamente deliciosas.

Me estiro en el inmenso colchón y sonrío como una idiota. No hemos puesto un pie fuera de la *suite*. Con Ryan ha sido complicado incluso ponerlo fuera de la cama. Están siendo unos días de ensueño. Sin embargo, tumbada en diagonal con los brazos extendidos, me doy cuenta de que él no está. Me levanto y me envuelvo en el suave albornoz cortesía del hotel.

Voy hasta el salón, esperando encontrarlo en la terraza, nuestro segundo lugar preferido, leyendo *Le Monde diplomatique* con la misma facilidad con la que lee el *Times*, pero tampoco está. Suspiro extrañada y miro a mi alrededor. Me resulta muy raro que Ryan se haya marchado sin avisarme.

Veo un pequeño cuenco con frambuesas que nos trajeron ayer con la cena y me abalanzo sobre él. Estoy hambrienta. En ese instante oigo abrirse la puerta principal.

—No, joder —se queja Ryan furioso—. Sencillamente no me puedo creer que trabaje rodeado de inútiles.

Cierra de un sonoro portazo y atraviesa el arco del salón como un torbellino. Está

de un humor de perros.

—Spencer, es mi puta luna de miel. Quiero a ese gilipollas en la calle... Claro que me ocuparé —responde arisco y resignado.

Se da cuenta de mi presencia. Me observa durante unos segundos y finalmente resopla.

—¿Acaso tengo otra opción? —masculla.

Por un momento se le ve exhausto y frustrado. Nada que ver con el Ryan que ha estado disfrutando de la cama *king size* y de las vistas de París. Sin embargo, esos sentimientos duran poco en su mirada. Una chispa de pura arrogancia brilla en el fondo de sus ojos azules y sé que acaba de recuperar todo su autocontrol.

—Mándame todos los archivos —continúa, caminando hacia los enormes ventanales—. Asegúrate de que están encriptados o te juro por Dios que pongo a todo el departamento en la calle... No, joder, tranquilízate tú. Necesitáis una puta niñera y ya estoy harto.

Ryan cuelga, lanza el teléfono de malos modos sobre la mesa y se pasa las dos manos por el pelo. Está más que enfadado.

Dejo despacio el cuenco de fruta sobre la isla de la cocina intentado no hacer ruido y camino hacia Ryan. A unos pasos de él, no sé muy bien qué hacer. No sé cómo reaccionará, pero ahora mismo sólo puedo pensar en intentar hacer que se sienta mejor.

—Ryan —susurro.

No dice nada. Sigue con la vista clavada en la panorámica de la ciudad.

—¿Estás bien? —pregunto.

Resopla y los músculos de su espalda se tensan.

—No pasa nada —responde con la voz endurecida.

—Ryan, no quiero presionarte.

—Pues no lo hagas, Maddie —me interrumpe girándose.

Una lucecita en el fondo de mi cerebro me dice que debería parar si no quiero que acabemos discutiendo.

—¿Es la empresa? —inquiero con la voz tímida.

Definitivamente debo ser masoquista.

Ryan resopla una vez más y, resuelto, gira sobre sus pasos y recupera su iPhone de la mesa.

—Tengo que trabajar —me anuncia arisco.

Está muy enfadado. Una parte de mí me grita que debería dejarlo que se relajase, pero no quiero que se inunde de una montaña de trabajo pensando que ese simple hecho nos está arruinando la luna de miel.

—El viaje está siendo fantástico —digo casi en un susurro pero tratando de sonar llena de seguridad.

Ryan se gira. Parece que mi comentario era lo último que esperaba.

—No pasa nada si tienes que trabajar. Lo entiendo.

Ryan lanza el teléfono otra vez contra la mesa y, tras farfullar un juramento ininteligible, camina decidido hasta mí, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza.

—Joder, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura contra mis labios, pero no son palabras cariñosas, son duras, masculinas, como si le golpeará sentir algo así por otra persona—. Nunca me cansaré de repetirlo.

Me besa acelerado, con desesperación, y lo acojo de la misma forma. Ya me dijo una vez que yo era lo único capaz de calmarlo y, si me necesita de esa forma, siempre voy a estar aquí para él.

—Esto no va a llevarme más de un par de días y después pienso meterte en esa cama y no voy a moverme de encima de ti hasta que pierdas el conocimiento.

Uau. Me apunto a eso.

Ryan me besa con fuerza una vez más y finalmente se separa de mí. Con las rodillas temblándome, le observo volver hasta la mesa. Coge su móvil y, sea quien sea a quien llama, ni siquiera le da oportunidad de responder antes de pedirle un ordenador portátil.

También llama a Spencer y más tarde a Mackenzie y a Miller. Es fascinante ver cómo en apenas segundos toma el control de la situación y, a pesar de estar a más de cinco mil kilómetros de distancia, consigue organizar una cantidad de trabajo casi inimaginable para cualquier otra persona. No podría resultar más *sexy*. Es tan brillante y capaz.

Yo aprovecho para darme un baño. El maratón de cinco días, más la mañana de hoy, con el dios del sexo me ha dejado exhausta. Una sesión relajante me vendrá de perlas. Hay tantas esencias, chorros térmicos e incluso luces de cromoterapia que me siento como si estuviese en un *spa*.

Envuelta de nuevo en el albornoz más cómodo del mundo, abro mi maleta. Al ver mi ropa perfectamente doblada y ordenada, me doy cuenta de que es la primera vez que la abro en seis días. Sonrío y me pongo los ojos en blanco. Estar con Ryan en una habitación de hotel tiene ese efecto.

«En una habitación de hotel y en cualquier otro sitio».

Me pongo mi vestido de flores y mi cazadora vaquera. En París hace más frío que en Nueva York, pero también es menos húmedo. Imagino que dentro de poco más de un mes los parisinos estarán como los neoyorquinos, tapados con lana hasta las orejas.

Si Ryan tiene que trabajar, yo utilizaré estas horas para conocer un poco la ciudad. Me compraré una guía en la tienda del hotel e iré a ver los monumentos más típicos. La vista es increíble, pero me apetece verlo todo: el arco del Triunfo, los campos Elíseos, la Ópera... Me muero de ganas.

Salgo de la habitación recogíendome el pelo en una cómoda cola de caballo. Ryan está de pie junto a la mesa, con la vista fijada en la pantalla de un MacBook Pro reluciente.

—Como tienes que trabajar, voy a bajar a dar una vuelta —comento rastreando el salón con la mirada en busca de mi bolso.

Ryan alza la cabeza y me observa como si hubiese dicho la mayor insensatez de mi vida.

—No —responde tajante.

—¿Por qué?

Veo mi bolso sobre uno de los kilométricos sofás, pero ahora no puedo entretenerme y desconcentrarme. Se avecina una batalla con el señor irascible. No puedo permitirme perder el hilo.

—Ryan, tú tienes que trabajar —trato de razonar con él—. Yo nunca he estado París y tengo ganas de conocer la ciudad. Además —continúo, alzando las cejas—, es más que obvio que tú no tienes ningún interés en visitar monumentos.

Ryan intenta disimular una sonrisa por mi última frase. Sabe que tengo razón.

—No vas a salir sola a conocer una ciudad cuando ni siquiera hablas el idioma. ¿Qué harás si te pierdes?

—Me montaré en un taxi y le diré al taxista que me traiga al hotel —contesto resuelta.

«Muy bien dicho, Parker. Déjale claro que eres una chica con recursos».

Ryan entorna la mirada. Una chispa de pura arrogancia reluce en el fondo de sus ojos azules. Una sonrisa de lo más presuntuosa inunda sus labios. Involuntariamente trago saliva.

—Dime cómo se dice en francés «por favor, lléveme al hotel Shangri-La» y podrás marcharte.

¡Sucio bastardo!

Frunzo los labios y le dedico mi peor mirada. Sabe de sobra que no sé hablar francés. Intento buscar una respuesta que me dé la razón y le haga quedar como el idiota arrogante que es, pero, por mucho que pienso, no encuentro nada.

—Eso pensaba —comenta de lo más impertinente.

—Ryan —me quejo al borde de la pataleta—, ahora mismo te odio.

—Me odias pero no puedes vivir sin mí —continúa burlón—. Eso debe ser de lo más frustrante.

¡Qué capullo! Cojo lo que tengo más a mano, un cojín de esos con pinta de valer quinientos dólares, y se lo lanzo a la cara. Él lo esquiva sin problemas y yo resoplo malhumorada. Ahora sí que le odio, aunque, en el fondo, muy muy en el fondo, me parezca tan encantador como impertinente.

—¿Y me está permitido bajar al vestíbulo del hotel, señor Riley?

Sonríe. Está más que satisfecho de haberse salido con la suya.

—Si vas a ir al vestíbulo del hotel, necesitarás esto.

Se mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros y me tiende una tarjeta. Yo camino hasta él fingiéndome absolutamente indignada. Cojo la tarjeta con el gesto más displicente que soy capaz de esgrimir, pero, cuando tiro de ella, Ryan no la suelta.

Alzo la cabeza y él me dedica su sonrisa diseñada para fulminar lencería. Yo vuelvo a entornar la mirada, aunque no aguanto mucho, es imposible, y acabo sonriendo.

—No me hagas reír —protesto divertida—. Estoy enfadada contigo.

Ryan suelta el plástico y al fin cojo la tarjeta. La miro un segundo por inercia y me quedo boquiabierta. Es una *American Express* negra... ¡¡a mi nombre!! Pensé que me estaba dando la llave de la *suite*.

—Ryan, esto es... —Otra vez no sé cómo seguir. He perdido la cuenta de cuántas veces me ha pasado eso desde que lo conocí—... demasiado —acuerdo a pronunciar.

—Basta —me advierte tomándose por las caderas y llevándose hasta él. Suena tajante pero no enfadado—. No quiero tener la misma conversación cada vez que te haga un regalo o me gaste dinero en ti. Pienso seguir comprándote todo lo que crea que va a hacerte feliz y pienso seguir asegurándome de que nunca te falte nada, y eso incluye una tarjeta de crédito.

Bajo la mirada hasta la *American Express* Negra y después vuelvo a entrelazarla con la suya. No quiero que se gaste dinero en mí, pero, ahora que estamos casados, supongo que es diferente. A veces creo que le doy demasiada importancia a esto. Él no se la da.

Como si notara que estoy a punto de rendirme, Ryan se inclina sobre mí y me da un beso en la punta de la nariz. Yo no puedo evitar sonreír.

—Buena chica.

Me da otro beso, esta vez en los labios, y finalmente se separa de mí. Yo suspiro mientras le observo volver al trabajo. Es urgente que encuentre una manera de salirme con la mía.

«Lleva siendo urgente desde hace meses».

El vestíbulo del Shangri-La no es como el de otros hoteles. Normalmente son lugares bulliciosos donde los huéspedes entrantes y los que abandonan el hotel se mezclan, y todo eso, unido a las visitas, los ejecutivos de camino a alguna sala de conferencias y el propio personal del hotel, generan un ambiente frenético. Sin embargo, aquí no. Todo tiene otro ritmo, como si este hotel fuera el último pedacito desestresado del mundo.

Camino fijándome en cada elegante detalle. Es un sitio precioso. Todos los empleados con los que me encuentro me saludan discretos con una sonrisa que les devuelvo. Eso me intimida un poco. Siempre he preferido pasar desapercibida. Supongo que es otra cosa a la que tendré que acostumbrarme ahora que soy la señora Riley.

—*Bonjour* —me saluda la dependienta de la tienda de regalos.

—*Bonjour* —repito automática.

Le devuelvo la sonrisa que me ofrece y rápidamente me escabullo hasta el fondo de la tienda.

Tras varias vueltas, no sé que comprar. Cojo una figurita de la torre Eiffel y la giro entre mis dedos. Mi idea era elegir regalos para las chicas, pero no hay nada que

me guste. Quiero algo más especial que un *souvenir*. Quizá logre convencer a Ryan para que me lleve de compras cuando termine el trabajo. Debería poner en práctica la técnica de Lauren y pedirle las cosas cuando esté a punto de llegar al orgasmo. Asegura que así consiguió que James aceptara ver *Querido John* y que encima contara como regalo de aniversario de ella a él. Me pregunto vagamente si eso funcionaría con Ryan. Resoplo. Probablemente no. Seguro que hasta en esos instantes es capaz de mantener todo su autocontrol.

Suspiro de nuevo, dejo la figurita en el estante y me dirijo hacia la puerta.

—*Madame* —me llama la dependienta cuando estoy a unos pasos de la salida.

Me giro y ella sonrío.

—*Je peux vous aider en quelque chose?* —me pregunta con expresión amable.

Le devuelvo la sonrisa pero no sé qué decir. No he entendido una sola palabra. Ella parece comprender en seguida mi problema y, con una sonrisa enorme, alza la mano pidiéndome un segundo. Parece hacer memoria.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Demanda de nuevo.

Yo sonrío sincera y me acerco a ella.

—No, muchas gracias.

Pero entonces recapacito sobre mis propias palabras.

—En realidad sí, ¿sabe dónde puedo comprar una guía para aprender francés?

Si consigo manejarlo lo suficiente con el idioma, Ryan ya no tendrá ninguna excusa y al fin podré salirme con la mía.

«¿En serio crees que tienes alguna oportunidad?».

La dependienta se toma unos segundos. Creo que está traduciendo mentalmente lo que acabo de preguntarle.

—*Apprendre le français?*

Sale de detrás del mostrador y camina hasta una de las estanterías. Revisa un par de baldas y finalmente coge un libro.

—*Apprendre le français* —repite tendiéndomelo—. Aprender francés —me aclara con un melodioso acento.

Me recuerda al de la señora Aldrin.

El libro es una guía rápida para aprender el idioma. No me va a dar un máster en filología francesa, pero me servirá para aprender a decir «por favor, puede llevarme al hotel Shangri-La».

Asiento haciéndole ver que me lo quedo y niego con la cabeza e intento explicarle lo mejor que puedo que no necesito que lo envuelva para regalo.

—Son cuarenta y un euros.

Voy a coger la tarjeta que me dio Ryan, pero en el último momento no me siento del todo cómoda. Cojo mi cartera y, al abrirla, me doy cuenta de que no he cambiado de moneda.

—¿Puedo pagar en dólares?

—Por supuesto —contesta solícita.

Hace un rápido cálculo y, para agilizar la comunicación, me enseña el resultado en la calculadora. Son cincuenta y un dólares con nueve centavos. Pago con tres billetes de veinte y resoplo. A Ryan no le haría ninguna gracia verme ahora mismo. Soy plenamente consciente de que, más tarde o más temprano, tendré que acostumbrarme a tener un marido multimillonario, pero de momento necesito un poco más de tiempo para aclimatarme.

Mientras espero el cambio, veo unas postales de la foto de *El beso*, de Robert Doisneau, esa fotografía en blanco y negro de la pareja besándose frente al ayuntamiento de París. Cojo una como recuerdo y resulta ser el anuncio de una exposición de la obra del artista. Me apetece muchísimo ir.

Me despido de la dependienta y camino de la *suite* ojeo la postal. Tuerzo el gesto cuando leo que hoy es el último día que la exposición estará en París. Mañana se traslada a Holanda. En el ascensor le echo un vistazo a la guía. Viene con un código bidi que, al leerlo con el móvil, te descarga un *podcast* con un curso virtual. Es la versión moderna del «repita después de mí».

Entro en la *suite* buscando los cascos del iPhone en mi bolso. Cierro despacio y voy hasta el salón. Ryan sigue trabajando con la torre Eiffel de fondo. Al darse cuenta de que he llegado, sonrío y continúa concentrado en sus documentos.

—No le molesto, señor Riley —comento socarrona—. Me voy a nuestra gigantesca cama —añado haciendo hincapié en lo de gigantesca y también un poco en lo de cama.

Se humedece los labios rápido y fugaz sin perder su media sonrisa *sexy*, pero sigue sin mirarme. Camino de la habitación decido enseñarle mis encantos quitándome la chaqueta, como si de repente trabajara en el mejor local de estriptis de Las Vegas. Ryan deja su carísima estilográfica Montblanc sobre la mesa y se acomoda en su silla presenciando semejante espectáculo. Cuando la prenda cae al suelo, me marchó corriendo. De reojo veo que ya no es capaz de disimularlo más y sonrío abiertamente. Misión cumplida. El señor irascible también necesita desestresarse en mitad de fusiones empresariales y opas hostiles.

Dejo mi bolso y la postal de Doisneau sobre la mesita. Me siento en la cama y busco las instrucciones y el código bidi para mandar el *podcast* a mi móvil. Me acomodo entre el millón de almohadones y abro el libro por la primera lección. Echo un rápido vistazo, me pongo los cascos y le doy al *play*. Después de una canción muy parisina, creo que de Édith Piaf, una voz muy amable me pide que repita después de escuchar cada frase.

—*Bonjour* —susurro—. *Je m'appelle Maddie* —continúo repitiendo.

Leo las siguientes páginas del libro y miro las viñetas. Siempre me ha encantado que lo primero que te enseñen en los libros de idiomas sea a hacer amigos.

—*Comment ça va?... Ça va bien, merci, et vous?*

No tengo ni idea de cómo sueno, porque llevo los cascos, pero en actitud no me gana nadie. Estoy lanzada.

Sonrío como una idiota cuando paso la siguiente página. La primera viñeta habla de cómo tomar los transportes públicos. Estoy a diez minutos de poder coger un taxi.

Chúpate ésa, Riley.

—Quelle... heure...?

Me trabo y soy incapaz de terminar la frase. Deslizo el índice por la pantalla del *Smartphone* y vuelvo a escuchar la frase.

—Quelle heure... le train...?

Resoplo. Esto es imposible. Vuelvo a tener quince años y a pensar que el francés me odia.

—À quelle heure le train arrive à la gare?

La sugerente voz de Ryan me hace quitarme los cascos y alzar la mirada. Está de pie, junto a la cama, con sus impresionantes ojos azules posados sobre mí. Tiene las manos en los bolsillos y me observa con una media sonrisa amenazadoramente *sexy* y llena de un peligro rebosante de placer y deseo.

—Creí que tenías que trabajar —murmuro.

—Es muy difícil concentrarse cuando no paro de oírte susurrar palabras en francés.

—Lo siento —me disculpo, pero lo cierto es que no lo siento en absoluto. Me encanta haberle distraído.

Intento disimular una incipiente sonrisa mientras observo cómo Ryan se sienta en la cama frente a mí y cierra el libro sobre el colchón. Alza la mano, me aparta un mechón de pelo y juega con él entre sus dedos.

—*Cheveux* —pronuncia con la voz más sensual que he oído en mi vida.

Me mira esperando que lo repita, pero no soy capaz. Estoy absolutamente hechizada.

—*Cheveux* —musito nerviosa.

Ryan sonrío y baja su mano. Me acaricia el cuello con el reverso del índice y todo mi cuerpo se enciende.

—*Cou* —susurra masculino—, *beau cou*.

Trago saliva. Con esas dos últimas palabras he estado a punto de derretirme.

La mano de Ryan se desliza por mi vestido. Lo acaricia suavemente y suspiro bajito.

—*Robe*. —Su mano continúa bajando y acaricia mi estómago por encima de la tela.

—¿Eso significa vestido?

Ryan asiente. Su mano pasa al otro lado de la tela, me acaricia la piel desnuda de mi muslo y nuevamente estoy a punto de suspirar.

Sin decir una palabra, se inclina sobre mí y me besa. Me obliga a tumbarme y rodeo inmediatamente su cuello con mis brazos.

Sabe de maravilla.

Ryan se separa lo suficiente para que nuestras miradas vuelvan a encontrarse. Una

vez más estoy hechizada. A veces me asusta cómo me siento cuando estoy entre sus brazos. Todo lo demás deja de existir.

—Quiero follarte, muy duro, Maddie —susurra con su cálido aliento acariciando mis labios.

Mi respiración entrecortada se frena de golpe y después se acelera aún más. Todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo se han tensado deliciosamente, expectantes.

—Muy duro —musito.

Esas dos palabras son el sí más entregado del mundo.

Sus ojos azules se oscurecen. Su mirada es intensa, brillante, llena de lujuria y deseo.

Deja caer su cuerpo sobre el mío. Alzo las manos tímidamente y acaricio sus brazos. Cuando nuestras bocas se vuelven más salvajes y desenfrenadas, Ryan se separa dejándome con ganas de más.

Todo mi cuerpo se relame. Suspiro con fuerza, casi gimo. Estoy muy nerviosa pero también muy excitada, llena de placer anticipado.

Se levanta de un golpe. Me toma brusco por las caderas y tira de mí, arrastrándome por la cama hasta que mis pies tocan el suelo.

—De rodillas —me ordena con su voz más ronca y sensual.

Sus ojos azules están clavados en los míos y ésa es su mejor manera de dominarme.

Hago lo que me dice y me arrodillo frente a él. El frío de las losas de mármol me eriza la piel, pero pronto el calor de todo mi cuerpo gana la partida.

Sin apartar su mirada de la mía, Ryan se desabrocha el cinturón y el botón de sus vaqueros. Sus hábiles dedos se mueven despacio, torturándome, demostrándome una vez más quién tiene el control.

Sin llegar a bajárselos, libera su increíble erección y yo no puedo evitar que mis ojos vuelen golosos hacia ella. Es tan grande que a veces me sorprende que no me haya partido en dos.

Ryan se inclina sobre mí, toma mi cara entre sus manos y en un movimiento fluido me obliga a estirar mi cuerpo para poder besarme. Me está diciendo que éste va a ser el último momento suave. El juego ha empezado.

Deja una de sus manos en mi mejilla y me acaricia dulcemente. Con la otra se agarra con fuerza el miembro. En estos momentos sus ojos azules brillan con tanta fuerza que podrían abrasarme.

Despacio, posa su polla sobre mis labios y sigue el contorno de mi boca con ella. Mueve con delicadeza el pulgar cerca de mis labios y automáticamente sé que quiere que los abra. No dudo. Lo hago. Y Ryan entra dentro de una sola embestida, brusco.

Digiero la invasión y me acomodo a ella. No cierro los ojos y él no los aparta de mí.

Enrolla mi pelo alrededor de su puño y me obliga a ladear la cabeza. Sale del todo

y vuelve a entrar por completo.

Gimo excitada. Ni siquiera entiendo por qué pero, estar así de expuesta, absolutamente en sus manos, me llena de un deseo hambriento y sordo y de muchísimo placer.

Me embiste con fuerza, controlando el movimiento con su mano. Cuando está a punto de salir, enseño los dientes y aprieto con suavidad.

—Joder —sisea y por un segundo cierra los ojos.

Su reacción me envalentona. Rodeo su glande con la lengua y le doy un beso húmedo y caliente en la punta. Ryan ralentiza sus movimientos y me deja disfrutar de toda su longitud. La lamo con fuerza, besando cada centímetro.

Un gruñido atraviesa su garganta y escapa de sus labios. Está disfrutando y yo me siento poderosa.

Pierde sus manos en mi pelo y me embiste de nuevo... cada vez más rápido, llegando cada vez más profundo. Me roza el velo del paladar e involuntariamente trago con él dentro.

—Quiero que entre entera, Maddie —me ordena.

Me mentalizo. Joder, es muy grande pero quiero hacerlo. Quiero conseguir que se deshaga entre mis labios. Mi libido está desatada.

Ryan ladea mi cabeza sin delicadeza, vuelve a embestirme y yo dejo que llegue lo lejos que desee.

—Sí, nena, así —sisea.

Sale por completo y vuelve a entrar más brusco. Lo acojo otra vez entero, disfrutando de su sabor salado y limpio.

Cuando sale, se agarra la polla y se acaricia un par de veces. Yo alzo la mirada y dejo que mis ojos se encuentren con los suyos azules a través de mis pestañas. Gruñe. La atmósfera se carga de su magnetismo animal y de toda su lujuria.

Suspiro bajito. No podría estar más excitada.

Sin delicadeza, me toma por los hombros y me tumba bocabajo en la cama. Tira de mis caderas hasta que doblo las rodillas y mi estómago se apoya en ellas. Oigo más que veo cómo se quita los pantalones y la camiseta prácticamente todo a la vez.

Me rompe las bragas de un tirón y me embiste con fuerza a la vez que me da un azote en el trasero. Las sensaciones se solapan y no puedo evitar gemir, casi gritar.

—No te corras hasta que te lo diga —me advierte agarrándome por las caderas— o vas a meterte en un buen lío.

Gimo de nuevo. Esta vez por sus palabras. Mi mente entra en estado de *shock* y se evapora. ¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

Empieza un ritmo endiablado, salvaje. Me penetra con fuerza, duro.

Gimo descontrolada.

Me muerdo el labio inferior intentando controlarme, pero no tengo ningún éxito.

Mi cuerpo se tensa.

Joder, no.

Y, sin quererlo, me corro y además muy rápido. Cierro los ojos y rezo mentalmente para que no se haya dado cuenta, aunque algo dentro de mí sabe que eso es absolutamente imposible.

Ryan ralentiza el ritmo y, despacio, se deja caer sobre mí.

—¿Qué voy a hacer contigo, señora Riley? —susurra con una voz hecha de pura fantasía erótica.

Me besa bajo la oreja lentamente, dejando que su cálido aliento encienda mi piel. Esto es una tortura.

—No has sido una chica obediente —añade—, y eso tiene sus consecuencias.

Se yergue sobre mí y por un segundo nuestros cuerpos están completamente separados, pero entonces siento una fuerte palmada en el trasero y de inmediato Ryan se hunde en mí aún con más fuerza.

Grito.

Todo mi cuerpo se arquea.

Ryan sale por completo. Vuelve a azotarme. Vuelve a embestirme.

Grito otra vez.

Me azota de nuevo. Me embiste de nuevo.

—¡Ryan! —grito.

Dios, es espectacular.

Y cuando lo siento entrar duro, triunfal, maravilloso, por cuarta vez, un orgasmo increíblemente intenso me sacude de pies a cabeza, arrollándome por dentro, asolándolo todo, haciendo sentir la obra, vida y milagros de Ryan Riley en cada centímetro de mi cuerpo.

Él se aferra con más fuerza a mis caderas y continúa embistiéndome, alargando sus movimientos. Todo mi placer se transforma y prepara mi cuerpo para estallar de nuevo.

Mi respiración se acelera.

Se entrecorta.

Gimo.

Todo mi cuerpo se tensa.

¡Va a partirme en pedazos!

—¡Córrete, Maddie!

Como una prueba más de que le pertenezco, mi cuerpo obedece al instante y una corriente eléctrica todavía más intensa que la anterior me recorre por dentro y alcanzo el orgasmo por tercera vez.

Tiemblo con sus embestidas. Lo recibo y lo despido extasiada y a los pocos segundos se pierde dentro de mí transformando mi nombre en un alarido.

Nos dejamos caer en la cama, exhaustos. Soy vagamente consciente de que Ryan me acomoda entre los almohadones y me tapa con la colcha.

—Eres increíble, nena —susurra admirado justo antes de darme un dulce beso.

Quiero pedirle que se quede, pero no soy capaz de articular palabra. Estoy

cansadísima.

Me despierto desorientada. No sé qué hora es. Estoy sola en la inmensa cama. Me levanto despacio y me paso las manos por el pelo intentando despertarme. Ya es de noche. Aún adormilada, camino hasta el salón de la elegante *suite*.

Al verme, Ryan levanta la cabeza y me dedica su media sonrisa. Sin embargo, otra vez parece agotado. Suspiro y me apoyo en el marco de la puerta uniendo mis manos a mi espalda.

—Hola —susurro.

—Hola —responde.

—Tienes que descansar —musito, pero lo hago muy seria.

Tiene que entenderlo de una maldita vez.

—Ni siquiera sabes qué hora es —comenta socarrón.

Está claro que, por mucho que lo intente, no le intimido lo más mínimo. Puede que tenga razón en que no sé qué hora es, pero yo la tengo en que necesita descansar, así que acabo dedicándole un mohín y su sonrisa se ensancha.

Me hace un gesto para que me siente en su regazo. No necesita repetirlo.

Ryan rodea mi cintura con sus brazos. Hunde su nariz en mi pelo y aspira suavemente. Ahora mismo estoy en el mejor lugar del mundo. Suspiro bajito y me acomodo contra él. Ryan desliza las manos por mi estómago y llega a la piel desnuda bajo mi vestido, pero apenas me ha acariciado un segundo cuando las separa rápidamente al tiempo que sonrío incrédulo y creo que algo frustrado.

—¿Qué me has hecho? —farfulla divertido.

Yo sonrío encantada. Adoro ser su tentación como él es la mía.

—Deberías volver a la cama. Es muy tarde —susurra, pero no se mueve lo más mínimo.

Desliza la nariz por mi cuello y su cálido aliento me derrite despacio.

—No voy a irme sin ti —murmuro con los ojos cerrados, disfrutando de su caricia.

—Tengo mucho que hacer, nena. No puedo meterme en la cama contigo aunque me muera de ganas.

Suspiro bajito. Me encanta cuando dice eso. ¡Suenan tan sensual!

—Pues entonces los dos nos quedaremos despiertos —le anuncio tras pensarlo un instante—. Yo también tengo cosas que hacer.

Valoro la posibilidad de seguir con el curso de francés, pero, sinceramente, en estos momentos no me veo con fuerzas suficientes para asimilar otro idioma. Echo un vistazo a mi alrededor buscando una excusa para quedarme despierta. De pronto la reluciente cocina llama mi atención y tengo la idea más estúpida del mundo.

—Voy a hacer galletas —sentencio muy resuelta.

Ryan sonrío. No me está tomando en serio. No le culpo, pero yo estoy decidida. Si él no piensa descansar, yo tampoco voy a hacerlo. Puede llamarlo solidaridad matrimonial. Así quizá entienda que no puede pasarse las noches en vela.

Me levanto muy segura de mí misma y voy hasta la cocina. Obviamente no hay nada con lo que hacer galletas. Esta cocina está pensada para que finjas que cocinas, no para que lo hagas de verdad.

Suspiro y camino hasta la mesita junto al sofá, donde hay uno de los más de diez teléfonos repartidos por toda la *suite*. Marco el botón de recepción y espero. Ryan se levanta y, sin decir una palabra, camina hasta colocarse frente a mí, dejándonos tan sólo separados por uno de los elegantes sofás.

—Buenas noches, le llamo de la *suite* Shangri-La —saludo a la chica al otro lado de la línea. Tengo que ser amable. Estoy a punto de encargarle la lista de la compra—. Necesitaría que me subieran algunas cosas.

—¿En serio vas a ponerte a hacer galletas a las cuatro de la mañana? —pregunta incrédulo.

Yo me separo el auricular de la boca al tiempo que lo tapo con la otra mano.

—¿Vas a seguir trabajando?

Ryan asiente a la vez que se pasa la lengua fugaz y *sexy* por el labio inferior.

—Pues yo voy a cocinar. Además, ahora soy una Riley. Ya es hora de que empiece a hacer uso de mi apellido —añado burlona.

En realidad, no me siento muy cómoda, pero esta noche es una emergencia. No me hace ninguna gracia imaginarme como una de esas mujeres de la alta sociedad que se pasean de tienda en tienda con cara de haberse pasado con el bótox el mismo día que renunciaron al sexo.

La sonrisa de Ryan se ensancha mientras me observa pedir todos los ingredientes que necesito: mantequilla, azúcar, huevos, esencia de vainilla, harina de repostería, cacao en polvo y chocolate.

La puerta no tarda en sonar. Voy a abrirla prácticamente dando saltitos. Un chico entra empujando un sofisticado carrito con todo lo que necesito. Me despido con un orgulloso *merci* y voy hasta la cocina.

Ryan me contempla con una media sonrisa en los labios y, nuevamente sin decir nada más, gira sobre sus talones y regresa a su escritorio.

Pongo los ingredientes en la encimera de la cocina y los observo con detenimiento. No tengo ni la más remota idea de cómo hacer galletas. Me sé los ingredientes por la cantidad de veces que Sam me mandó a comprarlos cuando trabajaba en el restaurante.

Suspiro. No puede ser tan difícil.

—¿Algún problema, señora Riley? —pregunta burlón desde su mesa.

Yo alzo la mirada y frunzo los labios. Él apoya ambos codos en la mesa y se lleva el reverso de sus dedos entrelazados a los labios, escondiendo su insolente sonrisa tras ellos. No podría ser más *sexy*.

«No te distraigas, Parker».

Interiormente me sigo llamando Parker. Me da más poder para continuar sublevada.

—Ninguno, señor Riley —replico impertinente.

—Me alegro.

¡Sucio bastardo! Se lo está pasando de cine riéndose a mi costa.

Una hora después, estoy embadurnada de harina y no hay rastro de galletas. Como está claro que improvisar no me está dando ningún resultado, cojo mi iPhone y busco una aplicación de repostería. Por suerte para mí hay miles.

Con ayuda me resulta mucho más sencillo. Consigo hacer la masa y la divido en bolas. Las pongo ordenadas sobre la bandeja y las meto en el horno. Dentro de una hora podré decir algo tan francés como *voilà* cuando las saque terminadas.

Lo dejo todo más o menos recogido. Le hecho un último vistazo al horno y, como ya sólo me queda esperar, me voy al sofá. Estoy cansadísima, pero no pienso reconocerlo. No voy a rendirme. Todo esto es para hacerle comprender que necesita descansar, aunque ahora mismo no recuerde exactamente la lógica del plan. Tengo demasiado sueño.

Miro el reloj. Todavía faltan más de veinte minutos. Pienso en encender la tele pero no quiero molestarlo. Me acomodo un poco más y subo mis pies descalzos al tresillo. Deben ser casi las seis. Quiero mirar el reloj, pero ya se me han cerrado los ojos. Sólo cinco minutos.

—Despierta, repostera. Tus galletas están listas.

Abro los ojos desorientada otra vez. Por un segundo no recuerdo qué hago durmiendo en el sofá, pero entonces me llega un aroma dulzón e inmediatamente recuerdo mi aventura en la cocina.

Me levanto y sigo con la mirada a Ryan. Lleva un traje de corte italiano gris marengo como su corbata y una impoluta camisa blanca. Está espectacular. Ryan Riley, director ejecutivo, en estado puro.

Camina hasta la cocina y coge una galleta directamente de la bandeja. Se la pasa de una mano a otra intentando no quemarse los dedos y le da un bocado. Debe de estar muy caliente porque lanza un gruñido mitad satisfecho, mitad protesta. Me mira, sonrío de oreja a oreja y yo no puedo evitar imitar su gesto. Parece un niño en una tienda de caramelos. No puedo evitar reconocer que he fracasado un poco. Me quedé dormida y obviamente él no lo hizo. ¿Cómo es posible que no necesite dormir? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que sin hacerlo esté así de guapo? A veces creo que es un robot preparado para el trabajo ejecutivo y el sexo alucinante.

Ryan se acerca a mí y, tomándome por las caderas, une nuestros cuerpos hasta que no hay ni una pizca de aire entre ellos.

—Llegaré a eso de las dos —me promete.

Me da un beso que me deja con las rodillas temblando y se marcha con la sonrisa en los labios. Lo observo hasta que la puerta se cierra tras él y me pongo los ojos en blanco por no ser capaz de dejar de sonreír ni siquiera ahora que ya se ha ido.

Camino el único paso que me separa de la isla de la cocina y cojo una galleta. Mmm... Estoy muy orgullosa. Me han quedado de muerte.

Me paso toda la mañana viendo la tele en francés. Me autoconvenzo de que ése es un método tan válido como cualquier otro para aprender el idioma. Después me doy una ducha larga y relajante. No salgo hasta que los dedos de las manos se me arrugan.

Cojo otra galleta y voy hasta la sofisticada radio del salón. Tardo más de lo que me gustaría admitir, pero al fin la enciendo. Comienza a sonar una canción muy pegadiza. Con ella de fondo, abro la maleta y busco qué ponerme. Para cuando Ryan regrese, quiero estar lista para que me lleve a almorzar y después a ver París. Afortunadamente la señora Aldrin incluyó mi vestido de cóctel de Valentino. Me encanta y será perfecto para pasear por la ciudad de la luz.

Me como otra galleta y termino de prepararlo todo. Saco el vestido, busco los zapatos a juego y mi *clutch vintage*. Sólo me falta la laca de uñas, así que me pongo mis vaqueros y una camiseta y bajo a la tienda de regalos.

Vuelvo a pagar en dólares. He decidido que la *American Express* será sólo para emergencias. En realidad, teniendo en cuenta cuánto me incomoda, la dejaré exclusivamente para casos de vida o muerte.

Cuando estoy a punto de marcharme, comienza a sonar la misma canción que escuchaba en mi habitación. Ésa tan pegadiza. Le pregunto a la dependienta y me explica que es *Mi amor*, de Vanessa Paradis.

Como prometió, Ryan vuelve sobre las dos. A pesar de la prisa que he pretendido darme, aún no estoy lista cuando oigo cerrarse la puerta de la *suite*. Me subo rápido a mis Manolos y voy hasta el salón.

—Hola —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo he echado de menos como una idiota.

Ryan me dedica su *sexy* media sonrisa como saludo mientras se afloja su corbata gris marengo.

—Había pensado que podríamos salir a almorzar y después dar una vuelta por el barrio de los pintores —comento.

Se quita la chaqueta.

—También podríamos ir al Louvre —continúo—, subir al *Sacre Coeur*, pasear por los campos Elíseos.

Ryan camina con el paso decidido hasta mí, me toma entre sus brazos y me besa con fuerza haciendo que olvide los monumentos de París. Sus labios saben mejor que todos y cada uno de ellos.

Me levanta la rodilla obligándome a rodear su cadera con ella y hago lo mismo con la otra. Ryan nos lleva hasta la habitación sin dejar de besarnos. Nos deja caer en la cama y no puedo evitar sonreír absolutamente encantada contra sus labios.

—Hola —susurra separándose lo justo para que sus ojos azules atrapen los míos.

—Hola —repito extasiada.

Es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

Sin desatar nuestras miradas, sus manos vuelan y se cuelan bajo mi vestido hasta llegar al encaje de mis bragas de La Perla.

—Apuesto a que van a volverme loco —comenta refiriéndose a mi lencería.

Su voz es un auténtico delirio.

—Deberían —contesto contagiándome de todo este ambiente tan sensual—. Las elegiste tú.

Ryan sonrío lobuno y un brillo de puro deseo refulge en el fondo de sus ojos azules. Sé que ahora mismo está recordando cuando cerró la *boutique* para nosotros.

—Nunca vas a dejarme salir de este hotel, ¿verdad? —comento fingidamente consternada.

Él niega despacio.

—Tengo otros planes para ti —responde descarado— y, créeme, te van a encantar.

Y aunque lo intento, no puedo disimularlo más y acabo sonriendo como una idiota mientras Ryan se encarga de que no haya un solo centímetro de aire entre nosotros.

Nos pasamos el resto de la tarde enredados, acariciándonos, besándonos y hablando. Bueno, hablando yo y él escuchando. No lo sentía tan despreocupado y feliz desde que estuvimos en Santa Helena. Definitivamente se nos dan muy bien los hoteles.

—¿Qué es eso? —pregunta curioso, cogiendo la postal de la mesita.

—Es una exposición sobre Robert Doisneau, el autor de *El beso*.

Ryan sonrío. Obviamente él ya sabía quién es Robert Doisneau.

—¿Quieres verla? —inquire girando la postal entre sus dedos.

—Sí, pero el último día era ayer —respondo encogiéndome de hombros para restarle importancia.

No quiero que por nada del mundo piense que, que haya tenido que trabajar, ha sido un problema.

Ryan me sonrío y deja la postal de nuevo sobre la mesita. No dice nada y por un momento sólo nos miramos. Vuelve a sonreírme pero no le llega a los ojos. Sé que ahora mismo está pensando exactamente lo que yo no quería que pensara, que su trabajo ha estropeado nuestro viaje. Quiero decir algo para quitarle esa idea de la cabeza, pero la arrogancia irrumpe en sus ojos azules y su sonrisa se vuelve increíblemente presuntuosa.

—No te preocupes —comenta pícaro—. Si quieres ver besos, yo puedo enseñarte un par.

Sonrío escandalizada. ¿Se puede ser más arrogante?

—Eres...

Pero antes de que pueda protestar, Ryan se inclina sobre mí y me besa acallando cada una de mis quejas. Es un auténtico sinvergüenza.

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos, saboreándonos como si nada más importara. Finalmente Ryan se separa despacio, me da un nuevo beso más corto y dulce y acaricia suavemente mi nariz con la suya.

Mmm... estoy en el paraíso.

—¿Crees que Bentley y Lauren harán las paces? —le pregunto.

—No lo sé —responde mientras acaricia delicadamente mi sien y sigue el contorno de mis mejillas, perdiendo la mirada en sus dedos—. Bentley no ha querido hablar de eso.

—No ha querido hablar, ¿eh? —comento socarrona.

Ryan resopla divertido y, como castigo, me pellizca la cadera, lo que hace que proteste divertida.

—Eres insufrible —se queja con una sonrisa.

—Bueno, ahora soy una Riley —respondo con otra de oreja a oreja—. Ser insufrible es parte del encanto del apellido.

—Pero se puede ser más...

Ryan no termina la frase y, si lo hace, no puedo oírle porque me hace cosquillas de nuevo y mis gritos y mis súplicas para que pare tapan cualquier otro sonido. En un ágil movimiento, me inmoviliza sujetando mis manos contra el colchón a ambos lados de mi cabeza. Sus ojos azules están clavados en los míos. Nuestras respiraciones jadeantes dejan de estarlo por las cosquillas y comienzan a estarlo por nuestra proximidad. Su olor me envuelve y tengo la tentación de alzar la cabeza y olerlo directamente desde su cuello.

—Siempre hueles tan bien —musito absolutamente perdida en su mirada.

Ryan sonrío. Despacio, se deja caer sobre mí y hunde su nariz en mi cuello.

—No tan bien como tú —murmura contra mi piel—. Cuando estamos juntos, tu olor se queda impregnado en mi ropa y después no puedo dejar de pensar en ti.

Entreabre los labios y deja que su cálido aliento soliviente mi piel. Sonrío y me revuelvo bajo él. Es delicioso.

—¿Te haces una idea de lo complicado que me pones concentrarme en otra cosa que no seas tú? —añade.

Me muerde y gimo. Antes de que el sonido se evapore, Ryan lame sensual la piel que han marcado sus dientes y me da un suave beso.

—Te tengo en mi cabeza todo el maldito día, imaginando lo que te haré y cómo te desharás entre mis brazos.

Cubre con su boca cada centímetro de mi cuello y yo sólo puedo ser consciente de su voz, de sus labios, de su miembro fuerte y duro despertándose contra mi vientre.

Sigue bajando, su boca acaricia mi pecho, mis pezones. Los endurece con su cálido aliento y estremece mi piel.

Cierro los ojos y hecho la cabeza hacia atrás. Estoy perdida.

Ryan me sujeta las dos manos con una de las suyas. Oigo más que veo cómo coge la sábana con la que le queda libre y de un tirón la separa del colchón.

Sus labios se deslizan por la piel de mi estómago, me besa, me estimula. Todo mi cuerpo se arquea bajo su boca. Me estoy derritiendo lentamente.

Ryan se separa de mí y únicamente con su mirada me ordena que me quede muy

quieta. Suspiro hechizada por completo y sin perderme ni uno solo de sus movimientos le observo retorcer la sábana, enrollándola entre sus manos, y después inclinarse despacio sobre mí.

Mi respiración se acelera cuando me cubre los ojos con la tela.

—Ryan —pronuncio en un murmuro evaporado en mi respiración más convulsa.

Siento el nudo tensarse alrededor de mi cabeza. Todo es tan sensual que me deja sin aliento.

—Confía en mí —susurra a escasos, escasísimos, centímetros de mis labios.

Yo asiento. No puedo hacer otra cosa. Estoy rendida a él en todos los sentidos.

—Une las muñecas por encima de la cabeza.

Obedezco y, no sé con qué, Ryan las ata y también al cabecero.

Cuando ya me tiene exactamente donde quiere, deja que todo el peso de su cuerpo caiga sobre el mío. Su olor me sacude y me inunda y me estremezco de placer anticipado bajo él.

Mi respiración está desbocada.

Ryan me besa. Sus labios exigen que me concentre sólo en ellos. Gimo contra su boca. Es delicioso. Pero entonces se separa dejándome con ganas de más.

Suspiro de nuevo deseosa de que regrese, pero él parece tener otros planes. Baja por mi cuerpo torturándome despacio. Primero mis pechos. Toma mi pezón entre sus labios. Lo endurece aún más con su lengua mientras su mano avanza por mi costado hasta tomar mi otro pezón. Perfectamente sincronizado, tira de ellos y mi espalda se arquea, acercándose más a él y a sus habilísimos dedos.

Sigue hacia abajo. Su cuerpo es el dueño del mío. Su cálido aliento impregna la piel de mis costillas, mi estómago, mi ombligo. Una leve súplica se escapa de mis labios. Me estoy consumiendo en un mar de excitación y deseo.

Ryan baja un poco más. Sus sensuales labios se pierden en mi interior más húmedo. Gimo y mi cuerpo se inunda de excitación, sudoroso, lleno de tanto placer y tanto deseo que temo desintegrarme en los brazos de este dios del sexo.

Sus dedos se unen a todo mi placer y sus caricias me erizan la piel.

Gimo de nuevo. Más fuerte.

Me penetra con dos dedos. Todo mi cuerpo se tensa. Tiro de las ataduras y todas las sensaciones se multiplican por mil. Estoy sobreestimulada y soy aún más consciente de todo lo que Ryan está provocando en mí.

Muevo las caderas de forma inconexa tratando de escapar de sus besos o buscándolos todos, quién sabe. Sólo soy placer, placer, placer.

Ryan añade un tercer dedo. Sus besos se hacen más profundos. Gimo más fuerte. Las ataduras me aprietan. Me duele. Me gusta.

¡Dios!

Me deshago entre sus manos y su boca. Grito su nombre. El placer brilla, me traspasa, me ilumina y me hace alcanzar un orgasmo increíble.

Mi cuerpo se tensa y se mueve, disfrutando del placer que lo atraviesa. Ryan se

separa de mí. No soy consciente de dónde está, pero entonces me toma por las caderas y exactamente en el mismo instante me embiste con fuerza.

—¡Ryan! —grito desbordada.

Tiro de mis muñecas. El placer me ha traspasado, arrollándolo todo a su paso.

Sin salir de mí, se inclina hasta que puedo sentir su cálido aliento sobre mis labios.

—Tranquila, nena —me pide con su voz más dulce tras chistarme suavemente.

Mi respiración está completamente desorbitada. Ryan me besa con suavidad. Tengo la tentación de pedirle que me suelte. Todo es demasiado intenso. Ryan vuelve a besarme y consigue que por un segundo sólo me concentre en sus labios. Lo hace despacio, tranquilizando mi cuerpo.

Espera a que a que me calme del todo y vuelve a embestirme.

—¡Joder! —grito de nuevo.

El placer me está superando. Mi piel está sensibilizada y sobreestimulada hasta el último centímetro, y mi mente, privada de poder ver, de tocarlo, está aún más atrapada y a la vez más liberada por todo lo que Ryan me hace sentir.

—Nena —me llama.

Asiento. No puedo hacer otra cosa. Ryan me embiste de nuevo. El placer me asola. No puedo más.

—Ryan —gimoteo.

Él vuelve a embestirme y, sin darme oportunidad a asimilar la descarga de excitación y deseo en mi interior, comienza a bombear constante, intenso, profundo.

Es demasiado.

Joder. Joder. Joder.

Tiro de las muñecas hasta que las ataduras me cortan prácticamente la circulación.

Y entonces sucede que todo mi cuerpo tiembla, se convulsiona y paso una nueva frontera llegando a un placer puro, sin edulcorar, al mejor sexo que he tenido en mi vida.

—¡Ryan! —grito.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo, cada centímetro de mi piel, es puro placer, excitación y deseo. Me siento más llena, más fuerte, ¡más viva!

—¡Dios! ¡Ryan!

Todo mi cuerpo estalla inconmensurable, ardiendo. Es un orgasmo que me atraviesa y me parte en dos, que me destruye para volver a reconstruirme alrededor de Ryan, de sus manos, de su voz, pero, sobre todo, de su increíble polla, dura, fuerte, fabricada a partir de fantasía erótica, puro acero y todo el placer y pecado del mundo.

Ryan se pierde en lo más profundo de mi interior con un masculino alarido y con los dedos clavados en mi cadera, marcando mi piel y todo mi placer.

Si muriera ahora, moriría feliz.

Dejo que todo mi cuerpo se relaje y me sumo en la oscuridad que me proporciona

la sábana.

Ryan se coloca a horcajadas sobre mí y, hábil, desata el nudo, privándome de mi escondite. Parpadeo un par de veces por la luz y lo primero con lo que me encuentro es con su bello rostro, que aún lo está más concentrado en liberarme las muñecas. Cuando lo hace, las inspecciona con cuidado para asegurarse de que no he sufrido ningún daño.

—Ha sido increíble —murmuro.

Mis palabras hacen que Ryan pose sus increíbles ojos azules en los míos y otra vez me deja sin aliento. Lentamente sube su mano por mi costado hasta acomodarla en mi cuello y, despacio, se inclina sobre mí y me besa lleno de fuerza, intenso.

—Ver cómo te has corrido con mi nombre en los labios —susurra con nuestros alientos entremezclándose—, eso sí que ha sido increíble.

Sus palabras me roban por completo la reacción. Ryan deja que sus ojos me atrapen una vez más y vuelve a besarme antes de salir triunfal de la habitación.

Yo me quedo en la cama. Necesito un segundo. Con ese único beso y esa mirada ha conseguido volver a ponerme el corazón a mil.

Finalmente suspiro con fuerza, absolutamente encantada, y voy al baño. Cuando salgo, me detengo bajo el umbral y estiro los brazos por encima de la cabeza. Estoy exhausta. Ahora mismo sólo puedo pensar en dormir diez horas seguidas. Bueno, quizá, primero coger un par de galletas y después dormir diez horas seguidas.

Sexo espectacular, galletas caseras y una cama con un millón de almohadones... quien afirme tener un plan mejor, está mintiendo descaradamente.

Apenas he dado unos pasos en dirección a la cocina de la *suite* cuando Ryan aparece frente a mí. Ya se ha vestido de nuevo con unos vaqueros, una camiseta de manga larga blanca y otra igual de color gris encima. De las dos se ha remangado las mangas y desabrochado los botones del cuello. Es curioso cómo con algo tan sencillo está espectacular.

—Hola —lo saludo sorprendida al verlo tan lleno de energía.

A veces creo que el sexo le recarga las pilas.

—Vístete —me apremia—. Tenemos algo que hacer.

Sin darme tiempo a decir nada más, gira sobre sus pasos y va hasta el escritorio, de donde recupera su teléfono. Al darse cuenta de que no me muevo, alza su vista del *Smartphone* y me dedica su media sonrisa.

—¿No me has oído, Maddie? —pregunta con ese tono de jefe exigente y tirano que hace que me tiemblen las rodillas. Yo asiento. No puedo hacer otra cosa—. Vístete —repite y, no sé cómo, consigue que esa simple palabra suene peligrosa, amenazante y absolutamente excitante.

Ahora estoy dispuesta a moverme pero mi cuerpo no me responde. Suspiro bajito y mentalmente me pongo los ojos en blanco. No puedo dejarle siempre tan claro cuánto me afecta.

Al fin consigo mandar el ansiado impulso eléctrico a mis piernas y regreso a la

habitación. De pasada echo un vistazo al reloj. Es más de medianoche. ¿Adónde vamos a ir?

Saco un bonito vestido azul marino con pequeños estampados de mi maleta y la cazadora vaquera que llevaba ayer. Me calzo mis botas y camino del salón me sacudo un poco el pelo e intento ordenar mis ondas castañas con los dedos. Sólo espero que no esté hecho un completo desastre.

—Lista —digo deteniéndome en el centro del salón y chocando las palmas de mis manos contra los costados.

Ryan sonrío y yo imito su gesto. ¿Qué estará planeando? Me tiene de lo más intrigada.

—¿Vas a decirme adónde me llevas? —pregunto divertida.

Su sonrisa se ensancha. Anda hasta mí a la vez que niega con la cabeza, me toma de la mano y salimos de la habitación.

Ryan camina decidido. Así lo hace mientras cruzamos el vestíbulo del hotel y también cuando salimos a la calle.

—Ryan, ¿adónde vamos? —pregunto sin poder evitar sonreír mientras avanzamos por un París perfectamente iluminado.

Puedo ver su media sonrisa pero no dice nada.

Cruzamos una calle decorada con unos bonitos adoquines y nos encontramos en la ribera del río Sena. La brisa sopla más fuerte y más fría. Tengo la tentación de abrazarme a mi misma para repeler el viento, pero me contengo. No quiero que exagere y se ponga de mal humor pensando que voy a pillar una pulmonía.

Sin embargo, Ryan parece darse cuenta, porque se gira hacia mí, chasquea la lengua molesto y sin soltarme la mano me rodea los hombros. Su cuerpo cálido calma inmediatamente cualquier sensación de frío. Estoy en el cielo con acento francés.

—Ya casi hemos llegado —comenta a la vez que sus labios acarician mi sien.

La torre Eiffel al otro lado del río llama mi atención. Es increíble. Da igual todas las veces que la había visto en fotos o en la tele, jamás imaginé que fuese tan espectacular.

Estoy tan ensimismada que ni siquiera me doy cuenta cuando Ryan nos hace girar a la altura de uno de los fastuosos puentes. Me obligo a mirar por dónde me hace caminar y boquiabierta me encuentro rodeada de unos preciosos jardines. Están cuidados hasta el más mínimo detalle y hay una majestuosa fuente con decenas de chorros en el centro. Desde luego en esta ciudad el sentido del lujo toma un cariz absolutamente diferente.

—Son los jardines del Trocadero —me explica Ryan—. Ésa es la fuente de Varsovia.

Estoy a punto de pedirle que ralentice el paso para poder admirar los jardines como se merecen, pero entonces me doy cuenta de adónde vamos realmente. Un precioso palacio formado por tres edificios se levanta ante nosotros. Es de piedra caliza y unos juegos de columnas blancas y brillantes lo presiden.

Ryan se separa de mí pero sigue manteniendo nuestras manos entrelazadas. Me da un segundo para que suspire maravillada y tira de mí para que suba la impoluta escalinata.

—Y éste es el palacio de Chaillot.

De reojo veo cómo hace un levísimo gesto con la cabeza y mi atención se centra donde él mira. Hay un hombre a unos metros de nosotros, que tras asentir ligeramente se marcha. De pronto lo comprendo todo. Lo ha preparado para que nos dejen entrar en este horario tan peculiar.

Cuando llegamos a lo alto de la escalinata, Ryan me suelta de la mano y yo paseo impresionada, girando sobre mis pies, tratando de asimilar todos y cada uno de los detalles. Él me observa divertido y yo no puedo entender cómo prefiere mirarme a mí en vez de a este lugar de ensueño.

—Esto es fantástico —murmuro deslumbrada.

El viento vuelve a soplar, pero no me importa.

—Ryan, es increíble.

—Y aún no has visto lo mejor —me advierte con una sonrisa.

Camina hasta mí, me toma de la muñeca y guía mi cuerpo hasta que su pecho envuelve mi espalda.

La torre Eiffel se levanta al otro lado del Sena. Las vistas desde aquí son impresionantes... Y entonces un golpe de luz me roba toda la atención. El monumento se apaga un segundo y, tras él, se ilumina por completo y por un momento tengo la sensación de que toda la ciudad lo hace con él. Una preciosa coreografía de luces se desata y me deja boquiabierta. Los destellos blancos recorren la torre de arriba abajo. Desaparecen y vuelven a entrar en escena formando dibujos concéntricos. Es maravilloso.

—Ryan —susurro con la mirada perdida al frente, llena de luz.

—Cada noche apagan la torre así y éste es el mejor sitio para verlo.

Sonrío, casi río. Nunca imaginé ver algo así.

Sacándome de mi ensoñación, Ryan me gira entre sus brazos y me besa. Yo lo recibo encantada y disfruto de él y de toda esa luz que nos baña. Me ha traído a la ciudad del amor y la ha puesto a mis pies.

El resto de nuestra luna de miel nos lo pasamos encerrados en la *suite*. Por supuesto no consigo visitar un solo monumento, pero el recuerdo de los jardines del Trocadero y el palacio de Chaillot es inmejorable.

Son tres días perfectos de sexo pervertido y alucinante entre las sabanas más suaves del mundo; pero también nos reímos y consigo hacerle hablar, aunque me veo obligada a recurrir a las dos únicas cosas de las que sé que no puede evitar hacerlo: la arquitectura y el surf. Nunca pensé que serían dos temas que me acabarían resultando tan interesantes, pero ver a Ryan hablando absolutamente entregado, disfrutando, me resulta fascinante.

—¿Ya estás lista? —pregunta asomándose al dormitorio de la *suite*.

Yo estoy peleándome con la maleta, sentada sobre ella, intentando cerrarla. No es sólo que la señora Aldrin lo dobló todo con un exquisito cuidado que yo, aunque lo he intentado, no he conseguido imitar y la ropa ahora ocupe prácticamente el doble, sino que pretendo cerrarla habiendo guardado todos los regalos que he comprado para James y las chicas, mi familia, los Riley, Bentley, incluso para la señora Aldrin y Finn.

Ryan cabecea sin perder la sonrisa y se acerca a mí. Se acuclilla junto a la maleta, coloca su enorme mano sobre el equipaje y, presionando lo justo, comienza a cerrarla. Yo aprovecho para contemplarlo. Está guapísimo. Su pelo se ha secado al aire y le cae indomable sobre la frente. No sé cómo, pero parece más rubio, como si hubiese absorbido el sol de cada desayuno que hemos tomado en la terraza. Hace tres días que no se afeita y una *sexy* barba le recorre la mandíbula. Lleva puesta una camisa de cuadros de la que se ha desabrochado los primeros botones, remangado las mangas y dejado por fuera de sus vaqueros. Tiene un aspecto relajado y jovial. Me encanta verlo así.

Ryan resopla y, sorteándome, cierra la maleta definitivamente.

—Has comprado demasiadas cosas —protesta divertido a la vez que se levanta.

Al ver que no me quejo, me busca con la mirada. Me pilla de lleno contemplándolo embobada, pero no me importa. Estoy disfrutando, y mucho, de lo que tengo delante.

—¿Qué? —pregunta con una media sonrisa en los labios.

Sabes perfectamente cuál es la respuesta a esa pregunta.

—Nada —respondo imitando su gesto—. Tienes un aspecto muy diferente —comento socarrona—, muy europeo —añado.

Ryan se humedece el labio inferior y, antes de que me dé cuenta, me toma de las manos y tira de mí hasta cogermme en brazos. Automáticamente rodeo su cintura con mis piernas. Enreda su mano en mi pelo y tira de él para obligarme a echar la cabeza hacia atrás. Me besa con fuerza y, lleno de esa masculina seguridad, me lleva contra la pared.

—Podríamos quedarnos otros quince días aquí —susurro contra sus labios.

—No me tientes —replica sonriendo contra los míos.

Sus manos bajan hasta anclarse en mi culo y las mías suben hasta rodear su cuello. Podría quedarme a vivir en esta habitación de hotel para siempre.

En ese instante llaman a la puerta. Desde el descansillo, el botones nos anuncia que viene a buscar nuestras maletas. Ryan resopla contra mis labios, me besa una vez más y me desliza despacio por la pared hasta que mis pies enfundados en mis botas preferidas tocan el suelo. Parece que él también estaba dispuesto a quedarse a vivir aquí.

Malhumorado, comienza a caminar hacia la puerta, pero, antes de abrir, se recoloca su visible erección. No sé por qué, ese movimiento me excita todavía más y no puedo evitar morderme el labio inferior a la vez que sonrío.

«Probablemente tenga que ver con que seas adicta al sexo».

Mientras el botones comienza a sacar las maletas con sumo cuidado, puedo notar la mirada de Ryan llena de un salvaje deseo y como me desnuda y enciende en cada centímetro. Da igual que se haya alejado unos pasos prudenciales. Sin poder ni querer contenerme, alzo la cabeza y sus ojos azules me atrapan sin remedio. Involuntariamente me llevo la uña del pulgar a los dientes y la arañó con delicadeza. Ahora mismo siento el deseo y la sangre húmeda y caliente latiendo descontrolados por mis venas. La atmósfera ha ido cargándose suavemente y sólo el botones está impidiendo que nos abalancemos el uno sobre el otro.

Finalmente Ryan resopla mientras se gira y se aleja otro par de pasos cabeceando divertido. Es increíble cómo nuestros cuerpos están conectados de una manera que se escapa por completo a nuestro control.

Bajamos al vestíbulo. Estamos a punto de marcharnos pero recuerdo que quiero hacer una última compra en la tienda del hotel. Ryan me observa resignado y divertido a partes iguales.

—*Bonjour, madame* Riley —me saluda la dependienta con una sonrisa al verme entrar.

Es la misma chica que me atendió los primeros días. Cuando ayer arrastré a Ryan a comprar todos los regalos, no estaba y nos atendió un chico con la piel aceitunada y un curioso acento. Al final acabó explicándonos que había nacido en Argelia, pero que ahora vivía en París.

Le devuelvo la sonrisa y camino decidida por la tienda hasta llegar a una estantería llena de cedés. Ayer recorrí la *boutique* tantas veces que ya me la conozco casi tan bien como el supermercado D'Agostino de la 14 Oeste.

Reviso la segunda fila de discos y rápidamente localizo «Love Songs», de Vanessa Paradis. Lo giro entre mis manos y sonrío al ver que *Mi amor* es la tercera canción del segundo cedé. Llevo tarareándola desde que la oí en la radio y no quiere irme sin ella. Podría encontrarlo en Nueva York sin problemas, pero me hace ilusión comprarlo aquí.

Con el disco en la mano, me encamino al mostrador. Ryan sale a mi encuentro y yo le devuelvo una sonrisa de oreja a oreja a la suya exasperada. Cada vez que se pone así, no puedo evitar recordar la frase de Tess cuando me dijo aquello de que el señor Riley no es un hombre paciente. Desde luego no podría tener más razón.

Doy el paso definitivo hacia el mostrador y Ryan se coloca a mi lado.

—¿Pagará en dólares como la última vez? —me pregunta solícita la dependienta.

¡Mierda!

«¡Mierda!».

Yo la miro con los ojos como platos rezando para que Ryan no le haya prestado atención. Sin embargo, por la manera en la que se humedece el labio inferior y se apoya despacio en el mostrador, como si fuera un león acorralando a un pobre cervatillo, me doy cuenta de que no voy a tener esa suerte.

—¿Dice que la última vez pagó en dólares? —pregunta Ryan dedicándole su sonrisa diseñada para fulminar lencería. Ese gesto es su mejor suero de la verdad.

Ahora rezo para que la dependienta entienda milagrosamente mi situación o, mejor aún, sea una lesbiana militante y la única mujer inmune a los encantos de mi novio, quiero decir, mi marido, pero otra vez sospecho que no tendré esa suerte.

—*Madame* pagó en dólares la guía para aprender francés y también la laca de uñas.

Ryan vuelve a sonreírle como agradecimiento y puedo ver perfectamente cómo ella se derrite por completo, tratando de disimularlo sin ningún éxito. Le agradezco que por lo menos intente ser discreta.

Quiero decir algo para aliviar la tensión que ahora mismo se respira en esta elegante tienda, pero no sé el qué. Cuando estoy a punto de abrir la boca, Ryan me quita el disco de las manos y se lo entrega a la chica junto con un billete de cincuenta euros. La dependienta cobra todo lo de prisa que puede y mete el cedé en una coqueta bolsa de papel.

Sin decir nada más, Ryan me toma de la mano y salimos de la tienda. Me despido de la chica con una sonrisa. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa del lío en el que me he metido. Bueno, un poco sí, pero parece sentirse muy culpable por la decena de pensamientos muy poco decentes que debe de haber tenido con *monsieur* Riley delante de *madame* Riley. En su defensa diré que, aunque haya suplicado por ello, no hay mujer que pueda resistirse.

En el coche, camino del aeropuerto, la tensión satura cada átomo de aire vacío. Ryan no ha vuelto a decir una palabra y parece de lo más pensativo. Es obvio que está enfadado, así que por primera vez decido hacer caso a la vocecita de mi conciencia y me quedo callada y en mi lado del asiento.

Intento distraerme contemplando a través de la ventanilla cómo atravesamos París, pero no lo consigo. La verdad es que me siento muy culpable. Miro su mano descansando sobre la tapicería crema entre los dos y suspiro bajito. Fingiéndome desinteresada, coloco la mía muy cerca de la suya, esperando que el que estén tan próximas lo ablande lo suficiente para que me la coja, pero no lo hace.

Soy una estúpida por no haber usado la maldita tarjeta de crédito.

Llegamos a los hangares privados del aeropuerto de París-Orly. De nuevo sin decir nada, Ryan se baja, espera a que yo lo haga y me toma de la mano. No es un gesto cariñoso. Sigue tenso y muy frío.

Me lleva hasta el pie de las escalerillas y, tras hablar con el capitán unos

segundos, subimos definitivamente.

—Señores Riley, bienvenidos de nuevo —nos recibe Marie—. ¿Desean tomar algo antes...?

Ryan niega con la cabeza interrumpiéndola y ordenándole con la mirada que se marche. Yo suspiro de nuevo. La situación cada vez es más incómoda.

Espero hasta que Marie desaparece al fondo del avión y, al tiempo que suspiro para coger fuerza, alzo la cabeza para buscar su mirada.

—Siento lo que ha pasado.

—Y, exactamente, ¿qué sientes, Maddie? —pregunta arisco.

Por un momento no sé qué contestar. Mentiría si dijera que siento no haber usado la tarjeta, tengo mis motivos para comportarme como lo hice, pero lo cierto es que odio que estemos peleados.

—Que hayamos discutido —musito apartando mi mirada de la suya.

Ryan resopla con fuerza.

—¿Te haces una idea de lo jodidamente complicado que me lo pones? —inquire malhumorado—. Eres mi mujer —se queja exasperado—. Quiero cuidar de ti.

—Puedes cuidar de mí.

Clava su metálica mirada en la mía y resopla brusco una vez más. Está a punto de estallar.

—Es sólo que no quiero que te gastes dinero —intento explicarme con un hilo de voz pero tratando de sonar todo lo segura que puedo.

—Pues yo quiero que, cuando lo haga, te limites a sonreír y darme las gracias, así que está claro que ninguno de los dos va a conseguir lo que desea —replica presuntuoso y aún más arisco, dejándose caer sobre el mullido asiento color crema.

Ha usado un tono tan arrogante, incluso exigente, que, sin que pueda controlarlo, mi enfado se transforma en pura dignidad y orgulloso bulliciosos. No tengo por qué sentirme culpable con respecto a este asunto. Llevo la razón.

—No quiero tu dinero. —Trato de sonar todo lo tajante que soy capaz—. No necesito tarjetas de crédito exclusivas, ni que me compres apartamentos. Yo te quiero a ti, Ryan. Siempre me he valido por mí misma y no pienso dejar que eso cambie. Me gusta ganar mi propio dinero y también gastarlo, y tú tienes que entenderlo, por favor.

Añado ese «por favor» en un intento de suavizar mi discurso.

Ryan no aparta su fría mirada de mí pero no dice nada y yo cada vez me siento más intimidada. No he dicho nada que no quisiera decir y me gustaría que fuera razonable, lo entendiese y no discutiésemos más.

Su silencio me está matando y no sé cómo actuar, así que simplemente hago lo que quiero hacer y, tomándolo por sorpresa y rezando porque no me rechace, me siento a horcajadas en su regazo. Ryan exhala todo el aire con fuerza, con sus ojos todavía posados en los míos, intentando mantenerse frío, pero algo me dice que lo bien que se acoplan nuestros cuerpos le afecta tanto como a mí.

—No quiero que discutamos más —susurro rompiendo el contacto con sus

impresionantes ojos azules y centrando la vista en mis manos sobre su pecho.

Ryan vuelve a resoplar, apoya el reservo de su índice en mi barbilla y me obliga a alzarla hasta que nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—Vas a volverme completamente loco, lo sabes, ¿verdad?

Una incipiente sonrisa se cuele en mis labios.

—¿Significa eso que estoy perdonada? —pregunto.

Aunque intenta disimularlo, sus labios se curvan hacia arriba. Sus manos se sumergen en mi pelo y me atrae hacia él.

—De eso nada —responde sin asomo de duda, justo antes de besarme con fuerza.

El avión despega suavemente y volvemos a estar en la cama *king size* de nuestra *suite* de hotel con vistas a la torre Eiffel.

Siete horas después aterrizamos en el JFK. He dormido la mayor parte del viaje, así que ahora, aunque son las cinco de la mañana, estoy de lo más despejada.

—Señores Riley —nos saluda Finn junto al Audi A8—, espero que hayan tenido un vuelo agradable.

—Fantástico, Finn —responde Ryan llevándonos hasta el coche con paso decidido.

Nos acomodamos en la parte trasera. Estoy a punto de ponerme el cinturón cuando Ryan me toma por las caderas y me acomoda en su regazo.

—Me gusta tenerte exactamente aquí —murmura hundiendo su nariz en mi cuello.

Yo sonrío y me dejo hacer.

Finn arranca el coche y, tras un fuerte pero armónico rugido del motor, comienza a sonar *Supersoaker*, de Kings of Leon.

El sonido metálico del iPhone de Ryan rompe la armonía de la canción y la suave caricia de su nariz contra la piel bajo mi oreja. Pone los ojos en blanco malhumorado y, sin bajarme de su regazo, se saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta de cuero.

—Riley... —responde resoplando—... El seis por ciento en un intervalo de dos no es suficiente.

Desconecto de la conversación y pierdo mi vista en la ventanilla. París me ha encantado, pero no cambiaría Nueva York por nada del mundo. Adoro cada calle.

Llegamos a Chelsea relativamente pronto. Aún es muy temprano y apenas hay tráfico. De la mano de Ryan, subimos las inconfundibles escaleras de acero amarillo y accedemos primero al vestíbulo y después al ascensor. Estoy concentrada contemplando la increíble bóveda del *hall* mientras Ryan marca el código de acceso en la puerta de entrada. Nunca deja de sorprenderme la decoración de este techo, es deslumbrantemente minuciosa, pero entonces, sacándome de mis pensamientos, Ryan me pasa un brazo por la espalda, otro por detrás de las rodillas y me levanta como el príncipe a la princesa en las películas de Disney. Chillo por la sorpresa y rompo a reír mientras por inercia me agarro a su cuello.

—¿Qué haces? —me quejo divertida.

Ryan camina hasta las escaleras y las sube sin aparente esfuerzo.

—Es la primera vez que entramos en casa desde que nos casamos. Es la tradición —responde sin asomo de duda.

Atraviesa el salón y nos sube a la primera planta.

—Bájame —le pido entre risas—. Ya hemos pasado el umbral.

—No quiero correr ningún riesgo —comenta socarrón—. Las tradiciones son muy importantes para mí.

Abro la boca escandalizada por semejante mentira, pero vuelvo a romper en risas cuando me deja caer en la cama e inmediatamente lo hace sobre mí.

—Bienvenida a casa, señora Riley —me dice con su espectacular voz, apartándome mi indómito pelo de la cara.

—Bienvenido a casa, señor Riley —respondo cuando mis carcajadas se calman.

Todavía tengo la respiración agitada.

Su cuerpo me envuelve y me besa con fuerza. Sus manos avanzan desde detrás de mi rodilla por debajo de mi vestido hasta llegar a mi cadera. Yo me revuelvo bajo él. Estoy descansada y quiero a mi dios del sexo.

—Joder —masculla contra mis labios—, te echaría el polvo de tu vida, pero tengo que ir a la oficina.

—Sólo son las seis —murmuro rodeando de nuevo su cuello.

Me niego a soltarlo.

—Llevo tres días sin quitarte las manos de encima —continúa sin dejar de besarme—. Tengo mucho trabajo.

—En Nueva York aún no ha amanecido —contraataco—. Técnicamente seguimos de luna de miel.

Ryan frena nuestro intenso beso, me da uno más corto a modo de despedida y sonrío mientras resoplo malhumorada como la niña a la que le han quitado los caramelos.

Se levanta y se queda al borde de la cama, observando lleno de autosuficiencia cómo me ha dejado hecha una maraña de excitación y deseo. Yo le dedico mi peor mohín y él sonrío encantado. Debe ser maravilloso tener todo ese autocontrol.

Finalmente se da media vuelta y entra en el baño. A los pocos segundos oigo el agua de la ducha correr y me siento más que tentada de entrar. Sin embargo, aprendí hace mucho que, cuando el señor irascible-sexo increíble dice no, es no.

Tras un tiempo indeterminado mirando el techo, me levanto de un salto dispuesta a tomar las riendas del grupo descontrolado de hormonas calientes en el que se ha convertido mi cuerpo y salgo de la habitación. Bajo las escaleras prácticamente dando saltitos e inspecciono la casa en busca de *Lucky*.

No tarda en aparecer corriendo desde el estudio de Ryan. Al verme, suelta un ladrido y agita la cola contento. ¡Está enorme! Me arrodillo y lo recibo con una sonrisa. Cojo su adorable carita de peluche entre mis manos y le acaricio mientras

hago muecas como una auténtica idiota. No me importa. Es mi cachorrito y hace días que no lo veo.

Después de acariciarlo y hacerlo rabiarse un poco, me levanto y camino hasta la cocina. Me resulta muy extraño no ver a la señora Aldrin por aquí. Supongo que debe de estar todavía durmiendo.

Abro la enorme nevera y cojo una botellita de agua San Pellegrino sin gas. Apenas he dado un par de sorbos cuando un ruido en el piso de arriba me hace alzar la mirada. Ryan está bajando las escaleras ajustándose los gemelos de su impoluta camisa blanca. Lleva un traje azul oscuro y una fantástica corbata azul eléctrico. Se ha afeitado y ha vuelto a peinarse de esa manera tan perfectamente casual. Está espectacular.

Yo apoyo la botella sobre el elegante mármol italiano. En estos momentos las piernas me flaquean. Estaba guapísimo con el aspecto despreocupado que traía de París, pero ahora está sencillamente increíble. Ryan Riley, director ejecutivo, es muchas cosas, pero la primera y la última es que es el atractivo personificado.

Baja el último peldaño. Sus ojos recorren el espacio vacío entre nosotros y finalmente atrapan los míos, sacándome de mi ensoñación.

—Al final voy a pensar que lo que realmente te gusta de mí son los trajes — comenta burlón, acercándose.

—Pues yo estoy empezando a pensar que sólo te vistes así para provocar a todas las pobres mujeres que se cruzan en tu camino.

Ryan me dedica su media sonrisa y da el peligroso y definitivo paso que nos separa.

—A todas, no —dice colocando su mano en mi cadera—. A ti —continúa tirando de mí hasta que nuestros cuerpos chocan—, probablemente —sentencia en el susurro más sensual que he oído en mi vida.

—Probablemente —repito saboreando cada letra.

Me besa con suavidad, asegurándose de encender cada rincón de mi cuerpo.

—Mi madre ha llamado para decir que nos espera a cenar mañana en Glen Cove.

Asiento. Ahora mismo podría decir que la casa está en llamas y aun así no podría dejar de mirarlo.

—¿Qué harás hoy? —inquire a escasísimos centímetros de mis labios.

Quiero contestar pero necesito recuperar la concentración. Esos ojos azules me lo están poniendo realmente complicado.

—Llamaré a Lauren para desayunar juntas —respondo en un golpe de voz.

Carraspeo e intento recuperar la compostura. Ryan sonrío. Está claro que le divierte muchísimo lo que puede hacer conmigo con una sola mirada.

—Después iré a la oficina —añado—. No estoy cansada.

—¿A la oficina? —inquire sin llegar a besarme.

Inmediatamente sé a lo que se refiere y asiento divertida.

—Cuando llegues a la oficina —continúa—, ven a mi despacho. Hay algunas

cosas que tengo que comentar contigo.

—¿Y si no quiero ir? —pregunto impertinente.

—Querrás —sentencia y su seguridad me derrite aún más.

Me besa y yo me dejo besar más que encantada.

Sin embargo, cuando ya me tiene exactamente donde quiere, se separa de mí y se dirige hacia la puerta del salón.

—Eres un torturador —me quejo divertida.

Ryan se vuelve a la vez que se mete las manos en los bolsillos y, caminando hacia atrás, me dedica su media sonrisa y se encoje de hombros despreocupado.

—Probablemente —responde insolente.

Finalmente se da media vuelta y se marcha. Yo resoplo divertida. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Resignada y tratando de controlar este aluvión de hormonas calientes, otra vez, subo a darme una ducha y cambiarme de ropa. Aún no he llamado a Lauren. Quiero ser buena amiga y darle una hora más de sueño.

Con mi vestido marrón con pequeños lunares blancos puesto y tras calzarme mis botas de media caña también marrones, me siento en el borde de la cama y llamo a Lauren.

—Diga —responde una voz congestionada al otro lado de la línea telefónica.

—¿Estás enferma? —pregunto realzando lo obvio.

—Sí —contesta y comienza a toser como una loca durante más de treinta segundos—. Tengo un catarro monumental.

—¿Peor que la fiebre de 2011?

En el invierno de 2011 Lauren tuvo la gripe, que le contagió James. Sólo era gripe, pero ella no paraba de gritar que era la antesala de la muerte. Una noche, llena de antibióticos y, tras haberse tomado por cuarta vez en el día un analgésico que sólo se podía tomar dos, nos reunió a todos a los pies de su cama y, al más puro estilo Elisabeth Taylor, repartió sus pertenencias. No puedo quejarme, a mí me tocaron todos sus zapatos. Álex juró que nunca le perdonaría esa afrenta.

—Peor —responde sin asomo de duda.

Yo sonrío y voy hasta el vestidor en busca de mi inmensa rebeca marrón.

—Estaré allí en quince minutos —replico divertida.

—Por favor —gimotea.

Cuelgo, cojo mi bolso y voy hasta la puerta principal. Estoy a punto de salir cuando oigo la profesional voz de Finn llamarme a mi espalda.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto confusa.

Creí que estaría con Ryan.

—El señor Riley me pidió que regresara para llevarla a donde deseara ir.

Frunzo el ceño. Adonde deseo ir, deseaba ir en metro. En estos días en París había olvidado el hecho de que, según Ryan, necesito guardaespaldas.

—Entonces... —me apremia Finn amablemente dejando el resto de la frase en el

aire.

Resoplo resignada. No es con su hombre para todo con quien tengo que hablar de esto.

—A casa de la señorita Stevens, al 244 de la 14 Este.

Lo bueno de que me lleve es que llego a mi destino en un santiamén. Finn se ofrece a esperarme, pero yo, armándome de paciencia, le explico que Lauren está enferma y que pasaré toda la mañana con ella. Aun así, es un hombre muy duro de pelar y no parece dispuesto a moverse de la acera frente al bloque de apartamentos de mi amiga. Me armo de paciencia de nuevo y le prometo que, si decido volver a casa, lo llamaré para que venga a buscarme. Finn me escucha, asiente profesional, pero me comunica que no le está permitido moverse de aquí. Parece que las órdenes del señor Riley han sido muy contundentes.

Acabo marchándome tras resoplar en clara señal de protesta. Tengo que hablar con Ryan muy seriamente sobre este tema.

Saludo a la camarera del restaurante Winslow, que se está fumando un cigarrillo en la puerta, y subo a casa de Lauren. Cuando me abre, me encuentro exactamente lo que me esperaba. Mi mocosa amiga está envuelta en una manta y bajo ella se vislumbra un pijama de franela. Con una mano sujeta un pañuelo de papel y con la otra, los extremos de la susodicha manta.

Yo la empujo, entro, cierro la puerta tras de mí y continúo empujándola hasta que llega al sofá y ella sola se deja caer sobre el tresillo tan pesada y cansada como si viniera de luchar en la primera guerra mundial.

—Te prepararé un tazón de cereales —digo quitándome la rebeca y dejándola junto a mi bolso en el viejo sillón de Raymour & Flanigan, la tienda de muebles más famosa de toda Nueva York.

—Mejor tostadas francesas —gimotea desde el sofá.

Pongo los ojos en blanco divertida y voy hasta su frigorífico. Mientras le preparo el desayuno, Lauren tose como si estuviera al borde de la muerte una docena de veces, se queja de frío y de un intenso dolor. Comienza a tener un aspecto realmente horrible. Tiene que verla un médico. Absolutamente en contra de su voluntad, le arranco la manta de las manos, la obligo a calzarse unas deportivas y a ponerse un abrigo y salimos de su apartamento.

—No quiero ir —se queja en mitad de las escaleras.

—Necesitas que te vea un médico.

—El pinche del Winslow está estudiando enfermería. Pídele que suba, así no tendré que salir del edificio. Hace mucho frío —gimotea— y me has quitado la manta, perra —sentencia.

Yo le hago un mohín por el cariñoso epíteto y la obligo a bajar el siguiente peldaño. Ella hace peso muerto con su congestionado cuerpo y no consigo moverla. Finalmente me rindo, resoplo y Lauren sonrío satisfecha. Debería plantearme ir a un gimnasio. Mi fuerza es bochornosamente ridícula.

—Necesitas un médico de verdad —trato de hacerle entender—, de esos que trabajan en un hospital. Si por ti fuera, accederías a que te viera el doctor Nick Riviera con tal de no salir de tu apartamento.

Las dos sonreímos al visualizar al desastroso doctor Nick de «Los Simpsons» pero mi sonrisa dura poco y vuelvo a intentar hacerla bajar. Esta vez lo consigo.

—Finn está abajo —comento—, así que no tienes que preocuparte porque alguien te vea con este maravilloso pijama.

No puedo evitar que una sonrisilla maliciosa se me escape. El pijama es tremendo: rosa con estampados a medio camino entre ponis y unicornios.

—Me verá Finn —se lamenta.

—Finn es un profesional —sentencio—. Está por encima del bien y del mal.

Ella asiente dándome la razón y yo le devuelvo el gesto. Ese hombre es la eficacia personalizada.

Nos montamos en el Audi A8 y le indico a Finn que nos lleve al Hospital Universitario Presbiteriano. Está más al norte de Central Park, pero, aunque nos pille un poco lejos, es el mejor hospital de la ciudad. Además, Sean trabaja allí.

Atravesamos el vestíbulo atestado de gente. Siento a Lauren en una de las sillas de plástico de la sala de espera y voy hasta el mostrador de recepción. Me sorprende muchísimo cuando una simpatiquísima enfermera, llamada Molly, me comunica que el doctor Sean Hannigan se ha ausentado hoy del trabajo. Al explicarme que ha sido por motivos personales, automáticamente me preocupo. Continúa diciéndome que no tengo por qué inquietarme y me refiere la lista de credenciales de la doctora que lo sustituye al tiempo que me da los formularios de admisión sujetos por el extremo superior a una carpeta de plástico transparente. Asiento pero lo cierto es que no le estoy prestando demasiada atención. Todo esto me da mala espina.

Me alejo unos pasos del mostrador mientras saco mi teléfono móvil y llamo a Álex. Da línea hasta que finalmente salta el contestador. El de James está directamente apagado. Mi preocupación adquiere nivel de alarma. Me niego a pensar lo que estoy pensando.

Regreso junto a Lauren y me siento a su lado.

—¿Has hablado hoy con los Hannigan? —pregunto tratando de sonar despreocupada a la vez que desengancho el bolígrafo de la carpeta y comienzo a rellenar los formularios con los datos de Lauren.

Mi amiga niega con la cabeza.

—La última vez que los vi fue hace dos días. Fuimos a tomar algo a The Vitamin —me aclara—. Aposté con ellos a que os detendrían en París por escándalo público. He perdido cinco pavos y me has decepcionado, Maddison Parker.

La miro boquiabierta con las cejas enarcadas. ¿A qué ha venido eso? Ella se sorbe los mocos y se encoge de hombros como si realmente hubiera dado por hecho que un gendarme francés nos pillaría follando en los campos Elíseos. Me pregunto si debería contarle que sí hubo sexo en público, sólo que Ryan se encargó de que nadie nos

molestara.

—¿Por qué me lo preguntas? —inquire.

—Por nada —me excuso—. Curiosidad.

No quiero decirle que me preocupa que los Hannigan hayan caído en la ruina. No sé si es verdad y, en cualquier caso, prometí no contarle. Además, confío en Ryan y él sabe lo importantes que son para mí. No permitiría que nada les pasase.

«¿Seguro?».

Sacudo discretamente la cabeza. No quiero pensar en otra posibilidad. Tal vez Sean, al fin, se haya echado una novia y Álex y James estén trabajando.

Antes de que pueda seguir divagando, una enfermera llama a Lauren y nos guía hasta uno de los boxes de exploración. En cuanto ve la cama, mi amiga se tumba en ella. Yo le doy un pellizco, por fastidiar básicamente, mientras suelto una risilla malvada y me quedo de pie junto a ella.

Una doctora de mediana edad, con un andar muy decidido y elegante, camina hasta nosotras y corre las cortinas.

—Buenos días —nos saluda.

—Buenos días —respondemos al unísono.

—Como les habrán informado en admisiones —dice abriendo una carpeta y ojeando la información que contiene—, hoy me encargo de los pacientes del doctor Hannigan.

Asiento. Lauren me mira confusa y yo vuelvo a asentir para que ella también lo haga.

—Por lo que leo aquí —continúa profesional—, tiene fiebre, malestar general y tos con mucosidad. ¿Cuándo empezaron los síntomas?

—Ayer.

—¿Tiene ronchas?

Miro extrañada a Lauren. ¿Ronchas? Ella le da un tímido sí y mi confusión aumenta.

La doctora asiente y se saca un bolígrafo del bolsillo de su impoluta bata blanca. Es tan perfectamente blanca que por un momento me recuerda las camisas de Ryan y no puedo evitar sonreír como una idiota, aunque me recompongo rápido.

—No necesito más para saber que está atravesando un proceso de varicela, señorita Stevens. Tendrá que tomar antibióticos durante siete días y analgésicos mientras los síntomas persistan. Este año el virus es especialmente virulento, por lo que le recetaré una dosis de amoxicilina bastante alta que le causará somnolencia. Sería conveniente que, para controlar la fiebre, alguien se quedara con usted al menos esta noche. De lo contrario tendría que quedarse ingresada.

Lauren me mira con cara de espanto. Pienso en hacerla sufrir un poco pero al final intervengo.

—Yo la cuidaré —comento.

—Perfecto. —La doctora recapacita un segundo—. ¿Usted está vacunada contra

la varicela? —me pregunta.

—No —contesto despreocupada—, pero la pase de pequeña.

La doctora me mira con autosuficiencia, diciéndome sin palabras que soy una pobre confiada.

—Eso no la salva al ciento por ciento —sentencia—. Lo mejor será que la vacunemos.

Asiento. No era el plan que tenía pensado para hoy, pero si no hay más remedio...

La doctora vuelve a anotar algo en los documentos de la carpeta.

—¿Alguna de las dos cree estar embarazada? —pregunta sin levantar su vista de los papeles.

—No —responde tajante Lauren—. No he tenido relaciones sexuales desde mi última regla —comenta igual de resignada que si estuviera admitiendo que cae sobre ella una maldición egipcia.

—No —respondo también—. Tomo la píldora.

La doctora vuelve a mirarme de la misma manera. Debe pensar que soy la persona más ingenua sobre la faz de la tierra.

—Eso no es un no rotundo.

No es un no rotundo, pero sí un método anticonceptivo con casi un noventa por ciento de efectividad.

—Para asegurarnos, le haremos un test de embarazo.

Inspecciona un carrito junto a la cama, abre uno de los cajones y me entrega un vasito para muestras de orinas en un paquete esterilizado.

Abro los ojos como platos. No puede estar hablando en serio.

—Si la vacunamos contra la varicela y está embarazada, los daños al bebé, independientemente de las semanas de gestación, serían irreversibles.

Sus palabras me asustan a pesar de que es imposible que esté embarazada, así que cojo el vasito con manos titubeantes y salgo en dirección al baño.

De regreso al box, una enfermera afroamericana con un sensacional corte de pelo afro me quita la muestra de las manos y me pide que espere junto a Lauren.

—Esto es surrealista —me quejo al llegar a la cama donde sigue tumbada.

—Lo surrealista es que no me hayan dado todavía ninguna clase de drogas y que lleve diecisiete días sin echar un polvo.

Alzo la mirada con una socarrona sonrisa mientras hago cuentas.

—¿No echaste un polvo de despedida con Bentley?

—No —responde resignada— y debí haberlo hecho.

—Esos polvos son los mejores —sentencio.

—Los mejores son los polvos furiosos de reconciliación.

Yo frunzo el ceño.

—¿Cómo puede ser furioso y de reconciliación al mismo tiempo? —pregunto confusa.

—Chica, los que echas porque, a pesar de cuánto lo odias, está tan bueno que se

te caen las bragas y te autoconvences de que ya lo has perdonado. Creí que eran la especialidad del señor irascible —continúa burlona.

No pienso admitir que en esos somos unos auténticos expertos, así que le dedico mi mohín más indignado y ella, que no necesita ninguna confirmación, ríe encantada.

—¿Así que diecisiete días? —pregunto socarrona.

La risa se le corta de golpe y ahora la que estalla en carcajadas soy yo.

Lauren abre la boca dispuesta a responderme, pero en ese preciso instante regresa la doctora. Sonríe muy satisfecha con su profesionalidad antes de levantar la vista de la carpeta que lleva en las manos.

—Señora Riley —me llama—, está usted embarazada.

Ni siquiera oigo la voz de mi conciencia. Se ha desmayado y en breve yo seguiré su mismo camino. ¿Embarazada? ¿Cómo es posible? ¿Qué pasa con la píldora? Las preguntas se agolpan en mi garganta sin que sea capaz de pronunciar ninguna. No sé cómo reaccionar. Sonrío pero rápidamente se transforma en un gesto nervioso. Estoy feliz y aterrada a partes demasiado iguales.

—No lo entiendo —musito faltándome el aire en cada palabra—. Tomo la píldora. Se supone que... Es imposible que...

—Follan todo el día, doctora —me interrumpe Lauren resignadísima—, a todas horas. Y nada de polvos de mala muerte. Estamos hablando de caída de muebles, orgasmos múltiples, esas cosas.

La miro sin poder creerme lo que acaba de decir, aunque en realidad es el menor de mis problemas. ¡Estoy embarazada, joder!

—Señora Riley —me llama la doctora sacándome de mi ensoñación—, sería conveniente que se marchara —me apremia—. No debe estar expuesta a la varicela. Recuerde lo que le he comentado antes.

Asiento y algo dentro de mí se activa.

«Reacciona, Parker».

Asiento de nuevo y doy un paso hacia la cama. Lauren está enferma. No voy a dejarla tirada en el hospital sin más.

—Alguien tiene que cuidar de ti —le digo—. Le pediré a Finn que vaya a buscar a Linda a la redacción y la traiga hasta que encontremos a Álex o a James, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Eres contagiosa —comento burlona y ella me hace un mohín—, así que, hasta que venga, esperaré en la sala de espera, ¿vale?

Ahora es ella la que asiente.

Tras unos segundos, caigo en la cuenta de algo.

—¿Por qué no estás sorprendida? —pregunto confusa.

Yo estoy al borde del colapso.

—Te lo he dicho —se defiende—. Folláis como si se fuera a acabar el mundo. Era cuestión de tiempo —añade con una sonrisa—. ¿Tú estás bien?

Pienso la respuesta pero lo cierto es que ni siquiera sé cómo me siento, así que acabo resoplando, encogiéndome de hombros y sonriendo nerviosa todo a la vez. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé —me sincero.

—De momento nos conformaremos con eso —responde Lauren tranquilizadora.

—Señora Riley —me apremia la doctora.

Yo la miro y asiento un par de veces. Tengo la sensación de que no he dejado de hacerlo en los últimos minutos.

Le lanzo a Lauren un beso y salgo en dirección a la inmensa puerta de admisión de urgencias.

Por suerte Finn está exactamente donde lo dejé, apoyado en el coche aparcado en la zona de acceso al hospital, ignorando por completo la advertencia de que es un área reservada a ambulancias.

Al verme, se incorpora y entrelaza las manos por debajo de la cintura.

—Finn —lo llamo—, necesito un favor.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarla?

—Tienes que ir a *Spaces*, recoger a Linda Jacobs y traerla aquí. Yo la llamaré por teléfono para que te espere en la puerta.

Él asiente y yo regreso al hospital antes de que se monte de nuevo en el coche. Trato de llamar a Álex y a James, pero no consigo ponerme en contacto con ninguno. Sí logro hacerlo con Charlie. Me explica que Álex durmió en su casa pero que se despidieron temprano porque él tenía que estudiar y que desde entonces no la ha visto ni hablado con ninguno de los dos. Cada vez estoy más preocupada.

«Y no es por lo único que deberías estarlo».

Sacudo discretamente la cabeza y de forma involuntaria me miro la barriga como si esperara que hubiese engordado ya veinte kilos desde que me enteré.

Todo esto es una locura.

Decido concentrarme en los problemas uno a uno. Llamo a Linda y le explico que tiene que venir a cuidar a Lauren. Lógicamente me guardo el pequeño secretito del embarazo y le digo que no puedo hacerlo porque también estoy enferma y la doctora considera que, si Lauren pillase la gripe en estos momentos, podría ser incluso peligroso para ella.

En la sala de espera no puedo dejar de pensar en la noticia bomba que tengo entre mis manos o, mejor dicho, en mi vientre. ¿Cómo voy a decírselo a Ryan? Dios, ¿cómo va a tomárselo? Nunca hemos hablado de tener niños. Ni siquiera sé si quiere ser padre. No puedo evitar pensar en Lauren, en lo mal que reaccionó Bentley cuando le dijo que estaba embarazada. ¿Y si a Ryan le pasa lo mismo? Suspiro hondo. Tengo que tranquilizarme, decidir la mejor manera de decírselo y hacerlo cuanto antes.

Afortunadamente Linda no tarda mucho en llegar. Para no levantar sospechas, toso un par de veces mientras me pregunta qué tal estoy y me marcho.

Decido preparar el escenario ideal para darle la noticia. Haré la cena, pondré velitas y música suave, y dejaré la grulla azul a mano por si me veo obligada a recurrir al chantaje emocional.

Le pido a Finn que nos detengamos en el mercado de Chelsea. Es uno de los mejores de la ciudad y está a poco más de diez manzanas de la casa de Ryan.

Me bajo antes de que Finn lo haga. No es necesaria toda esta ceremonia. Sé que no le ha parecido bien, pero no ha dicho nada.

Ya en la acera de la Novena Avenida, contemplo el edificio del mercado. Como todo en este barrio, es ridículamente pijo. De un cuidado ladrillo visto con un enorme

parasol de hierro y cristal templado. Desde la puerta ya pueden verse las lámparas de diseño que cuelgan por centenares del techo. No puedo evitar sonreír cuando veo el escaparate de una tienda de moda muy exclusiva en el propio mercado. La gente primero se gasta miles de dólares en un bolso y después se va a comprar manzanas ecológicas. Esto sólo puede pasar en Nueva York y, más concretamente, en este barrio.

Estoy a un par de metros de la entrada cuando me doy cuenta de que sólo llevo veinte dólares. Miro a mi alrededor y en seguida diviso un cajero del National Bank en la acera de enfrente.

—Voy a sacar dinero —le comunico a Finn desde el otro lado del coche—. No tardaré.

Echo a andar y él da un paso al frente, otea toda la calle y me sigue con la mirada. Sinceramente creo que Ryan está exagerando con todo el tema de mi seguridad.

Miro a ambos lados, cruzo desafiando el tráfico de Manhattan y no puedo evitar sonreír cuando un mensajero en bici me observa de arriba abajo y, divertido, me ofrece llevarme al fin del mundo sentada en su manillar.

Sin embargo, la sonrisa desaparece de mis labios cuando, tras teclear mi número secreto, el cajero me indica que no tengo fondos disponibles. Frunzo el ceño. Deberían quedarme cien dólares. Pienso en usar la *American Express* negra, pero, antes de recurrir a la tarjeta «sólo para emergencias de vida o muerte», opto por entrar en el banco e intentar averiguar qué ha pasado.

Espero una cola casi interminable en el aparentemente interminable vestíbulo. A pesar de lo contrariada que estoy, no puedo dejar de admirar este sitio. Es uno de esos bancos que conservan las estructuras de los edificios de principios de siglo, con enormes mostradores de mármol y rejas de cuidado hierro forjado que se levantan hasta los dos metros de altura.

Cuando al fin llego a la ventanilla, una señora con gafas de montura metálica me sonríe con cara de pocos amigos. Sospecho que es la misma cara que pone a cualquier chica o chico de menos de treinta años que se acerca por aquí.

—Verá —comienzo a explicarme amablemente—, he intentado sacar dinero del cajero y debe de haber algún problema con mi tarjeta porque me dice que no tengo saldo.

Ella no dice nada. Me mira durante unos segundos, que se me hacen eternos, y finalmente, llena de desgan, lleva su vista hacia el ordenador y teclea algo.

—Nombre y número de cuenta —me pide.

Tras unos minutos de infinitas comprobaciones, su rostro cambia imperceptiblemente. Sin decir nada, se levanta y camina hasta el fondo de la estancia. La sigo a través de la ornamentada reja y observo cómo llama a una puerta con un cartelito de «Privado» y entra. A los segundos, reaparece en compañía de un hombre que se ajusta atropellado la corbata.

—Señora Riley —me saluda solícito tendiéndome la mano.

Yo pongo los ojos en blanco mentalmente. Si soy una chica normal y corriente, merezco que me traten con la punta del pie, pero si sale a relucir mi recién estrenado apellido, me atiende el director de la sucursal en persona. Ryan tenía razón cuando dijo que hay mucha gente predispuesta a hacerle feliz.

—Permítame presentarme —continúa el hombre—. Soy Tom *Caddie*, el director de esta sucursal.

—Encantada —respondo algo incomoda por tantas atenciones a la vez que le estrecho la mano.

—Me comentaban que tiene algún problema con su cuenta.

Yo miro de reojo a la mujer con gafas de montura metálica que desaparece tras el mostrador. Apuesto a que ahora mismo está rezando para que no le cuente a su jefe, o a mi marido, lo antipática que ha sido. Finalmente suspiro y me obligo a sonreír. Sólo quiero mis cien dólares y marcharme de aquí.

—Sí, mi tarjeta parece que no funciona.

En ese momento *miss* simpatía le entrega un papel. Él lo lee y enarca las cejas sorprendido.

—Sus cien dólares han sido transferidos a otra cuenta —me explica sin perder la sonrisa.

—¿Y quién ha hecho eso?

Lo pregunto pero creo que tengo una ligera sospecha de quién ha sido. Él vacila y no hay una respuesta más clara.

—El señor Riley ordenó que se realizaran los trámites hace unas horas.

¡Sucio bastardo! ¡No me lo puedo creer!

Quiero gritar de rabia pero decido fingir que la noticia no me sorprende lo más mínimo. No me gustaría que el señor *Caddie* notase que estoy contrariada y avisase a mi querido maridito. Quiero ver su cara de sorpresa cuando, dentro de un momento, le tire otro carísimo pisapapeles por robarme mis cien pavos.

Me despido con una forzada sonrisa y salgo a paso acelerado del banco.

Vuelvo a cruzar la calle y camino, casi corro, hasta el coche. Por un instante pienso en salir disparada hacia la parada de metro, que es lo que me muero por hacer, pero no quiero perder tiempo discutiendo con Finn. Además, estoy tan furiosa que, si alguien me lleva la contraria, explotaré, y verme estallar es un espectáculo que quiero reservar para el bastardo presuntuoso de mi marido. ¡No puedo creer lo que ha hecho! ¡Es un gilipollas!

Menos de diez minutos después estoy atravesando las puertas de cristal del Riley Group. Ben me saluda como siempre, pero puedo notar cómo cuadra los hombros y se retoca la corbata. Decido pasarlo por alto como también lo hago con las miraditas de los ejecutivos con los que me cruzo en el ascensor. Si el ambiente estaba enrarecido la mañana después de que Ryan anunciara nuestro compromiso, ahora es tan extraño que por un momento tengo la tentación de palparme el cuello por si me ha salido una segunda cabeza.

Aun así, lo ignoro todo; soy una mujer con una misión.

Cruzo la redacción y voy hasta el despacho de Ryan.

—Hola, Tess —la saludo con una sonrisa de puro trámite.

—Hola, Maddie.

Sospecho que pretendía tener una amable charla conmigo sobre la luna de miel y esas cosas, pero la tensión que desprende mi cuerpo debe haberle hecho entender que no es el mejor momento.

Llamo a la puerta de su oficina esperando a que me dé paso. Tras un microsegundo, me pongo los ojos en blanco e irrumpo en su despacho. Tengo todo el derecho del mundo a montar una escena.

Voy a tomarme una licencia enorme.

—¿Qué has hecho, Ryan? —le pregunto entornando la mirada.

No voy a gritar. No voy a gritar.

Ryan se recuesta sobre su elegante sillón de ejecutivo y clava su arrogante mirada azul en mis furiosos ojos verdes. Está guapísimo, aunque ahora mismo no me puedo permitir fijarme en ese detalle.

—¿Qué he hecho con qué?

Es un capullo. Su impertinente sonrisa mal disimulada lo delata. Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Mi cuenta del banco —respondo lacónica—. Está vacía.

—Ah, te refieres a eso —contesta insolente, como si acabara de caer en ello.

Estoy a punto de saltar su elegante mesa de Philippe Starck y estrangularlo con su preciosa corbata.

—He hecho números —añade sin darle mayor importancia.

Su respuesta me pilla fuera de juego e involuntariamente mi mirada lo refleja. No entiendo nada.

—¿Qué quieres decir? —inquiero confusa.

—A que, en el avión, diste un discurso muy digno sobre que no querías mi dinero y lo entendí. Así que he dado por hecho que eso significa que quieres que compartamos gastos.

Sonríe con malicia y me dedica una mirada que hace que una corriente eléctrica, fría y aguda, me recorra la columna. De pronto lo entiendo todo a la perfección. Ha cogido mi dinero por todas las cosas que ya ha pagado él. ¡Maldito cabronazo!

Ahogo una risa nerviosa en un suspiro y la arrogancia en su mirada se intensifica.

—Eres un capullo —protesto—. En mi cuenta había ciento dos dólares. Espero que hayas llenado la nevera.

No es mucho, pero pensaba aguantar con eso hasta la nómina de la semana que viene y también comprarme un vestido.

—Con ciento dos dólares no pagas ni tu mitad del vino de la cena de ayer.

Abro la boca indignada dispuesta a llamarlo de todo.

—Y te advierto —me interrumpe con una presuntuosa media sonrisa, como si ya

supiese todo lo que pensaba decirle— que tus nóminas están secuestradas hasta nueva orden.

¡¿Qué?!

—¿Por qué? —me quejo con la voz más aguda de lo que me hubiese gustado.

Tiene que ser una maldita broma.

—Vives en Chelsea, en una casa de diseño con servicio y chófer. El agua San Pellegrino sin gas no es barata, nena.

Se acomoda aún más en su sillón, dejándome claro lo cómodo que está con la misma situación que hace que a mí me esté hirviendo la sangre. El muy gilipollas está disfrutando con esto y, maldita sea, pienso hacer que me las pague.

—La luna de miel en París —continúa— y los vestidos de Valentino, incluido el que Stevens amenazó con quemar antes que devolver... —Ésa es mi amiga—... voy a seguir considerándolos un regalo. Tampoco quiero que tengas que pedir un préstamo.

—Ryan... —lo llamo con un tono de voz fabricado de pura rabia.

—¿Qué? —me interrumpe presuntuoso, seguro que para no darme tiempo a pensar.

Quiero decirle tantas cosas que no sé por dónde empezar. Las palabras bullen en mi garganta descontroladas.

—¿Y por qué has enviado a Finn a que me llevara donde quisiera esta mañana? —pregunto exasperada casi en un grito.

—Me pareció un detalle de buen novio.

—Querrás decir buen marido —replico displicente y muy cabreada.

La arrogante sonrisa de Ryan reluce en sus perfectos labios.

—Tú te has empeñado en que sea así y así será —sentencia.

Su mirada se intensifica sobre la mía y suspiro con fuerza. ¿Cómo pude ser tan ilusa de pensar que, por una vez, me había entendido? En este momento le odio.

Giro sobre mis pasos valorando todavía la idea de tirarle algo a la cabeza.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A mi puesto de trabajo —respondo arisca, aunque eso no hace que su sonrisa desaparezca—. No puedo permitirme perder un día de sueldo ahora que tengo que pagar por el sitio en el que vivo.

No le doy oportunidad a responderme y me marcho dando un portazo.

Cruzo la redacción como una exhalación y, con mi enfado en toda su plenitud, entro en mi oficina.

Dejo el bolso con fuerza sobre mi mesa y me quito la rebeca peleándome con cada centímetro de prenda.

—Buenos días, señora Riley.

La voz de Bentley a mi espalda me hace dar un respingo. Me paso las manos por la cara suavemente tratando de apaciguarme.

—Mi marido es un capullo —respondo girándome.

Está claro que no he conseguido apaciguarme.

Bentley sonrío sincero.

—Creo que ya lo era antes de iros de luna de miel. Hay quien diría que hasta ha mejorado —sentencia burlón.

Yo entorno la mirada, no estoy de humor para bromas, pero sólo consigo que la sonrisa de Bentley se ensanche.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunta sentándose en mi mesa y observando cómo me giro para tenerlo de nuevo de cara.

—¿Qué no ha hecho? —Estallo—. Estoy muy cabreada. Creí que por una maldita vez había sido razonable y había entendido cómo me siento y de pronto me doy cuenta de que no. —Bentley está a punto de volver a sonreír pero, tras fulminarlo con la mirada, intenta contenerse—. Como no quise usar su estúpida *American Express* negra, el irracional de tu amigo ha decidido coger todo el dinero de mi cuenta y secuestrar mi nómina. He tenido una locura de día acompañando a Lauren al hospital y... —Me freno a mí misma.

No puedo contarle a Bentley la noticia estrella. No antes de contársela al sucio bastardo que tengo por marido. Finalmente resoplo y miro al techo. ¿Cómo ha podido complicarse de semejante manera el día?

—¿Lauren está enferma? —pregunta con la voz agravada.

No es hasta que le oigo pronunciar su nombre que me doy cuenta de lo insensible que estoy siendo. Lo miro y me siento aún peor. Está hecho polvo. Hace más o menos quince días que han roto y yo menciono que la he llevado al hospital como si fuera lo más normal del mundo. A veces puedo llegar a ser rematadamente idiota.

—Tiene varicela —le explico amable—. Linda está con ella.

—¿Linda? —pregunta confuso.

Le entiendo. Suena de lo más raro que sea ella quien esté con Lauren y no yo.

—Yo no he pasado la varicela —una mentirijilla piadosa— y la doctora no me ha permitido quedarme.

Bentley asiente pensativo y también algo triste.

—¿Tú estás bien?

Mis palabras hacen que inmediatamente se obligue a sonreír.

—Estoy bien —sentencia.

Pero es más que obvio que no lo está.

—Si quieres hablar...

—Lo sé —me interrumpe—, pero ahora tenemos que volver al trabajo.

Asiento y observo cómo mi jefe se levanta y entra en su despacho. Está abatido y mi queridísima amiga, por mucho que intente disimularlo y echarle la culpa a la varicela, también lo está. ¿Por qué habrán roto?

Me dejo caer en mi silla y, mientras espero a que se encienda el ordenador, no puedo evitar recordar lo enfadadísima que estoy. Esta vez se ha superado. Joder, se ha superado incluso tratándose de él y el listón estaba bien alto.

Cruzo los brazos sobre la mesa y hundo mi cabeza en ellos. Mi sentido común regresa en ese preciso instante para comunicarme que es más que probable que esté exagerando con todo esto. Estamos casados. Si quiere darme una maldita tarjeta de crédito, debería aceptarla y ya está. Sin embargo, cuando estoy a punto de sucumbir, me recuerdo que esto va de otras muchas cosas y la más importante es que tiene que aprender a respetar mis decisiones. Vamos a ser padres. Necesito algo, por insignificante que sea, que me diga que entiende que no puede salirse siempre con la suya.

Saco la cabeza de mi nido de avestruz y vuelvo al mundo. Tengo razón. No pienso claudicar.

Me levanto de un salto y comienzo a trabajar. El plan es muy sencillo: hoy no existen trajes italianos a medida, ni oficinas con escritorios de Philippe Starck, ni ojos azules. Hoy sólo estamos yo, mi profesionalidad y mi orgullo (en proceso de ser) fiero.

A la hora de la comida, Bentley, que no ha salido de su despacho en toda la mañana, se planta delante de mi mesa con una sonrisa de oreja a oreja. Yo se la devuelvo por inercia, aunque inmediatamente frunzo el ceño. ¿Por qué estará tan contento?

—Me marchó —me anuncia—. Ya he revisado todos los artículos. Sólo tienes que entregarlos. Dile a Dilson que mañana quiero hablar con él, asústalo un poco.

Me guiña un ojo divertido por su último encargo y, sin más, se va.

Yo lo observo cruzar la redacción y prácticamente acabo tumbada sobre la mesa, poniendo en peligro mi integridad física, con tal de poder ver si habla con alguien camino de los ascensores. Este cambio de actitud es, cuanto menos, sospechoso.

Hago un mohín al aire y me prometo estar atenta ante próximos acontecimientos.

Aprovechando esta parada, hago la misma ronda de llamadas que llevo haciendo prácticamente cada hora desde que llegué. Linda me explica que Lauren sigue durmiendo. Lleva así desde que salieron del hospital. En esta ocasión tampoco consigo hablar ni con James ni con Álex. Empiezo a preocuparme de verdad y me pongo un plazo máximo. Si para esta noche no consigo hablar con ninguno de los dos, iré a buscarlos a su apartamento.

En un primer momento opto por no bajar a comer, pero la redacción se queda prácticamente desierta y, ya que ni siquiera tengo a Bentley como contención, me doy cuenta de que aquí soy una presa demasiado fácil para el señor Riley. Sin embargo, tampoco sé si él ha bajado o no, así que me decido por la idea más segura: bajaré a comer pero lo haré en el Tang Pavillion. Siempre me ha parecido que ir sola a un restaurante chino es un poco deprimente, pero opto por no pensar en ello. Tengo problemas muchos peores.

Salgo del restaurante asiático relativamente pronto, pero lo compenso con un paso pasmosamente lento de vuelta a la oficina.

Ya en mi mesa, termino todo el trabajo que me ha encargado Bentley, incluido lo

de asustar a Dilson. Aunque suene horrible, he de confesar que me divierto un poco haciéndolo. Después pienso que estoy de muy mal humor, que tengo un marido muy poco razonable y que me merezco un respiro y también que Dilson es un poco gilipollas, así que ya me siento un poco mejor.

A las cinco en punto pongo fin a mi jornada laboral. Estoy revisando que lo llevo todo en el bolso antes de salir definitivamente de mi oficina cuando me doy cuenta de un ínfimo detalle: no ha venido a buscarme ni me ha llamado ni me ha mandado un mísero mensaje en todo el día. Normalmente, cuando me enfado, Ryan se las apaña para que nos veamos incluso en contra de mi voluntad y en esta ocasión ni siquiera ha hecho el intento. ¿Qué demonios le pasa? ¿Y qué demonios me pasa a mí? No quiero verlo y, si él por una vez no se comporta como un adolescente y me deja estar enfadada, mucho mejor. Me llevo la palma de la mano a la frente y cabeceo. Debería empezar a grabarme con el móvil para oír lo ridícula que puedo llegar a ser.

«Ni que lo digas».

Iré a ver a Ryan para informarle de que me marchó. No quiero verlo, pero tampoco me parece bien largarme sin más. Sólo quiero llegar a Chelsea antes que él, meterme en la cama y suplicar para que este día termine de una maldita vez. Lo cierto es que me gustaría irme a mi apartamento, pero no puedo esconderme allí cada vez que discutamos. Además, no pienso darle la oportunidad a Ryan de echármelo en cara.

«Eso sí que es maduro».

Me pongo la rebeca mientras cruzo la redacción camino del despacho de Ryan. En su antesala me sorprende no ver a Tess. Imagino que estará buscando algún documento o concretando reuniones en cualquiera de las otras cuarenta y nueve plantas del edificio.

Delante de su puerta, con la mano levantada dispuesta a llamar, resoplo y me preparo mentalmente para un nuevo combate con el señor irascible. La táctica es la de siempre: no sucumbir a esos ojos azules. Sólo espero tener, por una vez, la fuerza necesaria para llevarla a cabo.

Asiento para infundirme más valor y, cuando mis nudillos están a punto de tocar la madera, tomándome por sorpresa, la puerta se abre.

—Hola —murmuro al ver a Ryan ante mí ajustándose la chaqueta.

Inmediatamente me siento como una idiota por saludarlo y, sobre todo, por lo admirada que ha sonado esa única palabra.

Él me dedica su media sonrisa y se apoya en el marco de la puerta a la vez que se cruza de brazos. Me recorre con la mirada lleno de descaro hasta que sus impertinentes y espectaculares ojos azules se posan en los míos.

—¿Qué quieres? —pregunta.

No sé si lo hace o no a propósito, pero su voz suena increíblemente sensual. Además, está muy cerca. Debería huir o acabaré aprisionada entre él y la pared más próxima antes siquiera de que me dé cuenta.

—Me marchó —digo en un golpe de voz.

Me doy la vuelta y, sin despedirme, me encamino hacia la puerta.

—Yo también me marchó ya —comenta.

Genial, justo lo que necesitaba, estar encerrada a solas con él en su coche durante veinte minutos. Ese Audi es como el *batmóvil* del sexo descontrolado.

Me giro despacio intentando discernir una escapatoria y, cuando al fin nuestras miradas vuelven a encontrarse, todas mis alarmas suenan a la vez. Tiene una sonrisa tan presuntuosa como peligrosa y traviesa en los labios. Es esa sonrisa la que me dice que se trae algo entre manos.

Sabe exactamente lo que estoy pensando, porque su gesto se ensancha y yo involuntariamente trago saliva. Me espera un viaje de lo más interesante.

—Nos vemos en Chelsea —comenta al fin con una media sonrisa en los labios, caminando hacia la salida.

Mis alarmas ya no suenan, ahora gritan desbocadas.

—¿Cómo que nos vemos en Chelsea? —musito nerviosa y confusa.

Mis palabras le hacen detenerse cuando ya estaba a punto de alcanzar la puerta y girarse despacio.

—Yo me voy en coche —responde presuntuoso—. Tú te vas en metro. Cien dólares no te dan derecho a transporte privado.

Entorno la mirada. No me puedo creer que vaya a ser tan capullo. Ryan sonrío de nuevo y su mirada, toda su arrogancia y su magnetismo de macho alfa sensual y salvaje me sacuden.

—Tendrías que haber venido a disculparte —comenta sin que la maldita sonrisa lo abandone y, sin más, sale de la oficina.

Está disfrutando con esto.

Yo estoy petrificada, procesando sus palabras y preguntándome por qué no le tiré el pisapapeles a la cabeza cuando tuve la oportunidad.

Más enfadada de lo que llegué esta mañana, salgo del Riley Group y prácticamente corro hasta la parada de la 59 con Columbus Circus. No me puedo creer que se esté comportando así. ¡Pretendía que le pidiese disculpas!

Me monto en el vagón y, malhumorada, me escabullo entre la nube de ejecutivos y neoyorquinos en general hasta el fondo del tren. Me cruzo de brazos, clavo mi vista en el techo y resoplo. No me lo puedo creer, sencillamente no me lo puedo creer. Ahora mismo estoy muy cabreada con él por comportarse exactamente como siempre y lo estoy aún más conmigo misma por ser tan ilusa de pensar que por primera vez había entendido cómo me sentía.

En mitad de mis pensamientos, sin ningún motivo en especial, pierdo mi vista en el vagón y no puedo evitar fruncir el ceño cuando claramente distingo a Finn en mitad de la gente que lo llena. Aunque intente disimularlo, esa percha de exSEAL con traje caro es indisimulable.

Entorno la mirada y rápidamente la aparto. El muy capullo me manda a casa en

metro, pero su parte irracional y posesiva no puede permitir que lo haga sola.

Ahora sí que acaba de superarse.

El tren está a punto de detenerse en la estación de la 28 Oeste, la parada Chelsea. De reojo puedo ver cómo Finn se prepara para salir, pero yo, lejos de hacerlo, me acomodo contra la pared. Aunque no puedo verlo, puedo notar su confusión, más aún cuando las puertas se cierran definitivamente y el metro reanuda su marcha. Si el señor Riley piensa que soy su muñequita, está muy equivocado. Esta vez no voy a rendirme y, como él mismo se ha encargado de dejarme sublevada y sola, no tiene la posibilidad de engatusarme con el sexo para hacerme cambiar de opinión.

Dos paradas después me levanto tomándome mi tiempo y eso activa a Finn, que también se acerca a las puertas. Me bajo en la parada de la calle 18 sin saber exactamente adónde ir. Aun así, recorro el andén a paso ligero. Estoy muy furiosa. Soy plenamente consciente de que Finn me sigue a una distancia prudencial y eso me enfada todavía más. Odio esta situación.

Sin dudar, me detengo en seco y me giro.

—Finn —lo llamo.

Él me mira confuso, como si hubiera traspasado una frontera imaginaria.

—¿Sí, Maddie? —responde profesional.

—No quiero que camines detrás de mí —le digo con total convencimiento—. Si vas a acompañarme, acompáñame.

La gente que pasa junto a nosotros en dirección a las escaleras de salida nos observa intrigada, pero no me importa.

—Maddie, el señor Riley...

—El señor Riley no está aquí —lo interrumpo muy resuelta.

Quizá no pueda luchar con el loco de mi novio, quiero decir mi marido, y su necesidad de protegerme, pero sí puedo hacer que mi guardaespaldas se parezca menos a un guardaespaldas y más a un amigo.

Finn me mira sopesando opciones y yo me cruzo de brazos indicándole que no voy a cambiar de opinión. Estoy furiosa y pienso salirme con la mía.

Finalmente asiente y camina hasta mí. Yo sonrío de oreja a oreja y me giro para reanudar la marcha. Alzo la mano y la entrelazo con su brazo. Él se pone tenso al instante y creo que me he pasado, pero aun así no lo suelto. Es una declaración de intenciones y no puedo flaquear.

Salimos de la boca de metro y automáticamente decido que me apetece muchísimo tomar un perrito caliente. Miro a mi alrededor y, por suerte, veo una pequeña cafetería exactamente a una manzana.

Mi móvil comienza a sonar en mi bolso pero yo decidido ignorarlo. Sé que es Ryan y ahora mismo no me apetece hablar con él.

—Comamos algo —propongo señalando la cafetería.

Finn no contesta, pero yo finjo que me ha dado el sí más grande del mundo y tiro suavemente de su brazo para que nos dirijamos al pequeño restaurante.

Apenas a un paso de la puerta del local, mi iPhone vuelve a sonar. No pienso cogerlo. De reojo puede ver cómo Finn me mira con el ceño fruncido. Probablemente le parezca una insensatez que no le coja el teléfono al señor irascible, pero no hace el más mínimo comentario.

Se adelanta para abrirme la puerta y yo le devuelvo una sonrisa. Mentalmente le agradezco que no haya intentado convencerme para que volvamos a casa. Supongo que es parte de su profesionalidad. Nunca cuestionar al jefe, y ahora la jefa soy yo.

Nos instalamos en una mesa alta junto al enorme ventanal. La Séptima Avenida se expande ante nosotros con un tráfico endemoniado. Yo me quito la rebeca y la dejo junto al bolso en uno de los taburetes. Me aliso el vestido y miro a Finn dispuesta a preguntarle qué le apetece comer, pero, al comprobar que ni siquiera se ha desabrochado un mísero botón de su elegante abrigo negro de paño, frunzo los labios.

—¿Qué quieres tomar? —pregunto intentando que se relaje. Él no responde y yo opto por un cambio de estrategia—. Pediré perritos completos sin cebolla para los dos.

Cuando voy a echar a andar, Finn me adelanta de una zancada.

—Si no le importa, Maddie, iré yo —pronuncia ese *Maddie* como si fuera un profesional *señora*. Supongo que no puedo pretender un cambio radical en un solo día.

Lo observo desaparecer esquivando mesas hasta llegar a la barra y yo cojo mi teléfono. Por un momento pienso en enviarle un mensaje a Ryan comentándole dónde estoy y las pocas ganas que tengo de volver, pero me contengo. Tampoco quiero despertar al león.

Finn regresa a los pocos minutos con dos perritos con una pinta deliciosa. Sólo le he dado un bocado cuando mi móvil vuelve a sonar y yo vuelvo a ignorarlo. Finn me mira con cierto aire cómplice y muchísima advertencia, como si tuviera más claro que yo en el lío en el que me estoy metiendo. Decido ignorar la segunda parte y quedarme con su complicidad. Me conviene tenerlo de mi lado.

No han pasado ni un par de segundos desde que mi *Smartphone* ha dejado de sonar cuando comienza a hacerlo el de Finn. Se lo saca inmediatamente del bolsillo y, sin ni siquiera mirar la pantalla, se lo lleva a la oreja. Yo lo miro suplicándole mentalmente que no le diga dónde estamos.

—Sí, señor... —responde y todo su cuerpo se cuadra como respuesta. Parece que la ira del señor Ryan Riley se trasmite a través de la línea telefónica—... En la 17 esquina con la Séptima.

Cuelga y por un segundo evita mi mirada. Puede que yo haya despertado al león negándome a ir a casa y a cogerle el teléfono, pero es plenamente consciente de que ha sido él quien acaba de permitir que el león acorrale a la pobre ratoncita.

No sé qué veo llegar antes a la acera al otro lado del inmenso ventanal, la estela de pura rabia de Ryan o su flamante BMW.

Entra en el local como un ciclón y, con una sola mirada, fulmina a Finn, que

asiente y sale en dirección al coche. Sin decir nada, me toma con brusquedad de la mano y tira de mí hasta llevarme al mostrador. Cada centímetro de su piel destila una furia ensordecedora, pero, por muy intimidada que me sienta, pienso mantenerme en mis trece.

—La cuenta —ladra más que pide al pobre camarero.

Ryan se saca un billete de veinte del bolsillo y lo tira arisco sobre la barra.

—Quería pagar yo —me quejo.

Se vuelve y clava su metálica mirada en la mía. Sus ojos brillan azules y furiosos.

—No me provoques —masculla.

Y, por muy sublevada que esté, no me atrevo a contradecirlo. Creo que podría traspasarme con esa mirada.

Ryan tira de mí y me saca del restaurante tan de prisa que prácticamente me cuesta seguirle el paso. Ya junto al coche, me abre brusco la puerta del copiloto, pero yo me zafo de su brazo dispuesta a oponer resistencia. ¿Ahora ya no quiere que vaya en metro?

Debe advertir que estoy a punto de protestar, porque se gira a la vez que resopla y vuelve a atrapar mi mirada con la suya, que ya parece de puro acero.

—Entra en el puto coche, Maddie —ruge con una voz tan suave como amenazadora al mismo tiempo que trago saliva instintivamente.

Con rapidez, me recompongo y frunzo los labios en un pobre intento de demostrarle lo furiosa que estoy, aunque finalmente entro en el vehículo.

Ryan se sienta al volante y, veloz, Finn lo hace detrás. Arranca el BMW, el motor ruge y en un par de segundos alcanza una velocidad de vértigo, algo bastante peligroso y kamikaze teniendo en cuenta el delirante tráfico de Manhattan a esta hora.

No dice una palabra. De reojo puedo ver cómo tiene la mandíbula tensísima y aprieta el volante con tanta fuerza que la piel de sus dedos está blanca. No aparta su mirada de la calzada y yo decidido perder la mía en mi ventanilla a la vez que me cruzo de brazos. Puede que me haya montado en el coche, pero no pienso ceder en este asunto.

Llegamos a Chelsea en tiempo récord. Finn se baja del BMW prácticamente en marcha. Ryan lo detiene junto a las escaleras de acero amarillo, sale todavía más malhumorado y le entrega las llaves a su hombre para todo.

Yo también me bajo. Pretendo mantener una distancia de seguridad con él, pero Ryan atraviesa la distancia que nos separa y, con la misma brusquedad que antes, me toma de la mano y vuelve a tirar de mí. Intento soltarme pero Ryan no me lo permite.

Ni siquiera tiene la paciencia suficiente para esperar el ascensor y acabamos subiendo por las escaleras. No protesto porque sólo son dos plantas. Además, mi parte más curiosa me recuerda que nunca he estado aquí.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —farfulla abriendo de un manotazo la puerta del vestíbulo.

La madera choca violentamente contra la pared y estoy casi segura de que ha

hecho una mella en la impoluta pintura.

—No lo sé. Se me ocurrió en el vagón de metro —respondo impertinente.

Ryan me fulmina con la mirada, pero yo no me amilano. ¡Él tiene la culpa de todo!

Atravesamos la puerta del salón y al fin me suelta la mano.

—¿Te haces una idea de lo preocupado que estaba? —me pregunta casi en un grito.

Se pasa las dos manos por el pelo a la vez que esboza un casi ininteligible «joder» entre dientes. Está intentando controlar su enfado, pero está a punto de fracasar.

—Pues no entiendo por qué si mandaste a tu gorila para asegurarte de que no diera un paso sin tu consentimiento.

Ryan ahoga un suspiro de pura rabia en una sonrisa acelerada y fugaz. Algo dentro de mí me dice que no debería seguir provocándolo así. Es una olla a presión y va a estallarme entre las manos.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —pregunto tratando de no sonar exasperada.

Yo sí que fracaso.

—No lo sé —responde presuntuoso y lleno de rabia—. ¿Cuánto tiempo vas a seguir comportándote como una cría?

No puedo creer que haya dicho eso. ¡Es un gilipollas!

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo vas a seguir siendo tú un capullo presuntuoso?

Ryan me mira y puedo notar cómo el brillo de sus ojos azules se intensifica todavía más metálico y furioso. Sin decir nada y sin levantar su mirada de mí, atraviesa la distancia que nos separa y me carga sobre su hombro tomándome por sorpresa. Yo comienzo a patear y a golpearlo, pero no le afecta lo más mínimo y sube las escaleras.

—¡Ryan, bájame! —grito furiosa.

¡No tiene ninguna gracia, joder!

Me lleva hasta el dormitorio a grandes zancadas y sin ninguna delicadeza me deja caer sobre la cama. Yo me revuelvo y me levanto por el otro lado del mueble, dejando que el colchón y la carísima estructura de madera nos separen.

—Vas a quedarte aquí —masculla haciendo un furioso hincapié en cada letra.

—¡No pienso quedarme aquí! —replico insolente.

Es un gilipollas.

—Sí que vas a hacerlo, joder —me interrumpe de nuevo con su voz fría y calmada, esa que es mil veces peor que un grito—. Vas a quedarte en esta maldita habitación porque ahora mismo te juro por Dios que no sé qué hacer contigo, Maddie.

Su mirada me intimida de una manera tan intensa que tengo la sensación de que ha desaparecido el aire a mi alrededor. Ryan se pasa las manos por el pelo, gira su perfecto cuerpo y comienza a caminar en dirección a la puerta.

De pronto miro a mi alrededor y reparo en unas cajas apiladas en la entrada del vestidor. Por un segundo me quedo boquiabierta pero en seguida resoplo aún más

enfadada. ¡Son mis cosas! ¡Ha traído mis cosas de mi apartamento sin ni siquiera consultármelo!

—No me lo puedo creer —me quejo casi en un grito.

Ryan se para en seco y se gira de nuevo. Por una milésima de segundo parece confuso, pero no tarda en caer en la cuenta de a qué me refiero e inmediatamente vuelve a ponerse en guardia.

—Perdona por haberte facilitado la vida —replica mordaz—. Sólo es una maldita mudanza, joder.

—¡Son mis cosas! —grito—. ¡No tenías ningún derecho!

Ryan, furioso, exhala todo el aire de sus pulmones y se lleva las manos a las caderas. Todo su cuerpo está tenso, preparado para el combate. El león en estado puro.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —pregunta tratando de sonar calmado aunque su voz siga siendo amenazadoramente suave.

Está sacando todo su autocontrol a relucir.

Yo resoplo. No sé qué contestar. Soy plenamente consciente de que el hecho de que haya mandado traer mis cosas no es para tanto, pero también sé que no estoy enfadada sólo por eso. Vamos a ser padres y vamos a serlo juntos. Necesito saber que puede ser razonable y ceder. Sería más fácil si pudiese sincerarme y contárselo todo, pero no quiero hacerlo en mitad de una discusión. Así que, sin saber qué otra cosa hacer, resoplo de nuevo e intento llegar a la puerta.

—¿Adónde te crees que vas? —pregunta malhumorado, tomándome de la muñeca y obligándome a girarme.

—Estoy cansada de discutir, Ryan —replico zafándome de su mano y dando un paso atrás—. Sólo hace un día que hemos vuelto y míranos.

De pronto me descubro a punto de llorar. El día de hoy ha sido como una montaña rusa y creo que no soy capaz de digerirlo todo. Además, no he dicho nada que no fuera verdad. No llevamos ni veinticuatro horas en Nueva York y ya estamos discutiendo. ¿Qué clase de padres vamos a ser?

Él parece darse cuenta, porque también resopla con fuerza. Alza la mano y, despacio, la coloca sobre mi cadera, atrayéndome de nuevo hacia él. Yo sigo enfadada y triste, pero dejo que lo haga.

—Maddie —me llama y algo en la calidez de su voz me llena por dentro.

Suspiro bajito y por un momento dejo que el tacto de sus dedos sobre mi piel me tranquilice.

—Lo único que quiero es cuidar de ti —susurra.

Repito las mismas palabras que en el avión y comienzo a pensar que todo este ataque de dignidad es un sinsentido. Estamos casados. Le quiero. Si quiere cuidar de mí, debería dejarle hacerlo. Sin embargo, también tengo la sensación de que no puedo rendirme sin más a sus deseos, ya no.

Ryan se inclina sobre mí y yo tomo aire para decir lo que quiero decir antes de

que consiga que me olvide de todo.

—Yo no necesito una *American Express* Negra —musito reafirmándome.

—Pero yo quiero que la tengas —replica dejando que su aliento se entremezcle con el mío.

Suspiro una vez más con la respiración acelerada y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Ryan sonrío. Sabe que está consiguiendo que me derrita poco a poco. Soy consciente de que no me besaré hasta que me rinda. Negarme sus perfectos labios es su mejor arma.

—Sólo para emergencias... —Casi tartamudeo—... por favor —prácticamente gimoteo.

Necesito que ceda aunque sólo sean unos insignificantes centímetros.

—Dejarás que te compre todo lo que quiera —contraataca— y lo aceptarás.

—Lo aceptaré.

Sonríe y me besa calmando con su boca toda la ansiedad que él mismo ha creado.

—Y me lo agradecerás —añade presuntuoso contra mis labios, volviéndome a besar antes de que pueda protestar.

—Y te lo agradeceré.

Ryan me estrecha contra su cuerpo. Inmediatamente sus manos vuelan hasta anclarse en mi trasero y me levanta para que yo sólo tenga que rodear sus caderas con mis piernas, volviendo así a nuestro lugar favorito en el mundo.

—Nada de apartamentos en el Village —le advierto divertida, separándome apenas unos milímetros.

—No soy quisquilloso con el barrio —replica socarrón.

Atrapa mi boca de nuevo y me muerde el labio inferior al tiempo que sonrío encantado. Cuando nos deja caer en la cama, mi sonrisa se une a la suya y a nuestros besos.

—Deberíamos irnos otra vez de luna de miel —bromeo.

En París todo era sexo, más sexo y desayunos en la terraza. No había tiempo para discutir.

—¿Y tenerte otros doce días en una cama de hotel? Elige destino.

Sonrío de nuevo y Ryan aprovecha para hacer sus besos más profundos y deliciosos. Se le da demasiado bien.

—La exposición de Robert Doisneau se trasladaba a Holanda. Es una pena que tú ya hayas estado allí.

Ryan se separa hasta que sus preciosos ojos azules me miran confusos desde arriba.

—Yo no he estado en Holanda.

Ahora la que lo mira confusa soy yo.

—Cuando volví de los Hamptons, Bentley me dijo que estabas de viaje de negocios en Holanda.

Ryan lo piensa un segundo y finalmente sonrío al caer en la cuenta del

malentendido.

—No estuve en Holanda —me explica—, estuve en Luxemburgo.

¿Luxemburgo? La expresión me cambia por completo, aunque trato de disimularlo rápidamente. Nunca imaginé que un país tan pequeño pudiera hacerme sentir un malestar tan grande.

—¿Estás bien, nena? —pregunta Ryan y sus ojos se tiñen de preocupación.

Asiento de prisa sin saber qué otra cosa hacer. Me obligo a sonreír y a olvidar todo estos estúpidos temores. Supongo que si Savannah Sandford no fuera un metro setenta de pura elegancia, me preocuparía menos en qué parte de los Países Bajos Ryan hizo negocios cuando estábamos separados.

—Estoy bien —respondo.

Es una estupidez. Que estuviera en el mismo país que ella no implica que la viese, y que la viese no implica nada más.

«Ahora sólo hace falta que te lo creas».

Ryan me observa un segundo, se levanta sin dudar y tira de mí hasta que quedo sentada en su regazo.

—¿Tienes algo que contarme? —inquire.

Sus ojos azules me escrutan intentando leer los míos. Yo reprimo el movimiento voluntario de llevarme la mano al vientre. No quiero contarle lo del bebé ahora con Luxemburgo y Savannah Sandford sobrevolándome. Opto por lo más fácil. Niego con la cabeza y me obligo a esbozar mi mejor sonrisa.

—Ha sido un día raro, nada más —contesto alzando la mano para meterme un mechón de pelo tras la oreja—. He tenido que acompañar a Lauren al hospital y estoy cansada del viaje.

Siendo técnicos, no he mentido. El día ha sido más que raro.

—Bentley me ha dicho que tiene varicela.

Asiento.

Ryan coloca su mano en mi mejilla y hunde las puntas de sus dedos en mi pelo.

—Necesitas dormir —susurra.

Pero por la forma en la que me mira y por la fuerza que irradia su cuerpo, sé que eso es lo último en lo que está pensando ahora mismo y, con sinceridad, yo me siento exactamente igual. Quiero, necesito, que me haga olvidar todo lo que ha pasado hoy: las visitas a hospitales, a bancos, la maldita *American Express* negra y las peleas.

—Necesito distraerme —murmuro mordiéndome el labio inferior para tratar de tentarlo.

Ryan me dedica su media sonrisa y alza una mano para liberar suavemente mi labio de mis dientes. Sabe que he intentado provocarlo de forma deliberada.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí —musito llena de convicción.

Es el efecto que provocan sus manos en mi piel.

Ryan mueve su mano y la sumerge en mi pelo. Deja que sus ojos azules se claven

en los míos y, despacio, me acerca hasta que nuestros labios chocan con fuerza. Su boca toma con decisión la mía y me rinde por completo a él y a todo el magnetismo animal que desprende.

Cuando ya ha conseguido que todo mi cuerpo suspire, me deja sobre la cama hecha un manojo de deseo descontrolado y se levanta ágil.

—Vuelvo en seguida —me anuncia—. Cuando lo haga, quiero encontrarte exactamente así.

Utiliza su voz de jefe exigente y tirano y todo mi cuerpo sube al siguiente escalón de placer.

Sale de la habitación y regresa unos minutos después. Ya no lleva la corbata y se ha desabrochado los primeros botones de la camisa. Se detiene a los pies de la cama y su mirada salvaje y azul recorre cada centímetro de mi cuerpo hasta clavarse en mis ojos. No necesita hablar para hacerme entender que quiere que me levante y vaya hasta él y quiere que lo haga ya.

Sin romper el contacto visual, me incorporo y avanzo por la cama hasta quedar de rodillas frente a él.

—Quítate el vestido —me ordena.

Su espectacular mirada se ha oscurecido. Sus ojos azules me excitan más que ninguna otra cosa. Otra vez sin desatar nuestras miradas, me llevo las manos hasta el bajo del vestido y lenta, casi agónicamente, tiro de la prenda hasta sacármela por la cabeza.

Ryan sonrío de esa manera tan dura y sexy, satisfecho de que, mientras que él sigue elegantemente vestido, yo ya sólo lleve ropa interior. Me recorre con un deseo indomable en la mirada. Logra provocar mi piel y siento que sus manos me tocan allá donde sus ojos azules se posan. Involuntariamente me muerdo el labio inferior para contener todo el deseo, la excitación y el placer anticipado que estallan dentro de mí, arrollándome por dentro.

Se inclina sobre mí y se queda cerca, muy cerca, aunque sin llegar a besarme.

—Vamos a jugar —me advierte en un susurro con su voz hecha de fantasía erótica.

Ryan se mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y saca unas relucientes esposas. Alza la mano y suavemente acaricia la parte baja de mi cuello con el frío metal de una de las argollas. Sin ninguna prisa, las baja hasta llegar a mi ombligo. El frío del acero choca contra mi piel, que ya arde por este dios del sexo. La explosión de sensaciones me hace suspirar bajito, despacio, pero llena de una intensidad desbordante, exactamente como es su caricia.

—Date la vuelta —me apremia con su voz más sensual.

A veces creo que podría hacer todo lo que me pidiera con esa voz.

El ruido de las esposas al cerrarse sobre mis muñecas me corta la respiración.

—No te muevas —me advierte en un susurro impregnado de un deseo salvaje.

Deja mis muñecas esposadas descansar sobre el final de mi espalda mientras su

mano sube poco a poco por mi costado hasta colocarse en mi garganta. Me obliga a echar la cabeza hacia atrás sin ninguna delicadeza y yo suspiro, casi gimo. Estoy demasiado excitada. Ryan me dedica su media sonrisa. Mis ojos ascienden y se encuentran con los suyos, tan azules e intensos, que me hechizan.

—Eres mía —vuelve a advertirme acariciando mi labio inferior con su pulgar, haciéndome sentir cada letra que pronuncia—. Despiertas el animal que llevo dentro y sólo puedo pensar en tocarte, morderte, follarte.

Su otra mano avanza tortuosa desde mi cadera hasta el centro de mi vientre. Mi respiración se desboca. Mi piel arde por donde su mano pasa. Sus labios están muy cerca de los míos, pero no me besa. Quiere que me derrita en mi propia excitación y lo está consiguiendo.

—¿Te haces una idea de cuánto te deseo? —pregunta con su voz más ronca y masculina, esa que me hace perder la cordura por completo.

Yo asiento tímidamente porque sé que es lo que él quiere que haga.

Ryan sonrío satisfecho, se inclina un poco y al fin me da mi recompensa. Su mano se hace más exigente en mi cuello y me besa con fuerza. Muevo mi boca para tratar de atrapar la suya, pero no me lo permite. Se aparta apenas unos centímetros, me muerde el labio inferior y tira de él hasta que todo el placer se entremezcla con un fino hilo de dolor.

Gimo y Ryan pasa despacio su lengua por mi labio, calmándome y soliviantándome al mismo tiempo.

Antes de que pueda pensarlo, mis manos se revuelven en busca de su poderosa erección. Sonrío cuando la atrapo dura y con ganas de jugar al otro lado de sus pantalones a medida.

Ryan gruñe contra mi boca y se separa de mí.

—Te dije que no te movieras —me recuerda con sus ojos azules clavados en los míos. No podría escapar de esa mirada aunque me fuera la vida en ello—. Ahora voy a tener que castigarte.

Mi respiración se acelera aún más. La promesa de ese castigo ha sido demasiado.

Ryan baja su mano y sin previo aviso me embiste con dos dedos. El placer me recorre entera como un rayo. Sonrío contra mis labios justo antes de volver a tomar mi boca para acallar todos y cada uno de mis gemidos.

Sus dedos se mueven expertos, entran y salen, me acarician, hacen que me estremezca sin remedio presa del placer más infinito, mientras su boca posee la mía y su mano acaricia mi garganta. Ni siquiera entiendo por qué es precisamente su mano en mi cuello, esa muestra perfecta de posesión, lo que más me excita de todo.

Mis gemidos se hacen cada vez más fuertes. Mueve sus hábiles dedos y tira de mi clítoris. El placer me atraviesa de nuevo y sin poder evitarlo todo mi cuerpo se convulsiona.

Ryan se separa lo suficiente para que su cálido aliento bañe mis labios.

—Has vuelto a moverte.

Su voz es salvaje, masculina, sensual.

Me empuja suavemente y caigo sobre la cama. Tomándome por las caderas, me gira hasta dejarme bocarriba y, sin perder un segundo, avanza sobre mí hasta que sus ojos increíblemente azules dominan los míos.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurra.

Y su maravilloso cuerpo de dios griego enfundado en uno de sus maravillosos trajes a medida me cubre por completo. Estoy en el paraíso.

Me besa con fuerza mientras su mano se desliza de nuevo bajo mis bragas y me embiste con sus hábiles dedos.

Nuestras piernas se enredan. Mi respiración se acelera. Quiero gemir, gritar, pero Ryan continúa besándome y acabo jadeando contra sus labios llena de placer.

Acelera el ritmo y yo me revuelvo bajo su mano. Todo mi cuerpo se tensa. No se detiene. Se mueve aún más rápido, mejor.

Gimo más fuerte.

Sus ojos azules son lo último que veo antes de cerrar los míos, antes de que el placer más asombroso, salvaje y delirante nazca en sus perfectos dedos y traspase todo mi cuerpo.

¡Joder!

Ryan ralentiza el ritmo hasta detenerse por completo y sacar sus dedos de mí. Hipnotizada, observo cómo pinta mis labios con los restos de mi propio placer y a continuación se inclina sobre mí para besarme con esmero, saboreándome a través de mi boca.

Me da un beso más corto a modo de despedida y se levanta. Todo mi cuerpo protesta por su marcha. Quiero incorporarme para observarlo, pero tener las manos esposadas a la espalda me dificulta demasiado la tarea.

Mi respiración comienza a acelerarse de nuevo y el corazón me late aún más de prisa. Mi cuerpo ha vuelto a encenderse como si el hecho de no verlo implicara que está preparando algo sensual y sexy. Un juego con el que estoy segura de que me hará ver el cielo.

Muevo las caderas inquieta, impaciente, tratando de calmar todo el deseo que se ha despertado en mi cuerpo como un huracán.

Ryan aparece de nuevo en mi campo de visión y tira de mí sin ninguna dificultad hasta volverme a poner de pie sobre el elegante parqué. Está gloriosamente desnudo y no puedo evitar que mi mirada hambrienta y golosa lo recorra como si estuviera fabricado de agua fresca y yo estuviera muerta de sed.

Sonríe. Sabe sin asomo de duda en qué estoy pensando. El perfecto sonido de sus labios me hace reconducir mi mirada hasta posarla en ellos, pero Ryan coloca el reverso de sus dedos en mi barbilla y me obliga a alzarla suavemente hasta que nuestras miradas se encuentran. La suya es de dominación absoluta. El jefe fuera y dentro de la cama, el dios del sexo, el dueño del control, del mundo, de mí.

—En lo único en lo que puedo pensar cuando te miro —sube su mano y sus dedos

acarician mi labio inferior— es en tenerte exactamente así, cada día, Maddie, cada maldito día, nena.

Despacio, introduce su pulgar en mi boca y yo lo chupo lentamente sin desunir nuestras miradas.

—Cuidarte me hace feliz, tocarte me hace feliz —Ryan aparta su pulgar y se inclina sobre mí—, pero estar dentro de ti —susurra a escasos, escasísimos centímetros de mis labios— me vuelve loco.

Sonrío absolutamente extasiada justo antes de que me bese. Ryan baja rápido sus manos por mis costados, soliviantándome. Las ancla en mi trasero y me levanta de un solo movimiento. Yo rodeo su cintura con mis piernas y otra vez vuelvo al único lugar donde quiero estar.

—Señora Riley —susurra contra mis labios.

En mi mente le digo que vamos a tener un bebé y el momento es perfecto.

Nos besamos con una fuerza desmedida, acelerados. Le deseo. Ryan aparta la tela de mis bragas y con un certero movimiento entra en mí.

Grito.

La gravedad se alía con él para volverme completamente loca y llega profundo, casi invencible.

Es maravilloso.

Se mueve cada vez más rápido pero sin disminuir un ápice su intensidad.

Gimo con fuerza.

Gruñe salvaje.

Mis caderas se mueven acompasadas a las suyas. Las esposas lo vuelven todo más sensual, más íntimo, como si me unieran más a él, como si me dejaran completamente en sus manos.

Sigo bajo el hechizo de toda su sensualidad y mi cuerpo responde a cada uno de sus deseos.

Me embiste aún más intenso.

El calor me quema.

Mi cuerpo se tensa.

Grito.

—¡Dios!

Un placer insaciable, demoledor, recorre con fuerza cada rincón de mi cuerpo hasta estallar en mis muñecas, en mis esposas. Es un orgasmo puro, fabricado de un placer aún más puro. La marca de la casa del señor irascible-sexo increíble.

Ryan me estrecha aún más contra su cuerpo. Sus brazos se tensan a mi alrededor y, tras una espectacular embestida, se pierde en mí con mi nombre en sus labios.

Mi respiración todavía es un sinsentido jadeante cuando Ryan sale de mí y me baja, deslizándose por su cuerpo hasta que mis pies tocan el suelo. Me gira entre sus brazos y, mientras me da un cálido y sensual beso en el centro de la nuca, me quita las esposas.

Yo me llevo las manos a las muñecas y me giro con la sonrisa en los labios. Ryan rápidamente toma el relevo en mi tarea y, con el mismo gesto en su perfecta boca, inspecciona mis muñecas asegurándose de que no me ha hecho el más mínimo daño.

Lo observo concentrado en mi piel. Por Dios, creo que es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

Cuando se queda satisfecho, me suelta. Yo cojo su camisa del suelo y me la pongo mientras camino con el paso acelerado hasta el baño. Siempre bajo su atenta mirada.

Me miro en el enorme espejo y sonrío. Tengo las mejillas brillantes y el pelo revuelto. No habría manera de negar que he tenido una sesión de sexo alucinante. Mi sonrisa se ensancha aún más pero poco a poco va transformándose en otro de tipo de sonrisa. Ha llegado el momento de que le eche valor y le cuente a Ryan que pronto seremos tres.

Me remango las mangas por encima de las muñecas, me refresco la cara y me recojo el pelo en un moño con un par de horquillas. Estoy tratando de ganar tiempo inútilmente. Suspiro de nuevo.

«No te acobardes, Parker».

Agarro con fuerza el pomo con una mano y me llevo la otra al vientre.

—A ver cómo se lo toma papá —murmuro.

Resoplo con más fuerza que ninguna otra vez y finalmente abro la puerta. Atravieso el umbral con una sonrisa, pero el gesto desaparece de mis labios cuando veo a Ryan hablando con Finn en la puerta del dormitorio. Lo hacen con tanta discreción que no puedo oír lo que dicen. Sin embargo, la situación me preocupa al instante. Ryan sólo lleva los pantalones, es más que obvio que no ha sido él quien ha llamado a su hombre para todo, y Finn jamás se atrevería a subir a buscarlo si no fuese algo realmente importante.

Doy un paso hacia ellos. El movimiento alerta a Finn, que lleva su vista hacia mí, haciendo que Ryan se gire para mirarme también. Sus ojos azules se clavan en los míos y lo que veo en ellos no me tranquiliza. Están endurecidos y toda su expresión luce tensísima. Sin decir nada, vuelve a prestarle toda su atención a Finn, le hace un último comentario casi inaudible y, tras observar cómo se marcha, camina hacia mí. Por un momento la manera tan *sexy* en la que le caen sus pantalones sobre las caderas me distrae.

—Álex Hannigan está abajo —me dice con la voz imperturbable—. Está muy nerviosa y quiere hablar contigo.

Sus palabras me reactivan por completo y el mal presentimiento que llevo sintiendo desde esta mañana se materializa. Ya tengo claro por qué Sean no estaba en el hospital esta mañana.

Camino de prisa hasta el vestidor, tiro de los primeros vaqueros que veo y me los pongo apenas en un segundo.

Tendría que haber ido a su apartamento a asegurarme de que estaba bien antes de

venir aquí. Soy una amiga horrible.

Ya desde mitad de las escaleras puedo verla nerviosa dar vueltas de un lado a otro. Está llorando como una magdalena y tiene aspecto de haberlo hecho durante horas.

—Álex —la llamo con la voz llena de preocupación—, ¿qué ocurre?

Al verme, sale corriendo hacia mí y se tira en mis brazos. Creo que no la había visto nunca tan asustada.

—Álex, ¿qué pasa? —repito.

—Vamos fuera —replica acelerada, separándose de mí.

—Pero ¿qué pasa...?

—Maddie, por favor, vamos fuera —me interrumpe demasiado inquieta.

Yo asiento y, sin pensar siquiera en que voy descalza, la cojo de la mano y la llevo hasta la puerta principal. Ella sale, da unos pasos y se sienta en el primer escalón. No es un gesto relajado, más bien es como si se sentara porque el corazón le late demasiado deprisa para mantenerse en pie.

Cierro despacio y me siento junto a ella. La observo unos segundos y abro la boca dispuesta a preguntar una vez más qué pasa.

—Estamos arruinados —me interrumpe y, aunque ya lo sospechaba, el corazón me da un vuelco.

—Álex —susurro intentando tranquilizarla, pero no encuentro las palabras para hacerlo.

Una parte de mí no para de pensar que Ryan está detrás de todo.

—Mi padre nos lo ha contado esta mañana. Hizo unas inversiones en el extranjero que no fueron bien. Pensó que todo se había arreglado, pero hace unos días algo salió mal. Lo hemos perdido todo —se sincera con el llanto tomando cada una de sus palabras—. Mi padre cree que ni siquiera podremos conservar la casa de Glen Cove.

El estómago se me cierra de golpe. Siento náuseas. Quiero confiar en Ryan. Necesito confiar en él.

Le aprieto la mano a Álex para intentar transmitirle una tranquilidad que en el fondo yo tampoco siento, pero ella se levanta de golpe, baja los seis escalones que la separan de la acera como un ciclón y se gira para mirarme.

—Ryan puede ayudarlo, ¿verdad? —pregunta desesperada y también muy esperanzada—. Él es el dueño del mundo. Seguro que conoce a alguien en algún sitio que pueda ayudar a mi padre.

—Sí, sí, claro —contesto sin dudar porque quiero que se sienta mejor—. Él lo arreglará.

Y esas tres palabras me llenan de una increíble desazón.

—¿Por qué no entras? —le pido bajando los escalones y reuniéndome con ella. Miro mis pies descalzos y me sorprende lo impoluto que están los escalones, casi relucientes—. Hace frío. Podemos entrar y tomar algo caliente y puedes quedarte a dormir.

—No —responde sorbiéndose los mocos—. Voy a volver a Glen Cove. Mi madre está muy nerviosa.

Asiento. Entiendo que quiera estar con su familia.

—Dame un segundo. Le pediré el coche a Ryan y yo misma te llevaré.

Álex vuelve a negar, esta vez con la cabeza.

—No te preocupes. Le he pedido a Charlie que venga a buscarme. ¿Hablarás con Ryan? —vuelve a preguntarme ya más serena.

—Sí —contesto sin vacilar.

Jamás podría dejar a los Hannigan en la estacada.

Subimos de nuevo y nos sentamos otra vez en los escalones.

—Todo se va a arreglar —le digo pasándole el brazo por los hombros, y por un momento no sé si pretendo convencerla a ella o a mí.

Álex asiente y durante unos minutos nos quedamos en silencio. Ella poco a poco va tranquilizándose, pero yo, aunque consigo disimularlo, cada vez estoy más inquieta intentando no pensar en todo lo que no quiero pensar.

Mi amiga suspira hondo, mira a su alrededor y de pronto se centra en mis pies.

—No llevas zapatos, idiota —comenta.

—No esperaba visitas a estas horas —suelto socarrona.

—No sabía a quién más recurrir —se sincera—. No me ha dicho nada, pero sé de sobra que James no quería que viniera. Creo que sigue estúpidamente enamorado de ti.

Suspiro incomoda. La verdad es que no sé qué contestar a eso.

—James y yo sólo somos amigos —afirmo con total convencimiento.

—Y Lauren y James también son sólo amigos —replica con una media sonrisa.

Yo la miro con el ceño fruncido, pero rápidamente mi gesto se transforma en una expresión boquiabierta. ¿Acaso esos dos se han liado mientras yo estaba en París?

—¿Han vuelto? —pregunto sorprendida.

—No —responde y rompe a reír como si supiera algo que yo no sé.

La miro esperando a que continúe, pero ella se encoge de hombros sin que la sonrisa la abandone y se queda callada. En ese momento vemos unos faros de coche girar por la esquina de la 29 con la Octava y en unos segundos el Mini color vainilla de la propia Álex se detiene frente a nosotras. En cuanto ve a Charlie bajarse del vehículo, se levanta corriendo, se tira en sus brazos y rompe a llorar de nuevo.

Yo también me levanto y camino despacio hasta ellos, dejándoles un poco de intimidad. Charlie le acaricia rítmicamente el pelo tratando de calmarla y le da un beso en la frente. Los observo y sonrío fugaz. Al verme, él hace lo mismo. Me alegra que Álex y Charlie se encontrasen. Se quieren de verdad.

—No llevas zapatos —comenta Charlie mirándome los pies con el ceño fruncido.

Mi sonrisa se ensancha.

—Es una larga historia —contesto.

Charlie asiente, sonrío débilmente de nuevo y obliga a su novia a girarse y a caminar hacia el coche.

—Llámame en cuanto sepas algo —me pide Álex justo antes de subir al asiento del copiloto.

Asiento una vez más y, antes de que el vehículo desaparezca calle arriba, salgo disparada hacia las escaleras. Estoy muy nerviosa, muy inquieta. Tengo demasiado miedo de que, todo lo que me empeño en no pensar, sea verdad.

Cierro la puerta principal y subo al dormitorio. Me apoyo en el marco y echo un vistazo. Al no encontrar a Ryan, vuelvo al salón y me dirijo hacia su estudio. Tengo que hablar con él inmediatamente.

A unos pasos de la puerta, mis nervios crecen y todo mi cuerpo se tensa. Nunca había estado tan inquieta en toda mi vida.

Golpeo suavemente la madera y entro con paso titubeante. Ryan está sentado a su elegante escritorio. Cuando veo su camiseta blanca, me toco la camisa que visto, también blanca, como acto reflejo. Hace menos de una hora estaba nerviosa porque iba a decirle que vamos a ser padres. Ahora lo estoy por un motivo completamente diferente.

Al verme, alza la vista de los documentos que revisa y me observa con la

expresión cauta, endurecida. No me gusta esa mirada.

—Los Hannigan lo han perdido todo —digo en un golpe de voz.

Sus ojos se muestran imperturbables. Él ya lo sabía.

—El arbitraje internacional ha rechazado el acuerdo entre la empresa de Marisa y Miles Hannigan —responde.

—Pero tú puedes arreglarlo, ¿no?

Ryan asiente despacio y yo suspiro aliviada. Nunca me he sentido tan agradecida de que sea el dueño del mundo.

—No voy a hacerlo, Maddie.

La sonrisa desaparece automáticamente de mis labios y mi estómago vuelven a cerrarse de golpe. Suena demasiado convencido.

—Ryan —susurro.

No sé cómo continuar. Entiendo la postura que está tomando y, si no habláramos de Miles Hannigan, ni siquiera se lo pediría dos veces, pero necesito que lo salve.

Abro la boca dispuesta a decir algo pero la cierro de nuevo. Apremio a mi cerebro para que busque alguna razón con la que convencerlo y que lo haga rápido, pero no se me ocurre ninguna.

Las lágrimas comienzan a quemarme detrás de los ojos.

—Hazlo por mí —le pido con la voz entrecortada—. Nunca te he pedido nada, Ryan, así que hazlo por mí, por favor.

Ryan resopla y aparta su mirada de la mía. Está furioso y tiene razón, pero no puedo dejarlo estar.

—Sé que estoy siendo muy egoísta. —Sin que pueda evitarlo, mis palabras se inundan con mis lágrimas—. Sé que ese hombre hizo daño a tu padre, pero, por favor, hazlo por mí.

—Maddie —masculla.

Se pasa la mano por el pelo a la vez que se levanta como un resorte. Yo no digo nada. Sólo lo observo acelerado, tenso, lleno de rabia. Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, la batalla interna que veo salpicar el azul de sus ojos me da un vuelco el corazón. Le estoy poniendo en una situación demasiado difícil.

—Miles Hannigan destrozó mi familia.

Quiero decirle que Miles Hannigan no destrozó su familia, que fueron decisiones que él y su madre tomaron y que Carson parece entender, pero sería una discusión inútil. Para él, Miles destrozó su familia porque bajó a su padre del pedestal al que él y una vida de esfuerzo lo habían subido.

—Puede que Miles no hiciera las cosas bien, pero su familia no tiene por qué pagar por eso.

—La mía lo ha hecho —responde sin dudar.

Lo miro confusa. ¿A qué se refiere? Su familia está bien. Sus padres están bien. Abro la boca dispuesta a inquirir, pero Ryan niega con la cabeza como si también me estuviera negando la posibilidad de preguntar. De pronto estoy todavía más inquieta y

todos mis miedos se recrudecen. ¿Y si con su familia se refiere a él y a mí? ¿Y si ha sido él quien ha hundido a Hannigan?

—¿Tú has tenido algo que ver? —pregunto con la voz prácticamente evaporada. Estoy muerta de miedo.

—No —responde tajante y molesto. Mi pregunta parece haberle enfadado aún más—. ¿Crees que no lo pensé? En cuanto salí de casa la noche que mi padre estuvo aquí, llamé a Lawson para decirle que lo cancelara todo. Quería ver cómo ese hijo de puta se hundía. No lo hice por ti —sentencia sin asomo de duda y yo me siento todavía más culpable—, y ahora tú me pides que vuelva a salvarlo.

No soy capaz de mantenerle la mirada y acabo clavándola en mis manos mientras noto nuevas lágrimas caer por mi mejilla.

—Por favor —suplico de nuevo sin ni siquiera mirarlo porque no sé qué otra cosa decir.

Ryan me observa durante unos segundos y finalmente le oigo exhalar brusco y despacio todo el aire de sus pulmones.

—Tengo que irme.

Sin esperar reacción por mi parte, camina hasta la puerta del estudio. Lo observo, tratando de no romper a llorar. Otra vez sin tener la más remota idea de qué decir.

—Ryan —lo llamo.

No quiero que se vaya.

—Maddie —contesta girándose—, has tenido que elegir entre los Hannigan y yo, y no me has escogido a mí.

—No —me apresuro a replicarle, pero en el fondo no estoy segura de que no esté siendo así.

Ryan no dice más y finalmente se marcha.

—¿Adónde vas? —le pregunto siguiéndole al salón.

Otra vez busco a toda velocidad una razón, da igual cuál. Sólo quiero que se quede conmigo, salve a los Hannigan y no me odie por ello. Pienso en decirle lo del bebé, pero utilizar una noticia así en este momento sería mezquino y cruel.

Ryan cruza la estancia con el paso decidido y se pierde escaleras abajo.

A solas en el inmenso salón, no tengo ni idea de qué hacer. Me siento en el sofá y suspiro con fuerza. Ni siquiera sé si Ryan ayudará o no los Hannigan. Me levanto de nuevo. Estoy demasiado nerviosa. Por inercia, voy hasta la cocina y me sirvo una copa del primer licor que encuentro, lógicamente es *bourbon*.

No es hasta que el líquido ambarino toca mis labios que me doy cuenta de que no debería beber. ¡Estoy embarazada! Escupo el licor en el vaso, de un paso lo vacío en el fregadero y lo dejo malhumorada en la pila.

¿Cómo voy a contárselo a Ryan? Ni siquiera estoy segura de que ahora mismo quisiese hablar conmigo si se lo pidiese.

Me paso las dos horas siguientes dando vueltas por esta casa ridículamente grande. Cada minuto se me está haciendo eterno. No quiero pensar en la última vez

que estuve en este mismo salón, de noche, esperando a que Ryan regresara y, sobre todo, no quiero pensar en lo que pasó después.

Intento leer, ver la tele, dormir, pero no soy capaz de concentrarme más de cinco minutos en lo mismo. Al final opto por salir a la terraza. Hace algo de frío pero no me importa. Está amaneciendo en Nueva York y la visión, por primera vez en horas, consigue calmarme un poco.

No quiero por nada del mundo que Ryan piense que elegiría a los Hannigan antes que a él, pero tampoco puedo dejar que todos ellos sufran por lo que Miles y Meredith hicieron. Nadie debería pagar por los errores de otra persona.

Miro el reloj. Ya son casi las seis. Observo por última vez el sol bordeando despacio el edificio Chrysler y entro en casa. En ese mismo instante oigo la puerta principal abrirse. El corazón comienza a latirme muy de prisa.

Ryan entra en el salón. Tiene aspecto de haber estado trabajando toda la noche y aun así está guapísimo. Inmediatamente su mirada se encuentra con la mía. Quiero salir corriendo a abrazarlo, pero no sé si él quiere lo mismo, así que me contengo.

Ryan deja escapar despacio y controlado todo el aire de sus pulmones y me observa en silencio. Odio que estemos peleados, pero odio mucho más que estemos así, como si un precipicio empedrado y tortuoso nos separase.

Camina seguro y decidido y se detiene a unos pasos. Alza la mano dispuesto a tomarme por la cadera y acercarme a él y yo suspiro encantada por el inminente contacto. Sin embargo, apenas a unos centímetros, deja su mano suspendida en el aire y, como si fuera el gesto más complicado de su vida, la deja caer de nuevo junto a su costado.

—Ryan... —susurro.

Mis ojos se llenan otra vez de lágrimas.

—La bolsa abrirá en pocas horas —me interrumpe con la voz fría, inexpresiva—. Entonces todos los acuerdos quedarán registrados y Miles Hannigan será indemnizado con el ochenta por ciento de lo que invirtió.

Gracias a Dios. Están a salvo.

Suspiro de nuevo luchando por contener las lágrimas que se hacen aún más intensas. No puedo aguantarme más y cubro la distancia que nos separa dispuesta a abrazarlo, pero Ryan da un paso hacia atrás y reabre un abismo aún más profundo entre los dos.

—Maddie, ahora mismo no puedo estar contigo —murmura y tengo la sensación de que son las palabras más duras que ha tenido que pronunciar en toda su vida.

Intento buscar sus ojos, pero Ryan no me lo permite y, con el mismo paso decidido con el que se acercó a mí, ahora se aleja camino de su despacho.

Yo me quedo en mitad del salón sintiéndome demasiado mal y demasiado culpable. Me llevo la mano al vientre y por millonésima vez suspiro hondo. No quiero llorar. No voy a llorar. Pero la verdad es que se me está haciendo muy difícil. Ryan y yo hemos discutido mucho. Nos hemos gritado, he llorado, incluso le he

abofeteado, pero, desde que nos conocemos, nunca, jamás, me había pedido que me alejara de él.

Una idea cruza mi mente como un ciclón. Tomo aire y echo a andar. No voy a rendirme. Tiene que comprender por qué lo he hecho, saber que nunca escogería a los Hannigan por encima de él.

Mi seguridad se va esfumando conforme me acerco a su estudio. Ya bajo el umbral, le veo hablando por teléfono. Está de pie, de espaldas a la puerta, al otro lado de su escritorio, con la mano descansado en su cadera. Cuando cuelga, tira su iPhone sobre la mesa a la vez que resopla y se pasa la mano que le ha quedado libre por el pelo. Está más que furioso, parece dolido y eso me rompe el corazón.

Ryan se gira, nuestras miradas se encuentran y todo el dolor y la tensión que reflejaba su postura ahora me lo confirman sus ojos azules. Hago el ademán de entrar, pero Ryan niega con la cabeza y desune nuestras miradas. Definitivamente no quiere tenerme cerca; pero, si nunca antes me rendí con Ryan Riley, director ejecutivo, con el señor irascible-sexo increíble, con el bastardo irracional y controlador, no pienso hacerlo ahora con el padre de mi hijo.

Suspiro hondo una vez más y entro con el paso decidido hasta colocarme frente a él. Ryan alza la cabeza y frunce el ceño. Creo que le ha sorprendido que lo desobedezca, aunque rápidamente el desconcierto desaparece de sus ojos azules y su mirada se recrudece.

—Ryan, yo te quiero —digo tratando de demostrar convicción en cada sílaba—. Nunca, jamás, elegiría a los Hannigan por encima de ti. Nunca elegiría a nadie por encima de ti y pensé que, después de seguir adelante con nuestra boda cuando mi padre estaba en contra, te lo había dejado claro.

Él no levanta los ojos de los míos pero tampoco dice nada.

—No deben de ser más de las seis y media —continúo—. La bolsa no abre hasta las nueve y media. Si es lo que quieres, rompe todos los acuerdos y deja que Miles Hannigan se hunda, pero, aunque creas que no, te conozco y no vas a sentirte mejor viendo cómo una familia entera lo pierde todo por las decisiones que tu madre tomó hace más de veinte años. Yo seguiré aquí, decidas lo que decidas.

Me siento entre la espada y la pared.

Ryan sigue en silencio y yo decido que ahora le toca mover ficha a él. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Asiento para darme convicción y me encamino hacia la puerta. No he dado más que un par de pasos cuando le oigo farfullar un casi ininteligible «joder» y salir atropellado tras de mí. Me toma de la muñeca, me obliga a girarme y rápidamente toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza.

—Haría cualquier cosa por ti, Maddie —susurra contra mis labios.

Yo sonrío como una idiota y me derrito por cada una de sus palabras.

Ryan sube sus manos hasta hundirlas en mi pelo y me estrecha aún más contra él. Nos besamos acelerados y la pasión toma cada centímetro de aire entre los dos y todo

a nuestro alrededor.

Le quiero. Le quiero. Le quiero.

Tengo la sensación de que sólo he dormido un segundo, pero, cuando abro los ojos, el sol entra con fuerza por la ventana. Ya deben de ser más de las diez. Me revuelvo en la cama y hundo la cara en la almohada. Tengo muchísimo sueño. No quiero levantarme. Además, es domingo.

Sin embargo, mi móvil tiene otros planes para mí. Comienza a sonar sobre la mesita y no tengo más remedio que abrir los ojos. Me incorporo a regañadientes y miro la pantalla. Es Álex.

—¿Di...?

—¡Todo se ha arreglado! —me interrumpe en un grito al otro lado de la línea. Yo sonrío de oreja a oreja—. Mi padre acaba de volver de la oficina de Regulación del Ejercicio Bursátil o qué sé yo y todo está arreglado. ¡Ryan lo ha arreglado!

—Me alegro mucho.

Más que eso. Estoy pletórica.

—Maddie, no sé cómo agradecértelo.

—No tienes que agradecérmelo —me apresuro a responder—. Yo no he hecho nada. Ha sido Ryan.

—Ryan es el mejor —sentencia.

Mi sonrisa se ensancha. Estoy casada con el hombre más maravilloso del mundo.

—Ahora tengo que colgar —me avisa—. Creo que mi madre está aún más nerviosa que antes. —Las dos nos echamos a reír—. Te llamaré esta tarde.

—Más te vale.

La oigo reír de nuevo antes de colgar y, cuando lo hago yo, pataleo feliz sobre la cama. ¡Todo se ha arreglado!

Me bajo de un salto de la cama y corro hasta la cómoda. Saco uno de mis pijamas y me lo pongo rápidamente. Me muero de hambre. Ryan debe de estar en su estudio. Iré a buscarlo, le prepararé un desayuno digno del mejor hotel de Manhattan y le contaré que vamos a ser padres. Todo lo que ha pasado estas últimas horas me ha demostrado que no tengo ningún motivo para dudar de él.

Llamo suavemente a la puerta abierta de su despacho y echo un vistazo. Al ver que no está, frunzo los labios. Anoche estuvo trabajando hasta más de las seis y apenas son las diez. No creo siquiera que haya llegado a dormir algo. Probablemente se levantó en cuanto me dormí. ¿Cuándo va a entender que él también necesita descansar?

Regreso al dormitorio y me meto en la ducha. Gracias al mando mágico *You're nobody 'til somebody loves you*, de James Arthur, comienza a sonar a todo volumen. Me encanta esta canción.

Me pongo algo cómodo, mis vaqueros más gastados y una vieja camiseta de Ryan. Tiene el símbolo de la Universidad de Nueva York e inmediatamente recuerdo que es la misma que me puso como pijama al desvestirme a traición cuando acabé

borracha tirando piedrecitas a su ventana. Sonríó como una idiota pensando en ese día. Me puso muy complicado seguir resistiéndome, pero entonces tenía demasiado miedo a pasarlo mal. Aun así, cada vez que venía a buscarme, volvía a caer porque había estado sin él y lo odiaba y sólo podía pensar en cuánto lo echaba de menos.

No me molesto en ponerme zapatos. Aunque ya empieza a hacer frío, la temperatura dentro de casa sigue siendo de unos perfectos veinticuatro grados. Además, me encanta el tacto del parqué en mis pies descalzos.

Me llevo las manos a las caderas delante de mis decenas de cajas apiladas en la entrada del vestidor. Comienzo a arrepentirme de haberme puesto tan digna con el tema de la mudanza. Bueno, por lo menos ahora sólo tengo que desempaquetar.

Finalmente me resigno y abro la primera. No puedo evitar sonreír cuando compruebo lo cuidadosamente embaladas que están cada una de mis pertenencias. Está tan perfecto que resulta casi ridículo.

Como no sé por dónde empezar, decidido que, al estar en el vestidor, lo más fácil será que comience por la ropa. Además, es muy espacioso. No tendré ningún problema en colocarlo todo.

Menos de una hora después, cojo la caja sobre la que han escrito «Libros» cuidadosamente y voy hasta la biblioteca. Empiezo a aburrirme y mucho. Preferiría estar trabajando y eso que es domingo. Debería haber tenido la boquita cerrada y haber dejado que Ryan ordenara a quien quiera que se encargara de empezar mi mudanza que la terminara.

Dejo la pesada caja junto a mis pies y abro la puerta. Con el primer paso pierdo mi vista en las estanterías. Me encanta esta biblioteca. Se respira calma y tranquilidad. Ryan debería pasar más tiempo aquí.

Tiene una colección de libros increíble. Además de un centenar de tratados sobre arquitectura, hay clásicos como *Matar a un ruiseñor*, grandes éxitos como las novelas de Ken Follett y otros que nunca pensé que encontraría aquí, como *Hojas de hierba*, de Walt Whitman.

Sonríó como una idiota cuando veo un ejemplar de *El gran Gatsby*, de Fitzgerald. No soy capaz de resistirme y lo cojo curiosa. Parece muy antiguo. ¡Joder! ¡Es una primera edición! Lo devuelvo con cuidado a la balda y lo observo, admirada, un poco más. Debe valer una pequeña fortuna.

Después de perder algo más de tiempo, decidido que ya es hora de terminar de ordenar estas cajas. Recupero el mando mágico del baño y, tras trastear un poco con él para averiguar cómo hacer que la música suene en la biblioteca, comienzo a escuchar *Mi amor*, de Vanessa Paradis. Esa canción me recuerda a París, a nuestra cama *king size*, a las vistas de la torre Eiffel y, en todas y cada una de ellas, a la mano de Ryan en mi cadera. Insuperable.

Voy colocando mis libros sin dejar de cantar. El primero que saco de la caja es el libro de estilo del *New York Times*. Es mi tesoro literario.

Estoy a punto de acabar cuando me doy cuenta de que mi ejemplar de *Lo que el*

viento se llevo tiene un poco rota la tapa. Tuerzo el gesto. Le tengo mucho cariño a este libro. Era de mi madre. Necesito encontrar un poco de cinta adhesiva para arreglarlo.

Todavía canturreando, bajo a la planta principal.

—Buenos días, *ma petite* —me saluda melodiosa la señora Aldrin.

Inmediatamente le devuelvo la sonrisa que me tiende y comprendo que está tan exultante porque es la primera vez que nos vemos desde la boda.

—¿Qué tal el viaje? —me pregunta—. Espero que mi país la enamorara.

Asiento sin poder dejar de sonreír.

—París es precioso. —No podré olvidarlo jamás.

—*C'est merveilleux* —responde encantada—. ¿Puedo ofrecerle un café? —añade amablemente.

—No, muchas gracias.

—¿Quizá *crêpes*?

Niego pero automáticamente vuelvo a sonreír. Evidentemente un claro gesto de duda. De pronto recuerdo el hambre con la que me levanté.

—Me encantaría, pero primero tengo que terminar algo en la biblioteca. —Y eso me recuerda por qué he bajado—. ¿Dónde puedo encontrar cinta adhesiva, señora Aldrin?

La cocinera hace memoria unos segundos.

—En el estudio de Ryan, en algún cajón de su escritorio.

Hace el ademán de rodear la isla de la cocina para ir ella misma a buscarla, pero la detengo alzando la mano suavemente.

—No se preocupe, señora Aldrin, yo misma la buscaré.

Me siento rara estando en el despacho de Ryan sin él, como si estuviera haciendo algo que no debo. Camino deprisa hasta su mesa y me siento en su elegante sillón.

—Desde aquí se controla el mundo —murmuro con una tenue sonrisa a la vez que acaricio con delicadeza la madera— aunque no siempre sea una posición fácil.

Su vida es mucho más dura y complicada de lo que deja ver.

Muy resuelta, comienzo a abrir los cajones. El de más abajo es el más grande, una especie de fichero lleno de documentos. En el segundo hay algunas tarjetas, unas llaves y una caja de lápices Derwent Graphic. El metal está gastado y las esquinas de la caja, algo romas. Es obvio que es un pequeño tesoro para él.

Por fin abro el primer cajón y me encuentro con todo tipo de material de oficina: bolígrafos, tijeras, clips y, por supuesto, cinta adhesiva.

Justo antes de cerrar el cajón por completo, algo brillante llama mi atención. Vuelvo a abrirlo y veo una estilográfica Montblanc guardada en un precioso estuche. Acaricio con suavidad la tapa transparente con los dedos. Es de color gris claro, casi blanco, con algunos detalles en un gris más oscuro. No es tan bonita como la estilográfica de platino que lleva habitualmente, pero ésta también es elegante y sofisticada. Perfecta para Ryan.

Con la sonrisa en los labios y la cinta adhesiva en la mano, me dispongo a cerrar de nuevo el cajón cuando, otra vez, algo brillante llama mi atención, esta vez al fondo del compartimento. Me inclino curiosa. Sea lo que sea, también es plateado, pero el cajón es tan largo y está tan atrás que apenas puedo verlo. Meto la mano. Lo rozo con los dedos. Es metálico. Trato de tirar de él pero parece que se ha enganchado con algo. Me arrodillo junto al cajón para tener mejor acceso y tiro un poco más fuerte. Se oye algo también metálico ceder y al fin atrapo el objeto. Saco la mano y compruebo que es una pulsera de platino de mujer. No tiene ningún adorno, únicamente un pequeño círculo con un diamante en el centro. No es simple. Es sobria y muy elegante.

Aunque es muy bonita y está perfectamente conservada, está claro que no es nueva y ni siquiera hay rastro del estuche. Eso me hace torcer el gesto de inmediato. Es como si alguien se la hubiera devuelto. No me gusta nada esa idea.

Oigo pasos acercándose. Observo un segundo más la pulsera y rápidamente me la guardo en el bolsillo. Cierro el cajón de un golpe y me levanto como un resorte.

Estoy a unos pasos de la puerta cuando la señora Aldrin se acerca, a punto de entrar en la estancia.

—¿La ha encontrado? —inquire con una sonrisa.

Su pregunta me deja en blanco y me pongo increíblemente nerviosa, hasta que comprendo que se refiere a la cinta adhesiva.

—Sí —respondo monosilábica alzando el pequeño rollo entre mis dedos.

Asiente y su sonrisa se ensancha.

—Las *crêpes* están listas —añade dándose media vuelta y caminando de nuevo hasta la inmensa cocina.

Yo suspiro aliviada. Siempre que miento tengo la sensación de que se acaba de dibujar un neón en mi frente con la palabra *mentirosa*. Si hubiese sido espía, habría muerto en la primera misión.

Regreso a la biblioteca, arreglo el libro de mi madre y termino de vaciar la caja. Poco después estoy de vuelta en la cocina. Me siento en uno de los taburetes y, aunque me esfuerzo en sonreír, no puedo dejar de pensar en la pulsera. Claramente es de mujer y claramente es muy cara. ¿Qué hacía en el cajón de Ryan? Las *crêpes* están deliciosas, pero apenas pruebo bocado. La señora Aldrin me mira perspicaz y yo le echo la culpa al *jet lag*. Ella asiente y decide hacerme el favor de creerme.

Finalmente pongo una tonta excusa y subo con el paso acelerado al dormitorio. Saco el iPhone y, aunque dudo, acabo llamando.

—¿Diga? —me responden al otro lado.

—¿James? —pregunto con el ceño fruncido.

Antes de escuchar su respuesta, me separo el teléfono de la oreja y miro la pantalla. No me he equivocado de número. Estoy llamando a Lauren.

—Doce días en París y ya no me reconoces. ¡Qué deprimente! —se queja divertido.

—¿Qué haces ahí? —demando contagiada de su humor—. ¿Estás cuidando a Lauren?

—Es una pesadilla —protesta.

Inmediatamente oigo farfullar a Lauren sobre lo enferma que está, lo poco que a él parece importarle y cuánta pulpa tiene su zumo de naranja. A lo que James responde que le doblará los analgésicos en cuanto tenga ocasión.

Yo sonrío, casi río, mientras los oigo discutir.

—Riley —me llama al fin.

—¿Sí, Hannigan?

Me alegra oírlo de buen humor después de lo que ha pasado.

—Esta noche cenó con mis padres en Glen Cove. He pensado que quizá te apetecería venir.

—No puedo. Tengo cena con los Riley.

—Eso suena divertido —responde socarrón.

Creo que mi tono de voz me ha delatado. No me apetece en absoluto cenar con los Riley, sobre todo con Carson Riley.

—Será muy divertido —replico sin asomo de duda.

«Ahora sólo hace falta que te lo creas».

Noto a James sonreír al otro lado, pero no hace más leña del árbol caído.

—Oye, idiota —sé de sobra que cada vez que me llama así es porque pretende parecer desinteresado—, quería agradecerte...

—No tienes nada que agradecerme —lo interrumpo.

—¿Qué tienes que agradecerle? —Oigo a Lauren de fondo.

—Nada que a ti te importe —le responde James.

Les oigo discutir e incluso forcejear, pero decido mantenerme al margen. Soy como Suiza.

—¿Qué tiene que agradecerte el enfermero de la muerte? —pregunta finalmente Lauren con la voz jadeante.

La batalla por el teléfono ha sido ardua.

Por un momento me quedo callada. El asunto de los Hannigan es algo que tiene que contarle un Hannigan.

—Me ha pasado algo —contesto ignorando su pregunta.

Ella piensa en replicarme, pero mi frase la intriga.

—¿Qué ha ocurrido? —Quiere saber curiosa.

Camino decidida hasta el vestidor antes de decir una palabra. Sé que es una absoluta estupidez porque estoy sola y Ryan tardará horas en llegar, pero no me siento cómoda hablando de lo que quiero hablar en un sitio donde puedan oírme.

—He encontrado una pulsera de mujer en el escritorio de Ryan.

—Me llamas para presumir de regalos. Maddison Riley, eso no es de buen gusto —se queja.

—No se trata de eso...

—Y estoy enferma —me interrumpe— y sin novio.

Trato de defenderme pero ni siquiera me escucha. Pongo los ojos en blanco divertida y continuo escuchando su retahíla de protestas que acaba con un «y sin sexo». Yo frunzo los labios. No sé hasta qué punto eso será verdad con su enfermero de la muerte particular rondado por allí.

—Quieres callarte de una vez —le pido casi en un grito del que me arrepiento inmediatamente. Esta conversación tiene que quedar catalogada como discreta, muy discreta—. No se trata de eso —continúo en voz baja—. La pulsera no es nueva.

Lauren se queda callada al otro lado de la línea. Pasa tanto tiempo en silencio que por un momento creo que la llamada se ha cortado.

—Y si no es un regalo para ti, ¿de quién es?

—No lo sé —confieso y estoy comenzando a ponerme un poco nerviosa.

—¿Dónde la has encontrado?

—Atascada en el fondo de un cajón de su escritorio.

—¿Y cómo es?

Me asomo al dormitorio para asegurarme de que no hay nadie y me la saco del bolsillo de los vaqueros. Vuelvo a observarla. Ahora sí que estoy verdaderamente nerviosa.

—Creo que de platino. Muy elegante y muy sobria. No tiene ningún dibujo, ni ningún adorno. Sólo un pequeño círculo con un diamante en el centro.

Con mis últimas palabras, a Lauren parece cortársele la respiración de pura expectación.

—Es una pulsera de sumisa —me dice y suena casi emocionada.

—¿De qué estás hablando? —pregunto confusa—. Y deja de emocionarte con la posibilidad de que mi marido sea un multimillonario dominante como en las novelas románticas —me quejo de nuevo.

No la veo pero sé a ciencia cierta que acaba de hacerme un mohín.

—Te lo digo en serio. Lo vi en un documental de Discovery Channel.

Suspiro con fuerza. Tiene que ser una broma.

—¿Estás hablando de sumisa en plan sado? —pregunto llevándome el pulgar a la boca y arañándome la uña suavemente con los dientes.

—En plan lo que tu dueño quiera —contesta con total convencimiento—. Si un hombre te compra una pulsera de ésas y te la pones, le perteneces. No en plan metafórico, si no de verdad. Si le gusta el sado, a ti tendrá que gustarte el sado, y si lo que le pone es que se la chupes mientras recitas el juramento de la bandera en sueco, pues, chica, tendrás que apuntarte a una escuela de idiomas.

Yo sonrío por la explicación, pero no me está haciendo ninguna gracia. Si de verdad es una pulsera de sumisa, ¿qué hace Ryan con ella? ¿Y a quién pertenecía? Por Dios, ¿tenía una sumisa? ¿Quién era? Creo que me falta el aire.

Suspiro con fuerza y estallo en risas. Ryan no ha tenido, ni tiene, ninguna sumisa. Es ridículo.

—Tienes que dejar de ver Discovery Channel —me quejo dando por concluida la conversación.

—Puede ser, pero el placer y el dolor son las dos caras de una misma moneda —me advierte con total seguridad.

—Y también tienes que dejar de leer libros de novela romántica.

—Eso jamás —rechaza—. Christian Trevelyan Grey es mi único amor.

Lo dice tan convencida que vuelve a dejarme al borde de la risa y por un momento consigo relajarme. Oigo de nuevo a James de fondo y me despido de ella antes de que se pongan a discutir otra vez.

Contemplo una vez más la pulsera y descarto por completo la idea de que Ryan tenga o haya tenido una sumida y me doy cuenta de que la única persona que puede aclararme a quién pertenece es él. Asiento para reafirmar esta idea y la guardo en uno de los bolsos que acabo de colocar en el armario. Le preguntaré antes de ir a cenar a casa de sus padres. No es un tema que me apetezca tratar rodeada de Rileys.

Salgo del vestidor y termino de ordenar mis cosas. Tomo el delicioso almuerzo que me prepara la señora Aldrin y, como no tengo nada que hacer, aunque me cuesta un mundo convencerla, consigo que me deje ayudarla a fregar los platos. Me cuenta más cosas de Ryan y, cuando vuelve a mencionarme que el *ratatouille* es su plato favorito, le pido que me enseñe a cocinarlo. Es una mujer genial.

A media tarde subo a prepararme para la cena. Me doy una nueva ducha, muy rápida, sin mojarme el pelo, lo justo para quitarme la pesadez de la mudanza de encima y, sobre un bonito conjunto de lencería azul marino, me pongo mi vestido *skater* del mismo color y lo adorno con un cinturón delgado rojo y unos bonitos salones rojos.

Me aliso el pelo y me lo recojo en una cola de caballo. Apenas me maquillo, pero me pinto los labios con mi carmín rojo *pin-up*. Necesito usar todas las armas de las que dispongo para hacer hablar a Ryan.

Estoy retocándome el pintalabios con los dedos cuando oigo la puerta principal. Ryan ha llegado. Suspiro hondo y cierro el maquillaje. El pensar en la pulsera y el estar a unas horas de la cena con los Riley me pone demasiado nerviosa.

«Vamos, Parker. Tú puedes».

Sé que suena ridículo, pero todavía no me acostumbro a ser la señora Riley.

Me sonrío para darme valor y con cuidado abro la puerta del baño.

Recupero mi pequeño bolso rojo de la cama y me aseguro de que la pulsera está dentro. Bajo las escaleras despacio, tratando de encontrar un poco de seguridad a cada paso.

Desde los primeros peldaños puedo ver a Ryan en la barra de la cocina sirviéndose un *bourbon*. Lleva su preciosa corbata azul marino aflojada y los primeros botones de su impoluta camisa blanca desabrochados. Es obvio que no ha tenido un buen día.

Al darse cuenta de mi presencia, alza la cabeza despacio y su mirada se encuentra

con la mía. Está furioso, enfadado, cansado. Una vez me pregunté cuánto pesa la corona. Cuando lo veo así, y son demasiadas veces, me doy cuenta de que pesa muchísimo.

—Hola —lo saludo caminando hasta él.

Ryan no dice nada. Sin desatar nuestras miradas, se lleva el vaso de *bourbon* a los labios y da un trago. Su mirada brilla metálica, azul e intensa. ¿Qué habrá pasado?

—Parece que no has tenido un buen día —comento colocando mis manos sobre la encimera.

La elegante isla de la cocina nos separa.

Ryan deja el vaso sobre el mármol y, sin mediar palabra, camina hasta mí, sumerge su mano en mi pelo y me besa brusco, con fuerza. Yo suspiro contra sus labios. El león se está despertando y está llamando voz en grito todo mi cuerpo.

—Nena —susurra y yo me derrito un poco más.

Mi sentido común está a punto de evaporarse. Maldita sea, esto se le da demasiado bien.

—Ryan —casi jadeo—. Ryan —repito tratando de recordar lo que quiero decir—. Ryan, tenemos que ir a cenar a casa de tus padres.

Me estrecha aún más contra su cuerpo. Me siento envuelta por sus brazos y no puedo evitar gemir.

—No tenemos que ir a ninguna parte —me anuncia.

Suspiro. Me lo está poniendo muy complicado.

—Sí, sí que tenemos.

Sacando fuerzas no sé exactamente de dónde, consigo separarme de él.

—Estás tratando de despistarme con el sexo —murmuro intentando que no sea demasiado obvio hasta qué punto lo está consiguiendo.

Ryan se humedece el labio inferior fugaz y alza la mano, la coloca en mi cadera y tira de mí hasta que nuestros cuerpos chocan de nuevo.

—No —responde con total seguridad—. Ahora te estoy despistando con lo guapo que soy. Si te llevo a la cama, te follaré hasta que salga el sol y entonces te habré despistado con el sexo.

Ahogo una risa nerviosa en un suspiro aún más nervioso. ¿Se puede ser más descarado?

—Ryan —digo, pero no tengo ni la más remota idea de cómo seguir.

Ahora mismo sólo puedo pensar en que quiere follarme hasta que salga el sol.

—¿Qué? —responde apremiante para no dejarme tiempo para pensar.

Está demasiado cerca y huele demasiado bien.

—Tenemos que ir a cenar —trato de convencerlo y ni siquiera sé por qué lo hago.

Quiero que me folle sobre la carísima encimera de mármol italiano.

—Yo no tengo que ir a ningún sitio —sentencia—. Tengo mi cena justo delante.

Me besa con fuerza y con un solo movimiento me sube a la encimera de la cocina. Exactamente donde quería estar. Coloca sus manos en mis rodillas y, ávidas, recorren

mis piernas, mis costados y mi cuello hasta hundirse en mi pelo y estrecharme aún más contra él.

Mi respiración se acelera cada vez más. Su boca experta y torturadora baja besándome y mordiéndome en dirección a mi cuello. Enrolla mi coleta en su mano y tira de ella para obligarme a levantar la cabeza y darle pleno acceso a mi piel. Gimo. Es el dueño de la perversión, el pecado y el placer más exquisitos del mundo.

—He encontrado una pulsera en tu escritorio —musito con los ojos cerrados, a punto de derretirme.

Ryan se detiene en seco. De pronto me siento igual de nerviosa que cuando la encontré.

El hecho de que no haya necesitado más datos para saber a qué pulsera me refiero me preocupa al instante.

—Fue por casualidad. Necesitaba cinta adhesiva y la señora Aldrin me dijo que podría encontrarla en tu mesa. Abrí el cajón y la vi.

Estoy dando tantas explicaciones porque no quiero que piense que estaba registrando sus cosas.

Ryan se separa despacio. Su mirada ha cambiado por completo. Vuelve a estar enfadado, furioso, pero, sobre todo, está en guardia, y eso me inquieta todavía más.

—¿De quién es la pulsera? —pregunto.

Ryan se aleja unos pasos.

—No tiene ninguna importancia —comenta rodeando la isla de la cocina y recuperando su copa.

Yo suspiro y me bajo de la encimera. A pesar de llevar tacones, consigo conservar toda mi elegancia. Lauren estaría muy orgullosa de mí.

—Si no la tiene, cuéntamelo —contraataco.

—Maddie, déjalo estar —me advierte.

Resoplo furiosa y me cruzo de brazos. No me puedo creer que vaya a tomar esa actitud una vez más.

—Cuéntamelo —le exijo.

Mi tono de voz hace que la mirada de Ryan se recrudezca.

—No —replica sin más.

¡Esto es increíble! Independientemente de la importancia que tenga la pulsera o no, me merezco que alguna vez conteste a una mísera pregunta.

Ryan deja el vaso sobre la isla y separa su mano de él, poco a poco. Ese simple gesto hace que toda mi atención se centre en sus dedos, que van desde el cristal hasta sus labios en ese gesto reflexivo que adoro. Exhala todo el aire aún más lentamente y yo continúo observándolo, como si ese puñado de pequeños gestos me tuvieran hipnotizada.

Sin embargo, cuando da un paso hacia mí, todo mi cuerpo reacciona.

—No, Ryan —le indico dando uno hacia atrás.

No pienso permitir que me toque.

—¿No, qué? —pregunta presuntuoso.

Odio que tenga tan claro que puede hacer conmigo lo que quiera. Puede que tenga razón, pero no tiene por qué vanagloriarse.

—No pienso dejar que te acerques si no me lo cuentas —murmuro tratando de sonar todo lo segura que soy capaz.

—¿Me estás chantajeando?

Me parece ver una incipiente y arrogante sonrisa asomando en sus labios y automáticamente recuerdo lo agotador que es discutir con el señor irascible.

—He aprendido del mejor —respondo sin amilanarme.

Su sonrisa se hace definitiva. Es media, dura y sexy. Se está divirtiendo.

—¿De quién es la pulsera? —pregunto de nuevo.

Cualquier rastro de que esto le estuviera haciendo la más mínima gracia desaparece.

—Maddie, joder —se queja pasándose las manos por el pelo.

—Quiero saberlo —protesto exasperada.

Maldita sea. No estoy pidiendo tanto.

—Y yo no quiero contártelo —sentencia y su voz vuelve a estar bañada de ese tono de advertencia.

Estoy cansada de esto, de que él decida qué puedo saber y qué no, de que su primera respuesta cada vez que hago una pregunta que tenga que ver con su trabajo o con su vida sea no, de que me haya puesto un guardaespaldas sin consultármelo, de que trajera mis cosas, de que ni siquiera me dejara hacer mi maldita maleta para la luna de miel. Somos dos y ahora que vamos a ser tres necesito saber que él y yo estamos al mismo nivel.

—Me voy a casa de tus padres —siseo furiosa.

No es mi lugar favorito en el mundo, pero no pienso quedarme aquí.

Considérala una declaración de principios, Riley.

—Tú no vas a moverte de aquí —masculla.

Su rostro, toda su expresión corporal en realidad, me dicen que está a punto de estallar. Claramente me estoy jugando que me cargue sobre su hombro y me lleve a rastras a la habitación otra vez, pero no me importa.

—Te he dicho que me voy a cenar a casa de tus padres —repito.

—Y yo te he dicho que tengo mi cena delante.

—Ni se te ocurra.

Lo miro y tengo claro cuánto le odio ahora mismo. Sin embargo, no puedo evitar que todo mi cuerpo traidor se esté relamiendo, incluso llamándolo, disfrutando de todo ese magnetismo que desprende cuando la pura arrogancia domina sus ojos azules.

—No entiendo por qué no puedes contármelo —me sincero—. Sólo estás consiguiendo que me sienta increíblemente mal.

—Te estás sintiendo así porque tú quieres. Ya te he explicado que no tiene ninguna importancia. Ni siquiera recordaba que estaba ahí.

A pesar de lo furiosa que estoy, soy capaz de comprender que eso tiene sentido. Estaba al fondo de un cajón, arrinconada. Si fuera algo importante para él, la habría cuidado mejor.

—Es de Marisa, ¿verdad?

Necesito saberlo. Ya no puedo conformarme con verdades a medias.

Ryan no dice nada y yo lo interpreto como el cristalino sí que es.

—¿Se la compraste cuando estabais juntos y cuando rompisteis la tiraste en un

cajón y no volviste a pensar en ella nunca más? ¿Así fue cómo pasó? —pregunto con rabia.

—Si lo tienes tan claro —dice con la voz amenazadoramente suave—, no entiendo por qué tenemos que seguir hablando de esto.

Está a punto de estallar pero yo también, maldita sea. ¡Estoy cansada de darme siempre con la misma pared!

—Porque necesito que confíes en mí —replico absolutamente exasperada, casi desesperada.

¿Por qué no puede entenderlo?

—Confío en ti —sentencia, pero no usa un tono para nada amable. Está frustrado, furioso.

Yo cabeceo y me muerdo el labio inferior con fuerza a la vez que clavo mi mirada en el suelo. No estoy pidiendo nada que no sea razonable. El problema aquí es que estoy hablando con un hombre que no lo es en absoluto.

Recupero mi bolso de la encimera y comienzo a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —Gruñe.

—A casa de tus padres —sentencio con la voz llena de rabia.

Camino hasta la puerta del salón y me asomo en busca de Finn. Obviamente no está y no sé cómo Ryan lo localiza porque, siempre que lo ha necesitado, simplemente lo he visto a mi espalda, como si se comunicaran telepáticamente.

—Finn —lo llamo—. Finn —repito con un poco más de intensidad.

—No vas a ir —me advierte Ryan.

Me giro en total pie de guerra. Él no es nadie para decirme dónde puedo ir o no.

—Puedo ir adonde quiera —replico insolente.

—De eso nada —sisea.

Oigo un carraspeo a mi espalda y mentalmente sonrío victoriosa. Finn está aquí. Pero, antes de que pueda indicarle que deseo que me lleve a Glen Cove, Ryan da un paso hacia mí y de inmediato capta la atención de su hombre para todo.

—No te necesitamos, Finn. Puedes retirarte.

¿Pero quién se ha creído que es?

—No, espera —lo llamo.

Finn se detiene confuso.

—Tienes razón, nena —me interrumpe de nuevo Ryan con una media sonrisa. En una discusión, esa sonrisa nunca esconde nada bueno—. Puedes tomarte el resto de la noche libre, Finn.

El chófer asiente y se retira. Yo me giro con la mirada entornada y fulmino a Ryan con ella.

—Eres un gilipollas —mascullo.

Él tuerce el gesto fingidamente ofendido. Parece que se lo he llamado tantas veces que ya no tiene ningún efecto en él.

—Te odio, Ryan —siseo.

Sin esperar respuesta por su parte, camino, casi corro, hasta el dormitorio. Soy plenamente consciente de que eso también se lo he dicho muchas veces, pero ahora mismo tengo tanta rabia dentro que no puedo pensar en otra cosa.

Ya en la habitación, comienzo a dar vueltas como uno de esos ratoncitos encerrados en un laberinto. Sencillamente no puedo creerme cómo se ha comportado, aunque, por otra parte, tampoco sé de qué me sorprende. Ha hecho exactamente lo mismo de siempre. No me ha contado nada y encima se ha salido con la suya no yendo ni permitiéndome ir a casa de sus padres. Estoy segura de que vino de tal mal humor porque discutió con Carson en la oficina.

Estoy a punto de rendirme pero entonces, por pura casualidad, recuerdo el ofrecimiento de James. Rápidamente saco mi móvil del bolso y con una sonrisilla marco su número. Por suerte aún no se ha marchado a Glen Cove y queda en recogerme en diez minutos.

Me retoco el pelo y el maquillaje, me aliso la falda y vuelvo al salón. No hay rastro de Ryan. Imagino que estará en su estudio. Eso me facilita mucho las cosas. Prefiero estar a kilómetros de distancia de Chelsea cuando se dé cuenta de que me he ido. Si fuera posible, incluso en otro continente.

Voy hasta la puerta principal y salgo de casa prácticamente de puntillas. Un par de minutos después, el viejo Camaro de James se detiene con suavidad junto a la acera.

—Pareces una niña buena, Riley —comenta socarrón cuando entro en el coche.

Le hago un mohín y cambio la canción que suena en la radio, lo que hace que inmediatamente me mire mal.

—Esta noche soy Parker —replico malhumorada.

Comienza a sonar *Dangerous*, de David Guetta y Sam Martin. Sonrío fugaz. ¡Qué canción más apropiada!

—No pienso preguntar —me anuncia otra vez burlón mientras se incorpora al tráfico.

Hemos avanzado un par de metros por la Tercera Avenida cuando nos detenemos en un semáforo. Yo continúo canturreando y pierdo mi vista en la ventanilla absolutamente a propósito. No quiero hablar de por qué estoy tan enfadada y ahora mismo no se me ocurre ningún otro tema de conversación.

—¿Vas a contarme ya por qué vas sola a casa de los Riley? —pregunta James con la vista en el espejo retrovisor—. Porque, la estupidez que me has contado por teléfono de que Ryan tenía trabajo, no se la cree nadie.

Espero que me mire para resoplar.

—No quiero hablar de eso.

—Qué madura —replica.

—Eres un capullo —me quejo más divertida que enfadada—. Además, si quieres que hablemos, ¿por qué no lo hacemos de lo que quiera que esté pasando entre Lauren y tú?

James vuelve a mirar a la calzada ignorándome por completo. Frunzo los labios.

Parece que las tornas acaban de cambiarse, Hannigan.

—El disco se ha puesto en verde —me informa.

Es la técnica de distracción más mala que he visto en mi vida, aunque, claro, yo estoy casada con un experto.

—Eres un cobarde —me burlo.

—Mira quién habla.

—Yo estoy casada con un loco controlador muy poco razonable —protesto—. Mi vida es complicada.

—¿Te crees que la mía no? ¿Conoces a Lauren?

Lo miro boquiabierta. Ese «¿conoces a Lauren?» implica muchas cosas. Sin embargo, antes de que pueda preguntar nada, los dos rompemos a reír.

—¿Estáis juntos? —pregunto cuando nuestras carcajadas se calman.

—No —responde sin dudar girando por la 36 Este.

—¿Os habéis acostado? —inquiero cantarina a punto de dedicarle una canción de patio de colegio sobre que se besan y se dan la mano en el banco del recreo.

—No como tú crees.

¡¿Qué?!

Me está sorprendiendo de verdad en este viaje. Tengo los ojos como platos. James se gira y me mira de igual forma, burlándose claramente de mí.

—¿A qué te refieres? —pregunto más curiosa que en toda mi vida.

Ya me estoy imaginando todo tipo de cosas y todas de lo más truculentas.

James no contesta y yo me paso el resto del viaje hasta Glen Cove tratando de convencerlo para que me lo explique; aun así, no suelta prenda. Olvidaba lo discreto que es sobre sus conquistas.

—No puedo creerme que no vayas a contármelo —me quejo.

Mentalmente me apunto llamar a Lauren en cuanto tenga la más mínima oportunidad y, por supuesto, hacerla sufrir físicamente como ella hizo conmigo cuando no le conté que Ryan y yo habíamos vuelto.

—¿Y tú vas a contarme por qué te has peleado con el gran Gatsby?

Sonrío porque le haya llamado precisamente así, pero no me llega a los ojos.

—Tiene una primera edición —comento.

—No me extraña —replica.

A veces tengo la sensación de que hay cosas de Ryan que son increíblemente obvias para todo el mundo menos para mí.

Atravesamos la majestuosa cancela de hierro forjado y tomamos el camino de piedra hasta la mansión de los Riley.

—Encontré una pulsera en su escritorio —me sincero mirando cómo mis dedos juguetean nerviosos con la correa de mi bolso—. Era de Marisa. Se la regaló cuando estaban juntos y ella se la devolvió cuando rompieron. ¿Debería preocuparme?

James frunce el ceño a la vez que detiene su Camaro frente a las puertas color crema del garaje.

—¿La guardaba como un tesoro?

—No. —Niego con la cabeza como si negará también la posibilidad—. La tenía tirada en el fondo de un cajón, incluso estaba enganchada con algo.

—Entonces no le des importancia, Parker, es obvio que él no se la está dando.

—Supongo que tienes razón —musito.

—Es que soy un chico muy listo —replica con la clara intención de hacerme sonreír y yo no puedo evitar hacerlo.

Me bajo del coche y observo cómo James se aleja por el camino de gravilla. Sola, a punto de enfrentarme a una cena con los Riley, me pregunto si no estaré exagerando un poco con todo esto y venir aquí ha sido una verdadera estupidez. Cabeceo con fuerza y cuadro los hombros. «Lo estás haciendo para defender una idea, Parker. Tienes que echarle valor. No va a ser tan complicado».

Estoy a punto de girar sobre mis pasos para dirigirme a la entrada principal cuando un ruido que llega desde la enorme cancela me distrae. Prácticamente un segundo después el BMW de Ryan aparece atravesando el camino de gravilla a toda velocidad.

Se detiene frente a mí y baja del coche como un resorte. Nunca le había visto tan enfadado, ni siquiera la noche que se presentó en la pequeña cafetería después de mi viaje en metro.

Trago saliva y me preparo mentalmente como si fuera a combatir en la guerra de los cien años.

«Con Ryan es básicamente lo mismo».

—¿Qué coño haces aquí, Maddie? —Ruge.

Cierra de un portazo y camina hasta colocarse frente a mí. Los primeros botones desabrochados de su camisa me distraen. Aún lleva la chaqueta pero no la corbata. Apuesto a que salió disparado en cuanto descubrió que me había marchado y ni siquiera recordó cogerla.

—Te dije que iba a venir a cenar a casa de tus padres.

—¿Cómo has llegado? —inquire impasible.

—No es asunto tuyo —replico impertinente en parte para mantenerme sublevada y en parte porque tengo la sensación de que la respuesta no va a hacerle ninguna gracia.

—Maddie, contéstame.

No grita. Tampoco lo necesita. Su mirada ahora mismo parece fabricada de hielo azul y rabia apenas contenida.

—Me ha traído James. Ha venido a Glen Cove a ver a sus padres.

Ryan ahoga una sonrisa nerviosa en un bufido. Está al límite. Pierde su vista en el camino y se pasa las manos por el pelo. Descubro sus ojos azules llenos de una arrogancia cristalina cuando vuelven a posarse en los míos al tiempo que se recoloca los puños de la camisa. Con ese gesto tan masculino ha vuelto Ryan Riley, director ejecutivo, y un frío glacial me recorre la columna.

—Espero que lo pases verdaderamente bien en la cena —sentencia.

Sin esperar respuesta por mi parte, comienza a andar tomando el camino que bordea la casa. Yo le sigo a una distancia prudencial. De pronto estar aquí ya no me parece tan buena idea.

Cruzamos la inmensa puerta principal y una de las chicas del servicio se acerca a nosotros para recibirnos. Frunzo el ceño automáticamente. Nunca me había visto sorprendida por tanto protocolo en esta casa; de hecho, eso es una de las cosas que me gusta de los Riley, la normalidad que se respira aquí.

La chica coge mi abrigo con una sonrisa y nos guía a través del vestíbulo hasta un inmenso salón. Ryan permanece impassible, pero yo soy plenamente consciente de lo furioso que está.

La estancia está llena de personas que no reconozco. Pensé que había venido a una cena familiar y ahora me doy cuenta de que más bien es una especie de recepción. Miro mi vestido a la vez que me muerdo el labio inferior. Ni siquiera creo que vaya adecuadamente vestida para un acto así. Sospecho que podría encontrarme con un senador o el gobernador del estado en cualquier momento.

Ryan camina decidido hasta la barra instalada al fondo del lujoso salón y pide una copa. Con su primer trago de *bourbon*, nuestras miradas se encuentran por encima del cristal de su vaso, pero el contacto apenas dura un segundo. Está malhumorado y arisco y eso me indigna todavía más. Soy yo la que tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada.

Tenía muy claro por qué había decidido venir, pero ahora mismo sólo quiero irme a casa.

Se oyen pasos que provienen de un pasillo al fondo de la sala y unos segundos después unas risas francas y sinceras se abren paso a través del ambiente y la suave música italiana que suena de fondo.

Carson sale acompañado de un hombre mayor con el pelo frondoso y gris al que he visto alguna vez en las oficinas. Creo que es uno de los directores de departamento del Riley Group. Estoy tratando de recordar de cuál cuando veo unos altísimos Louboutin caminar tras ellos. Lleva un precioso vestido negro y su interminable melena rubia recogida en un moño alto decorado con un único alfiler de platino y diamantes.

Marisa Borow está aquí.

Instintivamente llevo mis ojos de nuevo hacia Ryan y nuestras miradas se encuentran de inmediato. Sabe perfectamente que la he visto. Malhumorado, alza con discreción su copa y con ese simple gesto me está diciendo que él tenía razón en no querer que viniésemos y que yo soy una cría; pero, aunque intentase protegerme, debió explicarme sus motivos.

Decido que no quiero pasarme toda la cena aguantando las miraditas que ella le echa ni lo furioso que él está conmigo cuando creo que ni siquiera me lo merezco. Quizá fui muy egoísta pidiéndole a James que me trajera, pero James no es Marisa. Él

jamás se ha interpuesto en nuestra relación mintiéndome ni sigue merodeándome con una clara y única intención.

De forma involuntaria me convierto en espectadora de cómo ella lo observa totalmente ensimismada, acelerando la despedida con el hombre de pelo plateado sólo para poder correr al lado de Ryan.

Ya he tenido suficiente.

Giro sobre mis talones y salgo a la terraza. Con un poco de suerte tendrá acceso al jardín y podré llegar a la enorme cancela. Desde allí llamaré a un taxi. Me niego a pasar un solo minuto más aquí.

Estoy buscando el móvil a la vez que trato de averiguar cómo llegar al jardín cuando oigo un par de pasos detenerse a mi espalda.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunta.

Su voz suena endurecida, llena de la calma que precede a la tormenta.

Yo ni siquiera me doy la vuelta. No quiero hablar con él. Sólo me ha hecho entrar en la mansión para que me sintiera como él se ha sentido al saber que me ha traído James y eso no es justo. Yo ya he tenido que enfrentarme demasiadas veces a la idea de que él pase tiempo con esa arpía.

—¿Algo como qué? —planteo impertinente.

—Qué tal «lo siento» —replica presuntuoso.

Me giro hecha una verdadera furia. ¿Cómo puede atreverse a decir algo así?

—¿Y por qué tendría que disculparme? —contesto con la voz entrecortada por la rabia.

Es un gilipollas.

—Yo quería evitarte esto, pero tú te has comportado como una maldita cría, otra vez, y has hecho que el imbécil de Hannigan te trajera hasta aquí. —Su mandíbula se tensa con sus últimas palabras, como si el simple hecho de imaginarme en un coche con James le enfureciese.

—¿Por qué no pudiste explicármelo, Ryan?

—Porque a veces, sencillamente, tienes que confiar en mí —ruge.

Sonrío nerviosa y fugaz a la vez que cabeceo. Que él hable de confianza es el maldito colmo de todos los colmos.

—Quiero irme a casa —gruño malhumorada.

—Pues, ¿sabes?, creo que yo quiero quedarme un poco más —replica odioso—. Si me lo pides por favor, quizá me lo piense.

Resoplo. Está siendo un capullo insoportable y yo una estúpida por no darme cuenta de que nunca va a cambiar. No quiere cambiar.

—Por mí, perfecto. Vuelve dentro y deja que esa zorra te coma con los ojos —casi grito.

Creo que no había estado tan furiosa en toda mi vida. Al fin diviso la escalera y camino hacia ella todo lo de prisa que mis tacones me permiten. Estoy a punto de pisar el primer escalón cuando Ryan me toma por el brazo y me obliga a girarme sin

ninguna delicadeza.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —farfulla furioso pero también sorprendido.

Le sorprende lo malhumorada y arisca que estoy siendo. Está acostumbrado a que dé mucho antes mi brazo a torcer.

«¿Y la culpa de quién es?».

—Tienes que dejar de tratarme como si fuera tu muñequita. —Estallo—. Yo también cuento y puedo tomar mis propias decisiones, y necesito saber que tú puedes ceder y que no todo será un ordeno y mando.

Ryan me mira con el ceño fruncido. No le culpo. Todo este discurso no tiene ningún sentido si no le cuento lo del bebé.

—Contigo nunca es un ordeno y mando —masculla arisco y exasperado—. Tú nunca obedeces, joder.

Ahora sí que he tenido suficiente.

—Eres un capullo —siseo.

—Puede ser, pero eso no contesta mi pregunta —replica con su metálica mirada clavada en la mía—. ¿Qué te pasa? —repite despacio, amenazadoramente suave.

—No me pasa nada.

—Maddie, contéstame.

Me siento intimidada, furiosa, sobrepasada. Todo lo que Ryan me hace sentir más todo lo que me hace sentir cuando discutimos multiplicado por mil.

—¡Contéstame!

—¡Estoy embarazada!

Su mirada cambia por completo una decena de veces en un solo segundo. Hay tantas emociones en sus ojos azules que es imposible distinguir una sola. Yo me arrepiento de haberlo dicho justo ahora y de haberlo dicho justo así.

Su reacción me da demasiado miedo, así que sin esperarla llego al fin a las escaleras y las bajo todo lo de prisa que soy capaz. Comienza a sonar *Emozioni*, de Lucio Battisti. Gracias a Miles Hannigan podría reconocerla en cualquier parte.

Atravieso el cuidado césped. Ryan sigue en la terraza de pie, inmóvil. Sé que estoy siendo muy injusta. Sé que no puedo soltarle algo así de esta manera y pretender que tenga la reacción perfecta. Pero estoy demasiado asustada de que no sea lo que quiere, de que me culpe a mí, de que nos distancie.

Los ojos se me llenan de lágrimas que no me permito llorar. La música suena con más fuerza. Noto una mano tomar mi muñeca. Mi respiración se acelera de inmediato. Me gira. Sus manos toman mi cara y su preciosa sonrisa es lo último que veo antes de cerrar los ojos y disfrutar de su beso.

—Maddie —susurra y apoya suavemente su frente en la mía.

Nuestras respiraciones están perfectamente aceleradas. Sonrío como una idiota y él imita mi gesto.

—Lo siento —musito—. Siento habértelo dicho así.

—No te disculpes, no me gusta, y mucho menos si lo haces por haberme dicho que estás embarazada.

Al escuchar esa palabra, los dos volvemos a sonreír.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo, nena.

Me estrecha contra sus brazos y me levanta, obligándome a rodear su cintura con mis piernas.

—Vámonos a casa —susurra sin perder esa maravillosa sonrisa. Es preciosa y sincera. Es la mejor sonrisa del mundo.

Yo asiento encantada. No se me ocurre nada mejor.

Ryan me deja con cuidado en el suelo y me guía por el inmenso jardín hasta que regresamos al garaje. No nos hemos despedido de nadie en la mansión, pero no seré yo quien le pida que volvamos.

Nos alejamos de Glen Cove y Nueva York comienza a dibujarse en el horizonte mientras suena música de Bob Dylan.

Llegamos a Chelsea en poco más de una hora. Ryan me toma de la mano y me lleva por el entramado de pasillos hasta el sofisticado salón. Apenas he dado unos pasos por el impoluto parqué cuando Ryan vuelve a tirar de mi mano y me estrecha otra vez contra su cuerpo. Me besa con fuerza y yo me derrito literalmente.

—¿Y qué hay del sexo? —pregunta sin dejar de besarme.

—¿Qué quieres decir? —inquiero a mi vez divertida.

Ryan no me contesta. Su boca desciende por mi mandíbula y me araña

suavemente. Yo gimo bajito y él sonrío satisfecho contra mi piel. Continúa bajando. Su cálido aliento se impregna en mi cuello y me enciende aún más. Ladeo la cabeza y me agradece las facilidades con un mordisco que en seguida consuela con su hábil lengua. Estoy en el paraíso.

—Por ejemplo, ahora no sé si puedo hacerte lo que quiero hacerte —susurra dejando que sus labios acaricien el lóbulo de mi oreja.

Se yergue hasta que sus espectaculares ojos azules se posan en los míos. Son los ojos más increíbles que he visto en mi vida.

—¿Y qué es lo que quieres hacerme? —musito absolutamente hechizada por su mirada.

—Quiero follarte hasta que te cueste trabajo respirar, Maddie.

Su voz es salvaje, masculina, sensual y me atrapa sin remedio, sin dejarme ninguna escapatoria.

Quiero decir algo pero mi voz sencillamente se ha evaporado.

Alza su mano y la ancla en mi cadera. Observa cómo sus dedos se aferran posesivos a mi piel por encima del vestido. Suspiro tratando de controlar mi propio cuerpo y él sonrío duro, *sexy*, absolutamente encantado de cómo me está dominando entera necesitando sólo que sus dedos rocen ese punto estratégico de mi cuerpo.

Voluntaria o involuntariamente, me muerdo el labio inferior. Ryan se inclina sobre mí, dejando que sienta todo el calor que emana de él. Estrecha aún más nuestros cuerpos sin apartar su mirada de la mía, sin separar sus dedos de mi cadera, demostrándome una vez más quién tiene el control aquí. Centra su atención en mis labios y yo me relamo hambrienta. Quiero que me bese, lo deseo más que nada. Pero en el último segundo vuelve a sonreírme, desliza su mano por mi cuerpo hasta alcanzar la mía y tira de mí obligándome a caminar.

Nos deja caer sobre la cama sin dejar de besarnos y lentamente sumerge su mano bajo mi vestido. Me acaricia. Me hace sentir la piel encendida donde él la toca.

Gimo contra sus labios y Ryan me besa con fuerza, dominando mi boca, mi lengua.

Le desabrocho la camisa ansiosa. Ryan se pone de rodillas y despacio se deshace de ella. Sabe perfectamente lo que está haciendo, lo que está provocando en mí, y no parece tener ningún remordimiento. Balanceo las caderas anhelante y me agarro el bajo del vestido con las dos manos. Soy presa de un deseo infinito que él se ha encargado de hacer más loco y temerario hasta conseguir que no pueda pensar en nada más.

Coloca sus manos sobre las mías y lentamente me obliga a subirlas, arrastrando mi vestido con ellas.

Cuando mis bragas quedan al descubierto, Ryan se detiene y, aún más despacio, recorre con su índice el borde de la prenda.

—Ryan —gimo.

No puedo más.

—Me gusta torturarte —comenta sensual, arrogante—. Saber que te mueres por lo que sólo yo puedo darte.

Sus dedos acarician mi pelvis por encima de la tela.

Comienzo a jadear suavemente.

—Sólo yo, Maddie.

Ryan desliza su mano y me acaricia hábil justo en el centro de mi sexo. Yo gimo con fuerza y todo mi cuerpo se arquea.

Vuelve a subir su mano y, como un acto reflejo, mi respiración vuelve a acelerarse.

—¿Qué quieres?

—A ti —respondo sin dudar.

Sonríe. Es la respuesta que quería oír. Se inclina sobre mí y besa mis pechos por encima del vestido. Los impregna de su cálido aliento y el calor traspasa la tela y hace que mis pezones ardan.

Gimo de nuevo tratando de controlarme.

Juega con los dos. Humedece la tela con su boca y mi pezón se endurece y yergue aún más. Lo toma entre sus dientes y tira.

Gimo más fuerte. Estoy cerca de correrme y apenas me ha tocado.

Ryan repite sus movimientos. Siento calor. Mucho calor.

Sin pedirme permiso, mi libido toma el control y mis caderas se alzan buscando las suyas. Su poderosa erección choca contra la tela húmeda de mis bragas y una ola de placer atraviesa mi cuerpo.

Sí, joder, sí.

Quiero más. Vuelvo a subirlas buscando más fricción. Alargo el movimiento. Ryan me muerde de nuevo.

Todo me da vueltas.

Voy a hacerlo por tercera vez, pero Ryan se adelanta y me embiste, dejándome clavada en el colchón.

—Dios —gimo, casi grito.

—¿Ansiosa? —pregunta presuntuoso.

Sus ojos azules me dominan desde arriba mientras sus caderas comienzan a moverse en delirantes círculos sin separarse un solo centímetro de mí.

Echo la cabeza hacia atrás sin poder dejar de gemir absolutamente desbordada. Todo mi cuerpo se tensa. Estoy a punto de correrme.

Ryan se deshace de mis bragas de un acertado tirón, libera su poderosa erección y con un solo movimiento, brusco y perfecto, vuelve a embestirme, esta vez entrando en mi interior, conquistándolo.

Grito.

—Ryan —gimo llena de un placer indomable.

¡Es increíble!

Mi cuerpo sobreestimulado pasa al siguiente nivel y se acopla al suyo, como si lo

necesitara para respirar.

Me besa con fuerza, salvaje. Rodeo sus caderas con mis piernas, dejándolo llegar todo lo lejos que quiera.

Me embiste profundo, indomable, rindiéndolo todo a su paso.

Grito aún más fuerte.

Mi cuerpo se arquea contra el suyo.

Me aferro a sus hombros y vuelvo a dejar caer la cabeza a la vez que cierro los ojos absolutamente consumida de placer.

Grito. Gimo.

No controlo mi respiración ni mi cuerpo. Todo está lleno de placer y le pertenece a él.

Se inclina de nuevo sobre mí. Me da un mordisco en el cuello. Vuelvo a gritar y, cuando el dolor está a punto de pesar más que el intenso placer, Ryan se separa y lame mi piel con veneración.

—Aún quiero más de ti —susurra impasible e increíblemente sensual, como el dios del sexo que es.

Me gira entre sus manos y sus labios recorren toda mi columna hasta llegar a mi nuca.

—Hasta que no puedas respirar, nena —me recuerda sexy y arrogante. Una combinación demasiado irresistible.

Se yergue a mi espalda y me penetra con fuerza.

El placer crece. Mi cuerpo se hace aún más adicto al suyo, al placer que me provoca.

Grito.

Mis rodillas se rinden y me desplomo sobre la cama. Ryan se acomoda sobre mí y continúa bombeando en mi interior mientras yo me consumo lentamente en el placer más intenso que he conocido en mi vida.

Me besa la nuca, el cuello.

Estoy muy cerca.

¡Dios, es maravilloso!

Sonríe contra mi piel, desliza su mano entre el colchón y mi cuerpo y me acaricia el clítoris sólo una vez, fugaz, consiguiendo que todo mi cuerpo se revolucione a punto de estallar.

—¡Ryan! —grito.

Vuelve a sonreír. Me embiste más fuerte. Alarga su caricia.

Mi cuerpo se agita bajo el suyo. El placer lo domina todo. Crece. Me arrolla. Lleva otra vez su mano hasta el vértice de mis muslos y me acaricia rápido, deslizando sus dedos por todo mi sexo.

Tira de mi clítoris.

Me embiste.

No puedo más.

—¡Ryan!

Y con su nombre en mis labios alcanzo el clímax sintiendo su polla palpitante embestirme, sus caderas chocar con fuerza contra mi trasero y sus dedos mágicos deslizarse, volverme loca llenándome de un placer salvaje mientras él también se corre y nuestros orgasmos se entremezclan hasta formar uno solo.

Uau.

Tengo mucha sed. Mmm... tengo mucha sed pero no quiero abrir los ojos. Intento volver a quedarme dormida pero todo en lo que puedo pensar es en un vaso de agua fría, una botella de San Pellegrino sin gas con centenares de gotitas de condensación decorando el cristal. Sonrío de pura felicidad. Agua. Agua. Agua...

Resoplo malhumorada y finalmente abro los ojos. Todavía es de noche.

Ahora me gustaría tener ocho años de nuevo y la botellita de agua de *La Cenicienta* que mi padre siempre dejaba en mi mesita. Me encantaba esa botellita; en un lado salía la Cenicienta y en el otro, el Príncipe. Los dos vestidos como en el baile. Me parecían muy enamorados.

«Estuviste condenada desde el principio».

Me deslizo bajo el brazo de Ryan, que descansa posesivo en mi cadera, y salgo de la cama. Cuando nuestros cuerpos se separan definitivamente, se vuelve y suspira. No sé por qué, me encanta verlo dormir. Creo que es porque tengo muy pocas oportunidades de hacerlo o quizá porque sé cuánto necesita descansar.

Suspiro bajito, feliz de que ningún problema me ronde la mente. Rescato la camisa de Ryan del suelo, me la pongo y voy hasta la cocina. Por un momento me siento como en nuestra luna de miel en París.

En la nevera obtengo mi recompensa y vuelvo de prisa al dormitorio.

Al volver a meterme en la cama, Ryan suspira una vez más y tira de mí hasta acomodarme contra su cuerpo.

—¿Dónde estabas? —pregunta adormilado.

—Tenía sed —respondo hundiendo la cara en su cuello y aspirando su delicioso aroma.

Ryan coloca sus manos en mis caderas y las desliza bajo su camisa hasta llegar a la parte baja de mi espalda.

Yo cierro los ojos y sonrío dejándome envolver por su caricia, pero, aunque lo intento, ya no consigo volver a quedarme dormida.

Abro los ojos. La noche cerrada va abriéndose despacio a mi alrededor, transformándose en una suave luz grisácea. Todo está tranquilo, en calma. Me pregunto cómo será cuando llegue el bebé. Algo me dice que debería apreciar estos momentos de absoluta quietud. Sonrío como una idiota y ruedo a mi lado de la cama. Ryan reacciona inmediatamente y se gira hasta quedar de lado para acurrucarme de nuevo contra él.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta con la voz ronca por el sueño.

Su mano vuelve a deslizarse por mi cuerpo hasta entrelazarse con la mía, que

descansa en el colchón.

Abre los ojos y sinceramente creo que voy a desmayarme. Bajo esta luz, lucen oscurecidos pero al mismo tiempo increíblemente brillantes, como si fueran dos faros guiando a esta idiota enamorada al único lugar donde quiere ir.

—¿No piensas volver a dormirte?

Niego con la cabeza.

—Prefiero imaginar cómo será nuestro bebé —respondo.

Sonríe.

—¿Crees que tendrá tu carácter... —Hago una pausa absolutamente a propósito —... complicado?

Ryan pone los ojos en blanco fingidamente exasperado y, antes de que pueda huir, me da un pellizco en la cadera del que me quejo sin poder parar de reír.

—Eres insufrible.

—Espero que nuestra hija también lo sea. Quiero verte pasarlo realmente mal —lo amenazo divertida.

Ryan asiente discreto con la mirada clavada en el techo mientras se humedece fugaz el labio inferior y, tras apenas un segundo, tomándome por sorpresa de nuevo, se abalanza sobre mí. Me pellizca otra vez la cadera y comienza a hacerme cosquillas. Yo gimoteo entre risas pidiéndole que me suelte, pero no tiene piedad.

—Será un niño —comenta del todo convencido mientras observa cómo mis carcajadas se calman.

Sonríe con suavidad y alzo la mano para apartar el flequillo que le cae desordenado y *sexy* sobre la frente.

—¿Y por qué no una niña? —pregunto muy resuelta.

—Porque no quiero tener que pasarme media vida pegándole palizas a críos de quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno...

Mi sonrisa se transforma en risa. Lo tiene clarísimo.

—¿Cuándo piensas dejarle tener su primer novio? —lo interrumpo.

Ryan frunce los labios sopesando mis palabras y finalmente la arrogancia inunda sus ojos azules.

—Nunca —responde sin más—. No pienso dejar que ningún desgraciado tenga la suerte de ponerle las manos encima a mi pequeña.

Yo lo miro boquiabierta y completamente escandalizada.

—¿Sabes? Mi padre estaría muy de acuerdo con esa afirmación —comento insolente.

Sonríe presuntuoso.

—Y tendría razón —replica justo antes de dejarse caer sobre mí y besarme como sólo él sabe hacerlo.

No volvemos a dormirnos. Nos pasamos las horas riendo, charlando y enredándonos el uno en el otro. A las siete, Ryan no me da opción y nos lleva a la ducha. No me resisto mucho y, como no podía ser de otra manera, lo paso realmente

bien.

Ryan recibe una llamada y sale del baño con la toalla a la cintura y el pelo aún húmedo. Mis ojos lo siguen hambrientos. Creo que ninguna mujer sobre la faz de la tierra podría no hacerlo.

Tras repetirme más o menos una docena de veces que no puedo convertirme en una adicta al sexo, me quedo en el baño embadurnándome de crema hidratante mientras canto a pleno pulmón el *This is how we do*, de Katy Perry.

Cuando regreso a la habitación, Ryan ya no está. Una lástima. Fingidamente resignada, camino hasta el vestidor y, tarareando todavía la canción, busco qué ponerme. Me decanto por un vestido rojo con pequeños estampados blancos. Lo combino con mis botas preferidas y me recojo el pelo en una cómoda cola de caballo.

Antes de bajar, me maquillo un poco, algo muy suave, y salgo de la habitación en dirección a las escaleras. Estoy tan concentrada alisando la falda de mi vestido que no me doy cuenta de que Ryan está a unos metros de mí hasta que en mi campo de visión aparecen unos impecables zapatos negros. Creí que ya se había marchado a trabajar.

Alzo la cabeza con la sonrisa preparada, pero sin remedio se ensancha cuando veo lo increíble que está con un traje de corte italiano negro, una impoluta camisa blanca y su corbata negra con rayas grises, casi plateadas.

—Buenos días, señora Riley —me saluda socarrón.

—Buenos días, señor Riley —le respondo aún con la sonrisa en los labios—. Pensé que ya estarías en la oficina.

—Hoy me he cogido la mañana libre.

Lo miro con los ojos como platos. El señor irascible no va a ir al trabajo un lunes. Ryan interpreta en seguida mi sorpresa y me dedica una media sonrisa de lo más *sexy*.

—Y tú también —me anuncia.

Frunzo los labios. No puedo faltar. Ya me estoy tomando con demasiado *relax* mi vuelta al trabajo.

—Tengo que ir a trabajar —replico.

—Tengo otros planes para ti.

Entreabro los labios confusa. ¿A qué se refiere? Sin embargo, antes de que pueda llegar a alguna conclusión, mi imaginación comienza a volar libre pensando que quiere tenerme toda la mañana en su cama. La verdad es que es un gran plan.

—¿Quieres que nos quedemos aquí? —pregunto tratando de no sonar demasiado esperanzada.

La sonrisa de Ryan se hace más peligrosa. De un paso cubre la distancia que nos separa, coloca su mano en mi cadera y me lleva contra la pared, aprisionándome entre ella y su cuerpo.

—Estaría metido contigo en esa cama hasta que se acabara el mundo —susurra contra mis labios—, pero tenemos cosas que hacer.

Me besa con fuerza una sola vez y clava sus ojos azules en los míos esperando a

que le dé alguna señal de que le he entendido. Yo reúno las pocas neuronas que no están suspirando por él y asiento algo conmocionada. No es culpa mía. Está demasiado cerca y con ese único beso ha encendido mi adicto cuerpo.

Ryan se separa despacio, me toma de la mano y me lleva hasta el salón. Le es muy sencillo. Después de ese beso podría acompañarlo por un camino de brasas ardientes mezcladas con cristales rotos si quisiese.

El delicioso desayuno sobre la isla de la cocina llama mi atención. De pronto me descubro hambrienta y, si la vista no me falla, son tortitas con bacón.

Me siento en un taburete y Ryan lo hace a mi lado. Él no parece prestarle mucha atención a la comida y se concentra en leer el *Times*.

—¿Y qué es eso que tenemos que hacer? —pregunto partiendo un trozo de bacón y pinchándolo junto con un trozo de tortita.

Mmm. Está exactamente como prometía. El bacón, crujiente, y la tortita, esponjosa.

—Ir al médico. He concertado una cita con la mejor obstetra de toda la ciudad.

—¿Y vas a acompañarme? —pregunto con una indisimulable sonrisa.

Di por hecho que Ryan no iba a tener tiempo de acudir conmigo a las citas con el médico. Incluso estaba decidiendo quién me acompañaría a las clases de preparación para estar presente durante el parto. Álex es responsable y podría solucionar cualquier contratiempo, pero Lauren no tiene ningún sentido del ridículo ni de la propiedad privada y, en caso de que hubiera que robar drogas para calmarme el dolor, ella sería la indicada. Después está James. Él podría ligarse a la enfermera, si fuese necesario, y eso le da muchos puntos.

—Claro que voy a acompañarte —responde como si fuera obvio, sacándome de mis reflexiones.

Sonríó y me terminé mi desayuno más contenta que una niña la mañana de Navidad.

Finn nos lleva hasta el Hospital Universitario Presbiteriano. Es interesante cómo este centro ha ido convirtiéndose poco a poco en el más importante y respetable de la ciudad por encima de otros tan conocidos como el Monte Sinaí. Es un hospital moderno, funcional y con grandes profesionales. El centro de referencia para las nuevas generaciones de empresarios de Nueva York.

Ryan me guía a través del enorme vestíbulo y me pide que espere mientras él se acerca al mostrador de recepción. La enfermera al otro lado le contesta su primera pregunta con total normalidad hasta que alza la vista, lo ve y cae fulminada. Una más en la larga lista de chicas que han entregado su ropa interior como ofrenda a Ryan Riley. Lo más curioso es que parece haber pulsado alguna especie de alarma silenciosa y, en cuestión de segundos, otra enfermera se sienta junto a ella dispuesta a suspirar por cada palabra que Ryan pronuncie.

Finalmente, imagino que tras obtener la información que quería, regresa hasta mí y me toma de la mano de nuevo para llevarme hasta los ascensores.

Subimos a la segunda planta y caminamos hacia el área de consultas. Una enfermera sale a nuestro encuentro con una carpeta de plástico en las manos. Nos recibe con una sonrisa que se transforma en sonrisilla nerviosa cuando Ryan asiente levemente a modo de saludo. Yo me contengo para no poner los ojos en blanco, divertida. No puedo culparla. Está arrebatador. Además, no sé si a la hora de la verdad ella tendrá la llave de las drogas. Prefiero no crearme enemigos por aquí.

—La doctora los atenderá en seguida —comenta acompañándonos hasta una puerta a unos pocos metros.

Entramos y nos sentamos frente a la mesa. La consulta es aséptica y funcional, como la de cualquier médico, pero a un lado hay un gran corcho con decenas de fotografías de bebés, algunos riendo, otros llorando, durmiendo... todos parecen inmensamente felices.

Automáticamente me imagino a nuestro bebé. Sé que es una estupidez porque apenas hace un par de días que he sido consciente de que existe, pero ya lo quiero con todo mi corazón. Es un pedacito de Ryan y de mí.

La puerta se abre robando toda mi atención. Una mujer afroamericana de unos cincuenta años entra con el paso decidido. Es muy alta y lleva el pelo recogido en un impecable y profesional moño.

—Buenos días, señores Riley —nos saluda tendiéndonos la mano, primero a mí y después a Ryan—. Soy la doctora Sanders.

Ambos le devolvemos el saludo y los tres tomamos asiento.

—Bueno, señora Riley...

—Maddie —la interrumpo con una sonrisa.

—Maddie —rectifica devolviéndomela—, dígame cómo se encuentra.

—Bien, como siempre.

Ella vuelve a sonreír.

—Sin duda ésa es la mejor señal.

Tecllea algo en su ordenador y me hace un gesto para que la acompañe.

—Le realizaremos unas pruebas básicas —me anuncia.

Ryan se levanta con la intención de acompañarme, pero la doctora lo frena con la mirada.

—Señor Riley, puede esperar aquí.

—Preferiría ir con ella —dice sin ninguna preocupación por sonar amable.

—Y yo preferiría no tener que recomendarles a otro colega para que lleve el embarazo de la señora Riley.

La doctora sabe echarle valor. Acaba de convertirse en mi heroína. Ryan la mira sopesando las opciones pero no parece enfadado. Sospecho que le ha gustado que la mujer que va a cuidar de la salud de su mujer y de su futuro hijo no se amilane.

—Tiene quince minutos —le advierte.

—Será más que suficiente.

Salimos de la consulta y atravesamos la puerta contigua. Por un momento tengo

la tentación de preguntarle cómo ha conseguido esa visible inmunidad a sus encantos, pero me contengo.

Una enfermera me saca sangre y la doctora me hace una exploración ginecológica y otro puñado de pruebas. Después respondo a una infinidad de preguntas sobre mis hábitos alimenticios, laborales y de vida en general.

De vuelta en la consulta, nos toca responder otra tanda de preguntas sobre antecedentes médicos familiares. La misma enfermera que me sacó sangre regresa con los resultados de los análisis. La doctora los revisa y, tras unos minutos, por fin deja de apuntar y revisar papeles y se cruza de brazos sobre su escritorio.

—Maddie está embarazada de dos semanas —nos anuncia.

Sonrío encantada. Eso significa que me quedé embarazada en nuestra luna de miel.

—En principio todo parece estar bien —continúa—, pero hay un par de cosas que me preocupan.

Trago saliva y mi expresión cambia por completo. Ryan hace gala de todo su autocontrol pero, por la manera imperceptible en la que se tensan sus hombros, sé que esas palabras no le han gustado lo más mínimo.

—¿A qué se refiere, doctora Sanders? —pregunta.

—Maddie debe aprender a comer más y mejor. Sus hábitos alimenticios no son precisamente saludables. Necesita coger peso y mejorar sus índices de vitaminas, proteínas y hierro. Además, deberá prescindir por completo de la cafeína.

Ryan aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Ahora mismo no está nada contento.

—Pierda cuidado, doctora, comerá más y mejor —responde o más bien sentencia.

—Nada de hacer esfuerzos innecesarios —me advierte— y, sobre todo, nada de estrés, en ningún sentido.

Sonrío nerviosa. Mi vida es una montaña rusa emocional. No sé muy bien cómo voy a ser capaz de evitar las situaciones de estrés.

—Deben tomarse estas indicaciones muy en serio —afirma—. Su embarazo entra dentro de los que consideramos de riesgo, para su salud y la del bebé.

Siento cómo el color ha abandonado mis mejillas. ¿Mi bebé está en peligro? La doctora parece darse cuenta al instante y sonrío profesional intentando tranquilizarme.

—Maddie, no se preocupe más de lo necesario —se apresura a aclararme—. Coma mejor, gane peso y, sobre todo, olvide cualquier tipo de estrés. Todo irá bien.

Me sonrío de nuevo y yo me obligo a hacer lo mismo.

—En cuanto al trabajo, dado que es una labor básicamente de oficina, no es necesario que lo deje, pero recomendaría un cambio a media jornada. ¿Cree que su jefe lo vería factible?

Asiento nerviosa. A mi jefe lo tiene delante con cara de pocos amigos.

—Imagino que no habrá ningún problema —respondo.

—Perfecto —dice levantándose. Ryan y yo imitamos su gesto—. Evite las

situaciones de estrés —me recuerda—. Debe estar tranquila y feliz. Tendrá un bebé precioso. —Involuntariamente pierdo mi vista de nuevo en el precioso mural de fotografías—. Le recetaré un complejo vitamínico y volveré a verla dentro de dos semanas.

Nos despedimos de la doctora Sanders y salimos de la consulta. El pasillo está desierto. Sólo se oyen algunas puertas abrirse o cerrarse y la goma de los zapatos de enfermera rechinar contra el impoluto suelo.

Ryan no dice nada. Me lleva de la mano con el paso firme y la vista al frente. De pronto me siento increíblemente culpable. Nunca he pensado que estuviera descuidando mi salud, pero, visto lo visto, tengo mucho que mejorar.

Mientras esperamos el ascensor, puedo notar cómo cada vez le cuesta más trabajo controlar lo inquieto que está.

Las puertas de acero se abren. Ryan espera impaciente, aunque sin resultar maleducado, a que salgan un par de enfermeras y con una escueta mirada me indica que pase delante.

En cuanto el ascensor comienza a bajar, Ryan se mueve ágil, me lleva contra la pared y me besa con fuerza al tiempo que sus manos vuelan por mi cuerpo, se anclan en mi trasero y me levanta. Sin dudarle, rodeo su cintura con mis piernas y le devuelvo cada uno de sus besos.

Sin embargo, en seguida comprendo que no son besos llenos de deseo, lo están de rabia, de frustración, creo que incluso con algo de miedo.

Ryan se separa de mí y, al abrir los ojos, los suyos ya están esperándome. Todas las emociones que adiviné con sus besos las veo ahora en el azul de su mirada.

—Vas a comer mejor —me anuncia con tanta rotundidad que suena casi como una amenaza.

—Voy a comer mejor —respondo.

—Y vas a cuidarte.

—Voy a cuidarme.

Su mirada es dura, arrogante, pero puedo ver una punzada de temor en ella.

—Ya te dije una vez que no estoy dispuesto a volver a sentirme como lo hice cuando te vi tirada en el suelo de tu apartamento después de que ese malnacido te atacara. Que estés protegida y a salvo es innegociable.

Pronuncia esas frases con una convicción infranqueable que aprieta mi estómago y tira de él. Intento hablar, decirle que no se preocupe, que me cuidaré y estaré bien, pero mis palabras están conmocionadas como yo y sólo soy capaz de asentir nerviosa sin desatar nuestras miradas. Ahora mismo no podría amarlo más.

Ryan me besa de nuevo acelerado, lleno de intensidad, y yo lo hago de la misma forma. Nos estamos diciendo sin palabras cuánto nos necesitamos, la diferencia, la suerte, el motor que somos para el otro, y no podríamos expresarlo mejor.

Ryan toma mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. Yo disfruto del dolor y del placer y vuelvo a acogerlo encantada cuando decide besarme otra vez.

Ni siquiera nos separamos cuando un estridente pitido nos anuncia que las puertas van a abrirse, pero al oír un carraspeo y una sonrisa indulgente y cómplice no nos queda otro remedio. El ascensor se ha abierto y un par de médicos bien entrados en los cincuenta esperan al otro lado de las puertas. Yo noto cómo mis mejillas se tiñen de un rojo intenso mientras me oculto tras Ryan, quien, haciendo gala de todo su autocontrol y parte de su arrogancia, los saluda con un gesto de cabeza y nos guía fuera del ascensor.

Apenas hemos cruzado la puerta del salón de Chelsea cuando Ryan recibe una llamada de la oficina y se va a su estudio. Yo, sin nada que hacer más que esperarlo, decido salir a la terraza. Camino hasta la baranda de hierro negro y me cruzo de brazos sobre ella. Nunca me canso de contemplar estas vistas.

Unos quince minutos después, oigo pasos lentos y cadenciosos acercarse a mí. Sonrío pero no me giro. Ryan apoya sus brazos sobre la baranda a ambos lados de los míos y suavemente se inclina sobre mí. Hunde su nariz en mi pelo y me acaricia con ella a la vez que gruñe satisfecho.

—Tengo que trabajar —comenta malhumorado.

Me giro entre sus brazos y rodeo su cuello con los míos.

—Es lo complicado de ser el dueño del mundo, Riley —respondo socarrona—, que tienes que ganártelo.

Tuerce el gesto y disimula una sonrisa.

—También tiene cosas buenas —replica.

—¿Como cuáles?

—Puedo obligar a chicas inocentes de Carolina del Sur a que se casen conmigo.

Entorno la mirada fingiéndome ofendidísima.

—No te preocupes. Tengo mucha práctica después de haber desenvuelto tantos regalitos llegados del cálido sur —sentencia tan presuntuoso como divertido.

Yo lo miro boquiabierta y escandalizada, tratando de disimular que estoy al borde de la risa. ¡Se puede ser más cabronazo!

Ryan sonrío encantando consigo mismo, me da un impresionante beso y sale de la terraza de lo más satisfecho.

—Comeremos juntos —me anuncia girándose y caminando unos pasos de espaldas antes de volver definitivamente a su estudio.

Yo suspiro con una tonta sonrisa en los labios. Es un sinvergüenza.

En ese instante la señora Aldrin entra en la cocina. Ladeo la cabeza y la observo comenzar a sacar verduras del frigorífico y la tabla de cortar mientras canturrea algo en francés. Sonrío y con paso decidido me acerco hasta ella.

—Me gustaría ayudarla, señora Aldrin.

Ella me devuelve la sonrisa y me señala el taburete haciendo caso omiso de mi petición.

—Hablo en serio —repito sin rendirme.

Sin esperar respuesta, paso al otro lado de la barra de la cocina y me subo las

mangas del vestido.

—Tal vez podría enseñarme a cocinar uno de esos platos franceses que saben de maravilla —comento con la misma cara que le ponía a Sam cuando quería que me dejara salir una hora antes del restaurante.

Ella me mira perspicaz. Creo que se está planteando seriamente darme con ese grueso trapo blanco en el trasero hasta echarme de la cocina.

—¿Qué tal *ratatouille*? —inquiero de nuevo.

Cojo las verduras y me las llevo hasta el fregadero. De reojo la observo sonreír. Finge no verme, pero soy plenamente consciente de que no pierde detalle de lo que hago.

—Es el plato favorito de Ryan. Sería genial aprender a prepararlo.

Finalmente la cocinera suspira exasperada. Igual que Sam. Acabo de salirme con la mía.

—*Ma petite*, será un placer enseñarla —responde armándose de paciencia—. Debe saber que soy muy exigente. *Dans la cuisine, tout doit être fait comme il se doit* —sentencia sin asomo de duda.

Yo la miro con el ceño fruncido. No he entendido una sola palabra.

—En la cocina todo debe hacerse como debe hacerse —me aclara—, y ahora corte todas esas verduras.

Durante la hora siguiente me explica que este plato es más complicado que cortar verduras y colocarlas en un recipiente dentro de un horno. Hay que guisar el tomate a fuego lento y sellar todas las verduras en una sartén con aceite de oliva virgen extra antes de hornearlas.

Estamos especiendo el tomate cuando Finn aparece en busca de la señora Aldrin. La necesita para algo importante en el piso de abajo. La cocinera me da instrucciones muy precisas de cómo continuar y a regañadientes me deja al mando de la cocina.

Como estoy sola, decido poner un poco de música. No quiero molestar a Ryan, así que prescindo del mando mágico y conecto mi iPod a los altavoces. A pesar de que tengo más de setecientas canciones, vuelvo a elegir *Mi amor*. No me canso de escucharla.

La señora Aldrin aún no ha regresado, pero lo tengo todo bajo control. El *ratatouille* está en el horno y estoy aderezando unos lomos de salmón. Un almuerzo de lo más saludable.

Me acuclillo para comprobar la temperatura del horno y, al incorporarme, veo a Ryan salir de su estudio y encaminarse hacia la cocina revisando su móvil. Me permito el lujo de contemplarlo. Está concentrado en su *Smartphone* y en un momento determinado se pasa la mano por el pelo hasta dejarla en su nuca en ese gesto reflexivo que adoro. Me pregunto si alguna vez me cansaré de mirarlo.

—¿Nunca te cansas de escuchar esa canción? —me pregunta con una sonrisa, guardándose el móvil en el bolsillo y sentándose en el taburete frente a mí.

Niego con la cabeza.

—Me recuerda nuestra luna de miel —le explico.

Su sonrisa se ensancha.

—Mmm... nuestra luna de miel. ¿Te gustó París? —pregunta presuntuoso.

Le hago un mohín que él recibe con una sonrisa aún más arrogante. Mi opinión de París se limita a las increíbles vistas desde la *suite* del Shangri-La y a los maravillosos jardines del Trocadero. Él se encargó de que fuera así.

—Eso es lo que pasa cuando no dejas que tu mujer salga de la cama en doce días, que la vida se abre paso —comento socarrona dándole la vuelta al salmón.

De reojo le veo sonreír encantado.

—¿Se lo has contado a tu padre? —me pregunta.

Yo suspiro como respuesta. No se lo he contado y la verdad es que no tengo muy claro cómo va a tomárselo.

—Había pensando que podríamos ir a Santa Helena y pasar el fin de semana allí para que vea que soy la chica más feliz del mundo.

Ryan sonríe.

—Si quieres que vea lo feliz que eres, deberías invitarlo a venir. Podrá ver dónde vives, dónde trabajas y que Nueva York no es la ciudad más peligrosa del mundo.

Ahora la que sonríe soy yo. Es una idea fantástica. Así mi padre podrá dejar de imaginar Manhattan como un escenario de una de las pelis de *Mad Max*.

—Pueden quedarse en la habitación de invitados —añade— o podemos reservarles una *suite* en algún hotel.

Evelyn se moriría de felicidad si la alojamos en una *suite*.

—¿El Carlyle? —pregunto pícara dándole una nueva vuelta al salmón.

Cuando alzo la mirada, la suya me está esperando para atraparla a la vez que me dedica una sonrisa dura pero muy *sexy*.

—El Carlyle es sólo para nosotros —me informa en un susurro ronco y sensual.

Sonrío nerviosa y Ryan me libera de su hechizo. Ahora mismo sólo quiero reservar habitación en ese hotel para los tres próximos meses.

—¿Qué tal el Plaza? —propongo sin poder dejar de sonreír.

—¿El Hilton?

—¿El Four Seasons?

—¿Vamos a seguir hablando de hoteles? Porque se me está poniendo dura.

Yo sonrío de nuevo aún más nerviosa y me muerdo el labio inferior al tiempo que decido volver a prestarle toda mi atención a la comida, dando la conversación por acabada. Estoy peligrosamente cerca de decir en voz alta lo de los tres meses.

Ryan me observa todavía con la media sonrisa en los labios. Sabe perfectamente en lo que estoy pensando. Abre la boca dispuesto a decir algo pero, antes de que pueda hacerlo, su iPhone vuelve a sonar. Pone los ojos en blanco y coge su teléfono malhumorado.

—Riley... —responde levantándose de un salto. Me hace un gesto con la mano indicándome que no tardará y se dirige de nuevo a su estudio—. No, el dieciocho a

una base imponible de tres... Quiero todo el papeleo de Fisher listo para esta tarde. Como haya el más mínimo error, Stevenson me las va a pagar antes de que acabe el día.

Yo frunzo los labios a la vez que agito la mano y observo al salmón que se dora en la sartén. El señor irascible está en plena forma.

Ryan regresa tras unos pocos minutos con el paso decidido y la expresión todavía más tensa. Dejo de salar el pescado al darme cuenta de que lleva puesta la chaqueta.

—Me voy a la oficina —me anuncia arisco.

No hay duda de que está enfadado, y mucho.

—¿No tienes tiempo para comer? El salmón sólo necesita un par de minutos más.

—No, no tengo tiempo para comer —replica acelerado con la voz endurecida.

Yo asiento y doy un paso atrás al tiempo que me concentro en cualquier otro punto de la cocina. Ryan me observa pero yo me esfuerzo todo lo posible en ignorarlo. Odio lo rápido que puede cambiar de humor.

Finalmente le oigo resoplar y de dos zancadas se coloca frente a mí. Yo sigo sin mirarlo. No puedo ser su daño colateral cada vez que esté enfadado. Ryan me sigue observando y yo sigo fingiendo que ni siquiera está en esta habitación, aunque obviar lo rápido que me late el corazón ahora mismo es mucho más complicado.

Ryan se inclina sobre mí y me besa lleno de intensidad. Lo hace sin tocarme con ninguna otra parte de su cuerpo. No quiere que nada me distraiga de su boca y lo ha conseguido, porque mi enfado se va diluyendo lentamente en sus labios.

Se separa de mí, su mirada atrapa de inmediato la mía y finalmente se marcha. No ha dicho nada. Sabe que no necesitaba hacerlo. Su beso me ha calmado y me ha devuelto a su red.

A veces me asusta lo enamorada que estoy de él.

Cuando recupero toda mi actividad cerebral, observo el salmón y no puedo evitar pensar que es una pena que se desperdicie. Por lo menos espero que Ryan haga una pausa para almorzar, aunque sinceramente no lo creo.

Me sirvo un plato de *ratatouille* y algo de pescado y guardo el resto con mimo en la nevera. La verdad es que ya no tengo hambre pero le prometí a Ryan que me cuidaría y comería y voy a cumplirlo.

Cojo una botellita de agua y mi plato y me voy a la sala de la televisión. Si voy a comer sola, por lo menos lo haré viendo la HBO.

Me lo estoy tomando con calma. Veo un par de capítulos de un par de series diferentes y un reportaje en las noticias sobre el nuevo espectáculo del Cirque du Soleil. Mañana anunciarán las fechas de su nueva gira en el *New York Times*.

Cuando termino, regreso a la cocina y friego mi plato. Me resulta muy extraño que la señora Aldrin no esté por aquí. Desde que Finn le pidió que bajase no he vuelto a verla.

Después de jugar, o más bien torturar, a *Lucky*, me doy cuenta de que no tengo nada que hacer. Decido ir a la revista. Aún puedo trabajar toda la tarde. Es cierto que

el cierre del número se hizo mientras estaba en París y que ahora están las cosas muy tranquilas, pero siempre puedo ir adelantando trabajo. No quiero quedarme aquí, aburriéndome, simplemente esperando a que Ryan regrese.

Antes de ponerme en marcha, llamo a Lauren. Quizá ya no sea tan contagiosa y pueda pasarme a verla camino del Riley Group. Tengo muchas preguntas que hacerle.

Al segundo tono responden.

—¿Diga?

Me separo el teléfono de la oreja y miro la pantalla por si me he confundido al marcar. Tengo la sensación de que hago eso cada vez que llamo a Lauren.

—¿Bentley? —pregunto confusa—. ¿Qué haces ahí?

—Cuidando a Lauren —responde como si fuera obvio.

Enarco las cejas. En realidad no lo es. Ayer quien la cuidaba era James.

Definitivamente necesito tener una charla con mi queridísima amiga y, a este ritmo, llevarme una libreta y tomar apuntes.

—¿Qué tal está? —pregunto cuando me recupero de la sorpresa.

—Durmiendo como un tronco —me anuncia. Aunque no lo veo, sé que ha sonreído—. Casi no tiene ronchas ni tampoco fiebre. Creo que en un par de días estará completamente recuperada.

Me alegro.

—Dile que iré a verla en cuanto deje de ser contagiosa —le pido—. Ahora me marcho a la oficina. Ya no necesito el resto del día libre.

—No te molestes —comenta—. Antes de venir lo deje todo solucionado. Las cosas en este número están muy bien atadas.

—Claro —respondo algo contrariada.

Pongo los ojos en blanco. No quiero quedarme aquí y aburrirme como una ostra. Además, tengo la incómoda sensación de que detrás de las palabras de mi jefe están las que Ryan habrá tenido con él en cuanto ha puesto los pies en la oficina. Habrá sido más que rotundo con que necesito descansar y cuidarme, trabajar poco y nada de estrés.

«Te esperan nueve meses de lo más interesantes».

—Genial —añado desanimada.

—Hay un par de cosas que podrías hacer desde casa.

—Perfecto —me apresuro a aceptar.

Nuevamente sé que está sonriendo.

—Necesito que reúnas información para un artículo que quiero escribir y prepares los documentos de este mes para Administración. Entra en la intranet de la oficina a través de Internet. Sólo necesitas tu nombre y tu código de empleado. Te mandaré un correo electrónico con todas las especificaciones.

—Lo estaré esperando —respondo.

No voy a salir de aquí, pero por lo menos tendré algo que hacer.

Me dispongo a colgar cuando me doy cuenta de que hay algo más que le quiero

decir, aunque no sepa muy bien cómo.

—Bentley —lo llamo con voz dudosa.

—¿Sí, Maddie?

En su tono hay cierto toque divertido pero también algo condescendiente, como si supiera exactamente lo que pretendo preguntarle.

—¿Va todo bien?

Sabe que ahora no me refiero a la varicela de Lauren.

—Sí, va todo bien —responde sin asomo de duda.

—Perfecto —repito, pero no estoy nada convencida—. Esperaré tu correo.

Nos despedimos y cuelgo. No puedo evitar suspirar hondo mientras observo mi iPhone. No sé que se traen entre manos esos tres. Sólo espero que ellos sí lo sepan.

Decido montar mi campamento base en el precioso sofá del salón. Además, *Lucky* ya se ha tumbado allí. No tengo muchas opciones.

La tarde pasa volando y antes de que me dé cuenta ya es hora de cenar. Ryan aún no ha regresado. Pienso en llamarlo, pero como siempre acabo desechando la idea. No quiero que piense que no comprendo la atención que debe dedicarle a la empresa.

Cumplo con mi palabra otra vez y, aunque sigo sin hambre y algo preocupada porque Ryan no haya vuelto, hago un esfuerzo y me como el delicioso plato de pasta que me prepara la señora Aldrin. Por curiosidad le pregunto dónde ha estado toda la tarde, pero esquivaba hábilmente mis preguntas. En esta casa parece que a nadie le gusta hablar.

A eso de la una, después de haberme quedado dos veces dormida en el cómodo sofá, me subo a la cama.

Me despierta la lluvia golpeando la ventana. Abro los ojos poco a poco y por un momento sólo contemplo las gotas de agua caer sobre el cristal. Suspiro bajito y sonrío como una idiota al sentir el brazo de Ryan descansar sobre mi cintura. Llevo mi mano sobre él, pero inmediatamente frunzo el ceño al notar la tela de su camisa. Con cuidado de no despertarlo, me giro y tuerzo los labios al comprobar que no se ha desvestido.

Miro el reloj. Son más de las cinco. ¿A qué hora ha llegado? Resoplo despacio. Necesita descansar y, lo poco que lo hace, debe hacerlo bien. Sopeso la posibilidad de desvestirlo, pero probablemente lo despertaría y eso es lo último que quiero. Me aseguro de que no tiene los zapatos puestos y que se ha desabrochado el cuello de la camisa y con cuidado lo tapo con la colcha.

Me acurruco junto a su pecho y él, aún dormido, reacciona estrechándome contra su cuerpo. Está lleno de calidez y el suave olor a lavanda me inunda. Cierro los ojos. No hay un lugar mejor en el mundo.

Cuando vuelvo a abrirlos, ya es de día. Llueve aún con más fuerza. Ryan no está en la cama. Miro desorientada a mi alrededor y lo veo junto a la cómoda. Está abrochándose el reloj. Ya se ha duchado y está impecablemente vestido con un traje gris, una delgada corbata del mismo color y una de sus preciosas camisas blancas.

Adormilada, trato de enfocar el reloj. Son poco más de las seis. Es tempranísimo.

—Ryan —murmuro.

Mi voz suena ronca por el sueño.

Él se gira y sonrío, probablemente por la cara de sueño y el pelo alborotado que debo de tener.

—Vuelve a la cama —le pido, aunque sé que es imposible. Ya se ha vestido para dominar el mundo. Está claro que se marchará a la oficina en un par de minutos.

—Desayuna conmigo —contraataca.

Yo lo miro como si acabara de pedirme que descifrara la teoría de cuerdas al mismo tiempo que resuelvo la raíz cuadrada de una ecuación con quince incógnitas.

—Es tan temprano que mi estómago aún no se ha despertado.

Le quiero pero estoy muerta de sueño. Apenas son las seis. Me tumbo de nuevo en la cama y me acurruco sin dejar de mirarlo.

La sonrisa de Ryan se transforma en una maliciosa y, antes de que pueda hacer algo por evitarlo, me carga sobre su hombro sin ninguna piedad.

—¡Ryan! —me quejo divertida.

—Resulta que me prometiste que ibas a comer más y mejor, y no sé si sabes que el desayuno es la comida más importante del día —replica bajando las escaleras sin ningún esfuerzo.

Al fin llegamos hasta la isla de la cocina y me sienta en uno de los taburetes.

—Ayer almorcé y cené comida muy saludable sin tu ayuda —comento muy digna, quitándome una goma del pelo de la muñeca y haciéndome una cola.

Ryan sonrío y se sienta a mi lado.

—Pues entonces hazme feliz —responde sin más y por un momento sus palabras me desarman.

No sé qué contestar a eso. Algo me dice que tiene clarísimo que sólo quiero complacerlo y lo cierto es que tiene razón. Incluso ahora mismo lo siento como algo inalcanzable, como una especie de dios que me ha concedido la oportunidad de estar con él.

En ese momento la señora Aldrin entra en la cocina. Me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Creo que ya sé qué va a decirme. Sin embargo, coge uno de sus gruesos trapos de cocina y comienza a preparar café.

—¿Qué querrán desayunar? —pregunta.

—Para mí, café y tostadas francesas, señora Aldrin. Maddie tomará tortitas, bacón, huevos revueltos, algo de fruta y un zumo de naranja.

Yo lo miro con los ojos muy abiertos. ¿Es que no me ha oído decir que mi estómago ni siquiera se ha despertado?

—¿Plátano y manzana? —pregunta la señora Aldrin.

—Y fresas —añade Ryan con una sonrisa de lo más impertinente sin levantar sus ojos de los míos.

No voy a poder comerme todo eso.

Apenas un par de segundos después, el olor a café recién hecho inunda toda la estancia. La cocinera coloca frente a Ryan un *ristretto* en una elegante y minimalista tacita. Yo lo miro con cara de pocos amigos.

—Obligarme a desayunar a las seis de la mañana y no dejarme tomar café es inhumano —me quejo.

—Pasearte por ahí con ese pijama y pretender que no te folle contra la primera pared que vea también lo es.

Observo confusa mi propia indumentaria. Un pantalón de pijama corto morado y una camiseta blanca de algodón. No podría ser más sencillo.

—Mi pijama no tiene nada de provocativo —me defiendo.

—Te veo vestida y quiero desnudarte. Eso es provocarme —me advierte con una media sonrisa.

Río escandalizada. Ryan termina su café, se levanta y camina el paso que nos separa. Alza la mano y acaricia mi pezón con el reverso de sus dedos suavemente por encima de la camiseta. Yo gimo bajito y mi cuerpo somnoliento se despierta al instante.

—Y no llevas sujetador —susurra inclinándose sobre mí—. La provocación es doble —sentencia con su voz fabricada de fantasía erótica.

Sin más, se yergue, se saca el móvil del bolsillo y comienza a caminar hacia su estudio. Yo suspiro. Ahora mismo me tiemblan tanto las rodillas que creo que, si hubiera estado de pie, habría acabado cayendo de bruces contra el suelo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, la señora Aldrin coloca un plato frente a mí con dos tortitas, huevos revueltos y bacón. Añade un cuenco con macedonia de frutas y una jarrita con sirope de arce. Tiene pinta de ser uno de esos siropes carísimos que viene de granjas ecológicas al sur de Canadá. Corona el impresionante desayuno con un gran vaso de zumo de naranja recién exprimido. Aquí hay comida para dos personas y, si tienen tanto sueño como yo, para cuatro.

Le doy un sorbo al zumo. Está a una temperatura perfecta y tiene un sabor delicioso. Mi estómago gruñe y empiezo a ver las tortitas con otros ojos. Estoy a punto de dar el primer bocado cuando Ryan sale del estudio. Sólo necesito mirarlo un segundo para darme cuenta de que irradia rabia por cada centímetro de su armónico cuerpo. Está más que enfadado.

—Tengo que marcharme —me dice sin más.

Frunzo el ceño. No me puedo creer que vaya a dejarme comiendo sola otra vez, más aún cuando literalmente me ha sacado de la cama para que lo acompañara. Por no hablar de que estoy viviendo en directo otro cambio de humor del señor irascible.

—Ryan, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada, Maddie —contesta con la voz amenazadoramente suave y su mirada azul endurecida por completo.

Me está dejando claro que, aunque haya pasado, tampoco entra dentro de sus planes contármelo.

Yo rompo nuestras miradas y, furiosa, cojo el tenedor y comienzo a marear la comida. Me parece increíble que se esté comportando así.

Finn entra en el salón y se detiene en el umbral de la puerta. Inmediatamente Ryan se acerca a él. Imagino que le está dando instrucciones sobre mí, sobre que me lleve al trabajo cuando esté lista, que no me deje sola y, ya puestos, que me termine el desayuno. Es un gilipollas.

Tiro el tenedor sobre el plato, me bajo de un salto del taburete y me dirijo hacia el piso de arriba.

—¿Adónde vas? —pregunta Ryan sin ninguna amabilidad.

—Me vuelvo a la cama —respondo arisca.

Nunca va a cambiar.

Entro en la habitación, me tumbo en la cama y me meto bajo las sábanas. Si llega a decirme algo sobre que me terminara el desayuno, le habría tirado el sirope a la cabeza. No entiendo por qué tiene que comportarse siempre así. Todo sería infinitamente más sencillo si hiciera algo tan fácil como hablar.

Después de una porción de tiempo indefinido, decido que ya es hora de salir de mi refugio particular y prepararme para ir a trabajar. No voy a permitir que el señor irascible me arruine el día.

Me doy una ducha prácticamente interminable cantando a pleno pulmón todo el disco de Franz Ferdinand «You could have it so much better», y, más que ninguna otra, *Well that was easy*.

Camino hasta el vestidor de mejor humor porque, aunque siga enfadada con Ryan, entre la canción cuatro y la cinco, he decidido pensar menos y cantar más. Se acabó el martirizarme.

Busco algo para ponerme que me devuelva el buen humor, así que elijo uno de mis vestidos favoritos. Es azul Klein con pequeños estampados en color vainilla y tangerina. Me calzo mis botas de media caña marrón y con tachas y me abrigo con mi cazadora vaquera.

Giro sobre mis botas preferidas delante del espejo y sonrío. Con esta ropa nada puede salir mal.

Bajo plenamente consciente de que voy a tener que enfrentarme a mi desayuno. Lo que me apetece es marcharme directamente al trabajo, pero las palabras de la doctora Sanders fueron muy claras. No quiero ser irresponsable.

Termino de arreglarme en un tiempo récord y, antes de las siete y media, estoy cruzando el garaje hasta el Audi A8 en compañía de Finn.

—¿Puedes parar en la siguiente esquina? Necesito ir al kiosco de prensa —le pido cuando nos detenemos en uno de los semáforos de la Octava.

Quiero comprar el nuevo número de *New Yorker*. Que rechazara seguir trabajando allí no significa que no me guste leerlo. Además, tengo curiosidad por averiguar cómo se maquetó finalmente la revista.

El chófer asiente con cara de susto. Supongo que lo hace porque sigue lloviendo a

mares y a Ryan no le hará ninguna gracia verme aparecer calada hasta los huesos.

Al cabo de unos metros detiene el coche justo en la esquina opuesta a uno de esos kioscos de prensa tan típicamente neoyorquinos.

Miro por la ventanilla y tuerzo el gesto. Llueve muchísimo.

—Si no es mucha indiscreción —me pregunta uniendo nuestras miradas a través del espejo retrovisor—, ¿qué desea comprar?

—El *New Yorker* —respondo apesadumbrada.

—Puedo ir yo —se ofrece.

Lo pienso un segundo pero no puedo aceptar. Estamos a dos nubes y una ráfaga de viento del diluvio universal.

—No pasa nada, Finn, llévame a la oficina. Puedo comprarlo en otro momento.

Tardamos más de lo habitual en llegar al Riley Group por culpa del tiempo, pero aun así no lo hago tarde.

Saludo a Ben y corro para coger el ascensor. La veintena de ejecutivos que ya está dentro me saluda prácticamente al unísono. Yo sonrío y clavo la mirada en las puertas de acero. Odio todas estas atenciones, hacen que me sienta como un mono de feria.

—Buenos días, jefe —saludo a Bentley dejando mi bolso en el perchero.

—Buenos días, empleada —me responde desde su mesa.

En ese momento oigo a alguien entrar en el despacho. No tengo tiempo de girarme para ver quién es cuando me coge en volandas dándome un abrazo de oso.

—¡Felicidades cuñada! —grita Spencer con su voz de leñador.

Rompo a reír. Este hombre es como un torbellino.

—¿Qué coño pasa? —pregunta Bentley curioso y divertido saliendo de su despacho.

Spencer me deja en el suelo y le muestra a su amigo una sonrisa de oreja a oreja.

—El carácter de mierda de mi hermano va a perpetuarse —anuncia ceremonioso.

—Esperemos que no.

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que lo he hecho. Los dos me miran asombrados y yo me siento increíblemente mal, pero entonces estallan en risas y acabo suspirando aliviada y sonriendo también.

—Sí, mejor que se parezca a ti —confirma Spencer.

—Maddie, es genial —añade Bentley al tiempo que cruza los pasos que nos separan y me da un fuerte abrazo.

—Muchas gracias, chicos —respondo encantada.

Bentley me interrumpe separándose como un resorte y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —inquire Spencer con el ceño fruncido.

—A preguntarle al capullo de tu hermano por qué no me ha contado nada. Estoy ofendidísimo, joder —sentencia con una sonrisa.

A solas de nuevo, Spencer me sonrío, coloca sus grandes manos en mis hombros y me obliga a girarme a la vez que se inclina para que nuestras miradas estén a la

misma altura.

—Muchas gracias —me dice con total convencimiento.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto tímida.

No tiene nada que agradecerme.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no veía a mi hermano feliz antes de conocerte? Seis años, Maddie.

Spencer se queda un segundo callado y por un momento la tristeza se posa en sus ojos azules.

—Tuvo que renunciar a mucho —comenta apoyándose, casi sentándose, en mi mesa.

Yo lo observo y me siento a su lado. No voy a desperdiciar la oportunidad de saber algo más del pasado de Ryan.

—Vivía en un viejo apartamento en el West Side —continúa diciendo mientras se cruza de brazos—. Adoraba ese sitio. Nunca pensé que llegaría a venderlo. Pero, cuando entendió que ya no podría ser arquitecto, es como si todo lo demás hubiese llegado por inercia.

—¿Y por qué no trató de seguir diseñando además de dirigir la empresa?

Me agarro suavemente al borde de la madera algo nerviosa. No sé si a Spencer le parecerá bien que pregunte.

Él se encoje de hombros.

—No lo sé. Imagino que se cansó de ir a contracorriente. —Spencer asiente para sí, como si recordara un momento en concreto—. Además —añade—, Ryan hace que dirigir todo esto parezca fácil, pero no lo es. El esfuerzo que hace cada día es enorme.

Yo asiento y tuerzo el gesto. Ahora mismo me siento un poco egoísta. Ryan parece tenerlo todo bajo control y a veces puede ser tan frío que siempre doy por hecho que está bien, que es una situación fácil para él, y es obvio que me equivoco.

La puerta vuelve a abrirse y ahora es Bentley quien entra. Parece preocupado y eso automáticamente me preocupa a mí. Spencer también se da cuenta y se levanta de la mesa con la mirada fija en su amigo. Al darse cuenta de que lo observamos, Bentley fuerza una sonrisa y da una palmada.

—Vamos a trabajar. Tenemos mucho que hacer.

Ellos se miran durante un momento y parecen comunicarse telepáticamente. ¿Qué está pasando aquí?

—Bentley, ¿todo va bien? —pregunto.

—Sí, claro —responde como si nada.

Frunzo el ceño. Algo no me cuadra.

—¿Te importa si voy a ver a Ryan? —le pregunto—. No tardaré más de cinco minutos.

—Ryan no está —se apresura a responderme—. Ha subido a una reunión.

—Venid un día a casa —me pide Spencer distrayéndome.

—Sí, claro —respondo por inercia.

Nos dedicamos una ronda de sonrisas pero ninguna es auténtica. Spencer se marcha y yo observo a Bentley entrar en su despacho. Es obvio que ha pasado algo.

—Agenda y correo para empezar —me pide—. Después, revisa todos los datos de producción para el último trimestre y las especulaciones para el siguiente. La semana que viene tengo una reunión y seguro que van a apretarme las tuercas con ese tema.

Asiento pero sigo desconfiada. Salió de aquí con una sonrisa y vuelve preocupado. Aunque también puede ser que Ryan siga del mismo buen humor de esta mañana y hayan discutido. Cuadro los hombros y decido no darle más vueltas. Tengo mucho que hacer.

No salgo de la oficina en toda la mañana. Bentley me tiene muy ocupada.

A la una en punto estoy revisando el último informe de gastos de los redactores cuando suena el teléfono de mi mesa. Si no fuera porque tiene varicela, diría que es Lauren intentando convencerme de que bajemos media hora antes a almorzar.

—¿Diga?

—Maddie, soy Tess.

Suspiro hondo. Sigo sin querer verlo.

—¿En qué puedo ayudarla?

—El señor Riley desea verla.

Ahora que soy su mujer ya no necesita inventarse excusas para hacerme ir a su despacho. Me pregunto seriamente si puedo decir simplemente que no, pero entonces sé que la obligará a llamarme de nuevo con algún pretexto, como que quiere ver la portada del nuevo número, y tendré que ir de todos modos. Resoplo. Ésta es una de las razones por las que no hay que casarse con el jefe.

—En seguida voy —respondo al fin.

Cuelgo y me levanto a regañadientes. Actualmente casi preferiría continuar trabajando para Roy Maritiman. Me excuso con Bentley, que lleva toda la mañana de lo más raro, y voy hasta el despacho de Ryan.

La secretaria me indica con un gesto que pase, pero aun así me detengo frente a la puerta, llamo y espero a que me dé paso.

Estoy enfadada y quiero demostrárselo, aunque las palabras de Spencer hayan mitigado parte de ese enfado.

Camino hasta colocarme en el centro de su despacho. Él está al otro lado de su sofisticado escritorio, tecleando algo en su Mac con la vista centrada en la pantalla. Cuando alza la cabeza y comprueba que me he detenido en mitad de la estancia, su gesto se tuerce. Supongo que esperaba que hubiera ido hasta él.

Me niego a dejar que atrape mi mirada y mucho menos a contemplarlo embobada a pesar de lo guapísimo que está, así que prudentemente clavo mi vista en mis manos. Ryan resopla y se deja caer sobre su elegante sillón de ejecutivo.

—Tienes que irte a casa —dice sin más.

No me lo puedo creer. Alzo la mirada furiosa y la conecto directamente con sus ojos azules.

—¿No te molestas en intentar hablar conmigo en toda la mañana después de lo que ha pasado en el desayuno y ahora me mandas a casa? —pregunto acelerada y muy muy enfadada.

—La doctora Sanders dijo que trabajaras media jornada, Maddie.

Está empezando a cansarse.

—También dijo que no me estresara y aquí estoy —replico sardónica—, delante de mi mayor causa de estrés.

Ryan me fulmina con la mirada. Mi comentario no le ha gustado lo más mínimo.

—Maddie, no quiero discutir —masculla.

Está arisco, inquieto, enfadado.

—Vete a casa —sentencia.

Yo suspiro hondo. Está claro que aquí está ocurriendo algo.

—Ryan, ¿qué está pasando?

—Nada —responde terco.

—No me lo cuentes si no quieres —protesto malhumorada—, pero no me trates como si fuera estúpida.

Odio que se comporte como si fuera una niña pequeña. ¡Tengo veinticuatro años!

—No está pasando nada —me interrumpe exasperado—. Vete a casa de una maldita vez.

Su mirada es fría, metálica, dura, y un reguero de emociones la recorre. Por un segundo me parece ver que también está asustado, pero esa emoción desaparece sumergida en toda la arrogancia que brilla con fuerza en sus ojos azules. Yo le mantengo la mirada y un segundo después cabeceo. No entiendo por qué me está tratando así, pero ahora mismo creo que ni siquiera me importa saberlo. Sólo quiero salir de aquí.

Furiosa, giro sobre mis pasos y me dirijo hacia la puerta. En ese mismo instante Ryan reacciona. Sale corriendo, me rodea la cintura con su brazo y tira de mí hasta que mi espalda se acopla a su pecho.

—Ven aquí —susurra dejándose caer sobre mí, hundiendo su nariz en mi pelo, haciendo que no quede un centímetro de aire entre nosotros.

Quiero marcharme pero sencillamente no puedo. La mañana ha sido demasiado gris.

—Todo esto lo estoy haciendo por ti —susurra de nuevo y toda la inquietud y la tensión que antes vi en su expresión ahora toman su voz.

—¿Qué está pasando, Ryan? —pregunto sin moverme un ápice.

—Nada que no pueda solucionar —se apresura a responder con una seguridad aplastante.

Me giro entre sus brazos despacio y su mirada vuelve a atrapar la mía. Algo dentro de mí no para de gritarme que no debería dejar las cosas como están, pero no puedo evitar que cada una de sus palabras, la manera en la que me mira, me conmuevan. Todos necesitamos que nos den un poco de cuerda alguna vez.

—Está bien —claudico.

Ryan sonrío, alza la mano y me acaricia suavemente el labio inferior.

—Nos iremos juntos. Te llevaré a comer a Of Course.

Asiento e imito su gesto. Creo que necesitaba verlo sonreír.

Ryan me toma de la mano y salimos de la oficina. Me gusta el hecho de que ya no tengamos que escondernos o salir por separado, aunque reconozco que eso también tenía su encanto.

Llegamos al garaje y, como siempre, Finn nos espera junto al elegante Audi A8. Ryan y yo nos acomodamos en la parte trasera. Sigue muy callado y pensativo. Quiero ayudarlo, pero lo cierto es que no sé cómo.

—Ryan —susurro quitándome el cinturón y acercándome a él.

Su nombre en mis labios parece ser su particular pistoletazo de salida. Me toma de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él. No lo duda y, acunando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza, intenso, casi desesperado.

—Quiero que confíes en mí —susurra contra mis labios.

Y no es una petición. Es una orden llena de una imperiosa necesidad por ser complacida.

—Confío en ti —respondo sin dudar, porque, al margen de todo, esas tres palabras nunca dejarán de ser verdad.

Se separa. Sólo lo necesario para que sus ojos vuelvan a atrapar los míos. Los suyos brillan con fuerza, llenos de rabia, de frustración y de un sinfín de emociones que parecen quemarle por dentro. Pero, sin dejar escapar un solo segundo más, vuelve a besarme indomable.

La chispa estalla entre nosotros y todo arde.

Nuestros besos se hacen más intensos. Ryan baja sus manos por mis costados y las desliza bajo mi vestido.

Gimo contra sus labios y él gruñe contra los míos.

Enrolla su mano en mi coleta y sin ninguna delicadeza tira de ella para obligarme a alzar la cabeza y darle libre acceso a mi cuello. Me muerde, me lame y yo gimo más fuerte.

—Finn, lárgate —masculla justo antes de volver a besarme.

El chófer no contesta. Siento el coche girar un par de veces hasta que finalmente se detiene.

Ryan sigue besándome y el mundo a mi alrededor se difumina.

Oigo una puerta cerrarse y automáticamente Ryan me lanza sin ninguna delicadeza sobre el asiento y de inmediato él lo hace sobre mí.

Ya puedo notar todo lo salvaje que va a ser y todo el placer que voy a sentir.

Cuando termina de recolocarse la ropa, se gira hacia mí, que trato de ponerme bien el vestido, y me mete un mechón de pelo tras la oreja al tiempo que me da un suave beso.

—Ha estado bien —susurra con su media sonrisa.

—Ha estado genial —replico tímida.

Nunca entenderé cómo logra conseguir que me siga sintiendo así cuando está cerca.

La sonrisa de Ryan se ensancha a la vez que se deja caer sobre el elegante sillón y se ajusta la chaqueta de un par de tirones. Coge mis bragas hechas añicos y, sin mediar palabra, se las mete en el bolsillo de sus pantalones. Me observa por última vez para comprobar que ya estoy lista y saca su iPhone.

—Nos vamos —ordena sin más a quien quiera que haya llamado.

A los segundos, Finn vuelve a acomodarse tras el volante y de inmediato yo me siento algo avergonzada. Si ha entrado tan rápido, significa que estaba relativamente cerca. ¿Y si lo ha oído todo? Automáticamente me ruborizo.

Ryan me observa un segundo, alza la mano y me acaricia con delicadeza la mejilla.

—Vas a conseguir que sólo pueda pensar en follarte otra vez —me advierte.

Yo aparto mi mirada de la suya. Esos ojos azules están fabricados de peligro y deseo y van a conseguir hechizarme de nuevo. Sin embargo, antes de que me dé cuenta, como si mi libido hubiera tomado el control de cada uno de mis actos, alzo la mirada y dejo que la suya la atrape por completo. Son los ojos más increíbles que he visto en mi vida.

—Finn, a casa —le ordena Ryan.

—Creí que querías que comiera.

Ryan me dedica su media sonrisa algo dura y muy muy *sexy* y sé que los planes han cambiado.

Finn detiene el Audi junto a las escaleras amarillas de acceso. Sale y, profesional, me abre la puerta del coche. Cuando me bajo, Ryan me está esperando a unos pasos. Toma mi mano irradiando toda esa seguridad y me guía a través del pasillo, el ascensor y las elegantes escaleras hasta nuestra habitación.

Nos detiene en el centro de la estancia y da el paso definitivo para que nuestros cuerpos se toquen. Su mirada azul va haciendo que mi respiración se acelere despacio, dominándome, consiguiendo que me rinda a él.

—Túmbate —me ordena.

Hago lo que me dice. Sus ojos me siguen ávidos y hambrientos. Camina hasta colocarse frente a la cama y lentamente se lleva las manos a la corbata. La desliza por el cuello de su camisa sin dejar de mirarme arrogante y exigente, decidiendo qué hará conmigo.

Se desabrocha cada botón despacio, torturador, consiguiendo que suspire bajito cuando su impresionante torso se descubre ante mí.

Ya no puedo más, es una visión demasiado tentadora, y, como si el deseo tomara el control de mi cuerpo, hago el ademán de incorporarme.

—No te muevas, Maddie —vuelve a ordenarme—, o no dejaré que te corras.

Trago saliva y muy despacio vuelvo a tumbarme.

Su voz ha sonado ronca, masculina, sensual. La voz de quien tiene el control, del que juega con él y de quien decide cómo morimos de placer las pobres mortales.

Ryan se desabotona sus elegantes pantalones a medida y deja que caigan al suelo junto a sus bóxers suizos de doscientos dólares.

Avanza por mi cuerpo hasta que sus ojos vuelven a dominarme desde arriba. Otra vez consigue que su mirada azul llena de lujuria, deseo y muchísimo placer, me incendie por dentro. Mi respiración se agita aún más y puedo notar cómo toda la calidez de su cuerpo traspasa mi ropa y calienta el mío.

—¿Quieres tocarme? —me pregunta en un salvaje susurro.

—Sí —casi suplico.

Ryan me dedica su media sonrisa y, prácticamente en ese mismo momento, me toma por las caderas y me gira bajo su cuerpo. Me da un azote. Fuerte. Gimo y con un solo movimiento me penetra lleno de intensidad.

—¡Joder! —grito.

El placer me recorre serpenteante. Mis manos y mis rodillas flaquean. Ryan se inclina sobre mí, coloca sus manos sobre las mías y me da un húmedo beso justo bajo la oreja.

—Te follaría hasta que se acabara el mundo.

Suspiro para ahogar el gemido que esas ocho palabras acaban de provocarme. Ya sé que otra vez voy a ver el maravilloso paraíso de placer y puro sexo de Ryan Riley.

Me desperezo tumbada en el colchón con la sonrisa más grande del mundo. La segunda sesión de sexo salvaje ha sido aún mejor que la anterior. Frunzo el ceño al darme cuenta de que Ryan no está. Extrañada, avanzo por la inmensa cama hasta levantarme. Hace menos de un minuto estaba perdiéndose en mi interior sobre estas mismas sábanas.

Me pongo su camisa y, con el paso titubeante, no quiero que la señora Aldrin o Finn vuelvan a pillarme sin bragas, bajo hasta el salón.

Ya desde los últimos peldaños puedo verlo junto a la isla de la cocina, bebiéndose una botellita de San Pellegrino sin gas helada. Sólo lleva los pantalones puestos. Está descalzo y con el pelo revuelto.

—Me alegra ver que por lo menos necesitas agua —comento con una sonrisilla de lo más insolente acercándome a él—. Creí que te alimentabas de sexo.

Ryan separa el cristal de sus perfectos labios sin apartar sus ojos de mí y deja la botella sobre la encimera.

—Y no te equivocabas —replica.

Me toma por la cadera, me lleva contra su cuerpo y me besa con fuerza, desbocado. Me obliga a levantar las piernas hasta rodear su cintura y, sin separar nuestras bocas un solo instante, nos lleva de vuelta a la habitación.

Entramos en el baño y directamente en la ducha.

Abre el grifo y el torrente de agua cae a nuestro lado sin llegar a tocarnos. Despacio, deja que mis pies toquen el mármol y ágil se deshace de sus pantalones.

Tiene demasiada prisa para quitarme su camisa botón a botón y, sin más, me la saca por a cabeza.

Nos lleva bajo el chorro. Me besa con fuerza y me empuja contra la pared, aprisionándome entre ella y su cuerpo. Como hizo en la cama, me gira entre sus brazos e inmediatamente noto su inmensa erección chocar contra mi trasero.

—Pon las manos contra la pared —me ordena.

Hago lo que me dice y gimo cuando se recoloca entre mis piernas.

—¿Quieres tocarme? —vuelve a preguntar exigente, brusco, incluso arisco, al tiempo que ancla sus manos en mis caderas.

—Sí —vuelvo a suplicar.

Ryan baja una de sus manos por mi vientre y, experto, desliza dos dedos en mi sexo.

—Pues entonces tendrías que haber sido una chica obediente y haber venido a casa cuando te lo dije.

Introduce sus dedos en mi interior y cualquier protesta que pensara hacer se evapora en un largo y profundo gemido.

Saca sus dedos e instantáneamente son reemplazados por su enorme miembro.

Grito.

El agua cae sobre nuestros cuerpos, sobre mis manos que luchan por mantenerse pegadas a los azulejos.

Ryan me embiste sin piedad. Sus dedos se deslizan sobre mi sexo mientras su miembro me llena de placer estocada a estocada.

—Dios —gimo.

El agua quema pero es mi propio cuerpo el que va a arder en cualquier momento.

Ryan aprieta con más fuerza su mano en mi cadera.

Acelera el ritmo.

Sus dedos acarician hasta el último rincón de mi sexo.

Grito.

Mi cuerpo se tensa.

Hace calor. Hace mucho calor.

—¡Ryan!

Un orgasmo acuciante, acelerado, fuerte, brusco, duro, me recorre entera y se mezcla con cada gota de agua que acaricia mi piel hasta hacerme ver el cielo de nuevo.

Ryan me embiste una vez, dos, tres veces y, a la cuarta estocada, su mano se agarra aún más posesivamente a mi cadera y se corre en mi interior con un alarido caliente y sensual.

Nos quedamos quietos bajo el chorro unos minutos. El ruido de nuestras respiraciones se mezcla con el sonido del agua y todo se tiñe de relajación, dicha postorgásmica y vapor.

Ryan me ayuda a salir de la ducha y me envuelve con una toalla. Regreso a la

habitación, pero de inmediato, como si una fuerza poderosa e indisoluble me llamara, me vuelvo para verlo salir del baño con una toalla inmaculadamente blanca rodeando su cintura. Al tiempo que levanta la cabeza se echa el pelo hacia atrás, y creo que voy a tener otro orgasmo sólo con semejantes vistas.

Ryan no dice nada, camina hasta mí, me quita la toalla de un tirón y me tumba sobre la cama haciéndolo inmediatamente sobre mí.

—Ryan —me quejo con una sonrisa nerviosa y absolutamente maravillada en los labios.

—¿Qué? —pregunta presuntuoso, con sus manos a ambos lados de mi cabeza y sus ojos, brillando más azules que nunca, dominando los míos a una distancia demasiado corta.

Está desatado y yo estoy encantada.

Me da un beso en los labios y sin más comienza a bajar por mi cuerpo. Sus labios se deslizan por mi mandíbula, mi cuello, mis pechos. Su cálido aliento solivianta mi piel hasta llegar a mi ombligo. Me besa el vientre de lado a lado y pasea su nariz por mi pelvis y mi sexo antes de darme un húmedo y profundo beso justo en el centro de todo mi placer.

—Ryan —gimo, pero cada letra se evapora en un suspiro largo, intenso, absolutamente extasiado.

Me besa como sólo él sabe hacerlo, tomándose su tiempo, haciendo que mi cuerpo se retuerza de placer.

—Ryan —vuelvo a gemir.

Se arrodilla entre mis piernas, se deshace de la toalla y vuelve a colocarse entre ellas. Su miembro duro, como si no hubiera estado dentro de mí ya tres veces, acaricia mi sexo hipersensibilizado y todo mi cuerpo se arquea.

Sonríe presuntuoso, travieso y satisfecho y se inclina sobre mí. Me besa para calmarme o quizá para soliviantarme más, quién sabe cuáles son sus malévolos planes, y, tomando su polla por la base, la guía hasta que con un fluido movimiento entra mí.

—¡Dios! —grito.

Se mueve despacio, profundo, colmándome una y otra vez, llegando más lejos con cada empuje.

Me aferro a sus hombros y Ryan reacciona hundiendo su perfecta boca en mi cuello.

Me muerde.

Me lame.

Alcanza un punto inexplorado en mi interior y todo mi cuerpo vuelve a arquearse bajo el suyo.

No puedo más.

Acelera el ritmo.

Grito.

Gruñe.

Me embiste.

Me corro.

Dios...

Me despierto con la sonrisa en los labios. Me incorporo sobre la cama y miro a mi alrededor. Ahora mismo estoy en una nube. Estiro el brazo a través del colchón y llego hasta su camisa. Ryan debe haberla dejado ahí para mí. Al deslizarla sobre mis hombros, un suave aroma a lavanda me inunda. Todavía huele a él. Me abrocho los botones despacio mientras no puedo dejar de pensar que ha sido increíble. Nunca había dudado de las habilidades de Ryan para el sexo, pero es que hoy se ha superado. ¡Caí desmayada! Me folló hasta que perdí el conocimiento literalmente.

Rompo a reír y me dejo caer sobre la cama otra vez. Estoy casada con un dios del sexo.

En ese momento oigo pasos acercarse a la habitación y me incorporo de nuevo. Ryan entra en la estancia con una bandeja en las manos. Ya se ha duchado y lleva sus vaqueros gastados y una camiseta gris de la que se ha remangado las mangas. No entiendo cómo con algo tan sencillo puede estar tan espectacular.

—¿Qué es esto? —pregunto divertida cuando coloca la bandeja en la cama frente a mí y veo un cuenco de fruta perfectamente cortada y lavada y dos rebanadas de pan blanco tostado.

Antes de que pueda contestar, cojo un trozo de plátano y me lo llevo a la boca.

—Estoy hambrienta —me disculpo.

Ryan me dedica su media sonrisa, como si tuviera claro que, después del maratón de orgasmos y sábanas de diez mil hilos, me iba a despertar con un hambre voraz.

Se saca algo del bolsillo trasero del vaquero y me lo tiende. Está enrollado y no puedo ver bien lo que es.

—Finn me dijo que querías leerlo —me anuncia.

Lo cojo y comprendo que se refiere al *New Yorker*. Asiento encantada con un trozo de fresa en la boca. Está jugosa y deliciosa.

Ryan sonrío, pero su gesto se transforma en uno más duro y sensual cuando apoya la rodilla en la cama y ágil, como un animal salvaje, se inclina sobre el colchón clavando los puños en él hasta que nuestras miradas están a la misma altura. Yo observo todo el movimiento absolutamente hechizada por su magnetismo.

—Prométeme que te quedarás en la cama y descansarás —me ordena suavemente.

Otra vez veo esa punzada de inquietud en sus ojos. Otra vez quiero preguntarle por qué está tan preocupado. Y otra vez me contengo. Prometí confiar en él. Así que hago lo único que creo que puede tranquilizarlo mínimamente.

—Sí, me quedaré aquí y descansaré.

Su mirada se relaja y, dentro de mi preocupación, me siento inmensamente feliz por haberlo conseguido.

Ryan continúa observándome. Alarga la mano y, sin desatar nuestras miradas, me

acaricia el labio inferior con el pulgar. Si pretende hacerme arder por combustión espontánea, va por el camino correcto. Al final se incorpora y se marcha, dejándome absolutamente sedienta de él.

Este hombre va a volverme completamente loca.

Respiro hondo tratando de calmar mis hormonas borrachas de deseo y cojo una de las rebanadas de pan tostado. Hacía años que no comía a media tarde. Había olvidado lo bien que sienta.

Rompo un trozo de pan con los dedos y me lo llevo a la boca mientras abro la revista sobre mi regazo. Sonrío al ver el editorial de Sterling sobre la crisis económica. Paso las páginas veloz hasta llegar al artículo de Antón Smith. La entradilla sobre la economía de consumo para frenar la crisis es brillante. No me extrañaría que se la hubiese dictado el propio Sterling. Tal como ordenó, el anuncio clásico de Coca-Cola de la mujer entrando en la fábrica luce a página completa. Sólo fueron unos días y la mayoría de ellos resultaron horribles, pero viendo este artículo me siento muy orgullosa de mi paso por el *New Yorker*.

Me dispongo a seguir leyendo cuando recuerdo que aún no he tenido oportunidad de ver el *Times* para averiguar cuáles son las fechas del Cirque du Soleil.

Me bajo de la cama y corro hasta la cómoda para coger unas bragas. Pellizco un nuevo trozo de pan y me lo llevo a la boca mientras me dirijo a las escaleras.

Voy hasta el despacho de Ryan, pero a unos pasos me detengo. Está hablando por teléfono y no quiero molestarlo. Me doy media vuelta y, camino de la cocina, inspecciono el salón. Frunzo los labios. Esperaba encontrar el periódico aquí. Normalmente suele haber un ejemplar en la mesita de centro o sobre la isla. Me apoyo en la barra y me inclino sobre ella. Tampoco se ve por la cocina. Qué extraño.

—¿Puedo ayudarla en algo, Maddie? —La voz de Finn me sobresalta.

Me giro y lo saludo con una sonrisa, martirizándome por no haber recordado que Ryan tiene servicio cuando decidí bajar únicamente en bragas y camisa.

Pienso en decir que no y salir corriendo escaleras arriba pero... cinco acróbatas saltaban a la vez sobre un balón de helio y se agarraban a una estructura metálica que pendía del techo y con la que formaban un dragón chino. No quiero perderme eso.

—Buscaba el periódico —respondo tratando de no sonrojarme—. No quiero entrar en el despacho de Ryan y molestarlo y pensé que quizá estaría por aquí.

Su expresión cambia imperceptiblemente y juraría que ha sido cuando he dicho la palabra *periódico*.

—Avisaré al señor Riley —comenta andando hacia su despacho.

—No te preocupes, Finn, puedo ir yo.

Comienzo a caminar hacia el estudio, pero el chófer me intercepta cortándome el paso.

—Sé que está trabajando, pero sólo será un segundo —alego.

—Quizá preferiría que se lo subiese yo —propone profesional.

Lo miro confusa. ¿Qué le pasa? Estoy a un par de metros del despacho, puedo

entrar y coger el periódico yo misma. Sé que está trabajando. No voy a entrar y revolver su estudio como si tuviera tres años.

—Prefiero ir yo —replico con una sonrisa, pero no se aparta.

En ese momento Ryan sale y, con el ceño fruncido, me observa flanqueada por su hombre para todo.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta y claramente se ha puesto en guardia.

—Quería entrar en tu despacho —me defiendo— y Finn no me deja.

Ha sido un chivatazo en toda regla, pero es que la situación es de lo más ridícula.

—Sólo quiero ver el periódico —protesto.

La expresión de Ryan cambia. Su mandíbula se tensa y su mirada se recrudece.

—¿Qué está pasando? —murmuro y, más que preocupada, creo que ahora estoy asustada.

—Finn, puedes retirarte —le comunica Ryan sin levantar los ojos de mí.

Yo tampoco desuno nuestras miradas y espero paciente a que el chófer salga de la estancia para obtener mi respuesta. Ryan cierra los ojos un instante y baja la cabeza, como si toda la situación lo superara. Cuando vuelve a alzarla, un reguero de emociones salpica el azul de su mirada. Está enfadado, frustrado y otra vez puedo ver toda esa inquietud.

—Vuelve arriba —dice sin más.

¿Qué?

—No —respondo sin dudar.

—Vuelve arriba, Maddie —repite con la voz aún más endurecida.

—No voy a volver arriba hasta que me cuentes qué está pasando.

—¡Joder! —masculla furioso.

Me doy cuenta de que, si él no va a darme las respuestas que me merezco, tendré que buscarlas yo. Con paso decidido, camino hacia su estudio. Al pasar a su lado, no me detiene, pero la tensión que emana de su cuerpo es casi palpable. A un par de metros, el estómago se me cierra de golpe. ¿Y si el periódico ha vuelto a publicar algo horrible sobre mí, sobre mi madre? ¿Y si hay alguien en su despacho? ¿Y si es Marisa?

Trago saliva e intento tranquilizarme. Sea lo que sea, será mejor que quedarme al margen.

Entro en el estudio y veo el periódico en el sofá. Lo cojo y, ceñuda, examino la portada. No hay nada especial. Lo abro y voy pasando página tras página. Veo la noticia del Cirque du Soleil, pero ya no me interesa. Sigo revisándolo y de pronto me parece una estupidez lo que estoy haciendo. ¿Qué espero encontrar? Sin embargo, cuando estoy a punto de rendirme y volver a dejar el *Times* sobre el tresillo, lo abro otra vez. Es más que curiosidad, es una sensación de duda efervescente que bulle en la boca de mi estómago. Continúo pasando páginas y entonces mi corazón se rompe en millones de pedazos.

Lo reconozco todo: la terraza de Chelsea, las vistas, a Ryan; a quien no reconozco es a ella. Está muy cambiada, pero la pulsera en su muñeca la delata. Es Marisa. Bajo el mordaz titular de «Nueva York para las neoyorquinas», hay una foto a cinco columnas de Ryan besándose con Marisa en la terraza. El artículo lo firma Lucas McCallan. Debe de estar disfrutando muchísimo con todo esto.

Dejo caer el periódico en el sofá y me giro despacio. Siento como si hubieran tirado de la alfombra, del mundo entero, bajo mis pies.

Ryan está de pie justo en la entrada. Su mirada ahora mismo es impenetrable. Yo me siento ofendida, dolida, triste.

—Por eso no querías que viera el periódico —murmuro con tanta rabia en la voz que apenas es audible. Las lágrimas caen por mis mejillas pero me las seco brusca—. Por eso me has sacado de la oficina a rastras y por eso me has follado hasta que he perdido el conocimiento.

Ryan tuerce los labios un único segundo, una imperceptible muestra de dolor. Es un hijo de puta.

—No quería que vieras la foto, pero no por los motivos que tú crees.

Sonrío fugaz. Va a tratarme como una cría hasta el final.

—¿Y cuáles son esos motivos? —replico llena de desdén, con la voz entrecortada luchando para que suene firme.

—No ibas a entenderlo —responde amenazadoramente suave.

Lo miro sin poder creer lo que estoy oyendo. No voy a soportar ni un minuto más este absurdo juego. Me ha engañado. Me ha traicionado.

—Eres un hijo de puta —siseo, antes de ir hasta la puerta dispuesta a marcharme de aquí de una vez por todas.

—La foto es antigua —dice en un golpe de voz.

Me paro en seco con el ceño fruncido a unos pasos de él.

—¿Crees que soy idiota? —murmuro.

—Te estoy diciendo la verdad.

Ahogo una sonrisa furiosa y nerviosa en un suspiro y me encamino de nuevo hacia la puerta. No quiero volver a verlo. Pero, antes de que pueda alcanzarla, Ryan me detiene cogiéndome por la cintura. Forcejeo tratando de escapar. Las lágrimas casi no me dejan ver nada. Pataleo. Quiero salir, pero Ryan me lleva hacia dentro prácticamente sin esfuerzo y me sienta en su escritorio. Me revuelvo, pero él me mantiene perfectamente sujeta. Mi respiración está acelerada, es casi caótica. No quiero estar aquí. No quiero escucharlo.

—La foto es antigua —repite tomando mi cara entre sus manos.

Algo dentro de mí me dice que no debería escucharlo.

—Nena, créeme —susurra.

Despacio, mueve sus manos y, paciente, me aparta algunos mechones de la cara y

me seca las lágrimas. Yo suspiro intentando tranquilizarme, sintiendo en la punta de sus dedos la dulzura con la que me está tratando. Aún más lentamente, se inclina sobre mí y me besa una vez, un leve roce de sus labios con los míos. Yo vuelvo a suspirar y aparto la cara, agachándola, casi escondiéndola. Ni siquiera soy capaz de comprender cómo me siento ahora mismo.

—Nena —vuelve a llamarme.

Delicadamente me obliga a alzar la cabeza y sus ojos atrapan los míos por completo. Un millón de emociones siguen centelleando en ellos, pero la inquietud y un miedo sordo, casi helado, están ahí sin ningún asomo de duda.

De nuevo despacio, vuelve a inclinarse sobre mí y, sin desatar nuestras miradas, me besa, y yo esta vez me dejo besar porque quiero creerlo, necesito creerlo. Ryan me estrecha contra su cuerpo y hace su beso aún más intenso.

Cuando nos separamos, me da uno nuevo, corto y dulce, y deja su frente descansar sobre la mía. Estoy nerviosa, inquieta. Siento que la situación está a punto de poder conmigo.

Oímos un tímido carraspeo en la puerta y los dos alzamos la mirada. Es Finn. Ryan le apremia con la mirada a decir lo que tenga que decir. Ahora comprendo muchas cosas: porque Ryan se marchó esta mañana sin dar explicaciones, que Finn se ofreciera a comprarme la revista o lo extraño que volvió Bentley de su despacho. Suspiro por enésima vez y me esfuerzo en dejar de pensar en todo eso. Hace que me sienta como una pobre tonta a la que siempre dejan al margen de todo.

—Señor Riley, la señorita Borow está aquí.

Todo mi cuerpo se tensa al instante.

—Que se marche —contesta Ryan sin dudar.

Por un momento pierdo mi mirada en su mandíbula tensa, en su cara de perdonavidas. Me paso los días quejándome de que me ve como a una cría y muy en el fondo puede que lo sea, pero no soy ninguna cobarde y, si siempre dejo que esa mujer me vea escondida tras Ryan, eso será lo que continuará pensando.

—No, Finn, espera —lo llamo.

Los dos me miran sorprendidos.

—Hazla pasar —le ordeno.

Aparto a Ryan, que lo hace con el ceño fruncido y a regañadientes, y me bajo de la mesa. Finn no reacciona y yo enarco las cejas apremiándolo sin palabras. Finalmente mira a Ryan y éste asiente desconfiado. Observo cómo su hombre para todo gira sobre sus pasos y se marcha. Cuando lo hace, yo también salgo del estudio bajo la atenta mirada de Ryan. Creo que todavía está asimilando que quiera enfrentarme a ella.

Sin perder tiempo, voy hasta la habitación. Busco el pequeño bolso rojo que llevé a la cena de los Riley y saco la pulsera. Pienso tirársela a la cara y dejarle claro que no es bienvenida en esta casa.

Antes de salir del vestidor, me veo de pasada en el espejo y recuerdo que sólo

llevo la ropa interior y la camisa de Ryan. Voy a coger unos vaqueros, pero, cuando mis dedos apenas han rozado la prenda, me llevo la mano a los labios. Prefiero que esa arpía me vea exactamente así, como ella nunca podrá estar.

Salgo de la habitación y enfilo las escaleras.

«Soy una chica valiente, soy una chica valiente».

—Hola, Ryan —la oigo saludarlo tan irritantemente solícita como siempre.

Acelero el paso y al fin llego al salón. Sólo tengo que comportarme como lo haría Lauren o, mejor aún, como haría Álex. Ella sería capaz de aprender yudo sólo para patearle el culo.

—Hola, Marisa.

Con desgana, deja de comerse a Ryan con la mirada y me presta atención. Cuando me ve, sus ojos se llenan de sorpresa y entreabre los labios. Claramente no me esperaba y mucho menos así vestida.

—Hola, Maddie —responde tratando de disimular que está molesta.

Ahora que estoy aquí, no sé muy bien qué hacer.

«Piensa, maldita sea, piensa».

—¿Qué quieres, Marisa? —La interrumpe Ryan acelerando toda la situación.

Ella se acaricia el tirante de su carísimo vestido sin levantar los ojos de Ryan.

—Pasaba por aquí y quería saludarte. Además, en la cena en casa de tus padres no tuvimos tiempo de hablar y necesito comentar algunos negocios contigo.

—Si quieres hablar de negocios conmigo, nos veremos en mi oficina —replica arisco.

—Como quieras —responde, dándole carta blanca absolutamente para todo con sólo dos palabras.

¿Acaso no ve que estoy aquí y prácticamente en bragas? ¡Es una zorra!

—Marisa —la llamo—, ya que estás aquí, por qué no aprovechas para llevarte tus cosas.

Ella me mira confusa. Yo doy un paso adelante y abro la mano mostrándole la pulsera.

—La encontré en el fondo de un cajón, enganchada con algo —le aclaro—. Seguro que para ti tiene más valor sentimental.

Le entrego la pulsera y tengo que contenerme para no dar un grito de alegría por haber puesto a esta arpía por fin en su sitio.

Ella examina la pulsera y a los segundos una sonrisa taimada asoma en sus labios. Toda mi satisfacción se esfuma y, sin saber por qué, un escalofrío frío y sordo me recorre la columna.

—Esta pulsera no es mía —comenta tendiéndomela.

Frunzo el ceño confusa y por inercia alzo la mano para cogerla.

—Marisa, márchate.

La voz de Ryan se abre paso a mi espalda. Aunque no lo veo, sé que está más que furioso.

—Deberías preguntarle a Savannah. Es más de su estilo.

—¡Marisa, largo! —El grito de Ryan corta el ambiente.

Marisa gira sobre sus carísimos tacones y se marcha. Yo trago saliva e intento ordenar todas las ideas, que hierven en mi mente. La pulsera es de Savannah y, por la manera en la que Marisa lo ha dicho, está claro que con la palabra *estilo* se refería a lo mismo de lo que me habló Lauren y el documental del Discovery Channel.

Por Dios, no entiendo nada.

—Me has mentido —casi tartamudeo, volviéndome para tenerlo frente a frente.

Ryan está a unos pasos de mí. Su rostro, toda su expresión, reflejan una tensión indecible. Está furioso, nervioso. Su mirada está más endurecida que nunca y todas las emociones que vi antes regresan a ella como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

—Yo no te he mentido —masculla con la voz recrudescida—. Tú diste por hecho que la pulsera era de Marisa.

—¡Y tú dejaste que lo creyera! —respondo alzando la voz.

—Maddie —me reprende.

—Maddie, ¿qué? —replico. Estoy furiosa, dolida—. Quiero la verdad, Ryan. Hablo en serio. Nada de historias a medias. Si la pulsera es de Savannah, ella es la chica de la foto.

—¿Por qué tenemos que hablar de esto? —se queja exasperado—. No tiene nada que ver con nosotros.

Cabeceo. Un millar de sentimientos diferentes tiran de mi cuerpo en demasiadas direcciones. Quiero tirarle algo a la cabeza, quiero romper a llorar, quiero correr a sus brazos. Odio que haya tenido algo con ellas, pero me duele mucho más la posibilidad de que las prefiera antes que a mí.

—Cuéntamelo —le pido tratando de sonar serena.

—No —responde terco.

Una palabra transformada en una gigantesca advertencia.

—Cuéntamelo —repito.

—Maddie, he dicho que no.

—¡Me merezco saberlo!

Y, aunque es lo último que quiero, comienzo a llorar. Estoy desesperada. Me llevo las palmas de las manos a la cara en un estúpido intento de que no me vea. Es algo absurdo. Mis sollozos descontrolados resuenan por todo el salón.

—Estuve con las dos —se sincera.

¿Qué?

—¿Un trío?

Todo me da vueltas. No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—No, salí con las dos al mismo tiempo y también me acostaba con otras chicas. Nunca las engañé. Las dos tenían claro lo que había.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Hace seis años. Marisa y yo teníamos una relación normal, follábamos y poco más, pero con Savannah era diferente. A mí me gustaba llevar el control y a ella le encantaba que lo hiciera. Al principio sólo era en la cama, pero después fue creciendo.

Calla un segundo. Yo estoy al borde de la conmoción. Ryan me observa y finalmente se pasa la mano por el pelo.

—Si estábamos en un bar, le decía con quién quería que bailara, quién quería que se la tirara en el baño. Ella lo hacía para complacerme y yo porque en el fondo ella me importaba una mierda, pero tenía veinticuatro años y tener esa clase de poder sobre otra persona me volvía loco. Si le decía que no comiese, no comía. Si le decía que no durmiese, no lo hacía.

—¿Eras su amo?

Siento náuseas.

Ryan niega con la cabeza y yo siento un increíble alivio.

—Ser su amo implicaba unas cosas que yo no quería aunque ella sí. Me pidió que le comprara la pulsera y lo hice porque para mí no significaba nada. Me comporté como un gilipollas, Maddie, pero mi vida se me estaba escapando entre los dedos y la relación que teníamos me hacía sentir que volvía a tener el control de la maldita situación.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. No es tristeza. Me siento sobrepasada.

—¿Por qué terminó?

—Porque para mí era un juego y para ella no y, por muy poco que me importase, era la hermana de Bentley. Rompí con ella y poco después se fue a Luxemburgo.

Asiento nerviosa. Por lo menos nunca quiso nada serio con ella.

—¿Le pegabas? —inquiero con voz temblorosa.

No sé por qué lo hago. Creo que necesito espantar todas las imágenes de Ryan como un amo en un cuarto lleno de fustas de cuero... con ella.

—No, Maddie. Me gusta follar duro, pero no la ataba a un poste y la azotaba con un látigo. —Tiene el valor de parecer ofendido—. Me la follaba a ella igual que... — Se frena a mitad de frase y tuerce el gesto como si se arrepintiese por adelantado.

—¿Igual que me follas a mí? —pregunto e involuntariamente mi voz se llena de rabia y dolor a partes iguales.

—Yo no he dicho eso —sentencia haciendo hincapié en cada palabra.

En realidad sí lo ha dicho. Otro aluvión de lágrimas inunda mis ojos, pero nuevamente no me permito derramar ninguna. Ahora mismo me siento una más.

Suspiro bajito tratando de contener el huracán que amenaza con asolarme por dentro. Sin dejar que vuelva a atrapar mi mirada, camino hasta él y le tiendo la pulsera.

—Deberías guardarla tú —musito.

Ryan coge la pulsera pero en el mismo instante, sin ni siquiera mirarla, la lanza al

fondo del salón y me toma de la muñeca antes de que pueda escapar, acercándose a él.

—Esa pulsera no es nada para mí y ella tampoco. No me importa lo más mínimo si se ha pasado los últimos seis años con un puto collar de perro al cuello. Savannah no significa nada para mí.

Necesita que lo entienda, pero yo no puedo evitar sentirme como me siento. Es cierto que pertenece al pasado, pero todo sale a relucir ahora: la pulsera, la foto. Estuvo en Luxemburgo cuando estuvimos separados. ¿Y si la vio? ¿Y si se acostaron? ¿Y si cada vez que su mundo se ponga patas arriba es a ella a quien va a necesitar? Sacudo la cabeza. No quiero pensarlo.

—Ryan, suéltame —le pido.

—No puedes enfadarte por algo que ocurrió antes de conocerte —replica exasperado.

Tiene razón y sé que estoy siendo muy injusta, pero no puedo evitarlo.

—Ryan, necesito un momento, por favor.

Tiro de mi mano tratando de soltarme. Al tercer tirón, Ryan, a regañadientes, abre la suya y me libera. Sin decir nada más, camino con paso acelerado hasta las escaleras y las subo deprisa.

Hasta que no me siento en el borde de la cama, no me doy cuenta de cuánto me tiemblan las rodillas. Estoy nerviosa, inquieta, acelerada. La cabeza me da vueltas y el corazón me late a mil kilómetros por hora. Tuvo algo con Savannah y, por mucho que él diga que no significó nada, fue algo diferente a lo que tuvo con otras chicas.

Suspiro hondo y trato de recordar la foto. Él está igual pero... ella parece tan diferente a la Savannah que conozco. Lleva un vestido sencillo, el pelo recogido en una coleta aún más sencilla. Intento recordar un poco más, en realidad cada detalle. Quiero creer a Ryan y pensar que la foto es antigua. Igual que quiero creerlo y pensar que ella no significa ni significó nada para él.

Un rayo atraviesa el cielo de Manhattan y me distrae. Miro la ventana y, a pesar de esperarlo, cuando suena el impactante trueno, doy un respingo sobre el colchón.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, me levanto, me quito la camisa de Ryan y vuelvo a ponerme mi vestido, impecablemente doblado sobre la cómoda. Necesito volver a ver ese periódico, pero no quiero ir a su despacho. Quiero pensar, intentar racionalizar todo esto, y con Ryan cerca es imposible.

Me pongo la chaqueta y me calzo mis botas.

Bajo al salón acelerada, exactamente como me siento. Por suerte Ryan ya no está. Imagino que se habrá encerrado en su estudio. Suspiro con fuerza, conteniendo esa parte de mí que simplemente quiere acurrucarse en su regazo y fingir que nada ha pasado, y voy hasta la puerta principal.

Llueve a mares. Antes de poner un pie en la acera, hago memoria. El kiosco de prensa está en la esquina de la 31 con la Octava, a dos manzanas de aquí. Si corro, llegaré sin mojarme demasiado.

Esquivo a los neoyorquinos malhumorados que se mojan de vuelta del trabajo y a los que, por culpa del paraguas, tienen la visión reducida. Me encojo bajo mi chaqueta y me la cierro con fuerza juntando las solapas con la mano más de lo que lo hacen los botones.

El kiosco tiene un pequeño toldo, así que, por suerte, puedo refugiarme en él mientras un chico más o menos de mi edad compra un paquete de chicles.

—El *Times*, por favor —pido al tiempo que me meto la mano empapada en la chaqueta aún más empapada y saco un billete de cinco.

El hombre me entrega la vuelta y, aunque mi idea era regresar a casa y examinarlo allí tranquilamente, la desazón me puede. En una esquina del pequeño toldo abro el periódico y busco desesperada el artículo. Si no fuera imposible, diría que la de la foto soy yo. Incluso creo que tengo un vestido exactamente igual. La pulsera en su muñeca me hace apretar los labios. Sigo observando. Quiero encontrar el detalle definitivo que me haga creer a Ryan sin resquicio de duda. Miro cada centímetro. Miro cada maldito centímetro y, entonces, obtengo exactamente lo contrario.

El corazón me da un vuelco y después simplemente cae destrozado, como todo mi mundo. Doblo el periódico con cuidado y regreso a casa. Camino acelerada pero no corro. Es como si de pronto no tuviera ninguna prisa por llegar.

Por primera vez recuerdo el código de seguridad de la puerta y no necesito llamar. Es curioso que sea precisamente ahora.

Subo cada peldaño como si los pies me pesaran cien kilos.

Al verme entrar absolutamente empapada en su estudio, su expresión cambia por completo. Ya no hay cautela en sus ojos. Sólo todo ese desahucio. El mismo sentimiento que veía en su mirada cuando no le dejaba tocarme. No debí haber dejado que lo hiciera jamás.

—La pieza está al revés —musito.

Él frunce el ceño saliendo a mi encuentro. No entiende a qué me refiero.

—Si querías que te creyese, tendrías que haberte molestado en cambiar la pieza sobre el interruptor de la terraza mucho antes —le digo casi gritando con la cara, la voz, llenas de lágrimas.

—Maddie —me llama.

Alza la mano pero rápidamente doy un paso atrás antes de que pueda tocarme. No voy a permitir que lo haga. Eso se acabó.

—¿Cuándo, Ryan?

Aprieto el periódico con fuerza.

—Joder —farfulla.

No quiere tener que contestar y ésa es la respuesta más clara para mí.

—¿Cuándo? —repito.

Quiero escucharlo de sus labios.

—Dos días antes de nuestra boda, cuando me emborraché.

Asiento y respiro hondo. Me estoy rompiendo por dentro.

—Quiero irme —musito.

Me giro y doy el primer paso para alcanzar la puerta, pero Ryan me lo impide.

—No, no vas a irte —replica con la voz endurecida—. Vas a escucharme.

—No me interesa nada de lo que tengas que contarme.

Alzo la mirada y mis ojos se encuentran inmediatamente con los suyos azules y furiosos. Sigue siendo una mirada arrogante, pero la inquietud, la tristeza y el arrepentimiento la empañan. Aun así, la soberbia gana la batalla. Al fin y al cabo sigue siendo Ryan Riley.

—Unos días antes de la boda ella se presentó en mi despacho. Tú te estabas recuperando después de que ese gilipollas te atacara, acababa de discutir con mi padre y el tuyo no daba su brazo a torcer. Ella me dijo que sabía lo que necesitaba, pero yo ni siquiera le presté atención. Cuando insistió, me puse furioso. Le dije que te tenía a ti y que no necesitaba nada más. No quería seguir oyendo más tonterías y me marché a una reunión. Justo antes de abrir la puerta, ella volvió a repetir que sabía lo que necesitaba, a lo que respondí que por mí podía quedarse esperando ahí toda la tarde. Joder, no lo dije en serio. Sólo quería que se largara. Pero cuando regresé más de cuatro horas después, ella seguía allí, exactamente en el mismo lugar.

Su sumisa, porque, aunque él dijera que no, era su amo. Ella lo sentía así. Los imagino a los dos en la misma habitación y tengo ganas de vomitar.

—Le dije que se largara y lo hizo —continúa—. Pero cuando aquella noche mi padre se presentó aquí, joder, me volví loco. Lo único en lo que podía pensar era en hundir a Miles Hannigan. No lo hice por ti —sentencia.

Es un gilipollas y un sucio bastardo. Se está comportando como si encima tuviera que darle las gracias.

—¿Y porque te diera cargo de conciencia hundir a una familia te revolcaste con ella?

—Yo no me acosté con ella, joder.

Cabeceo a la vez que una sonrisa fugaz e irónica, que ni siquiera me llega a los ojos, asoma en mis labios. No voy a ser tan estúpida de pensar que sólo se besaron.

—Fui a buscarla, pero sólo con verla me di cuenta de que no quería estar allí ni con ella y me fui a un bar a beber.

Cabeceo de nuevo. Son sólo más mentiras.

—Además, esto no es sólo culpa mía —se queja arisco—. ¿Por qué no me dijiste que sabías lo de Hannigan? Me dejaste salvarlo —protesta casi en un grito.

—Porque pasó hace más de veinte años y pensé que sólo te haría daño —respondo con el mismo tono.

—Creí que para ti lo más importante era la sinceridad —replica odioso.

—Eres un hijo de puta —siseo, fulminándolo con la mirada.

Agarro aún con más fuerza y rabia el periódico, no sé por qué no lo suelto, y echo a andar hacia la puerta con el paso decidido. Sin embargo, una vez más Ryan me

intercepta.

—¡Suéltame! —grito.

Rompo a llorar. Ya no puedo más. Intento alcanzar la puerta, pero a Ryan no le cuesta ningún trabajo retenerme. De pronto me siento como si el tiempo no hubiera pasado y volviera a estar en la misma discusión que hace unas horas sólo que más agotada, más furiosa, más dolida.

—¡Suéltame de una maldita vez! —grito de nuevo.

Ryan me lleva hasta la pared. Me inmoviliza con las caderas e intenta agarrar mi cara para obligarme a mirarlo. Yo me revuelvo. Lo empujo. Me siento desbordada, con el corazón en la garganta y una rabia tan inmensa que casi no me deja respirar.

—¡Suéltame! —le grito por tercera vez.

—Escúchame.

—Te he dicho que me sueltes —respondo terca.

—¡Escúchame!

—¡No!

No pienso hacerlo. No voy a perder un solo segundo más con él.

—Maddie, joder, ¡creí que eras tú!

Mi mente se ha evaporado.

Ryan me mira con la respiración agitada y la expresión aún más inquieta.

—¿Qué?

—Cuando te marchaste aquella noche, seguí bebiendo. Ella se presentó aquí, dejé que subiera pero cuando entró la perdí de vista. Estaba tan borracho que a duras penas me mantenía en pie. Al regresar, llevaba uno de tus vestidos y se había recogido el pelo en una sencilla coleta. Creí que eras tú, joder, y la besé.

Pestañeo intentando que las lágrimas me dejen enfocar bien su rostro. La respiración se me ha entrecortado aún más y el corazón me late todavía más de prisa. Todo esto es una pesadilla.

—¿Y qué pasó después? —pregunto con la voz entrecortada.

—Que no eras tú.

Esas cuatro palabras me taladran el corazón. Su autocontrol se está resquebrajando y su voz se ha llenado de todas las emociones que reflejan su mirada, de todo ese dolor, de ese desahucio sordo y frío.

—¿Te acostaste con ella?

—No —responde sin asomo de dudas.

Le creo pero el dolor es el mismo. Esto sólo me confirma que para él soy una más, que cualquier chica sólo necesita que esté lo suficientemente borracho y ponerse uno de mis vestidos para conseguir que él la bese, y, sobre todo, me confirma la horrible idea de que, cuando se ha visto sobrepasado, ha acudido a ella y no a mí.

—Quiero irme, por favor —le pido.

—No. —Niega también con la cabeza—. No voy a dejar que te vayas pensando todo lo que estás pensando ahora mismo. Cometí un error, pero eso no cambia lo que

tenemos.

Te equivocas. Lo cambia todo.

—Quiero irme —repito automática.

Sólo quiero dejar de llorar. No pensar por un único segundo.

—Te he dicho que no vas a moverte de aquí.

Ya no puedo más.

—Ahora mismo te odio, Ryan. —Estallo—. ¡Sólo puedo imaginarte con ella!
¡Suéltame!

Ryan resopla brusco y, como si fuera su recurso más desesperado, se inclina sobre mí y me besa con fuerza. Yo lo empujo, trato de apartar la cara, pero no me lo permite. Me odio a mí misma cuando mi cuerpo reacciona al suyo y por un momento también se deja besar.

Al fin se separa y nuestras respiraciones jadeantes lo inundan todo. Apoya su frente en la mía y el espacio entre los dos se hace todavía más íntimo.

—Te quiero —susurra contra mis labios.

Sollozo y lágrimas nuevas bañan mis mejillas. Es la segunda vez que me dice que me quiere.

Trato de calmar mis pensamientos, ordenarlos, pero no soy capaz. Ahora mismo no puedo tenerlo cerca.

Con el beso su cuerpo se relaja y, aprovechándolo, lo empujo suavemente y salgo corriendo. La sorpresa me hace ganar unos segundos. Antes de alcanzar la puerta de su estudio, le oigo farfullar un ininteligible juramento e inmediatamente sale tras de mí.

—¡Maddie! —grita—. ¡Maddie, joder!

Llego al cuarto de invitados y milagrosamente consigo cerrar la puerta y echar el pestillo antes de que me alcance. Creo que no había corrido tanto en toda mi vida.

—¡Maddie! —grita de nuevo golpeando la puerta—. ¡Maddie, abre la maldita puerta!

Yo me alejo unos pasos tratando de dejar de llorar. Tengo que dejar de llorar. Respiro hondo y me concentro en cualquier otra cosa que no sea Ryan al otro lado de la puerta. Entonces me doy cuenta de que aún llevo el periódico. Mi parte más masoquista y autodestructiva quiere volver a mirar la foto, pero no lo hago. Lo que sí me gustaría hacer es quemarlo y de paso lanzar alguna de esas maldiciones indias de Lauren.

He dejado de llorar. Mi pecho se convulsiona sin mucho sentido arriba y abajo pero las lágrimas han parado. Ryan ya no golpea la puerta, pero sé que sigue al otro lado de la madera.

No sé qué hacer, pero tengo claro que no quiero llorar más. Soy una chica fuerte y lo mantengo. Ahora sólo tengo que dormir, descansar y mañana tomaré todas las decisiones que tenga que tomar.

Me quito la cazadora empapada y entro en el baño. Delante del espejo compruebo

consternada que mi vestido y mi ropa interior también están mojados. Suspiro de nuevo y echo un vistazo a mi alrededor buscando algo que poder ponerme. No quiero coger una pulmonía. Tengo que cuidar del bebé y hoy precisamente no ha sido un día tranquilo lleno de comida saludable.

Diviso el sofisticado toallero eléctrico y decido que es mi mejor opción. Me daré una ducha mientras mi vestido y mis bragas se secan en él. Después me meteré en la cama y, a ser posible, no saldré en tres días.

«No te hundas, Parker».

Resoplo. Puedo con esto. Sólo necesito dejar de pensar.

Al salir de la bañera, me envuelvo en una toalla y con la otra me seco el pelo. Por suerte la ropa ya está seca y puedo ponérmela y meterme en la cama. Es lo único que quiero.

Apago la luz de un manotazo y me cubro con la colcha hasta la cabeza. Echo de menos mi apartamento. Ver más a las chicas y a James. Ryan me mintió cuando me dejó creer que la pulsera era de Marisa, que ella era la de la foto y también al decirme que era antigua. Y, sin embargo, a pesar de todo, le creo cuando me dice que no se acostó con ella. Debo ser rematadamente idiota. Suspiro hondo. No puedo quitarme la horrible foto del periódico de la cabeza. No puedo dejar de pensar en ellos hace seis años.

Me acurruco aún más bajo la colcha. Sólo quiero que sea mañana.

Algo me atraviesa el vientre. Duele. Duele. DUELE.

—Aaahh —intento gritar pero mi voz se evapora.

Abro los ojos de golpe. El dolor es abismal, como si una barra de acero fundido me estuviera atravesando el cuerpo. Me llevo las manos al vientre. Estoy mojada. Las alzo. Es sangre.

La cama.

Mis piernas.

Yo.

Estoy cubierta de sangre.

Dios mío, mi bebé. Intento levantarme pero el dolor vuelve y me inmoviliza. Es atroz.

—Ryan —grito todo lo fuerte que soy capaz pero apenas es un murmullo—. Ryan.

—Hago un esfuerzo sobrehumano—. ¡Ryan!

—¡Maddie! —le oigo responder al otro lado.

Quiero levantarme. Abrir la puerta. Necesito ir a un hospital. Necesito salvar a mi bebé. Por favor, que esté bien mi bebé.

Oigo un golpe fortísimo. Un segundo aún mayor. Y la puerta se abre de golpe, estrellándose contra la pared. Ryan la ha tirado abajo y entra como un ciclón.

—Maddie —susurra y su voz se diluye.

Me ve y el temor más infinito se apodera de sus ojos azules. Sin embargo, no tarda ni una milésima de segundo en reaccionar. Corre hasta la cama y me toma en

brazos, levantándome suavemente del colchón.

—Tranquila, nena, voy a llevarte al hospital —susurra tratando de calmarme.

Yo rodeo su cuello con mis manos. Estoy muy asustada.

Ryan sale de la habitación como un rayo.

—¡Finn! —grita—. ¡Finn!

Todo me da vueltas.

—¡El coche, ya!

El dolor vuelve. Es insoportable. Me encojo sobre su regazo y me llevo la mano al vientre.

—Nena, no te preocupes.

Bajamos las escaleras. El aire cambia. Estamos en el garaje. Oigo unos neumáticos rechinar contra el asfalto. Ryan nos mete en el asiento trasero. El motor ruge. Todo se mueve muy rápido.

Ryan me acuna en su regazo. De pronto estoy muy cansada. Él está muy nervioso. Intento enfocar su rostro pero no soy capaz.

—Mi bebé —murmuro. Mi voz apenas es un suspiro—. Mi bebé.

Ryan baja la cabeza. Nunca le había visto tan asustado. Alza la mano y me acaricia el pelo intentando consolarme. Su mano también está mojada.

—No te preocupes, nena. Estamos muy cerca.

Está aterrado. Creo que es la primera vez que no veo ni un rastro de su autocontrol.

Quiero mantener los ojos abiertos, pero no puedo más. Estoy demasiado cansada.

—No, nena, no te duermas —me pide Ryan.

Quiero obedecerlo, quiero complacerlo, quiero hacerle feliz, pero no puedo, ya no puedo.

—Maddie, no.

Suena desesperado. Me acaricia la cara. Su mano también está mojada.

—¡Finn, joder, más de prisa!

Todo está oscuro. Ya no hay dolor.

Mi bebé.

Pestañeo. Por un segundo no sé dónde estoy. Lo hago de nuevo. Es la habitación de un hospital. Trago con dificultad. Tengo mucha sed. Torpemente me llevo las manos al vientre. Mi ropa está seca.

Miro a mi alrededor. No tardo en encontrarlo. Está sentado en una silla a unos pasos de mi cama. Está inclinado hacia delante. Tiene la cabeza recogida en las palmas de sus manos a la altura de las sienes y los codos apoyados en las rodillas separadas. Lleva la misma ropa, aunque no sé si estamos en el mismo día. No sé cuánto tiempo ha pasado.

Se pasa las dos manos por el pelo y en un movimiento fluido las deja sobre su nuca. Parece abatido. Al alzar la cabeza, nuestras miradas se encuentra y el alivio más infinito recorre sus ojos azules, aunque es el único sitio en el que se permite mostrarlo. Como si la sensación fuera un incendio propagándose por su cuerpo, exhala todo el aire. Se levanta despacio y camina hasta mí.

—Hola —murmura.

Trata de sonreír pero se queda en un fugaz intento; aun así, sigue siendo una sonrisa preciosa.

Su ropa está manchada de sangre. También su pelo. Sin duda alguna, debió pasarse las manos por la cabeza cuando la sangre estaba en ellas.

Su ropa manchada me hace pensar en el dolor, pero ya no lo siento.

—¿El bebé está bien?

Me mira y en sus ojos descubro el arrepiento y el dolor más cristalinos que he visto jamás.

—Nena... —susurra, pero no sabe cómo seguir.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa y mi mente se para en seco.

En ese momento la puerta se abre y la doctora Sanders entra con expresión profesional, pero también algo apesadumbrada.

—¿Cómo se encuentra, Maddie? —me pregunta con una pausada sonrisa.

—Doctora, ¿mi bebé está bien?

Necesito saber que está bien.

—Maddie —comienza compasiva. No me gusta ese *Maddie*. Odio ese *Maddie*—, lo siento muchísimo. Ha sufrido un aborto espontáneo.

Las primeras lágrimas caen por mis mejillas. Mi bebé ya no está.

Ryan está impasible junto a mi cama. Su respiración cada vez es más brusca y sus ojos azules están vidriosos.

—Como le expliqué —continúa la facultativa—, el suyo era un embarazo de riesgo y cualquiera de los factores que le describí pudo haberlo desencadenado.

Recuerdo perfectamente esos factores. El estrés estaba entre esos factores.

Lloro en silencio. No hay sollozos ni respiraciones convulsas. Sólo dolor.

—Lo positivo que podemos sacar de todo esto es que, a pesar de la complicada

hemorragia que ha sufrido, no tendrá secuelas internas y, una vez que se recupere de la operación, podrá volver a quedarse embarazada.

Asiento.

—Gracias, doctora —me despido con la vista clavada al frente.

La pared me recuerda el mural de fotos de bebés felices de su despacho. Cierro los ojos.

—Descanse, Maddie —la oigo decir—. Vendré a verla en unas horas para darle el alta.

—Gracias —repite Ryan.

Oigo la puerta cerrarse y vuelvo a abrir los ojos. Ryan sigue a mi lado. Me mira compasivo, pero el dolor de sus ojos azules pesa más. Ya no está. Quito mi mano de mi vientre y despacio la deslizo hasta que cae en el colchón. Mi bebé ya no está. Ryan alza los dedos y acaricia mi mano. Sin quererlo, una lágrima vuelve a correr por mi mejilla. Aparto la mano y también la mirada. No quiero que me consuele, él no.

Noto cómo se queda observándome unos segundos y finalmente se retira de la cama y vuelve a sentarse en la silla.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto con la vista aún perdida en el otro extremo de la habitación.

—Te traje ayer por la mañana antes de que amaneciera —susurra con la voz endurecida, triste—. Son casi las once de la mañana del jueves.

Asiento y las lágrimas vuelven a correr otra vez en silencio. Ninguno de los dos dice nada más.

El dolor regresa pero puedo soportarlo. Una punzada en el vientre que me corta la respiración un segundo y después desaparece.

Tras una hora o dos, no lo sé, una enfermera llamada Rose entra con una bandeja con algo de fruta y gelatina. A pesar de todo lo que insiste, no pruebo bocado.

El dolor continúa intermitente, pero no digo nada.

La tarde avanza. No he dicho una palabra. Ryan está pendiente de mí en todo momento, pero yo no me siento con fuerzas ni siquiera para hablar. Me pregunta si tengo hambre, frío, sed... Yo le contesto un escueto «no» o simplemente niego con la cabeza.

El sol ya no brilla con tanta fuerza.

Llaman a la puerta e inmediatamente se abre. No veo quién es, pero sí cómo Ryan se levanta de un salto y su cuerpo se tensa al instante. Comprendo por qué ha tenido esa reacción cuando veo a Sean entrar en la habitación.

—Maddie —pronuncia mi nombre alarmado—, he venido en cuanto me he enterado de que estabas aquí.

—Hola, Sean —lo saludo desanimada.

No es por él. No tengo ganas de ver a nadie.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta profesional, abriendo la carpeta que trae consigo. Imagino que es mi historial.

—Estoy bien —murmuro.

Miento.

—Voy a reconocerte —dice muy resuelto acercándose más a mi cama.

Inmediatamente Ryan también da un paso hacia mí. Ahora mismo estoy flanqueada.

—Si nos dejas solos, Ryan, empezaré el examen. No tardaremos mucho.

—No te preocupes por mí, Sean. Me quedaré.

Las palabras y su tono de voz no casan en absoluto. No está siendo amable ni quiere serlo.

—Suelo examinar a mis pacientes solo —replica Sean.

Yo lo observo y después miro a Ryan, con las manos metidas en los bolsillos pero todo su cuerpo tenso, en guardia, demostrando que ni siquiera necesita ser agresivo para tener todo el control de la habitación y de cuantos estamos en ella. Es la arrogancia personificada.

—Estoy seguro de que podrás hacer una excepción —sentencia.

Sean asiente con los labios convertidos en una fina línea y se sienta a mi lado.

—¿Estás mareada? —me pregunta mientras me apunta a los ojos con una linternita.

—No.

—¿Náuseas?

—No.

—¿Has comido algo?

Pienso en mentirle pero es una estupidez. Se enteraría igualmente.

—No.

—Tienes que comer —me reprende—. Perdiste mucha sangre y necesitas recuperar fuerzas.

Sean me quita la manta con cuidado y coloca una palma sobre otra y las dos sobre mi estómago. Ryan aprieta los dientes. Sabe que sólo me está examinando y no puede quejarse, pero, si dependiese de él, ya le habría dado una paliza por ponerme las manos encima.

Baja hasta mi abdomen y no puedo evitar lanzar un pequeño gruñido. Observo de reojo a Ryan. Sus ganas de darle una paliza han aumentado hasta el infinito.

—¿Te duele? —me pregunta separando las manos.

Asiento.

—Podríamos repetir las pruebas, pensar cuál es el tratamiento más adecuado, el más suave, que te reponga todos los niveles de vitaminas.

No quiero nada de eso. No quiero más doctores diciéndome que pronto estaré bien porque no es verdad. Unas inmensas ganas de llorar me atrapan de nuevo.

—Sólo quiero que este dolor se vaya, Sean —lo interrumpo en un susurro con la voz entrecortada—. Por favor, haz que se vaya, porque cada vez que me duele me recuerda que mi bebé ya no está.

Nuevas lágrimas bajan por mis mejillas pero me las seco rápidamente. Los ojos me duelen y me escuecen, como si cada vez bajarán más saladas.

Ryan me observa. Está lleno de dolor como yo. Su mirada azul está repleta de tristeza, vulnerable, arrepentida.

Mis palabras también tiene un eco directo en la expresión de Sean. Creo que nunca me había visto llorar. Asiente despacio y pulsa un botón sobre la cabecera de mi cama. Inmediatamente una enfermera se persona en la habitación. No creo que haya tardado más de treinta segundos.

—Póngale a la paciente cuarenta miligramos de *fentanyl* intravenoso. —Su voz ha sonado profesional, pero sobre todo muy seria.

La enfermera asiente. Se acerca a uno de los muebles, prepara una jeringuilla y me la inyecta en el gotero.

—Te sentirás mejor en seguida —me anuncia Sean.

Yo asiento y me seco las lágrimas. Quiero dejar de llorar.

El busca de Sean suena y me dice que debe marcharse. Yo asiento una vez más. La medicina está empezando a hacer su efecto y comienzo a sentir algo de sueño.

No sé exactamente cuándo, me quedo dormida.

Al despertar, ya ha anochecido. Ryan continúa sentado en la misma silla. Es obvio que necesita descansar y probablemente comer. No creo que se haya apartado de mi cama ni un solo segundo.

La misma enfermera que me inyectó el fármaco regresa para quitarme el gotero y poco después la doctora Sanders me da el alta. Insiste en que debo descansar y alimentarme bien. Me receta unos calmantes y me recuerda que tengo que venir a revisión en ocho días. Antes de irse, vuelve a decirme que lo siente. Yo ahora mismo siento tantas cosas y la primera es no haber hecho caso a mi sentido común y alejarme de Ryan.

La doctora se encuentra con alguien en la puerta, o al menos eso creo, y Ryan se acerca a ellos. Hago un titánico esfuerzo y consigo incorporarme. A pesar de que continúo sentada, estoy muy dolorida.

Ryan regresa un par de minutos después con dos bolsas negras de papel en las que creo leer Converse, pero no estoy segura. Al verme sentada, tuerce los labios en un gesto de desaprobación, pero no dice nada.

—Finn ha traído algo de ropa —comenta rebuscando en las bolsas—. La tuya estaba llena de sangre. —Su voz se hace inaudible al final de la frase.

Resopla brusco y, tratando de dejar atrás sus propias palabras, se gira hacia mí con un pantalón de chándal, una sudadera gris clara y otras prendas de ropa que no puedo ver. Las deja sobre la cama y se coloca frente a mí. Lentamente alza las manos y, dejándome claro lo que va a hacer, las acerca despacio al bajo de mi pijama de hospital.

Yo quiero pararlo, pedirle que llame a una enfermera, pero no lo hago. Los dos suspiramos a la vez y poco a poco me saca la prenda por la cabeza. Me quedo

desnuda pero no es algo sensual, tampoco para él. Es como si Ryan pudiese ver el dolor a través de cada centímetro de mi piel.

Sin prisas, paciente, me cubre con una camiseta. Deja el sujetador a un lado y coge unas bragas también grises de algodón. Las desliza por mis piernas sin ninguna brusquedad. Apoyo las dos manos en el colchón y, haciendo un increíble esfuerzo, me alzo lo suficiente para que pueda ponérmelas.

Ninguno de los dos dice nada.

Toma los pantalones y repite el mismo proceso. Se acuclilla frente a mí y, lleno de ternura, encaja mis pies en unas Converse blancas nuevas y las anuda.

No puedo levantar mis ojos de él mientras lo hace. Está poniendo toda la atención que es capaz, fingiendo que nada más importa.

Por último, coge la sudadera. Alzo los brazos, la pasa por ellos, se inclina un poco más sobre mí y tira de la prenda. Mi cabeza asoma y puedo ver a Ryan más cerca, concentrado, deslizando la sudadera con cuidado por mis costados. Una incipiente barba comienza a recorrer su mandíbula. Sus dedos rozan mis caderas pero no se detiene. Lo que acaba de hacer no ha sido algo sensual, ha sido amor puro, duro, triste.

—Espera un segundo —me pide.

Vuelve a la silla y, ágil, se lleva las manos a la espalda, se deshace de su camiseta manchada de sangre y se pone una limpia.

—¿Puedes caminar? —me pregunta regresando a mi lado.

Asiento y con cuidado me bajo de la camilla. El dolor se hace más intenso pero, cuando me mantengo de pie, se diluye un poco. Ryan no levanta los ojos de mí. Sé que ahora mismo lo único que quiere es cogerme en brazos y sacarme de aquí, pero sabe que no quiero que lo haga.

Finn y el Audi nos esperan en la misma entrada de urgencias. Cuando me abre la puerta, el chófer me dedica una sonrisa discreta, sincera y triste. Tengo ganas de volver a llorar pero me contengo. Ya no quiero llorar más.

Al acomodarme en el asiento trasero, vuelvo a sentir dolor. Casi en el mismo instante me doy cuenta de que no huele como siempre, a suave ambientador de limón; ahora huele a coche nuevo. Miro a mi alrededor y me percató de que la tapicería lo es. Es el mismo modelo y el mismo color, pero claramente nueva. Supongo que la otra se llenaría de sangre. Involuntariamente los dedos de la mano que tengo apoyada en el asiento se mueven suavemente. Ryan observa mi gesto sin decir una palabra.

Otra vez tengo ganas de llorar, pero otra vez me contengo.

Suena una canción muy triste. Creo que es *Glacier*, de James Vincent McMorrow. Ahora mismo me siento pequeña e insignificante y al mismo tiempo como si todo esto le estuviera pasando a otra persona y no a mí. Yo sigo feliz acurrucada con Ryan en la *suite* del Carlyle. Cierro los ojos y me concentro en la sensación de ser feliz, de estar entre sus brazos en aquella cama.

El vehículo se detiene despacio. Al abrir los ojos, me doy cuenta de que ya hemos

llegado a Chelsea. Finn sale presto y me abre la puerta. Ha aparcado junto a la acera. Me imagino que siguiendo órdenes de Ryan para ahorrarme un trecho de camino.

Me resiento al salir del coche pero procuro que no se me note. Camino unos metros y me detengo frente a las escaleras. Creo que subir las va a ser más complicado que andar un par de pasos.

—¿Quieres que te lleve? —pregunta Ryan deteniéndose a mi espalda.

—Puedo sola —respondo.

Él aprieta los labios hasta formar una fina línea pero no dice nada. Yo alzo la mano y me apoyo en la barandilla. Duele más de lo que pensaba. Cuando alcanzo el último, tengo la sensación de que, en vez de siete escalones, he subido doscientos.

Caminamos pausadamente por el vestíbulo y tengo que contener un suspiro cuando veo las siguientes escaleras. Siempre me han parecido preciosas y sofisticadas, pero ahora las veo como una tortura de unos quince escalones.

—Maddie, puedo llevarte —me recuerda Ryan.

Niego con la cabeza.

—Puedo sola —repito.

Sin embargo, cuando no llevo más de unos cuantos peldaños, me detengo exhausta y dolorida. Ryan sube de prisa y, sin decir nada, me toma en brazos. Abro la boca dispuesta a quejarme pero él comienza a subir.

—Ya lo sé —me interrumpe—, puedes sola.

No se está riendo de mí ni siendo arrogante. Sólo me está pidiendo que le deje ayudarme y lo hago porque estoy agotada, pero, sobre todo, porque mi cerebro es incapaz de procesar un no cuando la pregunta es si quiero estar en sus brazos, aunque ésa sea la respuesta que quiero darle.

En el pasillo no puedo evitar fijarme en la entrada de la habitación de invitados. No hay rastro de la puerta que Ryan tiro abajo y en su lugar hay una nueva, idéntica. Creo que, aunque estuviera horas buscando, ni siquiera encontraría una astilla en el suelo. Con la tapicería del coche, la puerta, incluso mi ropa, Ryan está intentando evitarme cualquier recuerdo de lo que pasó. Me encantaría que fuese tan sencillo.

Me lleva a la habitación y con cuidado me deja en la cama. La estancia está en penumbra. La única luz que la ilumina es la que llega desde el pasillo. Yo me cubro rápidamente con la colcha y, no sé por qué, tapada hasta la barbilla, vuelvo a sentirme mínimamente segura.

Ryan me observa durante un momento. Abre la boca dispuesto a decir algo, pero en el último segundo no lo hace.

—Descansa —susurra antes de salir de la habitación.

Las ganas de llorar, que nunca se han ido del todo, se hacen más intensas cuando lo veo marcharse.

No quiero seguir pensando.

No sé cuánto tiempo pasa, creo que poco más de unos minutos, cuando oigo pasos acercarse a la habitación. Ryan entra en ella con una bandeja. Recuerdo cuando

me trajo esa misma bandeja a esta misma cama con fruta, tostadas y el *New Yorker*. Sólo hace unos días de aquello.

—Maddie, necesitas comer algo. —Intenta que su voz no suene como una orden y eso lo hace todo más extraño.

No digo nada. Ni siquiera lo miro.

Deja la bandeja con cuidado sobre la mesita y abre el bote de calmantes. Me deja dos pastillas junto al vaso de agua y se guarda el frasco en el bolsillo de los pantalones.

Me incorporo despacio y me tomo las pastillas. Me tumbo de nuevo, me tapo hasta las orejas y me vuelvo. Estoy a punto de romper a llorar. Ser fría con él me está matando por dentro, pero es que no quiero verlo. No puedo.

Me siento dolida, triste, destrozada. Sola.

Ryan resopla. Parece que otra vez quiere decir algo, pero en esta ocasión tampoco lo hace y sale de la habitación.

Suspiro hondo e intento tranquilizarme. Lucho por dejar la mente en blanco hasta que, poco a poco, los calmantes van haciendo efecto y por fin vuelvo a quedarme dormida.

Me despierto de golpe. He soñado que me caía por unas escaleras y he abierto los ojos justo antes de tocar el suelo. Las escaleras se han convertido en mis peores enemigas.

Cuando mi respiración se tranquiliza, el ruido del agua correr en la ducha atraviesa el ambiente. Cesa prácticamente al instante y casi en el mismo momento Ryan sale del baño. Ahora es la luz que proviene de esa estancia lo único que alumbra la habitación.

Camina hasta la cómoda con una toalla a la cintura mientras se seca el pelo con otra más pequeña.

Se viste rápidamente con un pantalón de pijama y una camiseta. Las dos en tonos oscuros. No puedo distinguir el color. Ryan apoya sus manos en el mueble a la vez que se inclina ligeramente sobre él y pierde su vista en la pared. En un solo segundo toda su expresión se recrudece. La barba rasga con más fuerza su atractivo rostro y lo endurece aún más. Está tenso, enfadado, furioso, triste, dolido. Él también está solo, como yo.

Finalmente agacha la cabeza y por un segundo parece suplicante, como si le pidiera a alguien o a algo que se llevara todo el dolor que siente ahora mismo. Una parte de mí quiere levantarse y correr a consolarlo, pero mi dolor pesa más y se mezcla con toda la traición y la mentira. Sin embargo, a pesar de todo, sigue siendo él y no puede evitar que mi destrozado corazón se parta en pedazos aún más pequeños al verlo así.

Ryan exhala brusco todo el aire de sus pulmones y con ese gesto parece que recupera todo su autocontrol. Deja las toallas en el baño sin ningún cuidado y apaga la luz. Cuando se acerca a la cama, cierro los ojos y finjo estar dormida. No quiero

pensar por qué lo hago. Sólo sé que necesito hacerlo.

El colchón se hunde cuando se tumba en la cama. Suspira con fuerza. Rodea mi cintura con sus brazos y me estrecha contra él hasta que una vez más mi espalda se acopla perfectamente a su pecho. Hunde su nariz en mi pelo e inspira despacio. Yo quiero separarme de él, levantarme, marcharme, pero sencillamente no puedo.

—Lo siento, nena, lo siento tanto.

Sus palabras me paralizan. Están rotas de dolor, como nosotros. No puedo evitar que una lágrima se escape por mi mejilla mientras lucho por contener un sollozo.

Mi mundo está hecho pedazos.

Me despierta el sonido de la bandeja contra la madera de diseño de la mesita. Abro lo ojos y observo a Ryan de pie, junto a la cama. Lleva unos vaqueros, una simple camiseta azul con las mangas remangadas y sus viejas Adidas. Sigue sin afeitarse. La última vez que lo vi así fue en París.

Parece agotado y aun así está guapísimo. Creo que lo estaría en cualquier circunstancia. Está muy concentrado en lo que sus manos hacen. Hábil, abre el bote de calmantes y otra vez deja dos junto al vaso de agua.

—Tienes que comer —dice.

Pero, como hice ayer, me incorporo, me tomo las pastillas e ignoro por completo el desayuno que tengo delante. Tiene una pinta deliciosa, pero mi estómago está cerrado a cal y canto.

Ryan aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Soy plenamente consciente de que ahora mismo lo único que quiere hacer es sentarme a horcajadas en su regazo y hacerme entrar en razón como mejor sabe. Sin embargo, cabecea tratando de contenerse y sale de la habitación.

Yo me quedo con la vista clavada en el techo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué hago todavía aquí? ¿De esta manera es como quiero que sean el resto de mis días a partir de ahora? Yo no soy así. No me gusta ser así. Quizá ahora no pueda decir que he salido de cosas peores, pero sí que siempre me he recuperado y ésta no va a ser la primera vez que simplemente me quede a un lado llorando.

«Vamos, Parker».

«Estoy muy orgullosa de ti».

Me incorporo con cuidado, aunque gracias a Dios ya no estoy tan dolorida. Miro a mi alrededor y no tardo en localizar mi iPhone junto a la bandeja. Suspiro hondo y marco el número de Lauren. Me recibe con un grito de alivio que después es una regañina en toda regla por no haber dado señales de vida en dos días. Cuando termina, tomo aire y le cuento todo lo que ha pasado. Le cuento de quién era la pulsera en realidad, la foto del *Times*, la relación que Ryan y Savannah tenían. Le cuento que me engañó. Le cuento que he perdido a mi bebé. No tengo que contarle que quiero irme y que necesito que venga a buscarme. Ella, probablemente con el tono de voz más serio que le he oído jamás, me dice que en media hora estará aquí.

Me levanto despacio y voy hasta el baño. Me doy una ducha muy rápida y camino

todo lo de prisa que puedo hasta el vestidor. Me pongo el primer vestido que veo y me recojo el pelo aún húmedo.

Bajo las escaleras con dificultad pero el dolor se ha transformado en molestia y consigo encaminarme a la cocina sin muchos problemas. Al verme, Ryan se levanta de un salto del taburete.

—Maddie —susurra perplejo.

Él y la señora Aldrin, al otro lado de la barra de la cocina, parecen no poder creer que esté justamente aquí.

—Buenos días —murmuro.

No dejo que su mirada me atrape. No puedo permitir que sus ojos azules me hagan dudar de la decisión que ya he tomado.

Me siento en un taburete pero no lo hago en el que está junto al que Ryan ocupaba y dejo uno vacío entre los dos. Suspiro hondo intentando controlar lo deprisa que me late el corazón. Estoy demasiado nerviosa.

La señora Aldrin reacciona y rápidamente comienza a moverse por la cocina. Sin dejar de observarme, Ryan ocupa de nuevo su asiento. Puedo sentir sus ojos azules hacer arder mi piel y poco a poco su respiración se acelera imperceptiblemente. Me alegra no ser la única a la que esta situación le afecta.

La cocinera deja una taza de café frente a mí y por un momento sólo puedo mirarla, humeante. Ya puedo volver a beber café porque ya no hay un bebé al que cuidar. De pronto no puedo pensar en otra cosa.

—Perdóneme, Maddie —se apresura a disculparse—. Soy una torpe.

Una lágrima se escapa por mi mejilla. Ryan se levanta y da un paso hacia mí dispuesto a consolarme, pero no le dejo que lo haga y me limpio la cara rápidamente. Cometo el error de mirarlo, sólo un segundo, y la tristeza que veo en su mirada azul es casi infinita.

La señora Aldrin alza la mano para retirarme la taza pero yo me adelanto y me la llevo a los labios. Le doy un sorbo pequeño. Creo que ya no me gusta el sabor del café.

Dejo la taza despacio y trago saliva a la vez que muevo los dedos nerviosa sobre la porcelana, suplicando porque los dos dejen de mirarme. Gracias a Dios, Finn aparece bajo el umbral de la puerta. Impaciente espero a que Ryan lleve su vista hacia él y me libere de sus ojos azules, pero no lo hace. Al fin, armándome de valor, alzo la mirada y la uno directamente a la suya. ¿Por qué tiene que ser tan increíblemente guapo? Desde luego eso siempre me ha complicado las cosas.

—La señorita Stevens y el señor Sandford están aquí —nos anuncia Finn.

Pero Ryan sigue sin prestarle atención, sin romper nuestras miradas. Incluso ahora sé que nunca podré querer a nadie como le quiero a él.

—No pienso esperar más. —La voz de Lauren llega contundente desde la escalera.

Unos pocos segundos después aparece tras Finn con el paso decidido, seguida de

Bentley. Ryan cierra los ojos un segundo. Está intentando no estallar ante la interrupción de mi amiga. Cuando vuelve a abrirlos, su mirada es increíblemente dura. Resultaría intimidante a diez kilómetros de distancia.

—¿Estás lista? —me pregunta fingiendo que Ryan y ella no comparten ni siquiera continente.

—Sí —musito a la vez que asiento—. Sólo necesito recoger mis cosas.

Ahora es ella la que asiente.

—¿Recoger tus cosas? —La voz tanto incrédula como endurecida de Ryan atraviesa el ambiente como un estruendo.

Yo no digo nada y Lauren tampoco me permite un atisbo de duda. Me coge de la mano y tira de mí para que me levante del taburete y la siga escaleras arriba.

Ryan me mira perplejo. Camina hacia nosotras decidido, pero Bentley lo toma del brazo y le obliga a girarse. Ryan masculla un «joder» entre dientes, pero no puedo oír nada más.

—Vamos a ser rápidas —me indica Lauren.

Abre su maxibolso y saca dos bolsas de tela del supermercado ecológico de la 17.

—Sólo necesito algo de ropa —le informo.

Lauren asiente eficiente y ambas entramos en el vestidor. Sólo con dar un par de pasos en él, no puede evitar perder su vista en los trajes de Ryan perfectamente colgados y en sus impolutas camisas blancas.

—¿Quemamos sus trajes y sus camisas? —me pregunta convencida.

Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír, casi reír.

—Le haríamos un favor a todas las mujeres de la humanidad —sentencia.

Asiento. Tiene razón. Es totalmente injusto que le queden tan bien. No nos deja otra opción que caer rendidas a sus pies.

Llenamos la primera bolsa en un santiamén.

—¿Quieres llevarte ése? —me pregunta señalando el Valentino que llevé en la fiesta del Metropolitan.

Niego con la cabeza.

—No —añado—. Ni ése, ni los de Tommy Hilfiger. Sólo quiero mi ropa.

No quiero llevarme nada que haya pagado él.

Llenamos la otra bolsa y regresamos a la habitación. Lauren mira a su alrededor y va recogiendo y guardando en su bolso todas mis pertenencias que encuentra desperdigadas por la estancia. Yo voy hasta la cómoda y comienzo a abrir y sacar algo de ropa de cada cajón. Al llegar al tercero, el corazón me da un vuelco cuando veo el disco de Vanessa Paradis y la postal de Doisneau. He perdido la cuenta de cuántas veces he escuchado la canción *Mi amor* desde que llegué.

—Vendremos en unos días y recogeremos todo lo demás —me anuncia.

Yo asiento saliendo de mi ensoñación y, decidida, cojo toda la ropa y la pongo en una mochila, dejando únicamente los dos objetos, y cierro el cajón de golpe. No quiero llevarme recuerdos que sólo van a hacerme daño.

Estoy a punto de entrar en el baño a recoger mi maquillaje y mi colonia cuando oímos voces cada vez más cercanas.

—¡Déjame en paz, joder! —Es Ryan. Está furioso, acelerado, nervioso.

Lauren y yo nos miramos y en una milésima de segundo la expresión de mi amiga cambia por completo. Está claro que está cabreadísima con él.

—¿Qué es eso de que te vas? —me pregunta con la inquietud y la rabia inundando cada palabra.

Yo no contesto. No quiero hacerlo y tampoco creo que él lo merezca.

—Maddie, contéstame. —Su tono es exigente, malhumorado.

Su autocontrol se está resquebrajando.

Sigo en silencio. Yo no me voy. Él me echó hace tres días cuando decidí mentirme o quizá fue dos días antes de nuestra boda, cuando decidió ir a buscarla. Cabeceo. Aún siento náuseas sólo con imaginarlos juntos.

—¡Maddie! —grita.

Está al límite.

—Sí, se va —le responde Lauren dando un paso hacia delante—. ¿Qué pensabas que iba a hacer? ¿Quedarse contigo?

Ella le está echando el valor que yo no soy capaz de demostrar.

—No es asunto tuyo —gruñe Ryan.

Le habla a ella pero sus ojos están clavados en los míos. No me puedo creer que al final todo vaya a acabar así.

—Claro que lo es —responde sin dudar—. Maddie es mi amiga. No sabes cuántas veces te he defendido para que acabaras comportándote así. Eres un auténtico hijo de puta.

Ryan resopla despacio y se vuelve lentamente hacia Lauren. Si fuera un hombre, probablemente ya la habría tumbado de un puñetazo.

Yo camino hasta mi amiga y me coloco entre los dos. La tensión empieza a ser tan intensa que puede llegar a ahogar.

—Lauren, por favor, espérame abajo —le pido tendiéndole la mochila.

Ella me mira sopesando mis palabras y finalmente acepta. Ryan la observa hasta que sale seguida de Bentley.

—¿Por qué te vas, Maddie? —pregunta tratando de sonar más calmado. Fracasa estrepitosamente.

—Ya lo sabes —musito.

Me gustaría sonar tan vehemente como Lauren, pero no soy capaz.

—Esto no tiene por qué acabar así.

—Esto ya ha acabado, Ryan.

Él niega con la cabeza nervioso mientras se pasa las manos por el pelo y deja una de ellas en su nuca.

—No pienso dejar que esto termine así —sentencia justo antes de cubrir la distancia que nos separa y tomar mi cara entre sus manos.

Mi cuerpo traidor, kamikaze y estúpido, sale de su letargo y se enciende por él.

—Dime que no quieres estar conmigo —susurra con su maravillosa y salvaje voz y sus espectaculares ojos azules dominando los míos.

Pero por primera vez no me siento hechizada y la determinación que siento no se evapora en su mirada.

—No quiero estar contigo.

No estoy enfadada ni triste. Estoy destrozada.

Esta vez el desahucio en su mirada azul es tan grande que ahoga cualquier rastro de arrogancia. Ryan retira despacio sus manos de mis mejillas y, cuando nuestros cuerpos se separan por completo, siento cómo un vacío sordo e inmenso se instala en mi estómago y lo aprieta tan fuerte que casi no me deja respirar.

Le estoy diciendo adiós a Ryan y da igual lo traicionada que me sienta, lo destrozada, todo el dolor se ha multiplicado por mil.

Obligo a mis pies a que me saquen de la habitación y bajo todo lo de prisa que soy capaz. A cada paso que doy hacia la puerta principal, el dolor es mayor, más duro, más cortante. Me estoy alejando de él.

Intento no pensarlo y acelero el paso. Salgo a la acera y llego al viejo Camaro de James. Lauren se despide de Bentley y silba a *Lucky* para que suba al asiento de atrás.

Ryan aparece con el paso lento pero muy seguro y se detiene bajo el umbral. No sé cómo lo ha conseguido, pero está aún más guapo que hace cinco malditos minutos. La ropa le sienta mejor. Sus ojos son más azules. Todo su magnetismo me desborda y mi mundo se desmorona un poco más porque no le estoy diciendo adiós a cualquier hombre, se lo estoy diciendo a él, al odioso, arrogante, malhumorado y mujeriego Ryan Riley. Me estoy despidiendo del amor de mi vida.

Me monto en el coche y clavo mi vista en el salpicadero. Lauren arranca y rápidamente nos incorporamos al tráfico.

Ni siquiera hemos abandonado la 29 cuando tengo que suspira hondo un par de veces para no llorar.

—Si quieres ponerte a llorar como una magdalena —dice Lauren colocándose el bolso en el regazo y dejando de mirar la calzada en intervalos de un segundo para buscar los cigarrillos en su bolso—, hazlo. Estás en todo tu derecho.

—No quiero llorar.

Lauren saca al fin su paquete de Marlboro *light* y coge un pitillo.

—Deberías empezar a fumar —comenta muy convencida.

Yo me vuelvo hacia ella y la miro confusa.

—No va a valerte de nada —continúa rotunda—, pero por lo menos va a hacer que te sientas un poco como Lauren Bacall, y eso siempre ayuda.

Aunque sigue siendo lo último que quiero, otra vez vuelvo a sonreír. Lauren tiene ese efecto.

A unos metros de mi viejo apartamento, puedo ver a James y Álex sentados en las escaleras del edificio, esperándonos.

—¿Les has contado algo?

Lauren niega con la cabeza.

—No, sólo les dije que querías marcharte.

Asiento. Aunque, en realidad, no sé para qué lo he preguntado. De habérselo contado, tampoco me habría importado.

Cuando el vehículo se detiene frente a mi edificio, los Hannigan se levantan con la vista fija en el Camaro. Álex comienza a caminar y, cuando pongo un pie en la acera, ya está frente a mí. Sólo necesita mirarme un segundo a los ojos para saber que no estoy bien y, sin dudar, me abraza con fuerza. Yo me noto rodeada por sus brazos y por primera vez desde que estaba bajo el pequeño toldo de aquel kiosco me siento un poco mejor. Lauren rodea el coche y se une a nuestro abrazo. Abro los ojos e inmediatamente me encuentro con los de James. Está furioso, lo sé, pero también sé que no es conmigo. Con el paso decidido, camina hasta nosotras y también se une al abrazo.

Sigo estando dolida, triste, destrozada, pero ya no estoy sola.

Sacamos del coche lo poco que he traído y subimos a mi apartamento. Aunque sea el único lugar donde quiero estar ahora mismo, no tengo muy claro que vaya a quedarme aquí. Sigue siendo de Ryan, no mío.

Dejamos las cosas sobre la cama y nos acomodamos en los sofás. James va a su piso y regresa un par de minutos después con cuatro Budweiser heladas y un cigarrillo en los labios. Miro la cerveza pensativa; probablemente no sea buena idea que beba y la mezcle con los calmantes, pero justo en este preciso instante me doy cuenta de que, exactamente como me pasó la noche que acabé en casa de Lauren, he olvidado mis pastillas en Chelsea. Resoplo. No voy a martirizarme. Además, acabo de eliminar mi único motivo para no beber.

—Sé que es lo más estúpido que podría decir... —comenta Álex—... pero... ¿estás bien? —me pregunta.

Asiento. Una parte de no martirizarse es no lamentarse.

—¿Vas a volver al trabajo?

—Sí —respondo justo antes de darle un trago a mi cerveza.

No voy a esconderme como si fuera una cría asustada. Ya he dejado que piense eso demasiadas veces.

Lauren me mira y asiente indulgente, pero a cada movimiento de cabeza va ganando énfasis como si sopesara la idea.

—Me parece genial —sentencia al fin—. Tú no has hecho nada. El cabronazo ha sido él.

—¿Pero qué es lo que ha hecho? —inquire Álex sin poder entender mi cambio de actitud.

—Me engañó —digo en un golpe de voz.

Los Hannigan me miran boquiabiertos y yo asiento de nuevo a la vez que sonrío fugaz y nerviosa.

—Y yo estaba embarazada —continúo con la voz entrecortada—. Era un embarazo de riesgo y perdí el bebé.

Los ojos se me llenan de lágrimas pero no pienso derramar ninguna.

Álex intenta decir algo pero no acierta a encontrar las palabras. Está conmocionada. James comienza a mover la pierna nervioso, dando pisadas breves,

inquietas y aceleradas con la punta de sus zapatillas de Le Coq Sportif. Ahora mismo la rabia lo está consumiendo. No le culpo. Yo me sentiría exactamente igual si una chica le hubiera hecho algo parecido a él.

Lauren observa su botellín un par de segundos y finalmente lo pone sobre la mesa dando un golpe seco que nos sobresalta a todos.

—Levanta —me dice muy seria—. Tú y yo nos vamos a dar una vuelta ahora mismo —prácticamente me ordena—. No voy a consentir que te quedes lamentándote en este sofá ni un segundo más.

Yo la miro con el ceño fruncido y abro la boca dispuesta a poner alguna excusa, pero rápidamente la cierro. Tiene razón. Quedarme aquí recordando cada minuto de la vida que pasé con Ryan es lo último que necesito.

Me levanto y ella asiente satisfecha, incluso un poco sorprendida.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba, Maddison Parker. Estoy muy orgullosa de ti —comenta con una sonrisa—. Y vosotros dos —continúa refiriéndose a los Hannigan—, a trabajar. Nos veremos aquí para cenar y emborracharnos cuando salgáis.

Los tres obedecemos sin rechistar y Lauren y yo somos las primeras en salir de mi apartamento.

—¿Puedes caminar?

—Eso tendrías que habérmelo preguntado antes, ¿no te parece? —comento socarrona.

—Tu sentido del humor ha vuelto —replica burlona—. No sé si reír o llorar.

Le hago un mohín y ella me devuelve otro. Si quiero volver a estar bien, estar con Lauren, Álex y James es lo mejor que puedo hacer.

Damos una vuelta por la calle Perry y la tarde se nos va entre escaparates y un trozo de tarta de calabaza que compartimos en el Saturday Sally.

De vuelta al apartamento, tengo que descansar un par de veces antes de subir al cuarto piso, pero consigo llegar entera.

—¡Eres una sádica! —grita James.

Lauren y yo nos detenemos en el mismo microsegundo y a la vez llevamos nuestras miradas hacia la puerta abierta del apartamento de los Hannigan.

—No sé si quiero o no que le esté dando al BDSM con la puerta abierta —comenta Lauren mientras avanzamos sigilosas hacia su apartamento.

Yo sonrío a la vez que pongo los ojos en blanco. ¿A quién pretende engañar? Está deseando que esté pasando exactamente eso.

—Si no dejas de moverte, no podré curarte la herida. Eres un gallina.

La frase de Álex hace que volvamos a mirarnos atónitas y, de nuevo a la vez, dejemos de andar como dos ladronas de guante blanco y comencemos a hacerlo con el paso decidido. ¿Qué está pasando?

Entramos en el apartamento y nos encontramos a James sentado en uno de los taburetes junto a la barra de la cocina. Tiene una ceja partida, un pómulo amoratado y

dos algodones en la nariz. Álex le está curando el labio, que también tiene pinta de estar roto. En resumidas cuentas, acaban de darle una buena paliza.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunto acercándome a él.

—El novio de Sandy, Dylan —responde escueto James justo antes de gritar un sonoro «¡au!» cuando Álex vuelve a acercarle el algodón al labio.

Mira por dónde, por fin me he enterado de cómo se llama.

—¿Y por qué te ha pegado? —pregunta Lauren adelantándose un paso y cruzándose de brazos.

La conozco. Está celosa.

—Cree que Sandy y yo estamos liados.

—¿Y estáis liados? —inquire mi amiga a la velocidad del rayo.

—Claro que no —responde indignado—. ¿Qué coño te pasa?

Lauren frunce los labios, pero no puede evitar que una sonrisilla llena de malicia se le escape cuando James vuelve a gritar.

—Me rindo —se queja exasperada Álex y le tiende el algodón a Lauren—. Seguro que contigo se hace el valiente.

Ella acepta gustosa el algodón. Va a torturarlo. Álex se sacude las manos, pero no se queda satisfecha y va a lavárselas al baño. Yo camino hasta el congelador, saco un paquete de guisantes, me acerco a la barra y con cuidado se lo pongo a James sobre el pómulo.

—Joder, está frío —se queja.

—¿Sandy es la chica rubia? —pregunta Lauren haciendo memoria.

James asiente. Lauren vuelve a fruncir los labios y aprieta el algodón con más fuerza de la necesaria sobre la herida.

—Joder —vuelve a quejarse.

—¡Esa chica está buenísima! —protesta ella.

—Me importa una mierda —replica él.

Lauren lo mira y suspira encantadísima con la efusividad que acaba de demostrar James para explicar lo poco que le interesa Sandy, una chica que, por lo que he oído, es algo así como una mezcla de las reencarnaciones de Marilyn Monroe y Cleopatra.

—Vosotros dos estáis liados —comento como quien no quiere la cosa, poniéndole los guisantes de nuevo en el pómulo.

—No, no lo estamos —responde Lauren.

—Claro que no lo estamos —añade James.

Parece que la seguridad de su contestación vuelve a molestar a Lauren, que entreabre los labios indignada.

—Te estaría tocando la lotería —se queja.

Y llena de esa maldad que sólo sabe despertar en ella James, le aprieta el algodón contra el labio.

—Duele —la regaña.

—Pues ve a pedirle a Sandy que te cure.

—Muchas gracias, Parker —protesta James intentando desviar su atención hacia mí.

Yo pongo los ojos en blanco divertida y dejo los guisantes congelados sobre su cara, concretamente sobre su pómulo y ojo, lo que le hace volver a quejarse.

—No quiero quedarme a ver una pelea de enamorados —comento dirigiéndome al sofá.

Álex regresa, observa durante unos segundos a esos dos discutir y definitivamente se sienta a mi lado. Abre la bolsa de plástico que está en la pequeña mesita de centro y saca un *pack* de seis cervezas heladas.

—Venid aquí —les llama tendiéndome una.

Lauren le pone una tirita en el corte de la ceja y los dos se acercan. Ella coge su cerveza y se sienta, pero James toma la suya y se queda de pie. Lo miramos curiosas y él nos observa a todas para que sigamos su ejemplo y nos levantemos. Lauren refunfuña un poco, pero, una segunda mirada, más significativa, por parte de James, la convence. Hannigan alza la botella y carraspea esperando a que alguien se anime a lanzar un brindis.

—Por los regresos triunfales —dice Álex alzando también su botellín.

Yo la miro boquiabierta pero, por alguna inexplicable razón, también a punto de echarme a reír.

—Porque, si no te ves obligada a salir huyendo con tus trapos metidos en bolsas de supermercado, no has vivido intensamente —añade Lauren.

Yo me giro hacia mi otra amiga y la miro igualmente divertida y ofendida. Son unos cabronazos. Pero antes de que pueda protestar, rompo a reír y, tras unos segundos, también alzo mi botellín.

—Por los amigos, el mejor tesoro que uno puede tener —digo.

—Por las chicas increíblemente cursis de Carolina del Sur —se apresura a añadir James—. ¡Por Maddie Parker!

—¡Por James Hannigan! —respondemos las tres al unísono.

No hay que perder las viejas costumbres.

Pasamos el resto de la tarde y parte de la noche en casa de los Hannigan. James prepara la cena. No me apetece comer, pero entre los tres me convencen y acabo tomando la mitad de mi hamburguesa casera con queso y bacón. Vemos *La pantera rosa*, de Peter Sellers. Normalmente Lauren y Álex se habrían puesto a protestar sólo con ver los créditos, pero saben que es una de mis pelis preferidas y las dos fingen estar encantadas.

Lauren insiste en quedarse a dormir y a eso de las once nos vamos a mi apartamento.

—¿Qué tal te encuentras? —me pregunta mientras atravesamos el rellano.

—No voy a negar que me vendrían bien un par de calmantes.

—Pues tómatelos —responde como si fuera obvio.

No la culpo. Lo es.

—Los olvidé en casa de Ryan —digo encogiéndome de hombros.

Ella frunce los labios.

—Si quieres, puedo ir a buscarlos —se ofrece.

Niego con la cabeza. No quiero que vuelva a discutir con Ryan.

—Puedo aguantar.

Entramos en mi apartamento y buscamos en las bolsas algo que ponernos para dormir. Me resulta extraño verlo tan vacío. Aunque quizá sea lo mejor. No tengo claro que sea buena idea que vuelva a encariñarme con él. Aún no he decidido si me quedaré aquí o no.

Estoy lavándome los dientes cuando llaman a la puerta. Será James huyendo de Álex o Álex huyendo de James.

—Ya voy yo —me anuncia Lauren.

Termino de cepillarme y me seco con una toalla prestada de los Hannigan. Oigo a Lauren hablar apenas un minuto, aunque no logro distinguir lo que dice, y luego la puerta cerrarse. Mi amiga regresa con una expresión treinta por ciento confusa, setenta por ciento atónita.

—¿Qué pasa? —pregunto acercándome a ella. Parece que haya visto un fantasma.

—Era Ryan.

Sólo con oír su nombre mi cuerpo se tensa al instante.

—¿Está aquí? —inquiero de nuevo con la voz temblorosa.

—No —se apresura a responderme.

Aunque esa idea debería haberme relajado, no sé por qué, mi cuerpo entra en una doble tensión. Todo es tan extraño que ni siquiera sé cómo debo reaccionar.

—Ha dicho que mejor no te avisara, aunque, la verdad, no lo habría hecho —continúa muy digna—. Quería traerte esto.

Lauren me tiende el bote de calmantes y cada diminuto trocito de mi destrozado corazón da un vuelco.

Cojo el bote y, girándolo entre mis manos, voy hasta la ventana de mi habitación. Me asomo y veo a Ryan saliendo de mi portal y abriendo la puerta de su BMW. Justo antes de montarse, alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Cuatro plantas nos separan y aún así puedo ver toda la intensidad de sus ojos azules. Finalmente desata nuestras miradas y se mete en el coche. El poderoso motor alemán ruge y desaparece a toda velocidad por la 10 Oeste.

¿Cómo es posible que esté tan enamorada de él y me sienta tan dolida y destrozada al mismo tiempo?

Corro la cortina y me quedo con la vista perdida en ella.

—Métete en la cama y deja de pensar —dice Lauren—. Es demasiado guapo y después de mirarlo por la ventana a lo *Romeo y Julieta* no ibas a sacar nada bueno en claro.

Sopeso sus palabras. Tiene razón. Giro sobre mis pies y me meto en la cama. Lauren apaga la luz y se tumba a mi lado. Ya comienza a hacer frío, así que nos

tapamos con el nórdico que, afortunadamente, Finn o quien quiera que hizo mi mudanza dejó en el armario.

Intento conciliar el sueño pero no soy capaz. Tengo demasiadas cosas en la cabeza en las que me niego a pensar, más que en ninguna, en Ryan. Si no quería verme, ¿por qué no ha mandado a Finn a traerme las pastillas? Resoplo y me revuelvo en la cama. ¡Todo es tan confuso!

—¿Estás dormida? —le pregunto a Lauren.

—Si te digo que sí, ¿te callarás?

Le pongo mi pie helado sobre el suyo y ella me devuelve una patada de la que me quejo frotándome en el lugar del ataque.

—No puedo dormir —confieso.

—Tomate un par de calmantes. Cuando el efecto se una al de las dos cervezas que has bebido, caerás redonda.

Y por la mañana querré que me hagan una lobotomía para combatir la resaca.

—Mejor cuéntame que te traes con Bentley y James —le propongo.

—No me traigo nada con Bentley y James —responde muy resuelta.

—Y se turnaban para cuidarte por...

Dejo la frase en el aire invitándola a continuar.

—Porque soy increíblemente atractiva y los hombres que prueban mi amor nunca me olvidan —contesta total y absolutamente convencida.

Yo suelto una risilla y ella vuelve a darme una patada. Esta vez ha sido en la espinilla. Ha dolido.

—Sólo somos amigos —comenta cuando dejo de quejarme.

—¿Los tres? —pregunto incrédula.

—Más o menos —responde misteriosa—. Digamos que los dos son amigos míos.

Enarco una ceja. Eso suena a callar para no tener que mentir.

—¿Te estás acostando con James? —pregunto.

—No.

—¿Te estás acostando con Bentley?

—No.

Ahora frunzo los labios. Si no están teniendo sexo, ¿qué demonios están haciendo?

—¿Vas a contarme lo que está pasando? —pregunto exasperada.

—No hay nada que contar. —Más que una respuesta parece una protesta—. Duérmete.

Decido fingir que me creo ese «no hay nada que contar» y dejo de preguntar, pero es obvio que estos tres se traen algo entre manos.

Tardo en dormirme una eternidad. La última vez que miro el despertador son casi las dos. En lo último que pienso es en un crío guapísimo, rubio con los ojos azules, al que tengo que decirle adiós.

El despertador suena a las siete en punto. Creo que no he llegado a coger el sueño

profundo porque, al primer *bip*, abro los ojos. Zarandeo a Lauren hasta que se despierta. Adormilada y malhumorada, se ofrece a preparar café mientras me ducho.

Quiero poner música para animarme, pero no tengo ni la más remota idea de dónde están mi iPod y sus altavoces. Echo un rápido vistazo por las bolsas y la mochila y comprendo que me lo he dejado en casa de Ryan. Resoplo. Necesito música. Va a ser un día duro.

Ya lo tengo claro y no son más de las siete de la mañana.

«¡Qué deprimente!».

Me llevo la mano a la barbilla buscando una solución a la vez que miro a mi alrededor. Entonces recuerdo mi vieja radio que, si la memoria no me falla, desterré a algún cajón de mi cómoda.

Me arrodillo frente a ella y voy mirando en cada cajón hasta que finalmente, en el penúltimo, la encuentro. Al comprar los altavoces para el iPod, dejé de utilizarla, pero me dio pena tirarla. La traje desde Santa Helena. Me costó una semana de súplicas y dos días de propinas que Sam me dejara llevármela de su bar.

La enchufo y, tras una miniplegría, giro el botón del volumen. La radio se enciende con un chirrido y yo sonrío feliz. Muevo el dial hasta que localizo el 100.3. Está sonando *Changing*, de Sigma y Paloma Faith.

Corro hasta la ducha y abro el grifo. El agua cae helada y doy un respingo, pero rápidamente se templá. Lauren me grita que no tengo café, que va a robarle a los Hannigan, a lo que respondo que no espíe a James mientras duerme porque es demasiado cursi. Creo que como respuesta me llama perra, pero no estoy segura. No me entusiasma la idea de tomar café, pero no pienso darle más vueltas.

Me concentro en la canción. Habla de cómo podemos pretender que pasen cosas nuevas si seguimos jugando de la misma manera. De que, si en la vida no está sucediendo lo que quieres que suceda, no te conformes. No podría describirme mejor. Esta canción ha sido la patada en el culo que necesito. Tomé la decisión correcta y no martirizarme ha sido la segunda decisión correcta.

Puedo volver a estar bien.

Salgo de la ducha con las energías renovadas. Pretendo vestirme, pero la ropa que metimos en las bolsas no da para dos conjuntos de trabajo, más hoy que la temperatura parece haber bajado un puñado de grados, así que, después de beberme mi taza de café, soy yo la que va a casa de los Hannigan, esta vez a robarle algo de ropa Álex. Afortunadamente el café y yo hemos hecho las paces.

Las dos acabamos bastante contentas con el resultado. Lauren, con un sobrio traje azul marino de falda lápiz y una chaqueta gris marengo, y yo, con una falda marrón por las rodillas, con medias tupidas del mismo color y un bonito jersey crema con el dibujo de un búho. Además, Álex me ha prestado un precioso fular en los mismos tonos que su madre le trajo de un viaje a Londres.

Llegamos a la oficina bastante pronto y Lauren propone que, antes de entrar, desayunemos en el Marchisio's. Acepto encantada aunque no como nada. Sólo me

pido una botellita de agua y me tomo los calmantes. No quiero que el dolor me juegue una mala pasada en mitad de la jornada.

A las ocho menos tres minutos entro en el vestíbulo del Riley Group y, a las ocho menos tres minutos exactamente, me enfrento a un montón de sentimientos encontrados. El espíritu de la canción pervive en mí y me siento fuerte, pero no puedo evitar que las piernas me flaqueen con la posibilidad de que acabe encontrándomelo. Creo que incluso toda la atmósfera aquí me condiciona un poco. Es imposible no pensar en él en este lugar. Cada centímetro cuadrado de perfecto diseño elegante y funcional grita su nombre.

«Ánimo, Parker. Tú puedes».

En mi despacho me siento un poco más segura. Sin embargo, apenas he dejado mi bolso en el perchero cuando el teléfono de mi mesa comienza a sonar. Instantáneamente me preocupa que haya dado orden a seguridad de que le avisaran en cuanto me vieran llegar y quiera verme. El teléfono sigue sonando. Me obliga a reaccionar. Descuelgo despacio, como si al hacerlo pudiera hacer estallar una bomba de hidrógeno, y temblorosa me llevo el auricular al oído.

—Despacho de Bentley Sandford.

En los siguientes cinco segundos nadie contesta.

—¿Maddie? —Oigo al fin preguntar con el tono sorprendido.

Es un Riley, pero no el que me temía.

—Sí, Spencer, soy yo. He vuelto al trabajo.

Otros cinco segundos de confusión se apoderan de él.

—Me alegro —responde sincero—. Llamaba para decirle a Sandford que la reunión se ha adelantado a primera hora. ¿Está por ahí?

Sin soltar el auricular, doy un paso hacia el despacho de Bentley. La puerta está abierta y no hay rastro de él.

—No, aún no ha llegado.

—¿Podrías llamarlo a su móvil hasta que lo localices? —me pide—. Yo ya lo he intentado varias veces. Necesito que esté en esta reunión. Van a discutirse cosas con el departamento de Producción que le conciernen directamente —sentencia.

—Pierde cuidado, allí estará.

Me despido de Spencer y marco el número de Bentley. Mientras espero a que responda, rodeo mi mesa, me siento en la silla y enciendo el ordenador. Salta el contestador. Vuelvo a intentarlo. Vuelve a saltar el contestador. Al cuarto intento, por fin descuelga.

—¿Qué? —contesta adormilado.

—Bentley, soy Maddie.

—¿Maddie? ¿Estás bien? —pregunta.

Juraría que tiene los ojos cerrados y se está dando la vuelta en la cama a la vez que se lleva el nórdico a las orejas.

—Yo sí, pero creo que tú te has quedado dormido —respondo socarrona.

No dice nada y de pronto oigo un estruendo al otro lado de la línea.

—¡Joder! —se queja.

Sonrío y le oigo seguir protestando, imagino que mientras se levanta y busca su ropa.

—Estaré allí en una hora.

Tuerzo los labios.

—La reunión con Spencer se ha adelantado a primera hora y dice que tienes que estar.

Bentley resopla.

—No tengo que estar —replica convencido—. Ese hombre es un alarmista. Déjame hablar con él y volveré a llamarte para decirte con qué quiero que empieces esta mañana.

De pronto se detiene y parece recapacitar sobre sus propias palabras.

—¿Has vuelto? —pregunta sorprendido.

—Sí. No necesito descansar más.

—Perfecto —responde.

Aunque no lo veo, sé que está sonriendo.

Colgamos y comienzo a revisar su agenda y el correo. No han pasado ni dos minutos cuando el teléfono vuelve a sonar.

—Despacho de Bentley Sandford.

—Tengo que estar —comenta malhumorado.

Sonrío. Parece que Spencer ha sido inflexible.

—Va a ser casi imposible que llegue a tiempo, dado que la reunión ya ha empezado, así que necesito que vayas tú.

De pronto se me encoge el estómago. ¿Y si Ryan está en esa reunión?

—Es una reunión interdepartamental con Producción y Contabilidad —me explica como si sólo hacerlo ya le aburriese soberanamente—. Querrán recortarnos gastos y apretarnos con que somos muy poco productivos. Lo de siempre. Tú niégate a todo y listo.

—De acuerdo —contesto con muy poca seguridad.

—Maddie —me llama—. Es una reunión pequeña. Dirección no estará.

Mentalmente suspiro aliviada. Necesito un poco más de tiempo antes de enfrentarme a él en esta oficina.

—Gracias, Bentley.

Le agradezco que me haya avisado pero, sobre todo, le agradezco que lo haya hecho con un comentario profesional y no directamente con un «Ryan no estará». Sé que es una absoluta estupidez a estas alturas, pero quiero y necesito recuperar algunas fronteras profesionales.

Cuelgo, cojo mi móvil del bolso y subo a la planta veintisiete. La secretaria de Spencer me explica que la reunión es en la sala de juntas de esta misma planta.

Cuando entro, Cohen, el subdirector de Contabilidad, está explicando la

necesidad de acometer más sinergias entre los distintos departamentos de la empresa. Alega que gastamos mucho y compartimos poco.

Al verme, Spencer frunce el ceño preguntándose dónde se ha metido Bentley y me señala con la cabeza el asiento libre junto a él, que preside la mesa.

—Los gastos de *Spaces* son altos —continúa—, pero gran parte es responsabilidad de Producción al no saber fragmentar y administrar mejor sus recursos.

Un hombre con el pelo canoso tira suavemente sobre su carpeta la pluma que llevaba en los dedos y sonríe arisco.

—No estoy en absoluto de acuerdo —protesta—. Todo esto se resolvería si Sandford no tuviera carta blanca.

Spencer tuerce el gesto y se cruza de brazos.

—Una defensa un poco pobre, ¿no te parece, Stan? —replica Spencer y el hombre parece relajarse un poco—. Que Sandford tenga o no carta blanca no es lo que hemos venido a discutir aquí. Por Dios, decidme que no hemos organizado esta reunión a las ocho de la mañana de un sábado para que os echéis mierda unos a otros.

Los dos niegan con la cabeza.

—Perfecto —añade—. Pues, entonces, ¿qué os parece si vamos punto por punto? Maddie —me llama—, en la carpeta tienes una relación de gastos que nos gustaría que nos explicaras.

Asiento. Spencer tiene un estilo completamente diferente al de Ryan. Parece un pacificador.

Abro la carpeta y echo un rápido vistazo.

—Los tres primeros son los gastos de los redactores a los que enviamos a cubrir la feria de arquitectura de Shanghái. Los dos siguientes...

El ruido de la puerta abriéndose me distrae. Pretendo seguir hablando, pero mi cuerpo se niega a apartar la mirada de la entrada y, cuando lo veo, entiendo exactamente por qué. Está guapísimo. Lleva un precioso traje de corte italiano gris marengo, una camisa blanca y su corbata azul eléctrico. Así vestido, sus ojos resaltan aún más azules. Su pelo perfectamente peinado y su cara de perdonavidas hacen el resto.

Camina con el paso decidido pero, cuando me ve, algo en su mirada se transforma. Está claro que no me esperaba, pero también está claro que su autocontrol no va a dejar que nadie se dé cuenta de lo que está sintiendo ahora mismo, ni siquiera yo.

Se humedece los labios discreto y fugaz y llega hasta su hermano.

Me niego a seguir mirándolo, pero unos cortes en su mano derecha y una casi imperceptible herida en su pómulos llaman mi atención. Automáticamente todas las piezas encajan en el puzle. James no se peleó con el novio de Sandy, se peleó con Ryan.

Pestañeo incrédula y me obligo a apartar, de verdad, mi mirada de él. Eso no significa que no sienta la suya abrasadora clavada en mí. Apoya su mano en la mesa y

se inclina sobre Spencer para comentarle algo. El movimiento hace que la chaqueta se ciña sobre su espalda y sus perfectos hombros y eso no es nada bueno para mí.

—Los dos siguientes —continúo para recuperar el hilo— son gastos comunes de los redactores que se mueven por Nueva York.

Cohen me interrumpe para explicarme que no le parece sensato la cantidad de gastos que tienen nuestros redactores incluso sin salir de la ciudad. Sin embargo, no tengo oportunidad de contestarle. Su último apunte es que no entiende cómo Producción puede aceptarlo y es Stan Matel quien se encarga de replicarle.

Ryan asiente a lo que le contesta su hermano y se incorpora. Mi cuerpo y mi corazón son plenamente conscientes de que sigue mirándome, pero mi sentido común se mantiene en sus trece. No voy a mirarlo. Mirarlo siempre es un error. Además, estoy furiosa con él. No puedo creerme que le pegara a James.

Ryan es el motivo por el que no fui capaz de coger el sueño y, cuando lo hice a las tantas de la madrugada, ni siquiera llegó a ser profundo. Aunque también sé que no ha sido por ninguna de las cosas horribles que han pasado. No podía dormir porque él no lo estaba haciendo a mi lado. Así de estúpida puedo llegar a ser.

Pienso en la canción. Intento recuperar mi convicción, pero con él delante es mucho más difícil. Finalmente le oigo resoplar y se marcha de la sala.

Ya ni siquiera sé en qué punto de la conversación estamos, pero como nadie me mira esperando a que hable, doy por hecho que Cohen y Matel siguen enzarzados en la misma discusión.

La reunión no se alarga más de media hora. Como me encargó Bentley, he dicho que no a todo lo que se ha propuesto, incluyendo que los redactores no acudan a acontecimientos fuera del estado. De todas formas, no ha sido algo muy peliagudo. Supongo que es difícil echar balones fuera de tu tejado cuando tu única salida es tirarlos al del mejor amigo del jefe, representado por la mujer del jefe.

De vuelta a mi despacho, lo primero que hago es comprobar si Bentley ha llegado. Al ver que no, me encierro en su oficina para obtener un poco más de intimidad y llamo a James. Necesito saber qué es lo que pasó con Ryan. No me lo coge.

Me llevo el móvil a los labios y valoro la situación. No tengo ni idea de por qué se han peleado, pero me preocupa que haya sido por mí. Si es así, tengo que parar esta situación cuanto antes y tengo que pararla con el que probablemente la empezara, y ése es Ryan. Así que, dudándolo, pero con la firme idea de que no puedo permitir que le pegue una paliza a mi mejor amigo, respiro hondo y me encamino a su despacho.

Tess no está. Mejor así. No quiero tener que fingir que todo está bien. Torpemente llamo a la puerta y de inmediato me obligo a volver a respirar hondo y recuperar algo de seguridad.

—Adelante —le oigo darme paso al otro lado.

Giro el pomo y empujo la puerta suavemente. De pronto, el hecho de saber que

estoy a punto de ver a Ryan hace que todo mi cuerpo se encienda. Me pregunto cuánto tiempo tendré que estar separada de él para que este deseo inconsciente se apague.

Ryan está de pie al otro lado de su escritorio revisando unos papeles. Mis pasos llaman su atención y alza la cabeza. Por un momento sus ojos azules me recorren entera antes de posarse en los míos. Ninguno de los dos dice nada y simplemente nos quedamos así, mirándonos en silencio. De golpe nos hemos trasladado al principio de nuestra historia, como si él volviera a ser el jefe arisco y distante y yo la chica que no tiene claro cómo comportarse ni todos los sentimientos que hay entre los dos.

«¿Alguna vez dejó de ser así?».

—¿Qué quieres, Maddie?

Su voz suena tensa, algo dura, imperturbable.

Yo asiento con suavidad mientras lucho por ordenar las palabras en mi cabeza y hacerlas salir. ¿Por qué verlo es tan increíblemente difícil?

—No vuelvas a tocar a James —me armo de valor para decir.

Ryan se humedece el labio inferior discreto y fugaz. Su mandíbula se tensa al instante.

—Hannigan se presentó en Chelsea exigiéndome que te dejara en paz.

Odia que le digan lo que tienen que hacer y algo me dice que, si se trata de mí y el que lo hace es un Hannigan, lo soporta mucho menos.

De todas formas, eso no es excusa.

—Casi le partes la nariz —le recrimino—. No tenías ningún derecho.

—¿Y él sí lo tenía? —me interrumpe furioso—. Ese tío está enamorado de ti. Quiere lo que es mío.

—Yo ya no soy nada tuyo, Ryan.

Mis propias palabras me llenan de tristeza, pero no me permito demostrarlo.

El azul de los ojos de Ryan se llena de algo que no soy capaz de descifrar. Rompe nuestras miradas y pierde la suya en el cielo de Manhattan. Cuando volvemos a encontrarnos, sus ojos brillan más intensos, más presuntuosos y comprendo que el director ejecutivo ha vuelto y con él toda su arrogancia.

—Creí que nunca, jamás, elegirías a los Hannigan por encima de mí.

Utiliza las mismas palabras que yo le dije en su estudio. No me puedo creer que haya sido tan mezquino. De pronto toda esa rabia e indignación que sólo él sabe sacar de mí me sublevan aún más.

—Y yo creí que tú nunca, jamás, elegirías a otra mujer por encima de mí.

En un solo segundo el dolor más sincero cruza la mirada de Ryan, aunque su escudo se recompone rápido. Automáticamente me arrepiento de lo que he dicho. Es injusto. Él nunca eligió a Savannah por encima de mí.

—¿Quieres algo más? —pregunta.

Su enfado ha cambiado. Parece más sereno pero más profundo, como si la herida fuera mayor.

—No.

Niego también con la cabeza y, avergonzada, clavo la mirada en mis manos.

—Es mi amigo. Sólo intenta protegerme —trato de hacerle entender justo antes de girar sobre mis pasos y encaminarme hacia la puerta.

Ryan no dice nada y yo salgo del despacho.

Ya a solas junto a la mesa de Tess, me obligo a respirar hondo y a tratar de frenar el aluvión de lágrimas que amenaza con inundarlo todo. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Desde luego las cosas no han salido como esperaba.

Regreso a mi oficina y Bentley aún no ha llegado. Me resulta extraño que no esté. Ya han pasado casi dos horas desde que hablamos por teléfono.

Cuando consigo localizarlo, me dice que ha tenido que ir al médico. Esquiva todas mis preguntas y no me da muchas explicaciones. Sólo insiste en que es una tontería y que llegara en seguida. Me pide que me encargue de algunos asuntos y me agradece que haya decidido volver justo hoy.

El resto de la mañana es bastante tranquila. Me la paso archivando documentos y ordenando el correo y la mesa de Bentley. No vuelvo a ver a Ryan y creo que es lo mejor. Aunque debería entender cuanto antes que, si voy a seguir trabajando aquí, y para su mejor amigo, lo más seguro es que me lo encuentre a cada momento.

Quedo para comer con Lauren. Sigo sin hambre, así que mi plan es pedirme una Coca-Cola *light* y sonsacarle información sobre su truculenta vida sentimental. Sin embargo, cuando estoy despejando mi mesa para bajar al Marchisio's, unos golpes en la puerta de mi despacho me distraen.

—Adelante. —Doy un paso sin mirar siquiera quién es.

El elegante y pausado sonido de los tacones al chocar contra el suelo llama inmediatamente mi atención. Es Meredith Riley.

—Buenos días, Maddie —me saluda con una amable sonrisa.

—Buenos días, señora Riley —casi tartamudeo.

¿Qué está haciendo aquí?

—Me gustaría que aceptaras comer conmigo.

Mi estómago se cierra de golpe. Meredith es una mujer muy amable, pero lo último que quiero es comer con ella, con cualquier Riley en realidad. Me recuerdan demasiado al Riley con el que ya no puedo estar.

—Señora Riley —la llamo a la vez que me levanto—, Bentley no está, así que no puedo permitirme perder mucho tiempo a la hora de la comida.

—Pero, aun así, pensabas comer, ¿no?

En realidad no.

—El Plaza está sólo a dos manzanas de aquí y el coche nos espera abajo.

Parece que no está dispuesta a aceptar un no.

—Está bien —musito.

Recojo mi bolso mientras ella sale del despacho y acelero el paso para alcanzarla.

Mientras atravesamos las majestuosas puertas del Plaza, no puedo evitar sentirme un poco intimidada. De reojo veo el impecable vestido cereza de Meredith y me doy cuenta de que el búho de mi jersey y yo estamos totalmente fuera de lugar.

El *maître* nos sienta en una preciosa mesa. Estamos en el mismo salón de la vez anterior y todo es igual de elegante. Incluso juraría que la chica que está tocando el arpa es la misma.

—¿Qué tomarán? —pregunta antes de retirarse.

—Vino blanco. Gran reserva. Uva californiana —responde llena de elegancia.

—Agua sin gas, por favor —añado.

Definitivamente no podría sentirme más incómoda.

Recuerdo que Lauren debe estar esperándome y rápidamente saco mi móvil del bolso y le escribo un mensaje.

—Había quedado con una amiga para comer —le explico.

—Parece, entonces, que sí esperabas invertir algo de tiempo en el almuerzo.

Culpable, clavo la mirada en la pantalla de mi *Smartphone*, aunque el mensaje ya se ha enviado hace unos segundos. Ha sido una suave regañina, pero regañina al fin y al cabo.

—Lo siento —me disculpo alzando la cabeza de nuevo—. Es sólo que...

—No te disculpes, cielo —me interrumpe colocando su mano sobre la mía—. Tienes todo el derecho a no querer comer conmigo después de lo que ha pasado. Te agradezco que hayas aceptado.

Instantáneamente me pongo aún más nerviosa. ¿Lo sabe todo?

—Ryan, ¿se lo contó? —pregunto incrédula con la voz evaporada.

—Ryan nunca cuenta lo que le ocurre.

Sonríó llena de tristeza. Es la pura verdad.

—Pero una madre tiene sus propios medios para enterarse de lo que pasa en la vida de sus hijos.

Asiento e instintivamente trago saliva. No quiero hablar de nada de lo que ha pasado y mucho menos con ella.

—Lo siento muchísimo, cielo.

Aprieta mi mano con la suya y ese simple gesto acaba con parte de las defensas que tanto me he esforzado en levantar.

—No quiero hablar de eso, señora Riley.

—Ryan se ha equivocado —continúa ignorando mis palabras— y sé que crees que no vas a ser capaz de perdonarlo, pero podrás, Maddie.

Me zafo de su mano con la excusa de guardar mi teléfono en el bolso. Entiendo que quiera defender a Ryan, al fin y al cabo es su hijo, pero no puede hablarme así, como si sólo estuviera teniendo una rabieta por algo sin importancia.

—Todos cometemos errores —sentencia.

Ya no puedo más.

—Sé que la vida de Ryan es muy dura y muy complicada —replico tratando de no parecer una chica débil y asustadiza—, pero no tenía ningún derecho a hacer lo que hizo. Yo siempre se lo he puesto fácil. Lo he querido a pesar de su carácter, del trabajo, de lo difícil que él sí me lo ha puesto a mí. Él sólo tenía que quererme y no lo ha hecho.

Veo al camarero acercarse, pero comer es lo último en lo que puedo pensar. Necesito salir de aquí.

—Señora Riley —comento levantándome—, no quiero ser maleducada, pero tengo que volver a la oficina.

Meredith se levanta y me observa coger mi bolso y mi pañuelo acelerada.

—Me gustaría comer contigo cualquier otro día que no estés tan ocupada —me pide.

—Lo intentaré —respondo, porque no quiero sonar como una desagradecida, pero no creo que vuelva a almorzar con ella.

Sonríó aunque no me llega a los ojos. Doy el primer paso dispuesta a marcharme, pero Meredith me toma suavemente por los hombros y me obliga a detenerme.

—Cielo, Ryan te quiere más que a su propia vida. Eso no lo dudes nunca.

Sonríó otra vez, pero es un gesto demasiado triste. No tendría que haber venido.

Me despido de Meredith y camino todo lo de prisa que puedo hasta la calle. No echo a correr. Llamaría demasiado la atención en el Plaza.

Cuando noto el viento fresco golpearme, al fin consigo volver a respirar. Involuntariamente mi cuerpo había retenido todo el aire desde que salí del elegante salón.

No necesito que me diga que Ryan está destrozado. Yo también lo estoy. La diferencia es que yo no he provocado nada de esto.

Regreso al Riley Group caminando. No son más de dos manzanas y necesito relajarme un poco, obligarme a dejar de pensar e intentar volver a sentirme como esta mañana mientras escuchaba música en la ducha. Aunque ahora me parece demasiado complicado.

Nada más poner un pie en mi oficina, oigo un ruido seco y un juramento ininteligible. Doy un pequeño respingo y frunzo el ceño con la vista clavada en la puerta entreabierta de mi jefe. Automáticamente comprendo que es precisamente mi jefe, que ya ha regresado, quien está armando tanto alboroto.

Me acerco a la puerta pero no tengo tiempo de llamar cuando se abre de golpe y Bentley sale de su despacho. Tiene un moratón enorme en el mentón, la ceja partida, un ojo ligeramente hinchado y una mano vendada.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto perpleja.

¿Es que ayer fue el día de las peleas al estilo billares?

—Me he peleado —contesta malhumorado.

Yo lo miro y tengo que esforzarme muchísimo en disimular una sonrisilla de lo más impertinente. Es más que obvio que se ha peleado y, por el aspecto que tiene, parece que no ganó la contienda.

—El muy gilipollas... —farfulla furioso—. Casi me rompo la mano. James Hannigan es un capullo.

La frase de Bentley se queda sobrevolando mi cabeza como si mi mente se negara a procesarla. ¡Soy una idiota! Maldita sea, Ryan no se peleó con James, fue Bentley.

Ahora mismo me siento todavía más culpable que cuando estuve en su despacho. ¿Por qué no me dijo la verdad? Sacudo la cabeza e intento no darle importancia. Si él no me dijo la verdad, fue una decisión suya. No pienso seguir dándole vueltas.

«Eso no te lo has creído ni tú».

Intento concentrarme en el trabajo el resto de la tarde pero no lo consigo. No puedo dejar de pensar en la conversación que mantuve con Ryan en su despacho y en la que tuve con Meredith en el almuerzo fallido. No entiendo por qué me mintió. ¿Qué saca él dejándome creer que le dio una paliza a James?

A las cinco en punto Lauren me manda un mensaje avisándome de que me espera en el vestíbulo. El día que haga una hora extra, Miller, su jefe de departamento, morirá de un infarto por la sorpresa.

Despejo mi mesa, me despido de Bentley y cruzo la redacción con el paso lento. Sigo muy pensativa. Pulso el botón del ascensor y espero paciente a que las puertas se abran. Apenas han pasado unos segundos cuando noto unos pies detenerse a mi espalda. No necesito girarme para saber quién es. Algunas cosas nunca cambian y que mi cuerpo reconocería el suyo en cualquier circunstancia, aunque ahora sea algo que odie, es una de ellas.

Las puertas se abren y entro con paso decidido. Hay un par de personas en el ascensor y las dos cuadran los hombros y saludan al instante cuando Ryan entra. Yo me escabullo al fondo y pienso cuánto me gustaría tener la habilidad de hacerme

invisible. Por lo menos no estamos solos.

Ryan se deja caer contra el inmenso espejo a mi lado. No dice nada, ni siquiera me mira. Tiene el pelo revuelto como si hubiese pasado las manos por él una docena de veces. Parece cansado.

El ascensor se detiene en la planta diecisiete. Yo miro a los dos ejecutivos y les suplico mentalmente que no se vayan, pero no funciona y ambos abandonan el elevador. Observo las puertas cerrarse y mi corazón se acelera a cada centímetro que avanzan. No quiero quedarme a solas con él. Es la peor idea del mundo.

Comenzamos a bajar. Ryan sigue en silencio y yo me siento cada vez más nerviosa. Ni siquiera sé qué hacer con mis manos.

—Ya sé que fue Bentley quien se peleó con James.

Ryan se humedece los labios breve y fugaz y continúa con la vista clavada al frente.

Tengo la sensación de que está enfadado conmigo y, aunque no debería importarme, no puedo evitar sentirme culpable.

—Siento todo lo que dije en tu despacho —me disculpo—, pero no entiendo por qué no me contaste la verdad.

Ryan continúa en silencio. Yo me muerdo el labio inferior nerviosa y clavo mi mirada inquieta en mis dedos, que retuercen la correa de mi bolso. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir y está claro que él no piensa molestarse en contestarme.

El pitido del ascensor anunciando que las puertas van a abrirse me reactiva. Doy un paso al frente y salgo de él en cuanto me es posible.

—Maddie —me llama.

Su voz masculina e indomable me detiene en seco y hace que me gire. Él sigue con la espalda apoyada en el espejo y las manos en los bolsillos. Es el magnetismo personificado. Sus espectaculares ojos azules vuelven a atrapar los míos y mi corazón se acelera aún más.

—Es mejor que algunas cosas vuelvan a ser como siempre tendrían que haber sido.

Sus palabras me dejan inmovilizada. No sé qué decir. La sensación que tuve esta mañana de que hemos vuelto a ser el señor Riley y la señorita Parker se intensifica. Otra vez me siento abrumada, tímida y, ahora, extrañamente, también perdida.

Sólo cuando las puertas se cierran pierdo el contacto con sus maravillosos ojos azules. Tengo claro que no puedo estar con él. Sólo me gustaría que mi cuerpo y mi aniquilado corazón lo entendiesen de una maldita vez.

Suspiro hondo y al fin logro caminar hacia el vestíbulo. Lauren me espera al otro lado de las puertas de cristal fumando un cigarrillo.

—¿Qué tal el día? —me pregunta mientras comenzamos a caminar en dirección a la parada de metro de Columbus Circus—. ¿Y puedes decirme ya por qué me has dado plantón para comer?

Suspiro de nuevo a la vez que decido ignorar la primera pregunta y me centro

directamente en la segunda. No es que sea fácil de responder, pero por lo menos no es horriblemente difícil.

—Meredith Riley ha venido a buscarme a la oficina para comer.

Lauren me mira boquiabierta y a los segundos sonrío perpleja.

—Debe de haber sido una comida de lo más interesante.

Le hago un mohín y ella me lo devuelve mientras se apoya en una farola, levanta uno de sus carísimos Louboutin, apaga su cigarro en la suela y tira la colilla en la papelera.

—Ahora me va eso del medioambiente —me dice sin más.

Se sacude las manos y me mira impaciente esperando a que continúe.

—No pasó nada emocionante —comento, y suena como una disculpa.

No quiero hablar de la seguridad con la que me dijo que acabaría perdonando a Ryan.

Bajamos las escaleras de la boca de metro y, como un centenar de neoyorquinos más, esperamos el tren.

—¿Has visto al señor irascible? —me pregunta Lauren torciendo el gesto.

Sé que no me lo pregunta por simple cotilleo. Está preocupada.

—Sí —musito y pierdo mi vista en el andén al otro lado de las vías— y he metido la pata.

—¿Cómo? —inquire confusa.

—Di por hecho que había sido él quien se había peleado con James.

—El novio de Sandy se peleó con James —replica aún más confusa.

—Bentley se peleó con James.

Me giro para ver su reacción y es exactamente la que esperaba. Está alucinando.

—¿Qué? —Acierta a preguntar.

Asiento a modo de respuesta.

—Son dos gilipollas.

—¿Sabes? Es muy curioso que, para ser sólo tres amigos, se hayan partido la cara —comento socarrona.

—Yo ahora mismo quiero partírtela a ti y somos amigas.

—Qué violenta —protesto burlona.

Lauren comienza a farfullar que no puede creerse que esos dos se hayan peleado. Los llama insensibles, imbéciles y capullos mientras frenéticamente busca el paquete de Marlboro *light* en su bolso.

—¿Quién ganó? —Demanda malhumorada llevándose el cigarrillo a los labios.

—¿No irá a encenderse el cigarrillo aquí? —pregunta un hombre alarmado a la espada de Lauren.

Mi amiga se gira y lo fulmina con la mirada. El pobre tipo no ha elegido el día.

—¿Me ha visto encendérmelo? —inquire molesta—. Cuando lo haga, quájese, amigo, porque a simple vista yo podría decir que usted va a colocarse detrás de alguna veinteañera y esperará a que el vagón de un frenazo para tocarle el culo, pero,

hasta que no lo vea, no le llamaré pervertido.

El hombre la mira indignadísimo, recoge su maletín del suelo y se pierde entre la nube de personas andén adelante.

Yo no puedo evitar que una sonrisilla se me escape, pero rápidamente la disimulo. No quiero echar más leña al fuego.

—¿Quién ganó? —vuelve a preguntarme.

Me encojo de hombros. No tengo ni idea. No estaba allí.

—Vamos a ver —me dice armándose de paciencia—, tú los has visto a los dos. El que tuviera mejor pinta claramente ganó.

Hago memoria. Los dos tenían la nariz casi rota, cortes en el pómulo, moratones.

—Por poco, creo que ganó James.

Lauren asiente pero no dice nada más. Claramente está en pie de guerra.

No entramos en mi apartamento, sino que vamos directamente a casa de los Hannigan. Tengo la sensación de que Lauren sólo quiere asegurarse de que Álex está y puede hacerme compañía, porque no llevamos más de un par de minutos en su casa cuando nos dice que tiene que marcharse pero que regresará para dormir. Apostaría el poco dinero que tengo a que se ha ido a ver a Bentley o a esperar a James a la salida del trabajo.

Álex y yo vamos a dar una vuelta con *Lucky* al parque del mercado Jefferson. Compramos comida china de regreso a casa y nos la comemos, yo más bien hago el intento, viendo «The Bing Bang Theory».

Lauren no vuelve hasta casi las once y, qué casualidad, lo hace con James. Ninguno de los dos dice nada, pero es obvio que, sea de donde sea, vienen juntos. Álex y yo nos miramos cómplices.

—Me da igual lo que sea, no quiero saberlo —dice socarrona levantándose y alzando las manos a la vez que se va a su habitación.

—Yo sí quiero —comento burlona.

—Nos hemos encontrado en el portal. Fin del telegrama —me replica Lauren.

—¿A que ya no hace diecisiete días? —le pregunto divertida con los ojos entrecerrados. Ahora mismo soy Colombo dando el nombre del asesino al final del capítulo.

Todavía recuerdo lo indignada que estaba mientras reconocía el tiempo que llevaba sin sexo.

Ella me hace un mohín y mi sonrisa se ensancha.

—Vamos a dormir —me apremia.

Decidido no torturarla más con la clara intención de hacerlo cuando estemos en mi piso.

—Parker, eres una chivata —se queja James cuando paso junto a él camino de la puerta.

Sonríó de nuevo y me encojo de hombros. Él también sonrío pero es su media sonrisa, esa que siempre significa que me la va a devolver en cuanto pueda.

—El novio de Sandy te envía recuerdos —comento socarrona.

Él me hace un mohín y yo me echo a reír.

En mi apartamento volvemos a ponernos el pijama y nos metemos en la cama con Fallon en el pequeño televisor de mi habitación y *Lucky* tumbado a nuestros pies.

—Así debe de ser la vida de una pareja lesbiana de setenta años —comenta Lauren cruzándose de brazos.

—Sólo nos falta colgado en la pared un gran marco con un *collage* de todas las manifestaciones proderechos a las que habremos acudido.

Las dos sonreímos.

—Cuando te has marchado, has ido a verlos a los dos, ¿verdad?

Lauren sopesa mis palabras. Creo que en realidad está decidiendo si me cuenta la verdad o vuelve a mentirme a la cara descaradamente.

—Sí, primero a Bentley y después a James. Has sido muy poco objetiva —añade cambiando el tono de voz—. No creo que ganase James. Más bien ha sido un empate técnico.

Sonrío de nuevo. Ella no es nada imparcial.

—¿Y qué fue lo que pasó? —pregunto.

—¿Seguro que quieres que te lo cuente?

Sé que me hace esa pregunta porque la historia tiene algo que ver con Ryan. Ya lo imagino y, aun así, quiero saberlo.

—Sí —respondo sin más.

—James se presentó en casa de Ryan hecho una furia por lo que te había hecho. No entiendo cómo Ryan no le dio la paliza de su vida.

La verdad es que yo tampoco.

—Discutieron —continúa—. Bentley estaba allí. Entró en la discusión a defender a Ryan y al final acabaron ellos dos peleándose. Ryan los separó.

Asiento. Eso explica la mínima herida que tenía en el pómulos.

—Cuando estaba saliendo de la oficina, me encontré con Ryan en el ascensor y me dijo que era mejor que algunas cosas volviesen a ser como siempre tendrían que haber sido.

Mi voz suena triste, exactamente como me siento.

—¿Y tú qué crees?

Me quedo callada. No sé qué responder. Estoy hecha un verdadero lío. Jimmy Fallon, con gorro de marinero incluido, anuncia una guerra de *Hundir la flota* con Steve Carell y no puedo evitar sonreír fugaz.

—No lo sé —respondo al fin—, pero no podría volver con él.

Tengo demasiado miedo.

Lauren asiente.

—Lo único que importa es que tú estés bien —sentencia.

Suspiro y presto toda mi atención a la tele. Es lo único que quiero, estar bien... sin Ryan. Eso actualmente me parece un imposible.

El despertador suena infatigable a las siete de la mañana. No sé por qué, hoy no quiero salir de la cama; en realidad, sí lo sé, pero me niego a empezar a martirizarme incluso antes de abrir los ojos. Además, es domingo. Es inhumano que nos hagan trabajar en domingo.

Lauren se levanta. Yo suspiro y me envuelvo aún con más fuerza en el nórdico. Me parece una brillante idea que haya decidido ducharse primero. La oigo trastear en su pequeña maleta y la puerta del baño. Tengo diez minutos más.

Pero entonces una canción comienza a sonar a todo volumen. Abro los ojos dispuesta a llamarla perra sin sentimientos, pero me interrumpe subiéndose de un salto a mi cama y comenzando a cantar:

—Dime, cariño, ¿qué piensas hacer? Te lo pondré fácil, hay mucho que perder. Mira el sol brillar. Abre la ventana, déjalo pasar.

—Pero ¿qué haces? —me quejo divertida.

Ella no me contesta. Toma el nórdico por un extremo y me destapa sin piedad mientras sigue cantando el *I will never let you down*, de Rita Ora.

—¡Lauren!

—¡Ven a cantar! —dice voz en grito absolutamente despeinada.

Yo rompo a reír. No me resisto más y me pongo de pie sobre el colchón.

—Cuando dices que has tenido suficiente y estás a punto de rendirte —cantamos al unísono—. Oh, oh. Yo nunca dejaré que te vengas abajo.

El ritmo cambia y, lo que empieza siendo un tímido baile, se convierte en saltos sobre la cama como si tuviéramos cinco años.

—¡Ey! —gritamos con palmada incluida—. Oh, oh. Yo nunca dejaré que te vengas abajo.

Las dos vociferamos moviendo la cabeza y alzando los brazos. Parece que estamos en un concierto en el Madison Square Garden.

—¡Ey! Oh, oh. Yo nunca dejaré que te vengas abajo.

Estallamos en risas de nuevo y, cuando nuestras carcajadas se calman, Lauren se baja de un salto.

—Espero que hayas captado el mensaje, chica —me dice fingidamente seria antes de entrar en el baño.

Yo me echo a reír una vez más y continúo cantando. El mensaje está clarísimo.

Lauren ha traído de su apartamento una mochila con algo de ropa. Con eso y lo que trajimos de casa de Ryan, deberíamos poder aguantar un par de días. Aun así, empieza a ser urgente que vaya a por el resto de mis cosas. No tiene ningún sentido que alargue más la agonía. Tengo que pensar cuál es la mejor manera de hacerlo.

Al final acabo poniéndome mi falda de la suerte, con medias claro está, una nadadora azul y mis botas color camel sin tacón y con tachas. Para combatir el frío, tomo prestado de la ropa de Lauren un jersey blanco de punto bastante ancho que deja un hombro al descubierto. Yo tengo uno muy parecido, pero está con el resto de mis cosas.

Llegamos al Riley Group puntuales como un reloj. Lauren va a entrar conmigo en mi oficina, pero a unos pasos se arrepiente y se marcha a su departamento. Yo la observo alejarse con el ceño fruncido. Voy a tener que ponerme en serio a investigar sobre esta especie de trío sentimental.

—Buenos días, jefe —saludo a Bentley a la vez que cuelgo mi bolso en el perchero—. ¿Qué tal esa mano?

—Buenos días. Podría estar peor —se lamenta resignado—. Agenda, correo y esas cosas, para empezar. Después quiero que vayas a recoger la maqueta en blanco al agujero de Max. Hoy tenemos reunión de redactores. No estoy nada contento con algunas cosas.

Asiento. Parece que no está de muy buen humor.

Durante las siguientes horas me convierto en la eficiencia personalizada. Como no quiero tener tiempo para pensar, agradezco muchísimo estar tan ocupada.

La reunión de redactores se lleva el resto de la mañana. Bentley les pone las pilas, advirtiéndoles de que no se relajen, que si piensan que, al recibir tantos premios y elogios por el artículo de Frank Gehry y la madre de Queens, todo está hecho, están muy equivocados. Ahora es cuando tenemos que demostrar que no ha sido un golpe de suerte.

Bajo a comer con Lauren al Marchisio's. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para comerme media ensalada de pavo. Mi estómago está en pie de guerra y hace que cada bocado me suponga un mundo.

A media tarde todo está más tranquilo. Estoy revisando algunos documentos cuando oigo pasos acercarse a mi puerta y a los pocos segundos Ryan entra en la oficina. Al verlo, no puedo evitar quedarme embobada y milagrosamente consigo contener un suspiro. Está guapísimo. Lleva un traje azul marino, una de sus camisas blancas y una corbata azul. Llamarlo dios griego sería quedarse corta, demasiado corta.

Él me mira y tengo la sensación de que quiere decir algo, pero, tras unos segundos, continúa su marcha hasta el despacho de Bentley.

Cuando me siento libre de su mirada, respiro hondo intentando tranquilizarme. Sabía que esto podía pasar. Es más, creo que ha estado evitando que pase.

Decido concentrarme en todo lo que tengo que hacer y fingir que él no está aquí, pero cada vez que oigo su voz todo mi cuerpo tiembla, echándolo de menos de una manera casi temeraria.

Resuelta, me levanto casi de un salto y cojo las carpetas de Administración, las más aburridas con diferencia, y comienzo a trabajar. Necesito estar concentrada y olvidarme de él. Ryan Riley no está en la habitación contigua. Ryan Riley no está en la habitación contigua.

—Maddie —me llama.

El universo debe odiarme muchísimo.

Por un momento sopeso si puedo fingir que no le he oído, pero, si quiero

mantener una actitud profesional, no me puedo permitir ignorar al dueño de todo esto.

A regañadientes, me levanto y camino hasta colocarme bajo el umbral del despacho de Bentley.

—¿En qué puedo ayudarte? —respondo tratando de sonar precisamente eso, profesional.

Decido obviar lo de «señor Riley». No quiero que lo considere una provocación de las tuyas y la verdad es que me siento un poco estúpida llamando así al que todavía es mi marido.

—Necesito que me traigas las carpetas de las inversiones Foster. Tess no está —me aclara—. Las encontrarás sobre mi escritorio.

Suena frío, imperturbable. No está jugando. Y por un momento creo que eso me hace sentir todavía peor.

Asiento y salgo en dirección a su despacho. La última vez que rompimos, él se las ingenió para ponerme contra las cuerdas una y otra vez. Ahora no lo está haciendo. Parece tener clarísimo que se ha acabado. Suspiro frustrada y cabeceo. ¿Y acaso no es lo que quiero? ¿Lo mejor para mí? Odio no saber cómo sentirme. Si ahora mismo me llamara cría, tendría toda la razón.

Como me dijo, Tess no está. Me acerco hasta la puerta y la empujo con suavidad. Creo que dejo de respirar en ese preciso instante. Esto tiene que ser una maldita broma.

El estómago se me cierra de golpe y un nudo de nervios y rabia se forma en mi garganta. Ella me ve e inmediatamente gira sobre sus carísimos tacones y da un paso hacia mí.

—Hola, Maddie —me saluda con la sonrisa más taimada y malévolamente satisfecha que he visto en mi vida.

Yo no digo nada. No tengo por qué hacerlo. No quiero hacerlo.

Me doy la vuelta y salgo a toda velocidad del despacho. Cuando paso junto a la mesa de Tess, Ryan entra. El corazón me da un vuelco y todo mi cuerpo entra en un doloroso letargo al imaginarlos juntos.

—Maddie, también quiero el informe...

No me detengo, ni siquiera lo miro. Estoy a punto de romper a llorar y no quiero hacerlo delante de ninguno de los dos.

—¿Qué pasa? —me pregunta Ryan tomándome del brazo y obligándome a frenar. Busca mi mirada con la suya e inmediatamente su expresión se endurece—. ¿Qué ocurre, Maddie? —inquieta de nuevo.

Sigo sin hablar, aunque tampoco hace falta que lo haga. Oigo los mismos pasos acercándose y la rabia me inunda por dentro. Lo prefiero. La rabia es mucho mejor que la tristeza. No voy llorar.

Cuando Ryan la ve, todo su cuerpo se tensa.

—¿Qué haces aquí, Savannah? —Demanda con la voz amenazadoramente suave.

—Sólo quería saludarte, que charláramos un rato —responde ella encantada.

—Lárgate —ruge.

—Como quieras.

Su voz es solícita, entregada, y yo decido que ya he tenido suficiente. Si quieren montar aquí un espectáculo amo-sumisa, me parece genial, pero no pienso quedarme a verlo.

—Maldita sea, no estoy jugando —replica Ryan.

Me zafo de su brazo y avanzo hacia la puerta.

—Maddie, joder. —Se gira hacia mí y me detiene de nuevo.

Vuelvo a deshacerme de su agarre y me alejo unos pasos de él. Mi mirada se anega de rabia. No quiero verlo. No quiero estar aquí. Cada vez que me acerco a él sólo consigue hacerme daño.

La arrogancia y la furia se hacen a un lado y sus ojos azules se llenan de dolor. Sabe perfectamente cómo me siento ahora mismo. Alza la mano pero, antes de que pueda alcanzar mi mejilla, doy un nuevo paso atrás. Su mirada se recrudece y un desahucio tan cristalino que puedo sentirlo en mi propio corazón inunda todo el espacio vacío entre los dos.

—Deja que se marche, Ryan, ella nunca va a entender lo que tú necesitas.

—¡Cállate, Savannah! —brama.

Está furioso, a punto de estallar, y ella sonrío como si estuviese consiguiendo exactamente lo que quiere. Su expresión está llena de alevosía. No entiendo qué jueguito pervertido es éste o qué espera conseguir, pero no voy a quedarme a averiguarlo.

Salgo disparada del despacho. Cruzo la redacción como una exhalación y llego a las escaleras. Ni siquiera espero el ascensor. Apenas he bajado un par de tramos cuando oigo la puerta abrirse atropellada a mi espalda y unas pisadas aceleradas bajar tras de mí.

—¡Maddie! —me llama—. ¡Maddie!

No quiero verlo. No quiero que me siga. No quiero que esté aquí.

Sus pasos suenan más cerca. Apenas he puesto un pie en la planta diecisiete cuando noto su brazo agarrarme con fuerza.

—Maddie, no sé qué coño hace aquí.

No digo nada, ni siquiera dejo que atrape mi mirada. Sólo quiero que me deje marcharme y llorar.

—Maddie, escúchame.

Eso es algo que no pienso volver a hacer nunca más.

—Estuviste con ella en Luxemburgo, ¿verdad?

—No —responde sin asomo de duda.

—¡No me mientas! —grito desesperada, soltando lágrimas llenas de rabia, demasiado herida para poder contenerlas.

—No te estoy mintiendo.

Niego con la cabeza aún más nerviosa. No quiero creerle. No quiero ser esa estúpida llena de ilusiones nunca más.

—Maddie, joder. ¡Escúchame!

—¡No tengo nada que escucharte! —estallo zafándome de su brazo una vez más.

—¡Yo sólo te quiero a ti!

Él tampoco puede más, pero ahora mismo todo en lo que puedo pensar es en Savannah Sandford en su despacho, en la terraza de Chelsea.

—Deja de decir eso. No es verdad. Si me quisieras, habrías hablado conmigo, podrías haber confiado en mí. Tú no me quieres porque piensas de verdad todo lo que dijiste borracho. —Una punzada de dolor atraviesa su mirada azul—. Porque, a pesar de todo lo que ha pasado, me sigues viendo como la cría de veintitrés años a la que tuviste que pagarle las facturas para que no se quedara en la calle... Porque mataste a nuestro bebé.

Mis últimas cinco palabras nos silencian a los dos. Todo el aire se ha cargado de dolor.

—Lo sé —responde con su voz masculina entrecortada por primera vez.

Ryan mantiene su mirada sobre la mía y da un paso hacia mí para abrazarme. Yo niego con la cabeza pero no me muevo. Sin embargo, en cuanto siento sus brazos rodeándome, toda la rabia se recrudece y comienzo a golpear su pecho con mis

puños. Ryan no se aparta, aguanta cada tiro, cada sollozo, a la vez que me abraza con más fuerza intentando consolarme. Y entonces rompo a llorar. Lo hago de verdad, como no me permití hacerlo en el hospital ni todos los días que han venido después. Lloro triste, furiosa, dolida; lloro herida, lloro por todo lo que he perdido. Lloro por él y por mí.

Ryan me mueve con suavidad y nos sienta en el suelo. Me acomoda en su pecho y él lo hace contra la pared. No deja de acariciarme el pelo, de besármelo suavemente mientras, paciente, espera a que deje de llorar.

Poco a poco voy tranquilizándome y, casi sin darme cuenta, las lágrimas paran. Aun así, ninguno de los dos nos movemos. Todo está siendo triste, íntimo, y al mismo tiempo por fin siento que me he despedido de nuestro bebé.

—¿Te encuentras mejor? —inquire en un susurro.

Yo asiento suavemente a la vez que apoyo las manos en su pecho y me separo despacio de él.

—Sí —murmuro.

Mi voz se ve inundada por nuevos sollozos.

Ryan alza la mano y, con dulzura, la coloca sobre mi mejilla secando con suavidad mis lágrimas con la punta de sus dedos.

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento? —susurra de nuevo—. Hablaré con Bentley.

Niego con la cabeza.

—No —murmuro.

No quiero desaparecer en mitad de la jornada. Me importa mi trabajo y no me gustaría descuidarlo más de lo que ya lo he hecho. Además, tampoco quiero irme a casa y pasarme horas pensando en todo esto.

—Entonces será mejor que vayas al baño y te refresques un poco.

Asiento. Ni siquiera quiero imaginar el aspecto que debo tener, con la nariz y los ojos rojos y la cara cubierta de lágrimas.

Ryan se levanta y me toma de las manos para incorporarme. Mira la placa de la planta en la que estamos y después pierde su vista escaleras abajo.

—Las obras están ahora en la planta doce. Como es domingo, no habrá nadie. Allí podrás arreglarte tranquila.

Asiento de nuevo y dejo que me coja de la mano y me guíe hasta el piso doce y después dentro de él. Está desierto. Sólo hay material de obra y escombros. Ryan nos lleva hasta el fondo de la planta y entramos en los servicios.

Mira a su alrededor hasta que parece encontrar lo está buscando. Se sube ágil al mármol de los lavabos y, estirando su perfecto cuerpo, alcanza la llave de paso del agua. Se baja de un salto y aparta el grueso plástico, dejando al fin los lavabos al descubierto.

—Esperaré fuera —comenta dirigiéndose hacia la puerta.

—Gracias —respondo.

Mi única palabra detiene en seco a Ryan, que se gira despacio. Ese sentimiento que no sé identificar vuelve a su mirada y el azul de sus ojos brilla con fuerza.

—Después de todo lo que ha pasado, ¿todavía me das las gracias?

Otra vez vuelvo a sentirme tímida, abrumada, nerviosa. No sé qué contestar a eso. Puede que lo nuestro no terminara bien, pero no puedo borrar de un plumazo todo lo que despierta en mí o el hombre maravilloso que sé que esconde bajo su traje de ejecutivo. Yo lo sigo viendo, aunque ya no pueda estar con él.

—Supongo que sigo creyendo en ti —murmuro y al fin me atrevo a levantar la mirada y unirla a la suya.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones, brusco, sin desunir nuestras miradas. De nuevo creo que va a decir algo, pero finalmente gira sobre sus pasos y se marcha.

Ya sola, suspiro con fuerza y me acerco al lavabo. La verdad es que me gustaría odiarlo con todo mi corazón, ser capaz de borrarlo de mi vida, pero creo que nunca lo conseguiré.

Cabeceo intentando dejar de pensar. No voy a sacar nada en claro y es lo último que necesito.

Abro el grifo de agua helada y coloco las manos bajo el chorro. Durante unos segundos me quedo mirándola chocar contras mis anillos pero, sobre todo, mis ojos se pierden en el extremo de la cinta roja que asoma tímido bajo el de compromiso. Lo daría todo por volver a aquella habitación de hotel.

«Basta ya, Parker».

Me obligo a volver a la realidad. Me refresco la cara y después me froto con las palmas de las manos para eliminar cualquier rastro de maquillaje. Me recojo el pelo en una coleta y, cuando termino, suspiro una vez más delante del espejo.

—Ánimo, Parker —me arengo—. Puedes enfrentarte a esto y a cualquier otra cosa.

Ryan me espera apoyado, casi sentado, en una de las mesas de trabajo. Agarra el borde de la madera con fuerza y su camisa blanca se tensa sobre su armónico pecho. Está pensativo, con la mirada perdida en el suelo. La mente parece trabajarle a mil kilómetros por hora.

Doy un paso al frente y él repara en mí. Alza la cabeza y sus espectaculares ojos azules me toman por sorpresa. El corazón comienza a latirme con fuerza y por un momento temo que pueda oírlo en mitad de esta planta vacía.

Ryan se levanta con un grácil movimiento y camina hasta mí. Yo suspiro y me mentalizo tratando de evitar que su delicioso olor, su calidez o simplemente esa mirada me afecten demasiado.

«Una batalla completamente perdida».

Se detiene a unos pasos de mí y, despacio, alza la mano. Creo que va a tocar mi cadera y, aunque sé que es algo que no debería sentir, todo mi cuerpo se tensa y se enciende preparado para recibirlo. Mi respiración se acelera aún más nerviosa y caótica. Querer esto, desear esto, no me hará ningún bien.

Pero todo se diluye cuando Ryan vuelve a resoplar brusco y toma mi mano, obligándome a andar.

Ni siquiera sé cómo me siento ahora mismo.

Las puertas del ascensor se abren. Entro y, al girarme, me doy cuenta de que él no me sigue.

—¿No subes? —le pregunto.

—Mejor no, Maddie —responde sin apartar su mirada increíblemente azul de la mía.

Asiento con una sonrisa que no me llega a los ojos. Ha vuelto a decidir por los dos, pero en esta ocasión no me importa. Yo también creo que es lo mejor. Necesito creerlo.

Mientras cruzo la redacción, la maraña de pensamientos que tengo en la cabeza se hace más intensa. Tengo la sensación de que todo lo que siento por él tira de mí en dos direcciones a la vez. Es agotador y frustrante. Sólo quiero poder olvidarlo.

Me siento a mi mesa y continúo trabajando. Bentley no me hace ninguna pregunta y yo se lo agradezco. Sé que la situación para él es más complicada que para Lauren o Spencer. Al fin y al cabo, esa arpía es su hermana.

A las cinco en punto despejo mi mesa y corro al vestíbulo a reunirme con Lauren.

En el ascensor, rodeada de ejecutivos, intento mantener todos mis pensamientos a raya, pero antes de que me dé cuenta estoy jugueteando con mis anillos y todos vuelven como un ciclón. Por suerte el trayecto dura poco y, en cuanto pongo un pie en la planta baja, recupero la cordura y dejo de martirizarme.

Lauren me avisa de que no vamos a casa. Ha llamado a los Hannigan y a Charlie y cenaremos todos en el Saturday Sally.

Apenas como, pero me río muchísimo. James ha decidido volver a inventarse sus propios chistes y son malísimos.

Aunque insiste en que no le importa, libero a Lauren de su promesa de amiga para que pueda ir a dormir a su apartamento. Me cuesta convencerla, pero al final lo consigo. Sí le pido que me deje su ropa un par de días más. Sigo sin tener qué ponerme.

Mientras atravesamos el cruce con la Séptima camino del Village, me descubro jugando con mis anillos de nuevo; en realidad llevo haciéndolo toda la noche. Es duro pero comprendo que, si quiero volver a comportarme como la chica lista que solía ser y no volver a cometer los mismos errores, hay algo que debo hacer. Hoy he estado a punto de olvidarme de todos mis miedos y concentrarme sólo en lo bien que me siento cuando estamos cerca. Eso no puede repetirse.

—¿La última, Parker? —pregunta James abriendo la puerta del portal y sacándome de mis acuciantes pensamientos.

Le miro confusa. No le estaba prestando atención. James me pone los ojos en blanco y con una sonrisa me repite la pregunta.

—No, gracias —respondo—, pero tengo algo que hablar contigo, Charlie.

Los Hannigan y el propio Charlie me miran con el ceño fruncido.

—Una consulta legal —aclaro.

Charlie asiente.

—Claro —responde convencido.

Subimos al piso de los Hannigan y, mientras ellos se sientan en el sofá y encienden la tele, Charlie me señala uno de los taburetes de la isla de la cocina y él la rodea hasta quedar frente a mí.

—Pasa a mi despacho —me dice divertido.

Yo sonrío, pero no soy capaz de disimular lo nerviosa que estoy.

—¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta profesional.

Por un segundo me quedo callada. Ni siquiera sé cómo plantearlo.

—Quiero divorciarme —suelto en un golpe de voz.

Charlie enarca las cejas y frunce los labios. No se lo esperaba. Finalmente carraspea al tiempo que da unos golpecitos con las yemas de los dedos sobre la encimera.

—¿Firmasteis un acuerdo prematrimonial? —me pregunta recuperando al abogado implacable.

—Yo llegué a firmarlo, pero Ryan no quiso hacerlo, así que supongo que no tiene valor. De todas formas —interrumpo cualquier cosa que fuera a decirme—, no me importa. No quiero nada de él.

—Maddie, te engañó. ¿Sabes lo que eso significa? Podrías sacarle muchísimo dinero, tener tu vida resuelta para siempre.

Charlie no es ningún buitro. Sé que lo hace con la mejor de sus intenciones, pero nunca estuve con Ryan por su dinero y eso tampoco va a cambiar en nuestro divorcio.

—Lo sé, pero no quiero nada —me reafirmo—. Sólo me gustaría conservar mi apartamento, pagar un alquiler por él.

—¿Estás segura? —inquire una vez más. Yo asiento—. Es tu decisión —sentencia—. Si no quieres nada, va a ser una demanda sencilla. Mañana la tendré lista.

Hablamos de algunos detalles más. Sobre todo, de cómo quiero que queden las cosas respecto a mi apartamento. Charlie me explica que es más que posible que nos pidan que firmemos algunos acuerdos de confidencialidad sobre por qué terminó el matrimonio y los acuerdos que hemos alcanzado en el divorcio. No me importa tener que hacerlo.

—Pues creo que ya está todo —me anuncia cerrando la agenda de su *Smartphone*.

Me bajo del taburete dispuesta abandonar el «despacho» de Charlie Saxs cuando caigo en la cuenta de algo. Los acaricio en mi anular un segundo y finalmente me los quito.

—Los anillos de compromiso y de pedida quiero devolvérselos —le digo poniéndolos sobre la encimera.

Charlie los mira un segundo, después me mira a mí y finalmente rodea la isla y se

sienta en un taburete, obligándome a que yo lo haga a su lado.

—Maddie, ¿de verdad es esto lo que quieres? Sé que estás enfadada, no te culpo, pero son tus recuerdos. Nadie pensaría que eres una aprovechada por quedártelos.

Sonríó pero no me llega a los ojos.

—No los devuelvo por eso —me sincero—; quiero pasar página y, viéndolos en mi dedo cada día, no puedo.

—Como quieras —repite—. Los llevaré a un tasador para incluirlos en la demanda.

—También está esto.

Cojo con cuidado el extremo de la pequeña tira roja y deshago el nudo. Me muerdo el labio inferior y por un segundo la acaricio entre mis dedos. Me va a costar más separarme de la pequeña cinta que de los dos anillos de platino y diamantes.

—Quiero que la incluyas —continúo diciendo mientras la dejo junto a los anillos—. Obviamente no tendrás que llevarla al tasador.

Vuelvo a sonreír pero otra vez no me llega a los ojos. Charlie imita mi gesto lleno de empatía.

—También una pulsera. No tiene ningún valor. Sólo costó seis dólares.

Charlie asiente y coge su mochila para guardar los anillos. Como si entendiera exactamente el valor de cada pieza, es la cinta roja la que trata con más cariño.

Lo observo abrir la bolsa y cerrarla después. Imaginar mi cinta roja en el fondo de la desvencijada mochila de Charlie significa que definitivamente se acabó.

Giro sobre mis pasos y me dirijo a la puerta. Los chicos intentan convencerme para que vea una peli y después el programa de Fallon, pero sólo quiero meterme en la cama y dormir siete días seguidos.

Mi vida es un asco.

El despertador suena pero lo apago de un manotazo y me quedo en la cama con la vista clavada en el techo. No puedo creer cómo se ha complicado todo estos días. Me llevo las palmas de las manos a los ojos, pero acabo suspirando desilusionada al no encontrarme con mi anillo de compromiso ni con el de boda. Aunque, como ya vislumbre que pasaría, lo que más echo de menos es la cinta roja de la chocolatina. Suspiro de nuevo y miro mi dedo anular. Ojalá pudiera decir que esa cinta es lo único que echo de menos.

Mientras me estoy compadeciendo, oigo un portazo en el piso de arriba y a mi vecina Sandy gritar como una loca. Está cansada de que su novio no respete la integridad artística de su trabajo, a lo que él responde que, aunque no le guste, eso fue lo primero que le atrajo de ella. No entiendo la frase y comienzo a tener verdadera curiosidad por saber a qué se dedica Sandy.

En mitad de la discusión, oigo un golpe seco, como si un mueble hubiese caído al suelo. Me incorporo y agudizo el oído, preparada por si tengo que llamar a la policía, pero apenas un segundo después todo son gemidos y el rítmico golpeteo del cabecero de la cama contra la pared mientras ella no para de gritar que le quiere.

—Gracias, Sandy —digo señalando el techo con el índice al tiempo que guiño un ojo y chasco los labios—, acabas de recordarme eso que no echo de menos en absoluto.

Pura ironía y frustración sexual a las siete de la mañana. Eso no puede ser bueno.

Me levanto y desganada me meto en la ducha. Ni siquiera pongo la radio. Con mi suerte, acabará sonando una canción increíblemente romántica, de esas de gente que encuentra su alma a los dieciséis y, cuando mueren, se transforman en dos estrellas fugaces que surcan para siempre el universo. Yo necesito una que hable de cambios a mejor, de cosas nuevas o, en su defecto, a alguien que cante que entiende que estoy tan deprimida que quiero pasarme todo el día en el sofá en pijama comiendo cereales. Me pregunto si Leonard Cohen tendrá una canción sobre eso.

En la mochila de Lauren encuentro un vestido vaquero abotonado en la parte delantera. Lo complemento con unas medias negras y mis botines también negros. Me recojo en pelo en un moño de bailarina y, aunque no pensaba maquillarme, tras una noche prácticamente en vela no puedo permitirme ir con la cara lavada. No desayuno pero me bebo una taza tamaño XXL de café.

Cojo un pañuelo y mi abrigo y me llevo a *Lucky* a dar una vuelta. Paseando y observando a la gente ir de un lado a otro, me siento mejor, incluso me animo a comer algo y me compro un *pretzel* en el puesto al final de mi calle.

Me entretengo más de la cuenta y, después de dejar a *Lucky* en mi apartamento, tengo que salir disparada a la parada de metro. Afortunadamente no llego demasiado tarde y Bentley no parece darse ni siquiera cuenta.

Enciendo el ordenador y, cuando la agenda se carga, verifico las reuniones del día. Resoplo al comprobar que la reunión de grupo se ha trasladado a esta mañana. Definitivamente debo de haber sido una persona horrible en otra vida. Estoy entre el que inventó la música disco o el que puso de moda las hombreras.

Me levanto de un salto y voy hasta la estantería roja. Lo mejor que puedo hacer es mantenerme ocupada. No me queda otra que ir a esa reunión. Lo último que necesito es estar martirizándome toda la mañana.

Consigo mantener el tipo hasta las once menos cinco, pero cuando veo a Bentley salir con un par de carpetas en la mano dispuesto a que nos vayamos a la reunión; mi convicción flaquea.

—Maddie, no tienes que venir si no quieres —me dice con una suave sonrisa llena de empatía.

Yo asiento y le devuelvo el gesto, aunque el mío es más nervioso. Sé que lo dice por mí, pero la idea de recuperar mi vida profesional sigue en pie y eso incluye las reuniones de grupo.

—Estoy bien —respondo—. Sólo espero que no sea muy aburrida —añado resuelta.

La sonrisa de Bentley se ensancha y salimos los dos del despacho. Llegamos a la sala de conferencias con la reunión a punto de empezar. Sin embargo, es obvio que

Ryan aún no ha hecho acto de presencia porque todos los ejecutivos están todavía charlando en corrillos en la entrada. Bentley y yo los esquivamos y nos acercamos a la mesa. Mentalmente suplico para que no me pida que me siente a su lado y, si lo hace, que no me reserve la silla entre él y Ryan.

Los ejecutivos se apresuran a entrar y todo mi cuerpo se tensa. Ryan está aquí. Bentley señala el extremo de la mesa. Parece que la conexión telepática ha funcionado a medias porque, aunque tengo que sentarme con él, es mi jefe quien lo hace junto a la presidencia.

Aliviada, ocupo mi silla y, eficiente, cojo la carpeta que me tiende.

—Este artículo ya está corregido —me anuncia—, pero quiero una segunda opinión de los tres últimos párrafos. No me convence la manera en la que expone las conclusiones de las jornadas y creo que debería mencionar a Sheldon Memphis mucho antes.

Asiento varias veces y comienzo a examinar el artículo. Que alguien como Bentley me pida a mí una segunda opinión, me halaga muchísimo. Además, estar ocupada me viene de cine.

Todos los ejecutivos y los ayudantes están sentados cuando unos rápidos tacones atraviesan el ambiente de la habitación. Unos segundos después, Lauren entra casi derrapando en la sala de conferencias y deja frente al sillón de Ryan un iPad y varias carpetas.

Suspira aliviada llevándose las manos a las caderas cuando lo tiene todo listo. Nuestras miradas se cruzan y pronuncia un «cabronazo» sin emitir sonido alguno al tiempo que agita la mano. Después le hace un mohín a la silla, como si se lo hiciera a Ryan. Está claro que el señor irascible está en plena forma.

No puedo evitar sonreír, casi reír, pero la risa se me corta de golpe cuando lo veo entrar. Está más que guapo, guapísimo. Lleva un increíble traje gris marengo que se ajusta a su perfecto cuerpo, una camisa blanca y una corbata delgada y gris. Su pelo castaño claro luce en un peinado casual, delicioso, espectacular y, por algún extraño fenómeno de la naturaleza, sus ojos brillan aún más azules.

Camina hasta su sillón dejando embobados a hombres y mujeres por igual, aunque obviamente por motivos diferentes. El magnetismo que desprende, esa actitud de macho alfa, está dominando por completo la sala, dejando claro quién tiene el control aquí.

—Stevens, no quiero perder el tiempo —le dice a Lauren mientras toma asiento.

Ella asiente convertida en perfecta eficiencia y toma un pequeño mando de un extremo de la mesa. Al pulsar un botón, las pantallas se llenan de gráficos y ella empieza un discurso muy elaborado sobre números, opciones de ventas y productividad.

—Pero esos números dan por hecho que el Riley Enterprises Group crecerá a un ritmo del veintiséis por ciento —la interrumpe alarmado Moore, un director de departamento, aunque no sé de cuál—. Ninguna empresa del país es capaz de crecer a

esa velocidad. Debería hacer mejor sus deberes.

Lauren por un momento no sabe qué decir y Moore parece vanagloriarse de ello. Yo no entiendo mucho de números, pero me parecen unas ideas muy competitivas, quizá arriesgadas, pero en ningún caso estúpidas.

—Márchese.

La voz de Ryan, que ni siquiera ha levantado la vista de los documentos que revisa, atraviesa la sala.

Lauren traga saliva y se dispone a dejar el mando en la mesa ante la sonrisa triunfal y satisfecha del imbécil de Moore. Yo quiero defenderla, pero no sé cómo.

Ryan deja caer su estilográfica Montblanc de platino de cuarenta mil dólares sobre los documentos y alza lentamente la cabeza.

—Señor Moore, ¿no me ha oído? —dice clavando su mirada en él—. Márchese.

Todos los ejecutivos se quedan boquiabiertos.

—El Riley Group crecerá al veintiséis por ciento porque tiene el potencial suficiente para hacerlo. Le aconsejo que vaya preparando su currículum para entrar a trabajar en cualquiera de esas empresas que no pueden llevar este ritmo.

Ryan no necesita gritar, ni siquiera levantarse. Su simple expresión y todo ese poder que irradia le son suficientes. Vuelve a sus documentos sin inmutarse. Ahora mismo es la fotografía perfecta de la tenacidad, la brillantez, el éxito; es Nueva York.

—Stevens, continúe.

Mi amiga, con una sonrisa de oreja a oreja, gira el pequeño mando entre sus dedos y sigue con su explicación mientras Moore abandona la sala.

Aunque no era el plan, no puedo evitar contemplarlo. Ha nacido para ocupar esa silla. Es tan brillante, tan capaz, un auténtico líder. En ese preciso instante, Ryan alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. La mía llena de admiración, la suya derrochando todo ese atractivo, todo ese control.

Ahora mismo el corazón me late ridículamente de prisa y eso es todo lo que necesito para darme cuenta de la estupidez que estoy haciendo. Quedarme contemplándolo embobada y después dejar que su mirada atrape la mía no es algo bueno para mí.

Finalmente me obligo a apartar la vista y la concentro en el bolígrafo que tengo entre las manos. Suspiro bajito intentando controlarme, pero todavía puedo sentir sus ojos azules sobre mí.

—Stevens, creo que ha quedado perfectamente claro —la interrumpe Ryan liberándome de su mirada.

Ella asiente y se sienta en la fila de sillas junto al resto de los asistentes.

—Señor Morgan —le llama Ryan—, los astilleros.

La reunión acaba relativamente rápido. En cuanto la da por terminada, me levanto de mi silla y salgo de la sala mezclándome con el resto de ejecutivos. No quiero darnos la oportunidad de quedarnos solos.

Lo que queda de día, me las arreglo para no parar un solo instante. El trabajo se

ha convertido en mi mejor medicina. Incluso pierdo la noción del tiempo. Cuando salgo a llevar unos papeles a uno de los redactores y me doy cuenta de que apenas quedan un par, comprendo que es hora de marcharse a casa. Son más de las seis y media.

Me despido de Ben con una sonrisa y salgo del Riley Group. La temperatura ha bajado un par de grados. Me abrocho hasta el último botón del abrigo y acelero el paso hacia la parada de metro.

Mientras espero en el semáforo de Broadway con Columbus Circus, mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla y suspiro cuando veo el nombre de Charlie parpadear en ella. No creo que me llame para invitarme al cine.

—Hola, Charlie.

—Hola, Maddie. ¿Te pillo en mal momento?

Inconscientemente miro a mi alrededor buscando una excusa. No quiero hablar de esto pero tampoco puedo huir de mi propio divorcio.

—No, cuéntame —respondo al fin algo enfurruñada.

A veces parezco una cría.

«¿Quién estaría muy de acuerdo con eso?».

—He hablado con Wyatt Lawson, el abogado de Riley.

Hace una pequeña pausa y yo tengo una ligera sospecha de lo que va a decirme.

—Se niega a firmar los papeles —sentencia.

Me muerdo el labio inferior sin saber qué decir, aunque en realidad algo dentro de mí ya sabía que no me lo pondría fácil.

—Si sigue así, tendremos que ir ante el juez.

Asiento sin ser consciente de que no puede verme. Un divorcio en los tribunales que se convierta en una batalla campal es lo último que quiero.

—Se acabará arreglando —trata de animarme ante mi silencio.

—Lo sé —respondo automática, pero tengo mis dudas. No creo que Ryan dé su brazo a torcer.

—¿Ya habéis acabado? —Oigo a Álex preguntar de fondo.

Miro el disco del semáforo. Sigue en rojo. Oigo un leve rumor al otro lado de la línea. El teléfono está cambiando de manos.

—Vámonos al cine. —Es Álex.

Me equivocaba. Al final he conseguido una invitación al cine.

—No me apetece salir —me disculpo.

—Te vas a aburrir sola. James ha quedado con la que se supone que no queda —comenta socarrona y automáticamente sé que se refiere a Lauren.

—No, gracias.

—No te lo estaba preguntando —me asegura.

Su vehemencia me hace sonreír.

—Ya lo sé, pero paso de ver cómo os metéis mano en cuanto se apaguen las luces.

—Me confundes con la que no ha quedado con James —replica y yo sonrío. ¿Qué

se traerán esos dos (tres) entre manos?—. Yo no hago esas cosas.

Mi sonrisa se ensancha. El disco cambia de color y comienzo a caminar.

—Nos divertiremos —intenta animarme.

—Os lo agradezco, pero no.

—¡Maddie! —protesta.

—Álex, voy a entrar en el metro, la co... nicación se p... erde —respondo burlona fingiendo interferencias.

—No te atrevas a colgarme —me replica muy seria, pero sé que está a punto de romper a reír.

—Se cor... ta lo si... to —continúo al borde de la risa.

Lo último que oigo antes de colgar es cómo me llama, ofendidísima, por mi nombre completo.

Camino de mi apartamento me paro en la tienda del señor Ahmedani y compro pan de molde y algún que otro alimento básico. Apenas tardo diez minutos, aunque de todas formas no tengo prisa. James tampoco está, así que hoy me espera una noche de lo más tranquila.

Enciendo la tele al entrar. No quiero ver nada en particular, pero así estaré distraída. Me meto en mi habitación y me pongo un pijama; nada del otro mundo, pantalones verdes y una camiseta blanca ancha y cómoda.

Es invierno pero sigue gustándome demasiado andar descalza, así que no me preocupo en buscar las zapatillas. Cuando regreso al salón, están entrevistando a unos de los cuidadores del zoo de Central Park, quien asegura que uno de los monos bajo su cuidado es capaz de tocar en un piano de juguete una pieza de Vivaldi.

Es un mono a las cuatro estaciones.

Por Dios, tengo que dejar de pasar tiempo con James. Se me está pegando su humor.

Con la sonrisa en los labios, voy hasta la cocina. Abro la bolsa de papel y comienzo a sacar lo que he comprado. Guardo los Capitán Crunch en el armario y, cuando me giro para hacer lo mismo con algo de verdura en el frigorífico, me encuentro de cara con el pequeño dibujo del rascacielos de White Plains que Ryan hizo para mí. Lo acaricio despacio. ¿Cómo es posible que no lo haya visto antes? Frunzo el ceño al comprobar que no lleva el imán de *I love NYC* con el que lo tenía sujeto. Miro hacia el suelo y lo diviso entre la nevera y la pared. Probablemente el dibujo se cayó, James o las chicas lo encontraron y volvieron a colgarlo sin saber quién lo hizo. Suspiro con el imán en la mano. Debería tirar el dibujo. No he tenido nada más claro en toda mi vida. Pero, en lugar de eso, cambio el imán y vuelvo a ponerle el del logo de la ciudad. No estoy preparada para deshacerme de este recuerdo. Significa todos los sueños de Ryan, cómo es en realidad. No puedo tirarlo a la basura sin más.

Decidida, guardo las verduras en una balda cualquiera y me giro otra vez hacia la isla.

«Nada de martirizarse, Parker».

No tengo hambre, pero me empieza a preocupar que nunca la tenga. Además de ser muy irresponsable, Sean dijo que debía comer para recuperarme del todo.

Abro de nuevo la bolsa de papel y saco el paquete de pan blanco, la mermelada de arándanos y la mantequilla de cacahuete. No es lo más saludable, pero apuesto a que la mermelada tiene muchas vitaminas.

Acabo de dejar mi sándwich recién hecho en uno de mis platos azules de Ikea cuando llaman a la puerta. Imagino que serán James o Lauren o James con Lauren, en cuyo caso tendrán que explicarme de dónde vienen juntos. Me froto las manos con una sonrisilla malvada. No pienso volver a conformarme con la pobre excusa de que se encontraron en el portal.

—Voy —respondo a unos pasos de la puerta.

Abro con la sonrisa preparada, pero se me borra de golpe en el mismo instante en que mi devastado corazón se acelera sin remedio.

—Hola —me saluda con sus ojos azules atrapando por completo los míos.

—Hola —musito.

Lleva la misma ropa que en la reunión, sólo que se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y se ha quitado la corbata. El extremo le sobresale del bolsillo de su pantalón. Parece cansado, una novedad, pero, sobre todo, parece malhumorado, otra novedad.

—¿Puedo pasar? —me pregunta.

La primera respuesta que se me viene a los labios es que no tiene por qué preguntar, dado que la casa es suya, pero me contengo. No sé qué hace aquí ni tampoco el motivo de lo furioso que está, así que no quiero echar leña a un fuego que todavía no puedo ver por completo.

Finalmente asiento y me hago a un lado moviendo la puerta conmigo. Ryan entra con el paso lento, no porque dude, sino porque es obvio que está en guardia.

De pronto me descubro increíblemente nerviosa y esa sensación de que volvemos al principio me atrapa por completo. No tengo ni la más remota idea de en qué está pensando ahora mismo.

—¿Quieres beber algo? —le pregunto, aunque no estoy segura de tener Jack Daniel's. Supongo que podría ir a buscarlo a casa de los Hannigan.

—¿Ya te has instalado aquí? —inquire mirando a su alrededor.

No sé qué contestar a eso. No me he instalado todavía aquí porque no sé si va a aceptar el divorcio y que le pague un alquiler. Conociéndolo, seguramente la respuesta sea no y eso significa que deberé buscarme otro apartamento.

—Aún lo estoy pensando —contesto tímida.

Ryan asiente. Clava su vista en un sobre blanco y alargado que tiene entre sus manos al tiempo que se humedece el labio inferior breve y fugaz.

—No voy a firmarlo, Maddie —afirma dejando caer el sobre en mi mesita de centro.

Son los papeles del divorcio.

—Te agradecería que lo hicieras —murmuro.

La mirada de Ryan se recrudece y, acelerado, se pasa la mano por el pelo.

—Sé que me equivoqué, pero no puedes pedirme que firme los papeles del divorcio y me olvide de ti.

Sus palabras salen con tanta fuerza de sus labios que me desarman. Eso es lo último que quiero, pero también sé que es lo que más me conviene.

—Ryan, tenemos que seguir adelante con nuestras vidas.

Tengo la sensación de que se lo estoy suplicando.

—Maddie, no pienso perderte —sentencia furioso.

Su voz suena masculina, casi desgarradora, y sus ojos brillan azules e intenso. Ahora mismo estoy más confusa que nunca. Fue él el que vino y ni siquiera intentó verme, el que dejó que pensara que le había pegado una paliza a mi mejor amigo. No quiere perderme pero tampoco hace nada por recuperarme. Él no es el único que está enfadado.

—¿Y por qué me dijiste que era mejor que algunas cosas volviesen a ser como siempre tendrían que haber sido? —replico llena de rabia.

Creo que no podría olvidar esa frase aunque quisiera.

Ryan no dice nada. Se lleva las manos a las caderas y sus endurecidos ojos azules se clavan en los míos. Está muy enfadado, frustrado, con la batalla interna a flor de piel.

—Porque es lo mejor —contesta exasperado.

Cabeceo nerviosa. No voy a volver a pasar por esto. No quiero.

—Te das cuenta de que has venido aquí a decirme que no vas a perderme, pero ni siquiera ahora eres capaz de hablar conmigo —replico con la voz entrecortada.

Ryan resopla arisco. Está al límite.

—Sólo quiero protegerte —responde casi en un grito.

—Pues yo no quiero que lo hagas —contesto en el mismo tono.

No dice una palabra pero sus ojos azules parecen decirlo todo. Ese sentimiento que no sé identificar vuelve y por un segundo parece vulnerable. Eso me desarma. Sin embargo, como tantas veces, la arrogancia vuelve a ganar la partida y brilla intensa en su mirada. No va a hablar conmigo.

Harta de que todo sea así, giro sobre mis pies y me dirijo al pasillo. No quiero verlo. No quiero seguir con esta agonía que no nos llevará a ninguna parte.

—Ya has sufrido bastante, Maddie —susurra con su voz más ronca y masculina.

Su única frase me detiene en seco y una lágrima cae por mi mejilla. Me giro despacio al tiempo que me la seco rápida y brusca con el dorso de la mano. Él sigue en el centro de mi salón, injustamente guapo, mirándome, consiguiendo que sólo quiera correr a sus brazos.

—Acabé haciéndote daño —continúa—, ¿no lo entiendes? Pasó exactamente lo que siempre supe que pasaría. Así que me he jurado a mí mismo que me mantendré

alejado de ti.

Bajo todo su autocontrol sus palabras están llenas de rabia y de dolor.

Mis ojos se inundan de lágrimas. No quiero oírle decir que luchará por no estar a mi lado.

—Pues vete —murmuro con la voz entrecortada por el llanto y la rabia.

—¿Crees que no sé que eso es lo que tendría que hacer? —replica arisco.

—¡Hazlo de una maldita vez! —grito.

Estoy cansada de todo esto.

—¡No puedo! —contesta absolutamente exasperado. Calla unos segundos, tratando de encontrar la manera de calmarse, de no sonar casi desesperado—. Joder, no puedo y no sabes cómo me odio por ello, pero es que ya no sé vivir sin tocarte.

Sus palabras nos silencian a los dos. El dueño del mundo no puede vivir sin la pobre chica de Carolina de Sur. Mi corazón revive con esa frase, pero vuelve a caer fulminado porque nos deja otra vez en la casilla de salida. No puede vivir sin tocarme, pero se ha jurado no volver a hacerlo. ¿En qué posición me deja eso?

—Ryan, no sé qué hacer —me sincero.

Ahora mismo estoy sobrepasada por todo lo que sentimos.

—¿De verdad quieres que firme esos papeles? —me pregunta y algo en su voz ha cambiado.

—Ryan —lo llamo clavando mi mirada en el suelo.

Ni siquiera sé qué le estoy pidiendo.

—¿Es lo que quieres?

No contesto. No sé qué decir. No puedo estar con él, pero no he dejado de quererlo ni un solo segundo desde la primera vez que lo vi.

—¡Contéstame! —me apremia con su voz de jefe tirano y exigente.

—¡No lo sé! —respondo furiosa, alzando la cabeza y dejando que al fin su mirada atrape mis ojos vidriosos—. No lo sé —repito en un murmullo.

—Maddie —susurra salvaje, sensual.

Cruza la distancia que nos separa y, como ha hecho tantas veces, toma mi cara entre sus manos y me besa. Sin embargo, esta vez no puedo dejar que lo haga. No sé lo que quiero, pero tengo demasiado miedo. Estoy inmovilizada, asustada, demasiado enfadada y triste.

Sin que pueda evitarlo, una lágrima cae por mi mejilla y vuelvo a agachar la cabeza. No quiero que me vea llorar, pero Ryan no me da opción y me obliga suavemente a alzarla de nuevo. Su mirada se llena de un dolor frío y sordo al encontrarse con la mía.

Une nuestras frentes. Mi respiración se acelera. La suya se agita despacio. Le quiero, pero no puedo estar con él.

Finalmente me besa en la frente y se aleja de mí.

—Ryan, por favor —lo llamo.

Pero no me escucha y, sin mirar atrás, sale de mi apartamento.

Yo me quedo de pie en el centro de mi salón. Me siento aún más vacía. Nunca podré querer a otro hombre. Nunca podré olvidarme de él. No quiero olvidarme de él.

Suspiro hondo y me seco las lágrimas con rabia. Odio toda esta maldita situación.

Cojo el móvil de la isla de la cocina y tiro el sándwich. Ya no podría comer aunque quisiera. Apago la luz de un manotazo y camino a oscuras hasta mi habitación. Estoy a unos pasos de mi cama cuando mi iPhone se ilumina. Miro la pantalla. Es un correo electrónico de Charlie.

De: Charlie Saxs

Enviado el: 06/10/2014 19.47

Para: Maddie Parker

Asunto: Reunión

¡Hola!

Acaba de ponerse en contacto conmigo el abogado de Ryan Riley. Ha accedido a la firma del divorcio. El acto de conciliación será el próximo viernes a las diez de

la mañana en el departamento jurídico del Riley Group.

Nos vemos mañana.

Charlie.

Me quedo mirando la pantalla como una idiota y, antes de que me dé cuenta, estoy llorando de nuevo. Me meto en la cama y me tapo hasta las orejas. Nunca lo he echado tanto de menos como en el momento en el que lo he visto marcharse. Me muerdo el labio para contener nuevas lágrimas. No quiero llorar. Ha debido dar la orden de la firma cuando acababa de salir de aquí. Sollozo. Todo se ha acabado. Me muerdo el labio aún más fuerte. El sabor metálico de la sangre se mezcla con mi saliva. Suspiro hondo y me acurruco contra la almohada. Todo se ha acabado de verdad.

Cuando suena el despertador, creo que no he dormido más de media hora seguida. Lo apago de un manotazo y, exhausta, ruedo por la cama hasta hundir la cara en la otra almohada. Me arrepiento al instante. Está helada pero, sobre todo, no huele a gel de afeitado ni a lavanda fresca.

¡Joder! ¡Mierda! ¡Maldita sea!

Resoplo con fuerza y comienzo a patalear con furia contra el colchón. Yo no soy así. Quiero dejar de llorar. Quiero dejar de estar triste. Me levanto de un salto y enciendo la vieja radio suplicando por una canción que sea como un terremoto de buen rollo. Me lo merezco.

—Vamos, vamos —gimoteo impaciente moviendo el dial.

Y entonces oigo los primeros acordes de *Not giving in*, de Rudimental, John Newman y Alex Clare.

—¡Sí! —grito alzando los brazos.

Esta canción es justo lo que necesito.

Me desvisto de prisa y me meto en la ducha. El agua tarda en ponerse caliente pero no me importa.

No voy a rendirme. Puede que haya sido una semana dura, pero hoy nada ni nadie va a robarme la sonrisa de la cara, da igual cuántos trajes italianos a medida tenga.

Salgo de la ducha envuelta en una toalla y abro la mochila de Lauren. Sin embargo, antes siquiera de revisarla, la cierro de golpe. Cojo las bolsas de tela del supermercado que todavía contienen mi ropa y las vacío sobre la cama. Quiero ponerme uno de mis vestidos. No quiero llevar nada prestado. Quiero ser yo sin resquicio de duda.

Me pongo mi vestido color vino tinto con pequeños estampados rosas y blancos y me anudo mis Converse también blancas. No las que Ryan me compró cuando estuve en el hospital, las mías, las que vinieron en mi maleta desde Santa Helena.

Me seco el pelo con secador y me lo dejo suelto. Me maquillo un poco y me pinto los labios. Necesito un *look* divertido. Me pongo mi cazadora vaquera y saco a *Lucky*. Algo rápido. No puedo llegar tarde.

Después, como una neoyorquina más, corro hasta el metro y llego al Riley Group puntual como un reloj.

La mañana se me pasa volando. Eficiente y profesional, hago todo lo que Bentley me manda e incluso tengo un rato para charlar con Linda en su mesa. Esto de no pasarme las horas mirando las musarañas, conteniendo el llanto o martirizándome, me ha dado mucho tiempo extra.

A la una en punto soy yo quien llama a Lauren para ir a comer. Sigo sin hambre, pero me he propuesto recuperar la normalidad y pienso hacerlo en todos los sentidos. En el Marchisio's sé que Lauren ha notado mi cambio de actitud. No me ha dicho nada, pero me ha frenado cuando iba a pedir una ensalada de pavo y ha ordenado hamburguesas con queso y Coca-Cola *light* para las dos. Tirar la dieta por la ventana es su manera de decirme que el día va a ser genial.

Me siento tan motivada que le pido a Lauren que no haga planes y me acompañe a buscar el resto de mis cosas a Chelsea. Ella asiente entusiasmada. Iremos en cuanto salgamos de trabajar. Ryan nunca se marcha a las cinco. Eso hace poco probable que coincidamos allí.

No lo he visto en todo el día y lo prefiero. Se acabó el llorar y se acabó el pensar en él.

A las cinco en punto salgo disparada de la oficina. Si quiero seguir adelante con mi plan, no puedo permitirme perder un minuto.

Al reencontrarnos en el vestíbulo, Lauren me sonrío encantada y agita unas llaves de coche.

—Tenemos las llaves de un Camaro —comenta fingiéndose peligrosa—. Somos unas chicas duras.

Sonrío y la sigo hasta el *parking*, donde en seguida distingo el vehículo de James. La única condición que ha puesto para prestárnoslo es que no podemos tocar la radio. Sin embargo, aún no hemos salido del garaje cuando Lauren resopla al oír el inicio de una canción electrónica alternativa y mueve el dial sin ningún remordimiento hasta que empieza a sonar *Come get it bae*, de Pharrell Williams y Miley Cyrus.

Esta vez somos más previsoras y paramos en el mercado de Chelsea a pedir unas cuantas cajas de cartón.

Al entrar en la calle de Ryan, he de admitir que me pongo un poco nerviosa, pero, recordándome todo lo que me dije esta mañana, me obligo a sonreír. Lauren me mira de reojo.

—Yo, Maddie Parker... —dice en voz alta con la vista clavada en la calzada.

Yo, la auténtica Maddie Parker, la miro confusa. Ella me devuelve la mirada incitándome a repetir.

—Yo, Maddie Parker...

—... prometo solemnemente...

—... prometo solemnemente...

—... seguir comportándome como si tuviera clarísimo lo que quiero...

Le dedico mi mejor mohín indignadísima por sus palabras, pero, como tiene razón, las acabo repitiendo.

—... seguir comportándome como si tuviera clarísimo lo que quiero...

—... porque, al final, sabré lo que quiero.

No puedo evitar sonreír. Ella también lo hace, pero, tras un instante, me mira instándome a repetir.

—... porque al final sabré lo que quiero.

—Y entonces nos emborracharemos como si nos acabáramos de escapar de una reunión de Alcohólicos Anónimos —añade a la vez que detiene el coche y echa el freno de mano—. Maddison Parker, la esencia del sabor está en las burbujas —sentencia.

Yo frunzo el ceño y la miro aún más confusa que antes.

—Se te están acabando las frases buenas. Ésa ni siquiera tiene sentido —me quejo bajándome del coche.

—Tienes que pensarla —me replica haciendo lo mismo— y encontrar el significado, pequeño saltamontes. La sabiduría tiene que ser conquistada, no expuesta —añade muy espiritual.

—Sting estaría orgulloso de ti —comento socarrona rodeando el coche y acercándome a ella.

—Lo sé —responde muy satisfecha, cogiendo las cajas de la parte de atrás y repartiéndoselas conmigo.

No puedo evitarlo y acabo sonriendo.

Sin embargo, en cuanto doy un paso y las escaleras de Ryan entran en mi campo de visión, me amilano un poco.

—No lo pienses —me aconseja Lauren adelantándose y comenzando a subir las escaleras.

Suspiro y la sigo. Una vez más, tiene razón.

Lauren llama y a los pocos segundos Finn abre. La sorpresa invade la expresión del hombre para todo de Ryan, pero en seguida se recompone.

—Buenas tardes —nos saluda profesional—. ¿En qué puedo ayudarlas?

Yo quiero hablar, pero mi voz parece haberse evaporado. Lauren me mira un instante y se gira de nuevo hacia Finn.

—Venimos a recoger las cosas de la señorita Parker.

El chófer aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Está claro que no quiere tener que dejarnos entrar con ese fin. Probablemente a Ryan no le hará ninguna gracia.

—Por supuesto —comenta echándose a un lado.

Lauren cruza el umbral con el paso enérgico y yo la sigo otra vez. Al pasar junto a Finn, le sonrío fugaz y algo triste y él me devuelve el gesto.

—Hola, Finn.

—Hola, Maddie.

Me obligo a sonreír de verdad y entro definitivamente. Esto va a ser duro. No puedo bajar las defensas tan pronto. Sin embargo, apenas he dado un par de pasos cuando no puedo evitar que el corazón se me encoja un poco. La canción *Mi amor*, de Vanessa Paradis, parece estar sonando a todo volumen en el piso de arriba.

Lauren me mira extrañada y yo miro a Finn, que mantiene la expresión imperturbable. Sea lo que sea lo que está ocurriendo, tengo perfectamente claro que no va a contármelo.

Las dos avanzamos hasta el piso superior. Cuando abrimos la puerta del salón, el sonido se hace ensordecedor. Dejamos las cajas en el primer escalón y entramos con el paso tímido. Lauren tropieza con algo tirado en el suelo e inmediatamente da un paso atrás. La canción suena muy alta, pero se ha oído claramente unas botellas tintinear contra otras. Al bajar la vista, descubrimos con qué ha chocado. Es un caja llena de botellas de Jack Daniel's que han abierto con prisas y de la que faltan al menos dos.

La canción termina y automáticamente comienza a sonar de nuevo.

Avanzamos hasta la cocina y vemos a Ryan junto a los inmensos ventanales.

Lleva el traje con el que imagino que fue a la oficina, sólo que se ha quitado la chaqueta y la corbata. Se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y se ha remangado las mangas. Tiene una botella de *bourbon* en la mano en la que apenas queda un par de dedos. Está borrachísimo. El corazón se me encoge aún más y me preocupo al instante.

Ryan se da la vuelta en ese preciso momento y por un instante nuestras miradas se encuentran. Está destrozado, triste, hundido.

—Nena —susurra con una voz enronquecida apenas audible.

Ha sonado con adoración, como una súplica, como si fuera lo único en lo que puede pensar. Mis ojos se llenan de lágrimas y, como una idiota, alzo la mano suavemente tratando, a pesar de la distancia, de llegar a tocarlo.

Oímos unos pasos acelerados y dejo caer la mano. Pestañeo y una lágrima baña mi mejilla, aunque me la seco antes de que nadie pueda verla. Inmediatamente Spencer y Bentley pasan a nuestro lado.

—Otra vez esa puta canción —se queja exasperado Spencer caminando hacia Ryan—. Te juro que voy a quemar el maldito disco y todo el sistema de música.

Su hermano llega hasta él y sólo necesita darle un toquecito en el pecho para que Ryan se desplome sobre su hombro. La botella que sostenía cae y estalla en pedazos contra el suelo. El ruido resuena por toda la casa mezclado con la música, pero no me sobresalto. Estoy conmocionada. Observo cómo Spencer lo lleva escaleras arriba, cargado sobre su hombro, absolutamente inmóvil, y un escalofrío helado e intenso me recorre todo el cuerpo. Nunca pensé que vería al dueño del mundo así. Ahora mismo no parece arrogante, ni malhumorado, ni odioso, ni mujeriego. Ahora sólo parece estar destrozado.

Bentley masculla un juramento ininteligible que me saca de mi ensoñación. Coge el pequeño mando del sistema de música y lo apaga con rabia. De pronto el silencio se hace casi insoportable.

—Todos los putos días lo mismo —farfulla muy enfadado, pero también desesperado, como si no soportara ver a su amigo así y no supiera qué hacer para ayudarlo—. Todos los días venimos aquí, apagamos la maldita canción, lo metemos en la cama al borde del coma etílico y tiramos el *bourbon*.

Bentley deja la caja sobre el mármol sin ningún cuidado, coge una botella y empieza a vaciarla en el fregadero.

Está realmente preocupado.

—Pero al día siguiente siempre hay una maldita caja esperándole en la puerta. Hemos intentando que no le sirvan, pero lógicamente nadie se atreve a decirle que no a Ryan Riley. No come, no duerme, ¡sólo bebe, joder! Va a acabar en un maldito hospital.

Un nudo de auténtica inquietud me atrapa la garganta y no soy capaz de respirar.

No puede ser verdad. La mirada de Ryan cuando ha pronunciado ese «nena» se mezcla con todos los recuerdos de París, con la canción de Vanesa Paradis, con todo el dolor. No puedo permitir que siga así. No voy a dejar que se acabe matando.

Sin pronunciar una palabra pero llena de seguridad, camino hasta Bentley, cojo una botella y comienzo a verterla en el fregadero. Lauren y el propio Bentley me miran, pero ellos tampoco dicen nada. Apenas un segundo después, Lauren también se acerca, rebusca en la cocina hasta encontrar una escoba y recoge la botella rota.

Todavía estamos deshaciéndonos del *bourbon* cuando baja Spencer. Tiene el semblante apesadumbrado. No le culpo.

—Lo he llevado al cuarto de invitados —me informa el mayor de los Riley—, así podrás recoger tus cosas sin problemas.

Yo asiento, aunque recoger mis cosas es lo que menos me importa ahora mismo. Suspiro hondo y, nuevamente sin decir palabra, abro el frigorífico y comienzo a sacar verduras. Voy a los muebles y cojo una tabla de cortar y un cuchillo. Me da igual que le haya pedido el divorcio hace un par de días, me da igual que ya no podamos estar juntos. Me necesita y eso pesa más que todo lo demás.

Comienzo a lavar las verduras ante la atenta y confusa mirada de los tres.

—Voy a hacer *ratatouille* —les explico sin levantar la mirada de mis manos, que limpian un tomate rojo intenso—. Es el plato preferido de Ryan.

Lauren asiente y se acerca a mí con el paso decidido, remangándose las mangas.

—Espero que tengas clara la receta, porque no he preparado comida francesa en la vida —comenta para intentar hacerme reír.

Lo hago pero no me llega a los ojos. Lauren me quita el tomate de las manos para contarlo y me da un beso en la mejilla.

—La cocina que no es francesa tampoco es que se te dé muy bien —comenta Bentley socarrón mientras se acerca a nosotras y comienza a abrir los armarios de la cocina en busca de una sartén.

Ella le hace un mohín de lo más infantil y él sonrío encantado.

—¿En qué puedo ayudar? —pregunta Spencer.

—Hay que cortar todas esas verduras —respondo.

Spencer asiente, se quita la chaqueta, que deja con cuidado sobre uno de los taburetes, y rodea la cocina hasta llegar a nosotros.

Una hora después ya lo tenemos todo listo. Sólo falta que la salsa de tomate con cebolla caramelizada termine de cocerse para poder meterlo todo en el horno.

Dejamos a Spencer a cargo de la salsa ante la incrédula mirada de Bentley, que se queja indignadísimo de que no le pongamos al mando, y subimos para empezar a recoger mis cosas.

Justo antes de entrar en la habitación, no puedo evitar quedarme mirando la puerta del cuarto de invitados. Pienso en entrar, en acurrucarme junto a él, pero rápidamente sacudo la cabeza y sigo a Lauren al dormitorio.

Ésa sería una mala idea.

«Pero que muy mala».

—¿Estás bien? —pregunta mientras llenamos la primera caja.

—Sí —miento con poca convicción.

—Te dije una vez que tenías que aprender a mentir —comenta socarrona doblando mi vestido vaquero y metiéndolo en la caja.

Sonríó fugaz y abro el cajón de mi ropa interior. Voy levantando las prendas con cuidado hasta quedarme exclusivamente con las que compré yo. Todas las que se quedan en el cajón son de La Perla. Tomo el extremo de un sujetador y por un momento disfruto del tacto de la seda entre mis dedos. No puedo evitar recordar cuando la cerró para nosotros. Resoplo, cierro el cajón de un golpe y me obligo a volver a la realidad.

Me arrodillo para tener mejor acceso a los cajones siguientes. Aunque debería, no soy capaz de esquivar el que sé que sólo contiene la postal de Robert Doisneau y el disco de Vanessa Paradis y, armándome de valor, acabo abriéndolo. Sin embargo, compruebo sorprendida que no hay nada. Está vacío. Reviso frenética los cajones que me quedan y no hay rastro de ninguna de las dos cosas. Apesadumbrada, me apoyo sobre mis talones y suspiro. No quería llevarme esas cosas. No debería importarme qué ha sido de ellas, pero soy tan estúpida y sigo tan enamorada que lo cierto es que sí, me importa. Igual que me importa Ryan. Por eso me he quedado preparando *ratatouille* cuando tendría que haber cogido mis cuatro trapos y salir huyendo sin mirar atrás.

Bentley viene a buscarnos para avisarnos de que la salsa está lista. Le indico cómo debe meterlo en el horno y nosotras aceleramos el ritmo. Por suerte no tardamos mucho más y los chicos se encargan de llevar todas las cajas al Camaro.

Lauren ayuda a Spencer a poner la mesa mientras Bentley saca el *ratatouille* del horno y yo coloco los platos sobre la rejilla para que vayan calentándose.

Estamos sirviendo cuando unos pasos nos distraen. A los pocos segundos, Ryan se detiene en mitad de las escaleras. Se ha duchado, se ha puesto sus vaqueros gastados y un polo azul marino. Está descalzo y con el pelo aún húmedo que claramente se ha echado hacia atrás con la mano.

Me sorprende la capacidad que tiene para recuperarse. Cualquier otra persona, después de beberse una botella de *bourbon*, necesitaría dos días en la cama y otros dos de resaca. Él, en cambio, después de sólo un par de horas de sueño y una ducha, está tan increíble como siempre.

—¿Qué estáis haciendo? —le pregunta con el ceño fruncido a Spencer.

—La cena —respondo como si no tuviera importancia mientras dejo un plato en la mesa—. *Ratatouille*.

Ryan me mira pero no dice nada. Ese sentimiento que no sé identificar vuelve a sus ojos azules y su mirada brilla increíblemente intensa. Exhala despacio todo el aire de sus pulmones y baja hasta reunirse con nosotros, que ya nos estamos acomodando en las sillas.

—Siéntate —le apremia Bentley señalando con la cabeza la silla a su lado, frente a mí.

Por un momento Ryan me observa aún de pie. Yo intento fingir que sentir sus ojos azules no me están removiendo por dentro, pero, cuando alzo la cabeza y nuestras miradas se encuentran, algo intenso y maravilloso prende una mecha dentro de mí. Ryan sonrío fugaz pero es su sonrisa más sincera y, antes de que me dé cuenta, estoy devolviéndosela. Da igual todo lo que haya pasado, nunca dejaré de quererle.

Finalmente toma asiento y el aire vacío entre los dos se llena irremediadamente de una suave electricidad.

—Maddie —me llama Bentley rompiendo el momento—, ayúdame a convencer a Lauren para que me acompañe a una comida el jueves.

—No pienso ir —sentencia Lauren.

Sonrío algo nerviosa y me obligo apartar la mirada de Ryan.

—¿Y dónde es ese almuerzo? —pregunto intentando fingir que les prestaba atención.

—En casa de mis padres —interviene Spencer—. Cada 9 de octubre toda la familia se reúne para comer. Celebramos que ese día mi abuelo volvió de la guerra en 1945.

Sonrío. Me parece un motivo precioso que celebrar.

—Sandford quiere llevar a Stevens —continúa— y Stevens, que claramente es más lista que él, no quiere acompañarlo.

Bentley bufa indignadísimo y los cuatro sonreímos.

Después de lo que nos ha contado Bentley, me alegra ver a Ryan comer y creo que a los chicos también porque, aunque no dicen nada, parecen mucho más aliviados.

Yo no puedo evitar quedarme embobada con Ryan más veces de las que me gustaría admitir, pero es que parece relajado, mínimamente feliz, y es en lo único en lo que puedo pensar. También noto su mirada sobre mí y mi corazón, todo mi cuerpo en realidad, se acelera.

Terminamos de cenar y algo perezosos recogemos entre todos la mesa. Cuando llevamos el último plato a la pila, Lauren me hace una discreta señal indicándome que deberíamos marcharnos ya. Yo asiento, también discreta, y las dos nos encaminamos a la puerta.

—Nosotras nos vamos ya —anuncia Lauren.

Los chicos, que charlaban junto a la barra de la cocina, dejan de hacerlo. Ryan da un paso hacia nosotras.

—Es tarde. Finn os llevará —nos dice a las dos, pero sólo me mira a mí.

—No es necesario —respondo algo nerviosa—. Hemos venido en coche. Está aparcado fuera.

Ryan asiente al tiempo que aprieta sus labios hasta convertirlos en una fina línea. Sé que no le hace ninguna gracia que ande a estas horas por la calle.

—Tendremos cuidado —añado.

No quiero que tenga más cosas en las que pensar.

Él asiente y yo también lo hago. Otra vez nuestras miradas se entrelazan como si estuviesen conectadas de una manera que ninguno de los dos entiende, y otra vez me siento tímida, nerviosa, como cada vez que lo tengo cerca.

—Vamos —murmura Lauren reanudando la marcha.

Vuelvo a asentir y la sigo. Le agradezco que me haya recordado que teníamos que irnos. Hoy han pasado demasiadas cosas, está demasiado guapo y yo he estado demasiado cerca de sencillamente olvidarme de todo.

Bajo los siete escalones hasta la acera con la mirada concentrada en cada paso y así camino hasta el coche, pero, justo antes de montarme, no puedo evitar alzar la cabeza y mirar la preciosa fachada frente a nosotras. Me encantaría no tener un intenso momento que recordar con cada centímetro cuadrado de ella. Me encantaría no echarlo de menos.

Lauren arranca y es mi particular llamada a la realidad. Me monto en el vehículo y ella se incorpora al tráfico. Suena *Habits (stay high)*, de Tove Lo y *Hippie Sabotage*.

—Eres la mejor persona que conozco —me dice Lauren con la mirada fija en la calzada.

—Él lo habría hecho por mí —respondo encogiéndome de hombros.

Ella no dice nada más y yo tampoco. Las dos sabemos que tengo razón y por eso todo esto es aún más triste y complicado.

Subimos las cajas y las apilo en mi habitación. No voy a ponerme a desempaquetar justo ahora, pero sí rebusco en las cajas hasta encontrar la pequeña cajita de madera donde guardo mis pulseras. Afortunadamente no tardo mucho en dar con ella. Necesito coger la que me regaló Ryan y llevarla a la oficina. Tomé la decisión de devolvérsela junto a los anillos y la cinta roja, y tengo la sensación de que, si no lo hago ahora, acabaré echándome atrás.

Por un momento sólo la observo entre mis dedos. Recuerdo perfectamente el día que me la regaló, cómo me sentí. Es muchísimo más que una simple baratija de seis dólares. Por eso regresé a la mañana siguiente a buscarla, por eso Ryan se la llevó cuando la tiré llena de rabia, y por eso también tengo que devolvérsela.

Sin darme más oportunidades de seguir pensándolo, cruzo el rellano y llamo a la puerta de los Hannigan. Como imaginaba, Charlie está allí. Le doy la pulsera y, aunque insisten en que me quede y veamos un poco la tele, prefiero marcharme.

De vuelta a mi apartamento, en mi habitación, metida en mi cama, estiro los brazos y las piernas y formando una equis gigante clavo mi mirada en el techo. Recuerdo cómo Ryan pronunció ese «nena» y el corazón vuelve a darme un vuelco. Él también está sufriendo con todo esto y la estúpida enamorada y kamikaze sólo puede pensar en correr a consolarlo.

La alarma suena y otra vez estoy despierta antes de que lo haga. Tengo que

empezar a resignarme. Nunca voy a volver a dormir como en uno de esos anuncios de colchones.

Me doy una ducha y me arreglo tomándome mi tiempo. Sentada en el borde de la cama, me anudo mis Oxford azules. Cuando termino, camino hasta el espejo y observo cómo quedan con mi vestido también azul con pájaros blancos estampados. Me aliso la falda a la vez que me muerdo el labio inferior. No puedo dejar de pensar. Todo lo que pasó ayer en casa de Ryan sobrevuela en mi mente desde que puse un pie fuera de Chelsea.

En la oficina todo es bastante monótono y aburrido y, después del descanso para comer, lo es aún más.

No dejo de pensar un solo segundo en Ryan. Me preocupa que, cuando salga de aquí, haga lo mismo que lleva haciendo todos estos días. ¿Y si Bentley o Spencer esta vez no llegan a tiempo? ¿Y si acaba en un hospital?

Cabeceo y lanzo un profundo suspiro a la vez que miro a mi alrededor. Que no pueda estar con él no significa que no me importe lo que le pase.

Me levanto como un resorte y con una pobre excusa salgo de mi oficina en dirección a su despacho. Sé que no es una buena idea, pero las palabras de Bentley me taladran la mente: «No come, no duerme, sólo bebe».

No sé donde se ha metido la chica lista. Otra absolutamente kamikaze la ha sustituido.

Saludo a Tess con un gesto de mano y una sonrisa nerviosa e inquieta y llamo a las enormes puertas dobles de caoba. Suspiro hondo y, cuando oigo cómo me da paso, agarro el pomo con fuerza y entro dejando mi sentido común sentado en la sala de espera.

Con el primer paso, alzo la cabeza y me detengo en seco, conteniéndome por no lanzar un suspiro. Ryan está de pie junto al enorme ventanal de su despacho y la luz dibuja su rostro y su perfecto cuerpo hasta hacer brillar sus masculinos zapatos de Cesare Paciotti. Se alisa con la punta de sus hábiles dedos la corbata negra a lo largo de su armónico pecho y se coloca bien los puños de la camisa blanca que le sobresalen elegantemente de su chaqueta negra. Por un solo instante puedo ver su precioso reloj de acero adornar su muñeca sofisticado y sobrio. Toma las solapas de su chaqueta y de un tirón termina de ajustársela. Está rodeado de un aura de atractivo realmente espectacular. Es imposible escapar de ella o ignorarla de algún modo. Desde luego, Lauren tenía razón cuando dijo que podría protagonizar su propio anuncio de colonia. Sería una de esas caras con el nombre de un diseñador italiano de renombre en el frasco.

Al fin él también alza la mirada y me ve. Su mirada cambia imperceptiblemente por un solo segundo y acto seguido recupera toda su impenetrabilidad.

—Hola —me saluda con esa voz tan increíblemente masculina.

Definitivamente no ha sido buena idea venir aquí.

—Hola —musito.

Ryan me observa y yo me doy cuenta de que tengo que decir algo, explicarle por qué he venido, pero las palabras se niegan a abandonar mi garganta.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta amable pero también frío. La misma pregunta que le haría a cualquier persona.

Odio cuando me habla así.

Pestaño y vuelvo a la realidad. Sigo sin saber qué decir y, por mucho que apremio a mi cerebro, no se me ocurre cómo explicarle que casi no puedo respirar cada vez que pienso que puede acabar en un hospital.

—¿Por qué cambiaste de opinión con lo del divorcio? —pregunto muy resuelta, tratando de sonar mínimamente segura.

Otra vez su mirada cambia. Se llena de todo ese sentimiento que no sé identificar, pero es lo único que muestra y apenas dura unos segundos. Su autocontrol ha hecho acto de presencia, tomando las riendas por completo.

—Ya te lo dije en tu apartamento. Quiero que dejes de sufrir, Maddie —responde con sus ojos infinitamente azules sobre los míos—, y si lo que tengo que hacer es alejarme de ti, lo haré.

No hay un resquicio de duda en su voz y eso me destroza en más sentidos de los que ni siquiera soy capaz de entender.

—¿Y emborracharte cada noche? —replico.

No lo hago enfadada. Estoy triste.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones despacio, sin desatar su mirada de la mía.

—Cada uno sobrelleva el dolor como puede —contesta.

Aunque sé que no ha sido su intención, su respuesta me hace sentir pequeña. Él también está sufriendo con todo esto, aunque yo a veces me empeño en pensar que no es así.

—Ryan —lo llamo en un susurro entrecortado.

Me siento sobrecogida otra vez.

—Señor Riley, le esperan en la sala de juntas. —La voz de Tess al otro lado del intercomunicador nos distrae a los dos.

Ryan me observa en silencio. Me gustaría que las cosas fuesen diferentes, dejar de sentirme dolida, dejar de tener miedo, encontrar la solución perfecta que lo arreglara todo, pero no puedo. Es demasiado complicado.

Finalmente aparta su mirada de mí, recoge una carpeta de la mesa y se dirige hacia la puerta.

—Ryan —lo llamo de nuevo cuando está a punto de cruzar el umbral.

Él se detiene y se gira. Nuestras miradas se encuentran y simplemente vuelvo a entender que pertenezco a esos ojos azules. Eso no podrá cambiar jamás. Pero otra vez no soy capaz de decir nada y Ryan, entendiendo perfectamente cómo me siento, hace lo mejor para mí, lo que yo parezco no ser capaz de hacer, y se marcha.

Me quedo en su despacho como si mis pies estuvieran unidos con cemento al

suelo. No quiero volver con él, la simple idea me asusta demasiado, pero el que no vaya a volver a acercarse a mí me asusta todavía más.

¡Todo es tan frustrante!

Cuando reúno las fuerzas suficientes, regreso a mi oficina y me entierro hasta las orejas en trabajo. Quizá debería marcharme de la revista, de la ciudad o mejor aún del país. Mudarme a Brasil y empezar una nueva vida. No hablo portugués, pero eso son pequeños detalles comparados con lo que me espera aquí cada día.

Me obligo a dejar de martirizarme. Si acabo vendiendo cocos en la playa de Ipanema, lo haré con una sonrisa, pero ahora estoy en Nueva York y tengo que empezar a vivir mi vida. Sin embargo, por muy elocuente que sea mi discurso, no puedo dejar de pensar que en ningún momento Ryan ha dicho que vaya a dejar de beber. La idea de que pueda ocurrirle algo me taladra la mente sin descanso.

¿Por qué simplemente no puedo entender que pensar en Ryan, estar mínimamente cerca de él, no me conviene en absoluto?

Mientras cojo mi bolso del perchero y meto mi móvil dentro, trato de autoconvencerme de que, en realidad, lo que soy es una buena samaritana. Guardo los archivos administrativos que revisaba para terminarlos en casa y me acerco al despacho de Bentley. No me pone ningún impedimento y, aunque apenas son las cuatro, deja que me marche.

Tal y como me pasó ayer, conforme más cerca estoy de Chelsea, más nerviosa me pongo. Además, el trayecto desde la parada de metro hasta su casa está lleno de recuerdos a cada cual más complicado de pasar por alto. Cuando cruzo una esquina cualquiera, y la pequeña pastelería donde me llevó a desayunar y después me folló en las escaleras aparece frente a mí, tengo que suspirar un par de veces para poner en orden mi caótica respiración.

Por un momento, ser una buena samaritana ya no me parece una idea tan buena.

Delante de su puerta tengo un último ataque de dudas, pero finalmente llamo. Otra vez dejo mi sentido común en la sala de espera. Un día de éstos va a buscarse otra chica que le haga un poco más de caso.

—Buenas tardes, Maddie —me saluda serio como de costumbre, pero con la sombra de una sonrisa en sus labios.

—Hola, Finn, ¿puedo pasar?

El chófer asiente y se hace a un lado. Sospecho que lo único que le ha impedido poner los ojos en blanco por mi pregunta ha sido su inquebrantable profesionalidad.

Sólo necesito dar un paso sobre este parqué, que siempre parece salido de una revista de decoración, para que los recuerdos me sacudan aún más intensos, pero me mantengo firme. Sería una estupidez deleitarme en lo feliz que fui aquí, porque acabaría recordando que también fui muy desgraciada y no estoy aquí por ninguno de esos dos motivos.

—El señor Riley aún no ha llegado de la oficina —me informa.

—Lo sé —respondo con una sonrisa, esperando que evite futuras preguntas.

No quiero tener que explicar el motivo de mi visita.

—Lo esperaré en el salón —añado resuelta, subiendo los primeros escalones.

—Si me necesita, sólo tiene que llamarme —me recuerda.

—Muchas gracias, Finn —contesto ya alcanzando la puerta del salón.

Entro y con lo primero que me encuentro es con una caja de Jack Daniel's. Todo mi cuerpo se tensa al instante. Es la confirmación perfecta de que he hecho bien en presentarme aquí.

Sin dudar, giro sobre mis pasos y desde lo alto de la escalera me asomo al piso de abajo.

—Finn —lo llamo.

Unos segundos después aparece desde una de las puertas junto a la inmensa cristalera del patio.

—¿En qué puedo ayudarla, Maddie?

—Sube, por favor —respondo con total convencimiento—. Necesito que te lleves algo.

Sin esperar respuesta, vuelvo al salón y comienzo a empujar la caja. Tiene doce botellas, así que pesa bastante, además de que no me encuentro en mi mejor estado físico.

«Será que ya no tienes a nadie que se encargue de que hagas ejercicio».

Finn se frena en seco al verme y yo me incorporo.

—Quiero que te deshagas de esto —le informo señalando la caja.

El chófer me mira con cierto resquemor. No le culpo. A Ryan no va a hacerle ninguna gracia, pero no me importa lo más mínimo. Creo que él parece adivinarlo en mi mirada porque, disimulando una incipiente sonrisa, se acuclilla y coge la caja.

—Será un placer ayudarla, Maddie.

Le devuelvo la sonrisa, también discreta, y observo cómo se marcha. Me pregunto si Ryan tendrá idea de cuánto le aprecian la señora Aldrin y Finn.

Suspiro y me llevo las manos a las caderas. ¿Qué hago ahora? No deben de ser siquiera las cinco. Antes de que lo decida, mis pies se hacen cargo de la situación y comienzo a andar por la casa. Aunque todo está limpio y ordenado, tengo la sensación de que lo está de una manera diferente.

Subo a la planta de arriba y despacio camino por el pasillo hasta detenerme frente a la habitación de invitados. Alzo la mano y acaricio la madera con la punta de los dedos. Ryan la tiro abajo por mí. Mis ojos se pierden en el suave color crema. No hay un solo rastro de aquella noche salvo nosotros.

Suspiro hondo y me alejo un par de pasos.

Lo mejor será que vaya a algún lugar neutral, como la biblioteca, y esperar allí. Al pasar junto a la habitación, no puedo evitar fijarme en que la cama está sin hacer. Lo primero que pienso es que la señora Aldrin está enferma, pero casi inmediatamente comprendo que no se trata de eso. Lo más probable es que Ryan haya dado orden de que no suba.

Observo la estancia con más detenimiento y me doy cuenta de que hay más de una decena de fotografías esparcidas sobre la cama desecha. Curiosa, me acerco, pero boquiabierta me detengo a unos pasos al ver que son las fotos que nos hicimos en la *suite* del Carlyle con mi móvil.

Me arrodillo en la cama sin poder ocultar mi sorpresa y cojo una. Las recuerdo perfectamente. Están todas. Mis dedos junto a mi ombligo. Su mano sobre mi pecho sintiendo mi respiración. En mi cadera. Gimo bajito aún más sorprendida al encontrar, entre todas, la foto que una vez le mandé por error cuando apenas nos conocíamos. Ésa en la que salgo en la playa de Santa Helena.

Suspiro de nuevo y observo la foto sin saber qué hacer ni qué decir. Está destrozado como lo estoy yo y eso rompe un poco más mi ya maltrecho corazón. Ninguno de los dos se merece estar así.

Me levanto de un salto y con cuidado recojo todas las fotos, intentando no deleitarme en ninguna. Sin embargo, cuando tomo del colchón la que muestra su cabeza de pelo castaño entre mis piernas, mi cuerpo brilla de puro placer. Son demasiados recuerdos esparcidos por esta cama y éste en particular es demasiado intenso. Extasiada, alzo la mano y la paso por la fotografía, como si eso significara acariciarlo a él, a ese momento.

Resoplo absolutamente exasperada conmigo misma y me obligo a dejar las fotos sobre la mesita. Hago la cama sin perder un solo segundo y salgo de la habitación.

Cuando mis Oxford azules tocan de nuevo el parqué del salón, echo un vistazo a la escalera y exhalo todo el aire de mis pulmones. Sin darme cuenta, había contenido la respiración hasta llegar a lugar seguro. Aunque no sé si es muy acertado llamar a este salón lugar seguro.

Me pongo los ojos en blanco y abandono la estancia. Decido que lo mejor es esperarlo en las escaleras. No es territorio precisamente neutral, pero por lo menos aquí no me ha follado salvajemente contra la pared.

Vuelvo a ponerme los ojos en blanco por estar a punto de imaginarme exactamente eso y me siento a mitad de escalera. Miro la hora en mi móvil. Son casi las cinco.

Aprovechando que tengo que ocupar algo de tiempo, saco los documentos que me llevé de la revista y comienzo a revisarlos. Son el aburrimiento hecho papel.

Sin embargo, apenas llevo unos minutos cuando mi cuerpo se enciende y alzo la cabeza sin ni siquiera saber por qué.

Ryan está al pie de las escaleras, observándome. Sus ojos azules se llenan de todo ese sentimiento que no sé describir y por un segundo sencillamente disfruto de su mirada sobre mí.

Sin decir nada, comienza a subir las escaleras. Su magnetismo me arrolla. Es como un encantador de serpientes que me tiene por completo atrapada en su red. Al llegar a mi altura, se detiene y me tiende la mano. Tampoco necesita decir nada ahora. Le pertenezco y sus ojos azules son los encargados de recordármelo. Levanto la mano despacio y él saborea un momento el tacto de nuestros dedos entrelazados antes de alzarme sin esfuerzo. Nos quedamos cerca, muy cerca, y todo a nuestro alrededor se desvanece.

Ryan continúa subiendo y tira de mí para que lo siga. Cruzamos el umbral del salón y de pronto la estancia deja de parecerme diferente, como si su presencia en una habitación fuera todo lo que necesito para que sea exactamente lo que tiene que ser.

Se gira para que quedemos frente a frente, posa la mirada en nuestras manos y despacio las separa. Mi cuerpo traidor lanza un sollozo que suena casi inaudible pero que retumba en mi interior.

Alza la cabeza y sus ojos azules y castigadores atrapan de inmediato los míos. Otra vez me siento tímida y abrumada. Puede llegar a parecer tan inalcanzable. Ese halo de puro misterio y magnetismo, sensualidad masculina pura, sin endulzar, me atrapa y hace que mi cuerpo arda.

La buena samaritana se ha esfumado y sólo queda el deseo.

—¿Qué haces aquí? —susurra con su voz ronca y salvaje.

Mi mente está evaporada en su mirada, en la manera de dominarme sin ni siquiera tocarme. Suspiro de nuevo y trato de recuperar algo de lucidez.

—He venido para decirte que, si vas a beber, quiero que lo hagas delante de mí —trato de sonar todo lo segura que soy capaz.

La mirada de Ryan se llena de todo ese sentimiento que no sé identificar y da un peligroso paso hacia mí, el último que nos separaba.

—Si bebo es porque, cada vez que miro a mi alrededor y tú no estás, me cuesta trabajo respirar.

Sus palabras me rompen por dentro. Están llenas de dolor pero también de amor.

—Sólo quiero saber que estás bien, que no bebes tanto, que duermes.

Necesito saber que no va a ocurrirle nada malo.

—Si quieres que duerma, tendrás que hacerlo conmigo —pierde su mirada en su mano, que avanza por el aire vacío hasta anclarse en mi cadera y suavemente tira de mí—. No puedo dormir sin ti.

Yo también observo los dedos sobre la tela de mi vestido en ese punto exacto de mi cuerpo. Despacio, muevo mi mano hasta colocarla sobre la suya. Entrelazo nuestros dedos y, como él hizo en las escaleras, saboreo el tacto de nuestras manos

juntas. Cuando se acoplan a la perfección, alzo la mirada y dejo que la suya, que seguía mis movimientos como lo hacía yo, me atrape.

Por un instante sólo me mira. Entiende perfectamente que le estoy diciendo que sí, que, si lo que necesita es que duerma con él, lo haré.

Ryan tira de mí y nos lleva hasta las escaleras. Cada peldaño que subimos nos sumerge en esta especie de neblina llena de tregua y calma donde no parece importar ninguno de los problemas que nos han separado. No hay fotos del *Times*, ni nuestros padres, ni mi ropa manchada de sangre. Sólo estamos nosotros, necesitándonos y curándonos.

Cuando entramos en la habitación, una pequeña mueca de sorpresa atraviesa su rostro al ver la cama hecha y las fotos sobre la mesilla.

—Yo también te echo de menos —susurro.

La mirada de Ryan brilla más azul que nunca y en un rápido movimiento tira de mí hasta que mi cuerpo choca con el suyo y, ágil, me levanta obligándome a rodear su cintura con mis piernas. Sin ni siquiera pensarlo, hago lo mismo con mis brazos en su cuello y nos quedamos increíblemente cerca. Suspiro al sentirme perfectamente acoplada a él, al entender el grito ensordecedor de mi cuerpo que me dice que estoy en el único lugar donde quiero estar.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así. Ninguno de los dos se mueve. Ninguno de los dos dice nada.

Despacio, Ryan nos tumba en la cama de lado, asegurándose de que mis piernas siguen enredadas en su cintura.

Vuelve a colocar su mano en mi cadera, aunque lentamente la desliza hasta llegar a mi vientre. Involuntariamente contengo la respiración.

—¿Alguna vez llegaste a sentirlo dando una patada? —me pregunta con la voz grave, triste.

Sus palabras me toman por sorpresa y mi corazón pierde un latido. Sin embargo, casi en ese mismo instante me doy cuenta de que quien más necesita la respuesta a esa pregunta es él.

—No —musito.

—Mejor así —responde con la mirada perdida en su mano, que aún me acaricia suavemente por encima del vestido.

Alzo la mía y le acaricio lentamente, casi efímera, su desordenado flequillo castaño claro. Al notar el contacto, Ryan cierra los ojos con fuerza y comprendo que no soy la única que necesita dejar de pensar.

Sin dudarlo, escondo la cabeza en su cuello y me acurruco contra él. Todo su cuerpo se tensa pero inexplicablemente también se relaja. Me rodea con sus brazos y me estrecha aún más contra él. Siento cómo exhala todo el aire que contenían sus pulmones, como si al fin pudiera estar tranquilo un solo segundo.

Me quedo dormida en cuestión de segundos y no tengo ninguna duda de que a él le pasa lo mismo.

Una plácida y serena sonrisa llena mis labios. El suave olor a gel de afeitado y lavanda fresca inunda mi nariz. No quiero estar en ningún otro lugar. Abro los ojos despacio y me encuentro con el maravilloso rostro que ha marcado cada uno de mis días desde que los obreros de la cooperativa de transportes de Nueva York decidieron ponerse en huelga.

Está profundamente dormido y eso me hace feliz.

Alzo la mano, sumerjo mis dedos en su flequillo y se lo parto suavemente. Adoro hacer eso. Bajo despacio y le acaricio la sien, la mandíbula. Es demasiado guapo. Siempre supe que eso me traería problemas. Sonrío fugaz. ¿Por qué le estoy dando tantas vueltas a todo? ¿Por qué simplemente no le perdono y me quedo aquí en esta cama toda la vida? Pero en ese preciso instante la única idea que me hace feliz se mezcla con una punzada de dolor que me parte en dos. Nunca saldría bien y yo no estoy preparada para pasarlo mal otra vez.

Lentamente me separo de él. Ryan gruñe dormido y gira la cabeza. Yo lo observo un momento para asegurarme de que no se ha despertado y con el paso sigiloso rodeo la cama.

Estoy a punto de marcharme cuando reparo en las fotos sobre la mesita. Me atraen como el imán más potente del mundo. Las acaricio delicadamente y las desperdigo despacio hasta que aparece la de su mano en mi cadera. Me encanta esa fotografía. Antes de que pueda decidir si es una buena idea o no, me la guardo en el bolsillo de mi vestido y salgo de la habitación.

El enorme ventanal del salón roba mi atención. Ya es de noche, aunque no tengo la más remota idea de qué hora es exactamente.

Llego a las escaleras y recojo mi bolso y las carpetas de uno de los peldaños. Miro el teléfono móvil y compruebo que tengo varias llamadas perdidas de Lauren y Álex. Son más de las diez. Sonrío sorprendida. Yo también he sido capaz de dormir profundamente.

Con cuidado, abro la puerta principal, como si el hecho de hacerlo bruscamente pudiera despertar a Ryan dos plantas más arriba.

—Maddie —me llama Finn cuando estoy a punto de salir.

Doy un respingo. No esperaba a nadie.

—¿Si, Finn? —pregunto con la respiración acelerada.

Me ha dado un susto de muerte.

—¿Me permite llevarla a su apartamento?

Tuerzo el gesto.

—Cogeré el metro, Finn, pero gracias.

Ahora el que tuerce el gesto es él. Sé que sólo se está preocupando por mí, y por Ryan, pero no necesito un guardaespaldas y mucho menos ahora que todo se ha acabado. Trago saliva. Odio esa palabra.

—Permítame el atrevimiento, pero no creo que al señor Riley le guste.

Probablemente no, pero él ya tampoco tiene que preocuparse por mí.

—Pues entonces es una suerte que ya no sea nada del señor Riley.

La expresión de Finn cambia por completo en un solo instante, pero no es la única. No sé por qué he dicho eso, pero soy plenamente consciente del dolor que he sentido al pronunciar cada palabra.

Me despido del chófer y prácticamente corro hasta la parada de metro.

Mientras cruzo mi calle, le mando un mensaje a Lauren diciéndole que estoy bien y a punto de meterme en la cama. Decido no contarle que he estado en casa de Ryan. Ya están lo suficientemente preocupados por mí. Además, seguro que no me creerían cuando les dijese que sólo quería asegurarme de que no bebiese.

Su respuesta no se hace esperar. Me pregunta que en qué clase de neoyorquina me he convertido si pienso irme a dormir tan temprano un miércoles por la noche. Yo le respondo que una con mucha clase y Lauren me replica que no juegue esa carta porque toda la clase se la llevó ella. Después de unos diez mensajes en menos en dos manzanas, acabó claudicando, girando sobre mis pasos y volviendo al metro para reunirme con ella y los demás en The Vitamin.

Vamos por la segunda ronda de Martini Royale cuando el tono de llamada entrante de mi móvil, *Roar*, de Katy Perry, se mezcla con *Stolen dance*, de Milky Chance, que suena en el local. Doy un nuevo trago y estoy a punto de espurrearlo sobre la mesa cuando miro la pantalla de mi iPhone y veo el nombre de Meredith Riley escrito en ella.

—¿Y esa cara? —pregunta Álex.

—Es Meredith, la madre de Ryan —respondo agitando suavemente el teléfono en mi mano.

Los Hannigan, Charlie y Lauren me miran sorprendidos y confusos al mismo tiempo. Supongo que es una versión *light* de la expresión que debo de estar luciendo yo.

—¿No vas a cogerlo? —pregunta James.

Niego con la cabeza. No quiero hacerlo. Aunque lo único que ganaría sería comportarme como la cría inmadura que me empeño en gritar que no soy. Los adultos son capaces de mantener conversaciones telefónicas.

—Claro que sí —respondo muy segura.

Cojo el iPhone a la vez que me levanto y deslizo el pulgar por la pantalla mientras me encamino a la puerta del local.

—Buenas noches, señora Riley.

—Buenas noches, Maddie —contesta amable—. Disculpa que te llame a estas horas, ¿puedo robarte unos minutos?

Empujo la puerta y salgo a la calle. Me giro echando de menos mi abrigo, pero, cuando me alejo unos pasos, me doy cuenta de que apenas hace frío.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarla?

Me esfuerzo mucho para que mi tono de voz no refleje lo nerviosa e incómoda que me siento. Sólo espero que no quiera volver a hablar de lo que ha pasado con

Ryan.

—Verás... mañana es un día muy importante para la familia. Celebramos el aniversario del regreso del frente del padre de Carson, Elliott.

Asiento. Recuerdo cuando Spencer lo mencionó en la cena.

—Me gustaría mucho que asistieras —añade.

Trago saliva instintivamente. ¿Me está pidiendo que vaya a almorzar a Glen Cove?

—Señora Riley...

—Meredith —me recuerda.

—Meredith —rectifico nerviosa—, le agradezco mucho su invitación, pero tengo que rechazarla.

No quiero ser maleducada, pero no puedo sentarme a comer con ellos como si nada hubiera pasado.

—Entiendo tus reticencias —comenta.

En realidad creo que no las entiende. Si lo hiciese, no me invitaría.

—Me alegra que lo haga y por eso comprenderá que no acepte —me reafirmo.

—Maddie, todavía eres una Riley —replica llena de una elegante seguridad que no ofrece posibilidad de dudas— y los Riley pasamos este día en familia.

Sus palabras me silencian de golpe. Ha borrado de un plumazo cualquier excusa que pudiese darle.

—Allí estaré, señora Riley —musito.

—Me alegra oír eso, cielo. Te esperamos en Glen Cove a las doce.

Cuelgo y suspiro hondo mirando mi iPhone como si fuera mi mayor enemigo. No me puedo creer que mañana vaya a almorzar con Ryan y su familia. Me llevo el teléfono a la frente y cabeceo exasperada. Desde ahora soy plenamente consciente de que va a ser un absoluto desastre.

Regreso al bar y, tras soportar una decena de chistes y burlas sobre la comida de mañana en particular y mi vida en general, pedirle el Mini prestado a Álex para llegar a Glen Cove y beberme otro Martini Royale, me marchó a casa. Lo último que necesito mañana es tener resaca.

Ya en mi cama, con la mirada clavada en el techo, no puedo dejar de darle vueltas a todo lo que ha pasado hoy y, por supuesto, a mi plan para mañana. *Lucky* camina perezoso, se sube al colchón y se tumba a mi lado. A veces creo que él también echa de menos a Ryan.

«Y hoy has dejado claro que no es el único».

Después de una hora de reloj con los ojos como platos, decido levantarme y hacer algo de utilidad. *Lucky* alza la cabeza, me mira durante un segundo y vuelve a acomodarla sobre sus patas. Parece que él no tiene ninguna intención de moverse.

Abro el armario de golpe con la idea de revisar mi ropa y buscar qué ponerme mañana para ir a casa de los Riley. Sin embargo, el armario está vacío. Todo sigue aún en las cajas. Me dejo caer sobre la puerta del mueble y apoyo la frente contra la

madera. Ni siquiera debería ir.

—¡Eres imbécil! —La voz de Sandy suena cristalina a través del techo—. ¡Es mi trabajo! ¡No soy yo!

Miro hacia arriba y tuerzo los labios. Sandy y yo deberíamos poner a medias el puesto de cocos en Ipanema.

Resignada, llevo mi vista hacia las cajas y comienzo a abrirlas. Es un momento tan bueno como cualquier otro. En la primera encuentro mi vestido gris. Es uno de mis preferidos. Muy sencillo, cortado a la cintura y con un precioso encaje en la parte superior. Quedará de cine con mis salones *nude* con un poco de plataforma, probablemente los zapatos más elegantes que tengo.

Miro el reloj. Es más de la una, pero sigo sin una pizca de sueño. Muy resuelta, voy hasta el baño, cojo mi esmalte Rouge Cinema y me siento en el centro de la cama. Es un momento ideal para pintarme las uñas. Sin embargo, estoy soplando la pintura sobre el segundo dedo de mi pie derecho cuando caigo en la cuenta de que, si me pinto las uñas de los pies de rojo, tendré que pintarme las de las manos y, si me pinto las de las manos, tendré que pintarme los labios. Resoplo malhumorada. Por nada del mundo pienso pintarme los labios de rojo. Ese color está vetado. Sólo me ha traído problemas.

Vuelvo al baño enfadadísima, cojo el quitaesmalte y la laca de uñas más neutra del mundo, rosa claro, y regreso a la cama.

Cuando al fin me obligo a tumbarme, cerrar los ojos e intentar dormir son más del las tres.

Abro los ojos y me incorporo como un resorte pensando que me he quedado dormida, pero apenas son las seis. Respiro hondo y me dejo caer de nuevo sobre la cama.

Ya que estoy despierta, decido darme una ducha relajante y tomarme un tazón de cereales con sirope de arce, aunque lo cierto es que no tengo hambre. Intento recordar la última vez que comí de verdad, no dos bocados con desgana de una ensalada de pavo, y creo que fue el *ratatouille* en casa de Ryan. Frunzo el ceño. No es algo de lo que me sienta orgullosa. Estoy siendo muy irresponsable.

Me levanto de un salto y voy hasta la cocina. Preparo café en mi vieja cafetera italiana y saco varias piezas de fruta. Me tomo mi tiempo en lavarlas, pelarlas y cortarlas. Sigo sin hambre, pero no puedo continuar así y me obligo a comer hasta el último trozo.

Me ducho y me preparo con calma. Me seco el pelo con el secador y me ordeno las ondas con los dedos. Cada vez estoy más nerviosa. *Lucky* entra en el baño mientras me maquillo y se pasea entre mis piernas. Me pinto los labios prestándole atención a mi cachorro en vez de al espejo. Seguramente quiere salir a jugar. Cierro el carmín, lo dejo sobre el mueble y me agacho a acariciarlo. El domingo convenceré a James para que lo llevemos a jugar al *frisbee* a Central Park.

Cuando me incorporo, me miro al espejo y frunzo el ceño al comprobar que mi

subconsciente, o simplemente el universo, que sé yo, me han jugado una mala pasada y sin darme cuenta me he pintado los labios de rojo. Enfadada, me los limpio y, aún más molesta, cojo el carmín y lo guardo en uno de mis bolsos. Con un poco de suerte olvidaré en cuál.

Termino de maquillarme, me subo a mis tacones y salgo de mi apartamento. Nada más poner un pie en la acera, miro al cielo sorprendida. Hace un sol de justicia. Una sorpresa de lo más agradable teniendo en cuenta que ya estamos en octubre. Me quito el abrigo y me lo cuelgo del brazo. Está claro que no voy a necesitarlo.

Voy hasta el Riley Group en el Mini de Álex. Así podré salir directamente hacia Glen Cove desde la oficina.

Bentley y yo nos damos bastante prisa para sacar adelante el trabajo de todo el día en estas cuatro horas escasas. Estamos a punto de conseguirlo y apenas dejamos por hacer un par de cosas. Hemos sido de lo más eficientes.

Bajamos juntos al *parking*. Bentley me recuerda que puede llevarme, pero rechazo su ofrecimiento. Prefiero ir en mi propio coche por si me veo obligada a salir huyendo despavorida.

«Es lo que comúnmente se conoce como una vía de escape».

No he arrancado todavía cuando recibo un mensaje de Lauren. Es un enlace a una lista de Spotify que ha titulado «Para que sigas con las bragas puestas». No puedo evitar sonreír, sobre todo cuando veo *Like a virgin*, de Madonna. Lauren Stevens es única enviando mensajes subliminales.

Con la sonrisa en los labios, conecto el iPhone al sistema de sonido del coche y me paso todo el camino a Glen Cove cantando los grandes éxitos de Bonnie Tyler a pleno pulmón. Estoy muy nerviosa, así que cantar como si se fuera a acabar el mundo me ayuda mucho.

Sin embargo, cuando tomo el sendero que lleva a la propiedad de los Riley, ni siquiera el *Girls just want to have fun*, de Cyndi Lauper, que suena a todo volumen, me ayuda. Respiro hondo y me detengo frente a la enorme cancela. No debería estar aquí. Me agarro al volante y dejo caer la cabeza sobre él. Esto es un error de manual.

«Del manual de la tonta enamorada que no comprende que, estar cerca del chico guapísimo, complicado y atractivo como si no hubiera un mañana, no le conviene; para ser exactos».

Podría salir huyendo. Alzo la mirada y la pierdo al frente hasta divisar la preciosa mansión. Si lo hiciera, sólo estaría aceptando que soy la cría que me empeño en demostrar que no soy. Me incorporo y, antes de que pierda el poco valor que he conseguido reunir, meto primera y atravieso la cancela.

«Ánimo, Parker. Tú puedes».

Meto segunda y acelero suavemente. Claro que puedo. Sólo tengo que creérmelo.

Aparco el coche junto a las enormes puertas color crema del garaje. No es hasta que me bajo, aún tarareando la canción para combatir lo nerviosa que estoy, que me doy cuenta de que el BMW de Ryan está a unos pasos de mí. Él ya está aquí. Dejo de

cantar de golpe. Ahora sí que estoy nerviosa.

Rodeo la casa por el camino de piedra y subo las majestuosas escaleras intentando volver a infundirme valor, pero no soy capaz. Todo lo que pasó ayer fue demasiado intenso en todos los sentidos. Ni siquiera sé exactamente cómo me siento y estoy completamente segura de que verlo aquí, en el mismo jardín donde nos casamos, no va a ayudar.

—Me marchó —susurro para mí.

Giro sobre mis pasos y regreso a las escaleras. He pedido el divorcio, técnicamente ya no soy una Riley. Apenas he alcanzado el primer escalón cuando Bentley aparece por el camino de piedra y me dedica una sonrisa.

—¿Te has perdido? —me pregunta.

Yo me obligo a sonreír.

«Te ha pillado en plena fuga, Parker. Hay que ver qué patética eres».

—Sí —respondo a punto de reír nerviosa—. Esta casa es tan grande que es muy fácil despistarse.

—No te preocupes —responde llegando hasta mí—. Me la conozco como la palma de mi mano.

Me hace un gesto para que pase primero y yo asiento. A regañadientes vuelvo a dirigirme al vestíbulo. Ahora mismo Bentley no es mi persona favorita en este universo.

No hemos puesto más que un pie en la casa cuando oigo pasos venir en nuestra dirección.

—Cielo —me llama una suave voz y automáticamente sé que es Meredith Riley.

Suspiro hondo por última vez y me aliso inquieta la falda del vestido.

—Estás preciosa —comenta a un par de metros de mí.

—¿Y yo no lo estoy? —pregunta Bentley socarrón—. Son mis vaqueros más elegantes.

Meredith ladea la cabeza y lo regaña divertida con la mirada.

—Los chicos están en el jardín —le informa.

Es decir, que Ryan está en el jardín. Las burbujas en la boca de mi estómago acaban de multiplicarse por mil.

Bentley me guiña un ojo cómplice y se dirige al jardín con paso ligero. Al pasar junto a Meredith, se detiene y le da un beso en la mejilla. Está claro que en esta casa es un hijo más.

—Gracias por venir —me dice dándome un delicado abrazo.

—Gracias a usted por invitarme —musito.

Me gustaría ser una de esas mujeres que son toda seguridad en cualquier circunstancia, porque en estos momentos me tiemblan demasiado las rodillas.

—Acompáñame al jardín —me anima haciéndome un gesto con la mano para que camine con ella—. Hemos decidido aprovechar el excelente día que hace y comer fuera.

A cada paso que doy, me recuerdo una y otra vez que no tengo por qué estar tan nerviosa. Soy una mujer adulta, maldita sea. Además, los Riley ya no son nada mío. Odio esta última idea, pero es la verdad.

Mentalizada, avanzo los últimos metros y atravieso la preciosa puerta de cristal y madera hasta el jardín. Unas chicas del servicio riendo y charlando entre ellas con varios manteles de lino perfectamente doblados entre las manos entran en la casa en ese momento. Sus animadas risas me distraen y, cuando devuelvo mi mirada al patio, una tenue brisa levanta el extremo de un mantel idéntico ya colocado en la mesa. Un suave olor a azahar lo inunda todo y se entremezcla con los rayos de sol que la pérgola deja avanzar arbitrariamente. Por un segundo creo que me he transportado a la campiña de algún país del sur de Europa. Esta casa es como un sueño.

Involuntariamente, una sonrisa se dibuja en mis labios, pero cuando alzo la mirada y lo veo, sin quererlo, se ensancha aún más. Está caminando por el cuidado césped, charlando con su padre, Spencer y Bentley, algo lejos de la pérgola pero no lo suficiente como para evitar que sus ojos azules hagan que mi corazón se dispare en cuanto nuestras miradas se encuentran. Exhala el aire de sus pulmones despacio sin levantar la vista de mí y, otra vez, por un solo segundo, tengo la sensación de que todo a nuestro alrededor se relativiza y ahora Ryan forma parte de mi sueño de manteles de lino y brisas tenues con olor a azahar.

Finalmente pestañea y aparta su mirada de mí. Tengo la sensación de que su batalla interna ha vuelto, pero por unos motivos completamente diferentes a los que nos mantuvieron separados al principio de nuestra historia.

—Hola, Maddie. —La voz de Thea me devuelve a la realidad.

—Hola —respondo obligándome a sonreír y, sobre todo, obligándome a dejar de mirar a Ryan.

—¿Te apetece venir conmigo a la cocina? —pregunta risueña—. Estamos preparando el postre.

Asiento y la sigo al interior de la casa. Alejarme de él me parece una idea genial.

Thea me guía hasta la cocina mientras me cuenta que están preparando *crème brûlée* y que no puedo perder de vista a Olivia porque está intentando echarle *smarties*. En ese momento mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Lauren. Le hago un gesto a Thea para decirle que necesito cogerlo. Ella sonríe.

—No te preocupes —me disculpa—. Allí está la cocina —me indica señalando una puerta a la derecha del pasillo a la vez que comienza a andar hacia ella.

Asiento y, llevándome el teléfono a la oreja, me alejo en dirección contraria.

—¿Cómo va el almuerzo? —pregunta curiosa—. Espero que aún llesves las bragas puestas —continúa amenazante.

—Sí, no te preocupes, con la cuarta canción de Bananarama capté el mensaje —replico socarrona.

Miro a mi alrededor buscando algún sitio un poco más privado para poder hablar. Sé que vamos a acabar haciéndolo de Ryan y no me hace ninguna gracia que alguien

pueda oírme. Camino un par de metros y vuelvo a echar un vistazo a ambos lados. Esta casa es enorme. No tengo ni la más remota idea de dónde estoy. Ni siquiera creo que pudiera volver al jardín sola desde aquí. Al fin accedo a un bonito salón y al fondo hay un inmenso ventanal. Acelero el paso y salgo a la terraza. Ya estoy a salvo.

—¿Sigues ahí? —pregunta Lauren.

—Sí —respondo escueta.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que contarme?

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Le has visto? —inquire exasperada.

—Claro que le he visto —respondo, poniéndome más nerviosa por segundos.

—¿Y?

—¿Y qué?

Por Dios, esta conversación es absurda.

—Maddie —se queja al fin.

—No tengo nada que contar.

—¿Como tampoco tenías nada que contar ayer? —me suelta de repente—. Hablamos por teléfono, hablamos en el bar... y en ningún momento se te ocurrió contarme que fuiste a ver a Ryan.

¡Mierda! ¿Cómo consiguen enterarse siempre de todo?

—No fui a su casa para lo que tú piensas —me defiendo.

—Es que creo que sí fuiste a verlo para lo que yo pienso —replica—. Maddie —continúa tras una mínima pausa—, si hubieses ido a echarle un polvo, podría incluso entenderlo, pero tú fuiste a consolarlo, a impedir que bebiera, y eso es mucho más peligroso para ti.

—No estoy de acuerdo.

Mis palabras salen veloces. No puede pedirme que me siente tranquilamente a ver cómo acaba en un hospital.

—Pues deberías —sentencia—. Lo que estás haciendo es lo que hace una chica enamorada y tú lo estás del chico equivocado.

Trago saliva. Tiene razón, pero ahora mismo esto es lo último que necesito.

—Lauren, ¿tenías que llamarme justo ahora para decirme esto?

—He pensado que necesitarías que te lo recordaran.

Resoplo.

—No voy a volver con Ryan —sentencio—, pero eso no quita que esté hecha un verdadero lío —me sincero.

Ahora la que resopla es ella.

—Es normal tener dudas —me anima.

—¿Tú las tienes?

—Todo el tiempo —contesta exagerando cada letra.

—Respóndeme a una pregunta: ¿las dudas las tienes con James, con Bentley o con los dos? —inquiero burlona.

—Ja, ja —se apresura a replicar sardónica—. ¿Sabes? Tengo que colgar. Tú respira hondo y sé la nuera perfecta. Demuéstrale a Carson Riley lo que se ha perdido.

Su última frase me hace sonreír pero, cuando pienso en todas las demás, el gesto se apaga. Tiene razón. Tengo que dejar de hacer cosas tan estúpidas como ir a Chelsea. Eso se acabó.

Siguiendo las instrucciones de Lauren, respiro hondo y contemplo las increíbles vistas desde esta terraza. Estos jardines son kilométricos y realmente preciosos. Debería dejar de darle tantas vueltas a todo. Las cosas acabaran calmándose y mejorarán. Van a mejorar. Tienen que mejorar. Me lleno de este aire puro del sur del estado y con una sonrisa, mitad obligada, mitad sincera, giro sobre mis pasos dispuesta a encontrar la cocina y aprender a preparar *crème brûlée*.

Sin embargo, nada en absoluto, ni las vistas, ni todo el optimismo y el valor autoinfundido, ni siquiera una charla de horas con Lauren, podrían prepararme para enfrentarme a él.

Está de pie, frente a mí. Con sus espectaculares ojos azules posados en los míos verdes y nerviosos. Su camisa blanca se adhiere perfectamente a su cuerpo, lo armoniza, lo realza y me tortura. Tiene los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas exactamente como en el jardín y, también como en el jardín, sus pantalones de traje le caen seductoramente *sexies* sobre las caderas. Es el atractivo, el deseo, la sensualidad, el cielo y el pecado, fundidos en un solo hombre, y eso no es justo, nada justo.

—¿Qué haces aquí, Maddie? —pregunta con su voz tan increíblemente ronca y masculina.

—No lo sé —musito.

Y es la verdad, porque mi sentido común no para de gritarme que debería salir corriendo sin mirar atrás.

Ryan ladea la cabeza sin apartar su mirada de la mía, como si esa respuesta fuese exactamente la que deseaba escuchar y al mismo tiempo la que odia haber escuchado.

Yo me giro abrumada por todo lo que me está haciendo sentir, por tenerlo tan cerca, por querer correr a tirarme a sus brazos y a la vez tener que hacer un esfuerzo titánico para frenar mi cuerpo sublevado. No se trata de no querer, sino de no poder.

Ryan cubre la distancia que nos separa y se detiene a mi espalda, tan peligrosamente cerca que puedo notar la calidez de su cuerpo traspasar su ropa y la mía y calentar mi piel.

—Quiero mantenerme alejado de ti —susurra con la voz rota de deseo. Su mano avanza desde mi costado hasta el centro de mi vientre y me atrae hacia él—. ¿Cómo crees que me siento cuando te veo en esta maldita terraza con ese vestido?

Sus dedos se hacen más posesivos sobre mi piel y yo gimo bajito.

—Vas a volverme loco —sentencia hundiendo su nariz en mi pelo.

Sus palabras retumban dentro de mí y hacen que mi corazón lata desbocado.

—Ryan —susurro.

Mis labios pronuncian su nombre como la plegaria que es. Podría pasarme toda la vida llamándolo. Pero, entonces, el que parece recuperar el sentido común es él. Desliza su mano por mi cuerpo hasta separarnos suavemente y da un paso atrás.

—Thea te está esperando en la cocina.

Su cuerpo ya no toca el mío y me descubro vacía, triste y, como siempre, demasiado abrumada por sentirme así. Es el efecto Ryan Riley sobre la pobre Maddie Parker. El del viento haciendo volar la hoja.

Asiento y giro sobre mis pies para marcharme, aunque francamente ni siquiera tengo claro que mis piernas vayan a sostenerme.

Al mismo tiempo que doy un paso hacia el interior, Ryan lo hace hacia el exterior y de reojo veo cómo se pasa la mano por el pelo. Antes de marcharme definitivamente, cometo el peor error de todos y me vuelvo para mirarlo. La visión me sobrecoge un poco más. Tiene las manos en los bolsillos, todo su cuerpo armónicamente tenso, como el de un león, y en sus ojos azules la batalla interna reluce con tanta fuerza que nos ciega a los dos. A su espalda se extiende el maravilloso jardín y me doy cuenta de que es el mejor escenario posible para el mejor hombre posible, y todo para mí es sencillamente inalcanzable.

Tratando de reanimar mi corazón, regreso a la cocina. Sorprendentemente no tardo en encontrarla, pero, en cuanto lo hago, Thea me explica con una sonrisa que ya nos esperan en la mesa. Aturdida todavía por lo que acaba de pasar, sigo su animado paso hasta el patio. Necesito un momento, pero obviamente no lo tengo.

Cuando llegamos, los Riley ya están sentados a la mesa. Carson, presidiéndola, y Ryan, en la otra cabecera. Suspiro aliviada al ver que me han reservado el sitio al lado de Bentley. No puedo permitirme pasar toda una comida junto a Ryan.

Sin embargo, su presencia es lo suficientemente embriagadora como para que casi me cueste trabajo respirar. Venir aquí ha sido una locura y el momento que hemos vivido hace apenas unos minutos lo ha sido aún más. Intento concentrarme en cosas pequeñas, como mi copa llena de un perfecto vino francés o el protocolo distendido pero conciso con el que las chicas sirven el *fricassée* de cordero con trufas.

Quiero relajarme, pero, cuando kamikaze llevo mi vista hacia él y su mirada ya me espera para atrapar la mía, siento de nuevo los latidos de mi corazón húmedos y calientes luchar contra mi pecho. Parece enfadado, arisco, como si una parte de él siguiese en esa terraza y hubiese inventando un final diferente que, al no poder vivir, le enfurece.

Me obligo a apartar la mirada y bebo de mi copa de vino. Me gustaría apurarla hasta el final, pero me contengo. Puede que no pare de hacer estupideces, pero todavía tengo conciencia de dónde estoy.

—Y, cuéntanos, Maddie... —me pide Meredith tras hacerle un pequeño gesto a las chicas para que se retiren después de servir el último plato—, ¿te gustó París?

Sonrío nerviosa. Hablar de mi luna de miel es lo último que necesito.

—Sí. Es precioso —musito y le doy un nuevo sorbo a mi copa de vino.

No quiero parecer nerviosa, pero soy plenamente consciente de que estoy fracasando.

—París me encantó —interviene Thea y se lo agradezco muchísimo.

—¿Has estado allí? —inquiero tratando de que la atención se centre en ella y no en mí.

—Sí —responde feliz—. Spencer me llevó. Fue nuestro primer viaje romántico. Dios, fue hace una eternidad —recuerda con cariño—. Ni siquiera estábamos casados.

Todos menos Ryan, que sigue pensativo y distante, sonreímos.

—Quizá... Maddie también habría preferido conocer París así —interviene Carson.

Lo miro con el ceño fruncido. ¿A qué se refiere? Pero entonces me doy cuenta de que no está hablando conmigo, sino con Ryan.

—No en una luna de miel precipitada —sentencia.

—Déjalo estar —replica Ryan.

De pronto el ambiente se vuelve increíblemente tenso. Los ruidos de los tenedores contra los carísimos platos poco a poco van deteniéndose hasta casi desaparecer. Yo cuadro los hombros, pero al mismo tiempo me siento extraordinariamente pequeña. Es obvio que esta conversación no acaba de empezar aquí. Las miradas endurecidas de padre e hijo hacen más que patente que ya han discutido este tema antes.

—Te advertí que pasaría esto —continúa Carson visiblemente molesto.

—Déjanos en paz, joder —responde Ryan con la furia apenas contenida en su voz—. ¿Por qué no podéis dejarnos todos en paz de una maldita vez?

Está a punto de estallar. Nunca lo había visto tan furioso, tan dolido, tan al límite.

—Porque tú nunca escuchas a nadie —añade su padre sin dudar— y esa pobre chica es la mejor prueba de ello.

Trago saliva dispuesta a intervenir. Me niego a que me utilice como arma arrojadiza para hacerle daño. Él también tiene mucha culpa de lo que pasó, pero Ryan, levantándose y dominando por completo la situación, me distrae.

—No te atrevas a hablar de ella —masculla con la voz increíblemente segura, exigente y a la vez serena porque sabe que tiene el control. Un león que vuelve a rugir para defender lo que es suyo—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Y te has preguntado alguna vez si tú has sido lo mejor que le ha pasado a ella?

La voz de Carson está teñida del cansancio y la compasión del que sabe cómo iban a acabar las cosas y aún así se siente triste por ello.

La mirada de Ryan cambia por completo y el dolor, aún más intenso, vuelve a inundar sus ojos azules. No puede más y yo tampoco.

—Lo es —respondo levantándome, intentando acariciar aunque sea un poco de la seguridad que él ha demostrado. Creo que lo consigo. Defender lo que tuvimos, aunque acabara destrozándome, tiene ese efecto—. Aunque ya no podamos estar

juntos, siempre voy a querer a Ryan y siempre voy a estar tan enamorada de él que me cueste trabajo respirar. No podemos volver porque han pasado demasiadas cosas y lo realmente triste es que la mayoría de ellas ni siquiera han sido culpa nuestra. Pero eso no cambia lo que siento, lo que sentimos.

Una lágrima se escapa por mi mejilla y me obligo a sonreír para disimularla.

—Tengo que irme —musito moviendo la silla y recuperando mi bolso prácticamente a la vez.

No quiero romper a llorar delante de todos los Riley, que parecen haber enmudecido por mis palabras.

Salgo corriendo hacia el interior de la casa y en ese mismo instante oigo otra silla moverse ruidosa contra las impolutas losas del patio.

—Maddie —me llama Ryan, pero no puedo detenerme. Ahora no.

Cruzo la casa como una exhalación.

—¡Maddie!

Alcanzo el camino de piedra andando tan rápido como puedo y al fin llego al coche. Abro la puerta pero la palma de Ryan contra la ventanilla vuelve a cerrarla. Suspiro derrotada, conmocionada de nuevo.

—Maddie —vuelve a llamarme a la vez que me obliga a girarme y toma mi cara entre sus manos—. Maddie —pronuncia mi nombre una vez más, llamándome pero también calmándome, encendiéndome, haciendo que no me arrepienta de una sola de las palabras que acabo de decir, queriendo que me bese a pesar de lo asustada y herida que me siento, haciendo que vuelva a recordar que es Ryan, mi Ryan, el amor de mi vida.

¿Por qué tengo la sensación de estar perdida sin él?

Sus ojos se vuelven aún más azules y brillan todavía más intensos. Nuestras respiraciones se aceleran inconexas. No debería estar aquí. No he tenido nada más claro en toda mi vida. Sus dedos avanzan por mi mejilla hasta esconderse en mi pelo. Todo su cuerpo es muestra de la lucha que siente por dentro. Es tan intensa que apostaría que incluso la puede notar físicamente.

—No tendrías que haber venido —susurra.

Y los dos sabemos que por mucho que queramos buscar una salida diferente no la hay.

—Lo sé.

Me separo suavemente y entro en el coche. Ryan no dice nada, sólo me observa con la expresión endurecida, luchando por no salir corriendo tras de mí como ha hecho tantas veces, en realidad como acaba de hacer. La gravilla retumba bajo las ruedas. La música suena. Miro a Ryan una última vez y por un instante sólo lo observo, olvidando todo a nuestro alrededor. Mis manos parecen moverse por voluntad propia y apago el motor del vehículo. Tengo tan claro lo que quiero hacer y también lo poco que me conviene hacerlo. Seguimos mirándonos. Todo esto es una locura. Me bajo del coche y me quedo junto a la puerta abierta. Sus ojos azules

siguen sobre los míos y todo mi cuerpo se enciende y me grita exactamente dónde quiero estar. Creo que he dejado de respirar.

Voy a dar el primer paso hacia Ryan, pero él desune nuestras miradas, pierde la suya al fondo del jardín por un instante y finalmente, sin decir nada, dejándome totalmente perdida, confusa y sobrepasada, gira sobre sus pasos y se dirige de nuevo a la casa.

Yo suspiro hondo y sin quererlo una nueva lágrima cae por mi mejilla. Sé que se marcha por mí, para cumplir su promesa y mantenerse alejado de mí, y eso hace que todo duela todavía más.

Vuelvo a meterme en el coche y rápidamente salgo de la propiedad de los Riley y me incorporo a la carretera. Las lágrimas no me dejan ver nada y tengo que detener el vehículo en el primer camino de servicio que encuentro. Apago la música de un manotazo y suspiro con fuerza intentando controlar el llanto. No quiero llorar. Estoy harta de llorar.

«Se acabó, Parker».

Me seco las lágrimas con el reverso de la mano y doy una bocanada de aire dispuesta a tranquilizarme de una maldita vez. He estado a punto de cometer la mayor estupidez de todas. Me tiro a los brazos de Ryan y después, ¿qué? No puedo volver con él. No es sólo lo que pasó, es todo a lo que tendríamos que enfrentarnos de nuevo: nuestros padres, la prensa, las peleas. Cada vez que he dicho que le quiero ha sido verdad, pero también lo ha sido cuando he dicho que no podemos estar juntos.

Respiro hondo otra vez. Ya estoy más calmada. Miro a mi alrededor y, aunque en un primer momento no me di cuenta, ahora comprendo que estoy en el mismo camino de servicio donde Ryan y yo follamos sobre el capo de su BMW.

—Joder —murmuro y dejo caer mi cabeza sobre el volante.

Mi vida es un auténtico asco.

Cuando consigo salir de mi nido de avestruz, me pongo de nuevo en marcha y regreso a Nueva York.

Ya en mi apartamento, me quito los zapatos camino de la habitación y me meto en la cama. Soy plenamente consciente de que ni siquiera son las dos, pero no quiero hacer nada ni quiero ver a nadie. Mi cama es mi fortín. Enciendo la pequeña televisión y, tras un rápido *zapping*, dejo una de esas pelis en blanco y negro sobre amores imposibles. Me viene como anillo al dedo.

No llevo ni cinco minutos lamentándome de mis desgracias cuando llaman a la puerta. No pienso abrir, me da igual que sea el mismísimo presidente, pero unos segundos después oigo la cerradura y al instante un murmullo que es muy familiar.

—¡Llave de repuesto, Parker! —canturrea James.

Un instante después, los Hannigan y Lauren entran en mi habitación. Traen Martini Royale y platos de espaguetis boloñesa. Desoyendo mis quejas y, mientras continúan charlando de sus cosas, se meten en mi cama. Lauren me pasa un plato de pasta y Álex, a mi otro lado, levanta un cóctel hasta que se asegura de que lo veo y después lo deja sobre la mesita, indicándome que ése es el mío.

—¿Qué estás viendo? —pregunta James robándome el mando.

—Pon la ABC, están poniendo *Tootsie* —le pide Lauren.

—No, mejor la CBS —interviene Álex—. Echan un maratón de «Cómo conocí a vuestra madre».

Yo protesto pero nadie me escucha y Cary Grant desaparece de la pantalla para dar paso a Barney, Ted y Marshall sentados en el McLaren.

Al final no me queda más remedio que sonreír y empezar a comer espagueti.

—¿Te has acostado con Ryan? —me pregunta Lauren.

—No —respondo y omito el «porque él no ha querido».

Lauren, con una sonrisa, alza las manos para darme un abrazo, pero en el último instante se frena a sí misma.

—¿Sexo oral? —inquire muy seria.

No tengo más remedio que echarme a reír.

—No —respondo.

La sonrisa vuelve a sus labios y finalmente me abraza.

—Estoy muy orgullosa de ti —sentencia.

Nos pasamos el resto del día en mi fortín con mi pequeña tele de fondo. Jugamos a las cartas, a Operación, bebemos los suficientes Martinis Royale como para tener resaca y en un alarde decorativo acabamos haciendo guirnaldas de palomitas.

Cuando el despertador suena a las siete de la mañana, siento como si, en vez de una simple alarma, hubiese un obrero picando con una taladradora neumática en el suelo de mi habitación. Vuelvo a cerrar los ojos un segundo, o por lo menos yo creo que lo es, porque cuando vuelvo a abrirlos son las ocho menos cinco.

Álex y Lauren están durmiendo conmigo y toda la cama está llena de palomitas amén de las guirnaldas que Álex lleva colgadas y el intento de falda hawaiana de Lauren. Me levanto de un salto e intento despertarlas, pero no es hasta que pronuncio las palabras «ocho de la mañana» que mueven el culo de mi cama.

Me meto en la ducha y me arreglo en un santiamén. Es tan tarde que ni siquiera puedo preocuparme del dolor de cabeza que tengo o de que todas mis pertenencias sigan en cajas como si viviera sumida en una mudanza permanente.

Las tres salimos disparadas hacia el metro y Lauren y yo llegamos bochornosamente tarde a la oficina.

Bentley me recibe con una sonrisa llena de empatía que no entiendo demasiado bien. Son las nueve menos cuarto, debería estar echando chispas.

No es hasta que me siento a mi mesa y abro la agenda para comenzar a trabajar que me doy cuenta de que es viernes. Hoy a las diez voy a firmar mi divorcio con Ryan. El mundo se me viene encima en un solo segundo. Ése era el motivo de la actitud comprensiva de Bentley.

De pronto siento que me falta el aire y salgo disparada hacia el baño. Me aseguro de que no hay nadie y echo el pestillo. Respiro hondo una docena de veces y acabo abriendo el grifo y colocando mis manos bajo el agua. Esto es lo que debo hacer.

Asusta, pero es lo mejor. El primer paso para volver a estar bien. Asiento y me muerdo el labio inferior.

«Hoy más que nunca tienes que echarle valor, Parker».

Regreso a mi mesa y trabajo, o por lo menos lo intento. A eso de las diez menos diez me levanto con poco convencimiento y cruzo la redacción camino del ascensor. Mientras lo espero, valoro seriamente la posibilidad de decirle a Charlie que no puedo ir y darle plena potestad para que firme cualquier papel en mi nombre, pero casi en el mismo instante me doy cuenta de que lo que tuvimos, independientemente de cómo acabara, fue precioso y se merece que dé la cara hasta el final.

No tardo en ver a Charlie, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de traje, de pie en la pequeña sala de espera junto a la de reuniones del departamento jurídico. Sonríe fugaz. Siempre me sorprende verlo con traje teniendo en cuenta que hace menos de un año aseguraba que su prenda de ropa más elegante era su camiseta de Black Sabbath.

—Hola, Maddie.

—Abogado —bromeo con una sonrisa en los labios que no me llega a los ojos. Necesito reírme o voy a empezar a llorar.

Charlie me devuelve la sonrisa.

—Ya está todo listo —me comunica.

Suspiro hondo.

—Es la última vez que voy a preguntártelo —continúa muy serio—: ¿Segura de que esto es lo que quieres?

¿Querer? No, pero sí tengo claro que divorciarme es lo que debo hacer.

—Sí —respondo a la vez que suspiro hondo por enésima vez.

Charlie asiente, se inclina para coger el maletín que había dejado sobre uno de los mullidos silloncitos y comenzamos a caminar.

Abre la puerta de la sala de juntas y me hace un gesto para que pase primero. Inmediatamente veo a Ryan sentado a uno de los lados de la mesa. Se me hace raro no verlo en la cabecera. Tiene un codo apoyado en la madera y los dedos índice y corazón sobre los labios. Está malhumorado y arisco y esta vez no tengo que preguntarme por qué.

Cuando me ve, su mirada se recrudece pero no dice nada y algo dentro de mí se deshace decepcionado. Creo que en lo más profundo de mi interior se había anclado la esperanza de que él haría o diría algo y me convencería de que he tenido la peor idea del mundo y esto es un tremendo error.

Me siento donde Charlie me indica sin dejar de sentir la mirada de Ryan sobre mí. Es tan azul y tiene tanta fuerza que podría mantenerme en esta habitación durante horas sin ni siquiera decir una palabra.

—Si les parece, podríamos comenzar —propone Charlie sacando una carpeta de su maletín y dejándola sobre la mesa.

—Señor Saxs, creo que será muy rápido —comenta Wyatt Lawson, el abogado de

Ryan.

Recuerdo cuando estuvo en Chelsea para que firmara el cambio de titularidad de mi apartamento y acabé firmando el acuerdo prematrimonial.

—El señor Riley está dispuesto a darle a la señora Riley todo lo que pida —añade.

Charlie sonrío profesional y creo que también sorprendido.

—Pues me temo que sí, será muy rápido —responde mi abogado—. La señora Riley no quiere nada.

Ryan se incorpora y puedo notar cómo, bajo todo su autocontrol, su cuerpo ya tenso se acelera aún más. Sabía que no le gustaría, pero tiene que entenderlo. Nunca me interesó su dinero.

—¿La señora Riley sabe que, de hacer efectivo el acuerdo prematrimonial que ella misma firmó y, dadas las causas que provocan este divorcio, le corresponden once millones de dólares más una pensión mensual de quince mil? —Contraataca Lawson.

Parece que estoy marcando un hito en la historia de los divorcios. Supongo que no se rechazan once millones de dólares todos los días.

—La señora Riley está al corriente del mismo modo que yo lo estoy del hecho de que el señor Riley nunca llegó a firmar ese acuerdo, así que no tiene validez alguna.

Ryan aprieta los labios en una fina línea y yo resoplo exasperada mentalmente. ¿Cómo pudo pensar que aceptaría todo ese dinero?

—Lo único que la señora Riley pide —continúa Charlie— es el apartamento sito en el 222 de la calle 10 Oeste, en el Village.

Lawson mira a Ryan y éste asiente imperceptiblemente.

—Por supuesto. De hecho podemos dejar firmados los papeles del cambio de titularidad del apartamento.

Charlie alza la mano con la que sostiene el bolígrafo entre el índice y el corazón.

—La señora Riley no quiere la propiedad del inmueble. Quiere pagar un alquiler por él similar al que le pagaba al señor Stabros, el anterior propietario. Así mismo, desea que el apartamento pase a formar parte de las inmobiliarias del Riley Enterprises Group y sea con ellos con quien tenga que tratar todos los asuntos derivados del contrato de arrendamiento.

Lawson vuelve a mirar a Ryan, que esta vez se humedece el labio inferior breve y fugaz antes de asentir. No le está gustando nada de lo que está ocurriendo. Yo, por mi parte, soy plenamente consciente de que, aunque el piso pase a formar parte de las inmobiliarias, podría pasarme quince años sin pagar el alquiler que ni siquiera llamarían para recordármelo, pero por lo menos no tendré que enfrentarme a Ryan una vez a la semana para conseguir que acepte mi cheque.

—Por supuesto —claudica Lawson.

—Así mismo, la señora Riley desea devolverle al señor Riley, y que así se haga constar en los acuerdos de divorcio, los anillos de compromiso y boda —comenta

Charlie inclinándose sobre su maletín, trasteando unos segundos en él y sacando finalmente una pequeña bolsita de papel que deja sobre la elegante mesa—. Están valorados en 381.000 y 524.000 dólares, respectivamente.

Cuando oigo lo que valen, he de admitir que me mareo un poco. No tenía ni idea. Me encantaban porque me los regaló Ryan, por lo que significaban y porque eran sencillos y preciosos. Ahora me siento un poco estúpida por haberme estado paseando con casi un millón de pavos en el dedo sin ni siquiera saberlo.

—Además de una cinta roja y una pulsera de bisutería sin valor nominal pero que, insisto, la señora Riley desea devolver.

Ryan busca inmediatamente mi mirada con la suya. Sus ojos azules están llenos de rabia y también de dolor. Podemos poner sobre la mesa apartamentos o anillos de diamantes, pero nada significa tanto como esa pulsera y, sobre todo, como esa pequeña tira roja. Él siente lo mismo, por eso es tan difícil.

Charlie y Lawson continúan hablando de aspectos legales y documentos mientras sus ojos increíblemente azules siguen atrapando los míos. Le quiero. Ésa es la verdad. Creo que voy a hacerlo siempre. Pero la chica lista que un día fui ha vuelto y está poniendo orden en mi vida. Estar con él era la sensación más maravillosa del mundo, pero también era demasiado complicado e intenso. Ahora estoy haciendo lo mejor para mí.

Charlie coloca un dossier frente a mí y me saca de mi ensoñación. Aturrida, desuno nuestras miradas y presto atención a los documentos que me tiende. Es el acuerdo de divorcio. Sólo tengo que firmarlo.

Me ofrece un bolígrafo y lo cojo. Tengo la sensación de que todo está pasando a cámara lenta. Mi mano es incapaz de sostener el bolígrafo con la suficiente fuerza como para poder firmar. Parece que mi cuerpo se niega a hacer lo que mi sentido común le ordena porque eso significa alejarse de Ryan.

Finalmente firmo y soy plenamente consciente de cada rasgo que la punta del bolígrafo araña en el papel. Cuando termino, observo cómo Charlie recoge el documento, se lo entrega a Lawson y éste a Ryan. Yo sigo las hojas con la mirada y quiero gritar a pleno pulmón que me las devuelvan, que las rompan y que después quemem en un cenicero los restos. Quiero gritarle a Ryan que no firme, que soy una idiota, que le quiero, pero parece que mi sentido común también se niega a hacer lo que mi cuerpo le pide.

Ryan firma los documentos y prácticamente en el mismo instante que la estilográfica cae sobre ellos, se levanta y sale del despacho como un ciclón, sin mirar atrás.

Charlie observa lleno de empatía cómo tengo la mirada perdida en la puerta que aún no ha vuelto a cerrarse. Se ha acabado. Definitivamente se ha acabado y, aunque he hecho lo que debía, me siento demasiado vacía.

Los abogados se levantan y por inercia yo también lo hago. Se estrechan la mano profesionales y salimos de la sala. Acompaño a Charlie hasta el vestíbulo. No deja de

decir que todo ha ido de fábula y que puedo estar muy contenta. Sé que sólo lo hace para animarme, pero aún así preferiría que no lo dijera. Me ofrece tomar un café, pero no me apetece y pongo como excusa el trabajo para rechazar su invitación.

Vuelvo al ascensor dispuesta a regresar a mi mesa y hundirme en una montaña de trabajo para olvidar el sabor amargo que tengo en la boca, pero entonces recuerdo que hoy hace ocho días que me dieron el alta en el hospital y tengo que volver para la revisión con la doctora Sanders.

Bentley no pone ningún tipo de reticencia y, tras coger mi abrigo y mi bolso, salgo del Riley Group y tomo un taxi en dirección al Hospital Presbiteriano Universitario.

Los primeros minutos todo va bien, pero poco a poco una sensación de tristeza absoluta va inundándome por dentro. Ya no habrá más risas, más besos, ya no me despertaré en una cama que huelga a él, ya no podré apartar su flequillo desordenado de su frente, no le veré trabajar pensativo en su estudio, vestirse para conquistar el mundo, soñar despierto con la arquitectura, ya no lo sentiré más. Todo se ha acabado definitivamente y ese *definitivamente* es sólo culpa mía.

Sin quererlo, comienzo a llorar y otra vez vuelvo a sentir que me falta el aire. Echo la cabeza hacia atrás hasta hacerla chocar con la tapicería y respiro hondo tratando de tranquilizarme.

«Es lo mejor, Parker. Tienes que olvidarte de él».

Por suerte la revisión con la doctora Sanders es bastante rápida. Me hace varias preguntas acerca de cómo me he sentido estos últimos días y me realiza un par de pruebas. Se alegra de que ya no esté tomando los calmantes y, tras una exploración ginecológica, me anuncia que ya puedo mantener relaciones sexuales con normalidad, aunque mi sistema reproductivo no volverá a funcionar con regularidad hasta dentro de dos meses. Me explica que eso significa que no podré quedarme embarazada hasta entonces. Yo asiento y me obligo a sonreír. No entra en mis planes volver a tener sexo nunca más y mucho menos quedarme embarazada, por lo que dos meses no me suponen ningún problema.

Para la hora del almuerzo estoy de vuelta en el Riley Group. Sin embargo, no bajo a comer a pesar de la insistencia de Lauren. Soy plenamente consciente de que prometí ser más responsable con la comida, pero hoy estoy en mi derecho a saltarme esa promesa y no sentirme culpable.

Vuelvo a mi plan original de enterrarme en una montaña de trabajo. Teniendo en cuenta que los archivos administrativos siguen dando vueltas de la mesa de Bentley a la mía sin que ninguno de los dos se decidida a acabar con ellos, no me cuesta mucho trabajo encontrar algo largo y tedioso que hacer.

A las cinco en punto Bentley sale de su oficina y me manda a casa. Yo le agradezco el ofrecimiento, pero le digo que quiero quedarme para compensar las horas que he perdido entre abogados y médicos esta mañana. Él frunce el ceño y me da cinco minutos para despejar mi mesa o atenerme a las consecuencias. No imagino

cuáles podrían ser esas consecuencias, pero, teniendo en cuenta que ha sido novio de Lauren y que todo lo malo se pega, prefiero no arriesgarme y obedezco sin rechistar.

No he vuelto a ver a Ryan desde que salió de la sala de juntas del departamento jurídico. Mejor así.

Me despido de Ben y, con el primer pie que pongo en la acera, las gotas comienzan a caer. Pongo los ojos en blanco y miro hacia arriba. No puedo tener tan mala suerte.

«¿Seguro?».

Un relámpago cruza el cielo de Manhattan, suena un trueno y de pronto las inofensivas gotas se convierten en una auténtica tormenta que, para cuando consigo alcanzar la puerta de mi apartamento totalmente empapada, ha adquirido la categoría de casi diluvio.

Camino de mi habitación me quito los zapatos y sin dudarle me tiro en la cama. Todavía está llena de palomitas. Con los brazos extendidos y la mirada clavada en el techo, me pregunto si todos los días a partir de ahora serán así de insulsos. Vuelvo a ponerme los ojos en blanco. Me niego en rotundo a martirizarme, maldita sea.

Me levanto de un salto, me quito la ropa mojada y rápidamente me pongo un pijama seco y me recojo el pelo. Saco un *pack* de seis Budweiser heladas de la nevera y atravieso el rellano descalza. Ya a unos metros de la puerta puedo oír como suena *Fancy*, de Iggy Azalea y Charli XCX.

Llamo y a los segundos me abre James con un cigarrillo en los labios. Me observa intentado descubrir qué vengo a decirle o, por lo menos, jugando a adivinar si estoy más triste o enfadada. Yo alzo el *pack* de cervezas y él me hace un gesto para que entre. Cuando paso a su lado, me da un sonoro y baboso beso en la mejilla e involuntariamente rompo a reír. Así me doy cuenta de que estoy donde tengo que estar, porque es la primera vez que me río de verdad en todo el día.

No regreso a casa hasta que tengo tanto sueño que apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Cuando suena la alarma ya llevo un par de horas despierta. Sandy lleva llorando más de una. Su novio se marchó dando un portazo y no ha vuelto. No sé si es simple empatía o el sentirme exactamente igual que ella, pero, cada vez que la oigo sollozar como si fuera a acabarse el mundo, se me encoge un poco el corazón.

Decido hacer algo por las dos. Busco el iPod entre las cajas que aún sigo sin desembalar y, tras conectar los altavoces, pongo *Stronger*, de Kelly Clarkson. Está claro que ella necesita tanto como yo mi canción liberadora.

Canto a pleno pulmón esperando que mi vecina coja la indirecta. Somos chicas fuertes. Lo superaremos.

Elijo mi vestido azul y lo combino con mis botas favoritas. Como voy algo desabrigada, me pongo una camisa celeste casi gris y encima una rebeca blanca, además de un fular también azul.

Me dejo el pelo suelto y apenas me maquillo, sólo un toque de color en los

pómulos y los labios.

Salgo de mi casa con una manzana en la mano, pero tengo que acelerar el paso para llegar a tiempo al metro y acabo guardándomela en el bolso.

Consigo entrar casi puntual. Cuando cruzo el umbral de mi oficina, me sorprende ver a Bentley en la suya hablando por teléfono malhumorado, con una montaña de dossiers en un extremo de la mesa y una chica, que nunca había visto antes, sentada al otro lado de su escritorio. Mi jefe firma una docena de papeles y se los entrega. Ella los cuadra, los mete en una carpeta y se levanta diligente. Al darse la vuelta, nos encontramos cara a cara y sonrío. Parece simpática.

—Estela, Producción —se presenta tendiéndome la mano—. Soy la nueva ayudante del señor Matel.

Se la estrecho y le devuelvo la sonrisa.

—Soy Maddie, la ayudante de ese gruñón —continúo socarrona—, que normalmente no lo es.

—No te preocupes —responde divertida—. No se ha portado demasiado mal.

Ambas sonreímos y la chica se marcha. ¿Me pregunto qué habrá pasado con su antiguo ayudante? Seguro que Matel lo tiró a un volcán como parte de un sacrificio hawaiano para conseguir que le cuadren los números.

Cuelgo mi bolso en el perchero y espero paciente en la puerta a que Bentley cuelgue. Cuando lo hace, suspira brusco y profundo y se frota los ojos con las palmas de las manos casi desesperado.

—¿Todo bien, jefe?

—No —responde sincero dejándose caer sobre su silla—. Tenemos muchísimo trabajo.

Cuadro los hombros profesional e internamente encantada. Necesito estar distraída y que el tiempo pase volando.

—Resulta que Matel quiere que nos reunamos otra vez —se queja exasperado—. Hay que revisar todos los gastos de este número. Además, tengo que preparar el editorial y estoy pendiente de una llamada de la Concejalía de Urbanismo para uno de los artículos principales.

La mañana promete ser interesante.

—¿Con qué quieres que empiece? ¿Tu agenda y correo?

—No, primero llama a Max y dile textualmente que, si no quiere que le dispare, que se comporte y haga mejor su trabajo.

—Oído, jefe —respondo girando sobre mis botas y ocultando una incipiente sonrisa.

Me siento a mi escritorio y, mientras espero a que el ordenador se encienda, llamo a Max. Resulta que él también asegura tener motivos para disparar a Bentley y me pide que le pase con él.

Llevan más o menos diez minutos discutiendo cuando suena el teléfono de mi despacho. Es la llamada de Urbanismo que Bentley esperaba.

—Bentley —lo llamo tapando el auricular con la mano—, son los de Urbanismo.

Mi jefe asiente. Rellama a Max con su móvil y coge la llamada de Urbanismo por el teléfono fijo de su mesa. Justo cuando dejo el auricular sobre el aparato, vuelve a sonar. Descuelgo y resulta ser Matel, aún más enfadado que la última vez que lo vi. El sacrificio hawaiano no debe de haberle funcionado. No acepta que le ponga en espera y me veo obligada a volver a llamar a Bentley.

—Jefe, es Matel. Está muy cabreado.

Bentley pone los ojos en blanco y se levanta de un salto. Tras pedirle al hombre de Urbanismo que espere, pulsa un botón de su teléfono y su expresión se endurece automáticamente.

—¿Qué quieres?... Más bien me importa poco... Joder, Matel, no es mi problema. Además, estos gastos están aprobados personalmente por Riley. No tienes nada que decir.

Resopla absolutamente exasperado. Le pide a Max que espere y, antes de escuchar una respuesta por su parte, deja su Samsung Galaxy Note sobre la mesa y tapa el auricular del teléfono fijo con la mano que le queda libre. Ahora mismo está agobiadísimo.

—Maddie —susurra. Obviamente va a decirme algo que no quiere que Matel oiga —, por favor, necesito que lleves estos informes de gastos a Ryan para que los firme.

Mi expresión cambia por completo. No quiero verlo.

Bentley se da cuenta y abre la boca dispuesto a disculparse, pero yo cojo las carpetas interrumpiendo cualquier cosa que pensara decir. Tengo veinticuatro años. Soy una profesional. En estos momentos Bentley necesita que le resuelva problemas, no que le cree otros nuevos.

—Cuenta con ello —respondo rebotando fingida seguridad.

Giro sobre mis pies y ya de espaldas a Bentley suspiro con fuerza. La verdad es que no esperaba tener que verlo.

Camino hasta su despacho con el paso inseguro aunque tratando de disimularlo. Tess me recibe con una sonrisa y me sigue con la mirada hasta que me coloco frente a ella.

—Buenos días, Maddie —me saluda amablemente.

—Buenos días, Tess. ¿Podría ver al señor Riley?

Ella asiente y yo, dispuesta a hacer esto lo más rápido y aséptico posible, avanzo hasta la puerta de su despacho y llamo suavemente. Cuando me da paso, agarro el pomo con fuerza y suspiro una última vez antes de hacerlo girar. Va a salir bien. Sólo tengo que ser fuerte, profesional y, por muy guapo que esté, no quedarme mirándolo embobada. Eso nunca me ayuda.

Entro en su despacho y con el primer paso ya soy consciente de que está sentado a su elegante mesa de Philippe Starck, concentrado en la pantalla de su ordenador. Sin embargo, en el mismo instante me recuerdo mi plan y aparto mi mirada de él.

—Buenos días, Ryan.

No pronuncio ningún «señor Riley». Los «señor Riley» siempre me meten en líos.

Ryan alza la mirada apenas un segundo. Sus ojos azules me recorren de arriba abajo y finalmente vuelven a posarse en lo que quiera que esté haciendo en su ordenador. No dice nada y eso hace que la situación se vuelva aún más tensa.

Yo suspiro bajito y discreta. Es obvio que está enfadado y, aunque es lo último que quiero, no puedo evitar que su actitud me intimide, así que, más nerviosa de lo que me gustaría, fijo mi mirada en la carpeta que llevo en la mano y doy un paso más hacia él.

—Bentley necesita que firmes estos informes de gastos.

Me envalentono, doy un paso más y los dejo en la mesa bajo su fría mirada. Cuando alzo mis ojos, los suyos han viajado de los papeles a los míos y la intensidad e impenetrabilidad que siento a partes iguales en su mirada me derrite por dentro.

Sigue sin decir nada y yo no sé qué hacer. Tengo la sensación de que ni siquiera quiere tenerme cerca. Poco a poco, esa indignación y ese orgullo que sólo él sabe provocarme me llenan por dentro. Si está enfadado, yo tengo más motivos para estarlo. En ningún caso tengo por qué aguantar que ni siquiera quiera dirigirme la palabra.

Giro sobre mis pasos y me encamino hacia la puerta. El corazón se me parte al pensar que todo esté acabando así, pero obviamente no depende sólo de mí.

Estoy a punto de alcanzar la puerta cuando oigo su carísimo sillón arrastrarse por el aún más carísimo suelo.

—¿Pasearte por mi despacho fingiendo que no ha pasado nada también lo haces para castigarme?

Suena malhumorado, arisco, furioso.

Siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies.

—¿Qué? —pregunto con la confusión inundando mi voz—. Yo nunca he querido castigarte —me defiendo.

Ryan sonrío fugaz e irónico y acto seguido la arrogancia y la rabia más puras vuelven a relucir con fuerza en sus ojos azules.

—Por el amor de Dios, Maddie —protesta—. Ni siquiera pudiste aceptar el maldito apartamento.

Cabeceo nerviosa. ¿Acaso nunca va a entenderlo? No quise hacerle daño, pero no quiero su dinero.

—Joder, lo compré para ti —sentencia.

—Y yo te dije que no lo quería —replico exasperada—. No quería tu dinero cuando estábamos casados y muchos menos pienso aceptarlo ahora.

No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación otra vez. Estoy muy cabreada. No quiero su dinero ni las cosas que pueda comprarme con él y tiene que entenderlo de una maldita vez.

—Vas a comportarte como una cría hasta el final, ¿verdad?

¿Qué?

Es un gilipollas.

—Tú eres el que ni siquiera me ha mirado —me quejo casi alzando la voz.

—Porque no quería hacerlo —responde él de igual forma.

Por un segundo nos miramos a los ojos, pero yo acabo clavando los míos en mis manos a la vez que me muerdo el labio inferior con fuerza. Sospechaba que no quería tenerme cerca. Ahora lo tengo claro.

—Perfecto —musito.

Despacio, me encamino de nuevo hacia la puerta.

Le oigo farfullar un furioso «joder» y de una zancada me toma del brazo y me obliga a girarme.

—No quiero que te vayas —sentencia.

—Ryan, déjame —intento zafarme.

No quiero escucharle.

Ryan me suelta malhumorado y se pasa las manos por el pelo.

—¿Te haces una idea de cómo me siento? —me pregunta furioso.

No me puedo creer que se haya atrevido a decirme eso.

—No, no lo sé —protesto casi en un grito—. Tú jamás te has molestado en contarme nada.

Estoy furiosa, indignada, dolida.

—¿Y de qué hubiese valido? —replica lleno de rabia—. Maddie, esto ha acabado como tenía que acabar.

No soy capaz de mantenerle la mirada. No necesito que me diga que fui una estúpida por pensar que teníamos una oportunidad.

—Y nunca voy a perdonarme el daño que te he hecho —añade y mi corazón destrozado se hace añicos aún más pequeños.

Ryan suspira hondo y toma mi cara entre sus manos. Yo mantengo mi mirada en el suelo. No soy capaz de alzarla. No puedo.

—Maddie —me llama tratando de que su voz suene más serena, llenándola de compasión y ternura—, te voy a querer toda la vida, pero no voy a permitir que nada te haga daño y eso me incluye a mí.

Su mirada está llena de dolor pero también de convencimiento. Va a protegerme de todo y de todos y, que esa promesa le incluya a él, me duele más de lo que nada me ha dolido en toda mi vida. Yo sólo quiero ser feliz con él. Sólo podré ser feliz con él.

—Es mejor que te vayas —susurra, pero no se mueve ni un ápice.

Yo tampoco quiero hacerlo.

Finalmente baja sus manos despacio y da un paso atrás, liberándome de su hechizo. Regresa a su mesa, firma los papeles sin ni siquiera leerlos y me los tiende.

Yo me siento como si me hubieran sacado de una burbuja. Quiero obligar a mis manos a coger la carpeta y a mis piernas a caminar, a salir de aquí. La chica lista

vuelve justo a tiempo y me dice a gritos que éste es uno de esos momentos en los que tengo que demostrarle que soy más fuerte de lo que parezco.

Cojo la carpeta, giro sobre mis pies y finalmente salgo de su despacho con el paso acelerado, sintiendo cómo su mirada indomable y azul no se ha separado de mí un solo instante.

Cuando salgo, descubro que Tess no está. Debe de haber ido a por un café a la sala de descanso. Mejor así. Siempre que salgo de este despacho tengo la sensación de que ha oído todo lo que hemos hablado y la idea me avergüenza bastante.

Estoy a punto de reanudar la marcha y salir, pero un fuerte golpe en el despacho de Ryan hace que mi cuerpo se tense al instante. No necesito más que un segundo para adivinar que debe de haber tirado algo contra la pared. Ryan está roto como yo y lo peor de todo es que ninguno de los dos va a conseguir sentirse mejor.

Me obligo a salir de su despacho y cruzo la redacción como una exhalación hasta llegar a mi mesa. No tendría que haber ido a su oficina. A veces creo que ni siquiera debería seguir trabajando aquí. Resoplo con fuerza y, apoyada en el borde de mi mesa, me llevo las palmas de las manos a los ojos. Todo esto es un sinsentido.

Oigo la puerta de Bentley a punto de abrirse e inmediatamente me incorporo y cuadro los hombros. No quiero que me vea así. Estoy cansada de que todos me dediquen una sonrisa compasiva como si acabara de perder mi casa en un huracán.

Bentley sale concentrado en su teléfono y farfullando un juramento ininteligible sobre quemar el despacho de Matel. Cuando alza la cabeza, al encontrarme frente a él, da un respingo sorprendido y yo no puedo evitar sonreír. Voy a tener que dedicarme a asustarlo más a menudo.

A eso de las dos, Bentley me pide que vaya a buscar un par de sándwiches para que almorcemos en la oficina. Todo el asunto de Urbanismo, más los problemas de Max y Matel, le traen de cabeza. Sé que no debería, pero sólo compro uno para él. Desde que estuve en el despacho de Ryan tengo el estómago cerrado a cal y canto.

Estoy esperando a que el disco del semáforo cambie de color rodeada de una nube de ejecutivos que acaban de salir del Marchisio's y se disponen a volver a sus respectivos despachos. Estoy repasando todo lo que me queda por hacer al llegar a la oficina cuando oigo una voz de lo más familiar llamarme. Me giro pero no veo ninguna cara conocida entre la docena de enchaquetados.

—Maddie —repite.

Curiosa, vuelvo a mirar a ambos lados y al fin lo veo. Es Sean Hannigan.

—Hola —me saluda cuando nos encontramos.

—Hola, Sean.

¿Qué hace aquí?

Sonríe y yo le devuelvo el gesto por inercia. Ninguno de los dos dice nada y la situación va volviéndose más incómoda por segundos.

—¿Cómo tú por aquí? —me animo a preguntar.

—He comido con Lauren y con James en un restaurante a un par de manzanas.

Asiento y me obligo a volver a sonreír. Sean comienza a hablarme de que le sorprendió que James se llevara a Lauren al almuerzo, que le gustaría que volverían, que Lauren es una chica genial. Mientras, yo no puedo dejar de pensar en lo que pasó con Ryan en su despacho. Nunca vamos a dejar de hacernos daño. Necesito algo que nos aleje definitivamente, que me obligue a seguir adelante con mi vida.

—Ya sé que es un poco precipitado, pero creo que te vendría bien salir, así que había pensado que quizá te apetecería cenar conmigo mañana.

—Sí —respondo antes de que la idea haya cristalizado en mi mente.

¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? ¡¿Qué he hecho?!

Sean me mira sorprendido y yo sólo quiero que la tierra me trague.

—Genial —acierta a responder al fin. Mira su reloj algo nervioso—. Tengo que irme. Mi turno comienza en media hora, pero te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Asiento de nuevo y Sean se marcha pletórico calle arriba. ¿Qué demonios he hecho? El disco del semáforo cambia de color y la nube de ejecutivos se mueve haciendo que yo me mueva con ellos. Es prácticamente imposible estar al borde de un paso de cebra en Nueva York y no cruzarlo cuando cambia el disco.

En el ascensor respiro hondo tratando de ordenar mis ideas. He aceptado una cita con Sean sólo para convencerme de que tengo que seguir adelante. ¿Qué clase de motivo es ése? No quiero tener citas. Para ser sinceros, todavía tengo que convencerme de eso de seguir adelante.

«Eres patética, Parker».

Ya en mi oficina le doy su sándwich y su refresco a Bentley, que me mira extrañado al no ver el mío. Le suelto una mentirijilla piadosa sobre que me lo comí mientras esperaba a que prepararan el suyo. Mi jefe me observa perspicaz un segundo, pero decide creermelo y, la verdad, se lo agradezco. Ahora mismo tengo problemas mucho más graves. Tengo una cita con Sean. ¡Joder!

Le mando un mensaje a Lauren y le pido que nos veamos en el archivo. No llevo más de un par de minutos allí cuando oigo unos tacones acelerados llegar hasta la puerta. Nada más entrar, mi amiga se quita los zapatos y los deja sobre el mueble en el que se apoya.

—Son nuevos —me explica monosilábica ante mi confusa mirada—. ¿Qué ha pasado?

Suspiro hondo. Ni siquiera quiero decirlo en voz alta.

—Me he encontrado con Sean, me ha invitado a salir y le he dicho que sí —suelto de un tirón.

Lauren sonrío de oreja a oreja y comienza a dar palmaditas.

—Genial —comenta feliz.

—No es genial —replico—. Lauren, no tendría que haber aceptado —gimoteo antes de dejar caer mi cabeza contra el mueble.

Odio mi vida.

«Deberías empezar a preguntarte si tu vida te odia a ti».

—¿Verdad o Roger H. Prick? —me pregunta Lauren.

—Verdad.

—Has hecho lo que tenías que hacer —dice sin más.

Yo me lamento y Lauren me da una patada.

—Au —me lamento de nuevo, esta vez con motivos, al tiempo que me llevo la mano a la espinilla y alzo la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Lo sabes de sobra. Los mismos que tú —contesto de mala gana.

¿A qué viene esto?

—Quieres hacer le favor de colaborar. Voy a darte el discurso de tu vida.

—Veinticuatro —respondo a regañadientes.

—¿Y con veinticuatro años ya quieres renunciar a todo?

Creo que esa pregunta es demasiado profunda.

—Te has divorciado y las has pasado putas y, sí, el bastardo de Ryan es tan guapo que resulta casi injusto, pero tienes que seguir adelante. Incluso Meryl Streep siguió adelante con su vida en esa película de los puentes y eso que era mayor, vivía en una granja y sólo se ponía esos vestidos de mujer de anuncio de trigo tan deprimentes.

—Creo que no entendiste la película —respondo socarrona.

Ella me hace un mohín.

—Vas a tener esa cita y vas a divertirte muchísimo. Sean es guapo y médico. Puede que no sea el hombre más atractivo que conozcas, pero salva vidas. Sólo por eso se merece una oportunidad.

No puedo evitar sonreír por la defensa que hace de Sean.

—¿Qué me dices, Maddison Parker?

Suspiro a la vez que me encojo de hombros.

—Supongo que tienes razón —claudico.

Ella sonrío y recupera sus zapatos del mueble.

—Menos mal, porque fui yo la que le convenció para que te invitara a salir —comenta mitad satisfecha, mitad aliviada, mientras se pone sus Jimmy Choo.

—¡Lauren! —protesto divertida.

Maldita rubia entrometida.

—No te quejes —me replica—. Me ha costado un almuerzo con los hermanos Hannigan fingiéndome la cuñada perfecta.

—No te quejes tú —replico burlona—. Te encanta vivir rodeada de Hannigans.

Le hago un mohín para reafirmar cada una de mis palabras y mis protestas por ser la mujer que mueve los hilos en mi vida sentimental y ella me lo devuelve. Al final, como no podía ser de otro modo, las dos nos echamos a reír.

De vuelta a mi mesa, me hago el firme propósito de no pensar en nada de lo que ha ocurrido hoy: ni en citas, ni en despachos elegantes y sofisticados, ni en ojos azules, sobre todo en esto último, y mi mejor opción para conseguirlo es llenarme de trabajo. Algo que, por otra parte, Bentley ya tenía en mente. Además, sospecho que

necesitará que me quede un par de horas después de las cinco y venga mañana a pesar de ser domingo.

Lauren se pasa por mi mesa antes de marcharse a casa. Me propone que realmente quememos el despacho de Matel y después nos vayamos de copas a The Vitamin. Le agradezco la idea y prometo pensármelo. Después de habérselo comido literalmente con la mirada durante tres minutos, mi queridísima amiga se despide de Bentley con un gesto de mano que él le devuelve encantado. Yo pongo los ojos en blanco y me entran ganas de decirles que les pago un hotel y que mando a James en taxi hasta allí, pero me contengo. Estoy realmente intrigada por saber que se traen estos dos (tres) entre manos.

Poco después, la redacción ya está prácticamente desierta. Estoy repasando las últimas peticiones a Producción de los redactores cuando oigo pasos acercarse a mi oficina. Será algún rezagado. Muerdo el lápiz que tengo en la mano y paso la hoja muy concentrada. Sin embargo, no sé por qué, alzo la cabeza y lo hago justo a tiempo de ver a Ryan entrar en la oficina. Por un instante la sorpresa cruza su mirada; sin duda alguna no esperaba que estuviese aquí tan tarde, y yo tengo que contenerme para no suspirar. Empieza a parecerme mezquino lo guapo que es. Aunque no sé a quién pretendo engañar. No sólo es lo guapo que es, también lo atractivo, creo que incluso la forma de andar tan masculina que tiene, como si se estuviera preparado para ganar una pelea de bar en cualquier momento.

Ryan desune rápidamente nuestras miradas y con paso decidido entra en el despacho de Bentley y deja una carpeta sobre su mesa. Comentan algo que no logro entender y Ryan sale del despacho. No quiero que me pille mirándolo y rápidamente bajo la cabeza y finjo leer cualquiera de los papeles que tengo delante. De reojo puedo ver cómo él sí me observa un segundo mientras sale de la oficina con el paso seguro, decidido y atractivo con el que entró.

Me pregunto si siempre va a ser así. La idea de buscarme otro trabajo tiene cada vez más sentido. Tengo que aprender cómo se dice en portugués «aquí tiene su coco, gracias».

Me concentro en el trabajo que tengo delante y le mando un mensaje a Lauren para que deje lo que esté haciendo, secuestre a los Hannigan y me esperen todos en The Vitamin. Está claro que voy a necesitar una copa.

A las ocho y media creo que Bentley y yo somos los únicos pringados que quedamos en todo el edificio. Incluso Ben se ha marchado y ha llegado Stuart, el guardia de seguridad nocturno, que nos saluda mientras pasa por la redacción haciendo la ronda.

Cuando se marcha haciendo girar la linterna entre sus dedos, miro a Bentley con cara de pena. Seguir en el trabajo después del cambio de turno de seguridad es muy deprimente. Mi jefe me sonrío mordiendo su rotulador rojo, deja la diapositiva que observa sobre la mesa y se levanta de un salto.

—Hemos acabado por hoy —comenta enérgico.

Sonríó encantada y me levanto. Me muero por un Martini Royale.

Mientras esperamos el ascensor, Bentley recibe una llamada. Mira la pantalla y descuelga. No sé qué le dice su interlocutor, pero resopla y, tras despedirse de mí con la mano y una sonrisa, camina hacia las escaleras.

Yo miro las puertas de acero y suspiro hondo. Ha sido un día larguísimo en todos los sentidos. Estoy a punto de empezar a nadar en mi autocompasión, pero me freno en seco. Eso se acabó. Por lo menos hasta que no me haya bebido un par de copas.

Me cuelgo mi bolso cruzado y reviso que lo llevo todo cuando oigo un ruido. En el instante en el que lo hago, como siempre pasa en estas situaciones, comprendo que estoy sola e inquieta me giro buscando qué ha provocado el sonido. Entonces noto que algo me toca en el hombro por el otro lado y doy un respingo con el corazón a punto de escapárseme del pecho. Sólo recupero el aire cuando me doy cuenta de que ha sido Stuart.

—Me has dado un susto de muerte —me quejo.

Él sonrío satisfecho con su cara redonda y su frondosa barba castaña y yo no tengo más remedio que hacer lo mismo.

—Ya es hora de que se vaya a casa. Hay que descansar —me dice con la expresión afable—. Debería decirle al señor Riley que haga lo mismo.

Asiento y sonrío, pero la verdad es que hago las dos cosas por inercia. ¿Sigue aquí? Aunque por otro lado no sé de qué me sorprende, seguro que no es la primera vez que se queda trabajando hasta tarde estos días.

Stuart me dice algo más y se marcha para seguir con su ronda.

Lo observo alejarse y tras unos segundos miro en dirección al despacho de Ryan. Necesita descansar. ¿Acaso nunca va a entenderlo? Resoplo y me llevo el pulgar a los dientes. Ni siquiera debería pensar en lo que estoy pensando. Las puertas del ascensor se abren. Tiene que desconectar y dormir. Un estridente pitido me anuncia que van a volver a cerrarse. Finalmente me pongo los ojos en blanco y comienzo a caminar hacia su oficina. Soy rematadamente imbécil. Tendría que estar montada en ese ascensor. Pero algo dentro de mí, todo mi cuerpo en realidad, no para de gritarme que me necesita y, como si nada hubiese pasado, es lo único que tengo que saber para que mis pies cobren vida y vayan hasta él.

Obviamente Tess no está y la puerta del despacho de Ryan está entreabierta. Cuando sólo me separan unos pasos, le oigo hablar por teléfono. Es justo el final de la conversación y no es una despedida amable. Un sonido seco y metalizado me hace comprender que ha tirado su *Smartphone* sobre la mesa no de muy buenas maneras.

Doy un paso más y me asomo con cautela. Ryan tiene las dos manos apoyadas en su escritorio, echado hacia delante, tenso, arisco, malhumorado. Imagino que ha tenido otra discusión con su padre. Otro día complicado. Recuerdo las palabras de Spencer: «Él hace que parezca fácil, pero no lo es».

Todo su atractivo se hace aún mayor rodeado de toda esa exigencia. Es el león salvaje que nunca permitirá que lo domen.

Suspiro bajito y todo lo que siento por él se multiplica hasta hacer que me cueste trabajo respirar. Me envalentono, otra vez sin saber cómo ni por qué, y entro en su despacho. El rechinar del parqué bajo mis pies resuena por toda la estancia y al mismo tiempo hace que todo se vuelva más íntimo.

Me detengo a su espalda. Ryan alza su mirada y la clava al frente. Sabe que soy yo. Muevo la mano lentamente y aún más despacio la llevo hasta él. No puedo evitar temblar suavemente. No sé cómo reaccionará y eso me asusta.

Cuando al fin toco su espalda, noto cómo su cuerpo se relaja y se tensa a la vez. Sigue luchando, una batalla interna que traspasa cada centímetro de su piel y arde entre los dos. Me acerco un poco más y coloco mi otra mano junto a la primera. Sólo quiero consolarlo, hacer que se sienta mejor y al mismo tiempo consolarme a mí.

—Ryan —susurro.

Y no puede más. Suspira brusco, se gira y, tomando mi cara entre sus manos, como ha hecho tantas veces, me besa con fuerza. Yo gimo contra su boca y por un momento me dejo llevar por lo bien que saben sus labios y todo lo que lo echo de menos.

Los dos hemos perdido la batalla, pero creo que a ninguno de los dos nos importa.

Ryan nos mueve hasta la pared ágil y brusco. Se separa un segundo de mí y vuelve a besarme, tomando mi labio inferior entre sus dientes y tirando con fuerza hasta volver a hacerme gemir.

Estoy exactamente donde quiero estar, pero mi sentido común a punto de evaporarse me recuerda que acabamos de divorciarnos, que éste no era el plan.

—Ryan —susurro contra sus labios haciendo el mayor esfuerzo de toda mi vida.

Él nota que algo en mi voz ha cambiado y se separa despacio, apoyando su frente en la mía.

—No podemos hacer esto —musito.

Y no me he equivocado al elegir las palabras porque, querer, sí que quiero.

Ryan no dice nada y da un paso hacia atrás. Yo lo observo un instante y todo mi cuerpo traidor me grita que me deje de estupideces, que me olvide del divorcio, de todo lo que ha pasado y que simplemente me tire entre sus brazos.

Todo me da vueltas ahora mismo.

Él se pasa las manos por el pelo y se gira; tiene la respiración acelerada, casi desbordada, como la mía. Sin decir nada más, desando mis pasos y salgo del despacho prácticamente corriendo.

Nerviosa como he estado pocas veces en mi vida, espero a que las puertas del elevador se abran. Una vez más sin saber por qué, me giro y el corazón me da un vuelco cuando veo a Ryan al otro lado de la redacción. Está de pie, con las manos en los bolsillos, mirándome, dejándome marchar, y algo dentro de mí se rompe un poco más. Incluso a esta distancia puedo ver un millón de emociones disputarse sus ojos azules. Las puertas se abren y yo, como la tonta enamorada que soy, vuelvo a dudar. Ahora mismo es la arrogancia personificada, pero también la tentación personificada, y sé que, si no me monto en ese ascensor, caeré de nuevo.

Suspiro con fuerza. Él tampoco me ha pedido que me quede y ése es el último empujón que necesito para entrar en el elevador y alejarme definitivamente de él. Ya en el pequeño cubículo, me giro y alzo tímida la cabeza. Su mirada me espera para atrapar la mía y otra vez, a pesar de la distancia, todo es tan intenso que puedo sentir cómo me envuelve.

Ni siquiera cuando las puertas se cierran soy capaz de apartar mi vista y ahora simplemente se clava en el acero. He vuelto a chocar con un tren de mercancías. He vuelto a sentir la intensidad más desbordante que he conocido jamás.

Me despido de Stuart con una sonrisa que no me llega a los ojos y salgo del Riley Group. En la acera, suspiro con fuerza intentando recuperar el aire. Mis piernas, todo mi cuerpo, tiemblan. Ni siquiera ahora consigo que mi corazón deje de latir desbocado. Sé que he hecho lo correcto marchándome, pero no puedo evitar pensar que durante un segundo me he sentido feliz, protegida, amada, a salvo, en casa. Suspiro hondo e involuntariamente me llevo los dedos a los labios. Nunca he tenido tan claro como ahora que, sea lo que sea lo que aún queda entre nosotros, no acabará bien para mí.

Me obligo a caminar hasta la parada de metro resistiéndome a cada paso a girarme y volver al despacho de Ryan. Estoy frustrada conmigo y con este deseo que parezco no ser capaz de controlar.

Montada en el metro no puedo dejar de pensar en él un solo segundo. Me muerdo el labio inferior y comienzo a retorcer la correa de mi bolso. Encima he aceptado una cita con Sean. No va salir bien. Ni siquiera quiero hacerlo. Va a ser un error y Sean no se lo merece. Instintivamente comienzo a pensar una lista de excusas que ponerle mañana. En la teoría sería ideal que empezara a salir con otro chico, que disfrutara estando con él, pero en la práctica sé que va a ser un absoluto desastre.

Llego a The Vitamin justo antes de que comience a llover. Me propongo divertirme y desconectar. Necesito dejar de pensar. Gracias a los Martini Royale y a los chistes malos de James, me concedo un sesenta por ciento de éxito.

Regresamos a casa cuando ya estamos lo suficientemente borrachos como para no ser capaces de andar en línea recta más de diez metros. Al principio de mi calle, Álex decide que es el mejor momento para jugar al Tú la llevas. Idea que, por supuesto, aplaudimos de inmediato. Más aún cuando Lauren emprende la carrera escapando de James y, al esquivar un coche aparcado, acaba con su culo enfundado en una bonita falda lápiz en el suelo. Nos perseguimos calle arriba y abajo hasta que James ve al vendedor de *pretzels* y declara una tregua mientras pide cuatro con doble de azúcar.

A mitad de rellano me doy cuenta de que Lauren y James no están. Miro a Álex y ella pone los ojos en blanco. La agarro del brazo y tiro para que nos demos la vuelta y descubramos dónde se han metido. No es que tenga especial interés por espiarlos, pero sí mucha curiosidad por lo que se traen entre manos. Álex se niega, pero no me cuesta mucho trabajo convencerla.

Bajamos sigilosas, o por lo menos pensando que lo estamos siendo, los primeros escalones y no tardamos en verlos. Lauren está apoyada en la pared con su mejor cara de niña buena y poniéndole ojitos a James, que está a menos de un paso de ella.

—Vamos, sube —le pide él—. Será divertido.

Ella sonrío, sospecho que sabe que lo será, y a los segundos aparta su mirada de la de él.

—Ése no es el trato.

—¿Ahora ya no podemos estar juntos sin la aprobación de Bentley?

James vuelve a buscar sus ojos y, cuando ella alza la cabeza, la besa.

Álex y yo nos miramos sorprendidas. Acaban de confirmarse todas mis sospechas de que estos tres son más que tres amigos. Además, hemos visto al gran J. Hannigan en directo. El cabronazo es muy bueno. Sin embargo, en cuanto oímos a Lauren gemir, las dos ponemos la misma cara de pura aversión y nos levantamos de un salto.

Prefiero no mirar el reloj cuando me meto en la cama.

Pero él sí me mira; es más, creo que incluso se ríe de mí cuando a las siete suena impasible recordándome que tengo que trabajar. Me arrastro hasta el baño y me tomo dos ibuprofenos antes de meterme en la ducha. Mientras me enjabono, me doy cuenta de que tengo un dolor fortísimo en el codo y automáticamente recuerdo la brillante idea que tuvimos anoche de jugar al Tú la llevas.

Me pongo un bonito vestido con pequeñas florecillas estampadas, mi cazadora vaquera y mis Converse blancas. Me recojo el pelo y delante de la nevera me obligo a desayunar. Me siento fatal recordando que lo primero que comí ayer fue un sándwich de queso en The Vitamin y, además de eso, sólo un *pretzel*.

A las ocho menos cuarto salgo disparada a la oficina. Tengo la tentación de llamar a casa de los Hannigan para recoger a Lauren, pero me contengo. No quiero molestar a los tortolitos.

Mientras espero a que el ascensor me lleve a la planta veinte, no puedo evitar estar algo nerviosa. Cabeceo y me obligo a no seguir dándole vueltas a lo que ocurrió y mucho menos aquí. No debió pasar. No hay nada más que pensar.

Entro en mi oficina y me asomo al despacho de Bentley. No está. Debe de haberse marchado a una reunión, porque sus cosas están sobre la mesa.

Vuelvo a mi escritorio y enciendo el Mac. Mientras espero a que la agenda de Bentley se cargue, vuelvo a pensar en la lista de excusas para darle a Sean. Cojo mi móvil y miro la pantalla. Es un buen tío, no se merece que lo utilicen y ya incluso ahora sé que no podría tener nada con él. La mera idea hace que un sabor amargo se instale en el fondo de mi garganta. A veces creo que no podré estar con otro chico que no sea Ryan.

¡Qué deprimente!

Resoplo y busco el teléfono de Sean en la agenda. Lo mejor es acabar con esto cuanto antes.

—Deja ese teléfono —me espeta Lauren sentándose en mi mesa—. No vas a cancelar la cita.

Prácticamente grita la palabra *cita* girándose hacia el despacho de Bentley, buscando que él la oiga. Imagino que para que se lo cuente a Ryan.

—No está —le comunico frustrando sus intentos.

—Una lástima —protesta haciéndome un mohín.

—¿No habláis cuando estáis en la cama? —pregunto socarrona.

—Chica, con tantos brazos y piernas... —Se excusa, jugando fingidamente distraída con los bolígrafos de mi lapicero—... se me olvida.

Frunzo el ceño boquiabierto sin poder dejar de mirarla. Ella ni se ha inmutado,

como si la frase que acabara de pronunciar no significase nada.

—¿Tantos brazos y piernas? ¿Pero qué es lo que hacéis? —me quejo—. En serio, cuéntamelo —casi le suplico mitad divertida, mitad muy muy curiosa.

Se oyen pasos acercándose a la oficina y las voces de Bentley y Max cada vez más cercanas.

Yo le apremio con la mirada para que hable de una vez, pero ella me chista y se baja de mi mesa.

—Voy a vengarme de esto —musito con mi voz más amenazadora.

Ella me hace un mohín y yo se lo devuelvo. Le encanta tenerme intrigada.

Bentley la contempla alejarse como si estuviera hipnotizado y finalmente entra en la oficina cabeceando. Yo lo observo con una sonrisa de lo más socarrona en los labios. Bentley me ve y rápidamente aparta la mirada algo avergonzado, lo que hace que mi sonrisa se ensanche.

—Maddie, prepárate —me avisa entrando en su oficina y recogiendo unas carpetas—. Nos vamos a una reunión con Matel.

Ya nos esperan en la sala de juntas Spencer, Cohen y el multimencionado Stan Matel con cara de pocos amigos. Bentley se sienta y me señala la silla a su lado. Ni siquiera tenemos tiempo a abrir las carpetas cuando el jefe del departamento de Producción empieza con el mismo discurso de la última vez que estuve aquí. Al cabo de unos minutos, la reunión ya se ha convertido en una auténtica batalla campal. Eso sí, al estilo ejecutivo.

—Si tienes tan claro que Riley aprobará futuros gastos, dejémoslo dicho por escrito. Ya he preparado el informe. Sólo tiene que firmarlo.

Matel rebusca entre sus carpetas hasta que saca un dossier con la portada transparente. Ese papel es el Santo Grial para él. Significa que se ahorra futuras discusiones con Cohen sobre por qué no administra mejor los recursos.

—Maddie —me llama Matel—, ¿te importaría llevarle estos papeles al señor Riley y subirlos firmados?

Asiento por inercia y sin quererlo miro a Bentley. Él tuerce el gesto y su mirada se encuentra con la de Spencer.

—No es necesario que interrumpamos la reunión por esto —se apresura a decir mi jefe—. Yo mismo revisaré la documentación y te la enviaré firmada.

—Quiero dejarlo cerrado ahora, Sandford. Ya le hemos dado demasiadas vueltas a este tema.

—Me parece lo mejor —añade Cohen.

Los dos ejecutivos se miran entre ellos y después a Bentley y Spencer. Lógicamente no entienden qué problema hay en que vaya al despacho de Ryan y me firme unos simples documentos.

La situación se está volviendo más violenta por segundos, así que me levanto y tomo los papeles que todavía me tiende Matel.

—Regreso en seguida —musito saliendo de la sala de juntas.

Verlo es lo último que necesito, pero tampoco puedo permitir que Bentley o Spencer me saquen las castañas del fuego con alguna excusa estúpida que, por otra parte, ni Matel ni Cohen se iban a creer.

—Tú puedes hacerlo, Parker. Eres una profesional —me animo en un susurro.

Además, con un poco de suerte podré dejarle los papeles a Tess y hacer que ella consiga la firma. Puede que ni siquiera esté. Contemplo todas las posibilidades mientras camino hacia su despacho, pero, cada vez que me veo obligada a descartar alguna, como que haya decidido tomarse el domingo libre, me pongo más y más nerviosa. Ahora mismo soy el vivo ejemplo de por qué no hay que liarse con el jefe y, mucho menos, descubrir que es el amor de tu vida, casarse y besarse con él un día después de haber firmado los papeles del divorcio. Desde luego podría acabar protagonizando una serie de documentales sobre relaciones en el trabajo para Recursos Humanos.

Cuando veo a Tess tan elegante y eficiente al otro lado de su mesa, no puedo evitar sonreír. Buscaré alguna excusa, como que Bentley me ha pedido que le suba un dossier urgente, y le pediré que sea ella quien entre. Cuando me dice amablemente que Ryan está reunido en su despacho con los responsables de las empresas filiales en Boston, mi sonrisa se ensancha aún más. Me he librado.

—Entonces vendré más tarde —me despido desandando mis pasos hasta regresar a la puerta.

—No, Maddie —me llama—, el señor Riley te recibirá.

Sonríe afable y me hace un gesto para que pase. Yo le devuelvo la sonrisa, pero, teniendo en cuenta los nervios que han vuelto a apoderarse de mí, no creo que parezca muy animada.

Camino hasta la puerta de Ryan y llamo suavemente.

—Adelante —contesta algo sorprendido desde el otro lado.

Imagino que está en una de esas reuniones en las que se supone que no tiene que ser molestado.

Entro con el paso inquieto y cierro la puerta tras de mí. En cuanto lo hago, seis pares de ojos se posan sobre mí, pero sólo unos increíblemente azules me ponen todavía más nerviosa. Está reunido con tres mujeres y dos hombres en la mesa que para tal fin tiene al fondo de su despacho. Todos van impecablemente vestidos con los colores reglamentarios de ejecutivo, negro y gris marengo, pero ninguno está ni la mitad de atractivo que él.

Ryan me observa con la mirada impenetrable, fría, y yo no puedo evitar fijarme en lo guapo que está con su traje de corte italiano y su corbata roja, mi preferida.

Al darme cuenta de que no soy capaz de decir cuánto tiempo llevo contemplándolo embobada, me obligo a apartar mi mirada de la suya y a recuperar un poco de cordura. Si lo que pasó ayer en este despacho fue una pésima idea, quedarme observándolo como si no pudiese dejar de hacerlo no es mucho mejor.

—El señor Matel me envía para que firme estos documentos. Son urgentes. El

señor Sandford y su hermano ya los han aprobado.

Ryan asiente pero no dice nada y yo tampoco soy capaz de moverme. Los ejecutivos me miran extrañados, preguntándose en silencio por qué no cojo los documentos y se los llevo a Ryan para que los firme.

Suspiro bajito y me armo de valor. Está claro que no voy a poder librarme. Suplicando porque mis piernas no me fallen, rodeo la mesa. Creo que en estos momentos sólo me mantienen en pie la adrenalina y el nerviosismo puro corriendo por mis venas. Ryan no aparta sus ojos de mí y su envidiable autocontrol brilla con más fuerza que nunca. Sería fantástico que ahora mismo yo también tuviera esa habilidad.

Llego hasta él. Me inclino intentando mantener las distancias, pero su brazo roza mi cadera y el calor de su piel traspasa su ropa y la mía y enciende mi cuerpo.

—Tiene que firmar en todos las hojas —le informo.

Su olor a gel de afeitado y lavanda fresca me envuelve. ¿Cómo es posible que huela tan rematadamente bien?

Ryan firma de prisa, cierra la carpeta brusco y me la entrega. Yo la tomo dispuesta a marcharme, pero nuestras manos se encuentran sobre el papel y todo se vuelve eléctrico. Tengo que contenerme lo indecible para no suspirar. Ryan traga saliva y aparta su mirada de la mía, centrándola de nuevo en los ejecutivos que le esperan. Sin embargo, antes de desunir nuestras manos por completo, alza su dedo índice prolongando el contacto, derritiéndome aún más, demostrándome que le sigo perteneciendo.

Cojo la carpeta y de prisa camino hacia la puerta, rezando porque ninguno de los ejecutivos se haya percatado de nada. Me despido de Tess con una sonrisa, pero ni siquiera disminuyo el paso. No es hasta que estoy a unos metros de su oficina cuando puedo soltar todo el aire de mis pulmones. Había estado conteniendo la respiración y ni siquiera me había dado cuenta.

Vuelvo a la reunión tratando de que no se note el huracán que siento por dentro y aguanto el tipo hasta que Spencer la da por finalizada. Nunca pensé que me sentiría tan abrumada, tan tímida, tan sobrepasada. Definitivamente ese beso ha sido un error que no podemos volver a permitirnos.

El resto del día pasa lento e incómodo. Estoy a punto de cancelar la cita una docena de veces, pero en todas y cada una de ellas me recuerdo que empezar a salir con otros chicos es lo mejor. Tengo que seguir adelante con mi vida, aunque no tenga muy claro cómo o si quiero hacerlo.

A las cinco en punto salgo de la oficina como una exhalación. Parezco Lauren huyendo del señor Miller.

En mi apartamento me tomo las cosas con calma. Sean me ha mandado un mensaje diciéndome que me recogerá a las siete para ir a cenar y después iremos a un concierto en un club cerca del parque.

Me meto en la ducha y creo que me paso horas bajo el agua. Envuelta en la toalla

camino hasta el armario esquivando las cajas que aún no he desempaquetado y entonces me doy cuenta de la estupidez que estoy haciendo. Yo no soy así. No soy así. ¡Maldita sea! Estoy cansada de todo esto, de parecer un personaje de novela romántica. Es agotador y no me lleva a ninguna parte.

Rebusco en las cajas a toda prisa hasta que encuentro mi vestido rojo. Maddie Parker ha vuelto. Maddie Parker va a pasárselo bien.

«Y Maddie Parker necesita urgentemente dejar de hablar de ella en tercer persona».

Me pongo el vestido, es sencillo y muy bonito, y me subo a mis salones color *nude*. Me lleno la muñeca con cuatro preciosas pulseras de madera labradas para sustituir la única que de verdad quiero llevar y regreso al baño. Me dejo el pelo suelto y me maquillo muy suave.

Salgo de la habitación repitiéndome que va a ser una noche fantástica y que voy a reírme muchísimo.

Me anudo mi gabardina del mismo color que los zapatos justo antes de abrir la puerta y la cruzo decidida.

Sean llega puntual. Aparece caminando por la 10 Oeste y, en cuanto me ve, esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás preciosa —me dice deteniéndose frente a mí.

Sonrío.

—Tú tampoco estás mal.

Y realmente no lo está. Lleva unos vaqueros, una camisa gris clara y una chaqueta gris marengo.

Comenzamos a caminar. Intento disimularlo, pero la verdad es que no me siento muy cómoda.

—¿Prefieres que cojamos un taxi? —me pregunta amable.

Él también trata de disimular que está nervioso.

Niego con la cabeza y me recuerdo que debo sonreír.

Continuamos andando en silencio. Ninguno de los dos sabe qué decir. Cuando Sean parece animarse, mi móvil comienza a sonar, interrumpiéndolo. Yo me encojo de hombros disculpándome a la vez que abro mi *clutch* y saco mi iPhone. Miro la pantalla y automáticamente frunzo el ceño. Es Bentley.

—¿Diga? —pregunto mitad intrigada y, para qué negarlo, mitad preocupada.

—Maddie, necesito un favor enorme —me pide. Estoy segura de que, si lo tuviese delante, me estaría poniendo los ojos del gatito de *Shrek*—. Aún estoy atrapado en una reunión en el West Side y he olvidado unos informes muy importantes en mi ordenador. He intentado acceder a través de la intranet, pero deben estar haciendo gestiones de mantenimiento y no consigo entrar. Nadie me coge el teléfono en la oficina. —Calla un segundo—. Sé que soy un jefe horrible.

Su frase me hace sonreír.

—No te preocupes —respondo al fin.

—Gracias, Maddie. Eres un sol.

—Eso ya me lo has dicho —me quejo socarrona.

—Seguro que también te lo merecías —replica—. Sólo tienes que enviarlo desde mi ordenador a mi propio correo electrónico. Es el informe de Marshall Andrews sobre los dispositivos biomecánicos en rotativas industriales. Asegúrate de que está incluido el documento Excel con todas las cifras.

—Intentaré llegar lo antes posible.

Me despido de Bentley y resoplo mientras guardo el teléfono en el bolso. Me sabe fatal por Sean.

—¿Era del trabajo? —pregunta.

Asiento.

—Mi jefe necesita que vuelva a la oficina.

Ahora es él quien asiente.

—¿Tardarás mucho? Porque podemos ir en taxi y, de allí, marcharnos al club de jazz —continúa sin darme tiempo a contestar.

Por un momento no sé qué decir. Es la excusa perfecta para dejar la cita aquí, pero me he propuesto pasármelo bien, seguir con mi vida y, si a las primeras de cambio me marcho con el rabo entre las piernas, nunca conseguiré estar mejor.

—Sí —musito con poca convicción—, estaría genial —me obligo a añadir con más entusiasmo.

Sean asiente con una sonrisa mientras mira calle arriba, imagino que en busca de un taxi. Finalmente alza la mano y un Chevrolet amarillo se para frente a nosotros. Sean me abre la puerta, pero no puedo evitar darme cuenta de que es un gesto forzado. Lo ha hecho porque quiere agradarme, no porque sea algo intrínseco en él.

No tardamos más de unos minutos en llegar a la 58. Aunque los dos nos bajamos del taxi, le pido a Sean que me espere aquí.

Al entrar, saludo a Ben, que está muy atareado firmando las hojas de relevo. Stuart debe de estar a punto de llegar.

Subo en el ascensor y cruzo la desierta redacción a paso ligero. Me quito la gabardina y me acomodo en la silla de Bentley. En seguida encuentro los documentos y más rápido aún los envío. Me aseguro de que lo he hecho todo correctamente y apago el ordenador. No debo haber tardado más de quince minutos.

Sin embargo, cuando llego al vestíbulo, ni Ben ni Stuart están. Camino hasta la puerta y, al intentar abrirla, frunzo el ceño. Está cerrada. Tiro de ella un par de veces, pero nada. Miro a mi alrededor y entonces me doy cuenta de que probablemente Stuart esté haciendo la ronda. Estoy atrapada aquí hasta que regrese.

Resoplo. Me cambio la gabardina de mano y abro mi bolso dispuesta a coger el teléfono y mandarle un mensaje a Sean, pero un ronroneante pitido me indica que las puertas del ascensor van a abrirse. Me giro esperando ver a Stuart, pero mi corazón da un vuelco con él, con Ryan.

Sale colocándose la chaqueta. Está aún más guapo que esta mañana. El flequillo

revuelto le cae sobre la frente. Al verme, se detiene en seco y sus ojos azules de inmediato atrapan los míos. Mi respiración se acelera y sencillamente no sé qué hacer o qué decir. Ryan me mira de arriba abajo y suspira brusco. Permite que el ambiente que nos rodea se llene de todo su magnetismo y un deseo loco que nos ata y tira de nosotros sin importarle que ya no estemos juntos.

—¿Qué haces aquí, Maddie? —pregunta dejando que sus espectaculares ojos azules me dominen.

Yo me muerdo el labio inferior nerviosa y clavo mi vista en el suelo.

—Bentley necesitaba unos documentos —me disculpo— y ahora la puerta está bloqueada y no consigo salir.

Mi voz suena insegura, tomada por el huracán que Ryan despierta en mi interior.

Él no dice nada. Se mete el móvil en el bolsillo de los pantalones y comienza a caminar. Pasa a mi lado y no sé cómo soy capaz de mantenerme en pie cuando su olor sumado a la calidez de su cuerpo me invade por completo.

Ryan llega hasta la puerta, marca un código en una sofisticada consola junto al pomo y, tras un pequeño pitido, la salida se desbloquea.

—Ya puedes salir —me informa abriendo la puerta y manteniéndola así.

Comienzo a caminar y cometo el error de mirarlo de nuevo. Su rostro, su expresión corporal son puro atractivo y arrogancia, hermetismo y una actitud innata de macho alfa que irradian un aura indomable.

Tengo que salir de aquí.

Obligo a mis pies a moverme y atravesar la puerta, pero, justo cuando paso a su lado, Ryan alza la mano y acaricia suavemente el bajo de mi vestido sin llegar a tocar mi piel.

—Estás preciosa —susurra con su voz salvaje, ronca, masculina.

Son las mismas palabras que usó Sean, pero tienen un efecto completamente diferente. Me llenan por dentro y me colocan al borde del abismo al hacer que mi corazón vuelva a sentirse grande porque un hombre como él vea preciosa a una chica como yo.

Alzo la mirada y de inmediato me encuentro con la suya.

Suspiro bajito tratando de seguir teniendo el control sobre mí misma, pero es demasiado difícil. Lo que quiero es tirarme entre sus brazos, dejar que me lleve a su apartamento, a su cama, y sentir todo ese placer anticipado recorriendo cada centímetro de mi cuerpo cuando me diga que no piensa dejarme salir de allí jamás.

—Tengo que irme —musito reuniendo las pocas fuerzas que su mirada me deja y salgo del edificio.

Exactamente como me pasó esta mañana, cuando consigo escapar de su hechizo, por fin soy capaz de volver a respirar. Mi corazón late absolutamente desbocado y un deseo sordo, temerario y kamikaze me recorre entera, llenándome de calor.

—No vas a irte con él. —La voz de Ryan vuelve a detenerme en seco.

Me giro despacio. Sus ojos atrapan de inmediato los míos y su metálica mirada se

intensifica más azul que nunca.

—Ryan, lo que haga ya no es asunto tuyo.

Su expresión se tensa aún más.

—Claro que es asunto mío —sentencia sin el más mínimo rastro de duda en su voz—. Tú eres asunto mío.

No sé qué decir. Sigo queriendo ser asunto suyo, quiero serlo toda la vida, pero ya es demasiado tarde para los dos. Han pasado demasiadas cosas.

—Ya no —musito en un hilo de voz, pero intentando sonar todo lo segura que soy capaz.

Ryan entorna la mirada. Está furioso.

—Tú fuiste el que dijo que lo nuestro había terminado como tenía que terminar. Yo sólo intento seguir adelante con mi vida —me sincero, disimulando todos los sentimientos que decirle esas palabras precisamente a él despiertan en mí.

Alzo la cabeza y al fin me atrevo a volver a conectar nuestras miradas. Sus ojos describen un millón de emociones y tengo la sensación de que cada una de ellas es más complicada y le está doliendo más.

—Maddie —me reprende o me llama, no lo sé.

—Dijiste que nunca me harías daño. Demuéstramelo.

Ryan cierra los puños junto a sus costados lleno de rabia. Todo su cuerpo, su mirada, demuestran una tensión indecible, titánica, y una vez más la batalla interna vuelve a sus ojos azules.

No quiero alagar más la agonía y, aunque es lo último que deseo, giro sobre mis pasos y me marchó definitivamente. Nunca he tenido tantas dudas en toda mi vida.

Sean, que debe de haber observado toda la escena, me sonrío nervioso y yo me siento miserable. Estoy dándole esperanzas cuando jamás podré mirarlo de la manera que él quiere que lo mire.

Me abre la puerta del taxi y yo le devuelvo la sonrisa, aunque no me llega a los ojos. Apoyo mi mano en la carrocería y, justo antes de montarme, llevo mi vista hacia la puerta del Riley Group. Ryan sigue allí, conteniéndose, luchando por no venir hasta aquí, cargarme sobre su hombro y llevarme con él, pero, maldita sea, una parte de mí quiere que haga exactamente eso.

Me obligo a apartar mi mirada de él y doy el paso definitivo para subir al taxi. Sean apoya su mano casi al final de mi espalda en un gentil gesto para animarme a entrar, pero todo mi cuerpo se tensa y repele el contacto. No quiero que me toque.

—Quítale las manos de encima a mi mujer.

La voz amenazadoramente suave de Ryan se abre paso tras Sean hasta dominarlo todo. En ella hay furia, rabia, pero, sobre todo, hay arrogancia y un instinto de posesión casi inmenso. Da igual todo lo que haya pasado, sigo siendo suya y los dos lo sabemos.

Sean se aparta algo conmocionado y yo, que no había llegado a entrar en el taxi, me alejo unos pasos del vehículo.

—Ryan —lo llamo.

No puede hacer esto. No nos hace bien a ninguno de los dos.

—Me da igual lo que dije, Maddie. Me da igual lo que se supone que es mejor para nosotros. Puede que me esté comportando como un auténtico hijo de puta, pero no he tenido nada más claro en toda mi vida.

Otra vez toda esa seguridad que me arrasa por dentro, otra vez su mirada rebosa arrogancia, control, rabia. Es Ryan Riley en estado puro.

—Riley... —lo llama Sean.

—No te metas en esto, Hannigan —le responde a él pero sigue mirándome a mí, hechizándome, inmovilizándome.

Sean se queda callado un segundo, pero titubeante da un paso al frente a la vez que traga saliva.

—Claro que voy a meterme. Ya no puedes decirle ese tipo de cosas.

—Ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer —replica girándose hacia él.

Su voz ha sonado aún más suave, más amenazadora.

Sean no dice nada más. No le culpo. Ryan ha resultado de lo más intimidante y ni siquiera ha necesitado gritar o tocarlo. Su voz y esa cara de perdonavidas le han demostrado quién tiene el control aquí.

Yo miro a Sean realmente avergonzada, después a Ryan, y acabo clavando mi vista en el suelo a la vez que suspiro hondo. No necesito esto. No necesito que Ryan se comporte como el controlador obsesivo que es. No necesito que se peleen por ver quién se queda con el premio. Maldita sea, ni siquiera quiero ser el premio. Todo esto es ridículo. Antes de que me dé cuenta, mi dignidad y mi orgullo se ponen en pie de guerra. Estoy cansada de él, de esto.

—Sean —al escucharme llamarlo, la mirada de Ryan se recrudece—, siento todo esto. No tendría que haber aceptado. Perdóname.

Ahora mismo me siento miserable.

Sean quiere decir algo, pero no sé si no se atreve o simplemente sabe que, diga lo que diga, no conseguirá que cambie de opinión.

Miro a Ryan pero no digo nada. En estos momentos le odio. No puede decir que va a luchar para mantenerse alejado de mí y después comportarse así.

Él tampoco dice nada.

«No lo necesita. Ya se ha salido con la suya».

Cojo mi bolso del asiento del taxi y me alejo de ellos. Por suerte, otro aparece calle arriba. Lo llamo y rápidamente me monto en él.

Cuando el taxi toma mi calle, estoy tan furiosa que casi no puedo pensar. No me puedo creer que se haya comportado así.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, tengo mi iPhone en las manos y lo estoy llamando.

—Dijiste que ibas a mantenerte alejado de mí —le recrimino llena de rabia.

—¿Y crees que no estoy luchando por eso, joder? —Ruge.

—Dijiste que ibas a dejarme ser feliz —casi grito.

No puede jugar conmigo de esta forma. Alejándome y acercándome a su antojo.

—¿Dónde estás? —responde arisco y exigente.

Es el colmo que encima se atreva a estar enfadado.

—¿Y a ti que te importa, Ryan? —replico llena de rabia—. No me puedo creer que me hayas hecho esto.

—¿Dónde estás? —me apremia de nuevo aún más furioso.

Está acelerado, malhumorado, pero no me importa. Mi enfado pesa más, mucho más. ¡Me parece increíble que se haya comportado así después de todo lo que ha pasado!

El taxi se detiene frente a mi edificio y le pago con un billete de veinte.

—Estoy regresando a mi apartamento. Es lo que querías, ¿no?

¡Maldita sea! ¡Estoy muy cabreada!

Abro el portal peleándome con la cerradura y subo los escalones de prisa.

—Que me pase otra noche sin poder dormir pensando en ti —continúo sin darle tiempo a responder—. Eres un egoísta de mierda y un gilipollas. Sólo quieres controlarme para saber que siempre vas a tener a una pobre tonta enamorada de ti.

—Las cosas no son así —replica aún más enfadado.

De fondo se oyen ruidos de claxon que por un momento logran distraerme.

Entro en mi apartamento y empujo la puerta con fuerza, pero el pestillo se ha encasquillado y no se cierra. La observo un segundo y decido automáticamente que una puerta abierta es el menor de mis problemas ahora mismo.

—Puede que esta vez te haya salido bien —comento resignada y furiosa entrando en mi habitación—, pero vas a tener que empezar a acostumbrarte. Habrá más citas, porque lo nuestro se ha acabado.

Cuelgo el teléfono sin esperar respuesta y lo lanzo sobre la cama. Estoy enfadada porque se haya comportado como siempre, porque una vez más no haya aceptado mis decisiones. Me muerdo el labio inferior intentando contener el aluvión de lágrimas que inundan mis ojos. Da igual todo lo que nos queramos, nunca podremos estar juntos y todo lo que ha pasado hoy es la mayor prueba de ello.

Oigo la puerta abrirse de golpe, chocar contra la pared y cerrarse con un estruendo aún mayor. Unos pasos acelerados cruzan mi salón. Sin embargo, sé que no

tengo que estar asustada. Todo mi cuerpo lo sabe.

Ryan entra en mi habitación y por un momento sólo nos miramos. Está furioso, malhumorado, arisco, pero sus ojos azules brillan por algo completamente diferente. Un deseo sordo y desesperado inunda su mirada. Yo camino hasta quedar al otro lado de la cama. Ese mueble, irónicamente, se ha convertido en mi única defensa.

Ryan me mira y sólo puedo ver al majestuoso león delante de la gacela.

—Lo nuestro no se ha acabado —sentencia con la voz salvaje, llena de una arrogancia y un magnetismo increíbles.

Sus ojos azules dominan toda la habitación, me dominan a mí. Yo no aparto mi mirada de la suya y toda la electricidad que siempre nos rodea se hace aún más fuerte, más intensa, atándonos y enredándonos a los dos.

—No se acabará jamás.

Cruza la distancia que nos separa y, tomando mi cara entre sus manos, me besa con fuerza. Es toda la locura y el deseo que siempre nos han unido elevados a la enésima potencia. Sus labios son exigentes, suaves, los mejores del mundo, y simplemente dejo de pensar porque le quiero, porque lo echo de menos y porque mi vida sin él está vacía.

Baja sus manos por mis costados y, cuando las ancla en mis caderas, los dos gemimos al unísono contra la boca del otro. He vuelto al único lugar donde quiero estar.

Seguimos besándonos salvajes, casi desesperados. Ryan toma el bajo de mi vestido y me lo saca por la cabeza. Nuestros besos se ven interrumpidos pero, apenas la tela descubre mis labios, Ryan vuelve a atraparlos acelerado, brusco. Él también ha vuelto al único lugar donde quiere estar.

Me empuja delicadamente y nos deja caer sobre la cama. Mis manos torpes se deshacen de su corbata y desabrochan aceleradas cada botón de su carísima camisa. No puedo evitar sonreír cuando las coloco en su cálido y armónico pecho y las subo hasta sus perfectos hombros para deslizar la camisa y la chaqueta por ellos.

Toma mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. El dolor se mezcla con el placer, con el deseo, con toda su sensualidad, y un gemido se escapa de mi boca. Ryan me libera, me dedica su media sonrisa y me recompensa con más besos.

Baja sus manos y tosco aparta la copa de mi sujetador. Mi pecho se acopla a su mano a la perfección. Mi respiración se acelera aún más.

No dejamos de besarnos un solo instante.

Desabrocho su cinturón y sus pantalones. Ryan desliza sus dedos bajo la cintura de mis bragas y la retuerce. Tira y la tela de algodón se deshace entre sus manos y mi piel y todo mi cuerpo se arquea bajo el suyo.

Mis gemidos cada vez son más largos. Sus gruñidos, más salvajes.

Se deshace de sus pantalones y de sus bóxers y, con un solo movimiento brusco y delicioso, entra en mí.

Involuntariamente cierro los ojos. Mi respiración se evapora contra sus labios. Un

suave gemido atraviesa mi garganta y se diluye en su boca.

Ryan se queda dentro de mí, disfrutando de la maravillosa sensación de estar perfectamente encajados.

Me obligo a abrir los ojos con la respiración caótica. Me siento febril. Desbordada. Llena. Su mirada está esperando para atrapar la mía. Sus ojos azules brillan con más fuerza que nunca mientras su respiración acelerada y cálida inunda mis labios.

Las batallas se han perdido. El deseo desesperado ha ganado.

Sale de mí despacio y entra grande, triunfal.

¡Grito!

Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y comienza a embestirme lenta y profundamente, haciéndome sentir toda su longitud, provocándome más y más placer.

Jadeo.

Trato de contenerme pero me estoy derritiendo poco a poco.

Continúa moviéndose inquebrantable, controlándose. Sus manos se clavan en el colchón todavía con más fuerza y los músculos de sus brazos se tensan.

Es todo un espectáculo.

—Ryan —gimo con un tono de voz casi inaudible, absolutamente inundada de placer y deseo, cuando una de sus estocadas llega hasta la última frontera de mi interior.

La única palabra que he pronunciado le desboca. Ryan comienza a moverse cada vez más rápido, más brusco, más duro.

Gimo de nuevo.

Grito.

No tiene piedad.

El deseo, el placer, el fuego puro arden en mis venas. Las abrasan. Me dominan. Me queman. Me encanta.

—¡Dios! —grito.

Mi espalda se arquea.

Ryan baja su mano hasta anclarla de nuevo a mi cadera, al trozo de mi cuerpo que siempre lo echa de menos.

El corazón me late desbocado.

Mi cuerpo se tensa.

¡Joder!

Todo el placer estalla en un orgasmo liberador, maravilloso, auténtico, que me recorre como si estuviera fabricado de fuegos artificiales que sólo Ryan sabe hacer estallar.

Acelera el ritmo. Lo vuelve delirante.

Mi cuerpo tiembla.

Grito. Grita. Todo da vueltas.

Y Ryan se pierde en lo más profundo de mi interior con mi nombre transformado

en un sensual alarido que inunda por completo la habitación.

Sale lentamente de mí y todo mi cuerpo se estremece. Se deja caer a mi lado y en el momento en que su cuerpo ya no toca el mío, mi mente se satura hasta el último milímetro de una maraña de pensamientos haciendo que la dicha poscoital se esfume. ¿Qué hemos hecho? ¿Cómo he podido dejar que pasara? Estoy inquieta, acelerada. Ha sido un error. Ha sido un tremendo error.

Me incorporo, recojo mi vestido y me lo pongo a toda prisa.

—Será mejor que te vayas —susurro intentando que no se note lo nerviosa que estoy.

—Sí, será lo mejor —contesta sin asomo de duda, incorporándose ágil y prácticamente poniéndose los pantalones y los bóxers en el mismo movimiento. No me mira.

La situación es demasiado extraña. Soy una idiota y tengo la sensación de que estoy jugando a algo muy peligroso que no va a acabar bien para mí.

Suspiro hondo a la vez que Ryan toma su corbata roja de la cama y se la mete en el bolsillo. Siempre ha sido mi corbata preferida. Se pone la chaqueta y comienza a ajustarse los puños de la camisa que le sobresalen elegantemente.

No quiero, pero no puedo evitar quedarme contemplándolo.

Ya estamos en mitad de una situación muy complicada; añadir el sexo cuando hace dos días que hemos firmado los papeles del divorcio sólo lo hace todo más difícil. Sin embargo, por un pequeño instante todo parece diluirse en la manera tan masculina en la que sus hábiles dedos recolocan sus gemelos de platino. Ryan alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Está enfadado, frustrado. Las mismas emociones que estoy segura que también demuestran mis ojos, sólo que en mi caso, además, me siento débil y pequeña. Odio que, cuando se trate de él, mi fuerza de voluntad simplemente se evapore.

No tendría que haber dejado que esto pasara.

Termina de recolocarse la ropa y, sin desatar nuestras miradas un solo segundo, deja caer sus brazos junto a los costados. Está esperando a que reaccione. Yo me obligo a hacerlo y rodeo la cama en dirección a la puerta. A unos pasos de Ryan, me detengo y, tímida, señalo la salida. Es algo ridículo, sobre todo después de lo que ha pasado, pero no quiero darme la oportunidad de estar otra vez cerca de él.

Ryan se humedece el labio inferior breve y fugaz al tiempo que pierde su vista en mis cajas aún sin desembalar. Tras unos segundos, vuelve a mirarme directamente a los ojos y algo en los suyos ha cambiado. Ahora está aún más enfadado, más arisco, y lo cierto es que logra intimidarme un poco.

Finalmente me hace un gesto para que pase primero. Yo asiento nerviosa, no pienso discutir por eso, y echo a andar.

Entrelazo las manos delante y las pego a mi vestido rojo. No sé qué hacer con ellas. No entiendo por qué vuelvo a sentirme así de tímida otra vez, como si me hubiese trasladado a la primera vez que estuvo en mi apartamento.

Me giro y observo cómo Ryan me sigue. Mis pasos son titubeantes en contraposición a los suyos, que le hacen caminar grácil y masculino.

Al llegar a la puerta, agarro el pomo con fuerza y me muerdo el labio inferior. La cabeza me va a mil kilómetros por hora.

Abro y me hago a un lado con la madera. Ryan cruza el umbral y se gira para que quedemos frente a frente. Yo, como medida prudencial, decido clavar mi mirada en el suelo. Ha sido por las malas, pero he entendido que mirar esos ojos azules nunca va a traerme nada bueno.

—Maddie, mírame —me ordena suavemente.

Me gustaría poder ignorar su voz, pero no soy capaz. Eso también lo he aprendido por las malas. Alzo la cabeza y su mirada atrapa por completo la mía. Sus ojos están endurecidos. Está todavía más furioso. Tengo la sensación de que va a decir algo, pero finalmente exhala todo el aire de sus pulmones despacio y se marcha.

Yo tampoco digo nada, porque sencillamente no sé qué decir, y cierro la puerta despacio. Con el clic del pomo al quedar sellado por completo, suspiro con fuerza y apoyo mi frente en la madera. Ha sido un error. Ha sido un maldito error. De pronto todas las alarmas en mi cabeza suenan a la vez, advirtiéndome de que no hemos usado condón. Me separo de la puerta como un resorte. Ya no tomo la píldora. Recuerdo las palabras de la doctora Sanders y sé que no puedo estar embarazada, pero no usar protección no deja de ser otra irresponsabilidad que sumar a la lista.

Arrastrando los pies, camino hasta la cama y me dejo caer en ella. No sé si él se ha acostado con otra chica en estos días. Quizá lo ha hecho con Marisa, con Savannah o puede que con las dos a la vez. La simple idea me hace sentir náuseas. Me tapo los ojos con mi antebrazo y me obligo a dejar de pensar en eso. Tras unos segundos, lo muevo saliendo de mi escondite y sintiéndome muy culpable. Estoy siendo muy injusta. Por muy enfadada que esté, sé que Ryan no se ha acostado con ninguna otra chica.

Resoplo. He sido una estúpida. Siendo precisos, una estúpida enamorada que no se da cuenta de que está tropezando exactamente con la misma piedra, pero es que, cuando la piedra sonrío, a la estúpida enamorada se le caen las bragas.

Me paso el resto de la noche pensando en lo idiota que soy, en el error que he cometido y en que no volverá a pasar; pero cada vez que me giro, el olor a gel de afeitado y lavanda fresca, el olor a Ryan, me invade y por un instante siempre dudo de si estoy en el paraíso o en un centro de torturas chinas.

A las tres de la madrugada me levanto malhumorada y cambio las sábanas. No soy una estúpida enamorada. Soy la reina de las estúpidas enamoradas y debería prenderle fuego a la maldita piedra.

A las siete de la mañana, como cada día, suena mi despertador. Lo apago de un manotazo y, perezosa, revuelvo la cara contra la almohada. Creo que no he dormido más de un par de horas. Mi móvil comienza a sonar en algún punto bajo mi cama. Me agarro a la estructura y me inclino hasta encontrarlo. Por suerte no está muy lejos y

puedo alcanzarlo sin salir de la cama.

En los segundos que tardo en girarlo entre mis manos para poder ver la pantalla, me doy cuenta de que es muy temprano para recibir cualquier llamada a no ser que sea una emergencia o que sea... él. Las dos posibilidades hacen que el corazón me dé un vuelco. Incluso miro el reloj del despertador para asegurarme de que son las siete.

En el mismo instante en que alcanzo a ver la pantalla, reconozco la canción y comprendo que se trata de Lauren. Resoplo aliviada y me dejo caer de nuevo contra la cama. Querrá saber cómo fue mi cita con Sean y es demasiado temprano para inventarme una mentira o contar la verdad y escuchar la bronca de mi vida, así que, ante tal panorama, silencio el móvil y dejo que salte el contestador.

La veré en el trabajo y ya habré decidido cómo me siento y qué contar respecto a lo que pasó, aunque tratándose de Lauren puede que se presente aquí con tal de tener detalles. No le gusta estar intrigada. En ese sentido no puedo negar que la entiendo. Yo también soy muy curiosa. Sin embargo, acabo de recordar que ella no ha tenido ninguna piedad con mi necesidad de información respecto a ese *ménage à trois* del amor, el sexo y la amistad que se trae con James y Bentley. Ja, acabo de encontrar la excusa perfecta para tener el pico cerrado. Si estuviera más animada, incluso juntaría los dedos en una pose malvada y diría aquello de *excelente*.

Remoloneo unos minutos más y finalmente me levanto. *Lucky* está con James, así que puedo tomarme las cosas con más calma. Enciendo la radio y suena *Geronimo*, de Sheppard. Me gusta esta canción.

Después de darme una ducha, me seco el pelo con la toalla y, tras elegir un bonito conjunto de ropa interior de algodón tangerina y cían, esquivo las cajas de mi vergüenza y voy hasta el armario para coger mi falda de la suerte. Sé que hoy va a ser un día complicado, así que, cuanta más ayuda tenga, mucho mejor.

Apenas me maquillo y me recojo el pelo en una sencilla coleta.

A pesar de toda la calma con la que me he tomado la mañana, llego al Riley Group antes de tiempo. Trato de no pensarlo, pero lo cierto es que estoy más nerviosa que ningún otro día. Tengo muy claro que no quiero que lo que pasó ayer influya en mi trabajo, pero también soy plenamente consciente de que no es la primera vez que me propongo algo así y acabo fracasando estrepitosamente.

Ya sentada a mi mesa, enciendo mi Mac y reviso mi móvil, que no ha parado de sonar en toda la mañana. Todos son mensajes de Lauren. En los primeros me pregunta qué tal me fue mi cita con Sean y en los últimos, sobre todo en el último, me amenaza con mandar un correo electrónico de empresa con mis historias más bochornosas de la universidad si no se lo cuento.

Yo le respondo que, donde las dan, las toman, y que, si quiere hablar, estaré encantada de escuchar lo que se trae entre manos con James y Bentley. Al enviar el mensaje, sonrío con malicia. Estoy deseando saciar mi curiosidad.

Bentley llega pocos minutos después y el día da el pistoletazo de salida. Tenemos reunión de redactores y mucho que hacer. Desde que Matel está fiscalizando los

gastos, nos pasamos medio día rellenando papeleo. Afortunadamente, la carta blanca que firmó Ryan para *Spaces* nos ha facilitado mucho la vida y sólo tenemos que informar, y no convencer, a Producción de los gastos. Aunque el problema principal sigue siendo que el cambio de rotativas que ha pedido Bentley tiene a Matel en pie de guerra.

—¿Lo tienes todo? —me pregunta mi jefe revisando la carpeta que lleva en las manos.

—Sí —respondo monosilábica, levantándome y cogiendo de una esquina de mi escritorio los dosieres que he estado preparando para la reunión de redactores.

Estamos a punto de salir cuando Matel y su ayudante entran en nuestra oficina. Bentley resopla y se detiene en seco.

—¿Qué? —pregunta malhumorado.

—Tenemos que hablar —responde Matel.

—No pienso volver a hablar de esto, Stan —se queja Bentley—. Empiezas a parecerte mucho a una exnovia pesada.

—Es inviable, Bentley. Es demasiado dinero —afirma tendiéndole una carpeta que Bentley coge de malos modos.

Automáticamente sé que están hablando de las nuevas rotativas.

—¿Sabes? —dice Bentley revisando el dossier fingidamente interesado. Su tono de voz ha cambiado—. Si tan claro tienes que es una mala idea, ¿por qué no vas al despacho de Ryan Riley y le explicas que no puede hacerse?

Las palabras de Bentley hacen que la expresión de Matel cambie en un microsegundo. Va a decir algo, pero prácticamente acaba tartamudeando.

—Pero avísame —le interrumpe Bentley—. Joder, quiero estar allí y ver cómo te las apañas para explicarle que no estás dispuesto a permitir que se usen técnicas menos contaminantes, más competitivas y de un comercio más justo. Riley va a estar encantado.

Intento ocultar una incipiente sonrisa. Todos en este despacho, incluido Matel, sabemos que, si se atreviera a hacer algo parecido, lo mejor que podría pasarle es que sólo le despidiera.

El director de departamento resopla exasperado y le quita la carpeta a Bentley de las manos, que sonrío más que satisfecho. Sabe que acaba de salirse con la suya.

—Está bien, joder —claudica Stan Matel—, pero por lo menos échame un cable y ven a la reunión que tengo con Cohen. Ese desgraciado le pondría un candado al cajón de los bolígrafos con tal de ahorrar. ¿Cómo pretendes que justifique 2,7 millones de dólares en rotativas?

Bentley lo mira un segundo y le pone los ojos en blanco al tiempo que se gira hacia mí. Ya sé lo que va a decirme.

—Maddie...

—No te preocupes —lo interrumpo—. Me ocuparé de todo.

Los dos sonreímos.

—Recuerda comentarle a Linda los cambios en su artículo y quiero que mandes a Bass en lugar de Garrison a la exposición de los diseñadores escandinavos.

Asiento y los sigo hasta el ascensor.

—¿Dónde es la reunión? —le pregunta Bentley—. ¿En su departamento o en el tuyo?

—En la 26 Este. Cohen quiere ver las malditas rotativas.

Bentley se detiene en seco en mitad de la redacción y Matel lo mira como si no entendiese nada.

—Como acabas de oír, pasaré la mañana fuera —me dice con la voz cargada de ironía—. Cuando termines la reunión, ponte con todo lo de Administración. Si ves que no llegas, que te ayude algún redactor y, si tienes algún problema, llámame o habla con Spencer.

Me da las últimas instrucciones al tiempo que no deja de quejarse a Matel por la reunión. Sospecho que lo seguirá haciendo durante todo el camino hasta la 26.

Nada más regresar a mi mesa, recibo un correo de Tess informándome de que la reunión con Dirección para planificar el cambio de rotativas prevista para dentro de una semana se adelanta a mañana. Le reenvío el correo a Bentley y me concedo un minuto de autocompasión por tener que verlo en veinticuatro horas en esa sala de juntas en la que siempre parece aún más guapo.

La reunión con los redactores se desarrolla sin problemas, pero no pasa lo mismo con los archivos de Administración. Cada uno es más complicado que el anterior. Le pido ayuda a un par de redactores, pero ellos están todavía más perdidos que yo.

No quiero llamar a Bentley. Seguro que la reunión está siendo un infierno. Odia todos los trámites burocráticos o de empresa que no tienen que ver con su trabajo como editor, mucho más si le sacan de la redacción.

Trato de localizar a Spencer, pero su secretaria me informa de que está en una reunión fuera de la ciudad.

A la hora de comer aún sigo enterrada en una montaña de papeles. Llevo horas con esto sin ningún resultado, así que me rindo y llamo a Bentley. Sin embargo, mi falda de la suerte parece no estar funcionando hoy, porque no me coge el teléfono.

Resignada, resoplo y me doy cuenta de que sólo me queda una persona a la que acudir. Me levanto lentamente, mentalizándome, y, con las carpetas que llevan torturándome toda la mañana, voy hasta su despacho.

Sólo hay un par de personas dando vueltas por la redacción. Casi todos han bajado a comer.

Al llegar a su oficina, no me sorprende no encontrar a Tess. Estoy demasiado nerviosa. La verdad es que lo último que pensaba hacer esta mañana era venir a este despacho.

De pie, delante de la elegante puerta de caoba, suspiro con fuerza y me aliso la falda como si pretendiera activar el campo de fuerza que siempre me ha dado esta prenda. Creo que voy a necesitarlo más que nunca. Finalmente llamo y a los pocos

segundos me da paso. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que no estuviese.

Abro y cierro tras de mí. Ryan está sentado frente a su sofisticado escritorio y, como cada día, está injustamente guapo. Lleva un traje negro, una impoluta camisa blanca y su corbata también negra. La luz que entra por la ventana acentúa cada uno de sus armónicos rasgos y de pronto ya no recuerdo por qué tenía tanto miedo de venir a su despacho.

«Precisamente por eso».

Ryan alza la mirada y sus ojos azules me encienden en el preciso instante en que se encuentran con los míos. Mi mente me juega una mala pasada y me regala una imagen de él sobre mí, con sus brazos tensos y perfectos apoyados contra mi colchón a ambos lados de mi cabeza.

Los músculos de mi vientre se tensan y se estiran deliciosamente.

«No vas a volver a acostarte con él, Parker».

Mi propio recordatorio me hace reaccionar. Contengo un suspiro y me obligo a caminar hasta él.

Tengo que salir de aquí lo antes posible.

—Hola —susurro.

—Hola —responde él con su voz imperturbable.

Su mirada sigue sobre mí. Tengo la sensación de que me está escrutando, estudiando cada una de mis reacciones para averiguar qué estoy pensando.

—Quería pedirte un favor.

Mi frase parece tomarlo por sorpresa, pero en seguida se recompone.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta acomodándose.

Apoya su codo en el brazo del sillón y se lleva el reverso del índice a sus *sexies* labios. Sigo todo el movimiento y, al llegar a su boca, tengo que contener otro suspiro.

«Concéntrate, Parker, por el amor de Dios».

—Bentley me ha pedido que rellene estos informes de Administración, pero son más complicados de lo que creía y no logro entenderlos.

Ryan mira la carpeta que tengo entre las manos y comprendo que quiere que se los enseñe. Se la tiendo y él se incorpora para cogerla. Involuntariamente nuestros dedos se rozan y siento una corriente eléctrica invadirme de pies a cabeza.

¿Pero qué me pasa?

—Bentley está en una reunión con Matel —continúo con la intención de distraerme de cómo mi cuerpo está reaccionando al suyo—. Intenté localizar a Spencer, pero también está reunido.

Ryan alza la cabeza de los documentos y me mira directamente a los ojos. Tengo la sensación de que no le ha hecho la más mínima gracia que recurriera a ellos antes de venir a verlo a él. Yo me muerdo el labio inferior nerviosa, pero le mantengo la mirada. Por un momento hacemos sólo eso, mirarnos, y todo a nuestro alrededor se

intensifica.

—Si estás muy ocupado —musito—, puedo esperar a que Bentley regrese.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

—Siéntate —me ordena con suavidad mirando la silla al otro lado de su mesa.

Dudo pero finalmente lo hago. Creo que no podría negarme a nada que me pidiera con esa voz.

Ryan repasa los papeles y yo me permito observarlo a él. Me fijo en pequeños detalles, como la manera en la que frunce el ceño suavemente cuando algo parece no cuadrarle o cómo sus ojos azules devoran cada línea, concentrados y tenaces.

—El problema está aquí —dice sacándome de mi ensoñación.

Asiento nerviosa y rápidamente miro el documento que me señala, suplicando porque no se haya dado cuenta de cómo lo contemplaba embobada. Sin embargo, la media sonrisa que me dedica me hace pensar que no voy a tener esa suerte.

—Estás usando las tasas variables equivocadas —me explica—. Los porcentajes que tienes que justificar con Cohen y los que tienes que justificar con Matel son diferentes. Si aplicas la misma fórmula, al final del balance, el dinero que tienes que explicar ante Matel y el que Cohen aprobaría no serían los mismos.

Asiento de nuevo y le agradezco lo paciente que está siendo. Imagino que para él ha sido de lo más obvio encontrar el fallo.

—¿Lo has entendido?

Ryan me mira esperando a que conteste.

Quiero decir que sí y presumir de ser más inteligente de lo que realmente soy, pero lo cierto es que lo mío no son los números.

—La verdad es que no mucho —me sincero—, pero me las apañaré —añado para no quedar como una absoluta inútil.

Ryan me mira un segundo y a continuación su sofisticado reloj de pulsera.

—Espera aquí —me ordena suavemente de nuevo mientras se levanta y sale del despacho sin dar más explicaciones.

Yo me quedo sentada al otro lado de su mesa de lo más intrigada. ¿Adónde habrá ido?

Regresa a los minutos, hablando por teléfono. Con el primer paso que da en su oficina se deshace de la llamada. Ahora que ha vuelto, tampoco me da explicación alguna y, resuelto, se sienta en su sillón.

—Ven aquí —me llama.

Esas dos palabras por un momento me paralizan. Las he escuchado muchas veces y siempre han significado una única y exclusiva cosa.

Al ver que no me muevo, lleva su vista hacia mí y, cuando nuestras miradas se encuentran, toda la atmósfera del despacho se electrifica de golpe. Mi respiración comienza a entrecortarse suavemente y los ojos de Ryan se oscurecen hasta parecer casi negros. No ha pronunciado esas palabras con la intención que todos mis recuerdos han pretendido darle, pero nuestros cuerpos se han despertado llamándose

el uno a otro con tan sólo oírlos.

—Ven aquí, Maddie —repite y su voz suena más ronca.

Me levanto despacio, con las piernas temblándome, y lentamente camino hasta él. No levanta sus espectaculares ojos de mí. Su respiración también se ha acelerado. Me detengo frente a él y Ryan me observa, incendiando con su mirada cada centímetro de mi piel donde sus ojos azules se posan.

Estoy a punto de decir algo, no tengo muy claro el qué, pero entonces Ryan cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, todo su autocontrol ha regresado y sé que ha decidido por los dos que el momento termine.

—Quiero que entiendas cómo funciona el programa de ordenador que genera las fórmulas —comenta con su voz más impasible.

Definitivamente tener todo ese autocontrol debe ser algo maravilloso.

Yo doy el suspiro mental más largo de la historia, y tras ordenarle, casi suplicarle, a todo mi cuerpo que se calme, asiento.

Ryan me señala la mesa con la cabeza y entiendo que quiere que me siente en ella. Tardo un segundo en reaccionar pero finalmente lo hago. Mejor en la mesa que en su regazo. Su regazo es la fruta prohibida para mí.

«¿Sólo su regazo?».

Gira el monitor del Mac y sus ágiles dedos teclean algo. En la pantalla se abre un documento lleno de algoritmos. Ryan comienza a explicarme cómo funciona el programa. Me esfuerzo muchísimo y rescato de algún rincón de mi mente lo poco que recuerdo de las clases de estadística del instituto. Más o menos consigo seguirle el ritmo, aunque también soy plenamente consciente de que lo ha ralentizado bastante por mí.

—Entonces, ¿sólo tengo que aplicar la tasa al resultado de la fórmula y sumarla a la cantidad filtrada? —pregunto señalando con el lápiz la segunda columna de la hoja de cálculo.

—Exacto.

Ryan sonríe satisfecho y yo apunto el resultado en la solicitud de producción apoyando la carpeta en mi regazo.

—Eres muy inteligente —susurra recostándose sobre su sillón de ejecutivo.

Sonríó irónica. Sé perfectamente que ha sido de lo más considerado. Jamás podría llevar su ritmo.

—Pero no tan brillante como tú —replico aún escribiendo en el papel— y menos con los números.

No lo veo, pero sé que vuelve a sonreír y también que es una sonrisa diferente.

—No estoy de acuerdo con eso. Eres increíble, Maddie.

Me detengo en seco y alzo la cabeza despacio. No es lo que ha dicho, es cómo lo ha dicho. Ladea la cabeza y su mirada atrapa por completo la mía.

—No soy la única que se infravalora aquí —musito.

Ryan ahoga un suspiro en una mordaz sonrisa.

—No es cuestión de infravalorarse —dice echándose hacia delante—. Se trata de conocerse bien.

Alza la mano despacio y juguetea con el bajo de mi falda sin llegar a tocar mi piel. El corazón vuelve a latirme deprisa y no sé si es por la conversación, por la calidez que desprenden sus dedos o por la manera en la que sus ojos azules me mantienen exactamente aquí, en todos los sentidos.

—Eres mejor de lo que crees —murmuro en un hilo de voz.

—No, no lo soy, Maddie —se apresura a replicarme.

Sonríe para endulzar sus palabras, pero no le llega a los ojos. Odio la opinión que tiene de sí mismo.

—Ryan —susurro.

Otra vez esa necesidad de consolarlo me aprieta el estómago y tira de él.

Él vuelve a mirarme directamente a los ojos y sus dedos se detienen como si se estuviera planteando pasar de la tela a mi piel.

La electricidad vuelve hasta saturarlo todo.

Nunca he tenido tan claro que necesito salir de aquí.

Sólo se oyen nuestras respiraciones aceleradas.

—Será mejor que me vaya —musito reuniendo las pocas fuerzas que esos ojos azules me dejan y bajándome de un salto, torpe y acelerada.

Como la buena patosa que soy, al bajar tiro una de las carpetas que Ryan tenía sobre la mesa y una decena de papeles se dispersan por el suelo.

—Lo siento —me disculpo agachándome inmediatamente a recogerlos.

Me arrodillo frente a él y muevo las manos todo lo deprisa que soy capaz, aunque para mi desgracia también todo lo torpe. Alzo la cabeza dispuesta a disculparme de nuevo, dejar los papeles sobre la mesa y marcharme abochornada, pero, cuando lo hago, el corazón me late tan de prisa que creo que va a escapárseme del pecho.

Ryan me está observando. Su mirada ha vuelto a oscurecerse, seduciéndome en un solo segundo, siendo la tentación, el pecado, todo el placer y el deseo. Su cuerpo está tenso, a punto de saltar sobre su presa. El eléctrico ambiente juega en mi contra, tira de mí y me ata a él, siempre a él.

Le quiero. Quiero que me toque. Que me bese. Que me folle.

—Tengo que irme —susurro nerviosa, levantándome y saliendo prácticamente disparada de su despacho.

Cuando la puerta se cierra tras de mí, me apoyo en ella y tomo una bocanada de aire tratando de ordenar mi respiración. Ahora mismo el corazón me late tan deprisa que tengo serías dudas de que no vaya a sufrir un colapso nervioso en cualquier momento.

Miro hacia mi pecho y observo la carpeta que mis manos nerviosas aprietan contra él. Dios, soy una idiota. ¡Me he llevado también sus papeles! Cierro los ojos avergonzada de mí misma y de parecer un saco de deseo con piernas y echo la cabeza hacia atrás hasta golpearla con la madera, me lo merezco, pero entonces recuerdo que Ryan está al otro lado y puede oírme y me separo rápidamente.

Acelerada, camino hasta la mesa de Tess, ordeno los papeles de Ryan y los dejo sobre el escritorio de su secretaria. Imagino que, cuando ella los vea, se los llevará. Yo no puedo permitirme el lujo de volver a entrar ahí.

Corro y me refugio en la seguridad de mi oficina. No pienso marcharme de aquí hasta que den las cinco y entonces saldré disparada a la seguridad de estar en mi cama tapada hasta las orejas con el nórdico. Es un plan perfecto.

Se acabó, Parker, me ordeno con mi mejor voz de sargento de artillería. Hay que empezar a tomar buenas decisiones, no repetir la lista de fracasos.

Más motivada que convencida, consigo mi propósito de (casi) no pensar en Ryan. Termino todos los archivos de Administración y me siento increíblemente orgullosa. Después de comprender cómo funciona el programa, ha sido mucho más sencillo.

«¿Y quién te dio esas explicaciones?».

Oh, cállate.

Estoy despejando mi mesa cuando oigo algo de revuelo en la redacción. Me asomo curiosa y contemplo cómo dos ejecutivos con pinta de *brokers* de bolsa de los ochenta se ríen creyéndose mejores de lo que son. Ni siquiera sé cómo se llaman, pero es más que obvio que sólo son dos engréidos soberbios y mal educados.

Ryan aparece caminando desde su despacho junto a Tess. Va muy concentrado, imagino que comentando con su secretaria los últimos detalles de algo que quiere que se haga.

Al ver a los dos hombres, todo su cuerpo se tensa poniéndose en guardia y su expresión se endurece. Resulta hipnótico verle convertirse en director ejecutivo en un abrir y cerrar de ojos. Los dos tipos dejan de reír al instante y se acercan solícitos a Ryan. Le dicen algo, pero él ni siquiera responde. Uno de ellos, con una sonrisa taimada, comenta cualquier idiotez de la que ríe satisfecho y coloca la mano en el hombro de Ryan. Él, que en ningún momento ha sonreído, lo fulmina con la mirada y el hombre, totalmente conmocionado, la aparta.

Es obvio que Ryan los ha calado inmediatamente. Nunca haría negocios con personas así.

Los ejecutivos siguen hablando, pero Ryan pasa junto a ellos, llama al ascensor y, cuando las puertas se abren, entra con el paso seguro y decidido, manteniéndoles la mirada hasta que vuelve a cerrarse.

Ha sido una exhibición de poder en toda regla y, por el amor de Dios, no podría haber resultado más atractiva.

Regreso a mi oficina con el paso titubeante. Nunca he estado tan confusa en toda mi vida. Me encantaría poder hacerme una lobotomía y olvidarme de Ryan, especialmente de las últimas veinticuatro horas. Si esto fuera un telefilme de sobremesa, podría darme un golpe en la cabeza y perder la memoria. Me imagino despertándome en una cama de hospital con Lauren tratando de convencerme de que tengo marido y seis hijos en Luisiana. Sería muy capaz. Aunque creo que merecería la pena. No me acostaría cada noche pensando en cómo me siento cuando estoy entre sus brazos o que lo echo tanto de menos que me cuesta trabajo respirar. Me olvidaría de los trajes italianos a medida, de su voz, de sus ojos azules. Suspiro con fuerza y apoyo la frente contra la pared. ¿A quién pretendo engañar? Olvidar a Ryan sería completa, total e injustamente imposible.

Termino de recoger y salgo de la oficina. En el camino hasta la estación, en el andén y sentada en el vagón, no puedo dejar de pensar en él. La manera en la que se ha deshecho de esos dos ejecutivos está grabada a fuego en mi mente. Es tan arrogante, tan odioso, tan frío, pero no sé cómo consigue que todas esas actitudes en él resulten increíblemente atractivas, como si fuera exactamente así como tiene que ser.

Saludo al vendedor de *pretzels*, que siempre me mira como si no aprobara mi estilo de vida, y continúo andando hacia mi apartamento. Anoche fue increíble. Estar con él fue increíble. Por un momento pienso en la idea de que volvamos y un

escalofrío me recorre la columna y el aire desaparece a mi alrededor. No puedo volver con él. No puedo volver a enfrentarme a todo lo que supone estar con él, a la prensa, a su padre... Tengo demasiado miedo.

Me detengo en seco y suspiro con fuerza.

Pero también lo echo demasiado de menos.

Sin saber exactamente por qué y tampoco sin querer preguntármelo, giro sobre mis botas y camino de vuelta a la boca de metro de la calle Christopher con la plaza Sheridan. También me niego a recapacitar en las tres paradas hasta la estación de la 23, en el centro de Chelsea.

Cuando llamo a la puerta, Finn me abre prácticamente al instante. Me mira sorprendido pero se repone con rapidez. A veces tengo la sensación de que tiene clarísimo todo lo que pasa entre nosotros pero es demasiado profesional para comentarlo.

—Buenas tardes, Maddie.

—Hola, Finn. —Me detengo un segundo y me esfuerzo muchísimo en sonar tranquila—. ¿Podría ver al señor Riley?

Finn asiente y se echa a un lado para que pase. Yo se lo agradezco con una tímida sonrisa y le sigo escaleras arriba.

El chófer me deja en el centro de salón y, tras excusarse amablemente, se dirige al estudio de Ryan para avisarlo.

A solas, pierdo la mirada en la inmensa estancia. Siempre me ha parecido un lugar precioso. Elegante, sofisticado y también algo frío. Con esa belleza innata que tienen ciertas personas y cosas. Esa que parece calar más allá de lo que se empeñan en decir o hacer. Son bellos porque lo son, porque nacieron siéndolo.

—Hola, Maddie.

Hablando de ciertas personas.

Me giro hacia el estudio y lo veo de pie, a unos pasos de la puerta, vestido con el mismo traje de esta mañana, que nueve horas después continúa perfecto e impecable. Se ha quitado la corbata y la chaqueta. Las mangas perfectamente dobladas dejan al descubierto sus masculinos antebrazos, al igual que los primeros botones desabrochados lo hacen con su sensual garganta. Los pantalones le caen *sexies* sobre las caderas y otra vez la idea de que podría protagonizar su propio anuncio de colonia vuelve a monopolizar mi mente.

Está increíble y yo por un instante he olvidado a qué había venido, o quizá lo estoy recordando demasiado bien, ¿quién sabe?

—Hola —musito y nerviosa me muerdo el labio inferior.

Ryan me observa tratando de averiguar qué estoy pensando o por qué estoy aquí.

—¿Quieres beber algo? —pregunta.

—Sí, por favor.

Creo que me vendría de perlas. Estoy tan inquieta que ni siquiera soy capaz de armar una frase con sentido en mi cabeza.

Ryan va con soltura hasta la cocina y sirve dos Jack Daniel's en dos minimalistas, pero seguro que carísimos, vasos de cristal. Regresa hasta mí y me tiende uno. Yo lo cojo decidida, pero, al llevármelo a los labios, recuerdo que no he comido nada en todo el día y me siento de lo más irresponsable. Aún así, le doy un sorbo, pequeño; necesito un empujón.

Ryan camina hasta el kilométrico sofá y se sienta esperando a que haga lo mismo, pero no lo hago. Tengo que decir lo que he venido a decir.

—¿Qué quieres, Maddie?

Me muerdo el labio inferior otra vez y miro a cualquier otra cosa que no sea él. Es una pregunta demasiado complicada.

—Quería hablar contigo, Ryan. —Hago una pequeña pausa. Los nervios casi me impiden respirar—. Lo que pasó ayer fue un error.

Me armo de valor y lo miro directamente a los ojos. Necesito ver su reacción. Él me mantiene la mirada con la suya dura y fría. No pronuncia una palabra y eso me hace pensar que sabe que no he venido a decir sólo eso.

—Pero quiero que vuelva a pasar —me sincero.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones despacio, sin levantar sus ojos de mí. Su autocontrol ahora mismo es mi mayor enemigo y ninguna emoción cruza su atractivo rostro.

—No quiero volver —continúo con la voz entrecortada.

El no saber si está feliz o enfadado, o por lo menos de acuerdo o no, hace que me ponga todavía más nerviosa. Aparto mi mirada de esos ojos azules indescifrables y la concentro en mis dedos, que juegan inquietos con el vaso.

—Te dije que me mantendría alejado de ti —me advierte con su masculina voz—. ¿Qué te hace pensar que quiero esto?

Su mirada está endurecida, incluso con un punto de exigencia.

—Es lo que quiero yo —susurro tratando de sonar fuerte y segura.

Ryan se levanta, camina hasta mí y todo mi cuerpo se tensa. Despacio, me quita el vaso de las manos y lo deja junto al suyo en la mesita de centro. Simplemente me mira y sus ojos me abrasan por dentro.

—No pienso follarte y ver como te vas —sentencia indomable.

—No puedo ofrecerte otra cosa.

No es una respuesta arrogante, en realidad es una súplica casi desesperada, y él lo ha entendido a la perfección.

Ryan entorna la mirada un único e imperceptible segundo y después resopla brusco y profundo sin levantar sus ojos de mí.

—Tengo mis condiciones —añado en un susurro.

Necesito decir todo lo que tengo que decir.

Él me mira esperando a que continúe.

Yo vuelvo a suspirar hondo para infundirme una última oleada de valor. Decirle todo lo que llevo pensando desde que me di media vuelta a unos metros de mi

edificio es muy diferente a imaginarlo.

—Soy yo la que decide venir o no. —Trato de sonar decidida, pero no sé si lo estoy consiguiendo—. Esa elección es mía.

Se humedece el labio inferior. Su expresión luce tensa y su mandíbula apretada. Le están poniendo normas y eso lo detesta.

—Quiero que uses condón —continúo—. Dejé de tomar la píldora y no quiero volver a quedarme embarazada de ti.

Ryan hace una imperceptible mueca de disgusto. Mis palabras le han dolido.

Soy plenamente consciente de que podría haberme ahorrado el «de ti», pero mi parte más vengativa necesitaba pronunciarlo.

—¿Algo más? —pregunta con la voz y la mirada fabricadas de frío acero.

—No —musito clavando la mía en el suelo.

Quiero parecer valiente, pero cada vez me cuesta más trabajo.

Ryan camina el par de pasos que nos separan, toma mi cara entre sus manos como ha hecho tantas veces y me besa con fuerza al tiempo que me hace caminar hacia atrás y acaba tumbándonos en el sofá.

—Vamos a dejar las cosas claras —susurra con su voz de jefe exigente y tirano, con sus ojos increíblemente azules dominándome desde arriba—. Puede que tú decidas venir o no, pero una vez que cruzas esa puerta, eres mía y el control lo sigo teniendo yo.

Dios, acaba de conseguir que mi cuerpo se rinda por completo.

—No voy a acostarme contigo sin condón —me reafirmo con la voz entrecortada por el deseo.

—Eso ya lo has dejado claro —responde impasible.

Se levanta y me levanta a mí en el movimiento. Me lleva de la mano hasta el centro del salón.

—Quítate el vestido y descálzate —me ordena.

Nerviosa, alzo las manos, pero es como si no supiera qué hacer con ellas. Su actitud tan dominante, tan de macho alfa, está haciendo que todo mi cuerpo sólo pueda relamerse en vez de actuar.

—Maddie, no me hagas esperar —me advierte.

Asiento y me esfuerzo en mandar la sencilla orden a mis manos. Las bajo acelerada hasta alcanzar el borde de mi vestido y me lo saco por la cabeza. Despacio y rezando para mantener el equilibrio cuando estoy al borde del colapso, me quito las botas.

Ryan resopla brusco y pierde su ardiente mirada en cada centímetro de mi cuerpo. Regresa a la mesita de centro y coge algo de ella, aunque no puedo ver lo que es. Apenas un segundo después, comienza a sonar *Certain things*, de James Arthur y Chasing Grace.

Respiro hondo tratando de controlar mi agitado corazón. De entre todas las canciones del mundo, ¿cómo es posible que haya elegido la que describe exactamente

cómo me siento?

—Quiero bailar —susurra salvaje y sensual, colocando su mano en mi cadera y tirando de mí hasta que nuestros cuerpos se tocan.

Me siento envuelta por sus brazos y de pronto todo vuelve a tener sentido. El roce de su camisa a medida en mi piel desnuda me trasporta a un universo paralelo, donde todo salvo nosotros y la suave voz de James Arthur deja de existir.

Nos mueve por su salón perfectamente acompasados con la música mientras una de sus manos se ancla en mi cadera y la otra sube por mi costado y se esconde en mi pelo hasta llegar a mi nuca.

Mi piel arde.

Lo deseo como nunca había deseado nada en toda mi vida.

Cierro los ojos y me dejo guiar. Quiero que me lleve a donde quiera llevarme. Quiero volver a sentir que ya no estoy perdida, ni sola, ni triste. Quiero sentir que he llegado a casa.

—¿Qué quieres, Maddie? —pregunta en un susurro, dejando que su voz y su cálido aliento inunden mis labios.

—A ti —murmuro, pero lo hago llena de fuerza.

Ryan me estrecha aún más contra su cuerpo y, sin dejar de mecernos al ritmo de la música, me besa intenso, desbocado. Yo respondo a cada uno de sus besos entregada, clamando por más, deseándolos.

Desliza su mano al final de mi espalda y, sin interrumpir nuestro beso un solo segundo, me toma en brazos y nos lleva hacia las escaleras. Yo rodeo su cuello con los míos y me acomodo en su regazo. Así es como el príncipe de Cenicienta la cogía en mi taza de princesas. Gimo contra sus labios y me estrecho contra su cuerpo. Es mi príncipe salvaje, arrogante, y me doy cuenta, en este preciso instante, de que no necesito nada más, no quiero nada más.

Ryan me lleva hasta su habitación y muy despacio me deja en el suelo. No permite que un centímetro de aire se cuele entre nosotros y mi cuerpo encendido, casi al borde del fuego, se relame en cada trozo de piel que sus manos acarician.

Lentamente se deshace de mi sujetador.

—No te muevas —me ordena.

Asiento con la boca seca de pura expectación y observo cómo desaparece en el vestidor. Tras un puñado de segundos oigo su paso decidido de vuelta y un instante después todos los músculos de mi vientre se tensan cuando veo la cuerda roja. Hábil, la estira y la retuerce entre sus manos. Recuerdo perfectamente esa cuerda y el placer desbocado y húmedo que me provocó.

Ryan camina hasta quedar frente a mí. Su mirada atrapa la mía y me derrite. Mi respiración se acelera. Estoy a punto de arder por combustión espontánea.

La cuerda se separa en dos en sus expertas manos. Se inclina sobre mí y deja una de ellas en la cama. Su suave olor a gel de afeitado y lavanda fresca me envuelve por completo y todo me da vueltas. Es el olor más maravilloso del mundo.

—Date la vuelta y junta las manos detrás —me ordena.

Inmediatamente hago lo que me dice. Ryan rodea mis muñecas con la cuerda y las ata hasta inmovilizarlas. Para asegurarse de que el nudo ha quedado perfecto, da un tirón brusco y todo ese placer anticipado vuelve. Gimo bajito y lo noto sonreír *sexy* a mi espalda.

Instintivamente sé que quiere que me dé la vuelta y así lo hago.

—Buena chica.

Al alzar mi mirada, la dura y *sexy* sonrisa que me había imaginado sigue ahí y tiene un eco directo en mi sexo.

Ryan se inclina para coger la cuerda que dejó sobre el colchón y la tortura de tenerlo tan cerca y no poder tocarlo se repite. Su mirada me dice que sabe exactamente todo lo que estoy sintiendo ahora mismo y está disfrutando con eso.

Trabaja en la cuerda. Quiero adivinar qué está preparando, pero mi cerebro se niega a colaborar. Finalmente alza las manos hasta mi cabeza y yo involuntariamente dejo de respirar. No voy a ser capaz.

Ryan da un paso hacia mí y coloca su mano suavemente en mi mejilla. El calor de sus dedos y toda la proximidad de su cuerpo me calman al instante.

La canción, que suena lejana en el piso de abajo, empieza de nuevo.

—Confía en mí —susurra.

Tomo aire y algo dentro de mí brilla con fuerza. Asiento despacio y, como recompensa, Ryan vuelve a sonreírme de esa manera tan peligrosa.

Lentamente alza las manos de nuevo y pasa la cuerda ya anudada por mi cabeza. La circunferencia es grande y lejos de apretarme el cuello simplemente descansa sobre él. El corazón me late muy deprisa. Estoy demasiado nerviosa. Uno de los extremos de la cuerda se pierde en el nudo y el otro más largo descansa en la mano de Ryan.

Sigo la cuerda con la mirada hasta fijarla en su mano. Ryan levanta precisamente esa mano y la esconde en mi pelo, obligándome a alzar la cabeza para que sus ojos azules atrapen una vez más los míos. Me sonrío satisfecho y me besa calmando cualquier ansiedad.

—Siéntate en la cama.

Su voz es exigente y sensual.

Ando despacio hacia la cama. La cuerda corre suavemente entre sus dedos a cada paso que avanzo. Sus ojos azules están conectados con todo mi cuerpo.

Cuando me siento, me dedica su media sonrisa y comienza a caminar. Yo no puedo apartar mi mirada de la suya. Estoy en su red, completamente a su merced.

Ryan se inclina sobre mí e inmediatamente yo alzo la cara. Su sonrisa se vuelve más oscura, más *sexy* y también más dura. Coloca su mano en mi cuello y me besa con fuerza, intenso, una sola vez. Despacio, baja por mi mandíbula, mi garganta, creando un camino de besos cálidos y calientes a su paso.

Pasa su lengua torturador sobre mi pecho. Gimo y mi cuerpo se arquea. Ryan

observa mi reacción satisfecho y vuelve a tomar mi pezón con la boca mientras coloca la palma sobre el otro.

La fricción calienta mi piel y el placer comienza a arremolinarse en mi vientre, pero Ryan tiene otros planes para mí. Me deja con ganas de más y continúa bajando.

Deja caer la cuerda entre mis muslos y pierde los dedos bajo la cintura de mis bragas. Su mirada no libera un solo segundo la mía. Desliza la prenda lentamente por mis piernas al mismo tiempo que araña con suavidad mi piel.

Cuando se deshace de ella, me obliga a separar las piernas y se arrodilla entre ellas. Recupera el extremo de la cuerda y la enrolla en su mano.

Lo observo anhelante, expectante. Ryan me mira con los ojos cargados de deseo y seducción a partes iguales y lentamente se inclina sobre mí. Me besa el ombligo y deja que su cálido aliento impregne mi piel mientras desciende hasta llegar al vértice de mis muslos.

Sus labios me acarician suaves y expertos, despertando hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo.

Acelera el ritmo.

Mi respiración se entrecorta.

Gimo.

Es increíble.

Su lengua acaricia cada rincón de mi interior mientras su aliento expande el calor y el placer por todo mi cuerpo desde ese maravilloso punto en concreto.

Gimo.

Echo la cabeza hacia atrás.

Toma mi clítoris entre sus dientes y tira de él.

Gimo aún más fuerte.

Ryan tira de la cuerda, que se cierra suavemente sobre mi cuello apenas un segundo y todo el placer se multiplica por mil. La sensación de estar completamente a su merced crece hasta cegar todo y el placer se intensifica y me sacude de un millón de maneras diferentes.

Continúa besándome, acariciándome.

Tengo la tentación de echarme hacia atrás, pero entonces abro los ojos y la visión de su cabeza castaña entre mis piernas es demasiado deliciosa como para apartar mi mirada de ella un solo segundo.

Me da un beso largo y profundo justo en el centro de mi sexo y todo mi cuerpo se tensa, manteniéndose milagrosamente en equilibrio a la vez que un largo gemido se escapa de mis labios.

Ryan alza sus espectaculares ojos azules y sin separarlos de los míos, absolutamente extasiados, repite su beso al mismo tiempo que tira otra vez de la cuerda.

Un rayo de placer eléctrico e indomable me recorre entera, sale de mi cuerpo jadeante y sigue la cuerda roja hasta esconderse en su mano, en la mano que tira de

mí.

—Ryan —gimo casi grito.

Él sonrío contra mi piel. Acelera el ritmo. Me besa más fuerte, más intenso, más salvaje. Mi cuerpo se arquea. Comienzo a temblar suavemente. Vuelve a tomar mi punto más sensible entre sus dientes.

Tira de él. Tensa la cuerda.

El aire se evapora.

Le pertenezco.

Mi cuerpo se llena de placer y estalla en un orgasmo maravilloso que me sacude, me atrapa, me libera y hace que sólo existamos Ryan y yo y la maravillosa cuerda roja.

Abro los ojos despacio, jadeante.

Ryan suelta la cuerda poco a poco y atlético se levanta hasta quedar de pie frente a mí como el maravilloso dios del sexo que es. Se mete la mano en el bolsillo y saca algo que tira en la cama. No me vuelvo para averiguar qué es. No me interesa. No apartaría la mirada de su perfecto cuerpo y sus ojos azules por nada del mundo.

Se desabrocha lenta, casi agónicamente, cada botón de su camisa y la desliza por sus hombros. Con la misma tortuosa lentitud se deshace del cinturón y suelta el único botón de sus pantalones a medida.

Cuando se queda gloriosamente desnudo frente a mí, no puedo evitar contemplarlo sin ningún disimulo y, antes de que me dé cuenta, me estoy mordiendo el labio inferior.

Ryan me dedica su media sonrisa una vez más y recoge lo que había tirado sobre la cama. Aparto mi vista incómoda al comprobar que es el paquetito plateado de un condón.

—Maddie, mírame —me ordena.

Respiro hondo y me obligo a obedecerlo. Ha sido mi decisión.

Ryan rompe el envoltorio con los dientes y hábil se coloca el preservativo cubriendo su enorme erección.

Yo suspiro y alzo mi mirada hasta dejar que la suya me atrape. Él cubre la distancia que nos separa con un solo paso decidido y firme y me besa con fuerza. Me tumba sobre la cama y él lo hace sobre mí, pero, antes de que pueda acomodarme, Ryan nos gira y me deja a horcajadas sobre él. Se humedece el labio inferior antes de sonreír presuntuoso y de un solo movimiento me inserta sobre su poderoso miembro.

Grito por la invasión y todo mi cuerpo arde de golpe.

Coloca su mano en mi cuello y va bajando por mi piel siguiendo la estela de la cuerda hasta volver a coger el extremo y enredarlo en su mano una vez más.

El juego se reanuda.

Me dedica una mirada rebotante de lujuria y deseo y otra vez de forma instintiva sé exactamente lo que quiere que haga, como si el sexo nos hiciera entender perfectamente cada deseo del otro.

Anclo las rodillas en el colchón y comienzo a moverme despacio, deslizándome por su perfecta longitud arriba y abajo.

Gruñe. Gimo.

Mi respiración se transforma en un suave mar de jadeos y mis caderas suben cada vez más rápidas, más desbocadas.

Ryan me chista con una *sexy* sonrisa en los labios a la vez que tensa con delicadeza la cuerda y sus ojos se vuelven aún más azules.

Todo mi cuerpo se arquea deliciosamente.

Con ese simple gesto acaba de decirme que el control lo sigue teniendo él.

Vuelvo a subir despacio, tomándome mi tiempo, como sin palabras me ha ordenado que haga. Ryan sonrío satisfecho y, tomándome por sorpresa, alza las caderas cuando las mías bajan, regalándome una poderosa embestida.

—¡Joder! —grito.

Mi cuerpo se tambalea sobre el suyo. Ha sido alucinante.

Asimilo todo el placer y me concentro en volver a moverme. Arriba y abajo. Despacio.

Gimo.

Cierro los ojos.

Trato de controlarme, de controlar todo mi placer, pero Ryan me embiste de nuevo con una fuerza atronadora. ¡Dios, es maravilloso!

Abro los ojos a tiempo de ver cómo Ryan se lleva la cuerda a la boca y la agarra con los dientes. Mi cuerpo se estremece y la luz que rebosa de mi interior brilla aún más. Es la imagen más sensual que he visto en mi vida.

Sus manos libres vuelan a mis caderas y todo el placer y el deseo se hacen movimiento. Acompasa nuestros cuerpos y acelera el ritmo, marcándolo con sus manos y con su incansable polla.

Gimo con fuerza.

Sale y entra. Me deslizo sobre él. Lo disfruto. Es puro sexo y placer. Es Ryan Riley moviéndose debajo de mí, marcando mis caderas con sus dedos.

Acelera el ritmo.

Grito.

El placer me traspasa.

Sus embestidas son cada vez más duras, más fuertes, más bruscas.

Ryan recupera la cuerda y la enrolla entre sus manos.

Tira.

Cierro los ojos.

Grito aún más fuerte.

¡Es maravilloso!

Mi cuerpo se tensa. Me olvido del mundo y caigo en un espectacular orgasmo que me arrolla por dentro y se entremezcla con el de Ryan, que con una profunda embestida alcanza el clímax.

Acabo de ver el paraíso.

Abro los ojos con la respiración desbocada y una vez más su mirada me está esperando. Tira suavemente de la cuerda y me obliga a inclinarme sobre él hasta que su boca encuentra la mía.

Alza su mano libre y la coloca en mi mejilla. La desliza con dulzura y la punta de sus dedos se hunde en mi pelo. El contacto me gusta pero también me despierta. Mi tiempo en esta cama y con Ryan ya ha terminado.

Me separo despacio y por un segundo simplemente lo observo. Es el hombre más guapo que conoceré jamás. Lo sé.

—Tengo que irme —murmuro muy poco convencida.

No puedo permitirme pasar un segundo más con él o las fronteras que estoy intentando marcar entre nosotros se esfumarán.

Su mirada se endurece, pero no dice nada. Sólo asiente frío y hermético. Yo me incorporo despacio y tratando de mantener el equilibrio salgo de él. Ryan se levanta ágil y, sin ni quiera necesitar mirarme, tira de uno de los extremos del nudo de mis muñecas y las ataduras se deshacen al instante.

Me llevo las manos delante y froto una muñeca con otra para suavizar la piel enrojecida por las cuerdas, pero Ryan me detiene y las toma entre sus propias manos. Comienza a acariciarme el interior de la muñeca con el pulgar a la vez que revisa concienzudo que no tenga ninguna herida. Es lo mismo que ha hecho tantas veces, pero ahora me parece un gesto demasiado íntimo que tras el sexo no me puedo permitir tener.

—Estoy bien —musito a la vez que aparto mis manos de las suyas.

Ryan aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea pero no dice nada. Toma con cuidado la cuerda del cuello y me la saca por la cabeza. Nuestras miradas vuelven a encontrarse y algo dentro de mí suspira con fuerza. Nunca me había sentido tan expuesta a otra persona.

Sin embargo, otra vez tengo miedo de alargar el momento, de sucumbir, y me aparto de él. Ryan parece entender cómo me siento, porque tira de la colcha y me cubre con ella. Se lo agradezco. No le estoy poniendo en una posición fácil, pero sencillamente no puedo darle nada más.

—Bajaré a por tu ropa —me anuncia.

Asiento y me envuelvo concienzuda en la colcha.

Ryan se levanta se quita el condón y lo anuda hábil. Se pone los pantalones y sale de la habitación.

Observo la puerta y ni siquiera sé cómo me siento. ¿Quiero que sólo tengamos sexo? ¿Puedo conformarme con eso? ¿Es una manera de seguir adelante? Son demasiadas preguntas y no quiero tener que responderlas ahora. Vine porque lo echaba de menos y, aunque ahora esté hecha un auténtico lío de nuevo, mientras sus manos estaban en mi piel volví a sentir que era exactamente como tenía que ser.

Ryan regresa a los pocos minutos con mi vestido, mi cazadora y mi bolso entre

las manos. Me lo entrega y, envuelta en la colcha, me levanto. Lo tímida que siempre me ha hecho sentir se entremezcla con la maraña de pensamientos que inunda mi mente ahora mismo.

Recojo mi ropa interior del suelo y, sin volver a mirarlo, camino hasta entrar en el baño. Ya a solas, dejo la ropa sobre el mármol del lavabo y suspiro con fuerza, pero casi en el mismo instante cabeceo y comienzo a vestirme. No voy a empezar a martirizarme encerrada en su baño. Lo que tengo que hacer es ponerme las bragas y salir de aquí.

«Lo que tendrías que haber hecho es no venir y dejar que te las quitara».

Me doy toda la prisa que puedo. Me refresco las manos y me recojo el pelo en una coleta algo desordenada con una goma que, afortunadamente, encuentro en mi bolso. Doblo la colcha lo mejor que sé y agarro con decisión el pomo de la puerta. Es hora de salir y decir adiós.

Me mentalizo, resoplo y abro.

Pero todo da igual. El paso seguro con el que pretendía regresar a la habitación se vuelve torpe y creo que sencillamente dejo de respirar cuando lo veo. Está sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en sus rodillas entreabiertas y las manos entrelazadas. Se ha puesto una simple camiseta de algodón blanca y sigue con los pantalones de traje negros. Está descalzo, con el pelo alborotado y esa mezcla perfecta de arrogancia y dureza inunda sus ojos azules.

No sé qué extraña disfunción cerebral me hace sorprenderme constantemente de lo guapo que es, como si en algún momento lo hubiese podido olvidar. A veces creo que es algo mucho más mezquino, que está diseñado para deslumbrar cada vez que los ojos de una chica se posan en él. En cualquier caso, es una malísima noticia para mí. Despedirte del hombre al que quieres es complicado, despedirte cuando dicho hombre parece haberse caído en la marmita de la que salen los actores de Hollywood, lo es todavía más.

Sonríó fugaz ante mi propia ocurrencia y me apoyo en el marco. Él continúa mirándome y no puedo evitar pensar que, entre los más de tres mil millones de mujeres que hay en el mundo, me está mirando a mí. Algo se despierta en mi interior, llamándome estúpida y cobarde.

Suspiro bajito sin apartar mis ojos de los suyos.

—Me marcho a casa —musito.

Tengo que apartar la mirada de él o no seré capaz de irme. Suspiro de nuevo. Empiezo a pensar que esto no va a acabar bien para mí.

Ryan, una vez más, parece comprender exactamente lo que me pasa y, haciendo gala de toda esa seguridad que siempre le rodea, se levanta desuniendo nuestras miradas.

—Te acompaño a la puerta —me dice haciéndome un gesto con la mano para cederme el paso—. Finn te llevará.

Asiento y comienzo a caminar. Bajamos las escaleras en silencio y llegamos a la

puerta principal. Finn, que nos espera allí, la abre profesional y, tras un leve gesto de Ryan, sale y se adelanta hasta el Audi A8 aparcado junto a la acera.

Yo me detengo justo antes de cruzar el umbral. Ni siquiera sé cómo se supone que deberíamos despedirnos. Decido que lo más inteligente es no alargar la agonía y, a ser posible, no mirarlo. Mirarlo nunca es una buena idea.

—Adiós, Ryan —murmuro y, esforzándome en no volver la vista atrás, comienzo a bajar los escalones.

—Adiós, Maddie.

Su voz me detiene en seco y recorre mi cuerpo haciéndolo vibrar. Está conectada a mi interior y lo enciende de una manera que ni siquiera entiendo.

Me giro en contra de mi sentido común y lo observo una última vez. Todo mi cuerpo me suplica que no me vaya. Mi corazón ha renacido y todavía convaleciente alza tímido la mano pidiéndome que le dé otra oportunidad, pero no puedo.

Me obligo a seguir caminando hacia el coche y milagrosamente mis piernas obedecen. Estoy alejándome de Ryan. No sé si darme un bofetada por idiota o palmaditas por haber hecho lo correcto.

Prudentemente clavo mi vista en mis manos hasta que Finn arranca y enfila la 29 Oeste. Si lo echo tanto de menos como para venir hasta aquí y tirarme en sus brazos, tengo que ser lo suficientemente fuerte como para marcharme.

—¿Le apetece escuchar algo de música? —pregunta Finn amable.

—Sí, por favor.

Cualquier cosa que me distraiga será bienvenida.

El chófer asiente y pulsa uno de los botones del volante. Al instante comienza a sonar *Angie*, de los Rolling Stones, y yo me contengo para no poner los ojos en blanco.

Muchas gracias, Finn, realmente necesitaba escuchar la canción favorita de Ryan justamente ahora.

Afortunadamente no tardamos mucho en llegar. Le doy las gracias por traerme y me obligo a sonreír, aunque no me llega a los ojos.

En el tramo de escaleras entre el segundo y el tercer piso de mi edificio, mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolso y miro la pantalla. Automáticamente dejo caer la cabeza contra la pared. Es mi padre. Ahora no puedo cogerle el teléfono. Rechazo la llamada y me lo guardo de nuevo, esta vez en el bolsillo de mi cazadora. No quiero preocuparlo, pero tampoco puedo sentarme tranquilamente en un escalón y explicarle que mi matrimonio se ha ido al garete exactamente como él vaticinó. Le estaría poniendo en bandeja el «te lo dije» más sonado de la historia y, la verdad, no estoy preparada para oírlo.

Tras unos segundos de autocompasión, sigo subiendo las escaleras y llego hasta mi apartamento. Pienso en ir a ver a los chicos, pero ahora mismo lo único que quiero es meterme en mi cama y salir aproximadamente cuando vuelvan a despertarse los dinosaurios.

Sin embargo, cuando estoy a punto de entrar en casa, la puerta de los Hannigan se abre y sale Lauren.

—¿Dónde estabas? —me pregunta sorprendida al verme—. Es tardísimo.

Frunzo el ceño. No quiero hablar y, muchos menos, de dónde he estado y con quién he estado. No le gustaría.

—He estado dando un paseo —comento con muy poco convencimiento.

Lauren me hace un mohín y se cruza de brazos a la vez que se apoya en la pared junto a mi puerta.

—No me mientas —se queja divertida.

—No te estoy mintiendo. Me apetecía pasear y he salido a dar una vuelta.

No estoy de humor.

—¿Por dónde? —pregunta perspicaz.

—Cerca del parque Jefferson.

—¿A estas horas?

—Sí, a estas horas —respondo exasperada.

Estoy empezando a cansarme de que siempre me interroguen.

—Me estás mintiendo —sentencia.

—Basta ya, Lauren —protesto casi en un grito—. No te estoy mintiendo —añado tratando de que mi tono suene más relajado y conciliador para compensar el anterior.

Ella me mira a los ojos pero yo no soy capaz de mantenerle la mirada.

—¿Cuántas veces te he dicho que tienes que aprender a mentir?

—Muchas —respondo armándome de paciencia.

—¿Has estado con Ryan? —inquire sin paños calientes.

Suspiro hondo. Meto la llave en la cerradura pero no consigo hacerla girar. No estoy preparada para explicar algo que ni siquiera yo entiendo.

—No he estado con Ryan.

Lauren enarca las cejas.

—Contéstame tú a algo —me apresuro a interrumpirla—: ¿qué haces en casa de James?

—Nada.

—Por supuesto —replico sardónica—, y yo estaba paseando.

Al fin abro la puerta de mi apartamento y entro.

—No quieres hablar, ¿eh? —pregunta colocándose bajo el umbral.

—Lo que no quiero es que me interroguen —me quejo malhumorada—, sobre todo cuando tú no me cuentas nada.

Me quito el bolso y lo tiro en el sillón. Nos miramos por un instante y finalmente agarra el pomo de la puerta.

—Será mejor que esta noche duerma con Álex —comenta a la vez que cierra la puerta.

Cuando oigo la madera encajar en el marco, resoplo con fuerza. Odio discutir con ella, pero no necesito otra charla sobre que lo mío con Ryan no funcionaría. Hoy no.

Dudo si ir a buscarla a casa de los Hannigan una docena de veces, pero finalmente me quito los zapatos camino del dormitorio y, tras ponerme el pijama prácticamente en tiempo récord, me meto en la cama.

Estar con él ha sido excitante, increíble, pero, en cuanto se ha acabado, todo ese miedo ha vuelto a llenar mis pulmones. No quiero pasarlo mal otra vez.

Suspiro hondo y me llevo la almohada a la cara. Si se lo contara a las chicas, con toda seguridad Álex me daría la paliza que me merezco y Lauren me echaría una de sus maldiciones indias para que dejara de gustarme el sexo.

Sonrío fugaz. Seguro que, si hay una maldición para eso, Lauren la conoce.

Me quito la almohada. Reír es mejor que llorar.

Mi móvil vuelve a sonar dentro de mi cazadora. Reconozco la canción. Es mi padre. No puedo cogérselo. Tendría que mentirle. La verdad incluye que me he divorciado después de menos de un mes de matrimonio, que he renunciado a once millones de dólares y que ahora he decidido que no puedo dejar de acostarme con él, aunque sea incapaz de perdonarlo de verdad y regresar donde estábamos.

Sí, definitivamente es la llamada soñada por cualquier padre.

Opto por dejar de pensar y tratar de dormir. Enciendo la televisión y cambio hasta que Jimmy Fallon aparece en mi pequeña pantalla. Por lo menos sé que me reiré un par de veces antes de que el sueño me venza.

El despertador suena injustamente temprano. Estoy cansada, aunque he conseguido dormir algo. Me levanto decidida pero, cuando dejo atrás el nórdico, no tengo más remedio que salir disparada hacia la ducha. ¡Hace un frío que pela! La temperatura debe haber bajado varios grados. En mi huida me choco con una de las cajas que aún no he desembalado y me hago un daño terrible en el dedo pequeño del pie. Gimoteo y cojeo el resto del camino hacia al baño, pero lo merezco. No sé a qué estoy esperando para ordenar mis cosas.

Me visto de prisa, repitiéndome que tengo que recordar pedirle a James que me encienda la calefacción. La llave del radiador se rompió el invierno pasado y él es el único que sabe encenderlo.

Me pongo un bonito vestido con la parte de arriba negra y la falda crema con pequeños estampados. Añado una rebeca vino tinto y mis botines marrones de cordones. Ahora que estoy calentita y llevo un precioso vestido, empiezo a mirar el día con otros ojos.

He sido rápida y eficiente para poder tener tiempo de hacerme un buen desayuno. Mientras me duchaba, me di cuenta de que ayer no comí nada en todo el día. No puedo seguir así.

Después de las seis paradas reglamentarias de metro, saludo puntual a Ben y cojo el ascensor gracias a que un ejecutivo de las inmobiliarias mantiene el sensor bloqueado. Se lo agradezco con una sonrisa y me escabullo al fondo.

Hoy va a ser un gran día. Hoy va a ser un gran día. Llevo repitiéndomelo toda la mañana. Se acabó el martirizarse y se acabó la autocompasión a lo telefilme de

sobremesa.

Mientras reviso el correo y la agenda de Bentley, él entra en la oficina.

—Buenos días, ayudante —me saluda dejando una decena de carpetas sobre su escritorio.

—Buenos días, jefe —respondo con una sonrisa.

Obligarme a sonreír es la segunda parte de mi plan para motivarme.

—Maddie —me llama.

Alzo la cabeza de los documentos que reviso y lo observo al otro lado de mi mesa rascándose la barbilla. Parece muy pensativo.

—¿Lauren durmió contigo anoche? —me pregunta al fin.

¡Mierda!

—Sí —respondo sin dudar ni vacilar un solo instante—. Yo se lo pedí —añado—. Necesitaba compañía.

Bentley asiente aliviado y yo me siento increíblemente mal.

—¿Estás bien? —inquire.

Ahora que ya se ha quitado ese peso de encima parece otra vez el Bentley de siempre.

—Sí —contesto de nuevo rápidamente—. Sólo necesitaba charlar.

Asiente satisfecho y se va a su despacho. Yo me aseguro de que ya no me está prestando atención y le mando un mensaje a Lauren para que nos veamos en el archivo.

Tengo dos llamadas perdidas de mi padre. Me siento fatal, pero no puedo hablar con él.

Con el móvil todavía en la mano, le pongo una pobre excusa a mi jefe y salgo disparada a la pequeña habitación. Lauren no tarda en llegar.

—¿Qué quieres? —me pregunta toda dignidad cruzándose de brazos.

Frunzo los labios. Había olvidado que estaría enfadada por lo de anoche.

—Tenemos que hablar —le pido conciliadora.

—¿Vas a contarme cómo llegaste paseando a Chelsea?

La miro boquiabierta. Me parece muy injusto que tome esa actitud. Acabo de salvarle el culo.

—¿Y tú vas a contarme en la cama de qué Hannigan dormiste?

—Eso ha sido un golpe bajo —se queja malhumorada.

—Lauren, Bentley acaba de preguntarme si dormiste conmigo.

Su expresión cambia en una milésima de segundo, pero automáticamente sabe que le he cubierto las espaldas. Jamás la traicionaría.

—No tenía por qué preguntarte eso —protesta.

—Lauren, dime que no lo estás engañando con James —casi le suplico.

—No le estoy engañando con James. Yo no estoy engañando a nadie. Y él no debería intentar controlarme, porque no es mi novio.

—¿Y James sí?

Esa historia va acabar muy mal. Se ve el cartel de peligro a diez kilómetros de distancia.

«No eres la más adecuada para hablar».

—¿Y Ryan es el tuyo?

—Lauren —me quejo.

No quiero hablar de él.

—Maddie, estás cometiendo un error tremendo.

—Lauren, por favor...

—Ryan no va a cambiar —me interrumpe—. Vas a volver a pasarlo mal —insiste.

—¿Te crees que no lo sé? —replico arisca, casi alzando la voz—. Lo tengo clarísimo. No necesito que tú me lo recuerdes.

Entiendo por qué se preocupa por mí. No soy ninguna estúpida ni ninguna desagradecida, pero tampoco necesito escuchar constantemente el fracaso que fue mi relación con él.

Además, ella tampoco es que lleve una vida sentimental ejemplar.

—Tengo que irme —me disculpo acelerada—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Sin esperar respuesta por su parte, salgo del archivo. Otra vez me siento increíblemente culpable, pero ahora, además, estoy enfadada. En algún momento tiene que empezar a respetar mis decisiones, aunque no sean las mejores del mundo.

No he vuelto a mi mesa cuando mi *Smartphone* comienza a sonar. Otra vez es mi padre. Genial, ahora además me siento miserable. Tiene que estar realmente preocupado.

Entro en la oficina distraída y me topo de bruces con Bentley a punto de salir de ella.

—Lo siento —me disculpo.

—No te preocupes —responde con una sonrisa—. ¿Lista para la reunión?

¿Reunión? ¿Qué reunión? ¡Maldita sea! ¡La reunión de las rotativas! Había olvidado que se había adelantado.

—¿Lista? —vuelve a inquirir y, al ver que no contesto, me presta más atención, como si tratara de averiguar si estoy bien.

Pienso en pasar cuarenta minutos en la misma habitación que Ryan contemplando cómo es la erótica del poder hecha director ejecutivo y todo me da vueltas. Me pregunto si es demasiado tarde para fingir que estoy enferma.

—Bentley —lo llamo intentando sonar indiferente—, tengo mucho trabajo atrasado. Los archivos de Administración que me pediste que organizara ayer eran muy complicados y me quitaron mucho tiempo —comento tratando de que se sienta culpable y, por la forma en la que me mira compasivo, creo que lo consigo—. ¿Te importa si no te acompaño a la reunión?

Mi jefe frunce los labios. Está claro que, si pudiese, él también se quedaría en la oficina.

—Está bien, pero hazme un favor. Reúne a Linda, Lewis y Celentano y explícales

los cambios en la maqueta que comentamos. Quiero que comiencen a trabajar en ellos cuanto antes. Después puedes ponerte a recuperar trabajo atrasado.

Asiento con una sonrisa. Me he librado.

Tras un par de minutos buscando la carpeta con la nueva documentación y otro par ordenando las diapositivas que aparecerán en el nuevo número, reúno a los redactores que me ha indicado Bentley en la mesa de Linda.

Estoy explicándoles que la maqueta se ha redistribuido y sus artículos tendrán una columna más cada uno cuando el murmullo de los ejecutivos entrando en la sala de juntas me distrae. La reunión debe estar a punto de empezar.

A los segundos, Ryan aparece desde su despacho con el paso firme y decidido. Lleva un traje azul marino, una camisa impolutamente blanca y su corbata azul eléctrico. Está sencillamente espectacular.

Lo sigo con la mirada hasta que cruza la puerta y después a través de la inmensa pared de cristal hasta que toma asiento presidiendo la mesa.

Todo lo que despierta en mí vuelve a encenderse. Nuestros cuerpos siempre están conectados. Incluso ahora, separados por mesas, cristales y una veintena de personas, puedo sentir toda la calidez y la seguridad que irradia.

Mi móvil vibra sobre la mesa y me distrae. Otra vez es mi padre y otra vez vuelvo a rechazar la llamada.

Decido concentrarme en mi propia reunión, pero, sin quererlo, mis ojos vuelven a viajar a la sala de juntas. Lo hacen justo a tiempo de ver cómo Ryan se saca el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y con el ceño fruncido observa la pantalla. A continuación alza la mirada y me busca a través de los cristales, como si siempre hubiese sabido que estaba aquí.

Tardo unos segundos en comprenderlo, pero al fin me doy cuenta de que quien le llama es mi padre. La confirmación la obtengo cuando, tras anunciar algo a los ejecutivos que no logro oír, sale de la sala iPhone en mano. Creo que va a venir hacia mí y automáticamente me pongo increíblemente nerviosa. Sin embargo, gira hacia su despacho y se aleja ya hablando por el móvil.

Regresa un par de minutos después. Antes de entrar de nuevo en sala de juntas, vuelve a buscarme en la abarrotada redacción y otra vez sabe exactamente dónde estoy. No dice nada y por un momento sólo me mira con el semblante preocupado. Finalmente vuelve a la reunión.

No sé si prefiero que le haya mentido y le haya dicho que seguimos bien o que le haya contado la verdad.

Me estoy comportando como una cría.

Linda me pregunta algo sobre la maquetación y me obligo a volver a prestarle atención a la reunión, que consigo terminar a duras penas.

En la relativa seguridad de mi oficina, no puedo dejar de pensar que la mañana no está yendo en absoluto como esperaba. He vuelto a discutir con Lauren, no he sido nada profesional escapándome de una reunión y sin estar muy atenta en otra y, por si

fuera poco, mi padre ha acabado hablando con Ryan porque yo no he sido capaz de cogerle el teléfono.

Suspiro con fuerza, voy hasta la estantería roja y comienzo a ordenarla. Ahora mismo estoy tan inquieta que necesito moverme, hacer algo, lo que sea.

Apenas he movido un par de carpetas cuando oigo pasos acercarse a la puerta. Imagino que será Bentley y me giro para pedirle que me dé más trabajo que hacer y, cuanto más tedioso y aburrido, mejor.

Pero no es Bentley y esa parte de mí que vive llena de deseo ya lo sabía.

—Ryan, ahora mismo tengo mucho trabajo —murmuro sin ni siquiera mirarlo mientras continúo llevando sin ton ni son carpetas de la estantería a la mesa.

Él resopla brusco, cierra la puerta y da un paso hacia mí.

—Maddie —me llama mientras me observa ir de un lado a otro.

—Bentley está a punto de llegar —lo interrumpo.

Ryan resopla de nuevo. Creo que está intentando mantener la paciencia.

—Maddie —vuelve a llamarme.

—Tenemos mucho trabajo.

Sé lo que va a decirme y no quiero escucharlo.

—Maddie, para de una vez —gruñe tomándome de la muñeca y obligándome a frenarme—. ¿Se puede saber qué pasa? ¿Por qué no le coges el teléfono a tu padre?

Parece realmente preocupado, pero, cuando ayer dije que estaba cansada de interrogatorios, también lo incluía a él.

—Ryan, no es el momento para hablar de esto —me quejo zafándome de su mano—. Bentley podría regresar en cualquier momento.

—Dejar de repetir eso —me interrumpe con la voz endurecida. Está empezando a cansarse—. He mandado a Bentley a hablar con Spencer. Así que cuéntame qué está ocurriendo.

No parece que vaya a rendirse. Yo acabo resoplando a la vez que aparto mi mirada él. No quiero hablar de este tema y mucho menos quiero hablarlo con él. Me apoyo en mi mesa hasta casi sentarme. No tiene ningún derecho a preguntar.

—Maddie —me advierte Ryan dando un paso hacia mí, colocando sobre la mesa las manos a ambos lados de mis caderas e inclinándose hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura—. Estoy haciendo esto por las buenas, pero, si quieres, puedo hacerlo por las malas.

Su voz se vuelve más ronca mientras pronuncia cada una de las palabras de esa amenaza.

Trago saliva instintivamente. ¡A veces puede resultar tan frío e intimidante!

—No puedo decirle a mi padre que nos hemos divorciado —confieso después de dar un profundo suspiro.

—¿Por qué? —pregunta Ryan impasible.

—No lo sé —musito—. No quiero decirle que tenía razón y que las cosas han acabado exactamente como él dijo que acabarían. Supongo que no quiero decepcionarlo.

Y no quiero que le decepciones tú.

Acabo de comprender que ése es el principal motivo por el que no quiero contarle nada de lo ocurrido. Él no conoce a Ryan y no quiero que la opinión que tiene de él se distorsione aún más. A pesar de todo lo que ha ocurrido, nunca dejaré de pensar que es un hombre bueno y maravilloso. Ésa es la verdad y no quiero que nadie lo ponga

en duda.

—Supongo que al final no quiero que venga y te pegue ese maldito tiro —sentencio fingiéndome mordaz y divertida, pero la sonrisa no me llega a los ojos.

Ryan también sonríe pero también es un gesto forzado. La manera en la que me observa me hace pensar que sabe los verdaderos motivos de mi silencio.

Mi móvil vuelve a sonar y nos distrae a los dos. No necesito mirarlo para saber quién es. Lo cojo y apoyo las manos en mi regazo mientras clavo mi mirada en la pantalla. No para de iluminarse con la palabra *papá* escrita en ella.

—No puedo —murmuro.

Ahora mismo tengo unas inmensas ganas de llorar.

Siento como si estuviese alejando a mi padre de mi vida, pero no soy capaz de hacer otra cosa.

Ryan me observa unos segundos y finalmente me quita el teléfono de las manos a la vez que se incorpora.

—Señor Parker... —responde.

Gracias a su perfecto autocontrol no hay rastro de emoción alguna en su voz.

Yo lo miro tratando de descubrir qué piensa hacer y al mismo tiempo extrañamente segura y protegida porque él se haya hecho cargo de la situación. Eso es algo que siempre echaré de menos de estar con Ryan. Él me hace sentir a salvo.

—... sé que esperaba hablar con Maddie, pero, como le dije, está en una reunión y ha olvidado su teléfono en su mesa... Señor Parker —su voz se vuelve más seria y automáticamente sé lo que va a decirle—, ¿podría llamarlo en unos minutos? Me gustaría hablar con usted de algo... Gracias. Le llamaré.

Ryan cuelga, se inclina despacio sobre mí y vuelve a dejar el móvil en mi regazo.

—Déjame cuidar de ti —susurra cuando, tímida y nerviosa, alzo la mirada y vuelvo a encontrarme con sus increíbles ojos azules.

Me da un suave beso en la frente y, sin esperar respuesta, se incorpora de nuevo y sale de la oficina dejándome aún más aturdida.

Sólo quiero perderme en sus brazos y olvidarme del mundo.

El resto de la mañana es incómoda y extraña. Trato de concentrarme en el trabajo, pero no puedo dejar de pensar en Lauren, en mi padre, en Ryan.

A la una y media decidió bajar al Marchisio's. No tengo hambre, pero quiero despejarme un poco. En cuanto salgo del ascensor, veo a Lauren rebuscando en su bolso, imagino que los cigarrillos, antes de salir a la calle.

Me acerco a ella con el paso titubeante y mi mejor sonrisa-disculpa preparada.

—Es la primera vez que nos peleamos dos veces seguidas —le digo para romper el hielo.

Ella alza la cabeza sorprendida con un Marlboro *light* en los labios. Rápidamente se lo quita de la boca y lo coge entre los dedos como si ya lo estuviera fumando.

—2012. Madison Square Garden. Concierto de Maroon 5. Nos peleamos tres veces seguidas.

Hago memoria recordando ese día.

—Eso no cuenta —replico—. Dos de ellas fueron por culpa de James.

—Pues más o menos como ahora —se apresura a responder.

Las dos sonreímos.

—¿Entonces hacemos las paces? —le pregunto de nuevo con mi ensayada sonrisa.

—Sí —claudica tan resignada como divertida—. Lo de que cada una tome sus propias decisiones y la otra las respete es de lo más aburrido.

Nos echamos a reír y nos damos un abrazo. No puedo estar peleada con ella.

En el Marchisio's nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Lauren me obliga a pedirme una ensalada de pavo, pero cuando la tengo delante no me animo a dar bocado.

Estamos hablando de tonterías sin importancia cuando la puerta del gastropub se abre e inmediatamente una franca risotada de Spencer resuena en todo el local. Nos giramos curiosas y lo vemos entrar junto a Max y Bentley, que también sonríen, y, por supuesto, Ryan. Él está serio, frío, con la mirada endurecida. Nada fuera de lo común, pero tengo la sensación de que hoy esa cara de perdonavidas tiene que ver con mi padre.

Me permito observarlo un poco más. Se acomodan en la barra y, aunque los chicos continúan charlando, él parece ajeno a la conversación. Cuando lo descubro a punto de lanzar su mirada al local sin ningún motivo en especial, rápidamente aparto la mía.

Lauren continúa hablándome de no sé qué archivo que el señor Miller le ha obligado ya a cambiar tres veces y me doy cuenta de que yo tampoco he estado prestando mucha atención a mi conversación.

Terminamos de comer, o mejor dicho termina de comer mientras yo remuevo sin sentido mi ensalada, y regresamos a la oficina. Lauren me pregunta si no he comido porque estoy haciendo algún tipo de dieta, pero antes de dejarme contestar, me advierte que, si quiero parecer más delgada, no tengo que perder peso, sino hacer que las demás lo ganen.

Trato de ser una asistente eficiente el resto de la tarde, pero fracaso estrepitosamente. Estoy distraída, confundo un par de correos electrónicos y más de una vez tengo que regresar a la oficina porque no recuerdo qué es lo que Bentley me ha pedido. Así que a la cinco en punto, viendo que estoy molestando más que ayudando, me marcho a casa.

Estoy a punto de llegar al paso de cebra de la 58 con Columbus Circus cuando el elegante Audi A8 de Ryan se detiene junto a la acera. Dejo de caminar pero no me acerco. En lugar de eso me cruzo de brazos algo intimidada y lo miro desconfiada.

Finn se baja rápido y profesional, sin miedo a los coches que prácticamente pasan rozando su puerta, y rodea el vehículo para abrirme la de atrás.

—Buenas tardes, Maddie —me saluda.

—Hola, Finn —le respondo, pero no me muevo.

No sé qué quiere y mi sentido común me está diciendo a gritos que, sea lo que sea, no debería aceptar. Además, se supone que soy yo quien decide verlo o no.

Resuelta a averiguar qué ha venido a buscar, me inclino y nuestras miradas se encuentran a través de la puerta abierta.

—Sube al coche, Maddie —me ordena con su tono de voz imperturbable.

Vuelvo a incorporarme, me balanceo y resoplo, todo a la vez mientras pierdo mi vista en la bulliciosa calle 58.

No debería subir, pero, aun así, lo hago.

Ryan está sentado en el otro extremo del inmenso asiento. Tan frío e inaccesible como siempre. Suena *Riptide*, de Vance Joy, mientras Finn desafía el tráfico de Manhattan.

—Ryan, ¿qué hago aquí? —Me atrevo a preguntar.

—Te llevo a cenar —contesta con la mirada al frente.

La respuesta me pilla por sorpresa, pero rápidamente me recompongo.

—No quiero ir a cenar contigo —protesto.

Ryan permanece impassible, arisco y furioso. Puedo notar su monumental enfado desde aquí.

—Llévame a mi apartamento —sentencio.

Por lo menos podría dignarse a mirarme. He tenido un día horrible y también estoy muy cabreada. Pero sigue sin pronunciar palabra o dirigir su vista hacia mí. Es un gilipollas.

—No quiero estar contigo.

Maldita sea, tiene que respetar mis decisiones.

—Vamos a ir a cenar, Maddie —masculla girándose al fin e intimidándome con sus metálicos ojos azules—, y ya puedes imaginarte lo poco que me importa que quieras o no. Vas a comer.

Sigo furiosa pero ahora también demasiado confusa.

—No te necesito para comer —me defiendo.

—Ya veo, y ¿vas a comer igual que has comido este mediodía en el Marchisio's? ¿O como comiste ayer? Cada día estás más delgada, joder —gruñe.

De pronto me siento como si sólo midiese un par de centímetros. Tiene razón en que estoy siendo muy irresponsable con la comida, pero es mi problema. Yo decido cómo resolverlo y él tiene que entender de una vez que no puede entrar en mi vida cuando le plazca y reordenarla a su antojo.

—No es asunto tuyo —susurro enfadada.

No entiendo por qué sólo se lo susurro. Debería gritárselo a la cara.

Ryan resopla brusco, se quita el cinturón prácticamente de un tirón y se vuelve furioso hacia mí.

—Todo lo que tiene que ver contigo es asunto mío —masculla con la mandíbula tensa y la expresión recrudescida—. Ya te lo dije una vez y más te vale empezar a

comprenderlo porque eso no va a cambiar jamás.

Sus palabras, pero sobre todo la fuerza con la que las ha pronunciado, me silencian.

El coche se detiene e involuntariamente miro por la ventanilla. Estamos frente al Of Course y ese detalle hace que la rabia me queme en la garganta. Puedo entender que esté preocupado por mí, pero no puede hacer las cosas siempre de esta manera, arrollándolo todo a su paso como si fuera un tren de mercancías. ¡Ni siquiera me ha preguntado dónde me apetecía cenar!

Finn se baja del vehículo y le abre la puerta a Ryan, pero, cuando hace lo propio conmigo, no me bajo. No quiero. Sé que es una actitud de lo más infantil, pero estoy muy cabreada.

Ryan resopla exasperado en mitad de la acera. La idea de que no debería provocarlo así cruza mi mente, pero me mantengo en mis trece. Se acerca a la puerta abierta y, brusco, me toma de la mano. Sin ninguna delicadeza tira de mí para que salga. Yo me quejo e intento zafarme, pero Ryan no me hace el más mínimo caso y continúa andando hacia el restaurante obligándome a hacerlo con él.

Cruzamos la puerta del exclusivo local y la misma *maître* de siempre repara en Ryan desde el primer instante. Sale como un rayo de detrás de su coqueta mesita con la sonrisa preparada, pero él ni siquiera la mira y nos hace continuar caminando. Sigo enfadada, pero no voy a negar cuánto me ha gustado ese detalle y una indisimulable sonrisa aparece en mis labios.

Entramos en el reservado y Ryan al fin me suelta. A regañadientes me siento en el silloncito que me separa y él lo hace frente a mí. Sé que está más que furioso, pero yo también. Sólo quiero marcharme de aquí y lo más frustrante es que ni siquiera sé por qué no lo hago.

Un camarero impecablemente vestido se acerca a nosotros y nos tiende las cartas. Yo cojo una y la ojeo con la esperanza de que la media clase que di de mi curso de francés haya tenido algún efecto.

—¿Puedo preguntarles qué desean tomar?

—Entrecot al punto con patatas asadas y San Pellegrino sin gas para los dos — responde Ryan arisco.

Por supuesto tampoco puedo elegir qué quiero comer.

Es la persona más odiosa que he conocido en todos los días de mi vida.

—Yo tomaré vino, por favor —le comento al camarero con mi sonrisa más insolente mientras le entrego la carta.

Ni siquiera me apetece pero quiero molestarlo.

Ryan me fulmina con la mirada y yo me cruzo de brazos al tiempo que me dejo caer contra el respaldo del sillón desprendiendo toda la hostilidad que siento.

—¿Desea ver la carta de vinos? —pregunta el camarero sacándome de mi demostración de ira contenida.

Maldita sea, no contaba con eso. No tengo ni idea de vinos. Debería haber pedido

una cerveza. Sólo habría tenido que decir «Budweiser, gracias».

Ryan sonrío presuntuoso y yo me doy cuenta de que ahora no me puedo permitir fracasar. Le he oído pedir vinos un millón de veces. Sólo necesito recordar un nombre.

—Ausone del 2009 —respondo victoriosa tras hacer memoria.

El camarero asiente y se retira y cualquier rastro de sonrisa desaparece de los labios de Ryan. Ja, esta vez he ganado yo.

—No vas a beberte esa copa de vino —me advierte.

—¿Qué pasa? ¿Que el único que puede beber hasta caer rendido eres tú?

La mirada de Ryan se recrudece y ese sentimiento que no sé identificar inunda sus ojos azules, aunque rápidamente desaparece bajo todo su autocontrol y arrogancia.

Yo me arrepiento inmediatamente de haberlo dicho. Ha sido un golpe bajo de lo más injusto. Sin embargo, no me disculpo. No se lo merece.

El camarero regresa relativamente rápido. Deja dos botellines de agua sobre la mesa junto a las copas correspondientes y me muestra una botella de vino. Yo le hago un gesto indicándole que no deseo decantarla y me sirve directamente una copa ante la metálica mirada de Ryan. Sospecho que está haciendo un esfuerzo titánico para no levantarse, quitarle la botella de las manos y estrellarla contra la pared.

El hombre deja la botella sobre la mesa y se retira. Miro a Ryan con la sonrisa más impertinente que soy capaz de esgrimir, pero justo antes de que pueda alcanzar la copa, él la coge y, con la arrogancia brillando en sus ojos azules, extiende el brazo y la deja caer al suelo lleno de alevosía.

¿Pero qué coño...?

Lo miro boquiabierto un segundo y rápidamente me echo hacia delante para ver los restos de vidrio y vino esparcidos por el elegante suelo. Sencillamente no puedo creerme que haya hecho algo así.

Al volver a alzar la cabeza, sus ojos me están esperando. Está aún más furioso, más arisco, más malhumorado, más todo. Su mirada podría traspasarme en cualquier momento.

En ese instante el camarero regresa rápido y profesional acompañado de otro más joven que en cuestión de segundos vuelve a dejar el suelo impoluto.

—En seguida le traeré otra copa —me comunica.

La mirada de Ryan se vuelve aún más azul pero también más arrogante y dura. Me está diciendo sin palabras que estoy a punto de meterme en un buen lío si acepto esa copa.

—No, muchas gracias —replico a regañadientes—. Beberé agua.

El camarero asiente y se retira. Yo decido desunir nuestras miradas y centrar la mía en los tenedores, la botellita de agua o cualquier otra cosa. Aun así puedo sentir sus ojos azules todavía sobre mí. Me resulta tan intimidante. Creo que siempre me lo parecerá.

Finalmente nos sirven la comida. Tras murmurar un «gracias», observo mi plato.

Tiene una pinta deliciosa y la verdad es que incluso empiezo a tener un poco de hambre, pero no pienso probar bocado. Ya es una cuestión de principios. No pienso comer sólo porque él haya decidido que tengo que hacerlo.

Ryan corta hábil y elegante su filete y se lleva un trozo a sus perfectos labios. Me observa y su expresión se endurece aún más. Estoy completamente convencida de que está sopesando la idea de sentarme en su regazo y hacerme comer a la fuerza. Está a punto de estallar.

Comienzo a pensar que estoy jugando con fuego y, siempre que lo he hecho con Ryan, he acabado quemándome.

—¿No piensas comer?

—No —musito sin levantar la vista de mis manos.

Ryan resopla, pierde su vista al fondo de la estancia y cabecea un momento. Apenas un segundo después, sin decir nada más, se levanta y grácil se abrocha el botón de su chaqueta.

Yo lo observo confusa. ¿Va a dejarme ganar?

—Vamos —me reclama haciendo gala de todo su autocontrol con una voz impenetrable al ver que no me muevo.

Me levanto despacio y camino hasta él, que me hace un gesto para que pase delante. Atravesamos el restaurante en el más absoluto silencio. Su cambio de actitud me descoloca por completo. Odio discutir con él, pero creo que odio mucho más que tenga esta actitud tan fría conmigo.

Salimos del local. El Audi A8 nos espera en el mismo lugar. Ryan camina hacia el coche, pero yo me detengo. Ahora mismo estoy demasiado confusa. El día ha sido realmente horrible. Lo único que quiero es sentirme un poco mejor, volver al único lugar de la faz de la tierra donde consigo sentirme a salvo. Es frustrante y me enfada aún más porque me he convertido en una especie de yonqui que no es nada consecuente consigo misma, pero sencillamente lo necesito.

Al ver que no continúo caminando, Ryan se gira hacia mí y se acerca unos pasos.

—Te llevaré a tu apartamento —me informa.

Respiro hondo armándome de valor.

—No quiero irme a casa —murmuro—. Quiero que me lleves a la tuya.

Instintivamente mi voz se ha llenado de la seguridad que me da pronunciar esas palabras. Ha hablado la parte de mí que se llena de deseo cada vez que sus ojos me miran.

Ryan me observa un momento y, como hizo en el restaurante, pierde su mirada a su alrededor, esta vez al fondo de la calle Irving Place.

—Sube al coche —me ordena y algo en su voz ha cambiado.

Obedezco y me subo al Audi. Ryan rodea el vehículo y, mientras lo hace, de reojo puedo ver cómo hace una llamada. No puedo oír qué dice y, cuando entra en el coche, ya ha colgado.

Atravesamos la ciudad, pero yo sigo sin saber qué ha decidido Ryan y eso hace

que un sinfín de nervios se concentren burbujeantes en la boca de mi estómago. Cuando veo que el coche toma el desvío de la 34 y se adentra en Chelsea, una tímida pero indisimulable sonrisa secuestra mis labios.

El Audi se desliza suavemente por la rampa del garaje y Finn lo detiene junto en las escaleras amarillas de acceso. Ryan se baja y rodea el coche para tomarme de la mano en cuanto hago lo mismo.

Todo el enfado que sentía se ha diluido en el deseo brillante y poderoso que me recorre por dentro.

Sin soltarme la mano un solo instante, Ryan me conduce a través de la sofisticada casa hasta llegar a su habitación. Se detiene a los pies de la cama y tira de mí, dejando que mi cuerpo se balancee en el abismo de casi tocar el suyo.

No puedo evitar fijarme en un bol lleno de fresas perfectamente colocado sobre la cama. Son tan rojas y perfectas que parece que hayan salido del folleto de algún supermercado *gourmet*.

Ryan mueve la mano y recupera toda mi atención. Comienza a dibujar con la punta de sus dedos el contorno del escote de mi vestido. Está lleno de una indomable sensualidad. Mi respiración se acelera y se entrecorta inmediatamente. La simple promesa de todo lo que esté imaginando hacerme me llena de un hambriento deseo.

Sin dejar de mirarme, esconde sus manos bajo mi rebeca y la desliza por mis hombros. La prenda cae al suelo y yo no puedo evitar suspirar bajito mientras sus ojos azules se pierden en mi boca.

Ryan se inclina. Su cálido aliento inunda mis labios pero no me besa. Continúa bajando despacio, provocador; su nariz acaricia mi mandíbula y su boca baja por mi cuello calentando mi piel y calentándome a mí.

—¿Quieres que te bese?

—Sí —respondo con la voz rota de deseo.

Me dedica su media sonrisa más *sexy* y coge una succulenta fresa. Sin dejar de mirarme, le da un bocado y lo mantiene entre los dientes. Se inclina sobre mí hasta que nuestros labios comparten el trozo de fruta y con el beso estalla entre los dos jugoso y sensual.

Me tumba sobre la cama y se coloca a horcajadas sobre mí. Me observa desde arriba con sus impresionantes ojos azules dominando y encendiendo cada músculo de mi cuerpo. Toma el bajo de mi vestido y hábil me lo saca por la cabeza.

Alza su mano y comienza a acariciarme despacio, exactamente como hizo antes, dejando que sólo sean las puntas de sus dedos las que me toquen fugaces y cálidas.

—Ryan —susurro con la respiración entrecortada.

Necesito sentirlo dentro de mí.

—¿Qué? —pregunta torturador.

Todo el control que desprende le hace parecer aún más seguro de sí mismo, más arrogante, más sensual, y hace que mi deseo crezca todavía más.

Ryan toma una fresa entre sus hábiles dedos y acaricia con ella el centro de mi

cuello.

—No te muevas —me ordena clavando sus ojos azules sobre los míos.

Asiento nerviosa, llena de un placer anticipado que arde bajo mi piel.

Despacio, comienza a bajar por mi cuerpo. Desliza la fresa por mi pecho y rodea mi pezón. Gimo cuando la fruta fría lo endurece.

Me concentro muchísimo en no moverme pero es realmente complicado.

Ryan continúa bajando, pasea la fresa por mi estómago y ralentiza el ritmo al llegar a mi ombligo. Todo es tan sensual que un deseo puro y salvaje va instalándose entre los dos e inundando cada gramo de aire a nuestro alrededor.

Baja un poco más. Mi espalda se arquea. Gimo de nuevo. El placer me seduce.

Milagrosamente recuerdo que no debo moverme y haciendo un esfuerzo titánico me quedo clavada en el colchón.

—Buena chica —susurra con una sonrisa satisfecha y muy muy *sexy* en los labios.

La fresa continúa descendiendo entre sus expertos dedos y alcanza la tela húmeda de mis bragas. La desliza aún más torturador, casi sin llegar a tocarme, y un gemido largo y lleno de placer se escapa de mis labios. Ryan me observa de nuevo, otra vez con la expresión dividida entre el deseo, el placer, el control y toda su arrogancia, y le da un mordisco a la fresa.

No puedo evitar que mis ojos se pierdan ávidos en su boca. Ha sido tan sensual que he sentido ese mordisco en mi propia piel.

Ryan se inclina sobre mí y hunde su cara en mi cuello.

—Sabe a ti —susurra.

Su cálido aliento impregna mi piel y, tomándome por sorpresa, me muerde. Ahogo un grito en un gemido y me dejo llevar por la sensación del suave dolor entremezclándose con todo el placer. Ryan aprieta un poco más. Gimo más alto y digiero las emociones opuestas. Me gusta y me duele, todo a la vez, y nunca pensé que sentir las cosas sin que fueran blancas o negras en el sexo sería algo tan increíble.

—Pero tú sabes mejor —sentencia justo antes de calmar con su lengua las marcas que acaba de fabricar en mi piel.

Coge otra fresa del elegante bol y la coloca sobre mi ombligo. Doy un respingo y jadeo sobresaltada. No sé si la fruta está muy fría o mi piel muy caliente, pero el enfrentamiento ha sido alucinante.

Ryan realiza el camino inverso y llega hasta mi cuello tras perderse deliciosamente en mis pechos. Sigue subiendo por mi mandíbula y la pasea por mis labios despacio, salvaje, torturador, envolviéndome en toda su sensualidad. La muerdo absolutamente hechizada por su mirada y está tan jugosa que mis labios se llenan al instante de zumo.

Ryan coloca su mano en mi cuello. Se inclina y me besa con fuerza, saboreando la fresa directamente de mis labios.

Toma otra pieza y realiza el mismo juego con mi boca, pero esta vez, cuando voy

a morderla, la aparta y con una media sonrisa en los labios se la come.

Coloca sus brazos a ambos lados de mi cabeza y vuelve a inclinarse sobre mí.

—¿La quieres tú? —pregunta con sus ojos azules rebosantes de una sensualidad indomable.

—Sí —contesto ansiosa.

Se inclina aún más, tensando sus perfectos brazos, armonizándolos con un ambiente cada vez más *sexy* y cada vez más entregado al paraíso y al pecado, y me besa desbocado otra vez. El sabor de las fresas se mezcla con el de sus labios y con el de los míos. Es delicioso.

Ryan se incorpora, toma otra pieza y me la da. Apenas la he mordido cuando me besa saboreando el jugo esparcido en mis labios. Sin separarse un centímetro de mí, su mano sube por mi costado y sus hábiles dedos toman mi pezón y tiran de él.

Gimo contra sus labios y Ryan tira con más fuerza, haciendo aún más fina la línea entre el placer y el dolor, casi traspasándola, llenándome de un indómito placer.

—¿Otra? —me pregunta.

—Sí —respondo sin dudar.

Porque sé que después vendrá otro beso y todo lo que él decidida darme.

Ryan me da otra fresa y vuelve a besarme. Una de sus manos se ajusta a mi cuello y la otra baja despacio por el camino inverso de mi costado hasta llegar a mis bragas. Esconde la punta de sus dedos bajo la tela de algodón y apenas me roza torturador, sensual, haciendo que un delirante deseo crezca entre mis piernas.

Pierdo la cuenta de cuántas fresas como, de cuántos besos y caricias recibo. Estoy en el paraíso.

—¿Otra?

—Sí, por favor, sí —respondo con el anhelo seduciendo mi voz, todo mi cuerpo.

Ryan repite la operación una vez más. La fresa, sus labios y sus dedos vuelven a perderse bajo mis bragas, pero cuando está a punto de acariciarme por fin, enérgico, se levanta de un salto.

—¿Qué pasa? —pregunto confusa y jadeante.

Se aleja de la cama y se pasa las manos por el pelo a la vez que su expresión se endurece.

—Vístete —me ordena—. Finn te llevará a tu apartamento.

¿Qué? No entiendo nada.

—Ryan, ¿qué pasa? —pregunto de nuevo al tiempo que me incorporo.

Él gira sobre sus pasos y rápidamente apoya las manos sobre el colchón a ambos lados de mis piernas, inclinándose hasta que su mirada atrapa la mía. Toda la rabia del coche y del restaurante vuelve a sus ojos azules.

—Pasa que yo no me voy a la cama con crías que son tan irresponsables como para no entender que necesitan comer.

Su voz ha sonado exigente y arrogante. Automáticamente miro el cuenco de fresas y, al verlo vacío, el enfado más intenso que he sentido jamás me recorre de pies

a cabeza. Este juego de las fresas ha sido una lección, una amenaza y un castigo todo a la vez. ¡Sólo me ha traído aquí para hacerme comer!

—Eres un gilipollas —siseo.

He perdido la cuenta de cuántas veces se lo he llamado ya.

—Y tú una maldita cría, joder, y ya me estoy cansando de esto.

Sin decir nada más, sale de la habitación y yo me siento como si me hubiese dado una bofetada sin tocarme. He sido una irresponsable por dejar de comer, eso lo tengo claro, pero tampoco ha sido un capricho. No estoy pasando por mi mejor momento y él es el único culpable.

Resoplo. De pronto mi enfado resurge con fuerza. Él es el culpable de todas mis desgracias, de que probar bocado me suponga un mundo porque mi estómago está cerrado a cal y canto, y encima se permite el lujo de hacerme sentir mal por ello.

Me levanto como un resorte y me pongo el vestido obviando el hecho de lo pegajosa que estoy por culpa de las fresas. Recojo mi bolso y mi chaqueta del suelo y salgo del cuarto con el paso acelerado.

Mientras bajo las escaleras, ya puedo divisar a Ryan sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina con las manos apoyadas en la encimera. Su cuerpo está tenso, en guardia, y no deja de dar rítmicos golpecitos con sus zapatos italianos sobre el reposapiés de metal. Está nervioso, acelerado, a punto de estallar.

Haciendo un esfuerzo gigantesco, decido ignorarlo por completo. Puedo entender que esté preocupado, yo también lo estaba por él, pero no lo engañé ni le obligue a hacer nada.

La figura de Finn deteniéndose en el umbral de la puerta me distrae.

Dudo, pero decido agarrarme con fuerza a la rabia que siento y comienzo a caminar hacia la puerta.

Me faltan un par de pasos para llegar cuando oigo un fuerte golpe.

—Joder —masculla Ryan y sale despedido hacia su estudio pasándose las dos manos por el pelo.

No necesito mucho para comprender que el golpe han sido sus manos pagando toda su furia contra la encimera.

Lo observo marcharse y mis ojos se llenan de lágrimas que, por supuesto, no me permito derramar. Los dos vamos a acabar destrozados.

Camino hasta el coche y Finn me sigue, adelantándose sólo para abrirme la puerta cuando es necesario.

Llego a mi apartamento relativamente temprano y sin dudarle me meto en la cama y me tapo con la colcha hasta las orejas. Si ayer no quería salir antes de que se despertaran los dinosaurios, hoy no quiero hacerlo hasta que se despierten y aprendan a resolver ecuaciones.

Sin embargo, recuerdo que estoy pegajosa y llena de fresas y me obligo a darme una ducha. Bajo el agua me niego a pensar, porque ya hemos llegado al punto en que no pienso sino que me martirizo con saña. Estoy a un paso de acabar como esas

mujeres de las telenovelas que miran al infinito mientras hablan de sus problemas y me niego a ser esa clase de persona. Es una cuestión de principios.

Regreso a la cama y me meto dentro aún con el pelo mojado. No me importa. Sólo quiero que este día se acabe.

Me despiertan unos gritos. Pestañeo aturdida y tardo en comprender que vienen del piso de Sandy. No para de repetir que ella no es su trabajo y que se siente como Rita Hayworth cuando los hombres esperaban acostarse con su personaje de *Gilda* en vez de con ella. Parece realmente abatida y, cuando la puerta de su apartamento se cierra de un portazo, rompe a llorar absolutamente desconsolada.

Me da mucha pena y me bajo de la cama dispuesta a subir para ver cómo está. Tal vez sea simplemente empatía, pero ese llanto se merece que alguien la consuele. Estoy a punto de salir de la habitación cuando vuelvo a oír la puerta, oigo voces que no sé distinguir e inmediatamente gemidos que sí sé distinguir.

Pongo los ojos en blanco, me doy media vuelta y me meto en la cama. Me parece que están en vías de solucionar el conflicto o por lo menos se han tomado una tregua.

¿Dónde trabajará Sandy? Me tiene de lo más intrigada.

No consigo volver a quedarme dormida y, cuando el despertador suena a las siete en punto, llevo más de dos horas despierta.

Pongo la radio y delante del espejo me doy cuenta de que mi pelo no tiene salvación, así que tengo que volver a ducharme.

Me pongo mi vestido de cuadros grises, azules y blancos, mi rebeca y mis botas marrones. Mientras me coloco bien la pequeña hebilla de mi zapato derecho, comienza a sonar *FourFive Seconds*, de Rihanna, Kanye West y Paul McCartney.

Me encamino hacia el baño, pero la letra de la canción hace que me pare en seco y clave mi mirada en la vieja radio de Sam. Habla de que la situación a veces nos supera y de que toda nuestra amabilidad se transforma en malicia.

Apoyo la cabeza en el marco de la puerta y me quedo simplemente escuchando. Me asusta que eso sea lo que me está pasando a mí, que me esté transformando en otra persona, que todo el dolor que siento, la rabia, la frustración y también el amor, me estén convirtiendo en alguien que no soy.

Suspiro hondo y me quedo unos segundos más apoyada en la madera. Necesito desesperadamente que la chica lista vuelva.

Desayuno un café y tostadas francesas. No tengo hambre, pero me obligo a comer.

Llego a la oficina no demasiado animada, pero manteniendo el tipo. Cada hombre enchaquetado que veo me recuerda a Ryan y mi enfado se recrudece. Teniendo en cuenta que trabajo en uno de los grupos empresariales más importantes del país y en el centro de Manhattan, me encuentro una docena de ejecutivos sólo en el ascensor. Al llegar a la planta veinte estoy tan furiosa que estoy a punto de echarles una charla de esas que acaban con otra en el departamento de Recursos Humanos.

Bentley me informa de que nos espera un día tranquilo. Básicamente sólo

debemos rematar algunos asuntos de esta semana y preparar la que viene. Me anuncia con una sonrisa que, teniendo en cuenta todo lo que hemos trabajado estos días atrás, incluyendo dos fines de semana completos, mañana tendremos el día libre. Lewis se quedará al mando del barco. Le preocupa un poco que la redacción acabe en llamas, pero está completamente convencido de que nos merecemos un descanso.

Yo asiento encantada. Un día libre para pasarlo en pijama comiendo cereales en el sofá me parece fantástico.

Estoy repasando su calendario de reuniones para la semana que viene. Sujeto el lápiz entre los dientes mientras reviso un par de carpetas. Quiero asegurarme de que contienen toda la información que Bentley necesitará para el próximo, y esperemos que definitivo, encuentro con Matel.

El teléfono de mi mesa comienza a sonar. Con la mirada aún en la pantalla, me inclino sobre la madera y cojo el auricular.

—Despacho... —Me doy cuenta de que sigo con el lápiz en la boca y me lo quito rápidamente—. Despacho de Bentley Sandford —comienzo desde el principio—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Maddie, soy Tess.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa de golpe.

—¿En qué puedo ayudarla? —repito.

Me niego a creer que haya sido capaz de mandarme llamar como si no hubiese ocurrido nada.

—El señor Riley me ha pedido que le diga que quiere verla en su despacho.

Ahogo una risa increíblemente irónica en un brusco y fugaz suspiro. Es un bastardo presuntuoso y va a serlo hasta el último de sus días.

—Dígale al señor Riley que en estos momentos estoy muy ocupada y me es imposible abandonar mi puesto de trabajo.

La secretaria guarda silencio un segundo. Supongo que no está acostumbrada a que nadie mande esperar al señor irascible. Puede que incluso sea la primera vez que ocurre.

—Se lo diré —se despide antes de colgar.

No pienso ir a verlo por nada del mundo.

Continúo trabajando, tratando de concentrarme, cuando el teléfono vuelve a sonar. Lo miro como si mirara a mi peor enemigo y me mentalizo para decirle a Tess lo más educadamente posible dónde puede mandar al señor Riley de mi parte.

—Despacho de Bentley...

—Ven ahora mismo a mi despacho —me interrumpe Ryan.

Está tan furioso que incluso a través de la línea telefónica logra sonar intimidante.

—No pienso ir, Ryan —musito.

Yo también estoy enfadada.

—Más te vale venir —replica con un tono de voz amenazadoramente suave. La piel de la nuca se me eriza—. Créeme, Maddie, si me haces ir a buscarte, va a ser

mucho peor.

Cuelga sin darme oportunidad de responder. Yo también lo hago, pagando toda mi rabia y frustración con el auricular del teléfono.

Valoro seriamente la posibilidad de desoír sus palabras y simplemente quedarme aquí, pero a estas alturas lo conozco lo suficiente como para saber que, si lo hago, acabará viniendo a buscarme y no será precisamente el rey de la amabilidad. Además, no quiero que los redactores ni tampoco Bentley nos vean discutir. Ya hemos mezclado demasiadas veces lo profesional con lo personal en esta oficina.

Me levanto a regañadientes y me dirijo a su despacho. Tess me recibe con una sonrisa y me indica que puedo pasar. Aun así, llamo a la puerta y espero a que me dé paso. No pienso darle ninguna oportunidad de discutir.

Sin mirarlo, camino hasta colocarme en el centro de su despacho. Me cruzo de brazos y malhumorada alzo la cabeza. Ya sospechaba que estaría mezquinamente guapo, pero lo que me encuentro, para mi desgracia, me deja fulminada. Lleva uno de sus trajes negros, una camisa inmaculadamente blanca y una corbata delgada y negra. Está ligeramente apoyado sobre su mesa. Sus manos se agarran con fuerza a la madera y provocan que sus sensuales brazos se estiren armónicos y perfectos. Está en guardia, el león fabricado de arrogancia y atractivo.

Me pongo los ojos en blanco mentalmente y obligo a mi cuerpo traidor a contenerse de inmediato. No pienso dejar que me toque, ni siquiera que se me acerque. Ahora mismo es mi enemigo número uno.

—¿Qué quieres? —pregunto sin ningún interés en sonar amable.

Ryan resopla, está claro que ni mi tono ni mi actitud le están gustando lo más mínimo y, antes de que pueda reaccionar, camina hasta mí lanzando un juramento ininteligible, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza llevándome contra la pared. Sus labios me llenan de deseo, pero no pienso permitir que haga lo que quiera una vez más. Lo empujo, trato de zafarme, pero Ryan inmoviliza mis caderas con las suyas y me aprisiona contra la pared.

Cuando se separa, me mira con una sonrisa arisca y malhumorada en los labios.

—Quería mi beso de buenos días —comenta absolutamente furioso e increíblemente presuntuoso.

Una arrogancia que hace que me hierva la sangre y, antes de que la idea se transforme en una intención firme, alzo la mano para abofetearlo.

Es un maldito bastardo presuntuoso.

Pero Ryan para mi mano agarrando mi muñeca antes de que pueda tocarlo. Sus ojos azules se clavan en los míos y rápidamente se oscurecen, llenándose de toda esa rabia pero también de un deseo puro, sin edulcorar. Mi respiración se entrecorta sin remedio y la suya también se acelera. La situación, la sensualidad, incluso la rabia nos van envolviendo hasta que nos atrapan por completo.

Es una maldita locura.

Ryan lleva mi muñeca contra la pared y en el mismo movimiento me besa con

fuerza. Le recibo encantada. Me siento desesperada, nerviosa, absolutamente llena de un deseo ensordecedor.

Con la mano libre se deshace de mis bragas, se desabrocha los pantalones y me obliga a levantar la pierna y rodear su cadera. Yo imito el movimiento con la otra. Se recoloca entre mis muslos y mi sexo se encuentra inmediatamente con su erección.

Gimo.

Ryan entra brusco, duro, profundo.

Grito.

—No te has puesto condón —me quejo.

Trato de apartarlo con una sola mano y la voz llena de jadeos, pero Ryan acalla todas mis protestas besándome, llegando aún más profundo.

—Déjame sentirte, nena —susurra contra mis labios.

Y toda mi resistencia se evapora.

Se mueve cada vez más brusco, más acelerado, llegando más lejos embestida a embestida, colmándome de una manera delirante que no me da más opción que rendirme por completo.

Me corro muy rápido y con mucha fuerza, como si todo el enfado y la tristeza que llevo sintiendo desde ayer y la rabia porque me haya hecho venir a su despacho y me haya robado ese beso se hubiese transformado en un orgasmo salvaje, duro, fuerte, pero sobre todo liberador.

Él es el único que tiene la llave para hacer que todo mi mundo cobre sentido.

Ryan me embiste desbocado y, hundiendo su boca en mi cuello, se pierde en mi interior.

Me desliza por la pared lentamente. Nuestras miradas están atadas y nuestras respiraciones entrecortadas. En cuanto mis pies tocan el suelo, lo empujo y salgo prácticamente corriendo del despacho. Él no protesta por mi huida ni intenta detenerme de ningún modo.

Cierro la puerta tras de mí, me despido de Tess con una sonrisa que, como empieza a ser injustamente habitual, no me llega a los ojos y cruzo la redacción como una exhalación hasta mi oficina.

Afortunadamente Bentley no está y puedo cerrar la puerta y simplemente respirar. Ha sido un polvo furioso en toda regla y ahora me siento aún peor que cuando salí de este despacho.

Aunque lo intento, no consigo relajarme en todo lo que queda de día.

A las cuatro y media Bentley me ofrece marcharme ya y francamente se lo agradezco. No he vuelto a ver a Ryan y eso también lo agradezco.

Me dispongo a irme a casa, pero entonces me doy cuenta de que no quiero hacerlo. No quiero pasarme toda la noche lamentándome porque haya vuelto a ocurrir, porque haya pasado sin condón o porque siga en medio de este remolino de odio, amor y sexo desenfrenado. Me merezco un respiro.

Camino hasta el fondo de la inmensa planta y llego al departamento de

Contabilidad. Avanzo entre los cubículos de cristal y metal y finalmente llego al de Lauren. Es el que está más cerca del despacho del jefe de departamento, el señor Miller, porque, a pesar de todo lo que se queja de ella, es verdad que la adora y prácticamente la considera su mano derecha.

—Alcohol —le digo con una sonrisa asomándome a su intento de despacho.

—Para mí, uno doble —responde tecleando algo en el ordenador.

Me siento en una esquina de su mesa y observo su escritorio. Tiene un Manolo Blahnik en miniatura que usa de pisapapeles y, junto a un lapicero lleno de bolígrafos, todos azules, una foto de *Chillie*, su perro de la infancia en Maine, y otra de los Hannigan, ella y yo.

—James tiene razón. Acabaremos en un sótano de un centro comunitario de Brooklyn en una reunión de Alcohólicos Anónimos —comento socarrona mientras cojo nuestra foto.

Sonrío de verdad. Son tres de las personas que más quiero.

—Las reuniones de Alcohólicos Anónimos más *cool* se celebran en la zona oeste. No pienso ir a Brooklyn —protesta.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Tenemos plan para esta noche? —planteo dejando de nuevo la foto en su sitio.

—¿Por qué? ¿Hoy no sales a pasear? —me pregunta perspicaz.

Levanta su vista de la pantalla y la lleva mordaz hasta mí al tiempo que se reclina sobre su silla y se cruza de brazos.

Yo pongo los ojos en blanco divertida. Le doy una patada y ella gimotea.

—Pensé que a lo mejor esta noche no tenías ninguna orgía planeada —continúo burlona— y te apetecía que fuéramos a bailar.

—No son orgías —se queja—. La palabra *orgía* tampoco es *cool*. Ahora se llaman *sesiones* —continúa muy orgullosa de sí misma por su cultura sexual—. Y no, no tengo ninguna, así que podemos ir al Electric House of Natives. Los miércoles es el mejor local de la ciudad.

Me suena ese sitio pero nunca he estado allí, creo.

—¿El Electric House of Natives? ¿Ya hemos ido alguna vez? —pregunto tratando de hacer memoria.

—Es donde íbamos a ir la noche que le tiré mis zapatos a Bentley y a ti te atacó ese gilipollas.

Trago saliva. La piel se me eriza sólo con recordarlo. Nunca había visto a Ryan tan asustado hasta que... Interrumpo mi propia línea de pensamientos. No quiero volver a pensar en la noche que descubrí la foto del *Times*.

Lauren me observa un segundo y se inclina hacia delante.

—No te creas que no sé que sólo lo hiciste para llamar la atención —me dice con la única intención de hacerme reír—. Te encanta ser la reina del dramatismo.

Lo consigue.

—Creí que ése era James —replico socarrona.

—Y eso que tú no has tenido que romper con él.

La miro escandalizada un segundo y después las dos nos echamos a reír.

La apremio para que termine y podamos irnos de tiendas por la Quinta Avenida. Ninguna de las dos tiene un mísero céntimo para gastar y mucho menos en una tienda de ésas, pero, sólo con mirar escaparates y probarnos la ropa, nos divertiremos.

Regreso a casa a eso de las ocho y la verdad es que bastante cansada, pero, sólo con mirar el vestido que me he comprado gracias al método Stevens para la adquisición de vestuario, me animo de nuevo. Es blanco, cortado a la cintura y con una falda por encima de las rodillas con algo de vuelo. Ajustado, sin mangas y con un transparencia también blanca en la parte baja del cuello. Pienso estrenarlo esta noche, adornándolo con un sencillo y delgado cinturón negro y mis botines del mismo color.

Una hora después estoy corriendo por la casa, soplándome las uñas que me acabo de pintar de rojo y buscando mi móvil, que suena en algún punto del salón. Cuando al fin lo encuentro bajo un cojín, cuelgan. Miro la pantalla. Es Lauren. Imagino que quiere saber cómo me queda el vestido o contarme cómo le sienta el suyo. Hablaré con ella cuando haya terminado.

Me recojo el pelo en un moño de bailarina más alto de lo normal, pero como tengo algo de prisa no me lo puedo retocar todo lo que me gustaría y algunos mechones me caen desordenados.

Llaman a la puerta. Atravieso el salón poniéndome los zapatos. Es James. Está más que guapo con unos vaqueros, una camisa blanca con las mangas remangadas y un chaleco de traje negro. Tiene absolutamente dominado el estilo neoyorquino casual. Sonrío. Seguro que a Lauren se le caen las bragas cuando lo vea. Hoy se parece más que nunca a James Franco.

—¿Estás listas, Parker? —pregunta paciente sentándose en uno de los taburetes de la isla de mi cocina.

La puntualidad nocturna no es mi fuerte. Él lo sabe.

—Dame un segundo, Hannigan —grito regresando a la habitación.

Necesito encontrar mi bolso. Miro por todos lados buscando mi *clutch* negro *vintage*, pero parece habérselo tragado la tierra. Supongo que me sería mucho más fácil dar con él si desempaquetara y ordenara de una maldita vez todas estas cajas.

—Álex y Charlie ya han salido y recogerán a Lauren de camino —me comenta voz en grito.

Sonrío cuando al fin lo encuentro y regreso a toda prisa al salón. Sin ni siquiera mirar, meto el móvil, las llaves y demás en mi bolso. Me pongo mi perfecto de cuero negra y me detengo delante de James con una sonrisa para indicarle que estoy lista y podemos marcharnos.

Él me devuelve el gesto, se baja del taburete y salimos de mi apartamento.

Vamos en taxi hasta la Avenida Amsterdam. James no quiere coger el Camaro, porque, según palabras textuales, «quiero beber hasta que mi vida sentimental vuelva a parecerme una buena idea». Yo le sonrío perspicaz. A mí no puede engañarme. Por

mucho que se queje, está encantado de volver a estar enredado con Lauren, aunque sea de esta manera tan peculiar.

Llegamos al local y, como siempre, gracias a James entramos sin problemas. Saluda al portero como si se conociesen de toda la vida y ni siquiera tenemos que molestarnos en hacer cola. Definitivamente es el rey de los garitos. Un día tengo que proponerle que salgamos de Manhattan. Tengo curiosidad por saber hasta dónde llegan sus influencias.

Nada más atravesar las puertas del club, comienza a sonar *Uptown Funk*, de Mark Ronson y Bruno Mars. Sonrío de oreja a oreja y tiro de James para que vayamos a la barra.

—Vamos —le animo.

—Cálmate —me pide divertido con una sonrisa haciéndose oír por encima de la música.

—No quiero —respondo y su sonrisa se ensancha hasta casi reír—. Quiero pasármelo bien y quiero olvidarme de todo lo que quiero olvidarme.

Olvidarme de Ryan Riley, CEO del Riley Enterprises Group y natural de Nueva York, habría sido la frase más exacta.

—Entonces necesitas una copa —me sugiere mi amigo.

Asiento encantada y él vuelve a sonreír. Me coge de la mano y atravesamos el local hasta la barra. James mira a ambos lados y no tarda en ver a Charlie y Álex. Llegamos hasta ellos y rápidamente tengo un Martini Royale delante de mí.

Voy a darle mi primer sorbo mientras Bruno Mars canta eso de «No me creas, sólo mira», cuando Lauren se acerca a mí con la expresión seria, incluso algo nerviosa.

—¿Por qué no me has cogido el teléfono? —pregunta con cara de pocos amigos.

Me siento fatal y al instante también me preocupo. Di por hecho que quería hablar de trapitos y a lo mejor le ha ocurrido algo.

—Lo siento —me disculpo sincera—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Ryan está aquí —me anuncia sin paños calientes.

Trago saliva. No quiero verlo. Quiero olvidarme de él. Ésta era la noche ideal para resurgir de mis cenizas bebiendo cócteles con mis amigos en el club de moda y escuchando buena música.

—Bentley me llamó para invitarme a venir —me explica—. ¿Quieres que nos vayamos?

Miro a los Hannigan y a Charlie ajenos a nuestra conversación. Parecen estar pasándolo muy bien. No quiero estropearles la noche. Además, el local es enorme. No tengo por qué encontrármelo.

«Eso no te lo has creído ni tú».

—No —murmuro—. No —repito más convencida—. Vamos a pasarlo de escándalo.

—¿Segura?

Asiento.

—Segura —me reafirmo.

Si quiero que deje de verme como una cría, lo primero que tengo que hacer es dejar de comportarme como una. Los adultos no salen huyendo de discotecas. Los adultos se quedan, bailan y beben.

Lauren me sonrío y me da una palmada en el trasero.

—Ésa es mi chica —me anima con una sonrisa—. Pobre, divorciada, pero valiente como una ardilla hasta arriba de *speed*.

No puedo evitar sonreír por la comparación y ella me guiña un ojo.

La noche va a salir bien. Estoy convencida.

Intento olvidarme del hecho de que pueda ver a Ryan en cualquier momento y me concentro en la música, en bailar y en lo que me estoy riendo con los chicos.

Suena el *Feel so close*, de Calvin Harris. Todos alzamos las manos al aire seducidos por el perfecto ritmo electrónico y nos mezclamos bailando con los centenares de personas que abarrotan la pista.

Cuando termina, incluso aplaudimos. Ha estado genial. Yo tomo aire con una sonrisa y me ofrezco a ir a la barra a por una copa para mí y otra para Álex.

—Dos Martinis Royale —le pido al camarero levantando dos dedos.

Él asiente y me tiende una sonrisa profesional mientras comienza a preparar los cócteles. Empieza a sonar *Light years away*, de Tiësto y DBX. Es una canción increíble. Por un momento me quedo embobada por la luz suave y azul que desprende la propia barra bajo un grueso cristal templado. Me encanta este sitio. Es como si hubiesen convertido en club la música electrónica más elegante y sofisticada.

—Hola, guapa —me saluda un tipo colocándose a mi lado.

Lo miro apenas un segundo y me vuelvo.

—Hola —respondo por compromiso, con la vista puesta en las manos del camarero, que ágiles parten una lima en gajos.

—¿Qué haces por aquí?

No pretendo ser maleducada pero no quiero ligar y, puestos a ser sinceros, tampoco es mi tipo. Parece un ejecutivo pasado de copas que se ha equivocado de club.

—Yo estoy en una despedida de solteros —comienza a explicarme—. La música de este sitio es un asco —se lamenta.

Sonríó mentalmente. Sabía que había acabado aquí por accidente.

—Conozco una decena de locales mejores que éste —añade—. ¿Por qué no te vienes conmigo? Puedo enseñártelos.

—No, gracias —me apresuro a responder sin asomo de dudas.

—Vamos, te gustarán —replica cogiéndome por la cintura e intentando hacerme caminar.

Yo me zafo inmediatamente de sus asquerosas manos y doy un paso atrás.

—No te hagas la difícil —me recrimina el muy capullo.

—Y tú no seas tan gilipollas.

Reconocería esa voz en cualquier parte.

El hombre se gira y lleva su vista donde ya está la mía. Ryan está de pie a unos pasos. Parece sereno, tranquilo, con la calma que le proporciona estar completamente en guardia. Me sorprende que no lleve uno de sus trajes a medida, sólo unos vaqueros oscuros y una camisa de cuadros con los primeros botones desabrochados, las mangas remangadas y por fuera de los pantalones. Incluso lleva puestas sus viejas Adidas. Parece mucho más joven y, a pesar de las actuales circunstancias, también más relajado. No hace falta conocer mucho este club o esta ciudad para darse cuenta de que, de no ser quien es, probablemente no le hubiesen dejado entrar así vestido.

—Métete en tus asuntos, capullo.

Ryan sonrío mordaz sólo un segundo. Le da un trago a su vaso de *bourbon* y baja la mano hasta que la copa pende de sus dedos junto a su costado.

—Resulta que hoy he tenido un día de mierda —le explica con su voz amenazadoramente suave— y estoy esperando a que tú me lo alegres.

—Mira, tío. Te doy tres segundos para que te largues —replica el tipo lleno de autosuficiencia—. Uno...

—Dos —lo interrumpe Ryan dando un paso hacia él.

Si hay quien cree que, sin uno de sus perfectos trajes, Ryan intimida menos, es que no está viéndolo en este momento. Es la arrogancia, la dureza, la valentía, puede que incluso la imprudencia, personificadas.

El hombre traga saliva, coge su copa sin mirar atrás y se aleja de nosotros.

Todavía algo conmocionada, lo observo marcharse e inmediatamente miro a Ryan. Sus ojos azules ya me estaban esperando. No es la primera vez que me salva de un indeseable en un club y, exactamente como me pasó la primera, no puedo evitar que todo mi cuerpo se encienda y las mariposas de mi estómago revoloteen enloquecidas. Es mi versión particular de caballero andante y, por muy enfadada que

esté con él, es un detalle que no puedo pasar por alto.

—Vete a casa, Maddie.

Sin esperar respuesta, gira sobre sus pasos y se marcha. Yo me quedo inmóvil, contemplándolo, sintiendo cómo la confusión devora cada centímetro de mi cuerpo. ¿Por qué hace esto? No puede ordenarme que me marche a casa como si fuera algo de su propiedad.

Prácticamente echando chispas, recojo las copas y regreso con los chicos. Quiero volver a poder concentrarme sólo en reír y bailar, pero no soy capaz. La frase de Ryan taladra mi mente. ¡No puede tratarme así, maldita sea!

Con una pobre excusa me separo de los chicos. La discoteca es enorme y está prácticamente en el aforo máximo, pero sé que puedo encontrarlo. Durante varios minutos me paseo sin mucho éxito hasta que al fin lo hago. Está junto a otra de las barras en la parte opuesta del local, hablando con Spencer, Max y Bentley. Por un momento me permito que esa circunstancia me tranquilice. De haberlo visto con alguna chica, creo que habría tenido un ataque psicótico o algo por el estilo.

Mi primera reacción es ir allí y gritarle que es un gilipollas que no puede decirme lo que debo o no debo hacer, pero, cuando apenas he dado un par de pasos, me detengo en seco. Lo que verdaderamente quiero es que me las pague y, montándole una escenita que probablemente terminará con un beso a la fuerza, no voy a conseguir nada. Sonrío con malicia y cambio el rumbo hacia los baños. Puede que la chica lista esté más perdida que nunca, pero la vengativa ha reaparecido y está en pie de guerra.

Delante del espejo me retoco el pelo. Me doy cuenta de que los mechones sueltos me dan un aspecto inocente pero también *sexy* y no me los recojo. A falta de colorete, me pellizco las mejillas como en las pelis antiguas y ¡funciona! Sólo me falta el pintalabios. Abro el bolso plenamente consciente de que no eché ninguno y miro de reojo a las chicas a mi alrededor por si alguna parece mínimamente simpática como para pedirle el carmín prestado.

Estoy a punto de poner mi mejor sonrisa y pedir el favor cuando noto algo al fondo del *clutch*. Miro más concienzudamente y una sonrisa de oreja a oreja inunda mi rostro al ver mi barra de labios roja, la preferida de ese bastardo presuntuoso que tenía por marido. Ahora entiendo por qué el bolso estaba tan escondido.

Querido universo, te debo una.

Me pinto los labios y los chasqueo sintiéndome poderosa a la vez que giro sobre mis botines y salgo del baño.

Intentando que mi paso resulte de lo más decidido y *sexy*, voy hasta la barra, más concretamente hasta la esquina opuesta a donde se encuentra Ryan. Me quedo allí de pie con la sonrisa preparada, esperando a que alce la cabeza por cualquier otro motivo y me descubra a mí.

No tarda en pasar y sus espectaculares ojos azules me encuentran.

Suena *Blame*, de Calvin Harris y John Newman.

Su mirada se oscurece al instante. El camarero se acerca y me pregunta qué

quiero tomar. Antes de responder que un Martini Royale, me muerdo el labio inferior absolutamente a propósito y le dedico mi mejor sonrisa. Mis gestos no parecen haber tenido el más mínimo efecto en el chico, que me devuelve una sonrisa de compromiso y comienza a preparar mi copa, pero lo que me importa es que al otro lado de la barra sí ha habido una reacción. Toda la expresión de Ryan se ha endurecido y su mandíbula se ha tensado.

Ésta es mi venganza, señor Riley. Disfrútela.

Recojo mi copa y me alejo de la barra. Sé que él continúa mirándome, así que decido darme un paseo sin salir de su campo de visión. Noto cómo algunos chicos me observan, lo normal en una discoteca, y por dentro sonrío más que satisfecha.

Sin embargo, cuando vuelvo a mirar hacia la barra, me doy cuenta de que Ryan ni siquiera está. De pronto me siento increíblemente estúpida. ¿Qué estoy haciendo? ¿Intentar poner celoso a alguien que ni siquiera se ha quedado a mirar? Soy una idiota y nunca voy a aprender que con él no puedo jugar.

Ya no me apetece llevar este carmín. Iré a quitármelo y después buscaré a los chicos y me marcharé a casa. No quiero estar aquí.

Trato de llegar a los baños donde entré antes, pero están cerrados por limpieza. Miro a mi alrededor y una señal luminosa indica que hay otros en la planta de arriba. Subo con el paso apesadumbrado pero ligero. Cuanta más prisa me dé, mejor.

La planta de arriba es más laberíntica de lo que me esperaba y, antes de que me dé cuenta, estoy caminando por un pasillo prácticamente desierto.

La canción sigue sonando.

—Hola otra vez, guapa.

Me giro y todo mi cuerpo se tensa instantáneamente. Es el mismo idiota de la barra. Sólo que ahora parece que lleva un par de copas más encima.

—Hola —respondo nerviosa.

Miro a mi alrededor. ¿Dónde se ha metido todo el mundo? Debo haber acabado por error en algún pasillo del personal o algo por estilo.

—Te he visto paseándote por el local. Sé que me estabas buscando.

Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás.

—Te estás confundiendo. No te estaba buscando —trato de hacerle entender.

—¿Otra vez te estás haciendo la difícil? No voy a negar que eso me pone, pero ya basta.

El tipo da un nuevo paso. Yo doy otro hacia atrás e irremediamente me encuentro con la pared. Él sonrío taimado y se acerca un poco más. Ahora, además de estar nerviosa, estoy empezando a asustarme.

—Si ese tío no nos hubiera interrumpido, ya estaríamos en mi cama. Lo sabes tan bien como yo.

Va a tocarme. Mi cuerpo se tensa aún más y mentalmente me preparo para que toda mi fuerza se reúna en mis manos y poder empujarlo todo lo fuerte que sea capaz.

—¿Cuántas jodidas veces hay que decirte las cosas?

Otra vez su voz resuena hasta quedarse con todo el control de la habitación.

El tipo se vuelve y Ryan da un paso hacia él, peligroso, presuntuoso, sin un gramo de miedo.

—Tío, lárgate de aquí —le espeta el tipo sin mucho convencimiento.

Ryan no dice nada. Da un nuevo paso y, más rápido de lo que el hombre es capaz de ver, lo coge por las solapas y estrella su cuerpo contra la pared.

—Si tengo que volver a asegurarme de que te mantienes alejado de ella, haré que acabes la noche en un puto hospital.

La voz de Ryan ha sonado clara y amenazante. Ninguno de los tres tiene duda alguna de que, si lo ve siquiera mirarme, terminará en una ambulancia.

El tipo asiente. Ryan le golpea otra vez contra la pared y finalmente lo suelta.

Realmente asustado, se marcha recolocándose el traje.

En cuanto lo libera, Ryan clava sus ojos azules en los míos. Está furioso y sé que lo está conmigo por intentar provocarlo, por sonreír a los babosos que me miraban, pero yo también estoy muy enfadada. No tiene ningún derecho a aparecer de la nada, salvarme y después decidir que tengo que irme a casa como si tuviera cinco malditos años.

—¿Esto es lo que quieres, joder? —pregunta sin suavizar un ápice su tono de voz—. ¿Que un gilipollas te acorrale en un pasillo?

No sé qué decir. He jugado con fuego y me he quemado de todas las maneras posibles.

—¡Contéstame! —Ruge.

—¡No es lo que quiero! —grito llena de rabia, de furia y de toda la frustración que siento porque me trate como si fuera su muñequita—. Quiero que te largues. Que salgas de mi vida de una vez.

Ryan resopla brusco. Está a punto de estallar y yo también.

—Pues para de comportarte como una maldita cría. Come, deja de intentar ponerme celoso y supéralo, joder —masculla antes de darse la vuelta y pasarse las manos por el pelo.

Lo observo sin poder creer lo cruel que ha sido. Yo no tendría nada que superar si él no me hubiese hecho tanto daño.

—¿Cómo lo has superado tú? —replico con la voz entrecortada, pero no de tristeza, sino de rabia.

Ryan se gira de nuevo y da un paso hacia mí.

—Yo no lo he superado, Maddie —contesta con la voz endurecida y al mismo tiempo llena de dolor—. Yo nunca voy a superarlo, joder, porque ya no sé vivir sin tocarte.

Su mirada está llena de muchas emociones, pero el arrepentimiento y sobre todo una furia fría, cortante, la de alguien que está herido de verdad, destacan en ella. Lo ha pasado demasiado mal, como yo, porque me quiere como yo lo quiero a él.

—Pues no lo superes —musito.

Mi voz es débil pero mi mirada está llena de fuerza.

—Maddie —me reprocha o me llama, ¿quién sabe?

Está tratando ser fuerte por los dos y mantenerse alejado de mí, pero yo no quiero eso. Eso es exactamente lo último que quiero.

—Ryan, no lo superes.

Yo tampoco quiero hacerlo.

Camino despacio pero con el paso seguro hasta él. Le quiero y, por muy enfadada que esté, incluso por mucho que le odie, la idea de alejarme de él y pasar página hace que mi corazón estalle en un millón de pedazos.

Lentamente coloco mis manos en su pecho y me alzo sobre las puntas de mis pies. Lo beso despacio, retándolo, pidiéndole en silencio que me bese él a mí, que no quiera que lo superemos como no lo quiero yo.

—Ryan —suplico en un murmullo contra sus labios—. Ryan, por favor.

—Maddie —susurra justo antes de besarme, de rendirse.

Rodea mi cintura con su brazo y, ágil, me lleva hasta la pared. Nuestros besos se hacen más profundos, se llenan de deseo.

Le quiero. Le quiero. Le quiero.

Pierdo la noción de cuánto tiempo llevamos simplemente así, besándonos, saboreándonos sin movernos de esta pared.

Cuando han pasado minutos u horas, no lo sé, Ryan se separa. Sin decir una palabra, toma mi mano y de inmediato comprendo que quiere que nos vayamos a Chelsea. Yo tampoco digo nada y sencillamente me dejo llevar.

Salimos del entramado de pasillos y tomamos las escaleras a la planta baja. No reconozco la canción que suena. Ryan va a cruzar la pista de baile en dirección a la salida cuando tiro de su mano obligándolo a detenerse. Le explico que necesito coger mi cazadora y él, a regañadientes, mira a su alrededor un segundo para orientarse y me lleva hacia la barra donde bailaba con los chicos.

Me suelto de su mano y él acepta otra vez malhumorado. Estoy segura de que, si Ryan llevara chaqueta, me la habría puesto y no me dejaría separarme de él. Le pido que me dé un segundo. Ryan asiente, pero, cuando tan sólo he dado un paso, tira de mi muñeca, me atrae contra su cuerpo y me besa con fuerza. Quiere recordarme una vez más cómo me sentiré si me marcho con él. Lo que no sabe es que no necesita hacerlo, es imposible que pueda olvidarlo.

Cuando me libera de sus perfectos labios, necesito un segundo antes de girarme y poder echar a andar. Las piernas me tiemblan demasiado.

Al fin consigo caminar y llego hasta la barra. En realidad la cazadora es lo de menos. Los chicos deben de estar preocupados. Quiero decirles que me marcho, aunque voy a obviar el detalle de con quién.

—Por fin apareces —se queja Lauren al verme llegar.

Está sola y eso me preocupa al instante.

—¿Dónde están todos?

—¿Tú dónde crees? —me pregunta algo molesta—. Buscándote por todo el club. Yo me he quedado aquí por si regresabas.

—Lo siento mucho, Lauren —me disculpo y de verdad lo hago. Lo último que quiero es preocuparlos—. Sólo venía a por mi chaqueta —le anuncio cogiéndola—. Me voy a casa.

—¿Qué? —pregunta incrédula—. No vas a irte sola. ¿Quieres que te atraquen?

—No, pero...

—Espera a que vuelvan los chicos y nos iremos juntas —me interrumpe.

—Lauren, siento haberos preocupado, pero quiero marcharme a casa.

—¿Por qué tanta prisa? —inquieta aún más perspicaz.

Sin ningún motivo en especial, alza la mirada mientras me pongo la chaqueta y ve a Ryan junto a la pista de baile.

—¿Te vas con él?

Ahora no está incrédula ni sorprendida, ahora está enfadada, y mucho.

—Yo, lo siento...

—Deja de disculparte —me interrumpe una vez más—. No puedes irte con él.

—Lo sé —respondo mecánica porque entiendo que lo que dice es lo que debería hacer, pero no es lo que quiero hacer.

—Pues, si lo sabes, quítate esa chaqueta y quédate aquí.

Yo la miro y tuerzo el gesto. No quiero decepcionarla ni preocuparla todavía más, pero voy a irme con él.

—Ryan nunca va a cambiar —sentencia— y, si tú tuvieras la más mínima duda de eso, volverías con él.

Cabeceo nerviosa y aparto mi mirada de la suya. No quiero pensar. Termino de subirme la cremallera y giro sobre mis pasos.

—Maddie —me llama Lauren—. ¡Maddie!

Su voz se mezcla con la música. Cuando llego hasta Ryan, él vuelve a tomar mi mano y comenzamos a caminar. Ya he dado los primeros pasos cuando me giro hacia Lauren. Ella me observa preocupada y creo que también impotente.

Ahora mismo me siento muy culpable.

Salimos del club. Sin soltar mi mano, Ryan se saca el iPhone del bolsillo de los vaqueros con la que le queda libre y pulsa un número en la marcación abreviada.

—El 221 de la Avenida Amsterdam —dice sin ni siquiera saludar o esperar a que lo hagan al otro lado.

Observo nuestras manos entrelazadas y no puedo dejar de pensar en Lauren, en lo decepcionada que estaba, en lo que me ha dicho. ¿A eso se reduce todo el miedo que me inmoviliza cuando pienso en volver con él? ¿A que sé que, en el fondo, nunca va a cambiar? Cierro los ojos y suspiro bajito. Si hablara, si fuese más comunicativo, sentiría que por fin puede confiar en mí y todo sería diferente.

—Nena, ¿qué ocurre? —pregunta con esa habilidad innata para leerme la mente.

Yo alzo la mirada y por un momento sólo observo su atractivo rostro. Ryan me

sonríe sincero, esa sonrisa que guarda sólo para mí, y suavemente me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—Quiero que hablemos —confieso.

—¿Hablar de qué? —inquire a su vez.

Noto cómo se está poniendo en guardia. Realmente detesta tener que hablar.

—De ti —susurro.

Ryan se humedece el labio breve y fugaz y finalmente resopla.

—¿Qué quieres saber?

Ahora soy yo la que suspira hondo. Hay demasiadas cosas que quiero saber.

—¿Por qué no eres arquitecto?

—Porque no puedo —replica sin apartar su mirada de la mía.

—¿Por qué no puedes?

No pienso rendirme a las primeras de cambio.

—Porque en la vida no siempre podemos tener todo lo que queremos —responde con la voz endurecida.

—¿Fue decisión tuya?

Ryan resopla y mira a ambos lados. Quiere terminar con esto ya.

—No —contesta al fin—. ¿Algo más?

—¿Y por qué lo hiciste?

—Por lealtad, Maddie —responde con una seguridad aplastante—, y porque no tenía nada por lo que luchar.

Su última frase me silencia por completo. Estar en su posición nunca ha debido de ser fácil.

Suspiro y me preparo para continuar.

—¿Por qué no te gusta hablar de ti?

—Porque soy así.

—Tiene que haber un motivo.

Necesito respuestas.

—Basta —me interrumpe con la paciencia al límite.

Otra vez me estoy dando de bruces con el mismo muro. Estoy harta.

—Si quieres que lo nuestro tenga una posibilidad de volver a funcionar, tendrás que hablar conmigo —me apresuro a decir e involuntariamente sueno tan furiosa como me siento—. No voy a volver a pasar por lo mismo, Ryan. No voy a volver a sentir que soy la pobre enamorada a la que dejas al margen de todo.

—Yo no hablo, Maddie —sentencia arisco y malhumorado—. No es algo que me guste y tampoco lo necesito, y no se trata de ti, se trata de mí, joder.

—Se trata de los dos —casi grito.

Me mira pero no dice nada más y yo acabo de entender de la peor manera posible que Lauren tiene razón. Ryan Riley nunca va a cambiar y a lo mejor no se trata de que no quiera, como he pensado tantas veces, quizá se trata de que no puede y, eso, ¿qué opción me deja a mí? Empiezo a pensar que otras personas también tienen

razón, su padre, el mío. Lo nuestro nunca va a funcionar.

—Me marcho a mi apartamento —musito.

Ryan una vez más no dice nada y me deja marchar. Antes odiaba que me persiguiera y me hiciera cambiar de opinión. Era una idiota. Sólo lo decía porque no imaginaba cuánto me dolería verlo de pie en la acera, observando cómo me monto en un taxi, permitiendo que me aleje de él.

Llego a mi piso, cierro de un portazo y, sin encender ni una sola luz, voy hasta mi habitación y me meto en la cama. Me tapo hasta las orejas y comienzo a llorar desconsolada. Estoy triste, rota, lo echo demasiado de menos y no puedo evitar odiarlo a él pero también odiarme a mí misma por no ser capaz de perdonarlo y sencillamente volver donde estábamos. Odio quererle como le quiero. Odio haberlo conocido. Odio haber dejado que me besara por primera vez. Odio haberme enamorado de él. Odio que mi vida ya no tenga sentido si no es a su lado.

Me despierto con la cabeza embotada por todo lo que lloré ayer. Me quito el vestido que no me quité anoche y me doy una ducha. En principio una rápida, pero acaba siendo una larga y con demasiado tiempo para pensar.

Al salir, me pongo mis vaqueros más gastados y la camiseta de Los Ramones que me regaló Sam. No tengo ganas de bajar a la calle, pero mi frigorífico está prácticamente vacío y no quiero pasarme otro día en blanco con la comida. Además, tengo que sacar a *Lucky*.

Me recojo el pelo con tal de no tener que secármelo y me pongo mi abrigo. Nada más poner un pie en la acera, me doy cuenta del frío que hace y de que probablemente salir con el pelo húmedo no haya sido muy buena idea, así que acelero el paso hasta el supermercado D'Agostino y lo acelero aún más de vuelta a casa. Hace un frío que pela.

Abro la puerta y doy un respingo al oír a alguien hablar en mi salón. Me quedo muy quieta con la llave en la mano, pensando en por qué le hice caso a Lauren y me apunté con ella a zumba cuando debí ir a defensa personal con Álex.

Al reconocer la voz de James, automáticamente me relajo, pero cuando distingo también las de Álex y Lauren, frunzo el ceño extrañada. ¿Qué hacen todos aquí? Y, sobre todo, ¿qué hacen todos aquí tan temprano? Anoche debieron regresar tardísimo del club.

Camino mi pequeño descansillo y llego al salón. Álex y Lauren están sentadas en mi sofá y James no para de dar paseos de un lado a otro. Reconozco el pijama que lleva Lauren, es de James, y el hecho de que sea de James y no de Álex me hace pensar que ha dormido con él y no con ella.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto con la voz y la mirada inquietas, dejando las llaves sobre la encimera de la cocina.

—¿En serio tienes que preguntarlo? —inquire a su vez James.

Está enfadado pero también está dolido y, sobre todo, preocupado. Nos conocemos desde hace seis años y nunca lo había visto así de preocupado por mí.

—Estamos muy preocupados por ti —interfiere Álex echándose hacia delante en el sillón y cruzando sus manos sobre las rodillas—. Maddie, no estás bien. Siempre estás triste, no comes y has vuelto a las andadas con Ryan. ¿En qué universo te pareció una buena idea volver a acostarte con él? —me reprende más molesta que como empezó la frase.

—Vosotros no podéis entenderlo —me defiendo.

No pueden entender lo complicado que es querer a alguien y estar total y absolutamente convencida de que, hagas lo que hagas, va a salir mal porque ya ha salido mal y eso te ha cambiado por dentro.

—Pues explícanoslo —me replica Lauren—, porque estoy deseando entender por qué te fuiste con él anoche después de que te pidiese que no lo hicieras.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—Chicos, no necesito esto.

—Sí lo necesitas —me interrumpe sin piedad— o vas a acabar pasándolo mal otra vez.

Tuerzo el gesto y acabo sonriendo fugaz y nerviosa. Estoy enfadada con el mundo en general y, ya puestos, podría comentar dos o tres cosillas sobre ellos. Me parece el colmo que se atrevan a juzgarme a mí cuando tampoco llevan una vida sentimental precisamente ejemplar.

—¿Yo voy a pasarlo mal? ¿Y qué hay de vosotros dos? —digo refiriéndome claramente a James y a Lauren—. Ni siquiera sabéis lo que estáis haciendo.

—Tú tampoco —se apresura a rebatirme ella.

—Por lo menos yo sé con quién lo estoy haciendo —sentencio.

Un silencio casi sepulcral se abre paso en mi salón.

—No te pases, Maddie —me advierte James con la voz llena de una tensa calma.

Lauren agacha la cabeza y yo me siento fatal. No tendría que haberlo dicho.

—Lo siento, ¿vale? —me disculpo—, pero tenéis que respetar mi decisión. Quizá tenéis razón y no sé qué estoy haciendo con Ryan, pero no puedo decirle adiós y ya está, a él no —me sincero.

Estoy a punto de llorar pero me contengo. No quiero llorar. Estoy harta de llorar.

—Maddie, claro que te entendemos —me dice Álex llena de empatía—. Pero tienes que parar con esto. Ryan no es bueno para ti.

Mi enfado regresa. Ellos no conocen a Ryan. Sólo saben de él lo que él deja que la gente conozca y lo que me hizo a mí. Suspiro despacio. Entiendo que lo vean como un bastardo presuntuoso que sólo ha sabido hacerme daño, pero también me ha hecho más feliz que en toda mi vida y ellos han sido testigos.

—Todavía recuerdo cuando me dijiste que Ryan era el mejor después de que salvara a tu padre de la ruina —sentencio.

Álex no contesta.

—No lo conocéis. No sabéis cómo es —lo defiendo. Siempre lo defenderé—. No estáis siendo justos con él y tampoco conmigo.

Cojo mis llaves de la encimera y salgo de mi apartamento. No me puedo creer que me hayan preparado esta encerrona. Por el amor de Dios, ha sido una intervención en toda regla. Sólo les faltaba la maldita pancarta.

Estoy a punto de alcanzar las escaleras cuando me topo de bruces con una chica.

—Lo siento —me disculpo haciéndome a un lado.

Caminaba tan concentrada en lo enfadada que estoy que casi consigo que las dos bajemos rodando al tercer piso.

—No te preocupes —responde.

Le dedico una sonrisa abochornada y vuelvo a tomar las escaleras dispuesta a marcharme.

—Tú eres Maddie Parker, ¿verdad?

Al oír mi nombre, me detengo en seco y me giro hacia ella. Esto de que cada vez que me encuentre a alguien en un rellano sepa cómo me llamo comienza a ser de lo más frustrante.

—Sí —contesto al fin con el ceño fruncido—. ¿Tú quién eres?

Ella pone los ojos en blanco divertida al darse cuenta de que ni siquiera se ha presentado y da un paso hacia mí tendiéndome la mano.

—Soy Sandy Morisson. Tu vecina de arriba.

¡Sandy! ¡Por fin la conozco!

—Encantada —respondo estrechándosela.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —se apresura a inquirir.

Yo me encojo de hombros algo extrañada por la pregunta.

—No —contesto tímida.

—Genial. Ven —me anima empezando a subir los primeros escalones hacia el quinto piso—. Me gustaría hablar contigo.

Asiento aún más confusa. Nos acabamos de conocer. ¿Qué puede querer contarme?

Llegamos a su rellano. Sandy abre la puerta de su apartamento, entra y regresa a los pocos minutos.

—¿Te importa si nos sentamos en las escaleras? —me pregunta—. No me gusta fumar dentro —añade enseñándome un cigarrillo.

—No, claro que no —respondo mientras nos acomodamos en el primer peldaño.

Estoy realmente intrigada con lo que quiera que vaya a contarme.

Desde su apartamento empieza a sonar *Love me like you do*, de Ellie Goulding.

—Sé que es una canción muy cursi —se defiende encendiéndose el pitillo—, pero me encanta Ellie Goulding.

Sonrío y asiento. A mí también me gusta mucho.

Sandy me ofrece su cigarrillo, pero niego con la cabeza.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te he pedido que hablemos.

—Sí, la verdad es que sí —confieso divertida.

Parece una chica muy simpática.

—Quería pedirte disculpas.

La miro sorprendida.

—Soy consciente de que últimamente he estado haciendo mucho ruido — continúa algo avergonzada— y tú vives justo debajo.

—No te preocupes —replico rápidamente—. No pasa nada.

Ambas sonreímos.

—Es que, de un tiempo a esta parte, mi vida se ha complicado un poco, ¿sabes? Hombres —añade sin más.

Las dos volvemos a sonreír.

—Algunos pueden volverte completamente loca —sentencia sin asomo de duda.

Dímelo a mí.

—¿Tú estás con alguien ahora? ¿Quizá con James? —pregunta pícaro.

—¿Qué? —inquiero a mi vez al borde de la risa—. No.

Ella sonríe.

—Al principio de mudarme aquí, coincidí con James un par de veces en el portal. Estaba coladísima por él. Es muy guapo.

—Sí, la verdad es que sí.

Estoy enfadada con él, pero no se puede negar la evidencia.

—Pero después me enteré de que estaba saliendo con esa otra amiga tuya, la que siempre viste tan bien, y me obligue a sacármelo de la cabeza.

Sonrío. A Lauren le va a encantar saber lo que Sandy ha dicho de ella.

—¿Y cómo te lo sacaste de la cabeza? —pregunto tratando de no parecer muy curiosa.

Este tema puede resultarme muy útil. Quizá debería tomar apuntes.

—Cuando sólo te cueles por un chico, es fácil dejar de pensar en él —responde hecha toda una experta—. El problema es cuando te enamoras. Ahí no tienes escapatoria.

Genial. Acaba de confirmarme que nunca voy a conseguir olvidarme de Ryan. ¿Me pregunto si perdería la memoria rodando por las escaleras?

—¿Problemas sentimentales? —pregunta tras dar una calada.

—Grandes problemas sentimentales.

—¿Es guapo? —inquiere divertida.

—Demasiado —respondo sin dudar.

—Vaya —replica asombrada—. Debe ser una locura. Ni siquiera has tenido que pensarlo.

Me encojo de hombros de nuevo. Ésa es mi cruz.

—¿Y te trata bien?

—Sí —respondo.

Eso tampoco tengo que pensarlo. Al margen de lo que ha pasado, siempre ha intentado cuidarme y protegerme, aunque se equivocara en la manera de hacerlo.

—Es complicado —trato de explicarme—. Él es un hombre complicado.

—Guapo y complicado —comenta socarrona—. Tu vida tiene que ser un auténtico asco.

Asiento y las dos rompemos a reír. Creo que yo sólo lo hago por no llorar, pero me vale. Necesitaba reírme de mi asco de vida aunque sólo fuese un momento.

—Bueno, por lo menos tienes a tus amigos —intenta animarme cuando las carcajadas se calman—. Os he visto muchas veces y sé ve que os queréis y os cuidáis de verdad.

—Tienes razón.

Suspiro hondo y me doy cuenta de que les he acusado de ser injustos conmigo o con Ryan cuando yo lo estoy siendo con ellos. Sólo intentan protegerme.

«Maddison Audrey Parker, les debes una disculpa».

—Y con respecto a ese chico, da igual todas las vueltas que le des. Si le quieres, le quieres. Contra eso no se puede luchar. Si no, mírame a mí —añade con una resignada sonrisa— o supongo que debería decir *escúchame*.

Ríe avergonzada. Me cae realmente bien.

—Tú estás bien, ¿verdad? —No sé muy bien cómo seguir—. A veces —trato de buscar las palabras adecuadas— no pareces muy feliz —comento tímida.

No quiero que piense que me estoy metiendo en su vida.

Ella se encoge de hombros.

—Estoy enamorada, con todo lo que eso conlleva. Hay relaciones que son apacibles y te llenan de serenidad y otras son como si un tren de mercancías lo arrollara todo a su paso.

Ahora soy yo la que sonrío resignada; no podría entenderla mejor.

—Mi relación con Dylan es de estas últimas —sentencia—. Pero, contestando a tu pregunta, sí, estoy muy bien. Él me hace feliz. La gente cree que el amor se demuestra con los besos o con las palabras, y están muy equivocados. El amor se demuestra en la manera en que te consuelan. Si un hombre es capaz de abrazarte y hacerte sentir que se enfrentaría al mundo entero por ti, es que te quiere de verdad.

Sonrío y asiento suavemente. Nunca lo había pensado, pero creo que tiene razón. Eso es lo que hacen los príncipes por las princesas, ¿no? Protegerlas a ellas y su felicidad ante todo y ante todos.

—Me ha encantado hablar contigo, Sandy —comento levantándome.

Ella sonrío y también se incorpora.

—Pues, cuando quieras, repetimos —replica muy resuelta.

—Cuenta con ello —respondo bajando los primeros escalones.

Entonces recuerdo algo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le pido justo antes de que regrese a su apartamento.

Sandy asiente.

—¿Dónde trabajas? —inquiero curiosa.

Su sonrisa se ensancha.

—Soy bailarina exótica en el Lusty Leopard —contesta—. Pasaos por allí cuando queráis. Estáis invitados a una copa.

—Claro, será divertido.

Regreso a mi rellano con una sonrisa mientras empiezo a entender todos los retales de conversación que he escuchado a través del techo.

Delante de la puerta de los Hannigan, suspiro hondo. Finalmente reúno valor y llamo.

Álex abre la puerta. Me mira de arriba abajo con los labios fruncidos y finalmente me hace un mohín y me da un abrazo.

—Eres una idiota —me dice envolviéndome como un oso—. Sólo queremos que estés bien.

—Lo sé y lo siento.

Lauren me lo pone un poco más difícil, pero, en cuanto le cuento que he hablado con Sandy y que la ha definido como «la chica que siempre viste tan bien», su enfado se disipa.

Intento disculparme también con James, pero las chicas me explican que ha salido y probablemente no volverá hasta la hora de comer.

Aunque insisten, no me quedo a almorzar y regreso a mi apartamento. He decidido que tengo que desembalar de una vez mis cosas y tengo que hacerlo sola. Quizá así entienda de una vez que esto no es un parón, que mi vida en Chelsea junto a Ryan no va a reanudarse.

Me paso toda la tarde sacando las cosas de las cajas y guardándolas en mi armario o donde corresponda. No es una tarea divertida y tampoco me ayuda a dejar de pensar, pero era algo que tenía que hacer.

A eso de las siete ya he terminado con todo. Las chicas y James me han llamado una docena de veces, pero no he querido salir. Ni siquiera cuando han intentado sobornarme con tarta de calabaza del Saturday Sally.

Aunque no tengo hambre, decido que ya es hora de cenar y voy a la cocina. Preparo un emparedado de queso y lo meto en la sandwichera. Mientras espero a que se dore, regreso a la habitación revisando los correos electrónicos en mi iPhone y, cuando alzo la cabeza, mi maltrecho corazón da un vuelco. Mi habitación está absolutamente recogida, sin una mísera caja por medio y, no sé por qué, me siento todavía más triste que antes.

Estoy un paso más cerca de volver a mi vida de antes y uno más lejos de Chelsea y de Ryan.

Ya no quiero comer.

Desenchufo la sandwichera de un tirón y llena de rabia apago cada interruptor de un manotazo hasta volver a mi habitación perfectamente ordenada. Me meto en la cama y me tapo hasta las orejas.

Me gustaría tanto que Ryan estuviese aquí, que me abrazara, que me hiciera sentir a salvo. Ahora mismo recuerdo las palabras de Sandy: «Si un hombre es capaz de

abrazarte y hacerte sentir que se enfrentaría al mundo entero por ti, es que te quiere de verdad».

Lo echo de menos.

Recuerdo cómo me consoló cuando acabé llorando en su ducha. Recuerdo el tacto de su ropa empapándose poco a poco mientras sus manos me acariciaban el pelo y me calmaban. Sentí que se enfrentaría al mundo entero por mí. Creo que hubiese conseguido que dejara de girar si hubiese sido necesario.

Suspiro hondo y clavo mi vista en el techo. Sólo quiero sentirme un poco mejor.

Antes de que pueda pensarlo con claridad, me levanto y cojo mi iPhone. Vuelvo a meterme en la cama y me tapo con las sábanas como si fueran el escondite perfecto.

¿Estás despierto?

Mando el mensaje igual que cogí el teléfono, sin darme tiempo a pensar.

El móvil vibra entre mis manos y el icono de mensajes tiembla.

Sí. No puedo dormir.

Durante unos segundos releo cada letra y mi corazón me suplica que corra junto a él.

Yo tampoco. Te echo de menos.

Deslizo el dedo por el botón de enviar y creo que dejo de respirar. No sé qué pretendo que conteste o que haga. Suspiro hondo. En realidad sí lo sé, pero también soy plenamente consciente de que sería el mayor error que podríamos cometer.

Deberías intentar dormir.

Su respuesta parte en dos mi maltrecho y estúpido corazón. Ni siquiera ahora está dispuesto a decirme cómo se siente. Suspiro frenando un sollozo y dejo el móvil sobre la mesita. Un par de minutos después comienza a sonar iluminando toda la habitación. Sé que es él y no voy a cogerlo. No quiero oír cómo decide por los dos o cómo me deja al margen. Sollozo de nuevo pero otra vez me obligo a no llorar. Debería hacerle caso a Lauren, a Álex, a James, a mí misma, incluso a Ryan. Él no me conviene y eso no va a cambiar jamás.

Cuando suena el despertador, ya llevo un par de horas despierta con la mirada clavada en el techo. No debí mandarle ningún mensaje a Ryan.

—Eres idiota, Parker —me digo y ni siquiera tengo ánimos de contradecirme.

Pienso en llamar y decir que estoy enferma, pero tras sopesar la idea acabo levantándome a regañadientes. La alternativa es quedarme comiendo cereales y lamentándome de mi vida y la verdad es que eso me apetece aún menos.

Me doy una ducha rápida, me pongo el primer vestido que saco del armario y me recojo el pelo en una sencilla coleta.

Paso por delante de la cocina fingiendo que ese puñado de metros cuadrados ha desaparecido de mi apartamento por arte de magia. No estoy muy orgullosa de mí ahora mismo, pero mi estómago está cerrado a cal y canto y se niega por completo a colaborar.

Saludo a Ben y me meto en el ascensor sin cruzar la mirada con nadie. Me

pregunto cuánto tiempo tardarán en averiguar que Ryan y yo nos hemos divorciado. Sólo espero que sea lo más tarde posible. Si ya me miraban por ser su prometida y después su mujer, no quiero ni pensar cómo se comportarían si se enteraran de que ni siquiera hemos durado un mes casados.

Cruzo la redacción y, cuando pongo un pie en mi oficina, me detengo en seco sorprendida. Lauren está acomodada en mi silla y charla animadamente con Spencer, sentado en una esquina de mi escritorio, y Bentley, apoyado en el marco de su puerta.

Cuando me ven, los tres sonríen y yo frunzo el ceño automáticamente. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto extrañada.

—Queríamos hablar contigo, Maddie —me responde Spencer.

Yo los miro perspicaz. Espero que no sea otra intervención. No estoy de humor.

—Lo primero que tenemos que decirte —comenta Bentley— es que estamos muy contentos con tu trabajo aquí.

Lo observo y mi resquemor aumenta. No sé lo que es, pero hay algo que no termina de gustarme.

—Verás —continúa Spencer—, el Riley Group ha comprado una revista, un semanario de actualidad en Boston. Su tirada es estatal, pero creemos que con la reconversión adecuada podría convertirse en nacional.

—Una revista del corte de *Newsweek* o el *New Yorker* —lo interrumpe Bentley—. Va a ser muy duro y no va a ser rápido. Yo seré el editor y dirigiré la refundación, pero necesito a alguien allí. Una persona en la que pueda confiar plenamente y que sepa cómo trabajar. Después de pensarlo mucho, creemos que esa persona podrías ser tú.

Los tres me miran esperando a que reaccione, pero yo no sé qué decir. No quiero dejar Nueva York.

«¿Seguro que es la ciudad lo que no quieres dejar?».

—Bentley, apenas tengo experiencia —murmuro sorprendida.

—Eres muy buena, Maddie —me replica sin asomo de duda—. La mejor ayudante que he tenido y, a pesar de los altibajos que hayas podido tener, tienes talento, ilusión e instinto, y trabajas muy duro. Yo tampoco tenía experiencia cuando empecé aquí.

—No sé —murmuro.

Ahora mismo la cabeza me da vueltas.

—La revista también necesitará un departamento de Producción y alguien que lo dirija —interviene Spencer—. Bajo la supervisión de Matel, naturalmente. Hablamos con Miller y el propio Matel y los dos nos recomendaron a Lauren.

La miro boquiabierta y ella me devuelve la mirada fingiendo socarrona mi mismo gesto de sorpresa. No puedo creerme que haya aceptado sin más.

Resoplo y trato de poner en orden mis ideas.

—Os lo agradezco muchísimo —digo sin dudar—, pero lo cierto es que no lo sé.

No sé si podría marcharme a Boston.

Adoro vivir en Nueva York. No podría alejarme de la ciudad, de los Hannigan, y, sobre todo, no sé si sería capaz de alejarme de él.

—Tenéis que ser nuestros ojos allí. La empresa correrá con los gastos que os suponga la mudanza. Tendréis un apartamento y un incremento del sueldo del treinta por ciento por vuestras nuevas responsabilidades. Pero que os marchéis allí es innegociable.

Creo que es por la manera en la que Spencer pronuncia la palabra *innegociable* o quizá por cómo se miran él y Bentley cuando lo hace, pero de pronto entiendo exactamente todo lo que está pasando aquí.

—¿Me ofrecéis el trabajo para alejarme de aquí? —Es decir, de Ryan—. ¿Ha sido idea suya? —inquiero en un hilo de voz.

La respuesta a esa última pregunta me da demasiado miedo.

—No se trata de eso, Maddie —se apresura a responder Bentley— o por lo menos no sólo de eso —se sincera—. Es una gran oportunidad y también lo mejor para ti y para Ryan. —Calla un segundo—. Y no, no ha sido idea suya —confiesa al fin.

Yo suspiro y clavo mi mirada en el techo a la vez que me llevo las manos a las caderas. Primero el padre de Ryan, después el mío, los chicos y ahora ellos. Tengo la sensación de que cada persona que conozco tiene algo que decir sobre mi vida y ya estoy harta.

—No os metáis en esto, por favor —susurro y en realidad casi lo suplico.

Es mi vida. Soy plenamente consciente de que quizá no estoy tomando las mejores decisiones, pero agradecería que en el algún momento alguien las respetara.

—Si decides aceptar, éste será tu nuevo contrato —continúa amablemente Spencer, tratando de reconducir la conversación y tendiéndome unos documentos— y ésta la orden de traslado. Sólo tienes que firmarlos.

Cojo los papeles que me ofrece. En cada uno de ellos hay una pegatina de «firme aquí» junto a mi nombre.

Trato de ordenar mis ideas una vez más, pero entonces me doy cuenta de que en la orden de traslado falta todavía la firma de Ryan. Automáticamente decido que quiero saber qué opina él de todo esto. Necesito saber si, como todos, cree que lo mejor es que desaparezca de su empresa, de su vida e incluso de su ciudad. «Nueva York para las neoyorquinas». Recuerdo el titular de la foto del *Times* y tengo ganas de vomitar.

Sin decir nada y con los papeles aún en la mano, voy hasta su despacho.

Tess me recibe con una sonrisa y me pide un segundo levantando el dedo índice a la vez que con el mismo dedo de la otra mano pulsa el botón central del moderno intercomunicador.

—Señor Riley, Maddie Riley está aquí y desea verlo.

Abro la boca dispuesta a corregirla y decirle que he vuelto a ser la señorita Parker, pero no quiero tener que dar más explicaciones ni que más personas me miren con

lástima.

Durante unos segundos no hay respuesta y la atmósfera se vuelve extrañamente incómoda.

—Ahora no puedo recibir a nadie —contesta al fin.

Usa su voz fría de director ejecutivo y un nudo de pura rabia y tristeza se forma en mi garganta. No puedo creerme que todo vaya a terminar así.

Tardo un segundo en reaccionar, pero, cuando al fin lo hago, obvio cualquier cosa que fuera a decirme su secretaria y camino decidida hacia la puerta del despacho de Ryan.

Tess se levanta y me sigue, pidiéndome que me detenga.

No llamo a la puerta. ¡No me da la gana!

Abro destilando una rabia monumental. Ryan, de pie al otro lado de su escritorio, alza su increíble mirada azul a tiempo de ver cómo camino hasta el centro de su despacho.

—No me puedo creer que te estés comportando así —siseo.

—Lo siento, señor Riley —se disculpa Tess—. No he podido detenerla.

Ryan mira a su secretaria ordenándole sin palabras que se retire. Su aspecto por un momento me distrae. Está guapísimo como siempre, pero también parece cansado, agotado, como si estuviese harto de luchar contra el mundo.

—¿Qué quieres, Maddie? —pregunta tratando de sonar sereno.

—Parece que, sea lo que sea, tú no quieres escucharlo —mascullo furiosa.

—Maddie —me reprende.

—¿Maddie, qué? —Me envalentono—. ¿Ni siquiera pensabas recibirme?

¡Estoy muy furiosa!

—No —responde lleno de rabia rodeando su carísimo escritorio—. Ni siquiera pensaba hacerlo. Sé de sobra lo que vas a decirme. ¿Crees que para mí no es duro? ¡Me estoy muriendo, joder!

Sus palabras me silencian una vez más y por un momento sólo se oyen nuestras respiraciones entrecortadas por el dolor y la rabia.

—¿Y por qué lo haces? —musito con mis ojos verdes prácticamente suplicando a los suyos azules.

—Porque es lo mejor, Maddie. Esto está acabando contigo.

Suena dolido, preocupado, triste, sincero.

—James vino a verme ayer. Me dijo que, si te quería, tenía que parar con todo esto y, aunque estuve a punto de partirle la cara, sé que tiene razón. Yo mismo me lo he repetido un millón de veces.

Lo miro absolutamente conmocionada. No quiero que se acabe. Me da igual que no sea bueno para mí. No puedo perderlo.

—Yo te necesito, Ryan —murmuro con la voz entrecortada, haciéndome eco de lo único en lo que puedo pensar.

Nunca había estado tan asustada.

—Si me necesitas, vuelve conmigo —replica sin dudar.

—No —contesto aterrada.

Y el miedo se transforma en otro más profundo. No puedo volver con él.

Ryan cabecea a la vez que aparta su mirada de la mía y la pierde en el inmenso ventanal.

—Esto va acabar destrozándote. —Y con su última palabra aparta su vista también de la ventana, como si el arrepentimiento le quemara por dentro.

—Yo ya estoy destrozada. Me destrozaste tú.

Mi comentario hace que vuelva a mirarme directamente a los ojos. Pensar que esto está siendo fácil para Ryan es ser demasiado injusta, pero aún así es él quien está apartándose de su lado.

—Lo sé —contesta sin asomo de duda, como si fuera algo que se repite día tras día, segundo tras segundo— y por eso no voy a permitir que tú misma acabes con lo poco que queda de ti.

Los dos nos quedamos en silencio. No puedo dejar de pensar que va a comportarse exactamente igual hasta el final, decidiendo por los dos incluso cuándo tiene que acabarse lo que sea que queda entre nosotros.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —inquire.

No quiero contestar a esa pregunta y él no tiene ningún derecho a hacerla.

—¿Cuándo? —repite.

—Hace dos días.

Ryan resopla y lleno de algo que no sé si es dolor, frustración o simplemente rabia, firma los papeles de mi traslado. Yo lo observo. Una fuerza más potente que la gravedad me impide apartar la mirada de su mano.

—Ya lo entiendo —digo.

Una lágrima cae por mi mejilla pero me la seco con rabia. Ya he llorado demasiado por él.

—Ahora que ya no te sirvo —continúo dolida y enfadada—, porque no es como quieras y cuando quieras, te deshaces de mí.

Ryan me mantiene la mirada pero no dice nada. Por un momento puedo notar que sus ojos azules se llenan de algo peor que la rabia y más profundo que cualquier dolor.

—Por lo menos ten el valor de decírmelo —lo provoco furiosa.

—Sí, es eso, Maddie —responde con la voz serena pero en absoluto fría.

—¿Y qué hay de los «no sé vivir sin tocarte»?

Estoy a punto de romper a llorar.

—Aprenderé.

Asiento nerviosa y más triste de lo que he estado en toda mi vida. Sin decir nada y sin volver a mirarlo, camino hasta su mesa, cojo los papeles y salgo de su despacho bajo su atenta mirada.

Ha vuelto a echarme de su empresa y de su vida otra vez.

Sonrío a Tess, ofreciéndole también una disculpa. Ella parece entenderme y me la devuelve sincera y sin asomo de dudas.

Cruzo la redacción a paso ligero y regreso a mi oficina. Bentley, Spencer y Lauren todavía me esperan allí. Están hablando, no logro distinguir de qué, pero en cuanto entro los tres callan y recibo su atención al instante.

—Firmaré —digo haciendo eso mismo tras apoyar los documentos en mi mesa.

—Has tomado la mejor decisión —me dice Spencer lleno de empatía—. En dos semanas tendréis que estar en Boston.

—¿Podría ser antes? —pregunto tratando de que mi voz suene más segura de como en realidad me siento.

—¿Una semana? —inquire el mayor de los Riley.

—¿Qué tal dos días? —replico—. ¿Podrás tenerlo todo listo? —le pregunto a Lauren.

—Sí, claro —responde sin dudar.

Me conoce demasiado bien. Sabe dónde he estado, sabe lo que ha pasado y también sabe que no puedo permitirme pasar aquí un solo día más.

—Perfecto, entonces —dice Spencer levantándose—. Aceleraré todo el papeleo con Recursos Humanos.

Asiento.

Spencer camina hacia la puerta y, al pasar junto a mí, se detiene.

—Espero que en Boston seas muy feliz.

Me abraza con fuerza y por un momento siento toda la calidez de cuando me abraza mi padre o Sam.

—Te lo mereces —me susurra.

Asiento de nuevo tratando de contener las lágrimas.

Spencer se marcha sin mirar atrás y yo suspiro hondo.

—Marchaos ya. Si os vais en dos días —comenta Bentley—, necesitaréis tiempo para organizar vuestras cosas.

Las dos asentimos.

Bentley se levanta y camina hasta colocarse frente a mí.

—Vamos a vernos por Skype prácticamente todos los días —me dice con una enorme sonrisa para obligarme a imitarlo— y vamos a hablar por teléfono y a enviarnos correos electrónicos. No vas a librarte tan fácilmente de mí.

Al fin consigue su objetivo y sonrío, pero no me llega a los ojos.

—Todo va ir bien —me anima.

Me abraza y yo me dejo abrazar. Justo antes de separarse, me da un beso en la cabeza. Ahora sí que sonrío y lo hago de verdad. Bentley es un tío genial.

Lauren se empeña en acompañarme al vestíbulo a pesar de que ella tiene que regresar para firmar su nuevo contrato y despedirse del señor Miller.

Ninguna de las dos dice nada mientras cruzamos la redacción. Yo prefiero no despedirme de nadie. No quiero tener que contar lo que verdaderamente ocurre y ninguna de las explicaciones alternativas que pienso me parecen creíbles, por muy elaboradas que sean, si no incluyen la palabra *divorcio*.

Cuando las puertas de acero se cierran, clavo mi vista al frente y resoplo brusca y profundamente.

—Chica, eres mucho más fuerte de lo que parece —me dice Lauren admirada.

Y no sé por qué es precisamente eso, que alguien por fin me vea como una persona fuerte y no como una cría asustada, lo que consigue que todos mis sentimientos se arremolinen dentro de mí y, totalmente en contra de mi voluntad, rompo a llorar desconsoladamente.

Lauren me observa llena de empatía a punto de sollozar y sin dudarlo me tiro a sus brazos.

El pobre mensajero al fondo del ascensor nos mira con cara de circunstancia, rezando para que los pisos pasen más rápidos.

—Lo siento —musito sorbiéndome los mocos de una manera muy poco elegante.

—¿Qué tienes que sentir? Van a subirme el suelo un treinta por ciento y pierdo de vista a Miller.

Sonríe y me mira. Al ver que yo no le devuelvo el gesto, mantiene la sonrisa fingidamente forzada a la vez que se la señala. Yo no puedo más y finalmente sonrío, casi río, de verdad.

Me paso el resto de la mañana y la tarde comprando algunas cosas que necesitaré para el viaje.

A eso de las seis los chicos se pasan por casa. No estoy enfadada con James porque fuera a hablar con Ryan y, aunque así fuese, no podría seguir estándolo sabiendo que no lo tendré a un rellano de distancia durante mucho tiempo.

No me libro de cenar un trozo de lasaña y, aunque al principio no tengo ni pizca de hambre, mi estómago acaba agradeciéndomelo.

Estoy colocando el último plato en el escurridor cuando llaman a la puerta. Me seco las manos con uno de los trapos de cocina que trajo James para sujetar la bandeja de la lasaña y voy hasta la puerta.

Imagino que serán Lauren o Álex, pero, como siempre, no podría estar más equivocada.

«Deberías dejar de imaginar quién llama a tu puerta. Nunca aciertas».

—Hola —me saluda y, a pesar de que es una sola palabra, todo mi cuerpo vibra.

El día que dije que jamás podría olvidar su voz hablaba completamente en serio.

—Hola —musito.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro —respondo echándome a un lado.

Entra y yo cierro la puerta despacio antes de seguirlo.

Mi salón con él dentro parece extrañamente pequeño. Eso no ha cambiado nunca.

—¿A qué has venido, Ryan? —Me lanzo a preguntar porque necesito saberlo.

Ya dejó muy clara su postura con respecto a mi traslado y a nosotros esta mañana en su despacho.

Él resopla y alza la mirada. Odia tener que hablar y estoy ante una nueva prueba de ello.

—No quería que te fueses pensando que estoy contento con esto.

—Ya lo sé —susurro.

Por muy furiosa que saliese de su despacho, sé que esto no es lo que quiere.

—En Boston vas a ser muy feliz. Te lo mereces.

Repite las mismas palabras que dijo Spencer y entonces comprendo que este discurso no es sólo para mí.

—Tú también te mereces ser feliz, Ryan.

Él me mira con toda esa ternura y toda esa condescendencia. La mirada que siempre me dice que estoy equivocada, que me estoy imaginando a un hombre mejor de lo que es. No se hace una idea de lo equivocado que está. Es maravilloso.

—Ryan, ¿por qué tienes esa idea tan equivocada de ti mismo? —le pregunto.

—¿No has pensado que a lo mejor la que tiene la idea equivocada de mí eres tú?

Niego con la cabeza. Puede que me haya equivocado en muchas cosas, pero sé que ésta no es una de ellas.

—Eres mejor de lo que crees —sentencio.

—Puede ser, pero tú te mereces a alguien que lo sea todavía más.

Aunque suena calmado, sus palabras salen llenas de rabia y dolor.

—No nos fue tan mal —digo con una sonrisa fugaz dando un paso hacia él.

—Habrías conseguido que acabara dándome un ataque al corazón —se queja imitando mi gesto—. Eres insufrible.

—Eso te pasa por ser un loco controlador y un celoso —replico divertida.

—¿Sabes que es lo mejor de todo? Antes ni siquiera era un tipo celoso.

Ambos sonreímos.

—Supongo que nunca encontré a una chica que me importara tanto como me importas tú. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

—Menos hablar —comento burlona.

La sonrisa de Ryan se ensancha.

—Bueno, hablar nunca se me ha dado muy bien.

—Pues esto se le parece mucho. —Camino hacia el frigorífico, saco dos cervezas heladas y regreso hasta él—. Así se le va a parecer aún más —le anuncio.

Ryan sonrío y yo le tiendo una cerveza. Cuando la coge, sus dedos acarician los míos y una corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo. Por un momento alzo la mirada y,

por la forma en la que sus ojos azules me observan, sé que él también lo ha sentido.

—Sentémonos —murmuro algo nerviosa, desuniendo nuestras miradas al tiempo que echo a andar hacia el sofá.

Me siento en el tresillo e inmediatamente le doy un trago a mi cerveza. Todo el ambiente se está intensificando y eso no es bueno para mí.

Ryan también se acomoda en el sofá, pero se asegura de dejar una distancia de seguridad entre los dos.

—Nunca me contaste lo que le dijiste a mi padre cuando lo llamaste por teléfono.

Sonríe fugaz y le da un trago a su cerveza. Por un momento pierdo mi mirada en la manera tan elegante en la que los puños de su camisa blanca sobresalen de su chaqueta negra. Nunca entenderé cómo ese detalle tan pequeño puede ser una muestra de atractivo y masculinidad tan grande.

—Sólo le dije que no tenía de qué preocuparse —responde—, que yo cuidaría de ti.

Ahora soy la que sonríe fugaz a la vez que tímida aparto mi mirada de él. Es el príncipe de mi vaso de princesas.

Suspiro discreta y decido que lo mejor para los dos es reconducir la conversación. Por primera vez tengo la sensación de que estamos hablando y no quiero estropearlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiero.

Ryan sonríe sincero y yo siento que algo se ilumina en mi interior.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me tratabas tan mal al principio de conocernos?

La sonrisa de Ryan se transforma en una más dura, pero también más pícaro, más *sexy*.

—No me puedo creer que aún no te hayas dado cuenta. Creí que era más lista, señorita Parker.

Yo lo miro boquiabierto fingidamente ofendida y acabo haciéndole un mohín, lo que hace que su maravillosa sonrisa vuelva a aparecer.

—No me has contestado —me quejo.

Ryan resopla pero no lo hace enfadado, más bien parece estar armándose de valor.

—Porque quería alejarte de mí —responde atrapando mi mirada de nuevo—. Cada vez que te miraba, me descolocaba, y cuando lo hacías tú, me volvía loco. Nunca me había sentido así en toda mi vida, pero sabía que te haría daño, y no me equivoqué —sentencia lleno de rabia, liberando mi mirada y perdiendo la suya al frente.

Tengo claro que no está enfadado conmigo, sino consigo mismo.

—Es cierto que sufrí.

Mis palabras hacen que vuelva a mirarme.

—Pero también fui muy feliz, más que en toda mi vida, más de lo que soy ahora, y creo que más de lo que nunca seré y eso es muy triste, ¿verdad? —Me detengo y suspiro con fuerza intentando contener las lágrimas—. Cuando tú me mirabas, era

todo lo que necesitaba. Era amor, protección, deseo. Da igual quién me mire a partir de ahora, sé que nunca volveré a sentir eso.

Mi voz se evapora al final de mis palabras. Dejo el botellín sobre la mesa y rápidamente me seco las lágrimas que me esfuerzo en frenar, tratando de mirar hacia cualquier otro lado que no sea a él.

—Será mejor que te vayas —musito levantándome y caminando hasta mi habitación.

No quiero que me vea llorar, pero, sobre todo, me voy porque ahora mismo no puedo ver cómo se marcha.

Me siento en mi cama sollozando. Le oigo levantarse y caminar por mi salón.

Es la última vez que voy a verlo. No puedo pensar en otra cosa.

Sin embargo, sus pasos no lo alejan hacia la puerta, sino que lo llevan hasta mi cuarto.

Ryan se detiene en el umbral y me observa. Puedo notar su mirada sobre mí, mi cuerpo encendiéndose y mi corazón rompiéndose un poco más.

—¿Qué quieres? —pregunto atreviéndome a alzar la mirada por fin—. ¿A qué has venido?

Ryan camina la breve distancia que nos separa y se detiene frente a mí. Me toma suavemente de las manos y despacio me levanta hasta que quedamos frente a frente. Me aparta con suavidad el pelo de la cara y sus ojos azules me contemplan llenos de ternura a la vez que sus dedos se pasean lentamente por mi mejilla, como si quisieran recordar cada rasgo de mi cara.

—A despedirme de ti —susurra acunando mi cara entre sus manos.

Despacio, se inclina sobre mí y me besa.

Yo le dejo que lo haga porque es el último beso que va a darme y quiero disfrutarlo, sentirlo, llevármelo conmigo.

Alzo las palmas de las manos y las coloco sobre su pecho. Su corazón late acelerado como el mío y ese sonido hace que todo sea increíblemente íntimo, como si de pronto hubiésemos vuelto a nuestra burbuja.

Sin dejar de besarme, me inclina sobre la cama suavemente y él lo hace sobre mí. Sus manos me acarician poco a poco, tratando de dibujar mi cuerpo, de recordarlo.

Esta vez no hay prisas, ni besos descontrolados. Sólo somos dos personas que saben que su tiempo ha acabado y que duele demasiado.

Me da un dulce beso. Se separa de mí y lentamente me quita el vestido.

Me observa un momento desde arriba y despacio alza la mano. La coloca en mi cuello y sin prisas baja hasta alcanzar mi estómago, dejando que el aire escape despacio de sus pulmones.

Sus ojos siguen el movimiento de su mano. Por primera vez parece triste, abatido, y yo sólo quiero consolarlo. Levanto mis manos y acaricio su cara. Con ese simple contacto Ryan vuelve a alzar la mirada y sus espectaculares ojos azules atrapan los míos como si nada hubiera pasado, como si fuese la primera vez que hablamos en

aquellas mesas del departamento de Recursos Humanos, como si no nos hubiésemos hecho daño, como si sólo quedará la perspectiva de un amor infinito entre los dos.

Me besa con fuerza y todo vuelve a empezar. Los cosquilleos, las mariposas, todo el placer, todo el deseo, todo el amor.

Aflojo su corbata disfrutando del tacto de la seda entre los dedos y desabrocho cada botón de su camisa. Me deshago de ellas con su ayuda y su piel caliente la mía. Es todo lo que adoro que sea, todo lo que necesito que sea.

Contempla mi sujetador y mis bragas de algodón y sonrío fugaz antes de deshacerse de ellos. Besa cada centímetro de piel que acaba de liberar y, seductor, se pierde en mis caderas, deja que su cálido aliento encienda mi piel y después su lengua me calma y me hace arder al mismo tiempo.

Se incorpora y avanza por mi cuerpo una vez más, venerándome, llenándome de deseo.

Con manos torpes y aceleradas, desabotono sus pantalones. Ryan se deshace de ellos y de sus bóxers y se recoloca entre mis piernas.

Entra dentro de mí con un solo movimiento, profundo, acariciando hasta el último rincón de mi interior. Mi cuerpo se arquea uniéndose más al suyo mientras un grito ahogado, pleno, rebosante de placer se escapa de mis labios.

Comienza a moverse despacio, alargando sus movimientos, haciéndolos más intensos, consiguiendo que lleguen más lejos.

No se separa de mí un solo momento, no deja de besarme, de tocarme, de amarme.

Mi cuerpo se tensa.

Grito.

Ryan acelera el ritmo.

Me aferro a sus hombros. Quiero sentirlo aún más cerca. No quiero dejar de sentirlo jamás.

—Ryan —gimo.

Y todo mi cuerpo, mi piel, mi corazón se llenan de placer, se encienden, explotan, mientras un orgasmo maravilloso, repleto de todas las emociones que siempre nos han rodeado, me recorre entera y me hace feliz como cada día que estuve a su lado.

Nuestros besos se rompen por mis gemidos. Ryan me embiste con fuerza y se pierde en mi interior con nuestras respiraciones entremezcladas.

He vuelto al paraíso por última vez.

Ryan sale despacio de mí y, sin ni siquiera dejarse caer sobre la cama, se levanta. De espaldas a mí se pone los pantalones y se los ajusta dando un par de saltitos. Se pasa las dos manos por el pelo y por un momento se queda pensativo. Veo los músculos de su espalda tensarse. Todo su cuerpo vuelve a un estado de guardia, de rabia. Yo también me levanto y terminamos de vestirnos en silencio.

Lo acompaño hasta la puerta. Ninguno de los dos dice nada. Ni siquiera me atrevo a mirarlo. Vamos a despedirnos de verdad, para siempre. Ryan abre la puerta,

pero, tras dar un único paso, se gira hacia mí y, como si ya no pudiese contenerse más, me besa con fuerza, tomando mi cara entre sus manos, haciendo lo que adoro que haga, demostrándome sin palabras que soy suya.

Separa nuestros labios y yo abro los ojos. Los suyos me esperan y me atrapan.

—Siento no haber sido lo suficientemente fuerte por los dos —susurra contra mis labios.

Me da un beso corto y dulce y se marcha sin mirar atrás. Yo lo observo alejarse de mí y sólo puedo pensar en cuánto le quiero, en que no quiero que esto se acabe.

Descalza, salgo tras él. Bajo las escaleras de prisa y cruzo la puerta principal justo antes de que él entre en el elegante Audi.

—¡Ryan! —lo llamo bajando los escalones hasta la acera y corriendo hacia él.

Alza la cabeza sorprendido e inmediatamente camina hacia mí. Hace un frío que pela y el suelo está helado, pero no me importa.

—No te vayas —le pido—. Esto no tiene por qué acabarse. Dame una señal, lo que sea, de que las cosas van a ser diferentes y volveremos.

Ryan sonrío fugaz un solo segundo y da un paso más hacia mí.

—Maddie, tú no quieres volver conmigo. Sólo estás asustada —trata de hacerme entender.

—Haré lo que quieras —lo interrumpo casi desesperada—, lo que Savannah hacía.

—No, por Dios —se apresura a replicarme.

No puedo dejar que todo se termine así. Le quiero.

—¿Y qué hay de eso de que siempre cuidarías de mí?

—Estoy cuidando de ti.

Ryan exhala todo el aire de sus pulmones brusco al tiempo que alza la mano y me acaricia la mejilla suavemente con el reverso de sus dedos.

—Volvería contigo sin dudarlo, Maddie, pero, cuando prometí protegerte, lo decía de verdad.

Se inclina sobre mí, creo que va a besarme, pero finalmente sus labios acarician mi frente y se marcha. Yo me quedo de pie en la acera, contemplando cómo el Audi se aleja de mi calle, de mi apartamento, de mí.

Se acabó.

Regreso a mi piso y me tumbo en la cama. Así terminan las historias de amor o por lo menos así termina la mía. El príncipe no va a rescatar a Cenicienta. No habrá un «felices para siempre» ni sonará una bonita canción mientras pasan los créditos. Yo quería que mi vida fuera como *Descalzos en el parque* y ha acabado siendo como *Tal como éramos*. El chico con los ojos más bonitos del mundo, guapísimo, hermético y complicado, se ha marchado dejando a la pobre chica demasiado enamorada.

Todos lo tenían claro desde el principio, incluso yo; entonces, ¿por qué duele tanto?

Una lágrima se escapa por mi mejilla, pero decido que es la última.

—Adiós, Ryan —murmuro.

¿Algún día dejará de doler?

Me despierto cuando ya no puedo ignorar la luz del sol atravesando mi ventana. Me giro en la cama y clavo mi mirada en el techo.

Respira, Parker —me ordeno—. Es hora de recuperar tu vida.

Me levanto, me ducho y desayuno tostadas y algo de fruta.

Tras ponerme mis vaqueros más viejos y una camiseta con el logo de la universidad, me recojo el pelo con un par de horquillas y comienzo a embalar, recoger y ordenar todo lo que me llevaré a Boston. Spencer me manda un correo diciéndome que la empresa pone a nuestra disposición el *jet* privado. Quiere hacer que el traslado nos sea lo más cómodo posible y, además, así *Lucky* no tendrá que hacerlo en la bodega. Yo pienso en negarme en rotundo, pero mi cachorro me mira ladeando la cabeza, como si pretendiese darme pena por adelantado por meterle en un portamascotas, y acabo aceptando.

La mañana se me pasa volando y ocurre lo mismo con la tarde. No me permito pensar en Ryan ni una sola vez. En esta ocasión la chica lista ha vuelto para quedarse.

Estoy poniéndome el pijama, a punto de meterme en la cama, cuando *Lucky*, repanchingado sobre el colchón, se levanta de golpe y suelta un ladrido. En ese mismo instante llaman a la puerta. Miro extrañada primero a mi perro y después hacia el salón. ¿Quién puede ser?

El corazón se me encoge, como si algo me dijera que sé perfectamente la respuesta a esa pregunta.

Suspiro hondo y camino con el paso titubeante hacia el descansillo. Mi respiración ya se ha desordenado, las piernas ya me tiemblan y todo mi cuerpo está encendido. ¿Por qué ha vuelto?

Abro la puerta con las manos temblorosas y mi expresión cambia por completo cuando veo a Lauren echa una magdalena al otro lado.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sorprendida.

—Me he despedido de Bentley —balbucea.

Respira hondo, se seca las lágrimas con la manga del abrigo y se sorbe los mocos.

—Ya he tenido suficiente —sentencia—. No pienso volver a llorar por ningún hombre. Da igual lo guapo que sea.

Entra con el paso firme en mi apartamento, camina hasta el frigo y saca dos cervezas heladas. La observo un momento mientras se baja de sus tacones de firma y se deja caer en mi sillón, y me doy cuenta de que yo no soy la única que está sufriendo con todo esto. Bentley, James, pero sobre todo Lauren, están haciendo un sacrificio enorme. Los tres sabían que lo suyo se acabaría con la mudanza a Boston y, aun así, nos han antepuesto a Ryan y a mí.

Lauren toma mi botellín ya abierto por el cuello y lo agita suavemente para indicarme que vaya a cogerlo. Yo lo hago y me siento en el tresillo.

—Lo siento —digo tras darle el primer sorbo.

Ella, que aún bebía de su Budweiser, pone los ojos en blanco y termina el trago.

—¿Se puede saber por qué? —pregunta enfurruñada.

—Por esto —digo señalándola vagamente con la mano—. Has tenido que despedirte de Bentley y en algún momento tendrás que hacerlo de James.

Lauren guarda silencio un momento y finalmente se encoge de hombros.

—Si no puedes elegir entre dos personas, es porque en realidad no quieres a ninguna —sentencia muy convencida.

—¿Y seguro que tú no podías elegir?

—Cuando me estaba despidiendo de Bentley, estaba tan triste que pensé que era porque cometía el mayor error de mi vida y tenía que volver con él, pero entonces me di cuenta de que eso significaría no volver a estar con James y me puse aún más triste.

Tuerzo los labios. Lauren sí que es una mujer fuerte y decidida. Estoy muy orgullosa por el valor que siempre sabe echarle a la vida.

—Pareces una canción de Barbra Streisand —comento socarrona.

Sólo quiero que sonría.

—No soy la única —replica rápidamente.

Nuestras sonrisas se ensanchan y Lauren da un nuevo trago a su cerveza.

—No me malinterpretes —se apresura a continuar—. Les quiero a los dos, pero es más cariño que amor. Yo quiero que me cueste trabajo respirar, pasión desenfrenada, quiero querer como Carrie quiere a Big, maldita sea —sentencia al fin.

Sonrío. La entiendo perfectamente.

Lauren echa la cabeza hacia atrás hasta apoyarla por completo en el sillón. Por un momento las dos nos quedamos en silencio, pensativas.

—A veces me siento un poco como Carrie —me sincero con la mirada clavada en el techo.

—¿Carrie, mato a todos mis compañeros de clase con la mente, o Carrie Bradshaw, la de «Sexo en Nueva York»? —pregunta echando la cabeza de nuevo hacia delante.

—Bradshaw.

—Ya te gustaría —responde con un bufido.

Le dedico mi mejor mohín y ambas sonreímos.

Le doy un nuevo trago a mi cerveza mientras Lauren me mira apremiándome a que me explique.

—Me refiero a eso de que a veces, en las relaciones, hay que preguntarse si una ama con quién está o ama lo que siente tratando de alcanzar algo que en realidad es inalcanzable.

Lauren me mira confusa. No la culpo.

—¿Y si no me enamoré de Ryan?, ¿y si de lo que me enamoré fue del peligro emocional de que él fuera tan hermético, tan autosuficiente? Algo dentro de mí siempre me ha gritado que acabaría haciéndome daño, desde la primera vez que lo vi,

y no pude apartarme de él. Soy una maldita yonqui.

—Ryan está buenísimo.

—¡Lauren! —me quejo.

Que me recuerden que es un dios griego es lo último que necesito.

—No, hablo en serio. Si un genio apareciera de repente y te ofreciera un millón de dólares, que todos los días fueran Navidad y que las hamburguesas con queso no engordaran y al otro lado Ryan te sonriera con esos ojos azules fulmina-bragas, todas las mujeres de este universo elegirían irse con él. Eso está más claro que las matemáticas.

—Gracias por la aclaración —le digo dedicándole un mohín.

¿Qué tipo de apoyo es éste?

Lauren parece averiguar lo que estoy pensando y pone los ojos en blanco.

—No seas dramática —protesta—. Lo que pretendo decir es que era muy complicado mantenerse apartada de él, para ti y para cualquiera, y, además, a todo eso tienes que sumar que está loco por ti.

—No está loco por mí —me apresuro a rebatir.

—Sí lo está, Maddie. No seas injusta. Cometió un error imperdonable pero eso no significa que no te quiera.

Frunzo los labios. Tiene razón.

—¿Ahora lo defiendes? —Lauren enarca las cejas y yo resoplo—. Supongo que parte de esta estupidez de crecer y ser maduro implica ver las cosas con perspectiva.

—Ver las cosas con perspectiva, sí; ser gilipollas, no. Ryan tiene que arreglar todas sus mierdas para poder ser feliz. Eso es lo que no puedes olvidar. Por eso nos vamos a Boston, ¡qué asco! —Su queja me hace sonreír—. Y por eso Spencer y Bentley habrán encerrado a Ryan en algún sitio sin ventanas.

Ahora sonreímos las dos.

—Aunque sospecho que sería capaz de tirar abajo cualquier puerta —añade muy pensativa—, lo que también me hace sospechar que está acometiendo un esfuerzo enorme por hacer lo que es mejor para ti.

Sonrío triste y fugaz. Él mismo me lo dijo.

—Estuvo aquí ayer y me dijo que hacía esto por mí, para cuidar de mí.

Lauren asiente completamente de acuerdo y le da un nuevo trago a su cerveza.

—Necesitáis olvidaros mutuamente —sentencia.

Suspiro con fuerza. Esa simple frase plantea demasiadas preguntas y cada una me da más miedo que la anterior.

—¿Y si no consigo olvidarlo? —inquiero tratando de disimular el temor que sólo pronunciar estas palabras en voz alta me produce—. ¿Y si él consigue olvidarse de mí y yo de él no?

—La clave son cuatro palabras: otros hombres guapos y esculturales —responde Lauren como si lo estuviera leyendo de un enorme cartel lleno de fotos de hombres desnudos.

—Eso son cinco palabras.

—¿Cinco? ¿La «y» cuenta?

Volvemos a reír.

—No quiero salir con otros hombres —gimoteo cuando nuestras carcajadas se calman.

Lauren cambia de postura, cruza las piernas como si estuviera en una clase de yoga y me mira para captar toda mi atención.

—Del uno al diez, ¿cómo de increíble dirías que era Ryan en la cama?

Quiero mandarla a paseo. En serio, ¿qué clase de apoyo de amiga es éste? Voy a acabar con ganas de pegarme un tiro. Ella me mira muy seria. ¡Quiere que conteste de verdad!

—Contéstame —me apremia.

—Eres lo peor —me quejo, pero, antes de que pueda evitarlo, hago memoria y los recuerdos atraviesan mi mente y todo mi cuerpo como un ciclón. No necesito mucho tiempo para saber que un diez no está ni siquiera próximo a acercarse a estar remotamente cercano a lo que es Ryan en la cama—. Un billón.

Lauren me hace un mohín y asiente displicente.

—Me lo imaginaba —aclara—. Pues ése es el motivo por el que necesitas urgentemente otro hombre entre tus piernas.

—No entiendo nada.

—El primer hombre con el que te acuestes —prácticamente me interrumpe— será un absoluto desastre. No te tocará como Ryan, no te besará como él y vas a acabar hecha polvo.

—Lauren, te mereces un trabajo en el teléfono de la esperanza —comento socarrona.

—Cállate —me reprocha—. Pero el segundo será mejor y el tercero mejor... y así sucesivamente. Si esperas a estar recuperada, a sentir algo por otro hombre, cuando te vayas a la cama con él, será un fiasco y volverás a hundirte. Los malos tragos es mejor pasarlos de un tirón —sentencia.

—Y tú has tragado mucho —replico burlona.

—Perra —protesta.

—No ha sido a propósito —me disculpo sin poder parar de reír.

—Ryan...

—Está bien —digo interrumpiéndola a la vez que me levanto, cojo los botellines vacíos y voy hasta el frigorífico para coger otros dos nuevos—. He captado el mensaje.

He fingido toda la convicción que he mostrado con mi última frase, pero necesito urgentemente que deje de mencionar a Ryan.

—¿Sabes qué? —comenta muy segura dejándose caer de nuevo contra el sillón y cruzando los brazos tras su cabeza—. Lo mejor es que nos olvidemos de tíos hasta que los personajes de las novelas románticas cobren vida y vengan a buscarnos.

Sonrío. Le paso una cerveza y me siento de nuevo en el sofá.

—Me pido a Christian Grey —se apresura a decir muy seria. No está dispuesta a dejar que se lo quiten.

Frunzo los labios mientras pienso en mi elección.

—Mmm... Bennett Ryan —digo antes de darle un trago a mi cerveza.

—Por favor, hasta fantaseando se te ve el plumero —se queja burlona—. Ryan es la personificación de Bennett.

Yo aparto el botellín de mis labios intentando disimular una sonrisa a la vez que me encojo de hombros.

—Entonces es que es muy de mi estilo —me defiendo.

—Yo quiero que venga a por mí Jesse Ward y me reserve una habitación permanente en su hotel.

Por cómo acaba de pronunciar esa frase, sé que la sola idea le ha encantado muchísimo.

—Will Sumner —propongo.

—¡Qué buena elección! —replica con una sonrisa—. Te va mucho. —Lo piensa un momento—. Gideon Cross.

—Gideon Cross te destrozaría de un polvo —comento socarrona.

—Claro, porque todo los demás nos harías cosquillas.

Las dos nos echamos a reír. Creo que las cervezas están empezando a hacer efecto.

—Miller Hart —apunto cuando nuestras carcajadas se calman.

Su nombre nos silencia un segundo y fantaseamos al unísono.

—Lo has clavado —me felicita—. Nos merecemos que nos veneren —añade extendiendo su botellín para que brindemos.

—Coincido —respondo haciéndolo.

Nos tomamos otro par de cervezas y nos vamos a la habitación. A Lauren parece haberle afectado el alcohol un poco más que a mí. Acaba yéndose a la cama gritando que la ciencia debería dejar de intentar llegar a Marte e investigar otros problemas más importantes, como descubrir la forma de fusionar a dos hombres para crear uno perfecto. Sus sujetos de pruebas, como no podría ser de otra manera, son James y Bentley.

El despertador suena insistentemente. Ayer, en un ataque de eficiencia tan optimista como innecesario, decidí ponerlo para que sonara pronto para tener el suficiente tiempo de terminar todas las cosas pendientes y poder pasar un rato con los Hannigan.

Abro lo ojos y me llevo las manos a la cabeza. Me duele muchísimo. Mmm, no quiero salir de la cama. El despertador vuelve a sonar. No va a rendirse.

Finalmente me levanto malhumorada y me meto en la ducha, que me sienta de maravilla. Quince minutos después estoy enfundando mis pies en mis bonitas botas de media caña camel, sin tacón y con tachas. Me he puesto una nadadora azul, mi

jersey blanco de punto que deja un hombro al descubierto y mi falda de la suerte, porque este día va a ser muy importante para mí. A las cuatro estaremos camino de Boston.

Miro a Lauren durmiendo, tapada con mi nórdico hasta las orejas, cuando tengo una idea brillante. Conecto mi iPod a los altavoces y, antes de que la primera nota de *Feel again*, de OneRepublic y Heartbeats comience a sonar, me subo al colchón de un salto y, exactamente como ella misma hizo en esta misma cama, empiezo a bailar y cantar cuando la música lo inunda todo.

—Uuuhh, Uuuhh. Uuuhh, Uuuhh. Me siento mejor desde que me conoces. Era un alma solitaria, pero ése es mi antiguo yo...

—¿Qué haces? —se queja asomando su resacosa cabeza por encima del edredón.

—Lo mismo que tú —respondo con una sonrisa que se borra de mis labios automáticamente cuando estoy a punto de caerme.

Lauren comienza a reírse, pero entonces tiro del nórdico y la dejo presa de este frío casi criminal. Ella gimotea y la que se muere de risa soy yo. Sin embargo, vuelve a tirar, pierdo el equilibrio y acabo con el culo en el suelo.

—Eres lo peor —protesto entre risas acariciándome el trasero.

Lauren se asoma envuelta en el edredón y se ríe con malicia desde mi cama.

El timbre comienza a sonar en ese momento. Las dos miramos hacia la puerta del salón y yo me levanto quejumbrosa del suelo.

—Voy a vengarme de esto —la amenazo divertida mientras salgo de la habitación.

Camino hacia la puerta recogíendome el pelo en una coleta. El timbre vuelve a sonar cuando estoy a unos pasos y resuena por toda mi cabeza. No pienso volver a beber cervezas con la loca de Lauren nunca más.

—Buenos días —me saluda un chico vestido con gorra y chaqueta de FedEx—, ¿la señorita Parker?

Yo asiento confusa. Me tiende la carpeta de metal que lleva en las manos y me ofrece un lápiz para que firme el albarán de entrega. Miro la orden y efectivamente está a mi nombre. ¿Qué será? Y, sobre todo, ¿quién me lo envía? No espero ningún pedido.

El chico mira a su derecha y asiente, imagino que a algún compañero. Me preparo para recibir un sobre o una caja pequeña cuando de repente veo la esquina de un cajón de madera de al menos metro y medio de alto por dos de ancho.

—Joder... —susurro asombrada.

—Nos permite, señorita —me pide el chico.

—Sí, claro —musito incrédula echándome a un lado sin poder apartar mi vista de la caja.

¿Qué es?

Los repartidores la dejan en el salón en el mismo instante que Lauren sale de la habitación envuelta en el nórdico.

Tras volver al rellano, uno de ellos regresa con un paquete infinitamente más pequeño y protegido con papel de embalar. Con cuidado lo deja sobre mi mesita de centro. En la parte superior tiene pegado una enorme pegatina que avisa de que es material frágil.

El repartidor se queda de pie frente a mí y no sé qué está esperando hasta que me doy cuenta de que aún no he firmado. Rápidamente, y pensando que debe creer que soy la chica más idiota sobre la faz de la tierra, firmo y le devuelvo la carpeta.

Lauren se acerca con la mirada dormida pero fija en la caja. Está estupefacta como yo.

Acompaño a los repartidores a la puerta y tras darles una propina, esa caja tiene pinta de pesar bastante y vivo en un cuarto sin ascensor, cierro mordiéndome el labio inferior. No tengo ni idea de qué es o de quién puede haberla enviado.

—¿A qué estás esperando? —me apremia Lauren cuando regreso al salón.

—Ni siquiera sé cómo abrirlo —protesto nerviosa.

Lauren frunce el ceño. Sale disparada de mi apartamento y a los pocos minutos regresa con un James somnoliento y con cara de pocos amigos. No le culpo, es domingo.

—¿Qué? —Gruñe cuando Lauren le suelta la mano dejándolo frente a la caja.

En cuanto la ve, la expresión de James cambia por completo y parece despertarse de golpe.

—¿Qué coño es esto?

—No lo sabemos —se queja Lauren—. Por eso te he traído. Ábrelo.

James pone los ojos en blanco. Gira sobre sus pasos, va hasta la cocina y comienza a rebuscar en mis cajones.

—¿Qué pasa? —inquire Álex entrando en mi apartamento—. La puerta estaba abierta. Pero ¿qué es eso? —pregunta reparando en la caja.

Es imposible verla y no hacerse esa misma pregunta.

—No lo sé —respondo.

Por más que la miro, no tengo ni idea de lo que puede ser. Me llama la atención que sea de madera gruesa. Es el tipo de caja que se utiliza para enviar cosas por mensajería aérea desde el otro lado del mundo.

—Quieres darte prisa —apremia Lauren a James.

—A veces me pregunto si Boston estará lo suficientemente lejos —murmura Hannigan sardónico mientras continúa rebuscando.

Saca mi pala de cocina más grande, también de madera, de uno de los cajones y se acerca a nosotras. La utiliza para hacer palanca y la madera rechina. Repite la operación en varios puntos de la caja, hace un poco más de fuerza y finalmente la tapa de madera cae al suelo haciendo muchísimo ruido.

James lanza la pala sobre la tapa, da un paso atrás, tira de un grueso papel acolchado y creo que los cuatro nos quedamos boquiabiertos en el mismo instante cuando vemos ante nosotros *El beso*, de Robert Doisneau.

—Pero... —La frase de James se queda interrumpida en sus labios.

Es impresionante.

—Viene de Europa —sentencia James mirando las pegatinas de embarque de la caja cuando al fin consigue reaccionar.

Yo me llevo la mano a la boca y suspiro feliz. Sólo hay una persona que podría haber hecho algo así.

—¿Y la pequeña? —pregunta Álex sacándome de mi ensoñación, señalando la otra caja sobre la mesita.

Estaba tan ensimismada con la grande que la había olvidado.

Lauren coge la caja y la sostiene para que pueda abrirla. Rompo el papel de embalaje y encuentro una preciosa caja blanca donde puede leerse «Atelier de Robert Doisneau» en el centro.

La abro con cuidado y otra vez tengo que contener un suspiro cuando veo la grulla azul. La cojo y la giro entre mis dedos a la vez que me muerdo el labio inferior para contener las lágrimas que amenazan con inundarlo todo.

Es sencillamente maravilloso.

—¿Qué es eso? —pregunta Lauren casi alarmada.

Miro de nuevo en la pequeña caja y veo el negativo de la foto enmarcado en un precioso y perfecto cuadro de cristal.

Sencillamente no puedo creerlo.

—Es el negativo —murmuro más que asombrada.

Lo tomo con sumo cuidado y me doy cuenta de que hay un sobre debajo. Le entrego el negativo a James casi a cámara lenta y él lo recoge atento. Cojo el sobre y con manos temblorosas saco la nota manuscrita que contiene.

Estimada señorita Parker:

Ahora usted posee nuestro mayor tesoro: los negativos de la foto que mi padre, Robert Doisneau, realizó frente al Ayuntamiento de París para su serie «Besos», publicada en *America's Life* en 1950. Sabemos que los cuidará como se merece y sólo le pedimos que, en su testamento, se asegure de que la obra vuelve a casa.

Atentamente, Francine y Annette Doisneau.

Miro la nota absolutamente conmocionada sin poder creer lo que estoy leyendo. ¡Ha comprado *El beso* para mí!

Sin decir nada más, dejo el sobre en la caja y, con la grulla entre las manos, giro sobre mis pies y salgo de mi apartamento.

Bajo las escaleras como una exhalación y paro el primer taxi que pasa por la 10 Oeste. No sé qué pensar, tampoco qué le diré cuando lo vea, pero ha comprado *El beso* de Doisneau para mí, tengo que ir a buscarlo.

Suena *Lost Stars*, de Adam Levine. Me encanta esta canción.

Jugueteo con el origami entre mis manos. Estoy nerviosa, acelerada, con las mariposas volando sin control en mi estómago y el corazón latiéndome demasiado rápido. Sigo sin saber qué pensar, sin saber qué le diré cuando lo vea pero, sólo por esta grulla, tengo que ir a buscarlo.

El tráfico se alía conmigo y llego al edificio del Riley Group en cuestión de minutos. Saludo a Ben y rápidamente tomo el ascensor. Es domingo, así que la redacción está completamente desierta.

Suspiro hondo y mi paso se ralentiza conforme me acerco al despacho de Ryan en total oposición a mi respiración, que se acelera sin remedio. He venido hasta aquí por instinto. Ni siquiera he pensado que pudiera no estar.

Su puerta está entreabierta. Camino despacio y aún más lentamente empujo la madera de caoba. En el segundo que tarda en abrirse por completo, el corazón me late tan fuerte que creo que va a escapármese del pecho.

Sin embargo, Ryan no está.

Suspiro decepcionada y estoy a punto de marcharme cuando algo llama mi atención e inmediatamente mi corazón da un vuelco. Hay una preciosa mesa de arquitecto bajo el inmenso ventanal. No es nueva. Tengo la sensación de que es su mesa de arquitecto de siempre, la que ya tenía cuando vivía en el apartamento del West Side que describió Spencer. Una sonrisa inunda mis labios cuando, en la esquina superior, desafiando los rayos de sol que atraviesan la ventana, veo un pequeño coche de juguete rojo.

Me acerco hasta la mesa con el paso lento pero lleno de una sanadora seguridad. Alzo la mano y acaricio suavemente la caja de lápices que hay sobre ella, la misma que encontré en el cajón de su escritorio.

Es su sueño hecho realidad y no podría hacerme más feliz.

En ese momento oigo pasos a mi espalda e inmediatamente sé que es él.

—Hola —susurra.

Yo me giro despacio y me permito el lujo de construir una fotografía de lo guapísimo que ya sé que estará incluso antes de mirarlo. Sin embargo, cuando alzo la cabeza, todas mis fantasías se elevan a la enésima potencia. Está espectacular. Lleva su traje gris marengo, una camisa blanca y su corbata roja, mi preferida.

Suspiro al darme cuenta de que lleva la misma ropa que el día que nos conocimos y no puedo evitar sonreír nerviosa cuando recuerdo que yo también la llevo.

—Hola —musito.

Ryan me mira. Sus preciosos ojos azules se posan sobre los míos y por un momento tengo la sensación de que puede ver en ellos todo lo que desee, de que puede verme a mí. Sin quererlo, vuelvo a sentirme tímida, abrumada. Todas esas emociones que sólo Ryan sabe despertar.

—Gracias por la foto de Doisneau —susurro—. No tenías por qué hacerlo.

—Quería que la tuvieras. Por mi culpa no pudiste ver la exposición y quería

compensarte. Sé que no tienes muchos recuerdos de nuestra luna de miel.

—La verdad es que los únicos recuerdos que tengo de París son las vistas desde la terraza, tu voz, tus besos, tú...

Sus ojos atrapan de inmediato los míos y, sin quererlo, un suspiro se escapa de mis labios. Son los ojos más azules que he visto en mi vida. Milagrosamente contengo un nuevo suspiro y rápidamente trato de reconducir la conversación.

—La verdad es que no hay museos ni cenas —añado divertida.

—¿Te habría gustado que hubiese sido diferente?

—No —respondo sin asomo de duda—. Así es como debería ser, que una chica sólo recordara de su luna de miel el amor y la torre Eiffel iluminada.

Por primera vez desde que entré no parezco nerviosa ni acelerada. Esos días fueron los más felices de mi vida porque fueron los más felices con él.

Ryan también sonrío. Su sonrisa más bonita, más sincera, y que creo que guarda sólo para mí. Con ella todo el ambiente parece cargarse de una suave electricidad.

Por un momento volvemos a quedarnos en silencio. Voy a marcharme a Boston, pero antes hay cosas que quiero saber y por una vez no me da miedo preguntar. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, Ryan da un paso hacia mí robando toda mi atención.

—En la puerta del club me preguntaste por qué no me gusta hablar —pronuncia cada palabra como si quisiera soltarlo mientras esté convencido de que hacerlo es una buena idea.

Asiento y los nervios se concentran burbujeantes en mi estómago.

—Simplemente no me gusta —se sincera—, pero me gusta mucho menos hacerlo contigo.

En este preciso instante siento como si hubieran tirado de la alfombra bajo mis pies. Ya no sólo se trata de que no le guste hablar, sino de que soy la última persona con la que quiere hacerlo.

—Quería construir un mundo perfecto para ti, Maddie. Dejarte al margen de todo para no preocuparte con todas las cosas con las que tengo que enfrentarme día a día, para que no dejaras de tener tu maravillosa fe en el mundo. Quería protegerte de todo eso y acabé echándote de mi vida.

Asiento y agacho la cabeza conteniendo el aluvión de lágrimas que inundan mis ojos. Le quiero, ésa es la verdad, y todo lo que acaba de decir no hace sino que le quiera todavía más.

—Esa noche también me preguntaste por qué no era arquitecto y yo te respondí que renuncié a serlo porque no tenía nada por lo que luchar.

Una punzada de dolor atraviesa mi pobre corazón. Lo recuerdo perfectamente.

—Y llevo dos malditos días sin poder parar de pensar en que, si nos hubiésemos conocido hace seis años, habría luchado por ti y no te habría soltado jamás, y ahora sería arquitecto, tendríamos críos y sería el hombre que tú te mereces.

—Ryan, yo... —Las lágrimas interrumpen mi voz.

No sé qué espera que diga, que haga. Fue él quien dijo que debía irme a Boston.

—No sé qué quieres... —Un sollozo vuelve a interrumpirme.

Ryan resopla. Camina decidido hasta mí, toma mi cara entre sus manos y sus ojos increíblemente azules se clavan en los míos.

—Esta vez pienso hablar —sentencia irradiando toda su seguridad, todo su magnetismo— y pienso decir todo lo que tengo que decir.

Ahogo un suspiro en una sonrisa nerviosa y me obligo a mantener su mirada.

—Maddie, dejarte marchar es el peor error que podría cometer en mi vida. Me ha costado mucho, pero al fin he comprendido que no tengo que renunciar a ti, que tengo que ser mejor por ti. Voy a luchar para ser el hombre que tú te mereces y voy a hacerlo por ti, por esa grulla azul.

Las lágrimas comienzan a caer sin remedio.

—Ryan, no —musito colocando mis manos sobre las suyas y obligándole a soltarme—. Voy a marcharme a Boston —susurro tratando de llenarme de una seguridad que me obligo a sentir a la vez que me alejo de él.

La chica lista está aquí y por primera vez pienso escucharla.

—Tu sitio no está en Boston —replica arisco acercándose de nuevo a mí.

—Sí lo está, Ryan —sentencio con la voz entrecortada—. Tú y yo no podemos estar juntos. Tú mismo lo dijiste.

—Sé lo que dije —me interrumpe exasperado.

—Entonces, ¿por qué has cambiado de opinión?

Yo también estoy cansada. Me siento como si en los últimos meses mi vida hubiese sido una auténtica batalla campal.

—Porque, si eso fuera lo que tenemos que hacer, no me sentiría vacío cada vez que me levanto —sentencia casi alzado la voz, casi desesperado.

Trago saliva y siento cómo más lágrimas se deslizan cada vez más saladas.

—Maddie, cuando te miraba, daba igual que hubiéramos estado juntos hacía quince segundos, te deseaba hasta volverme loco y, cuando te tocaba, no me calmaba, sólo sentía que algo perfecto se me estaba escapando entre los dedos y lo único que podía hacer era agarrarlo con fuerza y rezar por tener la jodida suerte de que volviera a repetirse. Destrocé lo mejor que me había pasado en la vida porque estaba muerto de miedo, pero eso no cambia que, cuando te miro, cuando oigo tu nombre, cada hueso de mi cuerpo me grita que eres la mujer de mi vida.

Yo niego con la cabeza totalmente sobrepasada. No puede decirme todo esto ahora. No es justo. Ya me había mentalizado. Ya había entendido que lo mejor para mí era estar lejos de él.

—¿Por qué has tenido que esperar hasta este momento? —Estoy enfadada, herida—. Yo estaba bien. Volvía a estar bien. Iba a marcharme a Boston.

No puede destruirme y construirme a su antojo.

—¿Por qué has tenido que hacerlo?

—¡Porque te quiero! —grita lleno de rabia—. Porque sigo siendo un egoísta de

mierda que no te merece pero que no es capaz de levantarse un maldito día más sin tenerte a mi lado. Te quiero, Maddie.

—Ryan —susurro con la voz tomada por el llanto.

Nunca he tenido tanto miedo.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Ryan atraviesa la distancia que nos separa, toma una vez más mi cara entre sus manos y me besa.

—Vuelve a empezar conmigo —me pide—. Déjame luchar por ti.

Y simplemente ocurre que todo cobra sentido, que mi vida, mi corazón, por fin cobran sentido.

—Sí —susurro con la voz llena de lágrimas aunque esta vez tienen un motivo diferente—, sí, sí, sí —sentencio sonriendo contra sus labios, sintiendo su sonrisa contra los míos.

Y Ryan Riley, el odioso, malhumorado, arrogante y mujeriego, hizo exactamente lo que prometió, luchó por mí y no me soltó jamás, demostrándome que la vida puede ser como todas las canciones que suenan en la radio, que puede estar llena de amor.

Epílogo

Dejo el iPhone sobre la mesa y salgo del estudio. Se oyen voces en la cocina y la risa del capullo de mi hermano Spencer resuena por toda la casa.

Tras un par de pasos, puedo ver a Lauren a un lado de la isla de la cocina, trasteando muy concentrada con unas cartulinas de colores y unas tijeras, y al otro, sentados en los taburetes, a Spencer y a Bentley. Él se la sigue comiendo con los ojos. Han pasado ya seis años desde que lo dejaron y sigue volviéndole igual de loco.

—Joder, ¿qué hacéis otra vez aquí? —me quejo divertido, sentándome junto a Bentley—. Parece que no tenéis casa.

—Nos ha invitado tu mujercita —me replica muy resuelta Lauren—. Parece que ya no eres el rey de tu castillo —añade con una sonrisilla de lo más impertinente mientras recorta algo parecido a una estrella.

La observo con las cejas enarcadas. Ella me aguanta la mirada con la misma sonrisa, pero tras unos segundos baja la cabeza y suspira exasperada.

—¿A quién pretendo engañar? —masculla resignada.

Sonrío, mi media sonrisa. Me alegro de que lo tenga claro, aunque también me gusta que no le falten arrestos para intentar plantarme cara. Al fin y al cabo, va a convertirse en mi nueva directora de Contabilidad.

En ese momento oigo a los dos pares de pasos de mi vida bajando las escaleras. Alzo la mirada y, aunque sé perfectamente quiénes son, no puedo evitar que mi corazón caiga fulminado cuando veo a Maddie bajar con la sonrisa más increíble del mundo de la mano de nuestra pequeña Audrey.

Va vestida con unos leotardos de rayas de colores, una falda de tul fucsia, una camiseta con otro millón de colores y unas Converse de un rosa tan intenso que parecen fabricadas de chicle. Le ha hecho dos coletitas y de pronto me siento como si estuviera dentro de mi propio sueño.

—Hola, pequeña —digo levantándome y acercándome a ellas.

La niña suelta la mano de Maddie y sale corriendo hacia la isla de la cocina. Las cartulinas de colores la han hipnotizado. Lleva días hablando de esto.

Camino hasta Maddie y coloco mi mano en su vientre. Siempre será la cosa más bonita que he visto en mi vida, pero embarazada de nuestro segundo hijo lo está aún más.

La beso. En teoría un beso dulce y breve, pero sus labios me encienden. Joder, huele de maravilla. Y antes de que me dé cuenta, la estoy estrechando contra mi cuerpo y besándola salvaje, casi desesperado. Me vuelve completamente loco.

—Ey, ey, ey —oigo protestar socarrón a Spencer a mi espalda—. Por favor.

Me separo a regañadientes. Maddie esconde su preciosa cara en mi pecho y yo fulmino a mi hermano con la mirada.

—Hay niños delante —continúa divertido tapándole los ojos a Audrey—, y por primera vez no me refiero a Sandford.

Todos menos Bentley, que bufa resignado, estallamos en risas. Maddie alza la mirada y otra vez no existe nada más en el mundo que no sea ella. Me dan igual todos estos gilipollas y la beso de nuevo.

—¿De qué os reís? —se queja mi pequeña—. No puedo ver nada —añade al tiempo que trata de zafarse de la enorme manaza de Spencer que le tapa casi la mitad de la cara.

Maddie me empuja con una sonrisa en los labios y yo vuelvo a separarme malhumorado de ella.

—Esta noche no te vas a escapar —susurro.

Es la pura verdad. Pienso follármela hasta que salga el sol.

Maddie me sonríe. Sé el efecto que esas palabras han causado en ella. Nunca pensé que podría excitarme tanto toda esta anticipación, el hecho de saber que está derritiéndose por dentro, que es mía y oír mi voz se lo recuerda cada jodida vez. Al fin se muerde el labio inferior tratando de parar sus propios pensamientos y ese simple gesto me la pone dura de golpe. Un día va a conseguir que acabe dándome un infarto por falta de sangre en el resto del cuerpo.

Maddie se acerca a Audrey, la libera de Spencer y, cogiéndola en brazos, se la lleva al otro lado de la isla junto a Lauren.

—Hola, chica —saluda mi pequeña a Stevens.

—Me encanta esta cría —responde ella con una sonrisa.

Audrey coge unas tijeras infantiles y, cómo no, la cartulina rosa chicle. Está obsesionada con ese color.

—¿Podéis explicarme una vez más por qué el cumpleaños del señor simpatía es una fiesta de indios y vaqueros?

El apelativo de Bentley me hace poner los ojos en blanco, divertido. Debería agradecerme que no sea la persona más encantadora sobre la faz de la tierra. De no ser así, no se habría tirado a todas las chicas que me dejaron por imposible porque ni siquiera me molesté en saludarlas.

—Papi me dejó elegir la fiesta a mí —responde Audrey muy concentrada en lo que recorta.

—¡Qué tierno! —Se inclinan para susurrármelo Bentley y Spencer al unísono.

—Y yo tengo que aguantar gilipolleces en estéreo.

Maddie me mira y frunce los labios. No quiere que diga ese tipo de palabras delante de Audrey y cada vez que lo hago me mira así, tratando de demostrarme lo enfadada que está conmigo. Sin embargo, no sabe que fracasa estrepitosamente. Cada vez que lo hace, me entran ganas de follármela contra la primera pared que encuentre. Es la cosa más adorable que he visto en mi vida.

Acabo dedicándole una media sonrisa y ella, aunque intenta disimularlo, no puede más y termina sonriendo también.

Las miro a las dos y no puedo dejar de pensar en la suerte que tengo. Si Maddie se hubiese marchado a Boston hace seis años, ahora yo seguiría siendo un gilipollas

infeliz lleno de sueños, pero sin luchar por ninguno.

La primera vez que pensé que ella era el motor de mi existencia, no me equivocaba. Creo que lo fue desde la primera vez que la vi, aunque fui tan estúpido de no entenderlo.

Maddie le da un beso en el pelo a Audrey y, cuando nuestras miradas se encuentran, me sonrío de nuevo. ¿A quién pretendo engañar? Si se hubiese marchado a Boston, habría salido corriendo tras ella y no habría parado de besarla, de tocarla, de follármela hasta que la hubiera convencido para que volviese conmigo.

La quiero. Joder, la quiero. Nunca he tenido nada tan claro en toda mi vida.

—¿Y yo qué soy, india o vaquera? —le pregunta Lauren a Audrey subiendo a la encimera una caja llena de sombreros de *cowboys* y tocados de indios.

Bentley la mira embelesado. Apuesto a que a él le encantaría darle la respuesta a esa pregunta.

—Tú eres una vaquera, tía Lauren.

—¿Y yo soy un indio o un vaquero? —le pregunta Bentley a Lauren.

Ella sonrío y se centra en rebuscar entre los sombreros. Está claro que sabe que todavía lo tiene en la palma de la mano.

—¿Verdad o Roger H. Prick? —inquiere finalmente con una sonrisa.

Él la mira sin comprender qué quiere decir.

—Elige Roger H. Prick —intervengo—. No estás preparado para que te responda de verdad a esa pregunta.

Las chicas me miran sorprendidas y después lo hacen entre ellas y se sonrían cómplices. Conozco demasiado bien a mi mujercita como para no saber la historia de ese gilipollas.

—¿Y papá? —le pregunto a Audrey.

—Vaquero —responde sin dudar.

Sonrío y Lauren me tiende un sombrero.

—¿Y mamá? —Vuelvo a preguntar poniéndomelo e inclinándolo hacia arriba con el índice.

—India.

Ahora es Maddie la que sonrío. La imagino vestida de india o, mejor aún, de india *sexy* o sólo con las putas plumas o sin nada, desnuda en mi cama, con las muñecas atadas.

Joder, otra vez va a estallarme en los pantalones.

Maddie me mira y vuelve a morderse el labio inferior. Sabe exactamente en lo que estoy pensando y eso me vuelve todavía más loco. Finalmente cabecea tratando de eludir todo lo que está pasando por su mente ahora mismo.

Es jodidamente perfecta.

—¿Y quién será el *sheriff*? —pregunta tras dar un largo suspiro, ofreciéndole a Audrey una estrella amarilla perfectamente recortada.

La niña frunce los labios y lo piensa un segundo.

—Será Finn —sentencia.

—¿Vamos a buscarlo? —le propongo quitándome el sombrero y tendiéndole los brazos.

Ella asiente y con la estrella en la mano y una sonrisa enorme en los labios se lanza a mis brazos.

Adoro a esta cría.

—¡Finn! ¡Finn! —lo llama desgañitándose.

—No tienes que gritar —le recuerdo, pero no hay nada que hacer. Es una niña con una misión.

A los pocos segundos, mi chófer entra en el salón.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Riley? —pregunta profesional, pero con un trasfondo divertido.

—Serás el *sheriff*, Finn —le informa muy convencida.

—Encantado, señorita Riley.

Trata de engancharle la estrella en el bolsillo de la chaqueta con sus pequeñas manitas, pero obviamente no lo consigue.

—Necesitas pegamento —le aclaro paciente.

—No, puedo así —me replica tozuda.

—Audrey —trato de hacerla entender.

—Puedo así —me interrumpe.

Resoplo. Es la niña de cinco años más testaruda que he conocido.

En ese momento suena el timbre de la puerta principal. Automáticamente Finn y yo nos miramos. Audrey se revuelve en mi regazo hasta que la bajo y sale disparada hacia la entrada.

La sigo escaleras abajo. El timbre vuelve a sonar y ella, ya junto a la puerta, me mira impaciente. Sabe que no puede abrirla si está sola. Maddie no para de repetirme que soy demasiado alarmista con la seguridad de las dos, pero no me importa tener un millón de veces la misma discusión. No pienso permitir que corran el más mínimo peligro. Son mi vida.

—Vamos, papá —me apremia.

—Pero ¿qué pasa? —pregunto extrañado—. ¿Por qué estás tan impaciente?

Me retoco el dobladizo de mi camisa blanca sobre mi antebrazo y abro. Inmediatamente Audrey sortea la puerta y se coloca delante de mí. Al otro lado hay un niño más o menos de su edad. Tiene el pelo rubio rapado y los ojos grandes y marrones. Lleva un camión de bomberos en una mano y saluda a mi pequeña con la que le queda libre. Ella hace lo mismo al tiempo que, nerviosa, se pone de puntillas.

—¿Tú quién eres? —pregunto arisco.

—Soy Ollie. Venía a buscar a Audrey para ir a jugar al parque.

—¿Qué? No —respondo por inercia.

¿De dónde ha salido este crío?

Oigo pasos a mi espalda y Maddie se coloca a mi lado.

—Hola, Ollie —saluda llena de dulzura al niño—. Hola, Eve —añade llevando la mirada hacia una mujer que sale atareada de un SUV negro buscando algo en su bolso.

—Hola, Maddie —responde ella—. Muchas gracias por encargarte de los niños.

—No te preocupes.

La mujer alza la cabeza y repara en mí, pero yo no me molesto en saludarla. Estoy demasiado ocupado ahora mismo.

—Regresaré a las cinco —prácticamente tartamudea informando a Maddie y apartando por fin la mirada de mí.

—Claro.

Le da un beso a su hijo, al que le pide que se porte bien, y regresa a su coche sin dejar de rebuscar en su bolso.

—Bueno, chicos, ¿estáis listos para ir al parque?

Los dos asienten y bajan los primeros escalones. Él le enseña el juguete que lleva entre las manos y se sientan en uno de los peldaños.

—No va a ir —me quejo.

Mi pequeña no va a ir a ningún parque con ese crío. Quiero que ese crío se largue de mi casa.

—Claro que va a ir —sentencia Maddie.

Me mantiene la mirada y sé que no va a dar su brazo a torcer. Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Si va a ir, voy a encargarme de que ese crío no se acerque a menos de diez metros de ella.

—Finn —lo llamo con la voz endurecida.

Maddie sonrío escandalizada a la vez que se lleva las manos a las caderas, tratando de demostrarme otra vez lo enfadada que está. Si ahora mismo no estuviera tan cabreado, me la llevaría arriba y le echaría un polvo encima de mi carísimo escritorio.

—No vas a enviar a Finn —me advierte—. Sólo va al parque. No necesita un guardaespaldas.

Me humedezco el labio rápido y fugaz. Debe estar de broma.

—Además, ya tengo una carabina preparada —comenta socarrona.

Oigo unos tacones repiquetear contra los escalones y a los pocos segundos Lauren está junto a nosotros.

—De eso nada —protesto.

Siempre sospeché que tendría que prohibirle a Stevens que se acercara a mi hija el día que cumpliera quince años, pero nunca imaginé que tuviera que hacerlo con cinco.

—Muchas gracias, Lauren —comenta Maddie cuando pasa junto a ella justo antes de cruzar la puerta.

—No te preocupes. Iremos a Chelsea Park y los traeré de vuelta en una hora. ¿Preparados para el parque? —grita entusiasmada como si trabajara en un programa

infantil a la vez que baja los escalones.

Maddie cierra la puerta con una sonrisa y se encamina hacia el salón.

Yo miro a Finn y le indico con un leve gesto de cabeza que los siga. Maddie me caza en plena orden y regresa a mi lado.

—Más te vale que tu hombre para todo no se acerque a Chelsea Park. Si no, éste —dice señalando su vientre con ambos índices— va a ser el último hijo que tengamos porque el sexo se acabó para ti, Riley.

Sin esperar respuesta, gira sobre sus pasos y comienza a subir las escaleras de vuelta al salón.

Yo entorno la mirada y ladeo la cabeza. Todavía no tengo claro si me gusta o no que me plante cara.

Miro a Finn de nuevo indicándole que se olvidé de lo que acabo de pedirle y se retire. Cuando lo hace, observo a Maddie alejarse y acelero el paso hasta atraparla en mitad de las escaleras. La beso con fuerza y la llevo contra la pared. Ella gime contra mis labios y sube las manos rodeando mi cuello.

Saco a relucir mi media sonrisa. Ya la tengo exactamente donde quería.

Me separo de ella, aparto sus manos de mí y, sujetando sus muñecas contra la pared al lado de sus costados, la aprisiono contra mi cuerpo.

Me inclino sobre ella de nuevo y cree que voy a besarla, pero no lo hago. Sólo me quedo muy cerca, dejando que mi aliento inunde sus labios, torturándola.

—No deberías hacer promesas que no vas a ser capaz de cumplir —susurro con la voz ronca y el animal despertándose en mi interior.

—¿Cómo sabes que no seré capaz de cumplirla?

Sonrío. Lo tengo clarísimo y no tiene nada que ver con ser o no un bastardo presuntuoso, es su delicioso cuerpo el que me da todas las pistas.

Me inclino sobre ella y, cuando alza los labios dispuesta a besarme, vuelvo a separarme.

—Eso —respondo arrogante—, cómo te tiemblan las rodillas...

Aprisiono mi cuerpo aún más contra el suyo. Me vuelve loco cómo reacciona cuando estoy cerca. Me vuelve loco saber que me desea, que me quiere. Me vuelvo loco que sea mía, joder, sólo mía.

—... tu respiración acelerada.

Ya no puedo más y la beso desbocado. Libero sus manos y me anclo con fuerza a sus caderas.

Joder, tocarla es lo mejor de toda mi maldita vida.

—Ryan —susurra con la voz rota de deseo—, no podemos hacer esto aquí.

Finjo no oírla, la giro entre mis brazos y dejo que el peso de mi cuerpo la convenza de que sí que podemos.

Hundo mi nariz en su pelo e inspiro suavemente. El mejor olor del mundo. Es mi mujer, la madre de mis hijos y la chica que me sigue volviendo tan loco como para follármela en las escaleras sin importarme que mi hermano y mi mejor amigo estén

en la otra habitación.

Cuando regresamos al salón y Bentley hace un comentario sobre todo lo que hemos tardado, Maddie sonrío tímida y se escabulle hasta el frigorífico. Yo lo miro con una presuntuosa sonrisa en los labios e ignoro por completo su pregunta. Me he estado follando a mi preciosa mujer contra la pared porque me vuelve tan loco que no puedo pensar en otra cosa y, si ahora mismo no estuvierais aquí, me la estaría follando sobre la encimera de la cocina.

Maddie comienza a preparar algo de comer. Sonrío al ver que saca una chocolatina Hershey's del mueble, la mira, está a punto de abrirla y finalmente vuelve a guardarla. No tarda ni dos segundos en girarse de nuevo hacia el mueble, coger la chocolatina otra vez y, al tiempo que se apoya en la encimera, abrir el envoltorio y darle un bocado.

Yo camino hacia ella, me coloco entre sus piernas y la tomo por las caderas. Alza la mirada y, al comprobar mi sonrisa, me devuelve otra tímida.

—No he podido resistirme —se disculpa.

—No sabes cómo te entiendo —comento socarrón.

Hace una semana se le antojó una a las tres de la mañana. Era tan tarde que incluso me pareció cruel despertar a Finn y acabé yendo yo mismo. A la mañana siguiente ordené que compraran una caja.

Le doy un bocado a la chocolatina y me separo de ella por las quejas de Spencer y Bentley.

—Deberíamos grabarle en plan esposo tierno y adorable para la próxima vez que saque ese carácter de mierda que Dios le ha dado en una reunión —comenta Bentley burlón—. Maddie es tu criptonita.

—Por lo menos yo puedo tirarme a mi criptonita, capullo —replico con una sonrisa.

—Yo no tengo criptonita —se defiende.

—Porque ella no se deja, gilipollas —añade Spencer y los tres nos echamos a reír.

Meterse con Bentley debería ser deporte nacional y me parece de lo más divertido hasta que miro el reloj de la cocina y me doy cuenta de que son las cinco y diez. Lauren dijo que estaría de vuelta a las cinco.

—Ya son las cinco y diez —le digo a Maddie a la vez que saco el iPhone del bolsillo de mis pantalones.

Tendría que haber enviado a Finn, joder.

Ella me pone los ojos en blanco y se acerca hasta mí. Coloca su mano sobre mi *Smartphone* y me impide llamar.

—Relájate —me pide con su voz más dulce.

Resoplo. No quiero relajarme. Quiero que ya estén aquí. Odio cuando no sé dónde están Maddie o Audrey. Siento que pierdo el control de la situación. Sé que a veces puede resultar asfixiante, pero me importa una mierda. Han pasado seis años y todavía recuerdo cómo me sentí cuando ese malnacido atacó a Maddie. Ellas son mi

vida y asegurarme de que están protegidas y a salvo es innegociable.

—Señor Riley —me llama al tiempo que me da un beso en la comisura de los labios—, está bien, ¿vale? —murmura mirándome a través de sus inmensas pestañas—. Las dos estamos bien.

Me da otro beso y siento cómo parte de la tensión se disipa. Resoplo con fuerza. Al final va a resultar ser verdad eso de que es mi criptonita.

En ese preciso instante oigo la puerta principal y unos piecitos subir acelerados las escaleras. Maddie me mira y sonrío perspicaz al tiempo que se aleja unos pasos. De una zancada me coloco tras ella y le pellizco la cadera. Da un respingo y se lamenta divertida.

—No te pases —le advierto contagiado de su humor.

De vez en cuando me gusta recordarle quién manda aquí.

Audrey entra en el salón seguida de Lauren.

—Papá —me llama.

Se acerca muy nerviosa con una sonrisa enorme y acelerada tira de mi pantalón para que la coja en brazos.

—¿Qué pasa? —pregunto haciéndolo.

—Después de dejar a Ollie con su mamá, la tía Lauren me ha llevado a ver tiendas —me explica deslumbrada— y en una hemos visto unas sandalias de tacón rosa. ¿Me las comprarás?

—No —respondo sin dudar.

Por encima de mi cadáver, joder. Tiene cinco años. No pienso dejar que lleve tacones.

—Papá —protesta—. La tía Lauren dice que los zapatos son los mejores amigos que una chica puede tener. —Dice las mismas palabras que Lauren vocaliza orgullosa a su espalda.

Voy a asesinar a Stevens.

—Eres muy pequeña —trato de hacerle comprender.

—No —me interrumpe.

Se agita entre mis brazos hasta que la dejo en el suelo e inmediatamente sale disparada en dirección a la sala de la televisión.

—Nadie va a decirme lo que tengo que hacer —protesta girándose a mitad de camino y echando a correr otra vez.

Resoplo y me froto los ojos con las palmas de las manos, pero rápidamente las bajo hasta llevarlas a mis caderas y fulmino a Stevens con la mirada.

—Esa cría es tu peor pesadilla —me comenta socarrón Spencer—. Tiene la cara de Maddie y tu carácter de... —Maddie lo reprende con la mirada, con los labios fruncidos tratando de disimular una sonrisa—... complicado —sentencia alzando las manos en señal de tregua y todos se echan a reír.

Para colmo de mis males, no soporto que esté enfadada conmigo. No sé a quién me recuerda.

Maddie deja un cuenco con nachos sobre la isla a la vez que me señala la dirección que ha tomado la niña con la cabeza y me dedica su sonrisa más dulce, serena y preciosa.

Entre las dos van a acabar conmigo.

Empujo suavemente la puerta y entro. Audrey está sentada en uno de los inmensos sillones con cara de pocos amigos viendo «Callie en el Oeste». Esos malditos dibujos tienen la culpa de que mañana vaya a tener que disfrazarme de vaquero.

Me siento en el sillón a su lado y resoplo con fuerza. Ella finge que ni siquiera me ha visto entrar y no aparta sus preciosos ojos verdes de la televisión.

—¿Estás enfadada? —pregunto.

Ella asiente pero sigue sin mirarme.

—¿Muy enfadada?

—Sí.

—¿Muy muy enfadada?

—Sí —repite y no puede evitar que una sonrisa se le escape.

Yo aprovecho ese momento de debilidad, le hago cosquillas y la cojo sin que pare de reír para sentarla en mi regazo.

Ella se acomoda y deja que su preciosa cabecita descansa sobre mi pecho.

Maddie me hizo el mejor regalo del mundo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad?

Ella asiente muy concentrada en la televisión. Por un momento yo también pierdo mi mirada en la pantalla. Ríe cuando la gatita vestida de *sheriff* tira de una carretilla y una lagartija verde con gorro de vaquero y espuelas cae al suelo. Al oír su risa, no puedo evitar sonreír y le doy un beso en el pelo.

—¿Qué tal lo has pasado esta tarde? —le pregunto.

—Muy bien —responde feliz revolviéndose en mi regazo para que estemos frente a frente—. Ollie me ha dejado jugar con su coche de bomberos y después la tía Lauren nos ha llevado a los columpios.

Tuerzo los labios. ¿De dónde coño ha salido ese Ollie?

—¿Ollie es un amiguito de clase?

Asiente.

—Vamos juntos a clase de la señorita Johnson. —Sonrío—. Pero no es mi novio, es el novio de Amanda.

Mi sonrisa se ensancha. Ésta es mi chica. Nada de novios. Nunca.

—Yo quiero que mi novio sea Maverick Hannigan.

¡¿Pero qué coño?!

Creo que acabo de perder diez años de vida.

—¿Maverick? ¿El hijo del tío James?

—Sí —responde ella convencidísima y se echa a reír contra mi pecho.

Joder, tiene que ser una puta broma. ¿Con un Hannigan? ¿En serio? Resoplo y

dejo caer la cabeza contra el sillón mientras hago una lista mental de los países con internado femenino donde podría enviarla.

Esta cría va a acabar conmigo.

Hay un delicioso silencio en toda la casa. Estoy sentado en mi mesa de arquitecto terminando los planos para el proyecto de la remodelación del viejo hotel Arcadian.

Estoy tan concentrado que no la oigo llegar, pero algo dentro de mí me pide que me haga un favor y alce la cabeza y entonces la veo de pie junto a la puerta. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero cada día que pasa consigue que esté más loco por ella.

—¿Trabajando? —me pregunta con una suave sonrisa en los labios y algo en las manos.

Yo le hago un gesto para que se siente en mi regazo y ella obedece.

—¿Son los planos del Arcadian? —inquiere emocionada acariciándolos suavemente con la punta de los dedos.

Asiento y no puedo evitar sonreír al ver cómo, concentradísima, pierde su vista en ellos.

—Vamos a conservar los frontones con las cabezas de león, le dan mucha personalidad —le explico señalándolos en el dibujo—, pero reforzaremos las pilastras con dinteles tallados. La puerta será aún más grande y el atrio podrá verse desde la calle.

Maddie se muerde el labio inferior con una sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice girándose hacia mí como si ya no pudiese contener ni un segundo más esas palabras en sus labios.

Yo sonrío sincero porque me llenan por dentro de una manera que jamás pensé que sería posible.

—No es para tanto.

—Claro que lo es —replica—. La junta de arquitectura civil de Nueva York y Harry Mills te han elegido para que rediseñes uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad. Eres un gran arquitecto, señor Riley.

Aunque quiero fingir que su comentario no me afecta, mi sonrisa se ensancha involuntariamente. Finalmente cabeceo. No me gusta sentarme a escuchar elogios. Es una estupidez, pero me incomoda.

—Hablo en serio —se queja al ver que no digo nada—. Tú...

La beso para interrumpirla. Ella protesta pero al final se deja hacer. Cuando sé que ya la tengo rendida por completo, me separo, pero no puedo evitarlo y vuelvo a besarla otra vez. Sabe de maravilla. Finalmente hago acopio de todo mi autocontrol y me alejo definitivamente.

Maddie sonrío y se acomoda en mi regazo.

—Tengo algo para ti —me anuncia dejando lo que llevaba en la mano sobre mi mesa de arquitecto.

Es una cajita blanca. Frunzo el ceño y la miro primero a ella y después el pequeño paquete.

—¿Qué es? —pregunto curioso.

—Ya son más de las doce —responde ignorando mi pregunta—, así que, feliz cumpleaños, señor Riley.

Abro la caja, aparto un pequeño papel de seda y sonrío como un idiota al ver una ecografía.

—Parece que hoy sí ha querido enseñarnos la carita —comenta con una sonrisa.

Acaricio el papel con la punta de los dedos. El mejor regalo de cumpleaños que me han hecho en mi vida.

—Y ya sé si será niño o niña —añade con voz risueña.

Automáticamente alzo la mirada impaciente.

—Será un niño.

Sonrío encantado. La beso y rodeo su incipiente tripa con mis manos.

—Así que, ¿qué tenemos aquí? —pregunta divertida colocando sus manos sobre las mías—. ¿Un director ejecutivo o un arquitecto?

—Me da igual —respondo sereno, feliz—. Lo único que me importa es que sea feliz.

Ahora es ella la que se gira y me besa.

—Si te parece bien —susurra separándose despacio de mí—, he pensado cómo podríamos llamarlo.

La miro esperando a que continúe.

—Elliott —dice en un golpe de voz con una sonrisa nerviosa y tímida esperando mi reacción—, como tu abuelo.

Yo suspiro con fuerza y subo mi mano hasta perderla en su pelo. Es jodidamente perfecta y nunca me cansaré de repetirme la suerte que tengo por conseguir mantenerla a mi lado.

La beso y de nuevo me responde encantada. Otra vez pienso en separarme de ella, pero entonces gime entregada contra mis labios y no soy capaz de parar. Reúno todo mi autocontrol, me separo, pero vuelvo a besarla. Ella sonrío y me acoge otra vez. Repito la operación y, haciendo un titánico esfuerzo, a la tercera ocasión soy capaz de alejarme de mi criptonita.

Ella sonrío tímida y yo decidido ignorar la manera en la que me está mirando porque, si no, voy a perder el poco control que me queda y voy a acabar follándomela contra la mesa. Resoplo para reafirmarme y ella también lo hace a la vez que cabecea y sonrío. Es sorprendente lo poco que necesitamos para olvidarnos del mundo.

Cojo la ecografía, la miro una vez más y la coloco en la parte de arriba de la mesa, junto a mi coche rojo de juguete. Ella sigue el movimiento de mi mano y sonrío de nuevo.

—¿Sabes? —llama mi atención—. Nunca me has explicado de dónde sacaste ese coche.

Sonrío y por un momento hago memoria. Fui a buscarlo a Glen Cove el mismo día que decidí que me convertiría en arquitecto y lucharía por Maddie. Ella iba a

marcharse a Boston al día siguiente. Hice que mis padres pusieran patas arriba el trastero, el cuarto de Spencer y también el mío, hasta que lo encontré. Ese día también le dije a mi padre que, aunque seguiría al frente de la empresa, iba a comenzar a trabajar como arquitecto. Él no dijo nada, pero, cuando llegué a mi oficina esa misma tarde, había ordenado enviar allí mi vieja mesa.

—Es una larga historia —le explico—. Digamos que significa que nunca voy a rendirme ni contigo ni con la vida que tengo planeada para los dos.

Ella sonrío encantada y yo le devuelvo el gesto.

Pienso hacerte muy feliz, señora Riley.

Cojo el lápiz y continúo dibujando. No tengo ni idea de cuántas horas pasamos así.

—Tu padre ha llamado hace un rato —comenta.

—El tuyo también —respondo haciendo un suave trazo por encima de la cabeza de uno de los leones—. ¿Con cuál empezamos primero? —inquiero con la vista concentrada en el plano.

—Por el tuyo. Ahora que por fin le caigo bien, me gusta que hablemos de él —responde tan impertinente como socarrona.

Le doy un pellizco en la cadera y ella ríe divertida.

—Eres insufrible —me quejo—. Y mi padre te adora —añado—. Todos en mi familia lo hacen. Creo que te quieren más a ti que a mí. —Y ahora más bien protesto, aunque no los culpo. Nadie podría conocerla y no quererla.

—Tu padre me cae bien —me confiesa—. Creo que me caía bien incluso cuando no quería que nos casáramos.

Sonrío de nuevo. Ha pasado una eternidad desde aquello. Mi padre no hizo las cosas bien, pero sólo quería protegernos a Maddie y a mí. El día que reconoció que estaba equivocado y que estaba sabiendo hacerlo con Maddie, con Audrey, la empresa y mi trabajo como arquitecto, me sentí como si hubiera estado luchando una batalla de más de cien años y por fin hubiese ganado.

—Tu padre vendrá a vernos la semana que viene —comento como si tal cosa esperando su reacción.

Ella se gira rápidamente en mi regazo y sonrío de oreja a oreja.

—¿En serio? —pregunta entusiasmada.

—Sí. Quiere enseñarme personalmente cómo van las obras que el Riley Group está financiando en el Sound.

No hice que la empresa invirtiera ese dinero para ganármelo. Se trataba de una buena causa y el hogar de la persona más importante de mi vida. Ver feliz a Maddie era el único motivo que necesitaba.

—Director ejecutivo de día —comienza a decir burlona como si leyera las letras en un cartel enorme frente a ella—, arquitecto de noche, pero siempre salvando el mundo.

Al terminar, suelta una risilla, encantada con su propia broma. Yo la miro

mientras me humedezco el labio inferior. Cuando se da cuenta de cómo la observo, deja de reírse y se muerde el labio. Tiene clarísimo que acaba de meterse en un buen lío.

Me inclino sobre ella despacio y todo su cuerpo reacciona suavemente.

—Acaba de ganarse un castigo, señora Riley —susurro contra la piel de su mejilla—, y pienso disfrutarlo, mucho.

Su respiración se acelera. Ahora mismo soy el dueño del maldito mundo.

La obligo a levantarse y la tomo de la mano. Salimos del estudio y la llevo hasta nuestro dormitorio. Nos detengo en el centro de la estancia y me giro para que estemos frente a frente. La habitación está prácticamente en penumbra, iluminada solamente por las luces que llegan desde la ciudad y que hacen brillar la grulla azul en la mesita de Maddie.

Alzo la mano y le acaricio la mejilla con el reverso de los dedos. Ella sonrío tímida, nerviosa, abrumada, y el león que llevo dentro se despierta y ruge con fuerza.

—Te quiero, señora Riley.

—Te quiero, señor Riley.

Nunca me cansaré de oírsele decir.

Alzo de nuevo la mano y la coloco en su cadera.

—Ven aquí —le ordeno atrayéndola hasta que nuestros cuerpos chocan.

Nunca me cansaré de sentirme exactamente así.

Suena *Unconditionally*, de Katy Perry.



Cristina Prada (España, 1983) vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz (España). Casada y con un hijo.

Cristina siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, devorando todos los libros que caen en sus manos. En Todas las canciones de amor que suenan en la radio decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura, la literatura romántica y la música.

Se ha dado conocer con su trilogía Todas las Canciones de amor que suenan en la radio. En un principio salieron en edición electrónica en internet pero debido al éxito que tuvo una editorial compró los derechos.